



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

Vicerrectoría de Extensión
Facultad de Comunicaciones y Filología

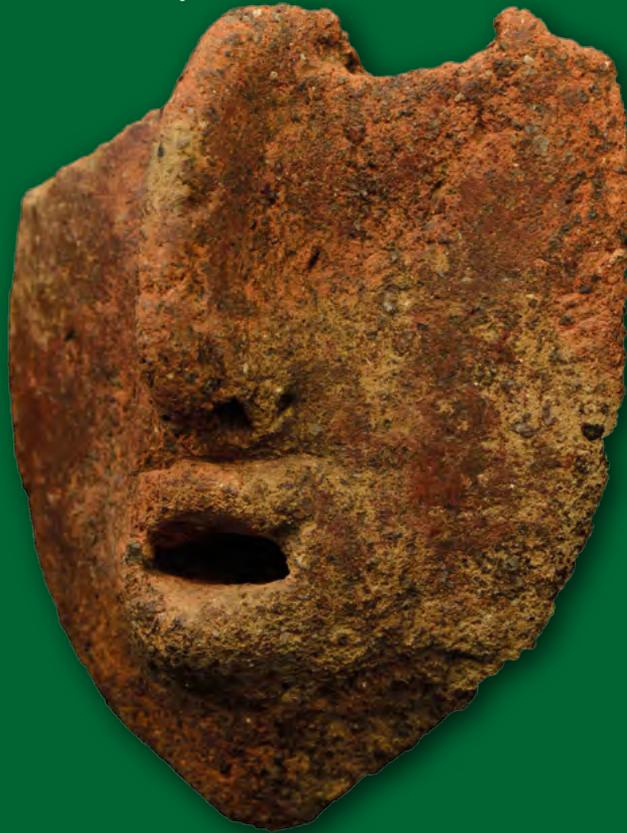
Voces del Nordeste antioqueño

Compilación

EDICIÓN DE

María Stella Girón López

David Marín-Hincapié




FOCO
Fondo Editorial

HISTORIA Y PENSAMIENTO

**VOCES DEL NORDESTE
ANTIOQUEÑO**

COMPILACIÓN



FOCO
Fondo Editorial

HISTORIA Y PENSAMIENTO

**VOCES DEL NORDESTE
ANTIOQUEÑO**

COMPILACIÓN

Edición de
María Stella Girón López
David Marín-Hincapié



HISTORIA Y PENSAMIENTO

© Colección Historia y pensamiento
© Programa Memorias y archivos literarios. Literaturas y culturas de Antioquia
© Proyecto: Literaturas y culturas del Nordeste
© María Stella Girón López (coordinadora), David Marín-Hincapié, Jorge Giraldo Ramirez, Augusto Escobar Mesa, Tulio Elí Chinchilla, Luis Carlos Rodríguez Álvarez, Juan de Toro y Zapata, Carlos Segismundo de Greiff, Ricardo López Carrasquilla, Cipriano Tobón C., Francisco de Paula Rendón, Tomás Carrasquilla, Isabel Carrasquilla, Eduardo Zuleta Gaviria, Manuel Uribe Velásquez, Hortensia Ceballos de Moreno, Camilo Arturo Escobar Cambas, Aurelio Peláez, Eduardo A. Palacio, Joaquín G. Ramírez, Francisco Villa López, Augusto Duque Bernal, Magda Moreno, Alejandro Duque Villegas, Emilio Rico, Efraím Antonio Galeano, Roberto Escobar Sanín, José María Barrientos Arango, Evelio Ospina, Dario Ruiz Gómez, Luisa Isabel Aguilar, Alberto Ibarbo Sepúlveda, Rodrigo H. Ibarbo S., Jairo Ibarbo Sepúlveda, Matilde Oliva Pineda de Ochoa, Dasso Saldivar, Luz Stella Arango Zuleta, Otoniel Cataño Correa, Leonardo Amaya, Rafael Andrés Mejía Echeverri, Marcela Güiral, Katerine Álvarez López.



©Fondo Editorial Facultad de Comunicaciones y Filología, Universidad de Antioquia
©Vicerrectoría de Extensión, Universidad de Antioquia
ISBN: 978-628-7652-87-3
ISBNe: 978-628-7652-88-0

Dirección editorial: Juan Fernando Taborda Sánchez

Transcriptores: Filólogos David Marín-Hincapié, Walter Parra Cardona y Luis Fernando Quiroz Jiménez

Editores asistentes: Juan Felipe Varela García y Christian Benavides Martínez

Corrección de estilo: Diana Patricia Carmona Hernández

Diseño y diagramación: Yon Leider Restrepo Monsalve

Impreso y hecho en Colombia. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio o con cualquier propósito sin la autorización escrita del Fondo Editorial de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia. Contacto: foco@udea.edu.co, (574) 219 59 26, Calle 67 No. 53 - 108, Medellín, Colombia.

El contenido, las opiniones y el estilo de cada texto compilado corresponden al derecho de expresión de los autores y las autoras y no comprometen el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia, ni de las editoras, ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores y las autoras asumen la responsabilidad por los derechos de autor de las fuentes citadas.

Este libro es resultado del proyecto de investigación-extensión: "Literaturas y culturas del Nordeste (código 2019-26710)", inscrito en el Sistema Universitario de Investigación de la Universidad de Antioquia. Además, contó con el apoyo de la Estrategia para la Sostenibilidad y Consolidación de los Grupos de Investigación 2023, otorgada al grupo de investigación Estudios Literarios —GEL—, por parte del Comité para el Desarrollo de la Investigación —CODI— de la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Antioquia, Medellín - Colombia.

Portada: Máscara. Sitio PII Y-107. Amalfi, Antioquia. 8,9 cm. x 6,9 cm. x 7 cm. Id. AQ760. Representación antropomorfa de sección ovalada con evidencia de engobe rojo. Colección Museo de Antioquia. Fotografía: Fabio Hernán Arboleda Echeverri. Cortesía: Museo Universitario - MUUA. Colaboración especial del Museo Universitario de la Universidad de Antioquia-MUUA.

Fotografía Pedro Nel Gómez, p. 403: Pedro Nel Gómez (Anorí, 1899-Medellín, 1984). Archivo fotográfico, Colección de Historia. Museo Universitario de la Universidad de Antioquia-MUUA. Fotografía de Manuel Ortega. Colaboración especial del Museo Universitario de la Universidad de Antioquia-MUUA.

Pinturas Pedro Nel Gómez: *El hombre ante los grandes descubrimientos de la ciencia y la naturaleza (detalle)*, 1968-1969. Pedro Nel Gómez. **Nota.** Fresco ubicado en la fachada de la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, Universidad de Antioquia, Campus Medellín. Fotografía de Liliana Patricia Correa Rodríguez (2022).

LC: PQ8160
CDD: C863 ed. 23

Voces del Nordeste antioqueño. Compilación / Edición de: María Stella Girón López y David Marín-Hincapié, autores: Jorge Giraldo Ramirez, Augusto Escobar Mesa, Tulio Elí Chinchilla [y 37 más]. -- 1. Edición. -- Medellín: FOCO. Fondo Editorial, 2023.

408 páginas: ilustraciones, mapas y fotografías.

ISBN: 978-628-7652-87-3

ISBNe: 978-628-7652-88-0

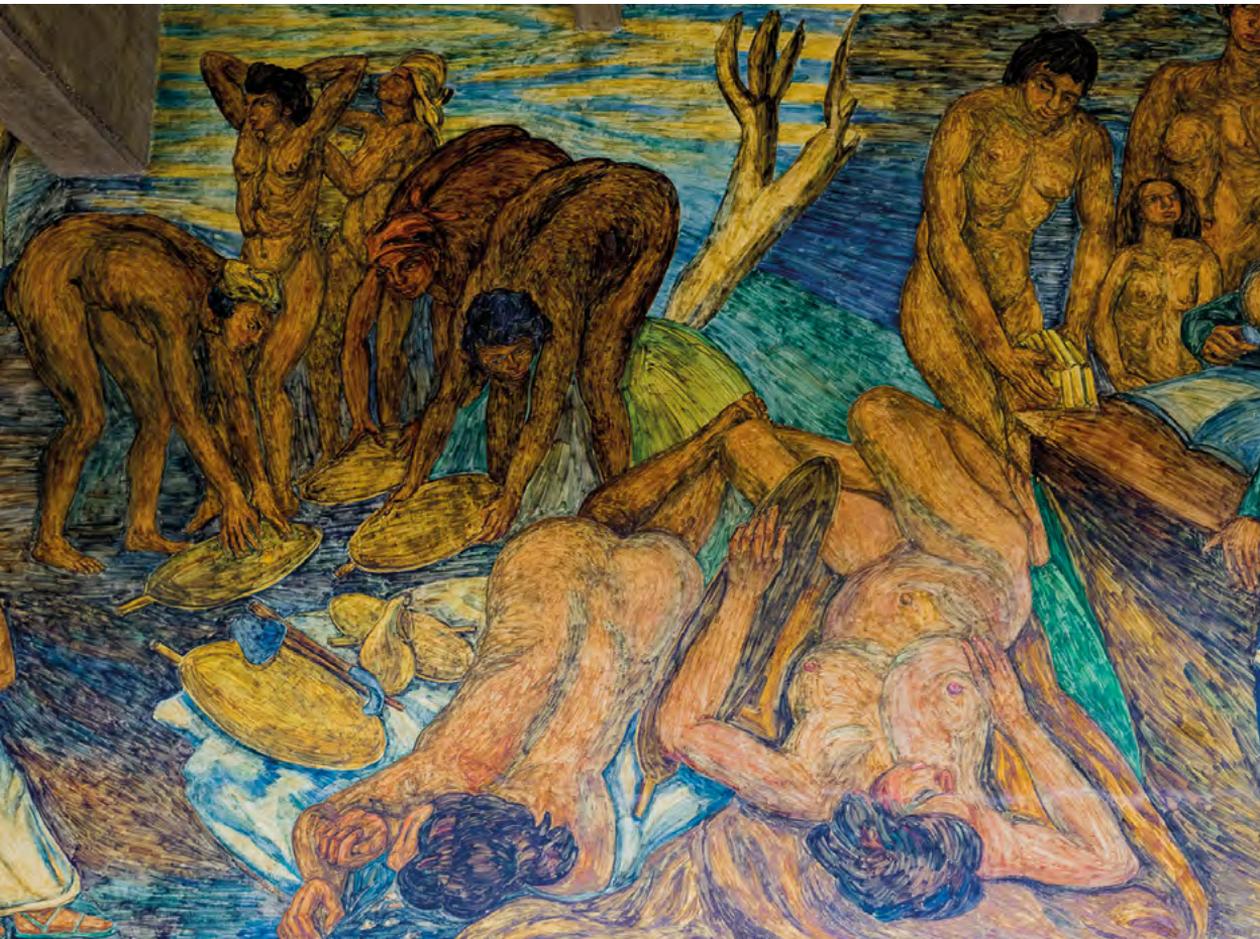
1. Nordeste antioqueño (Región, Antioquia, Colombia). 2. Antioquia (Colombia) - Historia. 3. Autores antioqueños. 4. Crítica literaria. I. Girón López, María Stella, editora. II. Marín-Hincapié, David, editor. III. Autores.

Catalogación en publicación de la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

Vicerrectoría de Extensión
Facultad de Comunicaciones y Filología



EL FRESCO DE LA UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

[FRAGMENTO]¹

[...] Nuestras familias son familias de mestizaje que se han desarrollado durante períodos de tres, cuatro siglos en plenas montañas americanas. Ellas han tenido una experiencia que es una experiencia primitiva que Jung llama “ARCAI”. Estos personajes a través de sus luchas con la naturaleza, con las selvas, con los animales, vuelven a un arcaísmo profundo de carácter plástico.

Después de emigrar mi familia de Anorí a Medellín, algunos vuelven a trabajar en esas selvas, en grandes minas, con un gran número de hombres que están casi totalmente desnudos, solamente llevan lo que llaman “taparrabo”. Esos hombres, en épocas de verano, cuando los ríos están bajos, están trabajando con bateas, laborando el oro en forma primitiva. Toda esa herencia, esas experiencias, vienen desde los bisabuelos. Parece que una bisabuela trabajó así, semidesnuda, allá, en esos ríos, con su batea. Mi herencia viene como suma de hombres desnudos frente a hombres desnudos. Por eso hay un acopio de sensaciones visuales detrás de los ojos, la de la plástica que yo considero la verdadera plástica de América, lograr el hombre desnudo al sol; no se trata del “desnudado” de las épocas modernas, porque, después del Renacimiento, los desnudos se vuelven estéticos. El desnudo de América está envuelto en la luz del sol, está en la selva.

Fuente: Oberndorfer, L. (1991). 1. El fresco de la Universidad de Antioquia. En *II Pedro Nel Gómez. Pintor, escultor y amante* (p. 185).

Secretaría de Educación y Cultura. Colección Especial.
Talleres Gráficos de la Imprenta Departamental de Antioquia.

¹ Nota de las editoras (en adelante N. de las E.): entrevista de Leni Oberndorfer a Pedro Nel Gómez. El texto inicia con: “Grabación hecha en agosto de 1968. El texto fue corregido por el maestro ese mismo año” (Oberndorfer, 1991, p. 185).

El Rio Porce. —

Grandioso o más bien atemorizador espectáculo es contemplar el Rio Porce con su corriente; con ese eterno rugir que infunde miedo y espanto al corazón. — Sus aguas se convierten en "hirbientes borbotones," que ruedan con furia sobre los ásperos y justicos peñascos. — Llegan contra estos, azotándolos con furia; se levantan, se precipitan hacia el fondo; vuelven á aparecer; se convierten en grandes oleadas que se elevan y caen convertidas en hirbientes espumas. —

Imponente Rio! que eres testigo de todos los tiempos; de todos los hechos de los hombres, de sus razas, y todo cuanto son y cuanto fueron. De cuántos crímenes, de cuántos hechos notables eres testigo! De cuántos veranos, inviernos, días, noches, eres testigo! — De cuántos hombres ha sido tu seno la fosa en que quedan sepultados para no volver jamás! — Todo cuanto cae en tus entrañas queda perdido para siempre! —

Sin embargo de causar espanto, eres ambicionado, porque guardas ese metal precioso que los hombres buscan con afán; ese metal que hace que la vida se haga amarga, y que el día germine en todas las partes de la tierra.

Tú has visto desfilan el tiempo en todas las épocas, desde el principio del mundo hasta nuestros días; lo has visto desfilan risueño y placentero; lo has visto desfilan ensangrentado por las acciones bárbaras de los hombres; lo has visto desfilan de mil maneras distintas y has visto todas

sus faces. - Eres testigo de todos los hechos de la humanidad, desde los de los rudos salvajes, hasta los hombres de la época presente; y presenciara's los acontecimientos de las generaciones venideras. -

En épocas lejanas en que el mundo estaba aletargado, tú eras tenido como un rey ~~que~~ nadie se atrevia á construir obras sobre tí; pero los hombres han progresado lo bastante para dominar te en algo. -

Sigue, Oh Pis! con tu incesante rugir, con tu eterna corriente, con tus hirbientes olas y espumas. - Sigue tu curso tranquilo, presenciando los hechos y las acciones humanas. -

Sigue con tu corriente aterradoru,

Con tu rugir eterno,

Presenciando los hechos de los hombres,

Y la calma bienhechora,

Los veranos, las noches, los inviernos,

Y al tiempo con su séquito de horrores!

Amalfi, Mayo 18 de 1901.

Ed. Palacios

Teroglífico: -

6  



EL RÍO PORCE [1904]

Eduardo A. Palacio (1888-1938)

Grandioso o más bien aterrador espectáculo es contemplar el Río Porce con su corriente, con ese eterno rugir que infunde miedo y espanto al corazón. —Sus aguas se convierten en “hirvientes borbotones”, que ruedan con furia sobre los ásperos y rústicos peñascos—. Llegan contra estos azotándolos con furia; se levantan, se precipitan hacia el fondo; vuelven a aparecer; se convierten en grandes oleadas que se elevan y caen convertidas en hirvientes espumas.

¡Imponente Río!, que eres testigo de todos los tiempos; de todos los hechos de los hombres; de sus razas; y todo cuanto son y cuanto fueron! —¡De cuantos crímenes, de cuantos hechos notables eres testigo!— ¡De cuantos veranos, inviernos, días, noches, eres testigo! —¡De cuantos hombres ha sido tu seno la fosa en que quedan sepultados para no volver jamás! —¡Todo cuanto queda en tus entrañas queda perdido para siempre!—.

Sin embargo de causar espanto, eres ambicionado, porque guardas ese metal precioso que los hombres buscan con afán; ese metal que hace que la vida se haga amarga, y que el odio germine en todas las partes de la tierra.

Tú has visto desfilan el tiempo en todas las épocas, desde el principio del mundo hasta nuestros días; lo has visto desfilan risueño y placentero; lo has visto desfilan ensangrentado por las acciones bárbaras de los hombres; lo has visto desfilan de mil maneras distintas y has visto todas sus fases. —Eres testigo de todos los hechos de la humanidad,

desde los rudos salvajes, hasta los hombres de la época presente; y presenciarás los acontecimientos de las generaciones venideras—.

—En épocas lejanas en que el mundo estaba aletargado, tú eras tenido como un rey y nadie se atrevía a construir obra sobre ti; pero los hombres han progresado lo bastante para dominarte en algo—.

Sigue ¡Oh Río! Con tu incesante rugir, con tu eterna corriente, con tus hirvientes oleadas y espumas. —Sigue tu curso tranquilo presenciando los hechos y las acciones humanas—.

Sigue con tu corriente aterradora,
con tu rugir eterno,
presenciando los hechos de los hombres,
y la calma bienhechora,
los veranos, las noches, los inviernos
y al tiempo con su séquito de horrores!

Amalfi, mayo 18 de 1904.

CONTENIDO

17 Presentación

Primera parte

Ensayos críticos

29 La tierra de uno Jorge Giraldo Ramírez

33 Piedad Bonnett: vida y obra en busca de sí misma Augusto Escobar Mesa

83 Una aproximación a las músicas del Nordeste antioqueño Tulio Elí Chinchilla Herrera, Luis Carlos Rodríguez Álvarez En memoria de León Cardona (10 de agosto de 1927 - 3 de diciembre de 2023)

Segunda parte

Escrituras y estéticas del Nordeste

110 Juan de Toro y Zapata (Remedios, 1597-Honda, 1654)

110 Carta sobre la sublevación portuguesa en Cartagena [1642]

115 Carlos Segismundo de Greiff (Vesmania-Suecia, 1793-Remedios, 1870)

115 Autobiografía

129 Ricardo López Carrasquilla (Anorí, 1841-Medellín, 1926)

129 El corazón humano [1868]

132 A Medellín, desde el alto de Medina

134 Al señor Dr. Gregorio Gutiérrez González

136 La historia de la literatura por José María Vergara y Vergara

137 Epigramas

137 Quiere anochecer

139 Cipriano Tobón C. (1850?- ¿?)

139 Apuntes sobre las primeras exploraciones para trazar el Ferrocarril de Antioquia

153 Francisco de Paula Rendón (Santo Domingo, 1855-1917)

153 El palacio de la felicidad

165 Tomás Carrasquilla (Santo Domingo, 1858-Medellín, 1940)

165 El Guarzo [1877]

177 Isabel Carrasquilla (Santo Domingo, 1862-Medellín, 1941)

177 Calzones

187 Un premio. Diálogo escolar

196 Eduardo Zuleta Gaviria (Remedios, 1864-Bogotá, 1937)

196 El medio ambiente [1894]

200 Elogio de don José Manuel Restrepo en la Academia Nacional de Historia [1919]

205 Los pobladores de Remedios [1924]

208 Manuel Uribe Velásquez (Amalfi, 1867-Bogotá, 1893)

208 En la tumba de un aprendiz de clarinete

209 Centenario del descubrimiento de América (Décima)

209 A Núñez

210 A Elvira

- 211 Hortensia Ceballos de Moreno (Santo Domingo, 1871- Medellín, 1937)**
211 D. Francisco de P. Rendón
- 214 Camilo Arturo Escobar Cambas (Rionegro, 1873-Medellín, 1906)**
214 La mariposa
215 La última copa
- 216 Aurelio Peláez (Anorí, 1879-1918)**
216 Valle Inclán y su obra
220 Los versos del domingo
221 ¡Niño Amor, Salve!
- 223 Eduardo A. Palacio Cardona (Amalfi, 1888-Medellín, 1938)**
223 Oro y sangre
223 Matinal
224 Se apaga tu voz...
225 A la hora de Nona
225 Bajo tu cielo
- 227 Joaquín G. Ramírez (Santa Rosa de Osos, 1889-1945)**
227 San Lorenzo de Yolombó [1927]
227 Capítulo V. Las montañas antioqueñas
230 Capítulo VIII. La población aborigen
233 Capítulo X. San Lorenzo de Yolombó, población colonial
- 238 Francisco Villa López [V. de Lussich; Kiko Villa] (Anorí, 1889-Medellín, 1978)**
238 Ofelia [1918]
- 240 Augusto Duque Bernal (Santo Domingo, 1896-Medellín, 1935)**
240 La balanza de la resignación
241 Motivos rurales
242 El maestro de escuela
243 In Memoriam
- 244 Magda Moreno (Santo Domingo, 1901-Medellín, 1964)**
244 Síntesis biográfica y anecdótica de don Fco. de Paula Rendón
- 251 Alejandro Duque Villegas (Medellín, 1909-Amalfi, 1942)**
251 El elogio de la ruana
- 255 Emilio Rico (Amalfi, 1905?-Ibagué, 1990)**
255 Romance de los guerrilleros [Fragmentos]
- 260 Efraím Antonio Galeano (Amalfi, 1921-2006)**
260 Colibrí
261 Éxtasis
261 Canto a Galán
263 Olvido
264 Cántale a la vida
264 Hilario
265 Tierra y sol
265 Ocaso
267 O
- 269 Roberto Escobar Sanín (Amalfi, 1929-Medellín, 2006)**
269 Tríptico colibrí
271 Lágrimas de aurora
272 Barro elemental

- 273 José María Barrientos Arango (Amalfi, 1934)**
273 La barequera
276 ¡El oro es de nosotros!
279 La bruja
- 282 Evelio Ospina (Amalfi, 1935–Medellín, 2020)**
282 El viaje funerario
283 Me hablaron tus montañas
283 ¡Ay de mi Juliana!
- 285 Darío Ruiz Gómez (Anorí, 1936)**
285 Crímenes municipales
291 Introducción. *Proceso de la cultura en Antioquia* [1984]
- 299 Luisa Isabel Aguilar (Yolombó, 1941)**
299 Hortensia
302 El inalcanzable país de oro macizo
304 Quiche
305 Ocho
305 Veintinueve
306 Sesenta y cuatro
307 Plaza de la Veracruz
308 Mujer-Vacío
308 Masacre
- 310 Alberto Ibarbo Sepúlveda (Amalfi, 1942–Amalfi, 2022)**
310 Cantemos la patria
311 Agonía de la tarde
312 Amor pagano
312 Confesiones de un viejo
314 El ocaso del tigre
314 El tigre de Amalfi
315 Imágenes del miedo
315 Manos conjugadas
317 Maternidad
317 Mientras crece tu ausencia
317 Muchedumbre
318 Noche campestre
318 Palomas de silencio
319 Pregúntale al mar
320 Rostros
320 La loca de mis calles
321 Regreso
322 Quebradas de mi pueblo
322 Oscuridades
323 Este poema
- 325 Rodrigo H. Ibarbo S. (Amalfi)**
325 Bajo el tornado en una noche de verano
- 329 Matilde Oliva Pineda de Ochoa (Anorí, 1945)**
329 Himno de Anorí [1997]
330 Ser viejo
331 Somos
332 Manos arrugadas

- 333 Jairo Ibarbo Sepúlveda (Amalfi, 1945)**
333 Solo la educación construye al hombre
336 La educación es sólo construcción de valores
- 341 Dasso Saldívar (San Julián, 1951)**
341 Los soles de Amalfi
341 Canto I
350 Canto II
- 356 Luz Stella Arango Zuleta (Medellín)**
356 Tal vez... si fueras
358 Exaltación
359 Lo que daría
360 Ella es
360 Gestación
361 Palomo de seda
361 A buscarte
363 Nacerás de mí
- 364 Otoniel Cataño Correa (La Floresta, Yolombó, 1979)**
364 El hueso mágico
- 366 Leonardo Amaya (Segovia, 1977)**
366 Pista en el dormitorio [Fragmento]
- 372 Rafael Mejía Echeverri (Medellín, 1988)**
372 La Nacional
- 375 Marcela Güiral (La Floresta, Yolombó, 1984)**
375 Las hierbas del camino [Fragmento]
388 Dolor de oído
388 Frijoles
388 Que ni la muerte los separe
389 Caricia robada
- 390 Katerine Álvarez López (Amalfi, 1992)**
390 Oportunidad
390 Nací mujer
391 Encuentro
392 Sangrante herida
393 Voy a nacer mujer
393 Cortesana
394 Aún soy mujer
394 Fueron otros tiempos
- 397 Referencias**

PRESENTACIÓN

María Stella Girón López
David Marín-Hincapié

Queremos iniciar el presente volumen con la voz de María Teresa Uribe (1940-2019), para que nos acompañe en la entrega de este archivo de memoria viva que recorre historias de habitantes, viajeros y migrantes del Nordeste del departamento, cuando ella dice al introducir en su libro *Las raíces del poder regional: el caso antioqueño* (1998):

Este libro es un viaje de exploración, un itinerario de búsqueda hecho de muchos relatos, de memorias perdidas y vueltas a encontrar después de décadas y hasta de siglos; de retazos recogidos en el camino, de interrogantes nunca resueltos satisfactoriamente, de imágenes y sucesos percibidos por los contemporáneos de los mismos hechos o por otros viajeros que, desde el presente, han dejado huellas profundas en los intrincados caminos que atraviesan la historia de la región antioqueña; en fin, un viaje como cualquier otro, a través del cual se intentan develar las tramas económico-sociales, culturales y políticas que formaron la urdimbre de uno de los pueblos que habitaron este territorio (p. xiii).

El programa *Memorias y archivos literarios. Literaturas y culturas de Antioquia* responde a principios internacionales de conservación del patrimonio y la memoria de la humanidad contemplados en las convenciones de la Unesco (1972, 2003); la Constitución Política de Colombia (1991) y la respectiva Ley General de Cultura (Ley 397 de 1997, modificada según Ley 1185 de 2008) y reglamentada en el Decreto Único del Sector Cultura (1080 de 2015), que contempla, entre otros asuntos, la preservación y divulgación del patrimonio cultural y el cumplimiento de derechos culturales como, por ejemplo, la protección a la propiedad intelectual y el acceso a la cultura de los colombianos en igualdad de oportunidades. Como programa institucional lo rigen las políticas culturales de la Universidad de Antioquia y, en consecuencia, las del *Plan de Desarrollo Institucional (2017-2027)*: “Una Universidad innovadora para la transformación de los territorios”, en los objetivos del Tema

Estratégico 4: la descentralización y desconcentración de estructuras, procesos y recursos; la flexibilización y sostenibilidad de la operación interna; y la mejora de la proyección y autonomía en los territorios. También la disponibilidad de un sistema de comunicaciones que visibilice su quehacer académico, científico, social y cultural. Del *Plan de Desarrollo Institucional* se desprende el *Plan de Acción Institucional (2021-2024)* de la Universidad de Antioquia, cuyo programa 14 se orienta a la “apropiación y divulgación de la cultura y el patrimonio universitario como pilar para la proyección de las identidades plurales y las ciudadanías culturales en los territorios regionales”. Adicionalmente, el programa está en consonancia con los objetivos del Grupo de Estudios Literarios (GEL) en la línea Literatura, cultura y sociedad.

Por lo anterior, la presente publicación *Voces del Nordeste antioqueño. Compilación* se mueve en el contexto de las políticas públicas para la gestión, la protección y la salvaguarda del patrimonio cultural colombiano. Sus objetivos se desprenden del proyecto: “Literaturas y culturas del Nordeste”, que se propuso recuperar, preservar, valorar y divulgar las literaturas de esta subregión; facilitar la participación de las comunidades locales en el rescate de su patrimonio literario y cultural; e igualmente promover el intercambio tanto entre instituciones locales como internacionales para el conocimiento, disfrute, comprensión y crítica del acervo cultural e intelectual de este territorio. El proyecto se desarrolló en dos fases, la primera, auspiciada por la Facultad de Comunicaciones y Filología, la Fundación Universidad de Antioquia y la Dirección de Regionalización; la segunda, apoyada por la misma Facultad, la Vicerrectoría de Extensión y el Grupo de Estudios Literarios (GEL). Así, *Voces del Nordeste antioqueño* surge como resultado de investigación-extensión y se justifica en la apropiación social cultural para el conocimiento del campo literario de municipios, de una subregión y del departamento de Antioquia, que trascienden igualmente el campo literario del país.

El libro se vincula directamente con el anterior volumen *Memoria cultural del Nordeste antioqueño* (2020), que reúne estudios acerca de la cultura de Antioquia considerada dentro de una muestra de poéticas y narrativas literarias y no literarias. Allí se analizan aspectos de la identidad antioqueña en expresiones de autores de los siglos XIX y XX; la inmigración y la modernización a partir de la escritura de Carlos Segismundo de Greiff (1793-1870); el poema *Bárbara Jaramillo* y una aproximación a su autor, el humorista Manuel Uribe Velásquez (1867-1893); la exploración literaria del Nordeste en Federico Velázquez Caballero (1819-1884); aspectos de heterogeneidad en *El Machete* [1929] de Julio Posada Rodríguez (1881-1947); el rosal salvaje y el parterre ciudadano en León Zafir (1900-1964); la herencia hispánica en la obra de Tomás Carrasquilla (1858-1940), así como la trayectoria de este autor en el periódico *El Espectador* (1913-1915); las publicaciones de Francisco de Paula Rendón (1855-1917) en la revista *Alpha*; la vocación a la escritura de actores culturales que

nutrieron la literatura antioqueña de los siglos XIX y XX, como el caso la autora Isabel Carrasquilla (1862-1941); igualmente, las aproximaciones a las músicas del Nordeste antioqueño.

Además, los libros anteriores hacen parte de la serie editorial, derivada de los diferentes proyectos del programa e integrada por los volúmenes: *Memoria, escrituras y culturas de Antioquia. Antología* (2019), que reúne autores nacidos desde finales del siglo XVIII hasta finales del XX; *Letras desde el Atrato y el Cauca* (2017); *Literaturas del Páramo: Sonsón, Nariño, Argelia y Abejorral* (2017) y *Desarrollo del campo de los estudios literarios en la U. de A. Catálogo de producción académica y literaria 1806-2011* (2015). Algunos de estos libros se pueden consultar en formato digital con acceso libre en el Repositorio de la Universidad de Antioquia y otros, así como los inventarios de registros bibliográficos en el sitio <https://memoriasliterarias.udea.edu.co/> adscrito a la Facultad de Comunicaciones y Filología.

Desde el 2010, el programa ha explorado las literaturas de diversas subregiones del departamento. En el Nordeste se han desarrollado los proyectos: “Memoria literaria y cultural del municipio de San Lorenzo de Yolombó: 450 años de fundación SILC-Yolombó” (2010) y “Literaturas y culturas del Nordeste” (2019-2021), que culmina con la entrega de este segundo volumen compilatorio.

Como es propio del programa, la metodología consistió en el levantamiento de fuentes bibliográficas y documentales consultadas en los territorios de la subregión y en bibliotecas de Medellín y de Bogotá, de donde proceden los diversos materiales recuperados como: informes, autobiografías, diarios, apuntes históricos, ensayos, fragmentos de novelas, relatos, obras poéticas, registros fotográficos y archivos sonoros, seguido de la sistematización de un amplio repertorio bibliográfico de autores y autoras, así como de obras del Nordeste. Algunas de estas fuentes se conservan en el seno de las familias o en instituciones preservadoras del patrimonio cultural de los municipios. También, se recuperaron documentos inéditos, como manuscritos o textos mecanografiados, salvaguardados por herederos, amigos o instituciones, y se incluyen textos cedidos por sus autores y autoras. Asimismo, el diálogo permanente con líderes culturales de los municipios resultó una metodología testimonial como fuente viva para mantener la conexión del programa académico con la subregión y para una mejor apropiación de la elaboración contextual. Esta fase de interlocución se enriqueció con los autores de los estudios críticos, los directores de instituciones culturales y académicas locales, las investigadoras de la literatura regional y las unidades administrativas universitarias implicadas. Adicional a esto, se contó con el aporte de filólogos profesionales en la transcripción, con lo cual se atendió al cuidado disciplinar de los textos compilados. En la selección de los textos se eligió aquel de más antigua edición y para los derechos de autor se tuvo la asesoría

de la Oficina Jurídica de la Universidad de Antioquia. Muy a nuestro pesar, autores y autoras significativas de la subregión no se lograron incluir debido a dificultades de comunicación con los herederos de los derechos.

El territorio antioqueño ha sido administrativamente dinámico desde épocas coloniales. Hacia 1576, luego de separarse de la Gobernación de Popayán, que para el momento era uno de los centros administrativos más importantes del Nuevo Reino de Granada, se constituye la Provincia de Antioquia, antes regida por la Real Audiencia de Santafé —creada en 1549 y que dependía de la Real Audiencia de Lima—. Esta administración colonial se mantuvo hasta las guerras de Independencia.¹ El 11 de agosto de 1813, el constituido Estado Libre de Antioquia se separa en su totalidad de la España de Felipe VII. En este contexto, la subregión del Nordeste atraviesa un largo proceso socioeconómico para luego reconocerse como una de las zonas mineras más importantes del actual departamento.

Desde la Convención de Ocaña de 1828 se manifiestan las diferencias entre republicanos y federalistas, mismas que se evidencian en el atentado contra Simón Bolívar del 25 de septiembre del mismo año. Esta disputa por el poder central se consolida en la Convención Nacional con la firma de la Constitución de 1832, donde nace la República de la Nueva Granada; dentro de la subdivisión del reconfigurado departamento de Cundinamarca (1819-1830), con las provincias de Antioquia, Bogotá, Mariquita y Neiva, el territorio de Antioquia regresa a su organización en provincia, constituida por Medellín, Rionegro, Marinilla, Santa Rosa de Osos y el Nordeste (Remedios):

A partir de 1700 se establecieron en los territorios de Remedios y Zaragoza unos comerciantes de oro provenientes de Cartagena, Santa Marta y Mompós. Fue tal la afluencia de negociantes que entraban por esta vía (la de Zaragoza y Remedios) y la de San Bartolomé que dieron origen a las fundaciones de los pueblos de Remedios y Cancán, ubicándose esta última en los terrenos que circundan el hoy corregimiento de Portachuelo. “Cancán fue el nombre de una población española de alguna importancia, cuando el auge de la minería. Tuvo buena iglesia de tapia y teja de barro y cómodas casas pero al agotarse los placeres de oro decayó de tal manera que la iglesia se vio perdida entre el bosque hasta hace no mucho tiempo (este texto se escribió en 1917) que vecinos de Yolombó alzaron con la teja”. En lo administrativo Cancán dependió de Zaragoza y Remedios. Cuando en 1877

¹ Roberto Jaramillo Velásquez (2007) comenta que: “Cuando los antioqueños ya tuvieron suficiente territorio para superar la estrechez, migrar y expandirse, se podían diferenciar cinco países comarcanos: uno al Nordeste (que en tiempos de los conquistadores se llamó ‘Gobernación de Entre Los Dos Ríos’, Cauca y el Nechí) con los sitios dispersos de las otras ciudades mineras de Cáceres, Zaragoza, Los Remedios, más el sitio de Nechí; otro en el occidente, el país de Antioquia, que incluía al altiplano de Los Osos; en la franja del centro el país de Medellín, y al oriente, debidamente diferenciados los países de Rionegro y Marinilla” (p. 64).

era gobernador encargado del Estado Soberano de Antioquia el general Julián Trujillo, mediante decreto ejecutivo trató de restablecer la población con el nombre de San Martín, pero no pudo prosperar ya que solo permaneció hasta 1888 (Consejo Municipal de Cultura de Amalfi, 2010, p. 100).

La anterior administración de la Provincia de Antioquia será una de las primeras estructuras políticas del actual departamento, que en 1856 adquiere la reunificación total de sus territorios solicitada al Congreso por grupos políticos conservadores para la fundación del Estado Federal de Antioquia. Los ánimos federalistas del momento darían lugar a la Constitución del Estado Soberano de Antioquia el 27 de enero de 1863. Más tarde, la Constitución Política de 1886 proclama la República de Colombia y el Estado Soberano de Antioquia adquiere de nuevo la división administrativa de departamento.

Al día de hoy, el departamento de Antioquia está constituido por 125 municipios y 9 subregiones: Valle de Aburrá, Bajo Cauca, Magdalena Medio, Nordeste, Norte, Occidente, Oriente, Suroeste y Urabá. Como lo refiere la Gobernación del Departamento (2022), el actual territorio del Nordeste se conforma por los siguientes municipios —con sus correspondientes fechas de fundación—: Remedios (1560), Yolombó (1560), Santo Domingo (1778), Anorí (1808), Amalfi (1838), Segovia (1869), San Roque (1880), Yalí (1888), Cisneros (1910) y Vegachí (1950). Los diversos textos recuperados en la compilación apuntan a una trayectoria literaria y cultural del territorio. En su recorrido se aprecia la pluralidad de algunas escrituras, músicas y plásticas propias de las localidades y sus valores ancestrales; pero en ellas han quedado marcas culturales de las múltiples migraciones extranjeras, regionales y de los municipios aledaños a la subregión, que a través de las divisiones administrativas ocurridas en el tiempo han permanecido como un territorio simbólico común para sus habitantes por sus mismas dinámicas socioeconómicas y relaciones culturales.

Derivado de los propósitos del programa *Memorias y archivos literarios*, el libro *Voces del Nordeste antioqueño. Compilación* se estructura en dos partes. En primer lugar, una valoración crítica de temas, obras literarias y musicales como apertura contextual hacia la reflexión sobre la riqueza cultural de una subregión olvidada y marcada por los estigmas de la violencia. Los investigadores demuestran cómo las necesidades de volver una y otra vez a la tierra natal o de apartarse de ella, y de centrar la atención en el origen, en la casa ancestral, impulsan la creación a lo largo de sus obras. Algunas de estas, como las musicales, son la expresión de la pervivencia y la transformación de culturas heredadas a través de los tiempos que se reinventan en expresiones con características autóctonas. Esta sección crítica, elaborada por académicos con trayectoria investigativa en sus respectivas áreas —decisivos en esta amplia conversación interdisciplinaria desde la filología, la filosofía, la historia y la musicología—, nos introduce en la comprensión de las

entrañas del suelo natal, en el camino de vuelta para unos y también la asunción del no-lugar para otros; asimismo, en el acercamiento a las temáticas de una de las figuras más sobresalientes de la literatura colombiana actual, Piedad Bonnett, para descubrir la importancia de la casa de la infancia como un recuerdo propio y del tamaño del mundo. Y, por último, en un estudio acerca de la trayectoria del hacer musical popular y académico de la subregión que analiza, por ejemplo, cómo los aires populares ligados estrechamente a lo que hoy suene a festivo resultan de la asimilación y transformación de las músicas de los emigrantes europeos mezcladas con los ritmos e instrumentos propios de las músicas ancestrales.

En segundo lugar, la parte titulada “Escrituras y estéticas del Nordeste” reúne obras publicadas desde el siglo xvii, así como trabajos recientes de escritores y escritoras con reconocimiento de alcance nacional e internacional. El contenido de la compilación se inicia con Juan de Toro y Zapata (1597-1654), natural de Remedios, profeso de la Compañía de Jesús y educador en la Universidad Javeriana. El padre, elegido en 1642 procurador de la Provincia ante el Padre General y la Corte de Madrid, escribe su célebre: *Sermón en la solemne fiesta que celebró el colegio Imperial de la Compañía de Jesús de la Corte, a su glorioso patriarca San Ignacio [...], año 1644 con licencia de Zaragoza*. El historiador de la iglesia, Carlos E. Mesa, considera que con este escrito Toro y Zapata se convierte en el primer autor antioqueño conocido con un texto impreso. Para esta compilación se retoma el escrito: *Carta sobre la sublevación portuguesa en Cartagena [1642]*. De este informe colonial de la rebelión portuguesa, la compilación continúa con formas discursivas comunes en el siglo xix como: autobiografías, apuntamientos y diarios, para acercarnos al encuentro con expresiones culturales impactadas por diversas migraciones, entre ellas las misiones extranjeras que participaron en la modernización del desarrollo minero y transformaron el transporte, como en el caso de la construcción del Ferrocarril de Antioquia.

En este mismo siglo, y apuntando al xx, generaciones de pobladores del Nordeste intervienen en el campo socioeconómico y literario regional, trascienden las fronteras del departamento y las literaturas del país, además de intervenir con sus obras en las revistas y periódicos de Medellín: *Alpha*, *El Montañés*, *El Oasis*, *La Miscelánea*, *Panida*, *El Bateo*, *Sábado*, *el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia* y *Voces*, puesta en circulación en Barranquilla y de alcance iberoamericano, entre otras publicaciones. Estos autores y autoras también aparecen en antologías y compilaciones regionales como: *Antioquia literaria* (1878); *Poemas de Antioquia* (1962); *Oro y tinta: intelectuales de Anorí* (1970); *Panorama de la poesía amalfitana* (1988); *Amalfi, 1940 libro del centenario* (2020) y *Homenaje a Aurelio y Aureliano Peláez* (s.f.), entre otras antologías personales y de carácter nacional como *El nuevo parnaso colombiano* (1954), o en estudios biográficos como *¿Quién es quién en la poesía*

colombiana? (1998) de Rogelio Echavarría. Estos autores y autoras no se alejaron de las tradiciones culturales hispánicas, francesas, alemanas, italianas y norteamericanas; tampoco estuvieron distantes de las estéticas románticas, realistas y modernistas; además, consolidaron conexiones con otros contextos culturales latinoamericanos y europeos.

Estas voces del territorio configuran un panorama particular del circuito cultural y literario de entre siglos, donde la crítica social, la expresión romántica de la naturaleza y las vivencias idílicas en ambientes judeocristianos aparecen junto con obras en las que proliferan expresiones narrativas y poéticas modernistas en donde las sinestesias son un recurso constante de elaboración. Además, participan de otras formas de expresión en el campo de las letras como la crítica literaria y la elaboración de antologías, y en el desempeño como directores o colaboradores en revistas y periódicos, trabajos editoriales con alcance patrimonial en el país. Las siguientes voces, algunas nacidas a comienzos del xx, se adhieren a la confrontación partidista histórica y participan en la cultura desde las luchas políticas, con acciones de combate y apuestas de escritura.

Las últimas voces aquí referidas destacan con manifestaciones contemporáneas en sus obras y el trabajo de las literaturas negras, de mujeres y de expresiones urbanas, donde persiste la elaboración de las estéticas míticas asociadas al mundo de las minas, así como la incorporación de formas poéticas y narrativas breves. Adicional a esto, la expresión estética de la ciencia, la hibridez literaria entre sensibilidad y razón y las narrativas de no ficción trazan un continuo en la forma de acercarse a las escrituras de los mundos real y ficcional. Este proceso de desarrollo sociocultural y literario permite que voces foráneas como las de Carlos Segismundo de Greiff, Cipriano Tobón C., Camilo Arturo Escobar Cambas, Joaquín G. Ramírez, Rafael Mejía Echeverri, Luz Estella Arango Zuleta o Dasso Saldívar, próximos a la herencia ancestral, a la cercanía territorial o a su estadía permanente en la subregión, se incorporen en esta compilación del Nordeste.

En suma, *Voces del Nordeste antioqueño. Compilación* se concreta como una posibilidad de inclusión cultural mediada por la academia, para llegar a distintos entornos o espacios de conversación como bibliotecas, casas de la cultura, colegios, tertulias y talleres literarios; así como a ambientes de investigación que conducen al conocimiento del territorio y a una apropiación y crítica de dicho patrimonio cultural y de manifestaciones actuales de creación.

MARÍA STELLA GIRÓN LÓPEZ

Especialista en Literatura Latinoamericana de la Universidad de Medellín. Profesora titular de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia. Coordinadora del programa *Memorias y archivos literarios. Literaturas y culturas de Antioquia*, proyecto Literaturas y culturas del Nordeste. Miembro del Grupo de Estudios Literarios (GEL). Premio a la Extensión Universidad de Antioquia por el Área de las Ciencias Sociales, Humanidades y Artes 2020.

Correo electrónico: maria.giron@udea.edu.co; maegilopez@gmail.com

DAVID MARÍN-HINCAPIÉ

Magister en Escrituras Creativas de la Universidad Eafit. Profesor de cátedra en áreas de literatura, escritura creativa y académica de la Universidad de Antioquia. Participante del Taller de Artes de Medellín, dirigido por el poeta y artista Samuel Vásquez. Miembro del programa *Memorias y archivos literarios. Literaturas y culturas de Antioquia*, proyecto Literaturas y culturas del Nordeste.

Correo electrónico: dfernando.marin@udea.edu.co

AGRADECIMIENTOS

A Edwin Carvajal Córdoba, decano de la Facultad de Comunicaciones y Filología (2021-2023) y Olga Vallejo Murcia, actual decana.

A nuestros colaboradores y colaboradoras:

José Luis Arboleda, Fabio Hernán Arboleda Echeverri, José Albeiro Berrío, Deisy Yamile Arroyave Arenas, Margarita Barreneche Rivera, José María Barrientos Arango, Elizabeth Cañas Rodríguez, Sandra Milena Córdoba Escobar, Liliana Patricia Correa Rodríguez, Tulio Elí Chinchilla Herrera, Eduardo Domínguez Gómez, Rafael Andrés Echeverri Mejía, Augusto Escobar Mesa, Jorge Alberto de Jesús Giraldo Ramírez, Fredy Sneider Giraldo Atehortúa, Santiago Andrés Gómez Giraldo, Rodrigo H. Ibarbo Sepúlveda, Larry Alexis Isaza Marín, Dora Lucía Mejía Arango, Raúl Humberto Ochoa Carvajal, Walter Parra Cardona, Paloma Pérez Sastre, Luis Fernando Quiroz Jiménez, Sergio Rodríguez Pérez, María Cristina Arango de Tobón, Luis Carlos Rodríguez Álvarez, Diana Sanmartín Álvarez, Diana Marcela Tabora Cardona, Rafael Iván Toro Gutiérrez, Ruth Asceneth Vallejo Jaramillo y Óscar Emilio Yepes Roldán.

A las entidades, instituciones y dependencias:

Academia Antioqueña de Historia y Casa de la Cultura de Amalfí. Fondo Editorial FOCO, Facultad de Comunicaciones y Filología, Vicerrectoría de Extensión, Oficina Jurídica, Museo Universitario MUUA, Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, Campus Segovia-Remedios, Campus Amalfí y Curaduría Historia Museo, de la Universidad de Antioquia.

CRITERIOS DE EDICIÓN

Para atender al cuidado filológico de los textos recuperados provenientes de los siglos XVII y XIX se respetó la fuente original de la cual se transcribieron. A partir del siglo XX, la revisión de los textos se convino con los respectivos autores y autoras, quienes, en lo general, aceptaron las modificaciones propuestas para sus textos inéditos. En la edición actual, la mayoría de los textos compilados requirieron corrección ortográfica en errores de palabras escritas de forma incorrecta por transcripción; también, actualización lexicográfica y sintáctica, como en el caso del leísmo o, por ejemplo, en “sin número” que se escribe en una sola palabra. Además, realizamos actualizaciones ortotipográficas a la norma vigente de la Real Academia Española de la Lengua. Los siguientes criterios reúnen las modificaciones aplicadas:

- **Puntuación.** Añadimos comas de inversión sintáctica; completamos incisos con coma al inicio o al final de estos; sustituimos comas por elisión de verbos y coordinadas con signos de punto y coma; unificamos los puntos suspensivos [...]; adecuamos las comas para separar incisos y vocativos; eliminamos comas en construcciones como: “tanto que”, entre otras.
- **Normas ortotipográficas (actualizadas, algunas, según criterios del Manual de Estilo APA vigente).** Por ejemplo: versalitas y dos puntos para indicar intervención o diálogo de un personaje en obra de dramaturgia; rayas: sustituimos guiones (-) y signos menos (–) por rayas (—), por ejemplo, ante acotaciones del narrador e intervenciones de personajes que expresan diálogos; comillas: cambiamos el lugar del punto seguido o aparte en cierre de comillas (”.); cursivas: actualizamos estilo en títulos de obras; signos compuestos: en los caso de admiración y exclamación completamos el par; mayúsculas: aplicamos mayúsculas al inicio de oración; también unificamos y actualizamos mayúsculas enfáticas en sustantivos comunes vueltos nombres propios; actualizamos la ortografía en casos como: “j” en vez de “g”; “y” en vez de “i”, “s” en vez de “x”, entre otros; mantuvimos la mayúscula en algunos sustantivos, aunque actualmente no se contemplan en la norma, con el fin de mantener los sentidos de la época a la cual pertenece el texto.
- **Acentuación.** Unificamos a la norma vigente, por ejemplo: tildes en pronombres exclamativos y demostrativos; supresión de tildes en palabras graves; acentuación de verbos y de palabras agudas, la mayoría involucró retirar los acentos con terminación en -ar e -ir; modificación de la acentuación de monosílabos, de palabras con hiato y en el uso de adverbios comparativo como “más”.





Primera parte

ENSAYOS CRÍTICOS

La tierra de uno

Jorge Giraldo Ramírez¹
Universidad Eafit

En memoria de Jesús y Mercedes

La tierra de uno dormita cuando crecemos y creemos que podemos volar. La tierra de uno se resguarda cuando nos sumergimos en la ciudad, con el vértigo y sus cansancios sin gozo, la ilusión de producir y las alegrías programadas. La tierra de uno se esconde cuando nos dejamos convencer de que se puede pertenecer al mundo sin ser de alguna parte. Pero toda persona deja de crecer, el fragor vacía, la anchura extravía y ahí permanece siempre su tierra, discreta, como los pocos imprescindibles que se tienen.

“La tierra de uno” como expresión coloquial es unívoca y, al parecer, extensa en español. Recuerdo ahora la canción “Serenata para la tierra de uno” de la compositora María Elena Walsh y se me hace que no se trata de un punto de contacto más entre nosotros y los argentinos, como el voseo. Significa el lugar de origen, aunque no se requería decirlo. Pero otras interpretaciones de ese dicho que nos ofreciera un extraño —pues todos los extraños son los que hablan otra lengua— atinarían en otra acepción. La tierra de uno es también la tierra que me pertenece y nos pertenece, de donde se reclama la persona y donde reclama con mayor firmeza, porque se tiene allí mucho más de lo que pueda decir un título de propiedad.

Procedencia y pertenencia convergen y se mezclan cuando se trata de la tierra de uno. Proceder es mucho más que nacer; la procedencia no exige el natalicio, al menos el de la persona singular, porque la procedencia es también una precedencia: la de padres, abuelos y más atrás, con sus quereres y contrariedades, sus haberes y sus carencias. Eso significa que sobre este tema no se debe especular solo a la vista de un registro de nacimiento.

Si lo pensamos bien, la procedencia posee el atributo de ser susceptible de elongación. Hay pretenciosos, pocos, que siguiendo una vieja tradición hispánica elongan su árbol familiar; pero los simples mortales, sin aspiraciones de linaje ni de

¹ Agradezco la invitación de la profesora María Stella Girón López, la lectura crítica del colega Efrén Giraldo y la interlocución imaginaria de Simone Weil y Odo Marquard.

otros pasaportes, solemos explayarnos mediante las variadas vías de la imaginación: recuerdos, inquisiciones, analogías, las cuales afianzamos a partir de los dispositivos que nos ofrecen la historia, la literatura, la música, la pintura, la fotografía, a veces la antropología, la elusiva memoria oral. Y otras imaginaciones sin soportes que, sin embargo, son tanto o más firmes que aquellas.

Aunque todas ellas son formas de salir de la provincia sin abandonarla, el estiramiento puede ser de tal magnitud que dejan reducidos los antiguos lazos a unas hebras que ya no sujetan. La pérdida nos llega cuando estamos anestesiados por aquellas euforias mentadas al principio, las de la velocidad, la ubicuidad y el cosmopolitismo. Hubo en Colombia, sin embargo, un momento de atroz ruptura: millones de personas expulsadas de su hogar, millones impedidas de visitar a su gente y a su suelo. A la primera ruptura se le llamó desplazamiento forzado, la segunda no recibió nombre; ambas hirieron gravemente el arraigo, esa necesidad básica de la condición humana que se comprende mejor con la imagen de tener raíces o echar raíces. El ansia natural del contacto con la tierra propia se represó largo tiempo sedimentando tristezas, echando más sombras al alma.

El acontecimiento de la guerra que expulsó del hogar y que vedó la visita al lugar de origen alteró de forma dramática los hábitos de movilización de los paisas, integrados ya en la mitología regional sin que por ello podamos presumir de exclusividad o de primacía. Las costumbres de visitar la tierra de los ancestros; de pueblar para reconocerse en las semejanzas y en las pequeñas distinciones en cuanto a morar y tratar, y especular con los pro y los contra de tener una casa o una tierrita allá; de echarse a la carretera para paisajiar, ventirse y comer los mismos bocados típicos con toques de sazón entronizados; de salir a caminar, montar a caballo o pedalear por trochas que dejan ver otros perfiles de las montañas y oler otros aires. Todos estos hábitos, digo, que son al tiempo ritos de actualización de los mitos del colono y del arriero, fueron interrumpidos durante tanto tiempo, que alguna gente perdió el impulso y la motivación para renovarlos.

No todos. Debido a esa experiencia muchos redescubrieron el valor de la pertenencia a un lugar, a una progenie, a un relato. Volvió una parte de los desplazados que podían regresar; salieron de nuevo los que estuvieron atrapados en las ciudades. Deudos, sobrevivientes, espectadores, recuperaron la libertad de moverse y pudieron reencontrarse con su tierra. Tierra nueva con paisajes cambiados, en algunos casos por la escasez del sudor humano que permitió que se recobraran la vegetación y los animales; en otros, por el repoblamiento que hicieron vecinos desconocidos, con acentos inéditos y costumbres más inéditas aún. Lugares con densas historias recientes que se superponen sobre las viejas, nuevos cuentos y novelas, cantos y poemas, películas, el género entero de la memoria histórica, con

sustratos sangrientos que refutan a los críticos que a su vez habían denostado a la dizque vieja, desgastada y paralizante “literatura de La Violencia”, con mayúsculas, es decir, la que surgió de la penúltima guerra.

Los ejercicios nostálgicos, de cuya enumeración me abstengo por pudor y respeto, empezaron a dar paso a las prácticas de la recuperación de los espacios que reavivan con olores, colores y sonidos la sensación de pertenecer de nuevo, de recuperar las raíces, de satisfacer aquella necesidad humana ahogada por las armas y por el miedo. Darle reparo al desarraigo del corazón, como las definiría Walsh. Una apreciación esperanzada verá que esas prácticas de recuperación albergan actitudes que intentan honrar las nuevas convicciones de proteger la fauna, cuidar las aguas, conectar los bosques, dejar que se enmonten los potreros, rescatar el patrimonio material, apreciar antiguos usos de consumo y producción. Sabemos que no siempre es así.

Pero todavía sigo hablando como si se tratara de dos elementos tan distintos, sujeto a la insuficiencia de que adolece la expresión “la tierra de uno”; porque la tierra no es mera naturaleza y uno no es solo humanidad o, al menos, no es solo el ser humano que modeló la consciencia moderna. La tierra es también la precedencia —ya se dijo— y la precedencia no solo es familia, es la comunidad en la que ella se hizo, y son las costumbres con que se crió: las formas de morar, trabajar, negociar, penar, orar, festejar. Porque aunque el arraigo se relaciona con el origen es, ante todo, existencia. Somos parte de la tierra, la tierra es parte de nosotros.

Hay recelos progresistas con el espíritu telúrico que rodea a las conversaciones sobre la tradición, al afán de conectar la novedad con lo habido, a la recurrencia a los paisajes, al deseo de sembrar y cuidar plantas, a los giros anacrónicos del habla, a la búsqueda de recuerdos y papeles viejos, a las historias contadas y escritas, al afán de escarbar en lo propio. En primera instancia se sospecha del esfuerzo por darle significación al pasado, asunto en el que no me detendré y que por sí mismo bastaría para una crítica de cierta modernidad. Se oculta que un pasado vivo está entre los factores que configuran el modo de vida que vamos llevando y que el arraigo se nutre también de la participación cotidiana en la urdimbre de una comunidad.

Si alguna vez esta perspectiva ofreció una apariencia bucólica y resignada, ya tiene poco de eso. Inclinarsé por un modo de vida consonante con el ritmo y el sabor de la tierra de uno es oponerse a la inercia del mundo contemporáneo. Una inercia de vértigo, fragor, aceleración, rendimiento, publicidad. Se requieren energía y gran determinación para resistir este desbocamiento desde la calma, el silencio, la lentitud, la contemplación, la privacidad. Estos elementos juntos constituyen una *retardatio* que, por otra parte, es uno de los recursos artesanales de la escritura y el

pensamiento. Así, hoy, la terredad —para decirlo como Eugenio Montejo— puede ser una forma de resistencia.

Convengamos en que la persona singular debe tener la libertad de fugarse de su suelo y de adoptar otras identidades que, tal vez, no exijan raíces. Pero no dejará de ser un empobrecimiento pues no es requisito ese despojo para abrirse al mundo, es más cierto lo contrario: la mejor manera de abrirse al mundo es desde un sitio propio y definido. Además, es probable que tal persona encuentre el mundo y se pierda a sí misma.

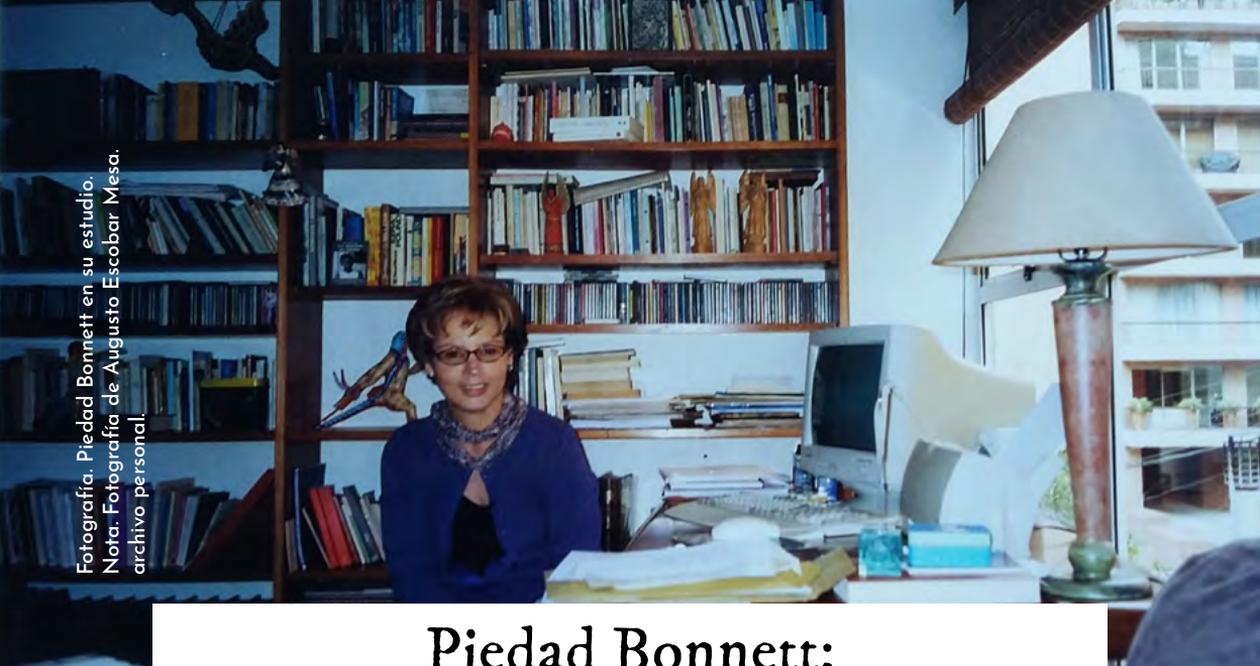
Convengamos, también, en que la decisión de perseverar en la comunión con la tierra de uno y en su recreación no necesita justificaciones ni argumentos sofisticados. Algunas de ellas pueden estar a la mano: tranquilidad, refugio, economía. Pero, siempre, decisiones de este orden obedecen al amor. En este caso al amor telúrico que recupera múltiples cordones umbilicales con la familia, la tradición, el paisaje, las *mores* de las que somos deudos. El amor quiere, con ese querer ambivalente de nuestra habla que denota tanto afecto como voluntad. Cuando se dice “yo quiero vivir en vos” —de nuevo Walsh— no cabe un porqué.

Jardín, Antioquia, 10 de agosto de 2021.

JORGE GIRALDO RAMÍREZ

Doctor en filosofía por la Universidad de Antioquia. Profesor emérito de la Universidad Eafit. Coordinador académico del encuentro literario *Narrativas pueblerinas*. Miembro del Grupo de investigación en Sociedad, Política e Historias Conectadas, Proyecto: Literaturas y culturas del Nordeste. Correo electrónico: jorgegiraldo@eafit.edu.co

Fotografía. Piedad Bonnett en su estudio.
Nota. Fotografía de Augusto Escobar Mesa.
archivo personal.



Piedad Bonnett: vida y obra en busca de sí misma

Augusto Escobar Mesa
Universidad de Montreal

A Sophia Gómez Uribe

“AMALFI: UN MOTOR MUY IMPORTANTE PARA ESCRIBIR”

Esa cosa maravillosa que es la infancia donde se cuece todo lo que uno va a ser después y que quedó en mí como un territorio inviolado por la sencilla razón de que no volví nunca a mi pueblo. Cuando uno no vuelve al lugar de origen, no se le superpone imágenes que lo puedan borrar [...]. Eso es para mí Amalfi: un motor muy importante para escribir (Escobar Mesa, 2003, pp. 135-136).¹

Estas palabras de Piedad Bonnett es un homenaje permanente a lo que significa para ella ese lugar de la infancia que se llama Amalfi y que quedó plasmado y mitificado para siempre en algunos de sus primeros libros de poemas y novelas. En la memoria primera de la poeta, Amalfi es un lugar de ensoñación, un laberinto por donde se mueven personajes, cosas, imágenes reales y ficticias, sobre todo, una casa solariega, unos padres devotos en sus respectivos oficios, los libros con temas y seres de la más diversa naturaleza que pueblan su imaginario y la atrapan de manera definitiva. Amalfi es un libro abierto, sagrado, enigmático, que pertenece a la memoria y no a la realidad. Amalfi es una palabra mágica que abre puertas a espacios singulares que no se pueden desacralizar al confrontarlos con la realidad concreta de un pueblo antioqueño cualquiera perdido entre las montañas. Amalfi es, en fin, un “motor” para bucear y fisgonear por la imaginación.

¹ Bonnett se refiere a pasajes del libro *El hilo de los días*, con el cual ganó el primer premio importante, el Nacional de Poesía de Colcultura.

Podría decirse que la obra literaria de la escritora es singular por la identidad que le confiere al rol de las mujeres en una sociedad que las ha marginalizado social, religiosa e ideológicamente, y por la manera de abordar el drama que se vive de tejas para adentro (casa, familia, pareja, universidad, clases sociales), determinado por los vaivenes del entorno socioeconómico, político e ideológico de su país. No es fácil encontrar a alguien en la literatura colombiana que se haya destacado estéticamente y con éxito en géneros tan diversos como la poesía, la novela y el teatro. Sus nueve libros de poesía hasta el presente le han permitido ser reconocida, nacional e internacionalmente, como una de las voces más peculiares de la lírica colombiana e hispanoamericana, y sigue siendo una voz poética sin par en nuestra literatura. Desde su primer libro de poemas, *De círculo y ceniza* (1989), que tardó diez años escribiendo porque nunca se sentía satisfecha, hasta *Los habitados* (2017),² los lectores pueden descubrir los temas recurrentes que afligen a los humanos y los mantienen en la cuerda floja. Se podría decir que la poeta convoca a los lectores a preguntarse como lo hace el filósofo y su poesía es filosofía vital que se interroga sobre ese nudo de contradicciones que es la condición humana sin posibilidad de una salida indemne en el horizonte. Por eso su poesía se distancia del barroquismo, la grandilocuencia, el testimonio, el confesionalismo, la mera emoción, para quedarse con el juego verbal que invita a la reflexión, mediada por un ritmo y musicalidad propios. Esto expresa sobre su oficio:

[...] uno no confiesa los propios sentimientos como en una carta, sino que elabora una emoción a través de las palabras. La concentración se pone, no tanto en el sentimiento como en las palabras. Es un proceso de elaboración y juego con la realidad a través del lenguaje. Es el lenguaje lo que permite la distancia con la emoción. Además, aun en lo más autobiográfico o en circunstancias conmovedoras hay una invención, hay un elemento de ficción (Piedad Bonnett, 2002).

Pienso que nunca se debe permitir que el poema esté solo cobijado por un estado emocional. Lo guardas –de la emoción al ridículo puede no haber más que un paso– y lo miras luego ya despojado de ese sentimiento. Hay que tomar distancia siempre sobre lo escrito y ser implacable con el poema, porque la emoción siempre hace muchos estragos (Escobar Mesa, 2003, p. 151).

Originaria de Amalfi, Antioquia, Piedad Bonnett Vélez (1951) y su familia emigraron pronto a Bogotá donde aún reside la escritora. Desde muy temprano se reveló como una estudiante distinta, inconforme, apasionada por los libros y todo lo que implicara un conocimiento distinto al estatus quo institucional y moral. Apenas se asomaba a la adolescencia, la poesía vino a acompañarla y no la ha abandonado

² Su poesía ha sido traducida al italiano, inglés, francés, sueco, griego y portugués.

jamás, por eso su primera publicación fue un libro de poemas titulado *De círculo y ceniza* (1989) —publicado por la Universidad de los Andes, institución en la que se graduó en Filosofía y Letras y, luego, en 1981 se vinculó como profesora, mismo oficio que antes practicó su madre con sus hijos—. ³ El salto del bucólico pueblo a la agresiva urbe fue un asomarse al abismo, un mudar de piel para afrontar los múltiples desafíos que le esperaban y, también, un construirse la armadura necesaria para no claudicar en el camino como tantos otros. Es en ese medio de la dura supervivencia personal y mental, de una Bogotá extraña a los exiliados de tantas partes, que la niña poeta debe abrirse camino sola y no sin aprietos, manifestando siempre una rebeldía con causa ante tan inesperado y permanente desarraigo.

Aunque hacia fuera y en lo académico fue una joven ejemplar que supera los obstáculos que se le presentan para demostrarse a sí y a los otros lo que se logra con una voluntad de poder, por dentro llevaba un alma rota que solo se mitigaba con la lectura y se volvía catarsis mediante la escritura. La joven pueblerina, anónima en la gran y desconocida urbe, no tiene otra opción para sobrevivir sino a través de la literatura y de la poesía. De esa manera se vuelca, en distintos momentos, al universo maravilloso de seres iluminados y alelados por las palabras: Baudelaire, Dostoievski, Neruda, Barba-Jacob, César Vallejo, Emily Dickinson, Blanca Varela, Alejandra Pizarnik, Borges, Eliseo Diego, y tantos otros. Estos seres únicos la han llevado a delinear progresivamente y no sin incertidumbres las fronteras de una geografía verbal que a veces se torna cenagosa, otras cristalina, pero eso sí, espacio suyo. Comienza, pues, a defender el baluarte único que le queda, a protegerse del distorsionante, del estruendoso ruido que la acecha, y de todo aquello y de todos los que pretenden franquear sus muros para dejarla al desnudo, como cuando abandonó aquel bucólico tiempo primero. Tras esa peculiar y única geografía en donde puede guarecerse, y con el resto de piel que le pertenece, se esconde hasta ir perfilando los senderos que serán suyos tras aquellas fronteras que dejan vislumbrar el mundo que ha construido —rémoras del pasado— a pesar suyo y de los otros. Es a ese pasado que canta la poeta escondida tras la imagen de la casa: “mi alma es una casa vacía donde habitan/ fantasmas de otros días [...] Mi alma es una casa de puertas clausuradas/ y a un desierto lunar sus ventanas se abisman (Bonnett, 1989, p. 37).

Perfeccionista consigo, exigente con los demás, y aunque otras esferas del conocimiento le atraen, como son las artes, Bonnett se deja seducir por la escritura para fijarse definitivamente en ella. Por eso busca la formación exigente de la filosofía, de la literatura y de la actividad docente, recursos para satisfacer su curiosidad infatigable, para demostrarse hasta dónde puede llegar. Sin embargo, todo eso la deja vacía y siempre a punto de comenzar. Cada curso, taller, seminario,

³ Otros miembros de la familia materna y paterna también desempeñaron el mismo oficio como si fuera una filogénesis.

conferencia que prepara y dicta se torna en nuevos desafíos, buscando respuestas en otros ávidos de saber que no las tienen, sino nuevas e incisivas preguntas, pero en ella ese preguntarse y esos conocimientos representan solo variantes de una y de tantas cuestiones que la acosan desde siempre. De ahí que cada poema, cuento, relato o ensayo suyo no sea otra cosa que la puesta en cuestión de esos mismos interrogantes que la llevan inexorablemente a “¡Tanto sueño perdido,/ tanta esperanza rota,/ tanto para tan poco/ y tanta pena!” (Bonnett, 1989, p. 2). Podría decirse que casi todos los dominios de las artes y la literatura los ha abordado Bonnett: poeta, novelista, narradora, dramaturga, ensayista, crítica de literatura y arte, columnista de periódicos,⁴ profesora, traductora, jurado de eventos literarios y hasta dibujante. En su haber cuenta hasta ahora con nueve libros de poesía, siete novelas, siete piezas de teatro, un libro de entrevistas, ocho antologías de sus poemas, siete premios nacionales e internacionales, numerosos ensayos críticos y centenares de columnas periodísticas.

“EN EL FONDO DE TODO POETA HAY UN NIÑO”

Así es como la escritora nos cuenta cómo llegó temprano ante esa esfinge de las palabras para revelarle y descubrirle lo que sería su vida en adelante:

Llegué a la escritura, entre otras razones, y siendo aún una adolescente, por envidia. Envidia de aquellos seres misteriosos, los escritores, siempre tan lejos y tan cerca, capaces de fabular historias fascinantes o de crear poemas estremecedores; quería provocar en mis lectores imaginarios las inmensas emociones que en mí habían suscitado la lectura de Verne, de Salgari, de los hermanos Grimm, de esa inmensa novela que es *Crimen y castigo*, o de los poetas cuyos poemas había leído, de niña, en los cuadernillos de *Simón Latino*.⁵ Con el tiempo, y en la medida en que he hecho de la literatura una de las razones más poderosas de existir, aunque jamás me he desentendido del lector, mi tarea se ha convertido en una pasión en sí misma. Pero, aunque sigo escribiendo como en mis primeros tiempos, más por necesidad personal que porque crea que el escritor tiene una misión, no concibo el oficio de la escritura como un ejercicio onanista que no revierta en otro, que no tenga por objeto último comunicar algo a los demás (Bonnett, 2008a, p. 69).

⁴ En sus numerosos ensayos y columnas de opinión en revistas y periódicos se revela siempre con un espíritu crítico y comprometido con la causa de los olvidados del Estado y la sociedad misma, y contra todas las expresiones de corrupción, violencia, mediocridad y machismo de su sociedad.

⁵ Entre 1958 y 1963 se vendieron miles de ejemplares de *Simón Latino*, cuadernillos de poesía dedicados a poetas colombianos e hispanoamericanos. Eran muy populares, en ediciones modestas y a bajo costo. Generaciones de estudiantes colombianos se formaron en la poesía con estos cuadernillos. Estos fueron, quizá, los primeros libritos de poesía que dieron a conocer a algunos poetas del Boom latinoamericano, cuando este movimiento aún no había aparecido. El editor de estos textos fue Carlos H. Pareja, abogado, escritor, librero, político comprometido y contestatario del régimen conservador falangista de mediados del siglo xx, lo que le valió el autoexilio. Véase sobre este autor y sobre su labor editorial en Martínez (2004).

Sin duda, es el arte de la poesía con la que Bonnett se inicia, ilumina e instaura una identidad. A través de sus poemas, breves, agudos, densos, contruidos con un máximo de economía verbal, incisivos y dolientes, la poeta invita a los lectores a zambullirse en ellos y no cesa un solo instante en preguntarse, en cuestionarlo todo y confrontar a los otros sin cortapisa alguna, pero también se desnuda y revela todos sus miedos, culpas y dudas que pone al descubierto a través de máscaras diversas. Cada verso y texto es ella misma con las múltiples pieles con las que se enviste: femeninas unas, masculinas otras, también de jóvenes que sueñan con atrapar el mundo y los engulle sin piedad; a veces, con dermis de viejos que padecen el desgaste del tiempo como una espada de Damocles sin que puedan eludir tal irremisible destino; otras veces, con embozos de burgueses de toda especie que viven ajenos a la realidad e invisibles a la miseria del vecindario que los rodea y que contemplan impasibles desde sus balcones y jardines amurallados. Pero también nos deja ver *paterfamilias* voraces de todo orden, llámense políticos, gobernantes, representantes religiosos, financistas, jefes de sectas, caciques de todo pelambre, etc., que piensan que el mundo fue hecho para ellos de una vez y para siempre. Estas Hidras, que Bonnet recrea, devoran lo que está a su alcance, que es siempre todo, para dejar caer escasas migajas para el resto, que no es otra cosa que despojos de humanidad irredenta que la poeta libra a los lectores en sus versos y relatos.

Bonnett se inaugura con su libro de poemas *De círculo y ceniza*, texto fundacional porque allí se encuentran los cimientos con los que se irá construyendo todo el resto de su obra: los primeros y últimos miedos, lo que desastilla el corazón pero también lo nutre, la cotidianidad que enajena y la misma que permite distanciarse para reencontrarse con el silencio de sí misma; el amor que, en extraña confabulación con la muerte, hace vivir intensamente el instante de luz que irradia en cualquier circunstancia; la actividad doméstica y el tráfico cotidiano que alcanzan su fuerza lírica por el grado de enajenación a la que pueden llevar, pero también por su lado metafísico que sorprende. Igual canta a la casa y todo aquello que se le asemeje, espejos del alma por donde a diario se asoma para revivir otros tiempos, o los del deseo. Allí se asoma la muerte y sus múltiples maneras de representarse: monstruo, toro, minotauro, figura bestial, simún que todo contamina y arrasa, imágenes hechas memoria y afán de olvido que incita a vivir el instante como si fuera una eternidad. La muerte se apodera de todo, cubriendo con su negra sombra todo resquicio, atosigando el ánimo hasta la asfixia. Muerte vestida de violencia partidista colombiana, flagelo que se expandió por los cuatro rincones del país a mediados del siglo xx y dejó un reguero de muertes a la vera de los caminos. También nos habla del encierro claustral de pueblos perdidos y olvidados en campos y montañas que una niña de ocho años, de la mano de sus padres, deja para siempre en un viaje sin regreso. El Amalfi de la primera infancia será en adelante eso, memoria, para dar lugar a otro espacio, Bogotá, que se convierte, a su pesar: “aquí voy yo, sin metas y

sin rumbos,/ odiándome en tu esquina sin sorpresas,/ en el mezquino barrio donde habito,/ en el precario verde que embellece/ tu triste fealdad de puta vieja./ Aquí voy contra ti en la roja tarde,/ sola voy, sola voy, entre ti, sola/ y para siempre sola en tus entrañas” (Bonnett, 1989, p. 13).

La infancia es, pues, un tema fundamental en buena parte de sus primeros libros de poesía y en sus novelas iniciales, incluso en *Lo que no tiene nombre* (2013), aunque en esta se habla más de la vida y muerte de su hijo Daniel. La infancia de la escritora es, así, una infancia que tiene mucho de bucólico por haber nacido en un pueblo pequeño, rodeado por la naturaleza y la tranquilidad de sus pobladores; también por la sorpresa de los primeros descubrimientos y asombros y; además, por los momentos de soledad y desespero en un lugar donde no pasaba nada y el tiempo parecía estático. Solo con el tiempo y la distancia, esas imágenes primeras vuelven y se enquistan, sobre todo con aquellas que generan los primeros sobresaltos. De ese primer libro, confiesa Bonnett a la poeta Claudia Posadas (2015):

[...] es un libro que escribí sin conocer demasiada poesía, y por tanto, sin demasiadas reflexiones formales. En ese sentido puede ser un poco espontáneo, obedecer ante todo al impulso de decir poéticamente cosas que pugnaban por salir. Pero allí están, efectivamente, con mucha fuerza, los temas que iba a desarrollar después en mi poesía. Están en germen, apenas enunciados [...]. Lo digo así porque yo misma estaba apenas buceando dentro de mí, buscando mis fantasmas (p. 14).

Amalfi es un pueblo en medio de un estrecho valle rodeado de altas montañas, de geografía quebrada, de cañones, de planicies, de abundante vegetación.⁶ Fue fundado en 1838 por un cura español y sus ricas minas de oro atrajeron no solo a antioqueños de otras regiones, sino también a extranjeros llegados de Suecia, Noruega, Alemania, e incluso a algunos árabes y chinos que vinieron a explotar sus minas y a trabajar en la construcción el ferrocarril,⁷ entre ellos Carlos Segismundo De Greiff.⁸ A mediados del siglo xx, momento de la infancia

⁶ Ubicado a 1.550 metros de altitud, Amalfi tiene un clima relativamente frío y se encuentra a 147 kilómetros de Medellín, la capital del departamento de Antioquia, en la que los más osados o pudientes de la época de Bonnett soñaban con instalarse, o viajar durante 492 kilómetros hasta Bogotá, la capital del país, como va a ocurrir con la familia Bonnett. Amalfi es uno de los municipios más grandes de Antioquia con 1.210 km², pero relativamente pequeño en cuanto a su población, 23.000 habitantes. En los años cincuenta, cuando nace la escritora, apenas si sobrepasaba los diez mil y buena parte habitaba en el campo.

⁷ La fundación de Amalfi corresponde con la época de la colonización antioqueña en el siglo xix, durante la cual muchas familias antioqueñas emigraron por todas partes, en particular al occidente de Colombia buscando mejores y más ricas tierras porque la geografía tan quebrada del departamento no daba sino para pequeñas parcelas. Las regiones con minas de oro del Nordeste antioqueño, como Remedios, Segovia, Amalfi, etc., atrajeron a parte de esos colonizadores y a extranjeros.

⁸ El primer De Greiff que llegó al lugar fue el ingeniero y geógrafo sueco Carlos Segismundo de Greiff (1793-1870) quien diseñó el pueblo en cuadrícula y aún hoy se conserva así. En homenaje a Segismundo,

de Bonnett, Amalfi era un lugar, como la mayoría de los pueblos y campos de Colombia, aislado, distante, sin ninguna actividad industrial y menos división del trabajo, salvo el del campo dividido en pequeñas parcelas y minas, y en donde se vivía casi al margen del tiempo y con normas y valores establecidos desde siempre. Era tan incomunicado Amalfi que la escritora recuerda que conoció el primer automóvil cuando su familia viajó por primera vez a Bogotá. Así nos lo cuenta:

Mi infancia en Amalfi es una infancia hasta cierto punto mitificada por mí a partir del éxodo. Quiere decir que no hace mucho tomé conciencia de que yo tenía ese elemento en mi biografía, que estuve ocho años en un pueblo donde no había carros porque no había carretera, que estaba completamente aislado del mundo, y la primera vez que salí fue en una avioneta.⁹ Yo no salía a Medellín, yo no conocía qué era Antioquia fuera de Amalfi, pero por supuesto tengo una carga tremenda de una Antioquia de siete años vividos en ese ámbito (Escobar Mesa, 2003, p. 133).

Tal como le viene a la memoria y va a impresionarla, allí nada pasaba, salvo cuando alguna res, de las que llevaban al matadero, se escapaba y comenzaba a hacer estragos por las pequeñas calles y a veces corneaba a algún osado que quería atraparla, o simplemente a alguien que pasaba desprevenido por el lugar. Era casi una fiesta por la modorra en que se vivía. El otro evento histórico importante que la marcó y también a sus habitantes en ese tiempo, al igual que en muchos pueblos de Colombia, fue la violencia partidista entre liberales y conservadores, sobre todo durante el periodo gobernado por presidentes conservadores (1946-1953) en connivencia con la jerarquía católica que estimularon, entre sus huestes fanáticas, una persecución irracional contra otros pueblerinos, campesinos o gente del común que no pensaban como ellos. Aunque esa violencia absurda fue propiciada, más por parte de los conservadores, también se dio del lado de los liberales en aquellos pueblos donde estos eran mayoría. Fue una violencia sin sentido, simplemente porque el vecino, conocido o de la familia, era por tradición liberal o conservador —como si fuera una filogénesis— y no porque hubiera una conciencia política de tal o cual ideología política o de pertenencia a un partido u otro.¹⁰ Lo particular de esta violencia es que la escritora apenas si la escuchó en su infancia,¹¹ pero de la que vino

el parque principal del Municipio de Amalfi lleva su nombre. Un miembro de esa genealogía es el poeta León de Greiff, uno de los más leídos por Bonnett.

⁹ Paradójicamente, Amalfi tiene un pequeño aeropuerto que no tenía ni tiene la mayoría de los pueblos antioqueños y colombianos, y lo hicieron construir para que los dueños de las minas, muchos de ellos extranjeros, pudieran sacar el oro sin riesgos de robo por los caminos de arriería.

¹⁰ Igual ocurre ahora con los partidos tradicionales y otros que han surgido por reacción y cuyas plataformas ideológicas son tan inconsistentes y sin fundamentos conceptuales como los individuos que las siguen emocionalmente.

¹¹ Lo que sí es cierto es que, si bien la mayoría de la gente en los pueblos no veía los cuerpos asesinados que se exhibían en las plazas, las noticias sobre estos hechos nefastos se expandían rápidamente o se informaban a través de los noticieros y periódicos que los divulgaban con sensacionalismo y espectáculo

a informarse e interesarse durante sus estudios universitarios. Violencia que, en una década, dejó cerca de trescientos mil muertos, miles de parcelas, cultivos y bienes robados o abandonados por la fuerza, decenas de miles de exiliados —el más grande éxodo rural del mundo occidental en ese momento, según el historiador británico E. Hobsbawm (1968)—.¹² Exiliados que fueron a engrosar las grandes urbes, creando así cinturones de extrema pobreza con todos los problemas de marginalidad y desajustes sociales que de estos derivan. Esas dos imágenes, la de toros desbocados como belcebúes y los muertos por la violencia que llegaba a la plaza en mulas o en costales se convierten, no en tótems protectores sino en figuras enormes, mitificadas y fantasmáticas que acechaban y aterrorizaban el alma infantil de la pequeña Piedad. Y luego serán imágenes impactantes en sus poemas que adquieren formas diversas, todas paralizantes, asoladoras, enajenantes. Como toros y violencia tienen el poder de aplastar, destruir, alienar al otro; la poeta asociará estas dos hidras con el poder de los políticos, gobernantes y sus ideologías, asimismo con el poder ideológico de las religiones, en particular la católica que le tocó padecer a Bonnett durante su infancia y adolescencia. Su personaje Alvar, de *Para otros es el cielo*, bien compendia en una frase sentenciosa la infancia de la escritora que ha nutrido su obra: “toda la vida se nos va tratando de superar las desdichas de la infancia” (Bonnett, 2004a, p. 28).

La escritora busca retornar a la infancia, no para añorarla sino para evocar sentimientos esenciales como el amor de la madre, el descubrimiento de un mundo a través de las palabras, el espacio de la casa y la geografía natural que la protegen, los miedos que enajenan, la rabia que paraliza, la culpa que ahoga. Por eso le molestaba una cierta poesía antioqueña de la época que nostalgia el pasado, mistifica la raza, exalta el heroísmo de los colonizadores y las costumbres atávicas, al igual que un conservadurismo y un orden de valores anclados en el tiempo. Todo esto llevaba a un romanticismo sentimental donde todo tiempo pasado era mejor, postura que, según ella, le parecía “retardataria y mortificante” (Piedad Bonnett, 2002). Su visión de esa primera época de la vida es diferente, porque enriquece la imaginación y le abre la puerta a la escritura cuando se enfrentaba a la normatividad e imposiciones de la vida ciudadana. En el criterio de Bonnett, el pasado:

[...] es mi infancia como algo remoto, particular y de cierta manera bello desde el punto de vista estético. Soy una persona que siempre ha sido reacia a crecer. Me costó mucho salir de la niñez a la adolescencia. Quería quedarme en la niñez y luego he oído mucho a lo largo de mi vida que soy como una especie de adolescente perpetua, en el sentido de que no alcancé

público —como hoy—, alimentando la rabia y el resentimiento de las familias de las víctimas y de los partidarios de un grupo u otro.

¹² Según este, la violencia partidista en Colombia de mediados del siglo XX generó “la mayor movilización armada de campesinos —ya sea como guerrilleros, bandoleros o grupos de autodefensa— en la historia reciente del hemisferio occidental” (Hobsbawm, 1968, p. 226).

nunca la madurez plena. En mi vida cotidiana y en mi trato con la gente parece que eso se evidencia, una cierta inmadurez. Yo pienso que los poetas siempre tenemos una cierta inmadurez (Piedad Bonnett, 2002).

Además de los dos primeros libros donde es recurrente la casa como símbolo de la infancia, esta sigue presente en otros libros, pero de otra manera, es decir, como representación del mundo y con referencias explícitas e implícitas de temas de la literatura universal y de la filosofía. Por eso puede decirnos que “la pérdida de mi infancia y a instancias del dolor se gestó mi poesía” (Manrique Sabogal, 30 de agosto de 2019, párr. 1). Desde esa infancia, no siempre complaciente, la poeta mira la realidad y emprende otros viajes en los que se refleja una visión de permanente contradicción con el mundo, el entorno que la rodea:

[...] y con el mundo que no era yo. Yo y mi casa éramos como una sola cosa y entonces el mundo de afuera me agredía. Eso comenzó en *Nadie en casa*. Era como mostrar la desolación dentro de mi propia casa, pero era la casa de mi infancia, lugar mítico donde yo había sido protegida y feliz; infancia vista más desde lo social, por ejemplo, lo que ha significado en este país el éxodo que ahora se repite de una manera infinitamente más angustiada con los que antes y ahora huyen de la violencia y, obligados, se amontonan en los suburbios de las ciudades. Entonces he querido recoger esa experiencia para referirme al mundo, pero desde mi yo y, aunque involucre experiencias personales, no me interesa hacer una especie de autobiografía que no interesa a nadie, sino hacer de esas experiencias símbolos de lo que ha sido el desplazamiento, la alienación, el desencuentro (Piedad Bonnett, 2002).

“TENÍA MUCHA FASCINACIÓN POR LOS RELATOS FANTÁSTICOS”

Pero volvamos a los primeros aprendizajes. A los cuatro años dice que ya leía de corrido y, dos años después, comenzaba su viaje por otros mundos bien diferentes y más ricos que el suyo con la lectura de *El tesoro de la juventud*, regalo de su padre. También, a través de los cuentos fantásticos en los que se refugiaba y se convertía en cada uno de esos personajes maravillosos:

[...] yo era el gato con botas el sastrecillo valiente la hija número tres la doncella que duerme yo era la flecha el arco la puerta de cristal el pasadizo la luz que en la penumbra del polvo hacía estrellas/ Y del infierno se podía volver con los tres pelos del diablo entre los dedos/ y las palabras mágicas/ y las palabras mágicas/ y las palabras mágicas que intento todavía (Bonnett, 2004a, p. 23).

De ahí en adelante la literatura la atrapa de manera definitiva, se convierte en su mejor refugio y laberinto donde se extravía imaginando otros mundos nuevos. A los diez u once años comienza a plasmar sus primeras inquietudes personales, porque:

[...] era una necesidad tremenda y quería escribir cosas, a lo mejor a la gente a veces le da más tarde, a los quince o dieciséis años, pero como a mí me fascinaba leer, escuchar la música de los poemas y en el colegio me ponían a hacer composiciones, rapidísimo encontré el gusto de escribir (Piedad Bonnett, 2002).

Recuerda que ya a los nueve años hacía pequeños poemas que eran imitación de otros, “porque uno siempre comienza imitando lo que le gusta y sin tener ni idea de si eso era bueno o malo” (Bonnett, 2002). Es precisamente cuando la mandan a un internado que, al sentirse sola, triste y distante de su familia, escribe poemas imitando a los autores que leía para desahogarse. Es debido a esa circunstancia que, afirma, “fui encontrando mi propio lenguaje de a poquitos, interesándome no sólo por el desahogo, sino por el problema del lenguaje que hay en la literatura” (Piedad Bonnett, 2002). Pero es durante su infancia que descubre un universo de fantasía que la seduce de manera singular. Es así como, según Bonnett (2004b):

[...] aquella fascinación por los relatos fantásticos, que borraba peligrosamente el límite entre ficción y realidad, prolongó mi niñez más allá de lo que se espera, hasta el punto en que podría afirmar hoy que ciertos rasgos infantiles me siguen acompañando. En vez de lamentarme por ello, me inclino a pensar que esa gota de infantilidad ha sido positiva en lo que a la creación se refiere. Octavio Paz afirma que en el fondo de todo poeta hay un niño y sin duda que a eso debe su mirada el asombro que la acompaña siempre. Muerto este estará también muerta la emoción, que arrastrará consigo la palabra (pp. 95-96).

Es la infancia en ella uno de los momentos que más satisfacción le da porque queda anclada en su conciencia ese tiempo único, irremplazable, sin retorno posible y motivo esencial de su creación. Por eso confiesa de esa época:

[...] cuando en lo más alejado de la provincia, en la modesta biblioteca de mi padre, y con la guía de mi madre, una sencilla maestra, descubrí las felicidades de la literatura, jamás habría podido imaginar que el sueño temprano de ser escritora se cumpliría. He dado una dura pelea por hacer de mi vocación una opción de vida y una posibilidad de felicidad (Bonnett, 2008a, p. 71).

Esa madre, como el hilo de Ariadna, la fue llevando por los laberintos de la palabra hasta ese Minotauro de la fantasía y la imaginación como bien lo cuenta:

[...] el gusto por los libros fue determinante en mi vocación de escritora. Las grandes letras que mi mamá, maestra de escuela, escribía en cuadrados de cartulina y ponía ante mis ojos como en un juego, determinaron mi gusto por las palabras; no tenía más de cuatro años y aquel temprano aprendizaje seguramente facilitó mi tarea para siempre; más tarde los cuentos infantiles, los grandes clásicos que llenaban mi espíritu de zozobra

y mi imaginación de extrañas visiones, me apasionaron definitivamente por la literatura (2004b, p. 95).

Ese ambiente familiar es entonces propicio para la iniciación precoz en el reino de las palabras y, así, poder en parte contrarrestar otros ámbitos dantescos como los que describían los curas en la misa dominical y remachaban las monjas en el colegio. Reinos sombríos como los de Dante, llenos de purgatorios e infiernos aterradores de los que nadie se escapaba, porque los humanos vinieron a sufrir a este mundo y purgar luego en el del más allá. Todos eran pecadores sin remisión, salvo los pudientes, por supuesto, que alimentaban la mesa de curas y monjas. Así que, en una casa donde lo tenía todo y sus padres la protegían al máximo de cualquier asedio exterior pero menos de los espantos de la religión, no había otra escapatoria que refugiarse en los libros:

[...] lo que de religioso hay en mi vida me viene de la educación puritana que tuve allá donde todo comenzó. Vivía en una enorme y placentera casa donde los niños estábamos protegidos de lo que pasaba afuera y lo que pasaba era ni más ni menos que la violencia, y también los toros que se salían del matadero. En fin, lo que pasaba afuera provocaba miedo. Relaciono mi casa con la protección maternal y la autoridad paterna. Las primeras cosas tremendas en relación con la imagen masculina me vienen de allí, de las jerarquías familiares, donde la masculinidad se asociaba con autoritarismo (Escobar Mesa, 2003, p. 133).

Pero, paradójicamente, también fueron esos reinos sombríos los que nutrieron la imaginación y se fijaron para siempre en ella, primero, en el inconsciente y, luego, en la página en blanco para exorcizarlos. Sin embargo, esas lecturas fueron formando un espíritu crítico, una personalidad única, solitaria y arrogante con respecto a las demás compañeritas que no tenían acceso a los libros por falta de oportunidades económicas de los padres, ni el gusto, porque no fueron educadas en su familia como lo hicieron con ella. Esa rebeldía, de la que tampoco era consciente, se fue acrecentando día a día hasta que sus padres no la soportan más y deciden enviarla a un internado. Y es en este donde redescubre la educación confesional o deseducación que había tenido durante la infancia y primera adolescencia. En ese internado pululaban las culpas por doquier, la censura, la discriminación de clases, los favoritismos, las jerarquías absolutas, la doble moral, lo que lleva a la adolescente a dedicarse a ser la mejor, la más exigente consigo misma, la más lectora y, por ende, la más contestataria, que le implica más de una reprimenda privada y pública. El Dios invocado por las monjas, que se presuponía omnímodo en todo, no era el compasivo, generoso, justo, sino un pantocrátor señalador, severo y castigador. Para ella no era posible admitir que un Dios que había creado todo permitiera tanto mal y fuera justificado por sus voceros en la tierra. Y debido a ese tipo de Dios, como

diría alguna vez el cineasta español Luis Buñuel, “gracias a Dios soy ateo”,¹³ la joven poeta comienza a descreer de todo y a cuestionar la existencia de esa y cualquier divinidad, lo que la llevaría a cierto agnosticismo hasta el presente.

En su siguiente libro, *El hilo de los días* (1995), Bonnett vuelve sobre la casa para mostrar “los nudos del sentido último de esa búsqueda que es el desentrañamiento de, más que del hilo de los días, del hilo fino, doloroso y sutil del destino” (Posadas, 2015, p. 5). Destino cargado de distintas formas de violencia que escinden la conciencia, asolan el corazón. Pero ¿qué tiene la muerte agresiva, la violencia que despoja al individuo del bien físico, corporal y moral que motiva a la poeta al reiterado canto lírico? Entre el amor y la muerte todo umbral ha desaparecido para dar cabida a la realidad disolutiva y engullidora. Todo es mar desolado y oscuro cuya marejada avanza incontenible. En muchos de sus versos la poeta canta a la muerte como si un demonio interior hubiera tomado posesión suya: “boca oscura que a todos nos devoras/ y a todos nos trituras/ y a todos nos escupes convertidos en polvo” (Bonnett, 1989, p. 53). Ya no es el canto seductor de la pasión amorosa el que se escucha, sino el de la bestia desfogada que “sobresalta el alba con el ronco bramido de las bestias/ que son sacrificadas [...] La muerte va trazando sus signos en la blanca madrugada” (Bonnett, 2007b, p. 32). Y luego la poeta sugiere que está cerrada toda posibilidad a la esperanza, porque la vida como el alma van siendo cercenadas y los caídos en desgracia por pertenecer a un partido u otro, sin clara conciencia de tal filiación, terminan siendo pura estadística, como ayer y hoy con los líderes comunales, defensores de los derechos humanos, hombres y mujeres comprometidos con la causa de los desfavorecidos que son una mayoría:

Fueron veintidós, dice la crónica./ Diecisiete varones, tres mujeres,/ dos niños de miradas aleladas,/ sesenta y tres disparos, cuatro credos,/ tres maldiciones hondas, apagadas,/ cuarenta y cuatro pies con sus zapatos,/ cuarenta y cuatro manos desarmadas,/ un solo miedo, un odio que crepita,/ y un millar de silencios extendiendo/ sus vendas sobre el alma mutilada (Bonnett, 2007b, p. 36).

De la ciudad, la juglar ya no escucha el tráfago cotidiano que anuncia la presencia de los hombres, ni siente el frío paralizante del altiplano, ni el calor del trópico en tiempos de verano, solo un silencio pétreo y el frío glacial de la parca que ha fijado su imperio yacente:

[...] sobre la infame ciudad/ pasó una bandada de aves que huían pavoridas/ estremeciendo el cielo con su torvo silencio./ Las gentes apenas si elevaron

¹³ Pero antes de Buñuel, otros ya habían puesto ese dios en la picota, como Nietzsche, Marx y el científico alemán Lichtenberg (1742-1799) al que se le atribuye: “Doy gracias a Dios mil veces por permitirme ser ateo” y su famoso aforismo, entre centenares que escribió: “Dios creó a las bestias y el hombre se creó a sí mismo”.

la vista/ tan grande era su empeño de vivir, tan pobre era su/ tiempo./ Una noche ficticia se hizo por un instante,/ y un olor a cadáver se apoderó del aire/ y las calles, los árboles, los techos/ enmudecieron/ con la lluvia de estiércol en las frentes (p. 35).

La violencia, la muerte y un universo de desigualdades rondan a la poeta y contaminan cada palabra que anuncia, por eso no logra fijar la vida y el amor en una única estaca; siempre están allí como sombras nefastas para aguar la fiesta: “Las multiplicadas muertes de su estadística poética y la presencia de la sangre y del miedo hablan como sin mirarla de frente, pero sintiéndola en todas las heridas” (Ronderos, 1996, p. x). La patria de la poeta es una herida abierta que sangra sin límite, es barco que ondea la bandera de la peste.

¿Cuáles fueron las razones para que la familia dejara Amalfi y no retornara jamás? Entre las que la autora señala está la violencia partidista, aunque ya a finales de los años cincuenta se había mitigado. De ese funesto período afirma que había “la violencia entre liberales y conservadores. Se mataba a los alcaldes, a los personeros y a muchos otros, los traían en bestias. De niños oíamos hablar de que los muertos los traían en bestias y metidos entre costales” (Escobar Mesa, 2003, p. 135). Pero, lo que más motivaba a sus padres era una mejor educación de los hijos. Si bien las condiciones económicas de la familia eran buenas y los Bonnett eran reconocidos como “gente de bien y con bienes”, la vida pueblerina seguía siendo asfixiante, sin expectativa alguna y sin contacto con el mundo civilizado —como en Macondo en el que el padre de los Buendía sale a buscar ese mundo para no quedarse como simples bestias—,¹⁴ por eso había que emprender el vuelo. Además, la abuela materna, que ya vivía en Bogotá, le había descrito la ciudad como el lugar de las oportunidades y eso había comenzado a hacer mella en la mente de su madre para quien imaginaba la capital, como para muchos emigrantes por razones diversas, como “una especie de paraíso, el lugar desconocido donde podía realizarse el sueño (...) y de hecho creo que nos acomodamos muy bien aquí, aunque con dificultades y durante un tiempo con penurias” (p. 139). Pero mejor leamos lo que la misma escritora relata sobre las razones de ese viaje sin retorno:

[...] la primera, porque mi mamá pensaba que en Bogotá encontraría un ambiente más propicio para el estudio que en Medellín. No sé si tenía razón o no, pero ella siempre lo creyó y este fue el motivo inicial que ahora estoy intentando reconstruir literariamente. Las estratificaciones sociales en Antioquia son sumamente duras. Nosotros éramos, en Amalfi, lo que se decía “gente bien” —después uno no sabe eso en qué consiste— y me acuerdo de las miles de formas de discriminación veladas que había en el

¹⁴ Con la influencia de Melquiades, José Arcadio Buendía comienza a descubrir que hay otros mundos más allá de Macondo que se pensaban inimaginables y le decía a Úrsula: “En el mundo están ocurriendo cosas increíbles. Ahí mismo, al otro lado del río, hay toda clase de aparatos mágicos, mientras nosotros seguimos viviendo como los burros” (García Márquez, 2007, p. 17).

colegio, por ejemplo se discriminaba por raza y apellido. La segunda razón de nuestra salida fue el éxodo campesino hacia el pueblo por culpa del exacerbamiento de la violencia. El miedo se estaba metiendo al pueblo: mataron al personero, mataron al alcalde y el éxodo campesino comenzó a desplazar a la “gente bien” hacia las ciudades (Escobar Mesa, 2003, p. 139).

Además, una de las razones fundamentales de no volver a Amalfi es por no querer perder todo lo que quedó anclado en su imaginario y por las tantas cosas que se gestaron en esas épocas primeras que la acompañaron en el tiempo. De esa manera, no se le superponen “imágenes que las puedan borrar”, porque el Amalfi del presente nada tiene que ver con el bucólico o triste de antaño y “la casa ya no es tan grande como yo la sueño” y Amalfi sigue siendo “un motor muy importante para escribir. Fue el que hizo que yo escribiera ese libro [*El hilo de los días*] y seguro volveré sobre él” (pp. 135-136). ¿Cómo paliar entonces ese encierro de la niñez? La poeta cuenta que, si bien la vida al exterior de su casa familiar en Amalfi era aburrida y no suscitaba ningún interés, al interior ocurría todo lo contrario, porque ese pequeño mundo se abría a universos nuevos como si fuera una cueva de Ali-Babá y ella la nueva Alicia que entraba al país de las maravillas. A diferencia de la mayoría de los padres de otros niños que no tenían la educación que tenían los suyos, desde los primeros años de vida ella estuvo en contacto con los libros. Su madre es la iniciadora de Piedad y de sus dos hermanos en el aprendizaje de la lectura por haber sido, antes de casarse, una maestra formada en la Normal Antioqueña de Señoritas de Medellín.¹⁵ Su madre, más que una lectora activa, era alguien que sabía enseñar, seleccionar las buenas lecturas y tenía sus estrategias para que sus hijos se iniciaran pronto en una actividad que se convertiría luego en un hábito permanente en la única hija de la familia. Así recuerda Bonnett el ingreso al dominio de las palabras: “mi mamá ejerció siempre la pedagogía con nosotros de una manera muy impresionante pues nos enseñó a escribir y a leer muy temprano. Cuando apenas teníamos tres o cuatro años ya leíamos. Ser muy estudiosa era la idea que mi mamá nos inculcó desde que tuvimos uso de razón”, por eso cada que podía:

[...] me llevaba a un sitio donde alquilaban libros para niños; me acuerdo atravesando la plaza hasta una pequeña biblioteca, allí uno firmaba y se llevaba el libro para la casa y a los tres días lo devolvía. También en la casa teníamos una pequeña biblioteca, muy precaria. En fin, había un cierto culto por el libro; cierto culto y de todo lo que viniera del pensamiento (p. 140).

¹⁵ La más importante entidad en la preparación de ese oficio en Antioquia fundada en 1936. Hasta esta fecha no existía ninguna institución que formara de manera sistemática a las maestras en Antioquia. 1936 es el año de la “Revolución en Marcha” del presidente recién electo Alfonso López Pumarejo, que introdujo cambios sustanciales en la educación, como su laicización, la creación de muchas escuelas, colegios, universidades, bibliotecas y la publicación de numerosos libros para esas bibliotecas públicas.

EL PADRE: “BIOGRAFÍA DE UN HOMBRE CON MIEDO”

De donde mejor provenía el gusto por los libros en la familia Bonnett era de su padre, hombre culto que le gustaba leer, recitaba de memoria a sus poetas preferidos y eso seducía a la niña que, un día, no solo recitaría y enseñaría los poemas de otros, sino que escribiría los propios para que otros los cantaran. Pero ¿cuál es la imagen que tiene de su padre, del que aprende la dedicación al trabajo, la paciencia, el humanismo, el respeto de los valores, la autoexigencia y la introversión que se confunde con suficiencia y genera distancia frente a los demás? Tal como lo cuenta, la imagen del padre se explica por la de su abuelo y el padre de este —el bisabuelo de la poeta— que, por razones que ella desconoce, abandonó un día el norte de Francia de donde es originario el apellido Bonnett y se embarcó hacia un país poco conocido. No se sabe por qué ni cómo llegó hasta Medellín ni cómo supo de un pueblo recién fundado llamado Amalfi, que en el momento era apenas un caserío con ricas minas de oro. Tampoco se sabe si el bisabuelo y su hijo emprendieron el viaje hacia el lugar, pero sí lo hizo el hijo, el abuelo de la poeta. Fue un duro viaje de arriería atravesando montañas escabrosas, selvas, ríos torrentosos y se instaló en Amalfi. En este, el abuelo paterno, que perdió a su esposa a edad temprana, fue “un maestro de escuela muy dedicado y a la vez muy autoritario” (Bonnett, 2002), pero tenía la virtud de saber hacer muchas cosas a la vez, en fin, era un todero “como esos personajes de *Cien años de soledad* que son capaces de hacer de todo” (Bonnett, 2002). Entre las muchas cosas que realizó, según le contó su padre a la poeta, tuvo un telar en el que le cosía la ropa a sus propios hijos, también fue herrero, ebanista y “sabía muchas cosas de electricidad: desbarataba los radios para saber cómo estaban constituidos y los volvía a armar; también inventaba aparatos prácticos para facilitar la vida cotidiana” (Bonnett, 2002). Fue el primero en llevar el cine a Amalfi y organizó la primera sala de cine: “era un hombre de un gran ingenio y creo que mi papá heredó en parte esa virtud, aunque en la casa mi papá era un hombre retraído sin audacia ni ambición, más bien tendía a la rutina” (Bonnett, 2002).

Tal como el abuelo, el padre de la poeta fue también un autodidacta en asuntos de administración y contaduría, lo que le permitió trabajar y llevar las cuentas de la tienda más grande de Amalfi que era de un tío rico de su mamá; también administraba la sala de cine. He aquí el recuerdo temprano de su padre que se convertirá luego en tótem y a veces Minotauro en algunos de sus poemas y novelas iniciales:

[...] el refinamiento de los modales de mi papá era exagerado: tenía enormes escrúpulos con unas maneras en la mesa y en el vestir, era muy estricto en las relaciones. Por otro lado, no tenía un trato social generalizado: era un hombre muy callado, muy reservado, y muy buen lector. Todo el tiempo estaba leyendo. No creo que leyera grandes cosas, pero por ejemplo sabía recitar de memoria toda la poesía de León de Greiff, tenía todos los cuadernillos de *Simón Latino* y obras antioqueñas enmarcadas en la

tradición de Gregorio Gutiérrez González. Por supuesto, también la revista *Selecciones* en las que leí cantidades de cosas. Me regaló como quien regala una cosa muy preciada, *El tesoro de la juventud*. Él me lo legaba como algo que venía de las letras (Escobar Mesa, 2003, p. 140).

En esa época, los padres no mostraban ninguna expresión de afecto hacia sus hijos. La niña Piedad pensaba, inconscientemente, que había dos formas naturales de expresar el amor: el de su madre, que era explícito con la total dedicación a sus hijos, y el de su padre, aunque este era avaro en las muestras de afecto, su rigidez y exigencias, pensaba, eran tal vez una manera de amor con las que buscaba proteger a los hijos preparándolos para la vida. En *De círculo y ceniza* (1989) y en *El hilo de los días* (1995), la poeta muestra cómo el amor de ese padre se camufla de diversas maneras porque, habiendo sido huérfano de madre, nunca conoció la afición sino el esfuerzo personal y la disciplina para sobrevivir y construir su propia identidad. Así pues, educar a los hijos sin palabras, sino con su propio ejemplo era, a su manera, una expresión de su afecto para unos hijos que deseaba de ellos lo mejor. Si la hija percibe “el amor, sobre todo a través de la madre” (Escobar Mesa, 2003, p. 134), también lo intuye en el padre, tal como lo recrea en algunos poemas en los que lo muestra vestido “de otras cosas, por ejemplo, de autoritarismo, de disciplina, de una realidad dura que se debe enfrentar [...] [y] eso lo marca a uno para siempre” (pp. 134-135). Esta es una de las tantas imágenes del padre que nos revela la poeta:

De mi padre,/ que de niño tuvo los ojos tristes y de viejo/ unas manos tan graves y tan limpias/ como el silencio de las madrugadas./ Y siempre, siempre un aire de hombre solo./ De tal modo que cuando yo nací me dio mi padre/ todo lo que su corazón desorientado/ sabía dar. Y entre ello se contaba/ el regalo amoroso de su miedo (Bonnett, 2007b, pp. 40-41).

Sin duda que en la conciencia infantil de la autora se contraponen dos imágenes, por un lado y de puertas para adentro, el amor y dedicación de los padres con una educación rigurosa pero libre, el respeto de valores que humanizan y dignifican y, por el otro y de puertas para afuera, todo lo contrario, el discurso confesional de curas y monjas que mitificaba el mal y el asedio de fuerzas metafísicas que asfixiaban la existencia y alienaban la conciencia. Si de un lado la familia, los libros, la casa invitan a soñar, del otro, desde la óptica de la religión, el mundo exterior y la propia existencia individual se hallaban mediados por una conciencia culposa. Así lo cuenta:

Así como de un lado está el amor materno, del otro lado estaba la Iglesia, o sea, un mundo cristiano cerrado, ritualista, lleno de miedos. Era el misterio de los santos que pongo por ahí, esos santos tremendos que lo miraban a uno como si fueran a castigarme; era la idea del pecado, el olor del incienso, las horribles monjas que nos hacían rezar recordándonos siempre lo malos y pecaminosos que éramos. La religión estaba hecha de miedos y fantasmas.

Todo esto, incluyendo el patio acogedor de la casa, el pueblo, el colegio, me marcó para siempre (Escobar Mesa, 2003, pp. 135-136).

Cuenta que uno de los poemas que le dio mucho trabajo escribir y que mejor recrea la imagen de su padre es “Biografía de un hombre con miedo”, porque habla de él como si estuviera muerto, cuando en realidad estaba bien vivo. Pero como bien lo sostiene, no es la imagen de un padre real sino mental lo que quería abordar y hacer que le llegara a los lectores, porque la literatura no debe caer en la tesis como el realismo socialista, “que es muy repugnante” (Bonnett, 2002), tampoco ser confesional o un simple “desahogo de emociones” (Bonnett, 2002), sino que en su elaboración tome distancia con lo real para descubrir otras perspectivas de esa misma realidad: “el pudor es muy importante en la poesía, porque el puro desfogue de emociones es una falta de respeto con el lector” (Bonnett, 2002). Por lo que le contaban algunos lectores, cree que ese poema ha tocado a muchos porque se identifican con la imagen de ese padre que representa mucho más que los simples actos o gestos cotidianos, es más simbólico, complejo y englobante. Además, precisa, “he tenido la suficiente distancia con el poema para que le pueda hablar a los otros. ¿Qué es lo que hace que uno tome distancia entre la emoción y el poema?, simple y llanamente, el lenguaje” (Escobar Mesa, 2003, p. 151). Es ahí cuando se siente confrontada no solo con los recuerdos de la niñez, sino también con los problemas entre padres e hijos, en particular la imagen tentacular y paradójica de su padre, un hombre fuerte y débil a la vez, un hombre que se hizo solo y construyó un hogar ejemplar por la disciplina impuesta, pero iba dejando en el camino pequeños lastres que incidirían en la conciencia de la poeta al punto de querer matarlo simbólicamente, porque tanta perfección y disciplina sofocaban. Así lo representa en su complejidad y contradicciones:

Mi padre tuvo pronto miedo de haber nacido./ Pero pronto también/ le recordaron los deberes de un hombre/ y le enseñaron/a rezar, a ahorrar, a trabajar./ Así que pronto fue mi padre un hombre bueno./ («Un hombre de verdad», diría mi abuelo)./ No obstante, —como un perro que gime, embozalado/ y amarrado a su estaca— el miedo persistía/ en el lugar más hondo de mi padre [...]. Como un hombre de bien mi padre trabajó cada mañana/ sorteó cada noche y cuando pudo/ se compró a cuotas la pequeña muerte/ que siempre deseó./ La fue pagando rigurosamente,/ sin sobresalto alguno, año tras año,/ como un hombre de bien, el bueno de mi padre (Bonnett, 2007b, pp. 40-41).

Al escribir este memorial contra el “bueno” de su padre, comprende que la literatura es uno de los recursos más eficaces para confrontar y a la vez exorcizar esa relación con el padre —y todo lo que represente autoridad— que le genera tanta desazón. La literatura le sirve entonces de catarsis y bálsamo para asumir esa relación y, también:

[...] la manera de resolverla, porque al escribir te comprendes a ti mismo y comprendes a los demás. Entendí tarde que mi papá era así de bravo porque era un hombre muy solo y un poco triste. Un hombre que quedó huérfano muy pequeño y al que le tocó enfrentar cosas muy duras. Mi poema es duro porque pienso que la poesía debe tener verdad e intensidad y porque de alguna manera saldaba una cuenta. Concibo a mi papá como un hombre esforzado, autodidacta, muy poco antioqueño en miles de cosas. Es alguien que a pesar de tener un sentido práctico exacerbado y un sentido del dinero muy claro (en ese sentido muy antioqueño), se desenvuelve mal con la realidad cotidiana, es decir, no sabe cómo resolver una cantidad de cosas pequeñas. Es un hombre introvertido dirigido más hacia los libros que a la vida práctica. En mi mente infantil mi papá era un intelectual (Escobar Mesa, 2003, p. 138).

“TODO LO QUE FUERA DIBUJO ME IMPACTABA MUCHÍSIMO”

Otro aspecto y habilidad importante en Bonnett en esa época que las circunstancias de la vida no le permitieron desarrollar después, pero sí a su hijo Daniel, fue el dibujo. En varios libros fundamentales e iniciáticos se introduce al reino de las palabras y

también a las imágenes en la *Alegría de leer*.¹⁶ Fue esta cartilla de lectura y escritura en la que aprendieron varias generaciones de colombianos desde 1930 hasta finales de los años sesenta.¹⁷ La manera como estaba diseñada esa cartilla, según el historiador Jorge Orlando Melo (1999), la hizo “novedosa y original” para la época, porque correspondía con la modernización del país que pretendía el gobierno liberal de turno. Este buscaba:

[...] cambiar una sociedad basada en jerarquías tradicionales y familiares, para reemplazarla por un mundo en el que el saber o el trabajo, convertido en riqueza, fueran las fuentes legítimas de superioridad. La escuela pública era parte esencial de la concepción liberal, y saber leer y escribir era el centro de la escuela (Melo, 1999, párr. 4).

Como lo era también “la defensa de la tolerancia y la igualdad moral y legal de todos los ciudadanos” (Melo, 1999, párr. 5). Agrega Melo que la *Alegría de leer* era un libro “pedagógicamente novedoso”, no solo por el método de aprendizaje, sino también:

¹⁶ Publicado por el médico caleño Evangelista Quintana en coautoría con su mujer, Susana Quintana, profesora graduada en la docencia en Chile. Como se ha demostrado después, el verdadero autor del método fue el educador nariñense Manuel Agustín Ordóñez Bolaños, del cual Quintana tomó toda la información y no reconoció su autoría (Muñoz Bravo, 2013).

¹⁷ Fue el libro más leído –por necesidades educativas– y reeditado –en millones de ejemplares– de la historia editorial colombiana, solo superado casi medio siglo después con Cien años de soledad y otras novelas de García Márquez. Como ejemplo, en 1938 aparece la 35ª edición del primer tomo, con un tiraje de cien mil ejemplares, algo completamente excepcional para un país subeducado y con alto grado de analfabetismo (Quintana, 1938).

[...] por las amplias y coloridas ilustraciones, el lenguaje muy correcto y cuidadoso, el interés por despertar en los alumnos el aprecio de la literatura y, en general, los rasgos de una “escuela activa” [...]. Resulta sorprendente por su calidad, que a veces contrasta con la torpeza de muchos textos y métodos posteriores; aunque los colombianos no disfrutaron de un sistema escolar muy bueno en este siglo, al menos fueron afortunados con su primera cartilla (Párr. 6).¹⁸

Esos principios liberales de modernidad eran también propios de la familia Bonnett, incluyendo el abuelo y el bisabuelo.

Los otros libros, quizás más significativos para la niña Bonnett, que no eran para aprender a leer, fueron las historias gráficas —a manera de historietas— casi legendarias de la historia de la religión católica con sus innúmeros santos y mártires; vidas tan asombrosas las unas como las otras que la hacían entrar al reino de lo imaginario y de la muerte. De esa manera, con las imágenes de la violencia partidista, de los toros en las calles, de los demonios de la religión católica, la idea de la muerte y del más allá metafísico le llegan muy temprano y, según ella, “debió ser un generador de muchas imágenes en mi cabeza y crearme una manera gráfica” (Bonnett, 2002) de todo lo que percibía en ese pequeño pueblo y se volvía ficción. Lo visto, leído u oído se magnificaba con esas historias y láminas de la historia sagrada “que adoraba”: “todo lo que fuera dibujo me impactaba muchísimo” (Bonnett, 2002). Más que un imaginario de palabras es un abanico de imágenes que le rondan siempre. Imágenes que garabateaba al comienzo e iban adquiriendo formas interesantes e, incluso, la perfilaban con una vocación hacia las artes pictóricas, porque como ella misma dice: “de hecho fui una persona que dibujé mucho y que quise ser pintora en un momento dado. Todo lo que es pictórico me interesaba mucho, por eso también me gustaba mucho la poesía de Juan Manuel Roca, por su ingrediente pictórico” (Bonnett, 2002). Por haber estudiado la primaria y el bachillerato en colegios de comunidades religiosas¹⁹ hay unos personajes que ella asociaba con las imágenes diabólicas de la historia sagrada, y esos “seres amenazantes eran las monjas que tenían algo de murciélagos o entre grotesco y miedoso, y fueron un elemento de

¹⁸ Según Quintana (1938), la novedad de esta cartilla es que sigue un “método ecléctico” de lectura y escritura con la “lectura ideológica”, y no mecánica, que consiste en que cada niño pueda “asimilar las ideas expuestas en ella”. Así, cada palabra o frase que lee el niño estará asociada con cuatro aspectos esenciales: “el auditivo, el articular, la impresión visual y el elemento gráfico” (pp. 4, 10, 12).

¹⁹ Pero no solo ella, que era la mayor de cuatro hermanos, estudia en colegios religiosos, también su segunda hermana y primer hermano que nacen los tres en Amalfi. Ocho años después nace en Bogotá otro hermano e igual le toca el mismo destino educativo, porque como era y es costumbre entre los padres pudientes en Colombia, estos envían a sus hijos a instituciones privadas religiosas que ofrecen una mejor educación. Cosa que poco ha cambiado. Incluso, paradójicamente, los padres que se dicen progresistas y agnósticos hacen lo mismo. Un ejemplo claro es el de Héctor Abad Faciolince —cuyo papá se declaraba ateo— que se educa con jesuitas y curas del Opus Dei, de los cuales, después, también recrea y cuestiona en su novela *El olvido que seremos* (2006). Por el tipo de educación y entorno religioso durante los primeros quince años de vida, ciertas obras y la vida de Bonnett y Abad se codean.

represión muy grande” (Bonnett, 2002); es por esto que, al haber sido educada en un medio religioso tan rígido y confesional, cree que: “todo lo que después más odié provenía de ahí por las ideas falsas de pecado” (Bonnett, 2002), puesto que:

[...] la sexualidad era pecaminosa, se castigaba todo lo que fuera belleza, todo lo que en uno fuera vanidad; las monjas trataban de castigar y constreñirlo todo. No era comprensible exaltar en uno virtudes para luego castigarlas como si fueran vanidades. Eran mecanismos malintencionados y perversos (Piedad Bonnett, 2002).

La vida de los mártires de la historia sagrada, que no se sabía cuál era más terrible, se repetía en vivo durante las fiestas religiosas, en particular durante la Semana Santa, “tan tremendas que se me quedaron grabadas” (Bonnett, 2002), porque la realidad se confundía con el imaginario, sobre todo al ver esos cristos sanguinolentos, las vírgenes dolorosas, los santos llagados, en fin, ese carnaval de imágenes, casi pantagruélicas, acompañadas además de:

[...] los triquis traques, el ruido de las matracas, el humo del incienso que siempre me transportó a unos universos miedosísimos, las imágenes de los santos, la iglesia, las procesiones, las rogativas, lo que le decían a uno que Cristo estaba llorando y que le habían salido lágrimas de no sé dónde por culpa de nuestros pecados. Todo lo sobrenatural hecho concreto. Eso para mí fue un peso tremendo y a su vez maravilloso, porque toda esa iconografía debió haber creado en mí como una fantasía que empataba con todo aquello de los cuentos infantiles. Entonces pienso que yo vivía en ese mundo fantasmagórico sin mucho sentido de la realidad, porque siempre había sido una persona muy protegida (Bonnett, 2002).

La otra imagen “tremenda” era, según ella, cuando “se escapaban los toros y gritábamos: ‘se escapó un toro’” (Bonnett, 2002). Todos los que vivían en el marco de la plaza, como la familia pudiente de los Bonnett, miraban lo que allí pasaba como si estuvieran en las gradas de un circo romano y los niños, entre sorprendidos, espantados y emocionados, gozaban observando esa actividad frenética. La niña Piedad habría de recordar esas imágenes en las que realidad y sueño se confundían. Es una imagen, afirma, “como si estuviera viendo de nuevo un toro entrando a mi casa” (Bonnett, 2002). Y así lo recrea en algunos versos:

A la hora de la siesta/ un toro que escapó del matadero/ entró a la casa de puertas abiertas [...] Por las habitaciones frescas de sombra/ erró con una furia ebria/devastando un universo de cosas minúsculas [...] hasta llegar a ese cuarto final/ al que el silencio temeroso había huido./ La niña, en su precario escondite,/ sabía que era un sueño (Bonnett, 2007b, p. 24).

Y a ese toro con una fuerza inusitada que no había quién detuviera, por asociación inconsciente lo relaciona con todas las formas de mando autoritarias, incluyendo el padre, y también con el atávico machismo colombiano:

[...] en este mundo los hombres se mueven con una fuerza tan amenazante que te pueden herir, incluso, matarte en cierto modo y te suscita un miedo terrible [...] el miedo que causa la rabia de los débiles, porque son tan frágiles y débiles que para liberarse de ese peso tienen que mostrarse fuertes y utilizar tantas formas de violencia (Bonnett, 2002).

En una novela reciente, *Qué hacer con estos pedazos* (2021), vuelve a reflexionar sobre ese machismo profundamente enquistado en la sociedad colombiana que termina siendo un arma terrible de discriminación, xenofobia e intolerancia hacia el otro distinto, en particular hacia las mujeres, como bien lo expresa la poeta:

Desde hace mucho que me he interesado por la violencia patriarcal, que he reflejado sobre todo en mi dramaturgia. En *Qué hacer con estos pedazos* quise trazar un mapa sutil de las muchas violencias que las mujeres padecemos a diario, pero centrándome sobre todo en la que no lo parece y que abunda en el ámbito cotidiano, la que se manifiesta en silencios repentinos, alzamientos de voz, insolidaridad, manipulación, descalificación soterrada, etc. Los llamados micromachismos, tolerados desde siempre, y naturalizados en muchas relaciones: de pareja, laborales, filiales (Caputo, 2022, párr. 21).

Este comportamiento totémico de fiera dominante, y a la vez frágil, enquistado desde siempre en el hombre macho lo recrea así la poeta en un poema de su libro *Las tretas del débil*:

Tenía miedo de tu miedo/ y miedo de mi miedo./ De tu castigo justiciero,/ del brazo en alto/ que pretendía detener mi llanto./ Cómo he temido luego la furia de los débiles./ Me regalaste un pájaro monstruoso/ de alas sombrías y pico carnicero. Alimentarlo/ fue mi mejor manera de quererte./ El pájaro vigilaba mi jaula como un verdugo ávido./ Yo pensaba que el mundo era cosa de hombres,/mientras mis senos crecían en abierta rebeldía (Bonnett, 2004a, p. 21).

DE AMALFI DONDE “ÉRAMOS GENTE DE BIEN” A BOGOTÁ DONDE “ÉRAMOS NADIE”
Dejar el pequeño pueblo natal por la gran ciudad, Bogotá, fue algo que la impactó mucho, porque ya no tenía las comodidades de la gran morada, ni la atención de la gente por venir de una familia acomodada, ni la sobreprotección de la familia, ni las amigas del colegio. Fue enfrentarse “a lo desconocido, a una cierta pobreza” (Escobar Mesa, 2003, p. 133) y “ya no éramos la ‘gente bien’, ya no éramos de ninguna parte.

Éramos nadie en una ciudad grande” (p. 139), “ya no éramos el centro de ninguna sociedad sino su periferia. Yo era la advenediza, la recién llegada, la que hablaba diferente. Esa alteridad la viví muy rápido en Bogotá” (p. 134).

Pero la tenacidad de sus padres, unos valores esenciales que los acompañaban siempre y el apoyo de una parte de la familia que ya vivía en Bogotá, facilitó que la familia pudiera recuperar cierto estatus porque, según Bonnett, sus padres tenían una

[...] cantidad de virtudes muy burguesas, muy pequeño burguesas y muy calvinistas a fuerza de ahorro y del trabajo. Ellos creían en ese sistema de cosas, se acomodaban y trabajaban en ese sentido. Luego a uno le tocó desmontar todo eso que para ellos era lo esencial (p. 139).

El impacto de la capital lleva a la preadolescente a un rechazo de muchas cosas presentes que desconocía, sobre todo las costumbres urbanas, porque ya no había rastros de la casa solariega ni del pueblo tranquilo de la infancia. Además, desconfiaba de todo, de los nuevos conocidos, de las órdenes que emanaban con una cierta severidad del padre:

Aquí golpeaba airadamente el padre/ sobre la mesa causando un temblor de cristales, una zozobra en la sopa/ volcaba el jarro de su autoridad aprendida de sus miedos,/ de su ternura incapaz de balbuceos./ Adelantaba su dedo acusador y el silencio / era como una puerta obstinada que defendía a los niños del llanto (Bonnett, 2007b, p. 18).

En esa fría y hostil ciudad, la preadolescente se reconcentra más y comienza una confrontación con todo lo que sugiera disciplina, mandatos, obligaciones impuestas por parte de la familia o del colegio. Hace que cada vez manifieste más resistencia y una cierta rebeldía que incomoda a sus padres. Así que la mejor solución es enviarla a un internado lejos de la capital. Ante el desarraigo experimentado en Bucaramanga y, antes, en Bogotá, además de estar viviendo una adolescencia en la que los jóvenes no se hallan y buscan desesperados quiénes son, la joven Bonnett pone entre paréntesis ese Amalfi enigmático de la edad primera que retornará muchos años después con una fuerza inusitada:

Entonces ese mundo de Amalfi quedó clausurado, como una burbuja llena de recuerdos muy vívidos donde había mucho miedo. El miedo de Dios, el miedo al castigo, al pecado; todas esas cosas horribles están unidas al mundo de la infancia. Creo que Amalfi es básicamente un repertorio de metáforas y de imágenes que tienen que ver con mi primera conciencia poética del mundo. Allá debí elaborar esas imágenes del diablo con las admoniciones del cura, de las monjas, de mis familiares, con esas semanas santas. Creo que debí tener las primeras vivencias poéticas de esa manera, luego fue el deseo de saber de dónde viene uno y tantas otras cosas; estas

preguntas me hicieron volver a Amalfi. Y luego con la poesía, y ahora con la narrativa, he podido recuperarlo (Escobar Mesa, 2003, p. 134).

En fin, para Bonnett, Amalfi es un pueblo mítico, como lo es Macondo para García Márquez, o Comala para Rulfo, o Santa María para Onetti, es decir, un nicho de la memoria complaciente, de recuerdos plácidos, pero también de pesadillas y demonios interiores; sin embargo, y en el fondo, es un lugar bucólico y de ensoñación del que afirma: “tengo unos recuerdos maravillosos”, porque allí comenzaron a gestarse algunos de los temas que no ha abandonado o, más bien se han afianzado. Ese lugar sorprendente tiene en ella el mismo sentido que para Borges: “la casa es del tamaño del mundo; mejor dicho, es el mundo” (Bonnett, 2002).²⁰ Esto recuerda ella de esos inicios de su poesía:

[...] cuando comencé a añorar lo que era, ya grande, escribí un poema que se llama “Regreso”²¹ en un intento por recuperar ese universo que se me había extraviado durante muchos años. Allí digo: “En mentiroso viaje,/ enlazando recuerdos,/ inventando postigos, puertas, nombres,/ construí una verdad hecha de sombras./ Vi un zaguán rematado por una enredadera./ Vi un toro, astro enlutado, y una mano sin dedos./ Un cordón infinito subiendo a una campana,/ y al final de una calle, colgando de una puerta,/ un cerdo con los ojos coagulados./Una cúpula inmensa/ y el sol en los vitrales de colores./ Un santo que me mira/con quietud paquidérmica y malsana./ Vi a mi madre sonriendo en sus veinte años./ Vi un picaflor, capricho detenido./ Y en la noche lluviosa/ que hoy se ha vuelto infinita/ me vi a mí misma, niña detenida/en el umbral del miedo,/ contra el vértice azul de una ventana” [...] Uno nunca abandona el lugar de la infancia, y menos en mi caso por todo lo que significó. O, tal vez, es el lugar el que no lo abandona a uno y lo carga para todas partes como un lastre, sobre todo cuando el tiempo pasa a raudales. En el libro de poemas *El hilo de los días* es donde más hablo sobre la casa de Amalfi, sobre la infancia, sobre pequeñas historias que hoy dan motivo a escribir sobre ellas y me alientan a reconstruir un mundo como si todo lo importante hubiera pasado allí (Escobar Mesa, 2003, pp. 132-133).

Una circunstancia que afecta profundamente a la preadolescente con la llegada a Bogotá fue vivir los primeros seis meses con su abuela y tíos, porque era sentir el hacinamiento que no conocía y volver a padecer la autoridad, ya no del padre, sino de la abuela que decidía todo y por todos. Ante esas circunstancias, su padre, “haciendo un esfuerzo absolutamente heroico” (Bonnett, 2002), compra una casa amoblada que dejan unos extranjeros y esto es para ella como “si hubiéramos realizado el sueño porque teníamos lavadora, nevera y hasta helados de chocolate” (Bonnett, 2002); impensable para la gran mayoría de la gente y, sobre todo, “para nosotros que veníamos de un pequeño pueblo era como un milagro que a los seis

²⁰ Frase que trae como epígrafe en su libro de poemas *El hilo de los días* (1995).

²¹ Del libro de poemas *De círculo y cenizas* (1989).

meses estuviéramos viviendo eso” (Bonnett, 2002). Sin embargo, en ese momento, la vida era austera en casi todo porque había que renunciar a muchas cosas debido a las deudas contraídas por el padre. Esa nueva experiencia de la pobreza no la conocían y fue dura, sobre todo por ver sufrir a su padre porque no sabía cómo iba a pagar las cuotas mensuales:

[...] entonces mi mamá se las ingeniaba y hacía de todo como buena antioqueña que es: tortas, empanadas, vestidos, porque toda la vida ha sido super industriosa. Aunque a mis hermanos y a mí no nos faltaba nada e íbamos a buenos colegios privados, nosotros sabíamos las limitaciones que había adentro (Bonnett, 2002).

Luego de dos años de ciertas dificultades, el padre consigue un buen trabajo en una empresa del grupo Santo Domingo en la que empieza como contador y luego termina como gerente, “o sea, toda una especie de lección de esfuerzo” (Bonnett, 2002). Era una empresa que importaba diversos productos, y con esos ingresos vuelven las comodidades de antes y muchas expectativas hacia el futuro, porque la capital “era el lugar de las oportunidades” (Bonnett, 2002), como decía su abuela y repetía siempre su madre. A los ocho años, la preadolescente ingresa a un colegio religioso de dominicas, en el que la tía de su mamá era la directora y monja. Aunque no era un colegio donde se educaba la aristocracia bogotana, sí tenía un buen estatus, y una parte de las niñas de la clase media alta estudiaba allí. Una de las cosas que más le gustaba del colegio era que tenía una buena estructura física, estaba rodeado por un bosque y eso le encantaba. Pero la llegada a Bogotá fue traumática no solo por vivir con otros miembros de la familia, sino por no tener el propio espacio personal; el ruido exterior, la mucha gente, la suciedad, el color gris todo el tiempo, la lluvia, el frío extremo y llegar a un colegio donde no conocía a nadie y casi que de inmediato estaba viajando en el bus del colegio. Esa circunstancia fue para ella de un impacto “tremendo” porque “era miedosísimo para una niña que venía de Amalfi” (Bonnett, 2002) enfrentar muchas cosas nuevas: salir al paradero en el frío tremendo de las seis de la mañana que “le salía a uno una especie de burbuja de hielo de la boca” (Bonnett, 2002), con un abrigo grueso que a su mamá le parecía “lo más elegante” (Bonnett, 2002), no porque, según la poeta, fuera una persona arribista ni esnob, sino porque tenía “una conciencia de clase que la llevaba a la elegancia” (Bonnett, 2002). En esos primeros años en Bogotá, según afirma,

[...] nos montábamos en un bus a lo desconocido y al miedo. El miedo a montarse uno chiquitico en una sociedad que no conocía, en un bus que iba lejísimos, a un colegio por allá con unas monjas miedosísimas. Con unas monjas que sí pero no. Que Piedad es inteligentísima, que Piedad sabe dibujar, que Piedad sabe recitar, que Piedad no sé qué, porque siempre me gustó mucho ser protagonista. Era super protagónica. La primera forma de mi rebeldía fue hacerme líder de un grupo, sobre todo para todo lo

pernicioso: remedar al profesor, decir que nos rebelábamos contra tal o cual medida, que no íbamos a misa. Todo eso empezó ahí rapidito como a los nueve años o diez. Entonces me dejaba el bus y yo me iba a pie hasta el colegio, porque me daba miedo del castigo. Era un círculo vicioso que me fue llevando a la rebeldía hasta cuando tuve trece y me empacaron para un internado en Bucaramanga, porque yo creo que era desadaptación con el medio, con mi familia y con todo (Bonnett, 2002).

Además, de lo anterior, el padre se vuelve más estricto por los peligros que representaba la ciudad, incluso “me prohibía el trato con muchachos” (Bonnett, 2002). Todo en la capital representaba un riesgo para la pueblerina recién llegada, como lo anota en estos versos:

Ciudad hecha de trucos y de azares,/ inconsistente juego de escondrijos./
Necesito inventarte, recorrer te,/ encontrarme en tus calles innostradas;/
mirarme en la nostalgia de un postigo/ que a la rudeza de tu luz se
cierra;/ enredarme en tus noches pederastas,/ en el temblor de todas tus
mañanas./ Pero te siento ajena y enemiga,/ y yo sin asideros, yo perdida
(Bonnett, 1989, p. 13).

Todos esos controles en la casa y en el colegio hace que, a los trece años, deje de rendir académicamente e, incluso, le da una úlcera duodenal. Una especie de enfermedad permanente o “una hipersensibilidad aterradora y rechazo a una serie de cosas” (Bonnett, 2002). Esa postura contestataria al interior de su casa lleva a sus padres a enviarla a un internado en Bucaramanga, en un colegio de las mismas monjas capuchinas con las que había estudiado en Amalfi sus primeros años escolares. Para ella ese viaje:

[...] fue una experiencia muy transformadora, porque esa es una edad en la que uno se está encontrando con uno mismo. Fue en ese momento que descubrí la poesía. Fue un viaje que me sirvió para unirme mucho a la literatura, aunque ya era una buena lectora. También fue un mundo donde me tenía que refugiar, porque era otra vez la diferente y llegaba de Bogotá con una cantidad de cosas añadidas, era una creída y, por supuesto, una desadaptada. Como seguía enferma, sin duda por reacción a ese nuevo medio, me enviaron donde un siquiatra y esto me hizo refugiarme más y, como consuelo, empecé a escribir poesía. Mis primeros poemas son de esa época, aunque los primeros los había escrito a los diez años (Bonnett, 2002).

“ME GUSTABA TODO LO QUE FUERA MALDITO”

En ese medio enclaustrado empieza a leer una poesía más contemporánea y con un cierto tono moderno. La poesía que más le atraía era la de los nadaístas, con Gonzalo Arango a la cabeza, por su iconoclastia y rebeldía contra las instituciones, también

leía a Fanny Buitrago, Silva, Barba Jacob, Baudelaire, la poesía española, la literatura rusa y tantos otros que la atrapaban sin piedad y, a la vez, la confortaban. Con 14 años, cuenta, “yo escribía tanto como leía: poemas desgarrados de adolescente atormentada que se despedía de Dios” (Zabalbeascoa, 2019). Así compendia los autores de ese momento y algunos de los cuales la siguen iluminando:

[...] de entre todos los autores que bebí de manera insaciable en aquellos años, el que hoy encuentro absolutamente definitivo es Dostoievski: recuerdo sus novelas como un turbión de pasiones, de sentimientos desmedidos, de situaciones dramáticas que me hacían perder la noción de espacio y tiempo, y que despertaban en mi alma fervores desconocidos [...] Con Dostoievski comprendí que un buen personaje es siempre un ser impredecible, y también, como afirma Kundera, que “el espíritu de la novela es el espíritu de la complejidad”; que al ser esta interrogante sobre el mundo y no respuesta, protege al hombre del “olvido del ser” [...] Machado y Eliseo Diego me enseñaron el valor de la palabra elusiva, sugerente, la capacidad comunicadora del tono menor. Baudelaire, la posibilidad de lo feo como un valor estético y la riqueza de la ciudad como tema. De Neruda y Vallejo, las ventajas de la libertad analógica y la riqueza del expresionismo que modifica el mundo objetivo al pasarlo por la criba de la dimensión afectiva. Carson Mc Cullers y Truman Capote me dieron la lección de la economía verbal, las estructuras perfectas y el trasfondo de poesía que hace grande toda narrativa. De Isak Dinesen he envidiado desde siempre la elegancia, el tono que sabe menguar todo trascendentalismo por estar contagiado de ternura o de ironía. Con Alejandra Pizarnik supe qué tan dolorosamente productiva puede ser la pulsión de la muerte y cómo el yo puede desentrañarse sin innecesarios sentimentalismos, y con Blanca Varela cuánto puede decir la oscuridad cuando hay fuerza. De García Márquez admiro su derroche imaginativo, su capacidad de adjetivar, única, como la de Borges. Y el mundo subterráneo de Bohumil Hrabal me ha tocado por el poder de su torrente verbal, siempre bordeando la fantasía, así como el lapidario universo de Tomas Bernhard, tan descarnado y escueto como el de las peores verdades (Bonnett, 2004b, pp. 97-98).²²

Buscaba leer todo lo que iba a contravía o estaba prohibido de lo que enseñaban y correspondía a su espíritu inconforme que necesitaba abrirse a otros horizontes más acordes con las nuevas realidades que se vivían en el mundo contemporáneo. Desde niña ya había mostrado esa autonomía y deseos de que nadie dirigiera su vida, para poco a poco ir afirmando esa identidad. El colegio de Bucaramanga en que vivía con tantas restricciones la encolerizaba y sentía que se había convertido en una especie de “reclusión” que la hacía sentir muy sola, como si la hubieran abandonado y:

²² Entre muchos otros escritores que ha leído están: Emily Dickinson, Raymond Carver, Idea Vilariño, Peter Handke, Paul Auster, Imre Kertész, Enrique Vila-Matas, Javier Marías.

[...] sentirme culpable de quien sabe qué crímenes que yo no sabía cuáles eran y estaba expiando una culpa. Entonces me dio por la exacerbación religiosa, pero fue bonito porque era como un encontrarme conmigo misma a través de un diálogo con un posible Dios que en el fondo yo sabía que no existía y me atormentaba saber que no existía, entonces vivía como en un mundo de ficción. Ese mundo no era como la fe que de verdad uno cree, sino como una especie de sublimación en los dolores que tenía. Fue una época muy espiritual, muy volcada sobre mí y haciéndome preguntas sobre mi vida. Escribía unos poemas malditos y lo que me parecía maravilloso era el humo, los hombres y los viajes como en Baudelaire. Todo lo que me gustaba era lo que fuera bien maldito, como la herejía y el suicidio. La somatización del suicidio de los demás, eso era lo que escribía básicamente. Era un mundo buscando afectos, por supuesto. Nada queda de eso, aunque por ahí tenía unas cajas antiquísimas donde se supone que están esos poemas que me publicaron algunos. Unos los publicaron en el periódico del colegio de la Universidad Industrial de Santander que dirigía Pablus Gallinazo²³ y yo ya me sentía publicada a los trece años o catorce y me parecía importantísimo. ¡Era la más pequeña de las nadaístas! (Bonnett, 2002).

Al final de la adolescencia, Bonnett se perfila con una personalidad singular y contestataria que se resiste a las consignas y reglas explícitas o tácitas que niegan y asfixian. Tiene la certeza que hará lo posible por dedicarse al oficio de la literatura y no someterse a los designios de nadie, porque muy temprano ha comprendido que “soy una privilegiada porque a veces me he podido zafar de las presiones de los otros, y eso no ha sido fácil” (Bonnett, 2002). De ahí en adelante será una pelea con las normas y las palabras. No se detendrá hasta exorcizar esos “demonios interiores” (Bonnett, 2002). Pero es en ese inicio de la juventud que comienza a dudar de ese dios omnipotente y enjuiciador que le había enseñado desde los preludios de su vida. Por eso, confiesa, “la religión fue lo primero que borré de mi vida” (Bonnett, 2002). A partir de ahí su único consuelo y refugio serán los libros y la escritura, porque estaba segura que estos nunca la juzgarían ni abandonarían. Desde muy temprano

[...] supo que quería ser escritora, porque quería producir con sus libros la misma felicidad que ella sentía al leer, por ejemplo, *Crimen y castigo*. Nunca dejó de escribir porque a menudo la poesía fue también oxígeno, el espacio para desfogar insatisfacciones y tristezas (Méndez, 2019, párr. 2).

Precisa Bonnett que ella siempre ha sido una mujer insumisa, aunque en la apariencia externa la gente la percibe “muy aconductada, pero en mi adolescencia fui muy rebelde hasta enfrentarme a la autoridad paterna, por eso terminé en un internado” (Bonnett, 2002). Piensa que por la forma como fue educada, o sea, “con

²³ Seudónimo de Gonzalo Navas Cadena, poeta y cantautor de canciones de protesta durante los años sesenta y setenta. Autor de las famosas canciones populares: *Una flor para mascar*, *Boca de Chicla* y *Mula revolucionaria*, entre otras.

tanto límite” (Bonnett, 2002) en instituciones de religiosas llegó tarde a muchas cosas y “probablemente no habría tenido que purgar tantas culpas” (Bonnett, 2002), como por ejemplo las enfermedades físicas que tuvo durante la adolescencia que eran una manera de reaccionar a lo que odiaba, ya que algunas de esas enfermedades eran “sicosomáticas con las que trataba de sacudirme de la autoridad de las monjas y de tantas prohibiciones” (Bonnett, 2002). Y la mejor manera de liberarse de esas culpas fue con la escritura porque, según ella:

[...] mis transgresiones las he hecho a través de la literatura y nunca desde el ámbito del feminismo que no me ha interesado. Hablo como una mujer que ha sido sofocada de alguna manera por lo masculino, de ahí que haya rabia, pero no he convertido eso en ideología, porque no me parece que esa sea la vía. Yo sé que este es un país donde las mujeres han sufrido mucho por culpa de un sistema completamente machista, pero a mí no me interesa que la literatura sea un púlpito para esa causa (Bonnett, 2002).

Después de haber hecho su tercer año de bachillerato en Bucaramanga regresa a Bogotá a terminar los tres años restantes en un colegio de monjas españolas. Cuenta que después de ese duro año de internado llega a Bogotá muy desasosegada, enferma y angustiada y “no me encontraba a mí misma porque vivía periodos de angustia horribles” (Bonnett, 2002). Experimentaba un sentimiento de cercanía con la muerte:

[...] como si fuera una vocación tanática que me persiguió muchísimos años, hasta que poco a poco me fui liberando de eso. Tenía miedo de mis propios fantasmas y de la locura porque me sentía muy afligida. Entonces me levantaba con miedo de la vida, con pequeñas depresiones. No me acomodaba con nada. Y ahí conocí al que fue mi marido a los quince y me casé a los diecinueve. Era un toro también a su manera porque tenía mucha fuerza, o sea, que tenía una fuerza varonil de la que yo me agarré como consuelo y protección. Era un buen estudiante y yo también. Yo era una persona super consagrada. Lo que mi mamá había querido lo había logrado finalmente, porque yo era la estudiante número uno de la clase después haber recibido todo tipo de castigos (Bonnett, 2002).

Según Bonnett, su novio, del que cayó prendada, era un hombre inteligente, buen lector y con quien podía tener una conversación “decente” y agradable: “fue un refugio afectivo para mí, por eso yo me enamoré locamente de ese hombre y me casé con él apenas pude” (Bonnett, 2002). Ella termina su bachillerato a los diecisiete años, entra de inmediato a la Universidad de los Andes y, dos años después sin haber terminado los estudios, decide casarse. Ella continúa su Licenciatura en Filosofía y Letras y él su pregrado de Ingeniería. Recién casados organizan su hogar y tienen su primera hija; ella termina sus estudios con honores y él su ingeniería. Años después se separan y ella empieza una vida distinta y profesional como profesora.

“TENÍAMOS QUE VIVIR EN UN MUNDO MÁS IGUALITARIO”

Mientras estudia en la Universidad de los Andes, a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta, vive con intensidad una época de muchos cambios en las costumbres morales y en la mentalidad. Es un periodo de efervescencia política con la aparición de grupos de izquierda y formación de nuevas guerrillas —bajo la influencia de la Revolución cubana y la Guerra Fría— conformadas en parte por jóvenes universitarios. Además, cunde la corrupción de la clase política, la represión por parte del Estado, la inconformidad social, etc., y con esto llegan las nuevas ideas, sobre todo de izquierda que, según ella, “me entusiasmaban y atenuó un poco la idea de la muerte y culpa que tenía” (Escobar Mesa, 2003, p. 144). La doctrina marxista, enseñada por todas partes, en particular en las universidades públicas donde va a trabajar, luego le hace volver los ojos a la realidad social, “cosa a la que nunca he sido muy dada” (p. 144). Confiesa que, aunque era sensible con todo lo que pasaba en el país, y lo sigue siendo, “soy muy individualista; tiendo a no involucrarme en causas colectivas” (p. 145), pero en ese momento se adhiere a las causas que movían a los universitarios y eso es transformador e importante para ella porque venía de despedir cosas que odiaba de la vida burguesa. Agrega al respecto: “me rebelé contra todos los prejuicios sociales en los que me habían criado y empecé a pensar que teníamos que vivir en un mundo más igualitario, que había que luchar por eso. Hasta hice literatura de ese corte” (p. 145). Fue la época de la publicación de sus primeros cuentos y el abandono de la poesía que escribió mientras estuvo en Bucaramanga. Se dedica entonces con obsesión a sus estudios porque deseaba ser la mejor, y lo logra.

Cuando entra a estudiar filosofía y letras en la Universidad de los Andes, el cuento la conquista y escribe muchos, más de treinta, con los que participa en distintos eventos y concursos: “lo que escribí entonces eran temas políticos y también de la familia, que es un tema que me ha llamado la atención, porque en el fondo me resulta muy odiosa la noción de familia” (Escobar Mesa, 2003, p. 145). Uno de esos cuentos sobre la familia aparece publicado más tarde en la revista *Gaceta Colcultura*. “Fue entonces cuando supe que quería escribir, que eso era lo que deseaba hacer en la vida. Dije no a todo y me puse a escribir cuentos” (p. 145). Uno de ellos, “La tía Cecilia”, sobre una tía suya, lo publicó la revista *El Puente* de la Universidad de los Andes. Para ella, el interior de las familias refleja siempre los defectos y virtudes de ese núcleo tradicional, de clase y de la misma sociedad colombiana. También recuerda Bonnett que en esa época participó en diversos concursos de cuento y nunca superaba las menciones de honor, lo que la hacía pensar “que yo era una figura de segundo orden y que estaba condenada a serlo” (pp. 145-146). Uno que sí ganó y la hizo sentir orgullosa fue el concurso Jorge Gaitán Durán de Norte de Santander que tenía una temática política y cuyos jurados fueron Daniel Samper y Fanny Buitrago. Este premio la recompensó y mejoró un poco su estima, pero en

el fondo sentía que estaba “condenada a los segundos premios hasta muy tarde. Por entonces mis crisis sicológicas seguían muy violentas” (p. 146).

Cuando sale de la universidad, ya tenía una hija y le tocaba luchar contra muchas adversidades. No fue para ella cosa fácil superar esta etapa, porque volvió a ser relativamente pobre cuando ya había rebasado esa experiencia y había tenido una infancia y juventud relativamente prósperas. Los primeros años de matrimonio, con una hija a bordo, los estudios, un trabajo por aquí y otro por allá fueron “años de sobrevivencia” (Bonnett, 2002) , que se agregan a una actitud exigente en la docencia que la acompañó por más de treinta años. En su opinión, su “perfeccionismo” (Bonnett, 2002) le generaba mucha ansiedad y la hacía sentir muy insegura: “yo no hacía sino preparar clase como loca. O sea, me condené casi diez años a leer, tomar notas y ser la profesora perfecta y, bueno, el asunto se volvió obsesivo” (Escobar Mesa, 2003, p. 146). Para ella:

[...] perfeccionismo es una cosa tan destructiva. Yo fui muy perfeccionista, hasta casi enloquecerme, porque me criaron en unas exigencias tremendas. No se usaba en ese entonces aprender muchas cosas como ahora, afortunadamente. Pero en el colegio tenía que ser la mejor. Esas cosas tan estúpidas de ponerte a competir contigo mismo (Méndez, 2019, párr. 10).

Esa obsesión de ser la profesora perfecta se convierte en su piedra de Sísifo de subir y subir con ese fardo laboral y emocional encima, para caérsele y luego volver a recomenzar como si nada efectivo hubiera hecho. Además de eso, había que estar pendiente de la nueva hija que había llegado y de la anterior, de la empleada, del marido, de las muchas horas de lecturas, de las notas en fichas, actividad de nunca acabar, pero en el momento de dictar las clases delante de jóvenes estudiantes el ánimo cambiaba, se sentía como en otro mundo, porque la docencia “me ha encantado. Era muy feliz en la cátedra porque daba todo de mí” (Escobar Mesa, 2003, p. 147). Sin embargo, expresa que si pudiera devolver el hilo de la vida, no volvería a dedicar tanto tiempo a dictar clases o lo haría de otra manera:

[...] porque me llevó a una esterilidad literaria total y a una angustia existencial atroz, porque entonces sentía que aquello para lo que me había preparado toda la vida, que era para escribir, no se estaba dando. Era un sentimiento de frustración aterrador; leía a Kafka y me sentía identificada en ese encierro de oficinista. Pero siempre he tenido la capacidad del corcho: cuando la botella se llena de gases, brinca el corcho. Siempre he encontrado finalmente la manera de deshacerme de lo que me está atormentando (p. 147).

“PROFESORA A CARTA CABAL”

Una de las experiencias iniciales de Bonnett como profesora fue en una entidad cultural llamada El Muro Blanco²⁴ en la que dictaba clases a unas señoras de alta sociedad, cuyo interés por la literatura era meramente epidérmico. Poco después la llaman de Colcultura²⁵ y le ofrecen un trabajo de receptora de textos. Según comenta, “fue una experiencia aterradora” (Bonnett, 2002) que jamás volvería a hacer, por la burocracia, porque ella como muchos otros no hacían nada, ya que todas las decisiones las tomaba su jefe, un poeta importante del momento que nunca veía: “había como siete jefes y yo era la última” (Escobar Mesa, 2003, p. 147), y lo único que hacía para entretenerse era corregir pruebas y observar la inoperancia de la burocracia, como en todo lo que corresponde a las instituciones del Estado. Esto le molestaba sobre manera y cuestionaba ese sistema ineficaz, por eso se decía a sí misma: “si esto era el mundo yo no quería vivir en él” (Escobar Mesa, 2003, p. 147). Cuenta que por su intermedio le llegaban todos los escritores frustrados y sin posibilidades: el señor de edad que había escrito algunos sonetos, la señora que había hecho otro tanto, el joven que se soñaba escritor. En fin, todos los que nunca tendrían posibilidad de ser publicados se los mandaban a ella para que los lidiara de buenas maneras. Sentía estar viviendo en el infierno kafkiano donde ella no era nadie y tampoco a los demás les importaba lo que hiciera. Para ella fueron dos años insoportables que se acabaron cuando la llamaron de un colegio de Colsubsidio²⁶ y comenzó a enseñarle a niñas de bajos recursos en una institución llena de posibilidades donde había clases de cine, ajedrez, natación y otras disciplinas interesantes, con los mejores profesores de cada una de ellas, pero le parecía que, aunque esa oportunidad para esas estudiantes era muy bien intencionada, le era difícil aceptar que esas niñas, que vivían durante el día en “un mundo fascinante”, regresaran a sus casas donde les faltaba lo esencial. Eso generaba una situación que consideraba:

[...] muy anómala, porque esas niñas querían parecerse a las profesoras y distanciarse de la imagen de la mamá. Era muy violento. En Colsubsidio empecé a conocerme a mí misma como profesora, lo que me afectó mucho, pues puso en evidencia todas mis incapacidades. Era, entre otras cosas, una persona muy arrogante, muy odiosa, porque venía de una universidad privada como era los Andes, donde todos los que entran a cualquier carrera se creen únicos, poderosos, los más inteligentes. Pero salí y me aplasté contra la realidad: el mundo era otra cosa (p. 148).

Al llegar a los veintiocho años comienza a mirar hacia atrás y a constatar que lleva diez años de casada, tiene dos hijas, ha trabajado en varias entidades que ha

²⁴ Institución fundada en 1970 por el poeta Andrés Holguín, dedicada a promover y divulgar la cultura colombiana.

²⁵ Instituto Colombiano de Cultura, dependencia del Ministerio de Educación Nacional, fundado en 1968 y cuyo primer director fue Ramiro Osorio.

²⁶ Es una Caja Colombiana de Subsidio Familiar con sede en Bogotá, fundada en 1954.

abandonado y siente que no ha hecho nada que la satisfaga. Entonces, vuelve a escribir poesía, porque necesitaba verter sobre el papel las muchas y encontradas emociones del momento. Al escribir sus primeros poemas le llega una cierta iluminación sobre un lenguaje que había olvidado y no entiende cómo “era posible que eso existiera y yo lo hubiera desechado” (Bonnett, 2002). Vuelve, pues, a escribir poesía, sin la pretensión de convertirse en escritora ni que le publiquen algo, “era lo más remoto que existía y sin embargo perseveraré diez años en esa tarea” (Bonnett, 2002). Menciona también que en el colegio de Colsubsidio, en el que dictó literatura durante varios años a las niñas de los últimos niveles, algunas alumnas la recordarían después por la excelencia de sus clases, el rigor que ponía y el entusiasmo que transmitía. Estando en Colsubsidio, la llaman de la Universidad Nacional para un trabajo como docente, y aunque nunca supo quién la recomendó fue aceptada por su hoja de vida de estudiante en la Universidad de los Andes, que era impecable y en donde se había graduado con honores con una tesis sobre la obra de Alejo Carpentier.

Al entrar a la Universidad Nacional, extremadamente politizada, y más en ese momento, el asunto político comenzó a interesarle y se alineó a una de las muchas tendencias de izquierda del momento, el MOIR,²⁷ pero como ella mismo lo admite, en el fondo era trotskista porque había leído todo Trotski y estaba sumergida en el trotskismo, pero no era militante de ningún grupo porque eludía siempre el compromiso de la militancia, es decir, que vivía esa pertenencia ideológica de manera intelectual y no como los demás, con el riesgo real de sufrir represión y hasta encarcelamiento. Aunque en las universidades públicas la participación y afiliación política era casi una necesidad por parte de estudiantes y profesores, en algunas universidades privadas también había cierto interés por el asunto político y compromiso social. Ella recuerda que en la de los Andes, la universidad más burguesa del país, algunos estudiantes estaban “fascinados con la idea del riesgo” (Escobar Mesa, 2003, p. 145) y reaccionaron contra sus propias familias y sistemas burgueses de vida, abandonaron los negocios de los padres, incluso con consecuencias para toda la vida. No se vincularon a la guerrilla como sí se dio con algunos estudiantes de las universidades públicas, pero sí fueron a trabajar con las comunidades en los barrios. El trabajo práctico de ella fue en actividades culturales y en el teatro colectivo. Recuerda haber pertenecido a un grupo de teatro en el que estaban Ricardo Camacho, Jairo Aníbal Niño, Conrado Zuluaga y otros: “fue una época linda y muy liberadora para mí, muy compensadora de todas las dificultades que yo tenía para moverme en ese mundo de mujer ya casada” (p. 145). La experiencia en la Nacional fue más bien dramática, porque las condiciones de trabajo eran complicadas. Cuando tenía cursos en horarios extremos le tocaba

²⁷ Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario, fundado en Medellín en 1970 por Francisco Mosquera y Marcelo Torres.

desplazarse de su casa dos veces al día en medio de trancones y otros inconvenientes y eso era agotador, sabiendo que tenía también responsabilidad con su familia. Además, recuerda que no le pagaron durante diez meses ni le hicieron contrato y los cursos eran con estudiantes que venían de carreras muy distintas y no estaban muy motivados, “fue una prueba de fuego” (Bonnett, 2002) que no soportó bien. Y es precisamente en ese momento álgido y de confusión con su vida que la invitan a ser profesora de cátedra de la Universidad de los Andes, lo que recibe con gusto a pesar de que acababa de ser aceptada en la Universidad Nacional como profesora asistente, pero renuncia a esta oferta porque estaba hostigada del ambiente político tan beligerante de la Universidad Nacional, además, en ese momento la institución estaba militarizada y había largos periodos en que permanecía cerrada.

Desde ese momento hasta su jubilación fueron treinta años de trabajo en la Universidad de los Andes en la que encontró el ambiente que estimaba diferente y adecuado para ejercer la docencia, pero también, como reiteradamente lo expresa, la academia fue una condenación para su trabajo literario porque, por su perfeccionismo, se exigía demasiado hasta el agotamiento. Reconoce que el mayor gusto era encontrarse con los estudiantes, siempre numerosos, y observar su motivación por el conocimiento y, en algunos, por la escritura, por eso afirma que daba “todo de mí en clase, también me muestro como tal y digo cuando no sé, que no sé, pero me fascina que el estudiante perciba que soy una profesora a carta cabal” (Escobar Mesa, 2003, p. 150). He aquí unos versos dedicados a sus estudiantes:

Los saludables, los briosos estudiantes de espléndidas sonrisas/ y mejillas
felposas, los que encienden un sueño en otro sueño/ y respiran su aire como
recién nacidos,/ los que buscan rincones para mejor amarse/ y dulcemente
eternos juegan ruleta rusa,/ los estudiantes ávidos y locos y fervientes
(Bonnett, 2004a, p. 83).

Fue una época en que todo se centraba casi en sus cursos y preparaba sus notas siete u ocho horas seguidas con sus muchas fichas en las que consignaba las ideas que iba a exponer, pero al final era tal la tensión y agotamiento que no le daba para centrarse a escribir sus cosas. Lamenta haber dedicado tanto tiempo en ese oficio en detrimento de la creación, cuando con menos horas de dedicación hubiera podido hacer un trabajo decente, pero la impelía el rigorismo y la autoexigencia aprendidos con sus padres y por eso dice que fue una época que “vivía de una manera muy problemática. La satisfacción es que he aprendido mucho en el camino de la docencia. Creo que mi actitud frente a la docencia tiene que ver con la noción del sentido del deber que me inculcó mi mamá” (Escobar Mesa, 2003, p. 150).

Hablando de cómo era uno de los tantos cursos que dictaba, refiriéndose a uno en particular, el de literatura latinoamericana y sus escritores preferidos, recuerda que

empezaba con Horacio Quiroga que le gustaba por “ese aliento de vida tan brutal” (Bonnett, 2002), seguía con Leopoldo Lugones y Bioy Casares para detenerse en Borges, uno de sus escritores preferidos al que le dedicó mucho tiempo y ha estado siempre presente en su escritura. Luego seguía con Neruda que “fue una influencia definitiva en mí, absoluta, que todavía la siento” (Escobar Mesa, 2003, p. 154), sobre todo con la forma de *Residencia en la tierra*, libro que adora y recita de memoria, igual que la poesía de César Vallejo. A esos tres le ha dedicado tiempo y los ha estudiado a fondo. También dictó cursos sobre la obra de las poetas Alejandra Pizarnik y “una poeta que leí, releí, recontraí” (Bonnett, 2002) fue Blanca Varela, “y, por razones sobre todo afectivas, Juan Gelman” (Escobar Mesa, 2003, p. 154). Un poeta “que me cambió la vida, poéticamente hablando: Eliseo Diego” (p. 154). También estudió mucho a Shakespeare. Y en el caso colombiano trabajó la poesía de José Asunción Silva y la de Porfirio Barba Jacob, pero le gustaba más este último, también la de León de Greiff. Y de los poetas más contemporáneos, los que le atraen son Aurelio Arturo, José Manuel Arango, Juan Manuel Roca. Otros escritores que fueron muy leídos por ella y dejaron huella en sus escritos del momento son: Truman Capote, “mi gran maestro; digamos que fue mi ídolo narrativo durante mucho tiempo” (p. 155); Faulkner, sobre todo con *El sonido y la furia*; Raymond Carver, “quien me reveló una manera distinta de hacer literatura” (p. 155); Baudelaire y la poesía francesa de los poetas malditos; la literatura española del siglo de oro y muchos otros: “si yo trabajo así como trabajo y escribo como escribo, mis lecturas tienen que ser súper selectas y yo tiendo mucho a la relectura” (Bonnett, 2002). Misma postura de su amado Borges (1979), para quien “releer es más importante que leer” (p. 11), salvo que para releer se necesita haber leído. Yo tengo ese culto del libro”. Son esas relecturas las que le abren el camino a su propia creación, amén de las vivencias personales. Hablando precisamente sobre las influencias recibidas que van cambiando a medida de las lecturas del momento, cree en que:

[...] la fuerza que le da leer autores que se admiran, se quieren y en los que uno se reconoce es absolutamente definitiva. Yo imitaba mucho, pero creo que eso está muy bien, es como los pintores que se adiestran imitando cuadros en los grandes museos. Imitar da destrezas, permite la búsqueda de una voz propia, labor lenta en la que uno no debe apresurarse [...] Lo que sí es importantísimo es leer y dejarse inspirar por lo que se lee. Nunca me inspiro tanto como cuando leo: voy subrayando, apuntando ideas. Mucho más que el mundo de afuera, lo que me impulsa es el mundo de los libros (Escobar Mesa, 2003, p. 159).

Luego llegaron las traducciones que le encantan como ejercicio y la desconfianza de las que circulan en el mercado editorial de los autores que le gusta leer. Es precisamente en esta nueva actividad en la que bien se observa de nuevo la obsesión de perfección en el trabajo docente. Aunque maneja bien el francés, el inglés y un

poco el italiano, cuestiona la mayoría de las traducciones porque no dan cuenta cabal del sentido expresado y a menudo lo tergiversan, por eso refiere cómo realizó algunas que fueron publicadas, por ejemplo, la *Noche de Epifanía* de Shakespeare que para hacer una versión libre “consulté 44 diccionarios mirando todas las versiones” y le “dediqué cuatro horas diarias durante un año” (Bonnett, 2002). La razón de esta traducción fue porque el director de teatro, y el también docente Ricardo Camacho le piden una versión de la obra de Shakespeare y, según cuenta, “fue muy apasionante porque yo tenía libertad para poner en boca de los actores una serie de cosas y tratar de hacer con mis versos una cosa que llegara al público” (Bonnett, 2002). Tiempo después de la presentación de la obra en el Teatro Libre, el editor de El Ancora la contacta y le pide que haga lo mismo con *El cuervo* de Poe, pero no en versión libre sino literal, cosa que ella no deseaba, porque “yo no podía conciliar la música con eso, entonces esa traducción fue un fracaso porque me hizo retractar de mi versión y lanzarme prácticamente a la literalidad”. En otra ocasión, un editor argentino le pide que haga la *Noche de Epifanía*, no en la versión libre que había hecho y le gustaba, sino una traducción literal. Luego vino la traducción de unos poemas australianos y otros textos, hasta fortalecer en ese otro aspecto creativo. Al respecto agrega que ha hecho ese ejercicio: “no sin dudas y temores porque esas traducciones son como casi todo lo mío, una manera de asumir riesgos que te pueden traer consecuencias fatales. ¡Pero a mí me gusta el riesgo!” (Bonnett, 2002). Como hemos visto, las mismas estrategias que ella utilizaba para preparar y dictar sus cursos las ha usado para concebir y escribir luego sus poemas y novelas, es decir, muchas lecturas antes, luego va imaginando y diseñando libretos en los que consigna ideas concretas, temas, escenarios, etc. Luego va elaborando ficha tras ficha de las cosas que ha leído, autores que está leyendo según el tema a tratar y poco a poco va integrando todo, incluyendo lo que se le va ocurriendo en el momento, hasta ir formando un complejo entramado que revisará una y muchas veces hasta el resultado final, pero sobre el que volverá una y otra vez en las pruebas editoriales.

DEL AMOR, LA MUERTE Y OTROS ASUNTOS ESENCIALES

Entre los muchos temas abordados en su poesía no podía faltar, insoslayables y como si fueran improntas perennes, el tiempo y el amor, palabras mayúsculas, realidades inagotables. No pocos poetas han invertido ingenio creador en cantarle al amor, a esas cuatro letras que se han vuelto miles, o más precisamente, combinatoria infinita del *ars* poética y del arte de la seducción lírica. A propósito del amor en la poesía de Bonnett, una ensayista sostiene que en contraste con:

[...] la muerte en vida aparece el amor. Devastador, tremendo, ataviado para la guerra y el dolor. He aquí la vida, la fuerza, el desatarse de los elementos cósmicos, la exuberancia de la naturaleza. El amor que se posee,

que parte súbitamente y que produce rabia, miedo y soledad al fin, como al principio. Un lenguaje diferente nombra aquí los espacios y el tiempo [...] En *De círculo y ceniza* hay un movimiento del amor al abandono, del fuego a la ceniza, de la plenitud del universo a la desolación de la casa vacía pasando por la lucha por conservar el fuego. Este amor al fin no logra habitar más que en los turbios y entrecortados sueños que como el poema, son los únicos capaces de atrapar aún algo del delirio y la pasión perdidos (Ronderos, 1996, pp. xi-xii).

Y es en *Todos los amantes son guerreros* que la poeta muestra que todo signo, toda expresión, todo gesto, toda forma de vida es, de alguna manera, un acto de amor. Este ha sido, según ella, “mi tema favorito. El amor me ha acompañado siempre desde el primer libro hasta el último” (Bonnett, 2002), sobre todo en *Todos los amantes son guerreros* que es solo de poemas de amor: “es como a la inversa de lo que debiera ser que a esta edad me llegue el amor así pleno, por lo menos como tema, pero desde el principio está” (Escobar Mesa, 2003, p. 141). En este libro, la poeta se ha librado de la maraña que impedía su accionar, ha roto el hilo definitivo que la tenía atada al Minotauro devorador y ahora, libre, se regodea en las nuevas pasiones que la seducen y atrapan: “detrás del índice castigador vislumbro/ relámpagos de amor. Ah dios de ojos de piedra/ señor de mis dolores/ por ti yo bebo el cáliz/ de sangre hasta las heces” (Bonnett, 1998c, p. 44). Es ahora cuando la poeta contempla a ese otro a distancia para ser ella misma, a ese, “señor de la alcoba en desorden/ y señor de la noche y de las mil estrellas./ Mi placer, sin embargo, es más perverso y dulce./ Ahora y siempre puedo contemplarte/ detrás del ojo de la cerradura” (p. 17).

En Bonnett, el arte amatorio se confunde con su *ars* poético. Uno y otro se funden en un solo aliento, se imbrican de tal manera que el uno desaparece en el otro para constituirse en un solo umbral, apoteósico a veces, como lo vemos en estos versos:

He oído con fervor cómo tu boca hace nacer de/ nuevo el mundo,/ cómo nombra con palabra precisa lo antes fuera/ para mí torpe aleteo/ de mariposa errada. Y te he amado en la oscura/ revelación del verbo como a un dios [...] Pasa amado tus dedos sobre mi superficie, donde/ hallarás mi hondura./ Y yo pondré mi oído sobre tu pecho para oír los/ latidos de la tierra que tiembla (p. 23).

El canto en ella se vuelve un acto de amor, el más visceral, el más explícito; sin embargo y mediado por su inexplicable paradoja, el amor es siempre enigmático, recóndito e inasible porque, como dicen sus versos, “en tu médula, en mi médula, más allá de los/ fuegos y las duras tormentas,/ solo queda silencio” (p. 24) y “reinan los fantasmas” (p. 43). Para que ella no se pierda, se asfixie en el otro, confiesa, debe matar “al hombre que nace cada vez como/ una flor maligna/ y se bebe mi aire”. De esa manera deja constancia de su llanto e impotencia “en defensa señor juez de mis restos/ dolidos y sangrantes” (pp. 62-63). *Todos los amantes son guerreros* es pues un

libro sobre ese corto y zigzagueante viaje que es la vida de los humanos: “libro que busca mostrar el camino del cuerpo del hombre desde que nace hasta que muere pasando por el amor, la enfermedad, por tantas cosas que le suceden al cuerpo” (Escobar Mesa, 2003, pp. 141-142).

El tiempo como el amor son eternos y fugaces en la poeta; tan pronto los tiene, inmediatamente se le hacen efímeros. Si el tiempo es para Borges ese río hecho de tiempo y agua en el que nos perdemos igual que nuestros rostros y es “río interminable/ que pasa y queda”, “que es el mismo/ y es otro” (Borges, 1977, p. 161), para Bonnett, amante de ese Borges cantor de lo universal, el tiempo es igualmente ese río heraclítico que lo vivimos al instante para dejar de ser inmediatamente, ser luego otro y recuperarlo después a través de la memoria. En muchos de sus poemas ella recupera ese tiempo ido, no porque sea mejor que el presente, sino porque anuncia los reveses, frustraciones y equivocaciones de la vida del momento y de la que le seguiría. Es ese el tiempo pasado de la edad de la inocencia que se ha perdido irreparablemente como el agua en ese río interminable que no cesa de fluir. Cada verso invocado, cantado y plasmado en la página en blanco por la poeta es para ella una cápsula en el tiempo para intentar, infructuosamente, volver sobre los pasos extraviados y los ruidos amables que habitaron ese espacio solaz de la infancia. Para los poetas, según Bonnett:

[...] el tiempo es el tema por excelencia. A medida que creces te vas acercando a la muerte. El tiempo es un correr hacia ella. Es también memoria por lo que logras retener y por lo que pierdes. Es la dicha del instante que se te está yendo, es una cosa de la que estamos presos y si un poeta no se conmueve con el tiempo, no se conmueve con absolutamente nada. El tiempo es la esencia misma de la poesía (Escobar Mesa, 2003, p. 136).

La poeta, instalada en un sucesivo presente, invoca el tiempo que fue, los seres y espacios que lo habitaron, buscando atraparlos para renovar su presencia, pero todo es en vano, ido el tiempo, ido los seres, ida la casa que “hace tantos años que nadie visita [...] En la casa entera no hay un solo/ murmullo,/ porque en el mundo entero se apagaron los ruidos” (Bonnett, 2007b, p. 16). El trajín de la vida cotidiana y de los actos más elementales, el deambular entre las cosas útiles y las muchas que son estorbo, pero están ahí por inercia; en fin, el ir y venir por el infinito presente que es y al instante deja de ser para convertirse en lastre, es otro de los temas recurrentes en Bonnett que llama “el segundo horizonte” (Bonnett, 2002) de expectativas y del transcurrir ineludible del tiempo:

El segundo horizonte al que mira un poeta es su presente. Su acontecer, sus ideologías, sus sueños, las poéticas de los artistas de su tiempo; en fin, la espesa trama, en la cual él ya está tejido, y es la que resulta más difícil

mirar con agudeza, sensibilidad y sentido crítico. El poeta que ahonda en su presente debe mantener viva su curiosidad, abolir los prejuicios, saber escuchar y saber envejecer. Y desde su subjetividad más plena, hablar por todos los que respiran el aire de su tiempo (Romero, 2020, p. 13).

Al igual que el amor y el tiempo, la culpa la acompaña mediada por un sentimiento profundo de desazón. Culpa que va más allá de la mera individualidad hasta remontarse a la culpa de origen. Los hombres no somos más que simples y frágiles “animales tristes”, dirá la poeta, que no logramos, a pesar de intentarlo todo, deshacernos de ese fardo trágico de una existencia mediada por la culpa, engendrada por los primeros dioses que el hombre se inventó y los muchos que le siguieron y que siguen haciendo estragos en su conciencia. Somos un *coitus interruptus* a punta de alcanzar la cima del universo porque soñamos con convertirnos en seres deíficos, pero el espejo refractado de lo que somos y la afrenta de lo no realizado a cabalidad nos lleva a la otra sima, a la de nuestro propio infierno e irremediable soledad. En muchos de sus versos, Bonnett corrobora esta equívoca condición, ese estado de naufragio permanente, ese vivir al bordo del abismo como si algo, muy íntimo, más allá de cualquier voluntad individual impidiera respirar libremente. ¿Acaso tiene que ver esto con una culpa original trágica o la metafísica? La poeta da cuenta de esos interrogantes bajo la forma de preguntas sugeridas, de figuras acechantes, de imágenes de agonía subliminal. Aquí o allá nos habla de una transgresión original que deja un total vacío, un dolor en la existencia, porque es la ruptura que proviene de “aquel antiguo mar en que flotabas/ entre el silencio y el latido, el agua/ primera, sin memoria, dulce tumba” (Bonnett, 2018b, p. 31). Es la misma “voz que te expulsó del Paraíso (Bonnett, 1996, p. 15), es la “cruz de ceniza sobre el vientre desnudo” (p. 29), es la amenaza del “ángel con espada de exterminio” (p. 27). Por eso a ella no le queda otra cosa que la clemencia para sí misma, porque “Piedad soy de los pies a la cabeza/ con hierro fui marcada en la mejilla” (p. 19). Ella es, además, “cuerpo lleno de agrios/ metales/ y de caldos oscuros/ o este mapa/ de venas transparentes que conduce/ (si quisiera) a un lugar que no conozco” (p. 19). También es ser estigmatizado con “una cruz con sangre sobre sus muslos blancos” (p. 21), pero esos estigmas de culpa son igualmente vestigios indestronables de una naturaleza contingente, del deseo nunca realizado, de la pasión amorosa que aqueja, así, ella “como una vestal ebria caigo al pozo,/ en sus aguas naufrago, nazco, muero” (p. 25).

Si bien Bonnett ha sido fiel al amor, a la vida, a la muerte, a un preguntarse incesante en medio de tantas vicisitudes, más lo ha sido a las palabras, a las que somete a su crisol permanente. Ellas han sido y son sus compañeras, confidentes, y las que tanta satisfacción dan. Sometidas a una complaciente, dedicada y apoteósica alquimia, las palabras han instaurado su reino en la vigilia y el sueño, así como en los entresueños, de ahí su goce por conocer la cara y el envés de cada una de esas medusas que, entronizadas en un verso, quedan petrificadas para siempre, pero

que igual y paradójicamente renuevan su sentido cada vez que el nuevo o reiterado lector vuelve sobre ellas. Por eso dice la poeta refiriéndose a la poesía:

Otra vez vuelvo a ti./ Cansada vengo, definitivamente solitaria./ Mi faltriquera llena de penas traigo, desbordada/ de penas infinitas,/de dolor [...] vengo a beber de tus profundos manantiales,/ a rendirme en tus brazos,/ hondos brazos de madre, y en tu pecho/ de amante, misterioso,/ donde late tu corazón como un enigma [...] Humilde vuelvo a ti con el alma desnuda/ a buscar el reflejo de mi rostro,/ mi verdadero rostro/ entre tus aguas (Bonnett, 1989, p. 41).

ARS POÉTICO: “LA ESCRITURA, MÁS QUE UN OFICIO, ES UNA OPCIÓN DE VIDA”

Pero esas lecturas de la realidad que cruzan su poesía de manera intensa y con aliento de perennidad son las mismas que alimentan su narrativa y le permiten explorar en hondura esa múltiple condición humana porque para ella, sea la poesía o la novela, los dos aceptan préstamos, se dejan saquear, se espejean, son distintos y complementarios. Ambos géneros se acercan a los mismos objetos de reflexión y los iluminan a su manera. Así lo manifiesta ella:

[...] la poesía puede decir lo que a veces no puede decir la prosa y viceversa. También son dos maneras de mirar. Pero hay momentos en que narrativa y poesía confluyen: en las novelas donde la prosa tiene vuelo poético, como en Marcel Proust o en John Banville, autores que me gustan mucho. Y a veces la poesía narra bellamente, como en Yanis Ritsos o Ferreira Gullar (Azancot, 2022, párr. 12).

Podría decirse que sus siete novelas no son más que extensiones de su poesía. Lo que en esta es todo intensidad, economía del verbo, reflexión incisiva, lo no dicho, el silencio que evoca e invoca, el implícito casi absoluto, en la novela es un navegar por las palabras sin premura alguna, es el regodeo verbal arropado por la imaginación, es el trashumar de seres buscándose sin nunca hallarse, es la confluencia de naturaleza, espacios y cosas que reflejan los seres que los habitan y recrean. A partir de la primera novela, *Después de todo* (2001), hasta la más recientes, *Donde nadie me espere* (2018) y *Qué hacer con estos pedazos* (2021), la escritora recrea a través de un abanico de personajes, principalmente femeninos, la cadena de equivocaciones que es la vida en la que se naufraga o se sobrevive. Esto lo vemos en *Después de todo*, donde la escritora se camufla a menudo en Ana, artista y académica que va dejando pedazos de su vida aquí y allá; en su aparente tenerlo todo, no tiene nada para sí, más que la soledad que lacera y un sentimiento de fracaso en todo lo emprendido, empezando por su arte. Razón tiene Bonnett (2008b) cuando a este propósito afirma:

[...] bien se sabe que cada obra entraña un fracaso, pues siempre hay una distancia entre lo que se quiso decir y lo que logramos decir. El estímulo que hoy recibo me ayuda a aspirar, no a la perfección que está siempre fuera de nuestro alcance, sino, como dijo Beckett, a fracasar cada vez de una mejor manera (p. 71).

Después de todo está construida con el mismo rigor en el manejo del lenguaje y la misma sensibilidad observada en su poesía y, sobre todo, con profunda intensidad y reflexión para mostrar el drama de dos seres que deambulan por el mundo en busca del otro, sin que puedan encontrarse, porque las mismas circunstancias, absurdas muchas veces, lo impiden como si un destino trágico de teatro de burlas se interpusiera. La enfermedad como un mal real o simbólico, al igual que el azar, la tragedia, los celos, la locura, interfieren para aguar la fiesta de la vida, porque ella está minada desde sus cimientos. Cualquier acto, gesto o intento de los personajes, por osado que sea para liberarse de esa carga, es inútil. Deben asumir la cuota trágica de la vida como condición irremediable. Así se abre la novela en la que deja entrever todo lo que será el drama de la protagonista:

Los domingos al atardecer son iguales en cualquier lugar de la tierra: difícilmente se escapa de su aire desolado, de su irremediable sensación de vacío. Y si el cielo se tensa en un azul sin nubes, su serenidad nos perturba todavía más, porque pareciera abismarnos a una especie de revelación inminente. Desde la ventana de su mansarda, Ana contempló los distintos verdes del paisaje, la carretera polvorienta, los tejados de las fincas cercanas, y sintió que la invadía el desasosiego. El silencio que reinaba en la casa parecía haberse apoderado del resto del mundo (Bonnett, 2001a, p. 9).

En su segunda novela, *Para otros es el cielo* (2004), la escritora anuncia lo que serán las otras que le seguirán y lo que ha sido buena parte su poesía, un eterno preguntarse por todo lo que concierne a la vida y a la muerte en sus expresiones más viscerales y de donde todo pende, en particular las relaciones conflictivas entre las parejas, entre padres e hijos, entre los individuos de una sociedad y sus instituciones, entre los ciudadanos y las ideologías políticas y/o religiosas que los manipulan, entre el yo y su otro o sus otros yoes en los que no se reconoce. Alvar, el protagonista, se pregunta en qué momento había dejado de querer a su amante furtiva, a su esposa, a sus hijos y a sí mismo, dilema que nunca logra dilucidar y lo lleva tantas veces a situaciones erráticas y al mismo suicidio. Él, al igual que su obra que nunca termina, están condenados al fracaso porque son proyectos inconclusos, como también lo son las relaciones con los otros. Alvar es la imagen proyectada de la mayoría de los personajes de la escritora que se debaten en la incertidumbre por no haber podido ser lo que querían ser ni haber realizado lo que se proponían. Algunos de esos personajes que actúan como artistas, intelectuales, profesores universitarios, burgueses de profesiones liberales, padres, madres, amas de casa, jóvenes soñadores que quieren

cambiar el mundo, se enfrentan a su propia obra —la vida— que pretenden llevar a cabo y casi todos claudican en el camino con una obra que queda esbozada. Saltamos a *Donde nadie me espere* (2018), novela que revela los intersticios del alma de un joven que ama el arte, pero cae en la indigencia para rebelarse contra una sociedad que margina a los que no se someten al *statu quo*. Desde esa perspectiva marginal observa un Estado y sociedad que han caído en la intolerancia, el resentimiento, la violencia casi gratuita. Piensa la escritora que:

[...] hay unas fuerzas tan ahogadas en el odio que yo creo que desfiguraron toda la consciencia moral de Colombia. Estamos abrumados por esta gente en el poder que hicieron de la inmediatez política el foco de todo y nos hicieron perder la visión de conjunto (Manrique, 2019, párr. 33).

La vida de la mayoría de sus personajes es como la casa de su última novela *Qué hacer con estos pedazos* (2021), en la que, por más que se intente remodelar, ella muestra fisuras por todas partes, no es lo que ayer era, tampoco es reconocible entre los escombros del presente y menos lo que se avista, porque jamás se podrá recuperar lo que era antes, tampoco los que la habitan son los que eran. En esta novela, bien ponderada por la crítica y acogida por los lectores, Bonnett vuelve sobre el drama de la vida conyugal y drama social a través de la imagen de una casa que revela su propio abandono y necesita remodelarse, pero ya nada será igual. A través de Emilia, el personaje protagonista, nos hace ver que detrás de la renovación de la cocina, que altera la rutina de la vida familiar, se dejan al descubierto todas las fisuras de las relaciones con su esposo, padre enfermo, su hermana, su hija, incluso con su empleada, su jefe y la sociedad misma en la que las mentiras y verdades van y vienen sin cortapisas. En ese universo donde todo supura y “el infierno son los otros”, epígrafe con el que se inaugura la novela de Sartre,²⁸ la cocina para renovar es el pretexto de que todo está a punto de derrumbarse, porque la comunicación entre los seres está rota o a punto de romperse. Lo que se vive dentro es apenas un pálido reflejo del mundo exterior con las protestas sociales ante una clase política y dirigente, ávida, corrupta, y una sociedad profundamente desigual sin soluciones reales a la vista para las mayorías desposeídas. Al respecto opina Bonnett que:

[...] en sociedades como la nuestra, los prejuicios de clase y el maltrato al otro se acentúan en esos mundos jerarquizados, donde el desprecio por el subalterno o por “el distinto” es frecuente. Como en el micromachismo, sus actitudes son estructurales, se han naturalizado (Caputo, 2022, párr. 23).

²⁸ Sartre trae este enunciado en su obra de teatro *A puerta cerrada* (1947), estrenada en 1944, momento en el que la vida había perdido todo valor y las relaciones entre los humanos se habían convertido en un infierno a causa de una guerra de una inhumanidad total y sin par en la historia. Esa idea de que la relación con los otros es abrir las puertas de cuanto resentimiento es posible evoca dos obras fundamentales centradas en esta misma temática y que, sin duda, conoció Bonnett en su tiempo: la película de Ingmar Bergman, *Escenas de la vida conyugal* (1973), y la obra de teatro *¿Quién teme a Virginia Woolf?* (1962) de Edward Albee.

Las piedras lanzadas contra las instituciones del Estado, que son controladas por una dirigencia corrupta y amoral, son el síntoma de que ya nada funciona y hay que renovar la casa. Así da cuenta Bonnett del conflictivo escenario social en esta novela que refleja el desastillamiento de lo que pasa al interior de cada personaje:

[...] he localizado la historia en un presente de protestas ciudadanas, de manera que las zozobras internas se corresponden con la zozobra social, con la crisis del mundo de "afuera". Las piedras de la protesta simbolizan el deseo de romper un sistema de cosas que parece inamovible. La remodelación de la cocina, con todo lo que tiene de patético, cómico y dramático, amenaza con descarrilar otro sistema, el familiar, su orden aparente, y pone en evidencia, a ojos de la protagonista, la crisis de sus relaciones afectivas [...] Intenté que el ritmo de la novela y su dinamismo fueran el resultado de ese ir y venir del tiempo muy preciso de los acontecimientos presentes, a otro, el tiempo psicológico, volátil, desordenado, arbitrario (Párr. 4).

Tampoco el mundo de Emilia y de su entorno funcionan, porque todo se está cayendo a pedazos y los lazos entre unos y otros muestran sus fisuras, engaños, simulaciones y el deterioro irremediable que llega sin avisar. Esta novela podría resumirse en la frase del cantor: "lo que un día fue no será" (Bonnett, 2002). Todo, en fin, en ese texto ha sido un fracaso de la comunicación entre la pareja, entre padres e hijos, entre hermanos, entre la familia y la sociedad. Todo no ha sido otra cosa que "una enorme equivocación" (Bonnett, 2010, p. 126). Así, mientras en la poesía la autora se revela con un verbo contenido, sugerente, elidido, en su narrativa se desfoga, coge alas para, desde arriba, desde abajo y desde dentro, abrir puertas como una Alicia en el país de las maravillas. Puertas que conducen, no a un mundo fantástico e iluminado, sino fantasmático, a laberintos sin salida, a un universo de miserias que somos los humanos y a ese "infierno tan temido"²⁹ (Bonnett, 2002) que son los otros, tal como lo expresa Bonnett:

[...] el prójimo es nuestro límite, y por eso nos afecta. Mientras más cerca está el otro, más riesgo hay de que nos constriña: el cónyuge, el padre o la madre, el hermano. Mientras más libre es el vínculo, menos nos afecta. Por eso la relación ideal es la que nos une con un amigo: una escogencia libre y también prescindible. Pero el precio que se paga por la libertad puede ser una soledad que implica esfuerzos o que cause insatisfacción, pues para algunos es sinónimo de fracaso (Caputo, 2022, párr. 31).

²⁹ Título del cuento con el mismo nombre (1967) de Juan Carlos Onetti y, a la vez, frase parodiada de "el infierno son los otros" de Sartre. Todos los personajes en la obra de Sartre, como en la de Onetti, viven en un espacio cerrado que se convierte en un infierno a medida que van confesando sus culpas, resentimientos, desconfianza de unos hacia los otros, pero se necesitan para desnudarse, castigarse y conseguir autoflagelarse. Cada uno es juez y verdugo de sí y de los otros, por eso la existencia termina siendo una condena en vida sin remisión posible.

Entre la primera y última novela, veinte años exactos, los lectores se encuentran con la que quizá más ha impactado a los lectores, *Lo que no tiene nombre* (2013) —en 2022 se aproximaba a las 20 reediciones—, en la que se observa la resiliencia de una madre ante su hijo con esquizofrenia, con quien la vida ha sido avara, pues la muerte acecha por doquier. Para ella, “es el libro más misterioso desde el punto de vista del proceso. La palabra no es tanto dolor en ese momento, sino terrible desconcierto; desconcierto con la vida, no es desconcierto de que él se matara” (Bonnett, 2002), sino un preguntarse por qué después de haber hecho hasta lo imposible por acompañar a ese hijo y remediar sus culpas y terrible sufrimiento “no pudimos detener el destino, que fue la idea que hizo generar el libro” (Manrique, párr. 26). Es difícil darle el nombre a esa cadena de fatalidades que van asediando a un joven lleno de expectativas y amante del arte hasta encerrarlo en una burbuja de ruidos ensordecedores, de tapias que aíslan, de seres fantasmáticos que lo acosan implacablemente. Tampoco tiene nombre el drama vivido por una madre que ve a ese hijo desbarrancarse sin que su mano tendida pueda alcanzarlo, sin que pueda mitigar sus penas, ni liberarlo de sus culpas que punzan a muerte. Ella, desde un rincón de su biblioteca, de su casa, de sí misma, ve a ese hijo entrar y salir como una sombra, subir y bajar por unas escalas que no conducen a ninguna parte y desde las cuales él lanza al aire palabras, gritos, silencios sin que se avizore algo a lo cual pueda atarse. Esos signos de alerta caen en el vacío y él se despeña como Ícaro hasta auto asfixiarse y involucrase en su propia tragedia, y la que desencadena entre los seres cercanos. La madre ve partir a ese hijo a un viaje sin regreso que es la búsqueda de sí mismo y este, al no poder hallarse, salvo vislumbrar las sombras goyescas que lo acosan, invoca a la felina muerte que los venía acechando desde muy temprano. Así como él lanza esos S.O.S, igual lo hace la madre, pero solo hay un eco en sordina, porque un abismo se ha interpuesto, como lo revela el final del libro:

Dani, Dani querido. Me preguntaste alguna vez si te ayudaría a llegar al final. Nunca lo dije en voz alta, pero lo pensé mil veces: sí, te ayudaría, si de ese modo evitaba tu enorme sufrimiento. Y mira, nada pude hacer. Ahora pues, he tratado de darle a tu vida, a tu muerte y a mi pena un sentido. Otros levantan monumentos, graban lápidas. Yo he vuelto a parirte, con el mismo dolor, para que vivas un poco más, para que no desaparezcas de la memoria. Y lo he hecho con palabras, porque ellas son móviles, que hablan siempre de manera distinta, no petrifican, no hacen las veces de tumba. Son la poca sangre que puedo darte, que puedo darme (Bonnett, 2013a, p. 131).

La narradora-madre pelea, así lo dice,

[...] tercamente con las palabras para tratar de bucear en el fondo de la muerte, de sacudir el agua empozada, buscando, no la verdad, que no existe, sino que los rostros que tuvo en vida [...su hijo] aparezcan en los reflejos vacilantes de la oscura superficie (Manrique, 2013, párr. 26).

La madre, aterida por el dolor, cae igualmente en su noche oscura para contentarse solo con esa sombra, con esa presencia ausente que entra y sale por aquel espacio y reconfortarse con las pocas cosas que lo habitan: su biblioteca con sus innúmeros libros que, como dice Borges (1979) de estos, “de los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro” (p. 12), porque es “una extensión de la memoria y de la imaginación (...), una de las posibilidades de felicidad que tenemos los hombres” (p. 12). *Lo que no tiene nombre* es, en fin, el ejercicio y contienda con un oficio amado, la escritura, a través del sentimiento visceral e irremisible del suicidio del hijo:

Implicó obedecer al mandato más fuerte de vocación de escritora, la prueba máxima (ante mis ojos) de que en mí la escritura es, más que un oficio, una opción de vida. Pero también una prueba mayor, porque yo no podía permitirme en ese libro nada que estuviera por fuera de mi propio credo sobre la escritura: ni la autocompasión, ni el sentimentalismo, ni la gratuidad, ni el impudor. Lo que hice fue entablar un diálogo con mi memoria, y también con mis más encontrados sentimientos. Y trabajar la materia, no como una madre desolada, sino como una escritora que busca el rigor de las palabras, que piensa en la estructura, que construye un personaje. Espero haberlo logrado (Posadas, 2015, p. 20).

Para Bonnett, los libros, su refugio, representan extensiones y resortes de lo humano, puentes que unen, fortines de lo real y de la imaginación, bálsamo que cura, esfinges que revelan, baluartes que protegen, campo solaz, abanico de seres que no atacan, ni traicionan, ni te abandonan, porque siempre están dispuestos a acompañar a los lectores cada vez que los convocan. Bonnett, poeta, narradora, inquisidora del verbo, lee el mundo y lo da a conocer, igual lee a los que le precedieron y descubre en ellos otras maneras de entender y explicar la realidad que complementa la suya. Para ella la lectura es, pues, y ante todo, placer y también reflexión y comprensión de los otros y del mundo, y nunca vía de aleccionamiento moral o ideológico. A los libros, según Bonnett, debemos llegar porque apasionan, fascinan, envician, y no por ningún tipo de mandato, así sea de buena fe, porque lastran el proceso de iniciación al universo más rico, vasto y sorprendente que puede haber. Pero el goce de la lectura tiene peldaños si se quiere llegar a su cima. Hay que saber leer y aprender a hacer silencio dentro del silencio, realizar la lectura compartida, agudizar los sentidos para que el texto hable y retorne siempre al espíritu de lo clásico y a la vez de la modernidad. Hay que aprender a leer entre líneas acezando el goce. En definitiva, la literatura permite conocer la naturaleza humana y, por tanto, ayuda a comprenderla. La producción literaria de Piedad Bonnett es, sin lugar a duda, un desafío a todos los modos del mal y formas de muerte que asedian la condición del hombre; es un homenaje al arte de la palabra, porque para ella “escribir es sustituir, sublimar, poner en orden, descubrir; es una hermosa, aunque difícil, manera de ir

viviendo. Pero es también, como lo dijo García Márquez, una manera de que nos quieran más” (Bonnett, 2004b, p. 102). En muchos de sus libros se observa que, al comienzo de la vida de sus personajes y la relación entre ellos, al igual que el proceso de iniciación a algún proyecto, la vida se muestra como un vasto y abierto horizonte que se desea atrapar para siempre, pero luego llegan la rutina, los conflictos, las contradicciones, el sentimiento de fracaso, la acción repetida, el sopor que aliena, el mismo canto, la insoportable levedad de ser. Es lo que Alvar, en *Para otros es el cielo*, se cuestiona ante la relación con su amante y con su esposa o, más bien, con esas ilusiones perdidas que son los otros y él mismo.

En los primeros años se ama, por lo general, al otro, o se cree que se lo ama, de una manera ciega, pensando en que esa es la única y verdadera opción, hasta que llega el tedio o el desinterés o a menudo la repulsión y el odio; pero si en ese momento el hombre no deja a la mujer —y esto es lo que casi siempre ocurre, porque es difícil dejar a una esposa que al fin y al cabo es compañía y nos da hijos y piensa en pequeños detalles en los que uno no está dispuesto a pensar—, entonces ya no se la puede dejar porque viene una dependencia atroz, una necesidad que solo es mayor que la misma rabia impaciente que ella nos causa (Bonnett, 2004a, p. 117).

En medio de todos esos seres desolados de la novelista, los únicos personajes que de alguna manera se imponen son los femeninos por el firme carácter de que están impregnados, aun desde niñas, como en *El prestigio de la belleza* (2010). Este es el libro de la infancia y de la adolescencia, de la iniciación a la vida llena de los prejuicios sociales, morales, religiosos, educativos. La belleza aparente es la marca de distinción para sobrevivir, pero cuando no se la tiene, como ocurre con la protagonista, la vida se vuelve una eterna pesadilla y, a la vez, de desafío para sobrevivirla y sobrepasarla. Es una novela en la que la protagonista “habla de sí misma, de sus dos yoos, los cuales exhibía según necesidad o, mejor dicho, uno se lo quedaba para ella misma y el otro para los demás” (Sevo, 2018, p. 135). Los personajes femeninos de esta y otras novelas, a pesar de circunstancias adversas, se niegan a someterse ante un sistema patriarcal fundado siempre desde arriba donde habita todo tipo de pantócratores; se resisten ante el poder falocrático que reina por doquier explícita o tácitamente, o en el gesto expresado o en la mueca simulada, en las palabras dichas o las sobrentendidas. Pero, precisamente por la presencia totalizante de ese estatus quo social y moral que aflora sin contención alguna, esas mujeres deben, con la fuerza que las caracteriza la autora, sostenerse y cargar, no solo con sus culpas y sus miedos, sino también con los de sus hijos y otros seres cercanos. Pero ellas no tienen, al final de sus historias, lecciones de moral que dar a nadie, ni tesis que proponer a los lectores, ni escapes con salida, solo les queda un vivir sin remedio y, eso sí, bajo un permanente auto cuestionarse. Es mediante ese preguntarse siempre que se afirman, se niegan y se apropian de su voz, de su cuerpo, de sus emociones, de sus proyectos de vida, así sean lastrados y sin

otros mediadores, salvo la mano tendida de otras mujeres. Si otros pueden imaginar el cielo que les han prometido, para ellas no hay más cielo que el presente que hay que peleárselo a diario sin pausa ni treguas, porque se lleva el lastre de una historia humana construida por los hombres y para los hombres, donde la única prerrogativa que han tenido es la de ser sombras de otras sombras dominantes. Pero las mujeres de sus obras, tal como ella bien lo señala, son “de carne y hueso: a veces valientes, a veces cobardes, imperiosas, frágiles, tercas, vanidosas, ambiciosas, dulces, crueles, soñadoras o insatisfechas” (Bonnett, 2002). Sean hombres o mujeres sus personajes, unos y otros se hermanan:

[...] en torno al misterio de la existencia: a todos nos sobrecoge por igual la posibilidad de la muerte, el amor, la temblorosa constatación de los ciclos, de la belleza, de la maldad y la violencia. Y si algo pretende un escritor es poder penetrar la naturaleza humana, sin barreras (Bonnett, 2008a, p. 71).

La veintena o más libros publicados por Bonnett, fruto del aliento y agonía personal, y de lecturas y relecturas que tanto le apasionan, no hacen más que confirmar una manera singular de ver el mundo y de apropiárselo. Esos textos, más los que vendrán luego, revelan una voz auténtica que da cuenta de las múltiples fracturas de su sociedad y los desarraigos de los seres que la habitan; de grietas que dejan ver el desfondamiento inevitable de una sociedad al borde del despeñadero; de espectros de almas desgarradas, asediadas por las frustraciones, por los equívocos de la vida, por ideales que terminan siendo solo eso, utopías; de cicatrices que no sanan, pero tienen algo de bello, observadas por doquier en sus poemas, explayadas en cada verso, en cada línea de su escritura, porque, como bien lo confiesa:

No hay cicatriz, por brutal que parezca,/ que no encierre belleza./ Una historia puntual se cuenta en ella,/ algún dolor. Pero también su fin./ Las cicatrices, pues, son las costuras/ de la memoria/ un remate perfecto que nos sana/ dañándonos. La forma/ que el tiempo encuentra/ de que no olvidemos las heridas (Bonnett, 2011, p. 9).

En ella no hay paliativo ni bálsamo que mengüe ese punzante dolor de ver todo desmoronarse como la casa de la infancia y, con ella, esa etapa primera de paraíso perdido y luego las moradas del presente: de la vejez, de la enfermedad, de la apatía, de la desidia, del resentimiento, pasando por la casa que habitaba el hijo y fue desastillando por dentro hasta esfumarse en el vacío sin tiempo ni espacio, dejando a una madre huérfana y una llaga abierta e incicatrizable en el corazón. Ese figonear y trashumar de la madre-escritora por los hilos de vida que fue tejiendo y destejiendo su hijo Daniel es una punzada certera para que su obra, tanto poética como narrativa, adquiera la intensidad y expresión formal deseada y, con esto, despeje el camino de los otros textos-pálpitos que vendrán, tal como ella misma lo expresa:

No sólo la muerte de mi hijo cambió mi voz, sino su enfermedad, que vivimos con una tristeza infinita. Mi poesía se hizo más reconcentrada, creo, más escueta y algo sentenciosa. Escribir sobre la pérdida no cura, pero sí alivia, porque la escritura es compensatoria, una ilusión de recuperación (Azancot, 2022, párr. 8).

Tanto en su poesía como en la narrativa, la escritora no fuerza a que se aligere ese fardo que doblega, pero de esa acerba situación nace la unidad de la forma, la fuerza del canto que reivindica lo humano cotidiano casi hasta hacerlo trascendente, porque en su universo y personajes nos vemos reflejados. Todo en ella tiene un aliento poético singular, incluso en su prosa intensa por la que ahora se aventura y quisiera que no terminara, porque aún le faltan muchas cosas por pensar y decir:

[...] lo que pido es tener vida para todo lo que quiero hacer. Porque mis metas son con la literatura misma. Me siento muy plena en este momento de la vida, me han pasado muchas cosas buenas, pero quiero todavía hacer muchas otras cosas, tengo muchos proyectos, quisiera tener tiempo para desarrollarlos (Escobar Mesa, 2003, p. 158).

Mirándose a sí misma a través de los escritores que la iluminan en la construcción de su propio horizonte, Piedad Bonnett no ha dejado un instante de pensar y repensar la sociedad de su tiempo manteniendo siempre una postura crítica. Ella cumple el papel del intelectual, tal como lo define el escritor Václav Havel —que comparte la escritora—: “debe perturbar constantemente, dar testimonio de las miserias del mundo, provocar manteniéndose independiente, rebelarse contra las presiones ocultas y abiertas, ser el primer escéptico respecto de los sistemas, del poder y las seducciones, atestiguar sobre todas sus mendacidades” (Bonnett, 2022, párr. 3). En fin, como hemos intentado mostrar en este ensayo, para Piedad Bonnett la escritura literaria es un oficio apasionante y exigente, porque él mismo impone lo que debe hacerse, muestra sus expectativas, límites y:

[...] traza sus caminos. Decide qué borra, qué corrige, cuándo su trabajo está terminado. Ahí reside su privilegio y su tortura: hace lo que quiere en un mundo en el que la mayoría de las personas trabaja de manera obligada, con miras a la supervivencia y, muchas veces, en cosas que no le gustan. Pero al elegir ese camino de autodeterminación se atiene a las consecuencias: puesto que ya hace mucho no sólo desaparecieron los mecenas, sino que el poeta perdió el aura [...] y debe, generalmente, subsistir por medio de un oficio paralelo, que le roba las horas; en la escritura busca goce, y a menudo lo obtiene, pero el camino suele ser tortuoso y desasosegante. Está obligado a ser siempre el mismo y también otro, a desdoblarse, a inventarse cada vez. Y, poseído por una idea, o por la fuerza de una historia o de una forma que se le impone, lo que lo mueve es el proceso, no el resultado: cuando logra su objetivo, se olvida de él, ya no le interesa (Bonnett, 2008a, p. 69).

Nada mejor que terminar este ensayo con el poema “De los mil usos posibles del poema” (Bonnett, 2002), aparecido hace casi treinta años, en el que la poeta da cuenta de lo que un poema, cosa comercialmente inútil, revela al oído atento de los lectores, es decir, los “mil usos posibles” para el espíritu. Es, sin duda, un “extraño artefacto” que resulta peligroso para los autócratas, burócratas, tecnócratas, los aferrados al poder y otros por el estilo, porque son ajenos a los ruidos del corazón. Este poema de *El hilo de los días* (Bonnett, 1995, p. 73) compendia todo lo que representa el arte de la creación para una poeta y narradora comprometida y convencida de lo que pueden el arte y reinos de las palabras para los lectores ávidos de ellas:

De los mil usos posibles del poema

Se ha convenido ya —todo el mundo así opina—
 en que es enteramente inútil el poema.
 Y sin embargo, hay momentos en que aun sin saberlo
 el poema se llena de amor y es esa carta
 de reconciliación que nunca escribiremos.
 O es ese puente de ventana a ventana que pasamos
 con el alma encogida, deseando el vacío.
 Manopla, salvavidas, aeroplano
 que nos permite contemplar olímpicos
 el trasegar sin fin de tantas gentes
 tristes de haber nacido y tristes de ir muriendo.
 (A veces, desde arriba nos miramos
 pasar alucinados y sombríos).
 El poema es también tirabuzón,
 anzuelo que se tira en viejas aguas.
 Máquina de hacer pompas de jabón.
 Es vendaje, es compresa, es sanguijuela
 que extrae los venenos de la sangre.
 Juguete de latón. Consolador de viudas.
 Monstruo de mil cabezas, matita que sembramos
 en medio del jardín, conjuro mágico,
 bisturí, cuerda floja, cobertizo.
 Estos apenas son algunos de los muchos,
 los incontables usos del poema,
 ese extraño artefacto que circula
 en forma clandestina y peligrosa
 en nuestros territorios.
 Esté alerta.

BIBLIOGRAFÍA RESUMIDA DE PIEDAD BONNETT

- (1988). *Noche de epifanía de Shakespeare*. Teatro Libre de Bogotá.
- (1989). *De círculo y ceniza*. Ediciones Uniandes.
- (1991a). *Gato por liebre*. Teatro Libre de Bogotá.
- (1991b). *El cuervo* de Edgar Allan Poe (traducción). Teatro Libre de Bogotá.
- (1994). *Nadie en casa*. Fundación Simón y Lola Gubereck.
- (1995). *El hilo de los días*. Colcultura. (Premio Nacional de Poesía de Colcultura de 1994)
- (1996). *Ese animal triste*. Editorial Norma.
- (1997). *Que muerde el aire afuera*. Teatro Libre de Bogotá.
- (1998a). *Antología*. Universidad Nacional.
- (1998b). *No es más que la vida*. Antología poética. Arango Editores.
- (1998c). *Todos los amantes son guerreros*. Grupo Editorial Norma.
- (2001a). *Después de todo*. Alfaguara.
- (2001b). *Sanseacabó*. Teatro Libre de Bogotá.
- (2002). "De la literatura por deber y otras aberraciones". En A. Escobar Mesa (comp.), *La pasión de leer* (pp. 20-33). Universidad de Antioquia-Comfama.
- (2003a). *Imaginación y oficio: conversaciones con seis poetas colombianos*. Editorial Universidad de Antioquia.
- (2003b). *Lo demás es silencio: antología poética*. Editorial Hiperión.
- (2004a). *Para otros es el cielo*. Alfaguara.
- (2004b). *Las tretas del débil*. Editorial Nomos.
- (2004c). Con un lápiz en la mano. En A. Escobar Mesa, *Mujeres al pie de la letra* (pp. 91-104). Comfama.
- (2007a). *Siempre fue invierno*. Alfaguara.
- (2007b). *El hilo de los días*. Comfama-Metro de Medellín.
- (2008a). *Los privilegios del olvido*. Fondo de Cultura Económica.
- (2008b). *Las herencias*. Visor Libros.
- (2010). *El prestigio de la belleza*. Alfaguara.
- (Julio de 2010). Piedad Bonnett. En *Prometeo. Revista Latinoamericana de Poesía* (pp. 86-87). https://www.festivaldepoesiademedellin.org/es/Revista/ultimas_ediciones/86_87/bonnett.html
- (2011). *Explicaciones no pedidas*. Visor Libros (XI Premio Casa de América de Poesía Americana de 2011 y Premio de Poesía José Lezama Lima de 2014).
- (2012a) y Ospina, L. Daniel Segura Bonnett (1983-2011). *Dibujos, pinturas y grabados*. Edición conmemorativa.
- (2012b). *Fouci fauto. Antología de poemas en italiano*. Forme libere.
- (2013a). *Lo que no tiene nombre*. Alfaguara.
- (2013b). *Poemas de amor*. Frailejón Editores.
- (2015). *Poesía reunida*. Editorial Lumen.
- (2017). *Los habitados*. Visor Libros (Premio de Poesía "Generación del 27" de 2016)
- (2018a). *Donde nadie me espere*. Alfaguara.
- (2018b). *En caso de emergencia*. Ministerio de Cultura de Colombia.
- (2021). *Qué hacer con estos pedazos*. Alfaguara.
- (Junio 12 de 2022). Los intelectuales y el poder. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/piedad-bonnett/los-intelectuales-y-el-poder/>

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Azancot, N. (febrero 28 de 2022). Piedad Bonnett: 'No quisiera morir, me espera un gran libro', *elcultural.com*. https://www.elespanol.com/el-cultural/letras/20220228/piedad-bonnett-no-quisiera-morir-espera-libro/652685144_0.html
- Borges, J. L. (1977). *Obra poética (1923-1976)*. Alianza Tres/Emecé.
- Borges, J. L. (1979). *Borges oral*. Akhenaton.
- Caputo, G. (17 de enero 2022). Piedad Bonnett y una casa a punto de caer. En *El Tiempo; Lecturas Dominicales*.
- Escobar Mesa, A. (2002). Entrevista personal a Piedad Bonnett.
- Escobar Mesa, A. (2003). Piedad Bonnett: tras las huellas del animal triste. En *Cuatro naufragos de la palabra: diálogo compartido con Héctor Abad Faciolince, Arturo Alape, Piedad Bonnett, Armando Romero* (pp. 119-161). Universidad Eafit.
- García Márquez, G. (2007). *Cien años de soledad*. Ediciones Norma / Real Academia Española de la Lengua.
- Hobsbawm, E. (1968). *Rebeldes primitivos*. Ariel.
- Manrique Sabogal, W. (septiembre 30 de 2013). Piedad Bonnett: autorretrato del dolor inabarcable. En *El País*. https://elpais.com/cultura/2013/09/29/actualidad/1380480523_369538.html
- Manrique Sabogal, W. (agosto 30 de 2019). Piedad Bonnett: 'La postergación de hacer lo que realmente se quiere en la vida es dolorosa'. En *wmagazin.com* <https://wmagazin.com/piedad-bonnett-en-colombia-hay-fuerzas-del-odio-y-la-resistencia-desde-dentro-cuyo-resultado-es-un-pais-cansado/#:~:text=Eso%20de%20la%20postergaci%C3%B3n%20de,convierto%20en%20una%20causa%2C%20digamos...>
- Martínez Simanca, A. (2004). *Simón Latino y la librería La Gran Colombia*. Instituto Distrital de Cultura y Turismo-Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Melo, J. O. (1999). *Credencial Historia*, (110). <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-110/alegria-de-leer>
- Méndez, M. G. (febrero de 2019). Piedad Bonnett, 'Yo escribía poesía casi para respirar'. En *Tiempo Libre*, (62). <https://www.bienestarcolsanitas.com/articulo/piedad-bonnett.html>
- Muñoz Bravo, J. O. (enero-diciembre de 2013). La alegría de leer. Técnica original del educador Manuel Agustín Ordóñez Bolaños. *Revista Historia de la Educación Colombiana*, 16(16), 119-139.
- Posadas, C. (20 de septiembre de 2015). La herencia como herida y luz: entrevista a Piedad Bonnett. *Tiempo en la casa*. Universidad Autónoma Metropolitana, (20), 3-20.
- Quintana, E. (1938). *Alegria de leer. Es nuestro libro de lectura. Libro primero*. Peuser.
- Romero Carbonell, M. (2020). *La poesía de Piedad Bonnett. Dentro y fuera del laberinto*. Verbum.
- Ronderos, C. E. (1996). Reencuentro con *De círculo y ceniza*. En Bonnett, P. *De círculo y ceniza* (pp. vii-xii). Ediciones Uniandes.
- Sevo, S. (2018). *Nuevas voces femeninas en la narrativa colombiana* [Tesis doctoral, Universidad de Sevilla].
- Zabalbeascoa, A. (enero 8 de 2019). Piedad Bonnett: Escribir desde las tripas es algo femenino. En *El País*. https://elpais.com/elpais/2018/12/27/eps/1545933017_588470.html#

AUGUSTO ESCOBAR MESA

Doctor en Letras Iberoamericanas de la Universidad de Bordeaux III-Francia. Docente de la Universidad de Montreal-Canadá. Miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua.
Correo electrónico: ramon.augusto.escobar@umontreal.ca

Fotografía: León Cardona.
Nota. Archivo personal del compositor.
Colaboración de Luis Carlos Rodríguez Álvarez.



Una aproximación a las músicas del Nordeste antioqueño¹

En memoria de León Cardona (10 de agosto de 1927 - 3 de diciembre de 2023)

Tulio Elí Chinchilla Herrera
Universidad de Antioquia

Luis Carlos Rodríguez Álvarez
Universidad de Antioquia



Encuentra aquí una lista de reproducción de YouTube con las
canciones que se mencionan en este artículo
<https://bit.ly/49B5lpH>

INTRODUCCIÓN

Así como en diversos aspectos temáticos que se abordan en este libro, el Nordeste antioqueño es una zona de gran diversidad en cuanto a expresiones musicales. Es necesario que, siguiendo las nuevas tendencias de los estudios musicográficos,

¹ Versión escrita a cuatro manos de la charla virtual ofrecida por los autores en el encuentro virtual: "Letras y Músicas del Nordeste", realizado el viernes 27 de agosto de 2021, organizado por la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia, en el marco del Programa Memorias y archivos literarios. *Literaturas y culturas de Antioquia*, Proyecto Literaturas y culturas del Nordeste. Agradecemos al profesor Eduardo Domínguez Gómez las tareas de lector, revisor, corrector y editor de esta colaboración.

para este artículo debamos hablar de *músicas* —en plural— y no de *música* —en singular—.

Y partiendo de una mirada que pretende ser incluyente, abordaremos el tema hablando desde los llamados “géneros menores”,² tradicionales, de mayor arraigo entre los sectores más humildes, campesinos, rurales y pueblerinos, muchos de ellos conservados y transmitidos en forma oral de generación en generación, las llamadas músicas *guasca*, *carrilera*, *guascarrilera*, *montañera*, y hoy simplemente *popular*, interpretadas en duetos, tríos y pequeñas agrupaciones de cuerdas y algunas percusiones, hasta las obras académicas, quizás más selectas y exigentes en lo artístico y con una alta condición estética, la gran mayoría conservada en partituras —como sonatas, suites, fantasías, tocatas o piezas de salón—, interpretadas en piano, grupos de cámara, orquestas y bandas sinfónicas, pasando por las múltiples versiones de agrupación musical —como estudiantinas, orquestas, ensambles o bandas de música—.

Así como en la historia de la literatura y en la de las artes plásticas, la historia de las expresiones musicales de esta subregión va de la mano de sus creadores, autores o compositores y sus innumerables cultores e intérpretes. En este capítulo —que es apenas una aproximación al tema, de suyo sumamente amplio—, trataremos de conocer algunos de los primeros, los más conocidos y memorables. Describiremos los rasgos generales de las vidas y las obras de quienes pudieron construir un colectivo o grupo muy variado pero representativo de esos artistas, que desde lo más íntimo de su ser han llevado la música del Nordeste a todo el departamento y el país.

LAS MÚSICAS

Se puede decir que, desde tiempos coloniales, el Nordeste antioqueño, cruzado por el río Porce, es una zona de tránsito, del centro y la capital del departamento hacia las subregiones del Bajo Cauca y del Magdalena Medio, y por estas tres vías fluviales ha tenido siempre comunicación con el litoral Caribe colombiano. De ahí que las músicas caribeñas vinieran de la costa por estos ríos.

Conocer o rastrear esta historia no solo permite hacer reminiscencias, sino entender y comprender el devenir de los procesos musicales en cada una de las diez municipalidades del Nordeste antioqueño, sus animadores o gestores, y sus intérpretes de varias generaciones, desde los abuelos hasta los nietos. Procesos

² Término acuñado en la academia, no confundir con los enfrentados de “cultura clásica o mayor” y “cultura popular o menor”, polémica que dejaron saldada Umberto Eco, en su obra *Apocalípticos e integrados en la cultura de masas* (1965) y Estela Ocampo, en *Apolo y la máscara. La estética occidental frente a las prácticas artísticas de otras culturas* (1985).

que integran desde solistas, dúos, tríos y cuartetos, hasta orquestas, estudiantinas y bandas de más de 20 integrantes.

Muchos géneros de los que hoy forman el grueso grupo de la quizás mal llamada “música popular”, carrilera, guasca, montañera y campesina,³ y aunque parezca inverosímil, tienen origen extranjero e influencia foránea, así: los corridos, las rancheras, los huapangos y otros ritmos interpretados por mariachis vienen de México; los valeses y los pasillos, de Ecuador; los tangos, las milongas, las cuecas y las zambas, de Argentina y Chile. Todas estas músicas llegaron en las primeras décadas del siglo xx desde Medellín hasta Cisneros por la vía del ferrocarril —por ello el epíteto de *carrilera*—, y de allí, por caminos de herradura, al resto de los municipios del Nordeste y también a otras regiones del departamento. Desde luego que en estas montañas antioqueñas recibieron también aportes y versiones propias de la región, por lo que técnicamente deben ser consideradas como *híbridas*.

Las bandas de pueblo o bandas de música se convirtieron, desde principios del siglo xx, en verdaderas escuelas de la práctica artística, y fueron intérpretes de ritmos o aires nacionales colombianos, procedentes de las montañas andinas —pasillos, bambucos, torbellinos, guabinas—, de las costas caribeñas —porros, cumbias, gaitas—, y de otros países —valeses, gavotas, polkas, chotises, danzas, marchas, pasodobles—.

SEMBLANZA DE UNA MUTACIÓN SONORA

Para explorar las *vuelatas antioqueñas* y el *chotís* en la música popular del Nordeste antioqueño, como orígenes de la canción parrandera y guasca festiva paisa, proponemos los siguientes planteamientos:

- La abundante y rica tradición musical popular de la región del Nordeste antioqueño, especialmente las *vuelatas antioqueñas* y el *chotís* en los siglos xviii, xix y las tres primeras décadas del siglo xx, fue mutándose para dar origen a la música parrandera paisa y la guasca festiva, como expresiones culturales populares actuales.
- Toda esta música popular actual denominada *parrandera paisa* o *guasca paisa* hace parte —son derivas— de un caudal mayor de cultura musical popular que se origina en aires europeos entretreídos con las tradiciones negras en un mulataje cultural. A esta gran familia musical pertenecen también el pasillo fiestero, la rumba criolla, el merengue andino, la carranguera, expresiones

³ Dos estudiosos del tema y sus libros son: Miguel Ángel López Botero (1985), *Música de Carrilera. Canciones, historia y comentarios*, Galaxia Impresores; y Alberto Burgos Herrera (2006), *Música del pueblo pueblo (1950-1980)*, Editorial Lealon, y *La música parrandera paisa* (2000), Editorial Lealon.

sonoras estas que se entrelazan recíprocamente y reciben la influencia de aires caribes, sobre todo en zonas como el Nordeste antioqueño por su conexión geográfico-cultural con regiones costeras.

Canción *El triqui traque*. Grupo de Occidente (2021).

Canción *Múevalo bueno*. Grupo de Occidente. Discos Victoria (1977).

Canción *El aguardientero*. Los trovadores del Recuerdo. (1953). Sello: SILVER-Música Parrandera Paisa de Colombia

LAS HIPÓTESIS Y SU FUNDAMENTACIÓN

Estas hipótesis sobre la mutación de las vueltas antioqueñas (entre ellas las vueltas de Remedios) y del chotís en lo que hoy conocemos como parrandera paisa puede demostrarse así:

- a. Datos referenciados en piezas literarias y documentos historiográficos ofrecen sucintas pero dicientes descripciones de aquellos antiguos aires y su profundo arraigo en el Nordeste antioqueño, especialmente en la población negra y mestiza dedicada a la minería y el cultivo de caña. Tanto las vueltas —y su variable, la redova— como el chotís eran la músicaailable que hacía las delicias en fiestas familiares, jolgorios y fiestas populares. Tal información permite imaginar —no más que imaginar— cómo pudieron sonar aquellos aires desde finales del siglo XVIII y hasta la segunda década del siglo XX. Es el caso de la novela *La Marquesa de Yolombó* (1928), de Tomás Carrasquilla, y su vívida referencia a las vueltas.
- b. Contamos con algunos documentos sonoros recogidos de manera informal mediante grabaciones *insitu* durante los años sesenta, setenta y ochenta del siglo XX por investigadores folcloristas en veredas de Antioquia —*verbi gracia*, la vereda San Andrés de Girardota—, gracias a los cuales se han podido recuperar vestigios de aquellas músicas ancestrales. Y aunque muy probablemente tales versiones acusan la inevitable influencia de la fonografía industrial desde los años cincuenta del siglo XX, conservan una esencia que nos permite apreciar la íntima cercanía de las vueltas y el chotís con la música parrandera actual.
- c. Un ejercicio de comparación sonora entre las estructuras rítmicas —tipos de compás, acentos o *beat*— y las secuencias melódico-armónicas de aquellas canciones populares antiguas y las actuales parranderas muestra la innegable y perfecta continuidad entre unas y otras. Este experimento de laboratorio, de análisis técnico-musical, permite afirmar que, en esencia, tales expresiones sonoras son lo mismo, ambas conforman una misma música, solo que en diferentes versiones y gustos —*swing* y *feeling*— e instrumentación. También se constata la inicial recepción y adaptación popular de músicas de procedencia europea —caso del chotís, inicialmente baile elegante de salón—, a las cuales

se va incorporando paulatinamente la percusión tropical —cucharas, raspa, bongó—. La influencia de aires costeños a partir de 1938 con la fonografía era inevitable y se dio, pero solo como un matiz menor a la esencia de los ritmos paisas de sabor montañero andino. De allí que la parrandera paisa no pueda clasificarse como música caribe ni tenga sus acentos, es música andina tropical, montañera.

Infortunadamente, no sabemos cómo sonaba exactamente esa música popular en los siglos XIX y principios del siglo XX, dado que no hay partituras o anotaciones cifradas que nos digan con precisión la métrica —la forma de los compases, si eran binarios o ternarios—, las tonalidades más utilizadas —mayores o menores— de esas canciones, ni a qué velocidad —*tempo*— las ejecutaban. Solo se cuenta con muestras folclóricas que sobreviven en ciertas comunidades rurales, desde luego modificadas por influencias de la fonografía comercial. Tal vacío hace más difícil una verificación rigurosa de las hipótesis formuladas en este ensayo. Solo son hipótesis, pero cuando indagamos sobre los aires que escuchaba y bailaba la gente del común en los dos siglos anteriores, el Nordeste musical ofrece algunas pistas para considerar su validez.

LAS VUELTAS EN SU ORIGEN

Las vueltas fueron la delicia musical y danzarina de toda esa región, especialmente de Yolombó, Remedios y Zaragoza. De esto da cuenta Tomás Carrasquilla al describir el ambiente cultural del Nordeste en un pasaje muy citado de *La Marquesa de Yolombó*. Dice el maestro, coreógrafo e investigador de las danzas colombianas, Alberto Londoño:

El baile de las vueltas comenzó a surgir en Antioquia por los años de 1750 y para entonces los aires y los bailes españoles se iban mezclando con los africanos. Dentro del contexto tradicional las vueltas fueron un baile popular de pareja suelta, su espacio, las fiestas familiares, de fondas de arrieros y de los llamados bailes de *garrote*, en donde el común de las gentes se divertía bailando o viendo bailar a quienes se atrevieron interpretar las vueltas (Londoño, 2014, p. 2, énfasis en el original).

Según historiadores de la cultura, aquellas vueltas producían paroxismo en los campesinos en bailes de fondas y casas de campo, bajo el grito: “¡Las vueltas a todo taco!” (Gaviria Giraldo, 2020).

Es plausible la tesis según la cual inicialmente las vueltas surgieron a partir del ritmo de vals europeo de salón, o como mutación sonora de otro ritmo ternario español elegante con compás de 3/4, que fue adaptado o “criollizado”, volviéndose

ritmo rápido o acelerado. Para algunos historiadores de la música colombiana, al pasillo rápido o fiestero le pudo suceder algo parecido: es un vals europeo que sufre aceleración rítmica cuando el pueblo lo asimiló como propio —tesis esta que puede ser discutible técnicamente— (Gaviria Giraldo, 2016).

Canción *Vueltas de Marucha* o *El Conejo*. Juan Gaviria (2016).

Canción *Vueltas de Remedios*. Grupo Aires de San Andrés. Nancy Serna (2022).

MUTACIÓN DE LAS VUELTAS HACIA LA PARRANDERA

1. Nuestra primera hipótesis da cuenta de una evolución del ritmo vueltas antioqueñas hacia la modalidad de música “guasca” festiva o parrandera que hoy se interpreta en ritmo de merengue paisa y que se estructura rítmicamente con un compás ternario de 3/4. Este aire tan popular y ligado estrechamente a todo lo que hoy suene a festivo va surgiendo desde la tercera década del siglo xx por mutación del ritmo conocido como vueltas o vueltas antioqueñas, que era la música omnipresente en todo jolgorio pueblerino o campesino desde finales del siglo xviii, disfrutada durante el siglo xix y primeras décadas del siglo xx en el Nordeste antioqueño, especialmente en la zona de Remedios —vueltas remedianas— y Zaragoza y expandidas luego con entusiasta asimilación hasta las veredas de Girardota. Puede demostrarse la perfecta continuidad entre uno y otro aire musical. En ambos, el formato rítmico de compás de 3/4 con acentuación del primer tiempo es muy cercano al pasillo rápido o pasillo festivo de sabor popular —distinto al pasillo académico—. Excepcionalmente se conocen algunas muestras actuales de vueltas antioqueñas en compás de 6/8, tipo bambuco viejo o currulao, tal vez por haber recibido influencias de la música negra del Pacífico de compás ternario.
2. Históricamente las vueltas son música puramente instrumental, pero muy posteriormente, tal vez hacia principios o mediados del siglo xx, se les insertaron coplas de contenido pícaro y de doble sentido. La muestra conservada se conoce como *Vueltas de Marucha* o *Del Conejo*, cantada con texto insinuante: “Oye Marucha, dame el conejo/ aquí te lo pongo, aquí te lo dejo”. A la instrumentación inicial de tiple, guitarra y bandola se fue agregando la percusión de *raspa* o guacharaca, pero muy probablemente se pudo haber acompañado antes con cucharas —como en el pasillo rápido—. Cuando a una melodía de vueltas se le une la raspa, se muta automáticamente en parrandera de compás ternario de 3/4 (excepcionalmente de 6/8 partido).⁴

⁴ Las vueltas del Nordeste que mejor se conservan son las *Vueltas de Remedios*, las podemos apreciar en la grabación del *Grupo Aires del Campo*, de la vereda San Andrés de Girardota, como recopilación del Grupo de Investigación Valores Musicales Regionales, de la Universidad de Antioquia en 2005.

En un ejercicio técnico-musical, tomando como muestra una de las canciones parranderas más tradicionales de los años cuarenta del siglo xx y que hoy se recuerda: *El corrosco*, se aprecia nítidamente que su estructura rítmica —compás y acento— y fraseo melódico en nada se diferencia de las canciones en aire de vuelta tales como la de *Marucha*, *El Conejo* o *Vueltas de Remedios*. En las siguientes partituras se transcribe cómo sonaban las vueltas, pero insertándole, como adición a la melodía, un acompañamiento rítmico de raspa o güiro que lo convierte en una canción parrandera de compás ternario (3/4). En la siguiente partitura se muestran dos formas de acompañamiento de raspa posibles, uno muy cercano al pasillo fiestero y otro de música parrandera con alguna influencia del merengue costeño.

Las vueltas antioqueñas

The musical score for 'Las vueltas antioqueñas' is presented in three staves. The top staff, labeled 'Melodía', is in treble clef and 3/4 time, showing a melodic line with eighth and quarter notes. The middle staff, labeled 'Güiro 1', is in bass clef and 3/4 time, featuring a rhythmic pattern of eighth notes with accents. The bottom staff, labeled 'Güiro 2', is also in bass clef and 3/4 time, showing a different rhythmic pattern for the güiro accompaniment.

Nota. Adaptación a partitura de Tulio Chinchilla y Pilar Solano

El Corrosco

The musical score for 'El Corrosco' consists of two staves. The top staff, labeled 'Melodía', is in treble clef and 3/4 time, showing a melodic line with eighth and quarter notes. The bottom staff, labeled 'Raspa', is in bass clef and 3/4 time, featuring a rhythmic pattern of eighth notes with accents, characteristic of the raspa accompaniment.

Nota. Adaptación a partitura de Tulio Chinchilla y Pilar Solano

Canción *El corrosco*. Grupo Los relicarios (2021)

Canciones *Las vueltas de Marucha* o *El conejo* y *El corrosco* como una sola. Tulio Chinchilla (2022).

En ambas partituras se puede apreciar que el acompañamiento de raspa —muy sintonizado con el tiple— va acentuando el primer tiempo del compás de 3/4 y la primera semicorchea de cada una de las dos galopas —grupo integrado por tres notas— del acompañamiento en cada compás. Acentuación rítmica esta que se diferencia notablemente de la acentuación propia de la música costeña de ritmo ternario, *verbi gracia*, el acompañamiento de guacharaca en la popular canción decembrina *La víspera de año nuevo* de Guillermo Buitrago o *Las mujeres a mí no me*

quieren del mismo intérprete. El sabor, gusto o *swing* de la parrandera es nítidamente diferente a la costeña de compás ternario —casi siempre en 3/4—, como el merengue y la puya vallenata. En la parrandera, la raspa, carraca o guacharaca suena arrastrada fuertemente en el golpe del tiempo fuerte del compás, con sabor arrastrado en ese tiempo, en tanto que en la costeña suena una raspa picada o con golpe seco con acentuación intensa del tiempo débil del compás y suave acentuación del tiempo fuerte del compás. En el merengue vallenato, incluido el de Buitrago, se acentúa la última corchea de cada una de las dos galopas que estructuran el acompañamiento en cada compás. De allí que la parrandera es, entonces, música tropical montañera, no caribe. En cuanto al canto *El corrosco*, la letra tiene la picardía característica de la guasca antioqueña: “A que te cojo el corrosco/ a que no me lo cogés/ y pa’ qué me lo escondés/ si yo ya te lo conozco”.

Este experimento musical puede también aplicarse tanto a la ya clásica canción parrandera *Quisiera ser el diablo*, muy popular desde los años cincuenta del siglo xx, como también en la muy actual *Carrataplán* de Gildardo Montoya —adaptación de la letra a una canción popular anónima de los años cincuenta del siglo xx—. El acompañamiento de raspa con acento en el primer tiempo del compás —y no tanto en el último como en el merengue costeño— es nítido y destacado en las grabaciones del Grupo Occidente de los años cincuenta y sesenta del siglo xx, aunque luego se va desdibujando en las de las décadas posteriores que asimilan la influencia apabullante de la fonografía costeña. En las grabaciones de la industria fonográfica desde los años cincuenta del mismo siglo la percusión caribe —bongó, maracas, cencerro— está presente casi siempre en los porros y rumbas paisas y en los merengues montañeros o guascas, pero con acento rítmico innegablemente andino de poca asimilación entre músicos costeños.

Diferencias rítmicas de la raspa en parrandera paisa y música costeña. Tulio Chinchilla (2022).

EL CHOTÍS, SIOTIS O SHIOTIS

Palabra que proviene de la voz *Schottisch*, derivada de *Scotch* —Escocia—, y que llega a Colombia en el siglo xix desde Viena y Madrid para designar un aire musicalailable, una danza elegante de salón. Infortunadamente pocas muestras de este aire han logrado conservarse, casi todas giran alrededor del chotís conocido como *Las Margaritas*, en versiones recogidas fonográficamente en veredas del Norte y Nordeste de Antioquia. De ellas destacamos las muestras recogidas en la vereda San Andrés en Girardota por el Grupo de Investigación Valores Musicales Regionales, de la Universidad de Antioquia.

Canción Chotís de las Margaritas. Discos el Dorado (2008).

Este aire de chotís, con su empaque europeo cadencioso en ritmo binario de 4/4, mutó en expresión alegre y festiva para bailes populares y jolgorios públicos, con imborrable sabor rítmico afrotropical, con incorporación de cucharas y carrasca o raspa, pero conservando exactamente el ritmo binario de 4/4 y con la siguiente estructura: dos *golpes* con valor de negra cada uno —a manera de pregunta— a lo cual se responde con tres *golpes* con valor de dos corcheas y una negra.

La siguiente partitura transcribe el fragmento inicial del chotís *Las Margaritas*. En ella se aprecia que tanto la melodía —*voice*— como el acompañamiento rítmico-armónico de guitarra van en un compás binario de 4/4, en el cual la guitarra lleva una cadencia de danza elegante de factura europea —baile de salón—.

El chotis de las Margaritas
Siglo XIX

Nota. Adaptación a partitura de Tulio Chinchilla y Pilar Solano

Ahora bien, con el acompañamiento de la raspa o güiro que se le agrega —señalado como percusión en la partitura transcrita arriba—, ese mismo ritmo de 4/4 toma un acento y un gusto sabroso que *negrea* la apacible solemnidad de la melodía y del acompañamiento rítmico de la guitarra. Pero, entonces, ya no suena a danza de salón aristocrático sino a música popular parrandera —rumba o porro montañero—. Y lo sorprendente es que ese acento festivo parrandero añadido por la raspa se acomoda perfectamente al formato del chotís del siglo XIX, como algo natural y como si aquella vieja canción siempre hubiera sonado así, como aire popular festivo. Insertar, por vía de ensayo sonoro, la rítmica parrandera de raspa no solo no altera ni desdibuja en lo más mínimo la estructura rítmica del chotís original, sino que parece enriquecerla.

Canción *Chotís* [ejecutada sin solución de continuidad como danza del siglo XIX y como parrandera paisa]. Tulio Chinchilla (2022).

Es importante subrayar que en esta partitura el acompañamiento rítmico de raspa parrandera tiene la particularidad de acentuar la primera semicorchea que inicia cada uno de los cuatro tiempos del compás, tanto en los dos tiempos fuertes como en los dos débiles del compás, y, consecuentemente, no acentuar la corchea final de ninguno de los cuatro tiempos. Acentuar la última corchea de cada *galopa* —grupo integrado de tres notas— es la clave del acompañamiento de güiro o guacharaca en la música caribe en general y costeña colombiana en especial. En la parrandera de compás binario, en cambio, la raspa lleva una cadencia totalmente arrastrada en las corcheas iniciales de cada “galopa”. En la costeña, el golpe del trinche de la guacharaca va con sonido picado —no arrastrado—. En la costeña se acentúa intensamente el tiempo débil del compás y también un poco en el tiempo fuerte, lo cual le da a esta música una sabrosura esencial. Es por eso que el *beat* del género parrandero en su formato inicial se oye desplazado y “cachaco” para la sensibilidad costeña, tal como se aprecia en las grabaciones del clásico Grupo de Occidente en las emblemáticas canciones *Parranda campesina* —porro paisa— y *El granizal* —rumba—, entre otras. El primero de estos es un chotís perfecto, digno de haberse interpretado como la más exquisita danza de salón y luego baile popular en el siglo XIX.⁵

Canción *Parranda campesina*. Grupo de Occidente. Rubén Vanegas (2021).

Aquí, en este experimento, el ritmo elegante de salón fue *negreado*, según expresión de la jerga cotidiana de los músicos populares de hoy. Ese chotís puede ser interpretado como una canción parrandera, con el mismo acompañamiento rítmico de guitarra, tiple y raspa que acabamos de transcribir y que es propio de la parrandera binaria. Y como si no pasara nada, ese chotís suena exactamente como un paseo parrandero o una rumba paisa.

Canción *Mándeme aguinaldo* [porro paisa], 1945.

Lo llamativo es que esta célula rítmica originaria del chotís criollo decimonónico se reproduce con su misma estructura y acento, sin la más mínima variación en todas las canciones parranderas denominadas rumbas, porros y paseos montañeros, difundidas por la industria fonográfica a partir de la década de los años cincuenta del siglo XX.

Retomando la metodología del experimento musical que vimos, pero vertiendo una canción parrandera dentro del formato de chotís decimonónico, es fácil

⁵ Esta estructura rítmica que acentúa los tiempos fuertes y la primera nota de la galopa en los compases de la música parrandera de ritmo binario ha sido resaltada en la obra *Los diferentes porros de Colombia* (2022), de Juan Sebastián Ochoa, Federico Ochoa y otros investigadores. En este rasgo se aprecia que la parrandera es música montañera, no caribe (p. 15).

apreciar que la archiconocida canción parrandera *El aguardientero* puede ser perfectamente interpretada como un chotís, con el acompañamiento rítmico de sabor elegante de danza europea con aire criollo, al estilo del chotís *Las Margaritas*, que acabamos de transcribir.

La siguiente partitura transcribe los segmentos del coro de *El aguardientero* de Félix Ramírez, con acompañamiento de raspa, pero luego con acompañamiento rítmico de guitarra, idéntico rítmicamente al chotís decimonónico *Las Margaritas*.

El aguardientero

The image shows a musical score for the song 'El aguardientero'. It consists of four staves: Melodía (Melody), Guitarra (Guitar), Raspa (Scraper), and Cuatro (Four-stringed instrument). The Melodía staff is in treble clef with a key signature of one flat and a 4/4 time signature. The Guitarra staff uses a guitar clef and shows chordal accompaniment. The Raspa staff uses a scraper clef and shows a rhythmic pattern of eighth notes. The Cuatro staff uses a four-string clef and shows a simple bass line. The score is divided into two measures by a double bar line.

Nota. Adaptación a partitura de Tulio Chinchilla y Pilar Solano

Canción *El aguardientero* [parrandera paisa vertida en chotís del siglo XIX].
Tulio Chinchilla (2022).

Este experimento musical puede ser replicado en la tradicional canción parrandera *Págueme aguinaldo*. En el musical *El apachurrao* —parrandera que no está ausente de ninguna fiesta paisa de hoy—, la estructura de chotís se muestra perfecta y dicha pieza hasta podría interpretarse como un baile elegante de salón decimonónico o como un chotís popular “negreado” de esa época. Incluso, la letra pícaro dice en uno de sus fragmentos: “En las calles de Remedios se me comenzó a parar/ al ver el apachurrao mi caballo no andó más”. Y de esta continuidad estructural no escapa ni siquiera la parrandera *Tengo la camisa negra* de Juanes, que bien puede ser ejecutado como un chotís decimonónico sin que cambie esencialmente.⁶

Diferencias en el ritmo de guacharaca entre parrandera paisa y vallenato binario [video didáctico]. Tulio Chinchilla (2022).

⁶ Esta mutación del chotís en parrandera paisa puede ser apreciada sonoramente en la canción *Música para el matrimonio de mis padres*, compuesta por Tulio Chinchilla. En ella, una melodía ejecutada como aire solemne y elegante va tornándose imperceptiblemente en una rumba antioqueña parrandera y festiva. Puede escucharse en un video subido a YouTube en el que se hace una interpretación informal de dicha composición —inédita—. Ver código QR *Chotis de Porce*, para el matrimonio de mis padres. Tulio Chinchilla (2022).

Semejante mutación —de chotís a parrandera de compás binario— se prolonga en las grabaciones disqueras de mediados del siglo xx. Ya para entonces la rumba, el porro y el paseo montañeros fueron asimilando el sabor tropical yailable de las melodías costeñas en boga —especialmente las de Guillermo Buitrago— y la raspa va tomando el acento rítmico de guacharaca de paseo vallenato, pero aun así no le imprime sabor caribe sino muy andino, por la acentuación de los tiempos en el compás.

PLANTEAMIENTOS FINALES

Los aires musicales conocidos como *Las vueltas antioqueñas* —con su variante, la *redova*— y el chotís o siotis, fueron las expresiones musicales preferidas y gozadas en fiestas y bailes de todo el Nordeste, cultivados especialmente por la población afrodescendiente, negra y mulata, empleada en labores de minería y en las plantaciones de caña de azúcar. Las vueltas tuvieron profundo arraigo en Remedios y Zaragoza. Según el maestro Alberto Londoño, se conocen también como *Vueltas sabaneras*, de Girardota, de Riosucio y *Vueltas del Toro* (Londoño, 2014, 1998). Hacia el siglo xix, estos aires se expanden por toda la región paisa, y a principios del siglo xx son llevados por los freneros del Ferrocarril de Antioquia, desde el Nordeste hasta el Valle de Aburrá y se asientan especialmente en Girardota, Copacabana, donde aún sobreviven en veredas afrodescendientes de estos municipios. Así lo confirmó don Argiro Ochoa (1987; 2008) cuando escribió que “estas vueltas fueron llevadas a Bello (Antioquia) por los freneros del ferrocarril de Antioquia de las regiones de Remedios y Zaragoza”.

Según el folclorólogo Harry Davidson (1970), “[...] el bambuco no fue un baile popular en Antioquia. Allí se acostumbraron las ‘vueltas’ que vienen a ser, simplemente, torbellinos” (p. 316). Y citando al más grande autor antioqueño dice:

Pocos escritores se entusiasmaron tanto con un baile como don Tomás Carrasquilla con las vueltas, quien las mentó muchísimo en sus obras. Ya vimos unas citas. Van ahora, otras: “Aquellas vueltas incomparables —dice— irresistibles; aquellas vueltas que se bailan solas” (*Salve Regina*, Medellín, 1903, p. 39). En el t. II de *Hace tiempos* (p. 118) habla nuevamente de “Las vueltas, las regocijadas vueltas, esa transformación combinada de zamba y fandango hispanos, y amontañerados por nuestra región, alegran corazones de nobles y plebeyos (Davidson, 1970, p. 316).

La música parrandera y la guasca festiva paisa es esencialmente música tropical andina, no caribe, pero con ciertas influencias caribes, tanto cubanas como costeñas a partir de finales de los años treinta del siglo xx. Su acentuación rítmica es totalmente andina o “montañera”, porque son simple mutación de estructuras rítmicas, melódicas y armónicas de las vueltas, el chotís y la redova.

UNA EXPRESIÓN CULTURAL EMINENTEMENTE REGIONAL

Como anotación adicional cabe resaltar: la parrandera es un fenómeno de cultura popular que circunscribe sus dominios a la región paisa, inicialmente solo antioqueña (con énfasis en el Nordeste y Norte antioqueños) y luego a todas las poblaciones de cultura paisa: Antioquia, Caldas, Quindío, Risaralda, norte del Valle y parte del Tolima y el Huila. Como producto cultural de profundo y espontáneo arraigo —no dictado por la fonografía—, que evidencia un acento rítmico muy andino montañoso y se vierte en lenguaje paisa (picardía paisa), es un producto hecho en Antioquia a partir de las vueltas, el chotís y la redova, muy ajeno en su gestación a otras regiones. Paralelamente, la costa Caribe aporta al mundo una exuberante riqueza musical autóctona entre cuyos aires sobresalen la cumbia, el porro, el fandango, la puya, el vallenato. Por su parte, el altiplano cundiboyacense y los santanderes no muestran una evolución de sus tradiciones musicales folclóricas más identitarias —la guabina y el torbellino— hacia sonoridades festivas, parrandas o jolgorios decembrinos de mediados del siglo xx hacia nuestros días, ni tampoco el más mínimo impacto en las fonografías. Pero, en cambio, en estas regiones floreció un caudal sonoro vigoroso de gusto popular: la rumba criolla (*Que vivan los novios* y *La loca Margarita, verbi gracia*) y el merengue campesino (*Échale candela al monte*, por ejemplo). Estas dos vertientes musicales están presentes en toda festividad familiar o social en los años treinta, cuarenta y cincuenta como equivalentes populares de los refinados bambucos y pasillos, y hoy son recordadas especialmente en las grabaciones del grupo Granadinos a finales de la década de los cincuenta, pero no sobreviven más allá. Sin embargo, sorprendentemente renace esta corriente musical y logra amplia difusión fonográfica con el fenómeno cultural llamado *carranguero* a partir de 1980, bajo el impulso de Jorge Veloza y Los Carrangueros de Ráquira.

Ahora, una aclaración necesaria, en cuanto a la radical diferencia entre parrandera y carrilera: los géneros denominados *música carrilera* (porque los discos se vendían en las estaciones del tren durante los años cincuenta y sesenta), “de despecho” o el hoy llamado *género popular*, tan conocidos y divulgados, no se emparentan con estas tradiciones culturales históricas: son adaptaciones elementales y toscas de la ranchera mexicana, popularizadas por la industria comercial fonográfica a partir de los años sesenta del siglo xx.

LOS COMPOSITORES

La siguiente relación no tiene intenciones de ser exhaustiva ni definitiva. Se trata de una muestra de compositores que incluye a quienes, nacidos en el Nordeste antioqueño, han dejado huella con sus creaciones en las músicas nuestras. De algunos no tenemos datos completos, pero en aras de brindar una información que permita identificarlos, nos permitimos traerlos a cuento. Quedan muchos otros

compositores del Nordeste antioqueño por mencionar y conocer, pero el espacio de una conferencia y de un artículo no nos permite registrarlos. Tenemos noticia, mas no detalles de importancia de por lo menos una veintena de personajes más, que esperan una futura investigación. Por ahora, debemos conocer y saludar su labor, a los siguientes creadores musicales, listados en orden cronológico de nacimiento:

Andrés Camilo Antonio Vieco Arrubla

Nació en Yolombó en 1853 y murió en Medellín en 1918. Quizás sea el primer músico del que se tiene noticias y registros documentales de la región; también ebanista y acuarelista, es el patriarca de la familia de artistas Vieco Ortiz, casado con María Teresa Ortiz Cárdenas; fueron sus hijos: Luis Eduardo (tipógrafo, pintor, grabador, publicista, músico), Bernardo (contador, escultor, músico), Gabriel (violinista, bandolista, luthier de órganos, violines y pianos), Roberto (clarinetista, tipógrafo y fundador y director de la Banda de Música de Medellín), Alfonso (violonchelista) y Carlos (pianista, contrabajista y compositor, el más prolífico de Antioquia), además de Sofía, Tulia y Eugenia (todas amas de casa), también destacadas en la música, pero que no fueron reconocidas fuera del hogar y de los círculos familiares.

Abdón Jaramillo

Nació en Amalfi en 1869 y murió en 1948. Fue autor de muchas canciones de mineros, muy populares en el Bajo Cauca, como las tituladas *Sin ti*, *Tu talle*, *Limosnero de amor* y casi 30 más.

Pastor Emilio Arroyave Vieco

Nació en San Lorenzo de Yolombó el 25 de septiembre de 1891, fue el menor de una familia donde la música ocupaba un sitio de honor: su padre, Justo Pastor Arroyave Henao, tuvo renombre en la interpretación de instrumentos tradicionales de cuerdas, y su madre, María del Tránsito Vieco Arrubla, fue notable cantante, guitarrista y flautista —tía materna de la familia Vieco Ortiz—. Muy joven aún, con su padre y su hermano, formó un trío instrumental típico de cuerdas que llenó de alegría musical a su tierra, amenizando los bailes y acompañando las voces de sus hermanas Dolores, Berta, Adelina y Josefina. En 1912, a Pastor Emilio le fue encomendada la dirección de la pequeña banda de Yolombó. Entre 1915 y 1918, como primer clarinete, formó parte de la Banda del Regimiento Militar “Girardot” de Medellín, bajo la batuta del maestro Gonzalo Vidal, con quien aprendió instrumentación y composición.

De regreso a su pueblo natal, fundó y dirigió la Orquesta de Yolombó, que tocaba en las ceremonias del templo, amenizaba bailes, ofrecía el marco musical a las compañías de variedades escénicas que llegaban a la población y daba serenatas del mejor corte romántico.

En 1927, Arroyave logró llevar un piano a Yolombó, iniciativa heroica si se piensa que desde la Estación Sofía en el Ferrocarril de Antioquia hasta la población había que trepar una cordillera, por complicados y difíciles caminos de herradura. Pero con baquianos y en *turega*, una ingeniosa forma de carga ideada por los arrieros antioqueños, modificada para la ocasión, llegó el bello instrumento. Para festejar su arribo, Pastor Emilio interpretó un concierto con obras de su inspiración. Ese mismo año, la Orquesta Internacional grabó en New York, para la casa Víctor, sus pasillos *Ben-Hur*, *Doble antioqueño* y *Anocheciendo*; así el compositor pudo difundir su música entre el público de todo el continente y recibir el reconocimiento internacional por su obra. El maestro Arroyave murió en Medellín, el 23 de noviembre de 1971.

Aunque su obra original empieza a ser divulgada con justicia por algunos entes gubernamentales, infortunadamente su labor creadora permanece aún inédita y casi desconocida. Autor de un crecido número de obras musicales —más de medio centenar de piezas originales—, Pastor Emilio Arroyave no era un riguroso seguidor de las corrientes tradicionales. Al lado de sus composiciones de corte popular —pasillos, marchas, valsos, pasodobles, danzas, polkas y canciones, en ritmos diversos de la zona andina colombiana—, aparecen —sin catalogar aún— motetes, trisagios, misas, letanías y música sacra y piezas de intención e inspiración mucho más académicas. Entre sus más conocidas obras destacan: *Ben Hur*, *Nueva flor*, *Anocheciendo*, *Arroyo murmurador*, *Nieves del Ruiz*, *El aristócrata*, *Doble lección*, *Secretos del corazón*, *Doble antioqueño*, *Mi monita mala ley*, *Madre*, *Caprichos musicales*, *Canción de Navidad*, *En diciembre una tarde*, *A mi primer amor*, *Cambiado madrigal*, *Mis tres amores* y *Gaviota maicera*.

Pasillo *Ben-Hur* de Pastor Emilio Arroyave. Estudiantina Iris, *Recuerdos de la Patria*, Vol. II, Codiscos S.A.S. (1966).

León Zafir

Seudónimo de Pablo Emilio Restrepo López, poeta, cronista y periodista nacido en el Alto del Gólgota, zona rural del municipio de Anorí, a fines de junio de 1900, y fallecido en Medellín el 9 de julio de 1964. La razón por la que aparece en este trabajo es porque algunos de sus poemas fueron musicalizados por compositores tan importantes como Camilo García Bustamante —el bambuco *El balcón*, interpretado por el Dueto de Antaño—, Eladio Espinosa —el pasillo *Más morena*, interpretado por Espinosa y Bedoya—, Luis Uribe Bueno —el bambuco *Tu delantal*, interpretado por las Hermanitas Pérez—, y sobre todo por el maestro Carlos Vieco Ortiz, con quien hizo una verdadera “llave maestra”, pues hicieron juntos no solamente los antológicos pasillos *Hacia el calvario* y *Tierra labrantía*, los bambucos *Morenita*, *La dulzura*, *Noche de oro y azul* y *Primavera en Medellín* y el vals *Cultivando rosas* —canción premiada en un concurso celebrado en Estados Unidos por la Compañía General Electric de

Schenectady, New York, entre composiciones latinoamericanas—, sino los pasillos *Tierra buena* y *La espera* y los bambucos *Remembranza*, *Besos del sol*, *Las manos de mi madre*, *Entre naranjales*, *Madre*, *Serenata lunar* y *Si quieres...* piezas todas que le dieron a conocer en el ámbito de la música colombiana andina tradicional de los años cuarenta, interpretados por destacados cantantes colombianos y latinoamericanos, además de un bello y no muy conocido *Himno a la Sociedad Protectora de Animales*. En su honor, la Biblioteca Pública Municipal de Anorí lleva el nombre de *León Zafir*.

Pasillo *Tierra Labrantía* de León Zafir. Dueto de Antaño (2011).

Antonio Vahos Salazar

Nació en Yolombó en 1904 y se cree que murió en Magangué en 1973. De niño vivió en el municipio de San Vicente, de donde eran oriundos sus padres. Allí ingresó a la banda musical dirigida por Fernando Henao. A los 15 años pasó a vivir a Medellín y mientras trabajaba en el Ferrocarril de Antioquia, en la estación Santiago, comenzó su formación musical: aprendió a tocar bandola con Efraín Vásquez, con quien organizó un trío de cuerdas. Después siguió adquiriendo conocimientos en Puerto Tejada (Cauca) con Aníbal Lobo y luego en Sevilla (Valle) junto al maestro Joaquín Arias Cardozo. Viajero incansable, se radicó en la ciudad de Magangué (Bolívar), donde los ríos Cauca y San Jorge desembocan en el Magdalena. Allí, el maestro Vahos Salazar dirigió por muchos años varias agrupaciones musicales junto a los mejores artistas locales. También fue autor de los pasillos: *Perfume aldeano*, *Tina*, *Compae Horacio* y *Margarita*, además de varios pasodobles y valeses.

Ricardo Velásquez Mejía

Nació en San Roque en 1909 y no se tiene información de la fecha de su muerte. Hijo de un maestro de escuela y músico, de quien recibió las primeras lecciones en el arte, ingresó al Seminario de Santa Rosa de Osos donde continuó su formación musical con el Padre Eudista Ivo Andrieux. Como organista de la Catedral Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, le correspondió inaugurar el órgano adquirido por monseñor Miguel Ángel Builes. Después, en la ciudad de Medellín, hizo parte de la orquesta Unión Musical, bajo la batuta del maestro Jesús Arriola, y fue discípulo de los maestros Eusebio Ochoa, Germán Posada Berrío e Indalecio Vidal, a quien sucedió como organista de la Iglesia de San José. Posteriormente, se desempeñó en el mismo cargo en la Iglesia de San Antonio, y en las poblaciones de Fredonia y Aguadas. Fue por muchos años profesor de música y coros en la Escuela de Ciegos y Sordomudos de Medellín. Simultáneamente a su labor en el arte, trabajó en la Auditoría del Ferrocarril de Antioquia y en la Contraloría Municipal de Medellín. Compositor de música religiosa —un *Trisagio*, un *Ave María* y algunos *motetes*— y del *Himno de la Escuela de Ciegos y Sordomudos*.

Camilo García Bustamante

Nació en Amalfi el 6 de mayo de 1910. Es uno de los compositores más prolíficos de Antioquia. Muy joven se inició en la música, presentándose en varias estaciones radiales —entre ellas, La Voz del Triunfo, Ecos de la Montaña y Radio Córdoba—, y formó varios dúos, como el Dueto Incógnito; el Dueto Rival, con Alfredo Pérez; el Dueto Mixto García y Rubio, con Isabel Rubio —precisamente, sobre textos de “Chava” Rubio, compuso muchas de sus canciones, como *Amargo destino*, *Cuando me miran tus ojos*, *Desaliento*, *Fue mentira*, *Imposible*, *Lejos de ti*, *No me vuelvas a besar*, *Tu olvido*, *Vuelve*—, y, el más importante, con Ramón Carrasquilla, el llamado inicialmente *Dueto Antañón* que después se conoció como Dueto de Antaño, conjunto con el cual, en poco más de 40 años de existencia, llegó a la fama nacional e internacional. Fue el Dueto de Antaño, al lado de Obdulio y Julián, Espinosa y Bedoya, Garzón y Collazos y otros duetos y solistas, artistas fundadores de la empresa discquera Sonolux. Fue reconocido con infinidad de premios y dejó grabadas innumerables canciones en varias casas disqueras de Antioquia y Colombia. Curiosamente, el Dueto de Antaño tenía un tercer integrante que interpretaba la guitarra puntera, aunque hubo varios a través de la historia, el más recordado es Arnulfo Baena. A la muerte de Carrasquilla, el maestro Camilo García formó el Dueto del Pasado, con el mismo Baena y con Darío Miranda, como una prolongación del Dueto de Antaño.

Durante sus largos años de cantor popular, Camilo García enriqueció el cancionero nacional con más de un centenar de piezas, especialmente en aires de pasillo y de bambuco. Suyos son *Corazón antioqueño*, *Bajabas de la montaña*, *Arrullo moreno*, *Corónate de flores*, *Crepuscular*, *Remembranza*, *Rumores de oración*, *Alma*, *Lágrimas*, *Debemos separarnos*, *Tú lo ignoras*, *No me vuelvas a besar*, *Destino*, *Ondas viajeras*, *Es mejor que no vuelvas*, *Canción de primavera*, *Lloviznas de ausencia*, *Florecer*, *De mis recuerdos*, *La gloria de sus ojos*, *Amanecer*, y el famoso corrido *La lancha*, entre multitud de canciones.

A pesar de que García destaca en la música tradicional y popular, se sabe que también compuso un estudio sobre aires nacionales, a manera de fantasía, y dos pasillos para orquesta, uno de ellos llamado *Necedad*, y otros más. Escribió también la música para el Himno de Amalfi, sobre versos de Efraím Antonio Galeano.

Fallecido en Medellín el 19 de enero 1993, en su honor, la Sala de Música de la Casa de la Cultura y el Festival de Música Colombiana del Municipio de Amalfi llevan el nombre de “Camilo García”.

Bambuco *Corazón antioqueño* de Camilo García. Codiscos-Dueto de antaño (2019).

Luis Felipe Arias Arroyave

Nació en Yolombó en 1911 y murió allí mismo en 1962. Sobrino del maestro Pastor Emilio Arroyave y primo de Fabio Arroyave, comenzó su formación musical con el primero. Fue miembro de las bandas de Yolombó y de Cisneros, y buen intérprete de los instrumentos típicos de cuerdas, además de director de un conjunto musical con el cual recorrió el país. Es autor del pasodoble *Carmen Emilia*, del bambuco *Tus ojos y las estrellas*, de la guabina *Las chapoleritas* y de los pasillos *Sol de oro*, *Providencia*, *Centro hondano*, *Sentimiento* y *Luces yolombinas*, fuera de varias marchas, valsos e himnos.

Gabriel Castrillón Osorio

Nació en Santo Domingo en 1913 y no se tiene información de la fecha de su muerte. Era hijo del director de la Banda de Música local, con quien comenzó su formación artística. Aún muy joven, en 1946, tomó a su cargo la dirección de la banda. Simultáneamente, dirigió una pequeña orquesta con la que solemnizó las fiestas de la población. En 1960 se trasladó a la capital antioqueña donde siguió ejerciendo su profesión. Entre sus obras musicales se encuentran los pasillos *Olvido*, *Delio*, *Fulgores* y *Gabriela*; el bambuco canción *Despierta niña preciosa*, sobre versos del poeta amalfitano Roberto Antonio Escobar Sanín; los valsos *Aldeano* y *Esperanza*; los tangos *Huérfano* y *Madre viva*; tres boleros y cuatro danzas; y las marchas *Desfile de novios* y *Estrada Monsalve*, que luego fue adaptada a unos versos de Ángel de Jesús Osorio Martínez para hacer el *Himno del municipio de Santo Domingo*. Su hermano, Enrique Castrillón Osorio, nacido en Santo Domingo, fue también compositor y director de la Banda de Santo Domingo.

Salvador Pasos

Nació en el municipio de Segovia el 13 de diciembre de 1919. Comenzó su formación junto al pianista Willem Quast Sillie —conocido como don Guillermo Cúas, en su forma castiza y familiar—, un músico inmigrante nacido en Curazao —Antillas Holandesas—, fundador en el año 1932 de una banda juvenil en Segovia. Después siguió su formación con el director de la banda, el señor Francisco Luis Blandón, sucesor de Cúas. A principios de los años cuarenta, Pasos fundó una banda en Zaragoza que tuvo a su cargo durante ocho años. En 1950, Pasos volvió a la banda de Segovia como trompetista y director, pero estuvo muy poco tiempo, porque fue llamado a Zaragoza para tomar nuevamente la dirección hasta 1952 cuando se radicó definitivamente en la capital de la montaña.

En 1953 fue nombrado profesor de música de la Casa de la Cultura y en la antigua cárcel de La Ladera. Después de actuar en varios conjuntos musicales, desde 1971 entró a formar parte de la Banda del Conservatorio de la Universidad de Antioquia hasta su jubilación en 1990.

Falleció en Medellín el 28 de octubre de 1996. Fue el padre de una verdadera dinastía de músicos: su hijo Salvador Pasos Acuña se formó bajo su cuidado como trompetista, actuó en la Sonora Tropicana, la Orquesta de los Hermanos Martelo y en la Banda Sinfónica Universidad de Antioquia, y su nieto Johnny Pasos ha sido saxofonista, arreglista, docente y compositor muy destacado en la ciudad de Medellín.

Además de instrumentista de barítono y trompeta, el maestro Pasos fue notable compositor y arreglista para diversos conjuntos orquestales y para banda. En cuanto a la creación musical original, se conocen apenas una docena de obras. Suyos son los pasillos *Idilio*, *Oasis*, *Desilusión*, *Segovia*, *Fabiola Esther*, *Zaragoza* y *Sol de invierno*; los pasodobles *Llegó diciembre* y *El Puno*, y los boleros *Amanda* y *Elsy I*. En definitiva, una obra pequeña en número, pero sumamente hermosa y depurada, escuchada recientemente en el homenaje que la Banda Sinfónica Universidad de Antioquia brindó a su memoria con ocasión del centenario de su natalicio.

En su honor, la escuela de música de Segovia lleva el nombre de “Salvador Pasos”.

Fabio Arroyave Calle

Nació en Yolombó el 11 de diciembre de 1923. Es hijo del compositor Pastor Emilio Arroyave Vieco y de su esposa, doña Leonor Calle. Desde muy temprana edad mostró su talento musical, en especial en la interpretación del piano. En 1943 ingresó al Instituto de Bellas Artes de Medellín y bajo la guía de la profesora italiana Luisa Manighetti obtuvo su diploma en el instrumento.

A mediados de los años cuarenta, como pianista y arreglista, Fabio hizo parte del Orfeón Antioqueño, famosa masa coral que dirigía el profesor José María Bravo Márquez, y en el seno de esa institución mostró sus cualidades creativas, presentando algunas de sus primeras obras —de las que se han recuperado dos sencillos motetes *Haec dies (quam fecit Dominus) [Este es el día que hizo el Señor]*, Op. 4, y *Christus factus est (pro nobis obediens usque ad mortem) [Cristo se hizo, por nosotros, obediente hasta la muerte]*, Op. 15—. El 25 de octubre de 1946, en el Teatro Lido de Medellín, Arroyave hizo su primer concierto público en el que presentó dos *Sonatas* de Ludwig van Beethoven —la *Op. 28 en re mayor*, conocida como *Pastoral*, y la *Op. 27 # 2 en do sostenido menor*, conocida como *Claro de luna*— y estrenó su primera composición, la *Sonata Op. 1 en do menor, Semblanza del Sordo*. De esa época data también su pieza pianística titulada *Alborada agreste*, Op. 10.

A mediados del siglo xx, cuando la capital antioqueña se convirtió en la meca de la grabación en Colombia, Arroyave firmó contrato como pianista, arreglista y director artístico de discos Ondina y después con otros sellos discográficos y empresas del mismo carácter (RCA Víctor, Sonolux, Orbe). En esos años, fue autor de varias obras

que se hicieron muy populares, como el merecumbé *Amorosa bohemia* y los porros *La caprichosa* y *El mecánico* —este último en versión de la Orquesta de Edmundo Arias, ha vendido centenares de miles de ejemplares, y es tema obligado hoy en el repertorio de las bandas sinfónicas del país—.

En marzo de 1958, en el Teatro Lido de Medellín, hizo el que consideró siempre “el recital pianístico de su vida”, donde interpretó a sus compositores favoritos: dos *Sonatas* de Beethoven —la *Op. 13 en do menor*, conocida como *Patética*, y, de nuevo, la *Op. 27# 2 en do sostenido menor, Claro de luna*—, la *Polonesa Op. 26# 2 en mi bemol menor* de Frédéric Chopin y la segunda *Sonata*, numerada como la *Op. 35 en si bemol menor*, del mismo compositor polaco, en la que se recuerda el tercer movimiento, denominado *Marcha fúnebre*.

Su labor continuó en la capital del país, a donde viajó buscando mayores horizontes para su carrera.

Como arreglista y orquestador fue también excepcional. Al respecto, recuerdan varios de sus amigos y discípulos que Fabio no fue un compositor original muy productivo —sus obras originales no pasan de la treintena, todas en ritmos de porro, gaita, pasillo, bambuco y valse—. En cambio, sus orquestaciones se contaron por millares y fueron famosas. En la capital del país, Arroyave compuso también obras de intención más académica, como la fantasía *El proel de las quimeras* —suite sinfónica—. Infortunadamente, toda esta producción se encuentra inédita y permanece olvidada. Víctima de los quebrantos de salud que trae la bohemia y la vida disipada, Fabio Arroyave Calle falleció en Bogotá el 7 de agosto de 1972.

Porro *El mecánico* de Fabio Arroyave Calle. Discos El Dorado-Edmundo Arias (2022).

León Cardona

Leonel, como es su nombre de pila, nació en Yolombó el 10 de agosto de 1927 en el hogar formado por Abel Cardona Santa y Celia García Castaño. Cuando era aún niño, su familia se trasladó a Medellín. Muere en esta ciudad el 3 de diciembre de 2023.

En su propia casa inició estudios en el arte, pues su madre, aficionada a la música, le enseñó las primeras notas en la guitarra. Su formación musical comenzó en el Instituto de Bellas Artes de Medellín, a cargo de los maestros Luisa Maniguetti, Joseph Matza, Eusebio Ochoa, Marceliano Paz, Pietro Mascheroni, y luego Héctor Hernández —del trío de los Hermanos Hernández—, José María Tena, Gerard Gothelf, Luis Bacalov, Gregory Stone, Antonio María Peñalosa y Alex Tovar, entre otros, desde los estudios básicos, de teoría, lectura y escritura musical,

dictado melódico, flauta, piano básico, hasta avanzados de guitarra, tiple, armonía, contrapunto, dirección de orquesta y composición.

Después de iniciar una carrera exitosa en la capital de la montaña, se trasladó a Bogotá donde trabajó como intérprete, arreglista y director, en teatros, grilles, clubes, hoteles, radio y televisión. Fue director y arreglista de la orquesta de planta de la Emisora Nueva Granada, en varios programas estelares, y de la Orquesta de León Cardona, que actuó en el Grill Monserrate del Hotel Tequendama. Entre el sinnúmero de agrupaciones y conjuntos que ha organizado y en los que ha participado, recordamos que hace pocos años integró el Trío Instrumental Colombiano, en compañía de los maestros Elkin Pérez Álvarez —tiple— y Jesús Zapata Builes —bandola—, lo que garantizó una altísima calidad artística.

En su extensa carrera, el maestro León fue arreglista y director de muchos de los grandes intérpretes colombianos y ofreció conciertos en muchos importantes escenarios del país y del extranjero. Durante una década fue director artístico de la disquera Sonolux de Medellín y representante para Colombia del sello RCA Víctor. Con el coro “Cantares de Colombia”, del cual fue director, grabó una decena de discos de larga duración y viajó a algunos países latinoamericanos. Por otro lado, actuó como jurado en los más importantes concursos nacionales —Colcultura, Festival Mono Núñez, Festival Nacional del Pasillo y Festival Hatoviejo COTRAFA, entre muchos otros—, miembro del Comité Técnico de la Fundación Pro Música Nacional de Ginebra —Funmúsica— y presidente del Consejo Directivo de la Asociación Colombiana de Intérpretes y Productores Fonográficos —Acinpro—.

El maestro Cardona escribió y publicó unas 130 obras musicales, en general piezas de muy alta exigencia técnica, de las que se han grabado más de un centenar, interpretadas por artistas colombianos y extranjeros. Hoy sus obras son obligadas en los repertorios de eventos y concursos. Deben mencionarse de manera especial una serie importante de composiciones de tipo instrumental como los pasillos: *Armonizando*, *Ensueño*, *Estudio de pasillo*, *Ofrenda*, *Éxtasis*, *Media sangre*, *Pasillo # 1*, *En tono menor* y *Melodía triste*; los bambucos: *Sincopando*, *Bambuquísimo*, *Bambuco # 1* y *Gloria Beatriz*; así como varios hermosos temas con los textos del poeta antioqueño Óscar Hernández, los pasillos: *Si no fuera por ti* y *Migas de silencio*, el vals *Azul, azul*, y los bambucos: *El premio*, *Hay un solo camino*, *Hoy vamos a vivirnos*, *La mejora* y *No abandones tu tierra*. Obras todas por las que el maestro León recibió un sinnúmero de reconocimientos, condecoraciones y premios de parte de diferentes organizaciones, entes gubernamentales, municipalidades, entidades públicas y privadas. De grata recordación para nosotros fue el homenaje que, en 2017, con motivo de sus 90 años de vida, le hizo la Banda Sinfónica Universidad de Antioquia, en la que se interpretaron varias de sus obras más conocidas, en versiones del propio compositor.

Bambuco *Gloria Beatriz de León Cardona*, interpretado por el Trío Instrumental Colombiano. MrBandoFónico (2015).

Historias de un León, Maestro León Cardona García (2016). Entrevista realizada por A. Ramírez Quintero, G. E. Poveda Cabezas y D. F. Tabares Orozco.

Ángel Jorge Montoya Luna

Nació en Amalfi en 1934 y murió en el mismo municipio en 2008. Después de iniciarse desde la infancia en el arte, junto a su padre —también músico—, estudió con los maestros Jesús María Areiza, Luis Uribe Bueno y Blas Emilio Atehortúa, entre otros. Hizo parte, siempre como trompetista, de agrupaciones musicales locales, como la Banda de Música de la Parroquia y Los Cochos, entre muchas otras.

En 1980, para iniciar los respectivos procesos bandísticos municipales, la Gobernación de Antioquia lo nombró como director de las bandas locales de Amalfi, Anorí, Yolombó y Vegachí. También fue director de banda en los municipios de Yalí, Guadalupe, Carolina del Príncipe, Gómez Plata, Jardín y Ciudad Bolívar, y se jubiló en 2002.

La mayoría de sus composiciones fueron marchas alegres a las que siempre puso nombres de mujeres: *Liliana*, *Ligia*, *Geraldine* y *Miriam*.

En su honor, la Escuela de Música de Amalfi lleva su nombre, pues fue él quien, bajo directrices gubernamentales, la tuvo a su cargo durante más de un cuarto de siglo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Archivo Personal León Zafir (ALZ). Colección Patrimonio Documental, Biblioteca Central Carlos Gaviria Díaz, Universidad de Antioquia.
- Arroyave Calle, J. C. (1989). *Pastor Emilio Arroyave Vieco, exponente de la música en San Lorenzo de Yolombó*. Notas para el disco de la serie *La Música en Antioquia*, volumen 5. Dirección de Extensión Cultural, Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, Gobernación de Antioquia.
- Arroyave Calle, F. (1993). Haec Dies y Christus Factus. *Revista Universidad de Antioquia*, 62(33), 113 y ss. [Apuntes biográficos de Luis Carlos Rodríguez Álvarez y análisis musical de Andrés Posada Saldarriaga].
- Barrientos Rendón, M. V. (Ed.). (2017). *Monografía de Amalfi-Antioquia, Componente Histórico Cultural*. WS Digital.
- Burgos Herrera, A. (2000). *La música parrandera paisa*. Editorial Lealón.
- Burgos Herrera, A. (2006). *Música del pueblo pueblo (1950-1980)*. Editorial Lealón.
- Colegio Altos Estudios Quirama. (1994). Zafir, León. En *Escritores y autores de Antioquia* (vol. 21, t. II, pp. 677-678). Ediciones Autores Antioqueños.
- Davidson, H. C. (1970). *Diccionario folklórico de Colombia. Música, instrumentos y danzas*, 3 tomos. Banco de la República, Departamento de Talleres Gráficos.
- Eco, U. (1984). *Apocalípticos e integrados en la cultura de masas*. Lumen.
- Gallo Martínez, L. Á. (2008). *Diccionario biográfico de antioqueños*. Disponible en la página virtual de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía. <https://ramhg.es/images/stories/pdf/genealogia-articulos/diccionario-de-antioquenos.pdf>
- Gaviria Giraldo, J. C. (2016). *Las vueltas. Memorias, versiones y sonidos* (Ganador de Estímulos al Talento Creativo Beca de Investigación en Danza, Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia). Editorial Manuel Arroyave.
- Gaviria, J. C. (2020). *Aproximaciones al origen de la música parrandera paisa*. <https://renatopaonemusic.com/wp-content/uploads/2020/03/01-Aproximaciones-al-origen-de-la-M%C3%BA-sica-parrandera-paisa-Juan-Gaviria.pdf>
- Londoño, A. (1998). *Danzas colombianas*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Londoño, A. (2014). *Las vueltas antioqueñas*. https://xn--294ad2780e214bd29fb7f14c5826956f-m0lteaee.filesusr.com/ugd/f5b010_158f3577ed8744fb86bd9a4555bd6b8e.pdf
- López Botero, M. Á. (1985). *Música de carrilera. Canciones, historia y comentarios*. Galaxia Impresores.
- López Gil, G. A. (2015). ¿Música vieja, música nueva? Procesos de cambio cultural en la práctica de las cuerdas tradicionales andinas de Colombia, transición al siglo XXI. *Artes La Revista*, 10(17), 140-157. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/artesudea/article/view/24307/19857>
- López Gil, G. A. (2021). Entrevista en el programa Anverso y Reverso No. 758 de la Emisora Universidad Pontificia Bolivariana. https://www.ivoox.com/medellin-anverso-reverso-758-musica-parrandera-audios-mp3_rf_79909081_1.html
- Ocampo, E. (1985). *Apolo y la máscara. La estética occidental frente a las prácticas artísticas de otras culturas*. Icaria.
- Ochoa, A. de J. (1987). Vueltas en Antioquia. *Nueva Revista Colombiana de Folclor*, 1(2), 101-106.
- Ochoa, A. de J. (2008). *Cosecha de tradiciones. Folclor coreomusical de Antioquia*. Editorial Zuluaga.
- Ochoa Escobar, J. S., Otero Manchego, J. D., Ochoa Escobar, F., Ochoa Escobar, A., Pérez Samudio, C. J., Santamaría-Delgado, C., Sarmiento Obando, U., Gómez Suárez, C. I. y Palacio Calle, J. S. (2022). *Los diferentes porros en Colombia*. Grupo de Investigación Músicas Regionales, Departamento de Música, Universidad de Antioquia. [Incluye un libro de partituras y tres CD de audio].
- Pinilla Aguilar, J. I. (1980). *Cultores de la música colombiana*. Ediciones J.I.P.
- Programa de mano. (18 y 21 de octubre de 1984). *Concierto de la Banda de la Universidad de Antioquia, Homenaje a los compositores y arreglistas nacionales que con sus obras están continuamente en colaboración con la Banda de la Universidad de Antioquia*. Archivo Banda Sinfónica Universidad de Antioquia.

- Rodríguez Álvarez, L. C. (2020). Aproximación a las músicas y los compositores del Nordeste antioqueño. En M. S. Girón López, (Coordinadora académica). *Memoria cultural del Nordeste antioqueño* (pp. 213-230). Fondo Editorial de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia.
- Rojas, M. B. (1997). *El rostro de los arlequines: Tartarín Moreira y León Zafir, dos mediadores culturales*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Sánchez López, L. M. (1978). *Diccionario de escritores colombianos*. Plaza & Janés.
- Serna, C. E. (1994). *El Dueto de Antaño. Su vida y su obra*. Graficas Súper Amigos.
- Lopera Vieco, G. J., Vieco Quiroz, B. y otros (1991). *Viecos en familia*. Vieco & Cía., Marín Vieco Ltda.
- Zafir, L. [seudónimo de Pablo Emilio Restrepo López]. (1939). *La luna sobre el monte*. Poesías. Imprenta Oficial de Antioquia.
- Zapata Cuéncar, H. (1973). *Compositores antioqueños*. Granamérica.
- Zapata Cuéncar, H. (1995). *Antología de la canción en Antioquia*. Ediciones Autores Antioqueños.

DISCOGRAFÍA SUGERIDA

- Atardecer en San Andrés*. (2006). (Folleto + CD). Grupo Aires del Campo de la vereda San Andrés de Girardota. Investigación y asesoría musical: Gustavo Adolfo López Gil, Héctor Rendón Marín y Fred Danilo Palacio Villa. Realización: Grupo de Investigación Valores Musicales Regionales, Universidad de Antioquia.
- Composiciones de Pastor Emilio Arroyave Vieco: *Ben Hur*, *Doble antioqueño* y *Anocheciendo* (pasillos). Orquesta Internacional, Eduardo Vigil y Robles (dir.), Discos RCA Víctor, New York, Matriz bve-48426 (21 diciembre 1928); Matriz bve-38791 etiqueta 79438 (10 junio 1927); y Matriz bve-38749 etiqueta 79438 (13 mayo 1927).
- Composiciones de Pastor Emilio Arroyave Vieco: *Ben Hur*, *Nueva flor*, *Anocheciendo*, *Arroyo murmurador*, *Nieves del Ruiz*, *El aristócrata*, *Doble lección*, *Secretos del corazón*, *Doble antioqueño*, *Mi monita mala ley*, *Madre*, *Caprichos musicales*, *Canción de Navidad*, *En diciembre una tarde*, *A mi primer amor*, *Cambiado madrigal*, *Mis tres amores* y *Gaviota maicera*. Disco monográfico LD, Vol. 5 de *La Música en Antioquia* (1989).
- Composiciones de Fabio Arroyave Calle: *el merecumbé Amorosa bohemia* y *los porros La caprichosa* y *El mecánico*, Orquesta de Edmundo Arias, discos Ondina, Victoria.
- Composiciones de León Cardona: *Armonizando*, *Ensueño*, *Estudio de pasillo*, *Ofrenda*, *Éxtasis*, *Media sangre*, *En tono menor* y *Melodía triste* (pasillos), y *Bambuco # 1*, *Sincopando*, *Gloria Beatriz* y *Bambuquísimo* (bambucos). Baladas: *Quiero* (letra de Olga Elena Mattei), Nelson Arango, discos Sonolux; *Tristeza marina* (Teresa tristeza) (letra de Gonzalo Arango), Lucho García, LP Pintura, Poesía y Voces, Dineros Club de Colombia, y, en forma instrumental, LP Colombia Romántica, discos Sonolux. Con textos de Óscar Hernández, los bambucos *El premio* (Dolores), *La mejora* (Cafetalito), *No abandones tu tierra* (Al campesino), *Hoy vamos a vivirnos*, *Dame tu mano* y *Recibe mi tristeza*; el vals *Azul, azul*; la balada *Hay un solo camino*; y los pasillos *Migas de silencio* y *Si no fuera por ti*, versiones de Leonor González Mina y de Alicia Isabel Santacruz, discos Sonolux.
- Cultivando rosas* (vals), letra de León Zafir y música de Carlos Vieco Ortiz, interpretado y grabado por Sarita Herrera, acompañada por la Orquesta Terig Tucci, en Nueva York, el 9 de febrero de 1938 para la RCA (matriz BS-018494, etiqueta Victor # 82285). Posteriormente, la han grabado Víctor Hugo Ayala con el Conjunto de Jaime Llano González, y muchos otros.
- El balcón* (bambuco), letra de León Zafir y música de Camilo García Bustamante, interpretado por el Dueto de Antaño.
- Entre naranjales* (bambuco), letra de León Zafir y música de Carlos Vieco Ortiz, interpretado y grabado por el Trío Dalmar en Nueva York, ca. 1953 para la SMC (Spanish Music Center), disco # 1282.
- Hacia el calorera* (pasillo), letra de León Zafir y música de Carlos Vieco Ortiz, interpretado y grabado por primera vez por Luis Álvarez y Las Dos Marías, con la Orquesta RCA Víctor, dirigida por Eduardo Vigil y Robles, en Ciudad de México, para la Víctor, matriz MBVE-90704; Zoilita Suárez, Nueva York, 16 de junio de 1939, en el sello Decca; Alfonso Ortiz Tirado, con el respaldo del conjunto

Amerindia (1949). También fue grabada por Juan Arvizu y por Lucho Ramírez, y muchísimos más solistas, duetos y tríos.

Más morena (pasillo), letra de León Zafir y música de Eladio Espinosa, interpretado por el dueto Espinosa y Bedoya con el Conjunto de Iván Uribe, discos Sonolux.

Morenita, la dulzura (bambuco), letra de León Zafir y música de Carlos Vieco Ortiz, interpretado y grabado por Luis Álvarez y De Olivares y el Trío Ortiz para la Casa Víctor, matriz BS-89571 (22 de abril de 1935), y por Ladislao Orozco y Miguel Cáceres y el Grupo Cartagena, Casa Víctor, matriz BS-92432 (8 de julio de 1935).

Primavera en Medellín (bambuco), letra de León Zafir y música de Carlos Vieco Ortiz, interpretado y grabado en 1954 por Obdulio y Julián, para Sonolux, LP 12164.

Sonoridades de la montaña. Músicas de Antioquia. (2015). Corporación Cultural "Canchimalos" (Producción, Músicos y Arreglos).

Tierra buena (pasillo), letra de León Zafir y música de Carlos Vieco Ortiz, interpretado por el dúo Germán y Leonel (Germán Rodríguez Velásquez y Leonel Villegas), en el disco *Por siempre* de Colmúsica.

Tierra labrantía (pasillo), letra de León Zafir y música de Carlos Vieco Ortiz, interpretado por vez primera por Alfonso Ortiz Tirado, grabado en Bogotá con el respaldo de la orquesta del maestro Francisco Cristancho, y después por numerosos solistas, duetos y tríos.

TULIO ELÍ CHINCHILLA HERRERA

Doctor en Derecho y Ciencias Políticas, Universidad de Antioquia. Profesor emérito de la Facultad de Derecho de la Universidad de Antioquia. Proyecto: Literaturas y culturas del Nordeste.

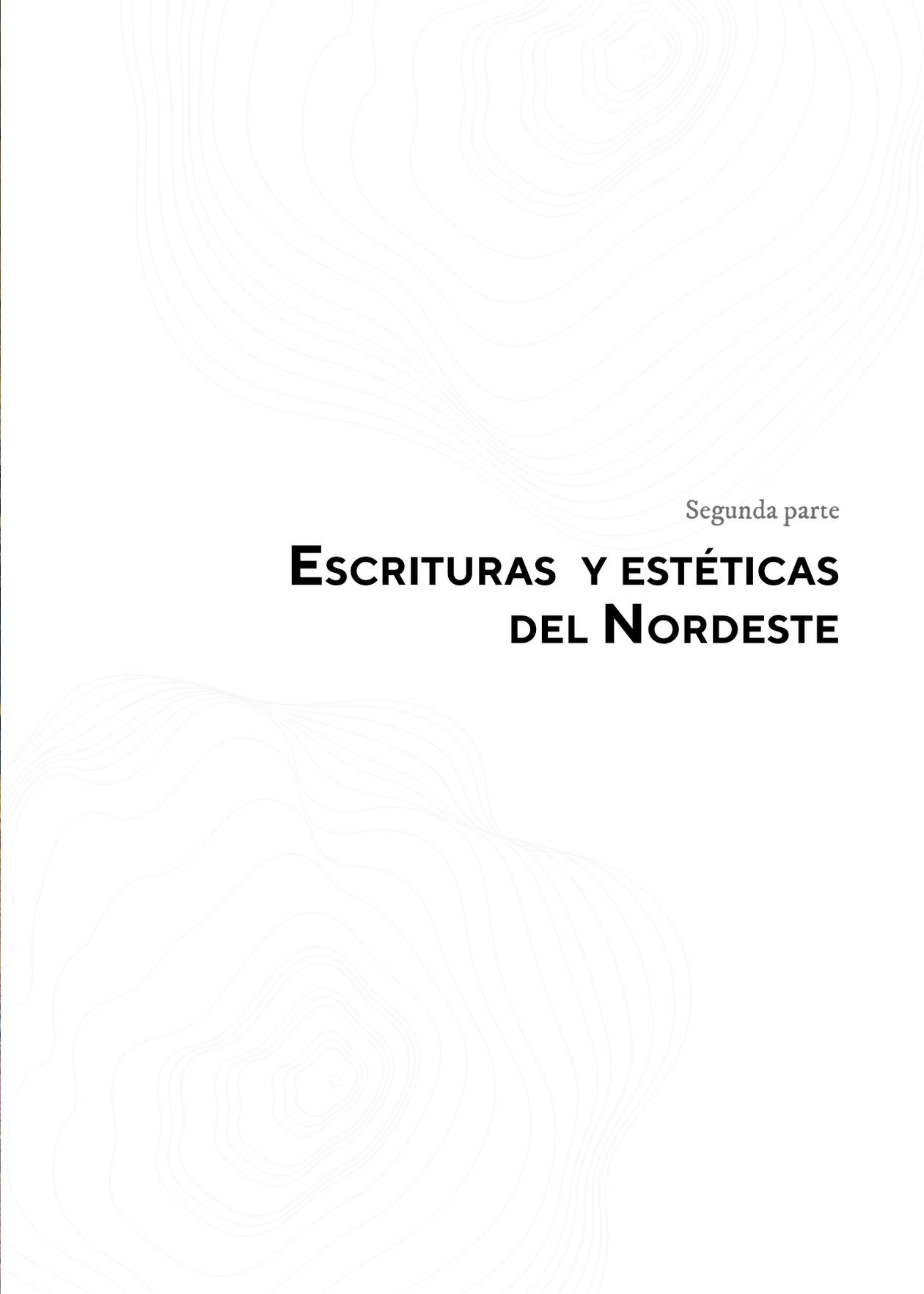
Correo electrónico: tulio.chinchilla@udea.edu.co

LUIS CARLOS RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Médico, magíster en Historia, candidato a Doctor en Artes, Universidad de Antioquia. Profesor de cátedra e investigador en el Departamento de Música de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia. Miembro de Número de la Academia Antioqueña de Historia, miembro del Consejo Académico del Patronato Colombiano de Artes y Ciencias. Proyecto: Literaturas y culturas del Nordeste.

Correo electrónico: lcarlos.rodriguez@udea.edu.co





Segunda parte

ESCRITURAS Y ESTÉTICAS DEL NORDESTE

Juan de Toro y Zapata (Remedios, 1597-Honda, 1654)¹

CARTA SOBRE LA SUBLEVACIÓN PORTUGUESA EN CARTAGENA [1642]

Cartagena de Indias y octubre 7 de 1642²

Pax Christi, etcétera: con muy gran cuidado hemos estado todos los de esta casa de su viaje de Vuestra Reverencia; deseamos que haya sido con mucha felicidad. En

¹ Nota del transcriptor (N. del T.): la difusión local de este escrito mediante el impreso periódico de la Academia Antioqueña de Historia tuvo esta presentación: "En este mismo *Repertorio histórico* (1969), fue presentado a los lectores el jesuita remediano Juan de Toro (1597-1654), que figura como el primero, cronológicamente, de los escritores antioqueños. En dicha semblanza se habló acerca de su notable sermón sobre san Ignacio de Loyola, impreso en Zaragoza, España, en 1644. Hoy presentamos a los lectores del *Repertorio histórico* la carta que el padre Toro escribió con fecha 7 de octubre de 1642 desde Cartagena de Indias, narrando una sublevación portuguesa allí acaecida en julio de ese mismo año. Sobre lo que fue curioso episodio puede leerse el artículo del insigne historiador jesuita padre Juan Manuel Pacheco en *Boletín de Historia y Antigüedades* (1955), (49-492), 557-560. La carta del padre Juan de Toro fue reproducida en *Memorial histórico español* (1862), t. XVI, Madrid, 469-474".

Dentro de la vasta serie del memorial, subtitulada *Colección de documentos, opúsculos y antigüedades que publica la Real Academia de la Historia*, el tomo XVI era el tercero de siete tomos de *Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús sobre los sucesos de la monarquía entre los años 1634 y 1648*, "catorce años del reinado de Felipe IV, desde la célebre batalla de Norlinguen, en Alemania, hasta el levantamiento de Tomás Aniello, en Nápoles, incluyéndose en dicho período las guerras de Francia e Italia, la separación de Portugal, etc.". El tomo "comprende desde 22 de setiembre de 1640 a fines de enero de 1643". Las cartas estaban dirigidas al jesuita y profesor sevillano Rafael Pereyra, o, al menos, él las compiló y ordenó en tomos, precediéndolas de relaciones sobre el papado, la monarquía y la jerarquía misma de los jesuitas. Expulsados estos del Imperio español por Carlos III, los tomos terminaron custodiados por la Real Academia de Historia. La institución presenta en aquellos un estudio sobre el valor historiográfico del acervo, testimonio único de la vida intelectual y noticiosa de la Compañía de Jesús, y publica distintas cartas indicando el tomo y el folio, tratando de unificar nombres de personas y lugares y añadiendo, principalmente, las anotaciones del mismo Pereyra.

² N. de las E.: Juan de Toro es también autor del *Sermón en la solemne fiesta que celebró el colegio Imperial de la Compañía de Jesús de la Corte, a su glorioso patriarca San Ignacio. Hízolo dar a la imprenta el señor doctor Don Francisco de Boya, tesorero de la Santa Iglesia Catedral de la ciudad de Santa Fe, del Nuevo Reino de Granada, año 1644 con licencia de Zaragoza*. Según Carlos E. Mesa, en *Escritores de Antioquia* (1986), por testimonios del jesuita Juan Manuel Pacheco, Juan de Toro "es el primer escritor antioqueño y con justicia debe iniciar la lista de los literatos de la montaña. Más aún, creemos que este sermón es la primera publicación de un trabajo literario de un colombiano" (p. 556). Esta visión colonial planteada por Pacheco la retoma Mesa, quien además trae al jesuita Matías Tapia y Beltrán (Medellín, 1657-Cádiz, 1717) como otro contribuyente a la tradición literaria colonial con la obra: *El mudo lamento de la vastísima y numerosa gentilidad que habita las dilatadas márgenes del caudaloso Orinoco, su origen y sus vertientes a los piadosos oídos de la majestad católica de las Españas, nuestro señor don Felipe V, que Dios guarde*, Cádiz, 1715. No fue posible obtener para este trabajo el texto del *Sermón*...

esta le pondré a Vuestra Reverencia una breve relación de los sucesos tan varios que ha habido en esta ciudad después de la partida de ella de Vuestra Reverencia y empezando por el gobernador, que ha sido el principal papel de la comedia, digo que luego que Vuestra Reverencia se fue, vino el oidor don Bernardino a tomarle cuenta de los excesos que las cédulas de Su Majestad referían, por inducción del presidente de Santa Fe.

Venía con muy gran deseo de favorecerle cuanto pudiese y así trató luego de empezar su comisión por los oficiales reales, por la residencia de Murga y por otras cosas que traía a su cargo para darle un año de tiempo al gobernador en que pudiese componer sus cosas con las partes, hacer las amistades con todos, y quedarse riendo de lo que había hecho hasta allí; pero no lo permitió Dios, porque enviándole el oidor a comunicar este su intento, él, con su acostumbrada soberbia y arrogancia, le respondió que empezase por sus causas, que esa era la mayor merced que le podía hacer, y luego dijo a otros que el oidor traía papeles, y no cédulas del Rey, y que entraba ya rogándole y temiéndole, conque el oidor se irritó y empezó por él su comisión, con tanta máquina de capítulos, que luego pusieron contra el gobernador sus enemigos, que fue fuerza el mandarle a este saliese de la ciudad y fuese a Tolú.³

Esto se moderó después y últimamente, con grandes repugnancias, el oidor le hizo salir a lo de Matute; pero ni allí se sosegó, sino que, con achaques de que había recibido cédulas de Su Majestad, se volvió a meter en la ciudad y puso gran terror y miedo al oidor y a los vecinos, haciendo un razonamiento de los que él suele a los del Cabildo, en que, entre otras cosas, les dijo que si no le estaban sujetos y obedecían a él, y no al oidor, les había de hacer derribar las casas con la artillería, que hizo cargar la de la media luna y Santa Catalina y abocarla contra la ciudad; pero el oidor, mostrando muy buen brío, juntamente con el general Pimienta y el general portugués y muchos del Cabildo y otros caballeros en carrozas, se fueron un día desde nuestra plazuela a la plaza grande enfrente de sus casas y allí el oidor le hizo pregonar y notificar por suspenso en el oficio de gobernador y que se diese por preso.

Aquí hubo toros y cañas; el gobernador había fortificado su casa para esta ocasión y puesto puertas de rastrillo en las escaleras y metido una manga de soldados con sus mosquetes; pero nada le valió, porque mientras le hacían la notificación y la pregonaban —era un mundo de gente el que había en la plaza—, él no hacía sino dar gritos, que disparasen los mosquetes y matasen al oidor, y los soldados se hacían de los turbados y que no acertaban a disparar, conque se enfureció como un león y dijo

³ N. del T.: el *Memorial histórico español* imprime: "Folu"; aunque el *Repertorio histórico* no da razones para el cambio, mantengo esta intervención ante la ausencia de noticias de una ciudad colonial con aquel nombre. Tolú es, pues, caso plausible.

mil disparates al oidor y a los que estaban con él; y embrazando una lanza bajó abajo y por entre las rejas de la puerta del rastrillo que había hecho poner, le tiró al oidor dos botes de lanza, que si no se aparta con destreza y con miedo, que fue el que le dio bríos, lo pasa de parte a parte.

Últimamente, él quedó por suspenso y puesta pena de la vida que no le obedeciesen capitanes y soldados. Conque luego se retiró el cuerpo de guardia, y siguió al sargento mayor, y él se quedó solo con los soldados que tenía dentro encerrados. Y fue cosa graciosa: cuando daba gritos que disparasen, el vulgo y los muchachos le silbaban y él decía entonces que le fuesen testigos como el pueblo le aclamaba. Últimamente, él se quedó allí encerrado, hecho un tigre, y el pueblo y la milicia reconoció por gobernador al sargento mayor. Aquella noche les hizo una plática a los soldados que tenía dentro, en que les ponderó el amor grande con que había gobernado y la obligación en que estaban de defenderle; ellos se quitaron de ruido y habiendo cenado y bebido muy bien a costa del gobernador, a medianoche, de uno en uno, se fueron saliendo por una ventanilla, sacando su bandera y saliendo muy airosos con haberle dejado solo con unos pocos de sus íntimos amigos.

De allí a pocos días hizo fuga en hábito de negro cochero y tomó el camino de Santa Marta y, habiendo enviado tras él, le alcanzaron allí metido ya en un aviso para irse a España. Prendieronle y, fingiéndose malo, usó de una estratagemata notable con que engañó a los guardas. Y fue que al descuido metió un fraile en la cama para que hiciese el bulto y su mismo hijo le estaba haciendo aire con el abanico para que los soldados de posta pensasen que era él y, entre tanto, se vistió unas naguas de una negra y, teñida la cara, con un canasto en la cabeza, salió por unos trascorrales para huirse y esconderse. Llegó un soldado y reconoció la cama y el enfermo y, hallando que era un fraile, dio gritos y dijo que se había huido el señor gobernador. Salieron tras él y tuvo tiempo para meterse en San Francisco, con que se llamó a iglesia; pero de ella le sacaron y le trajeron a esta ciudad, donde le llevaron preso al castillo grande y allí lo ha estado con dos mil embustes, hasta que ahora, cuatro o seis días, le restituyeron a la iglesia y ahora se está en San Francisco, en la misma parte donde estaba Cuadrado; dicen saldrá presto la sentencia, y que será conforme a sus méritos. El señor Inquisidor le favorece, y algunos otros amigos que se ha ganado en el tiempo de sus trabajos, y él se está tan soberbio como siempre.

El general Pimienta tuvo muy buen suceso en lo de Santa Catalina: rindió aquella isla con pérdida de tres o cuatro soldados solamente. Está ya fortificada por los nuestros y dicen que es un paraíso y de tanta importancia como ladronera que los holandeses les daban a los ingleses cuatrocientos mil ducados por ella. El pillaje fue de importancia, aunque había pocos días que habían remitido a Inglaterra las perlas y las tintas que aquel año habían robado. Allí intentaron algunos portugueses matar

al general Pimienta y a su general de ellos e irse a Portugal; descubriose la traición y escopetearon las cabezas, con que se remedió por entonces.

En esta ciudad, mientras Pimienta fue por la plata a Portobelo, intentó el conde de Castelmayor y otros de los portugueses enseñorearse de Getsemaní y de los fuertes de la media luna, con intento de llevarse los navíos que habían quedado aquí a Portugal o con mayores intentos aun de saquear la ciudad.⁴ Esta traición descubrió un capitán portugués, caballero del hábito de Cristo: púsose la ciudad en arma, prendieron al Conde y a muchos cómplices. A casi todos ellos se ha disimulado, pero la sentencia del Conde salió ayer, en que le dan por traidor y le condenan a muerte y a perdimiento de todos sus bienes y honras y que le den tormento para que descubra los cómplices. Esto último es bien superfluo porque es cosa tan pública que no pueden ser más quienes fueron sus cómplices y, ahora sea razón de Estado, ahora piedad, ha habido mucho disimulo con ellos.

Lo de nuestra casa se ha mejorado algo este año; lo temporal, porque con el buen cuidado del hermano Francisco Riberos y con una ayuda de costa que nos dio el padre Murillo, hemos acrecentado lo de Matuna, en dieciocho piezas de esclavos, y dentro de un mes meteremos otros ocho o diez con que aquella hacienda será de importancia.

El padre Gabriel de la Puebla, que venía por visitador de la provincia del Perú, se lo llevó Nuestro Señor en Portobelo, luego que llegó. Su compañía se vuelve en esta ocasión a España. El padre Benito Díaz murió en Tunja y el hermano Antonio Álvarez en Pamplona.

Esto es lo que por acá hay que avisar a Vuestra Reverencia, a quien suplico se sirva de encomendarnos a Nuestro Señor y mandarnos lo que fuere de su gusto, que no estorbará todo el mar Océano para que yo no acuda a ello con mucha voluntad.

El aljibe ha empezado ya a coger agua; ha salido muy lindo y seguro; todos le echan mil bendiciones a Vuestra Reverencia, a quien guarde Nuestro Señor.

⁴ N. del T.: anota el *Memorial histórico español*: "Aunque dice Castelmayor, según está impreso, debe ser *Castelmilhor*, título portugués". Por otro lado, Juan de Toro nombra de dos formas la misma población adonde viajó el general Pimienta: Puerto Velo y Puerto Belo; el *Memorial* glosó el primer nombre, Portovelo, el segundo, Portobelo. Unifico con el segundo, correspondiente a la actual ciudad homónima de Panamá. Por último, el *Memorial*, en su tomo XIX (1851), séptimo y último de la serie de las cartas de jesuitas, incluye al final unas notas a manera de "adiciones y correcciones" (p. 410). Además, en relación con este pasaje de la carta de Toro explica: "A no haber hallado posteriormente a la publicación de este tomo una relación portuguesa de esta audaz tentativa, no hubiéramos descubierto que aquel nombre estaba mal escrito y que en lugar de Fesamamani había de leerse Jesamani o Jesemani". Unifico, en suma, con el actual nombre del barrio cartagenero, Getsemaní.

Ya ha salido la sentencia del gobernador, que, en sustancia, viene a ser multa y costas de más de cincuenta mil patacones; privado de su oficio y de oficio Real para todos los días de su vida y desterrado de las Indias para siempre, Hijo y siervo de Vuestra Reverencia, Juan de Toro.⁵

Cartagena de Indias, octubre 7 de 1642.

Fuente: De Toro y Zapata, J. (1983). *Repertorio histórico de la Academia Antioqueña de Historia*, 36(242), 18-22.

JUAN DE TORO Y ZAPATA

Se desempeñó como profesor en el Colegio de la Compañía de Jesús, hoy Universidad Javeriana. Dictó la cátedra de Filosofía, después la de Teología y posteriormente la de Sagradas Escrituras. Según Carlos E. Mesa (2020):

En sus días de catedrático vivió el grave conflicto y ruidoso pleito que medió entre el arzobispo don Bernardino de Almanza y la Compañía de Jesús. [...] El padre Toro fue destinado a la comunidad de Cartagena de Indias a la sazón que esta se iluminaba con las virtudes heroicas de San Pedro Claver, servidor de los esclavos y bautizador de los negros. De estos días se conservan dos relatos escritos por el padre Toro sobre acontecimientos de la ciudad heroica y que constituyen notables aportaciones para la historia colonial (pp. 236-243.).

⁵ N. del T.: nota incluida en la reproducción del *Repertorio Histórico*, tomada del *Memorial histórico español*: "Al margen de esta carta se halla la nota que sigue, de letra del padre Pereyra: acerca de esta carta, hay otras circunstancias particulares de este gobernador; lo primero, que en el navío de aviso que dice que estaba embarcado para España, de donde lo sacaron, este aviso cogió Diego el mulato, criollo cristiano, corsario y almirante de holandeses, y mató a un canónigo que iba en él. Ítem: después de departidos los galeones, salió con una fragatilla a alcanzar los galeones en La Habana y tardó treinta y seis días, siendo viaje de dieciocho, y los demás hasta treinta y seis estuvo e iba padeciendo por falta de mantenimiento. Llegó a La Habana, adonde teniendo fletado pasaje en La Almiranta, se desconcertó en ella y fletó otro navío de los doce que se perdieron y padeció mil miserias y últimamente llegó a España, de donde le envían preso a Madrid, por mayo de 1642. Esto me dijo el padre Procurador general de Chile, que vino en dichos galeones".

Carlos Segismundo de Greiff

(Vesmania-Suecia, 1793-Remedios, 1870)

AUTOBIOGRAFÍA¹

Nos quoque florecimus sed flos fuit ille caducas
Ovidio

Nací a fines del siglo pasado. Fui el menor de cinco hermanos. Mi padre pertenecía a una familia distinguida por haber desempeñado honrosos empleos en la Legislatura representativa del país y en la carrera de las armas. Se casó con la hija de un rico hacendado, cuya dote reunida a lo que heredó de mi abuelo paterno elevó su caudal a 250.000 pesos fuertes, de los cuales era poseedor al tiempo de mi nacimiento. Era hombre generoso en grado superlativo; en prueba de lo cual puedo referir que regaló la cuarta parte de sus bienes a un cuñado, compadecido de la aflicción en que lo veía sumido a consecuencia de la pérdida de varios miembros de la familia de este. Podría citar más ejemplos de desprendimiento, pero me basta decir que su largueza era tal que al tiempo de su muerte no dejó a sus herederos sino la vigésima parte de su fortuna mencionada.

Los primeros años los pasé en la casa paterna. Mi constitución física era extraordinariamente débil y enfermiza, y tal que mis primeros siete años los pasé sucesivamente en la cuna y en el lecho. Enfermedades continuas me privaron de todos los placeres propios de mi edad; y mi único entretenimiento eran las especulaciones metafísicas, que desde tan temprana edad preocuparon mi razón y dieron vuelo a mi fantasía ardiente. Parecía que la naturaleza quería compensar mis sufrimientos físicos, pues a la edad en que otros comienzan apenas su instrucción, tenía adquiridos yo los primeros elementos de la mía.

¹ N. de las E.: Este texto es cortesía del filólogo hispanista Luis Quiroz Jiménez, transcriptor del mismo. Para *Memoria cultural del Nordeste antioqueño* (2020), Luis Quiroz Jiménez y Carlos Andrés Hidalgo Holguín elaboran el artículo: "Modernización de la provincia de Antioquia e inmigración. Carlos Segismundo de Greiff", al cual remitimos. Entre otros asuntos, toman "la pregunta por la modernización de la provincia de Antioquia como una parte de la modernización hispanoamericana, radicalmente abierta con la Independencia política y con la expansión mundial de la burguesía" (p. 38).

Una fuente bibliográfica importante para los autores del trabajo anterior fue: De Greiff Bravo (1995, pp. 5-22). Para ampliar documentación véase: Gómez Barrientos (1924, pp. 450-454). También, según Quiroz Jiménez, es pertinente consultar de Vásquez Lopera (2006), porque, al servicio de la interpretación del poeta, de su bisabuelo el investigador Vásquez Lopera rastrea un diario de viaje a Colombia que Segismundo envió a Suecia y que se publicó por entregas rápidamente.

Un año bastó para que yo recobrar, milagrosamente, las fuerzas correspondientes a mi edad, pues al cumplir ocho años no tenía ya compañero que me aventajase en la lucha y en otros ejercicios de la infancia. Mis juegos tendían siempre a demostraciones de cálculo: en experimentar las muchas ideas que formé durante mi encierro y arriesgué varias veces la vida. Cuatro veces estuve a punto de ahogarme, en la última de las cuales me vio mi padre al tiempo que yo bajaba, sirviéndome de embarcación un pedazo de hielo, por unos chorros espantosos de un río bastante caudaloso: acudió a salvarme, lo que verificó con grave peligro de su vida.

Conservando siempre el gusto por la lectura, a la vez que me entregaba a todas las extravagancias de mi edad, era natural que, más que cualquiera otra clase de libros, fijasen mi atención los que estaban en consonancia con mi carácter exaltado; así es que leía de preferencia a todo los romances, vidas y hazañas de una porción de bandidos o salteadores que en aquel tiempo, más que en el presente, infestaban varios países de Europa y que, reunidos, burlaban las fuerzas de los gobiernos y la vigilancia de la policía. Ellos se presentaban abiertamente al saqueo de ricas poblaciones y al combate contra tropas valientes y numerosas. Ha habido muchos de entre ellos que, por su valor y por ciertas demostraciones de generosidad a su modo, han logrado llamar la atención hasta el punto de que algunos los hayan pintado como hombres que, perseguidos por la injusticia de los poderosos, se dedicaron, despechados, a esa criminosa vida para vengarse de ellos y proteger a los débiles.²

Esas narraciones, tan propias para seducir la imaginación débil y ardiente de un niño, eran de mi mayor agrado, y consideraba a sus héroes como víctimas del egoísmo y del orgullo. Me parecía que era abnegación la resolución que habían tomado de abandonar la vida social y que esta resolución tenía su origen, más bien que en el placer del robo y de la vida vagabunda, en el deseo de una justa venganza y en un amor noble a la independencia. Tan falsas ideas, imbuidas por tales lecturas, se acordaban demasiado con mi irreflexivo e innato amor a la independencia y la justicia: compré de esos libros cuantos pude hallar, los leí a los jóvenes hijos de artesanos empleados de mi padre, que vivían en las cercanías; y a los once años de edad me vi elegido Capitán de una pequeña compañía que, con el nombre de Celadores, se formó con el objetivo de combatir todo género de opresión.

Nuestras proezas fueron de poca importancia; pero al fin nos reunimos una vez con el objetivo de destruir un pueblo entero, que nos pareció merecer una corrección de nuestra parte. La empresa, mal combinada y peor comenzada, fue descubierta en tiempo oportuno, y todos fuimos severamente castigados por mi padre; con lo cual

² Nota del autor (En adelante N. del A.): a este género corruptor de los romances pertenece la inmortal tragedia del ilustre Schiller titulada *Los Bandidos*, obra que su mismo autor censuraba cuando su genio privilegiado se elevó, al madurarse, a regiones de pureza.

se disolvió nuestra compañía, quedando yo entregado nuevamente a los estudios necesarios para mi entrada en la Academia Militar, en la cual me dispensaron las clases elementales, y comencé desde el primer día de la recepción el curso de táctica y de matemáticas. A poco tiempo me dieron premios y avancé al grado de sargento, del cual me rebajaron algunos días después, por haber tomado parte, y con demasiado calor, en una rebelión emprendida por los alumnos contra el Gobierno, la que no parecía, en manera alguna, obra de muchachos.

El Director de la Academia Militar tenía establecida una policía inquisitorial en el instituto, cuyos alumnos eran, en gran parte, de las principales familias del país y, en parte también, de los respetables y siempre liberales labradores de la Suecia. Quería de este modo, así como el Rey Gustavo Adolfo, penetrar la opinión de nuestros padres y parientes. A unos los interrogaba con caricias, a otros con demasiada aspereza, pero no consiguió su designio.

Con nuestros profesores liberales, e interesados en nuestra educación, tratábamos diariamente de los bellos rasgos de patriotismo que narra la Historia; y las ideas de libertad dominaban en nuestra cabeza.

Nos impusimos del descontento que reinaba en el país y determinamos poner presos al Director y a los oficiales que estaban de acuerdo con él, llevarlos a la capital al Justicia-Mayor, y comenzar una revolución, que nos parecía necesaria. Al dar principio con el maltrato y arresto de unos oficiales, fuimos cercados por un destacamento de tropas y desarmados, después de una resistencia regular, y, en seguida, puestos en una especie de reclusión, que terminó con la revolución ocurrida en Suecia en el año de 1809.

Poco después de haber cumplido catorce años, me presenté a sostener el examen requerido para ser empleado en el Ejército. Los certificados de mis maestros me eran favorables; pero mi poca edad y el testimonio que dieron mis jefes y oficiales, calificándome de tumultuoso e insubordinado, eran para mí obstáculos muy grandes, que, sin duda alguna, hubieran vencido, si la desastrosa guerra que por cinco años sostuvo la Suecia contra toda la Europa reunida no hubiera rebajado la oficialidad a la tercera parte de su plana.

Un general viejo y valiente era el más opuesto, pero, merced a una chuscada mía, se ablandó y fue en lo sucesivo mi más constante defensor.³

³ N. del A.: dijo el General A. que yo era demasiado joven e insubordinado para poder entrar en el Ejército; le pedí permiso para hablar y, con respecto a lo primero, le referí la anécdota del embajador que no fue recibido en una corte "por ser muy joven", como dijeron los ministros de ella, a quienes él dijo: "Si el Rey mi Señor hubiera sabido que ustedes hacían más caso de una barba que de los méritos, habría mandado un cabrón y no a un hombre como yo". A lo segundo, dije que bastaba el ejemplo del mismo

Mi entrada en el mundo fue precedida de un acontecimiento que no ha dejado de tener mucho influjo, tanto con respecto a mi carácter como a mis destinos ulteriores: la revolución de Suecia y el destronamiento del Rey Gustavo Adolfo; pero para referirlo es necesario hacer un sucinto de las instituciones de Suecia y del carácter de sus últimos gobernantes.

Las leyes constitutivas del Reino de Suecia son anteriores al principio de la era cristiana para aquel país. Ellas dan al pueblo entero, y sin excepción alguna, el derecho de sufragio para elegir a los miembros de la Legislatura o Senado, y el Rey no fue al principio sino el jefe que los mandaba en tiempo de guerra y que tenía, para con el Gobierno Civil, un teniente, elegido también por el pueblo. Con el tiempo fueron cesando poco a poco las continuas guerras; y quedó el Rey encargado de la magistratura suprema, y su teniente (Justicia-Mayor), conservado hasta entonces como ejecutor de la ley, quedó funcionando como fiscal del pueblo para vigilar más de cerca el manejo del Rey e impedir los actos de este que infringieran el pacto social. Las asambleas legislativas tenían sus sesiones fijas, y ante ellas tenían que responder tanto el Rey como el Justicia-Mayor. Muchas veces los informes de este hicieron deponer al Rey por la sola sospecha de que este último quería variar las instituciones liberales del país. Otras veces el pueblo toleraba actos ilegítimos de los Reyes, de pequeña significación, cuando estos habían sabido granjearse su amor, manifestando un carácter franco y benévolo, o por sus grandes méritos como guerreros, pues la guerra ha sido *manía* de nuestro país, desde el tiempo en que los antiguos escandinavos o godos conquistaron toda la parte meridional de la Europa hasta el presente. En todo caso, la libertad se recobraba sin ruido y a la primera reunión de los representantes del pueblo, como sucedió a la muerte de Carlos XII y de otros varios, sin que por eso hubieran perdido sus descendientes el derecho de herencia al trono, que tenían por la ley fundamental. Al fin Gustavo III, que a vastos talentos reunía un carácter amable, pero astuto, y que era sobrino del Gran Federico de Prusia, habiéndose dejado persuadir por este y los demás soberanos de Europa de que era vergonzoso ser el *único* entre ellos que no tenía más poder que el que sus mismos súbditos querían concederle, formó un plan para apoderarse del mando absoluto; lo cual ejecutó [1772] con la mayor destreza, dejando al pueblo todas las apariencias de las formas antiguas, pero sujeto a su dirección discrecional. Dieciséis años gobernó de esta manera, permaneciendo sosegados los muchos descontentos, mientras el nuevo sistema fue útil y provechoso al país; pero ya cesaba el disimulo del Rey y se agotaba la paciencia del pueblo y solamente provocando y emprendiendo una guerra contra Rusia logró mantener, por un tiempo, tranquilos a los descontentos, dándoles una ocupación del agrado de ellos y que a él le dejaba las manos libres para hacer lo que quisiera.

General para reformar en pocos días mis defectos. Se rio el viejo y con un "vamos a ver" me admitió al examen y al servicio.

Era valiente, y comenzó nuevamente a granjearse el afecto público; pero cuando después de pérdida una acción quiso, con una felonía poco común, culpar a su valiente ejército, se desesperaron los ánimos y hubo de suspenderse la guerra.⁴ Poco después se vio obligado a reunir la representación nacional. Entonces se quitó la máscara y quiso imponer a los representantes con sus amenazas; avanzó más: los hizo poner presos, por medio de algunas tropas semi-extranjeras, e hizo que les siguieran causa.⁵ A este tiempo se reunieron doce jóvenes, los que arrojaron suertes para decidir de esa manera cuál de ellos debía matar al Rey, lo que en efecto fue ejecutado en la Corte misma, sin que el asesino disimulara su atroz atentado y sin que intentara dar siquiera un paso para escaparse. Fue condenado a muerte como cualquier otro asesino; y el hijo de Gustavo III, a la edad de catorce años, sucedió a su padre. Llamábase Gustavo Adolfo. Era menor de edad, motivo por el cual uno de sus tíos fue nombrado tutor; y todo volvió a su antiguo orden y tranquilidad anterior. Marchó bien el Estado durante la minoría. En esa época reconoció la Suecia, antes que ninguna otra nación de Europa, la República francesa.

Llegó el tiempo en que el Rey se encargara personalmente del Gobierno; y entonces comenzaron de nuevo los disturbios. Llegada la primera reunión del Congreso, no pudiendo el Rey hacer aceptar las reformas que propuso, ni tampoco hacer declarar la guerra a la Francia, determinó aguardar del tiempo una ocasión favorable, la cual se le presentó cuando, vencidas la Rusia, la Prusia y el Austria por Napoleón [1804], tuvieron lugar varios insultos contra la Suecia. Esta declaró la guerra contra Rusia, Prusia, Austria, Francia, Dinamarca y toda la Alemania, naciones que reunían entre todas más de ciento cuarenta millones de habitantes, mientras que Suecia solo contaba para su defensa con una población de cuatro a cinco millones y una excelente posición geográfica; lo que, aunque poco, valía más que la pérvida alianza de Inglaterra con sus promesas nunca cumplidas.⁶

⁴ N. del A.: el hecho siguiente prueba la perversidad de Gustavo III: Mandando su hermano Carlos una escuadra, embistió a un número mayor de rusos, confiado en nuestra superioridad moral; pero, por más señales u órdenes que dio, su almirante no avanzó con sus buques cuando estaba Carlos en lo más ardiente de la refriega. Sin embargo, venció, y debía haber destruido la escuadra enemiga, si todas las fuerzas hubieran participado del combate. Carlos puso preso al almirante y, cuando lo iba a fusilar, le presentó este un salvo-conducto del Rey, cuya envidia no podía soportar el triunfo de su hermano.

⁵ N. del A.: el Rey tuvo la precaución de alejar todas las tropas nacionales y de rodearse de alemanas, pertenecientes a algunas provincias que poseía la Suecia en aquel país; las cuales tenían más interés por el Soberano que por un pueblo cuyas instituciones liberales les eran desconocidas.

⁶ N. del A.: Inglaterra, cuya política en el mundo ha sido siempre maquiavélica, fomentó y combatió, al mismo tiempo, la Revolución francesa. Declaró la guerra a la Francia para defender el gobierno de Luis XVI, al mismo tiempo que sus agentes secretos excitaban al pueblo contra él. Organizó un cuerpo de emigrados franceses para que, como aliados, combatesen en favor de la legitimidad, y los desembarcó en Quiberón, entregándolos a la cuchilla republicana. Promovió la guerra en todo el continente, participando solamente de los despojos del enemigo y abandonando a sus aliados en toda situación crítica. Tal fue su conducta para con la Suecia, a la cual sacrificó, suministrando recursos a sus enemigos para destruirla, mientras esta combatía únicamente por el interés comercial de la Inglaterra. La mala fe de un amigo nunca se olvida. ¿Qué diremos, pues, los suecos de la desvergüenza que tuvieron

La guerra, naturalmente, fue desastrosa, y al principio del año de 1809 habían perecido sobre nuestras fronteras de doscientos cincuenta a trescientos mil habitantes. Los hielos destruyeron tres cosechas consecutivas, y, en medio de tantas calamidades, el Rey se denegaba a convocar la representación nacional, para lo cual instaba el Justicia-Mayor. Se reunieron a este magistrado algunos hombres determinados, entre los cuales se hallaba mi padre; hablaron al Rey exigiéndole el cumplimiento de sus deberes, pero como este se denegó a todo, lo pusieron preso, y expidió el Justicia-Mayor la correspondiente convocatoria a la representación nacional. Media hora después del arresto del Rey, este huyó al cuartel de los alemanes, que era la única tropa existente en la capital, y allí fue mi padre y solo sacó al Rey, después de haber recibido una herida, y lo condujo al palacio, a pesar de la oposición de las tropas y del silencio del pueblo reunido que, aunque disgustado con el Rey, no podía verlo sin algún sentimiento en esa situación. La reconocida rectitud y firmeza de mi padre los detuvo, a unos por la confianza en su buen proceder, y a otros, por respeto. El Rey fue escoltado por una columna de milicias a un palacio de campo, y toda la revolución se hizo en dos horas, sin más efusión de sangre que la que vertió mi padre de la herida que le hizo el Rey en persona.

El tío de Gustavo Adolfo había sido elegido Rey, con el nombre de Carlos XIII, cuando yo entré al servicio. Era un hombre de los más liberales que han nacido cerca del trono; tenía un genio verdaderamente de caballero, y se había granjeado desde su juventud el amor de sus compatriotas, tanto por sus virtudes sociales como por el indómito valor con que combatió a nuestros enemigos natos, los rusos y dinamarqueses.

Era amigo particular de mi padre y me admitió con mucha benevolencia en sus guardias, con los cuales fui destinado a custodiar al Rey Gustavo Adolfo hasta el fin del año en que fue desterrado de Suecia, y volví a la guerra por los pocos meses que duró hasta hacerse la paz general en 1810.⁷

el gobierno inglés y sus agentes en hacer alarde públicamente de su conducta, calificándola como de la más refinada política?

⁷ N. del A.: en el Congreso de 1810 se trató de elegir sucesor de Carlos XIII, que ya en una edad avanzada no tenía hijos, y únicamente fue electo un conde de Esser, Mariscal de Suecia, el cual rehusó aceptar, haciendo ver a sus compatriotas que la elección de un ciudadano sueco no convenía, en consideración a sus relaciones de familia, que eran el origen de los celos, envidia y disgustos. También los instó a no elegir a ningún príncipe cuyas relaciones políticas pudieran tener influencia sobre la suerte de la patria, sino más bien a un particular extranjero que, no teniendo relaciones dentro y fuera del país, pudiera enteramente consagrarse al bien del Estado, por obligación y por gratitud. Su consejo fue adoptado, y se eligió unánimemente al príncipe de Pontecorvo (Bernadotte), Mariscal de Francia, a la sazón en desgracia con Napoleón por causa de su genio franco, por republicano y por discordias antiguas, desde el establecimiento del Consulado en Francia.

Poco tiempo me quedaba para mi recreo: el servicio de mi cuerpo era muy riguroso y, además de esto, el mismo “viejo General” que no quiso admitirme en el examen del Colegio militar me agregó al Estado Mayor General, sin dispensarme del servicio de mi cuerpo, y me privó hasta del descanso en la noche, lo que, sin embargo, no sentí, por ser este un medio de adquirir más conocimientos y por las relaciones que formaba con las personas más distinguidas del Ejército y de la Corte. Mi genio era sumamente vivo y alegre, y adquirí la benevolencia general de cuantos me trataban; pero como, al mismo tiempo, mi demasiada franqueza no me dejaba pasar mis palabras en materias un poco delicadas, fui considerado por algunos jefes y superiores como “revolucionario y jacobino”, al mismo tiempo que mis compañeros y amigos me daban el sobrenombre de “el sueco”.

En el mismo año fue elegido Bernadotte, Príncipe hereditario de la corona; y la insolente preponderancia del gabinete francés comenzaba a trastornar la tranquilidad de que habíamos gozado solamente por unos pocos días. Invadió Napoleón algunas provincias que la Suecia tenía en Alemania, sin declaración de guerra, sin la menor provocación por parte de la Suecia. Hizo desarmar las pequeñas guarniciones y llevarlas prisioneras a Francia, y repartió los dominios del Gobierno entre algunos de sus generales y grandes de su Corte. Después de esto, nos propuso entrar en la coalición contra Rusia, y puso como condición, para obtener su amistad, el que se mandara la escuadra sueca con mineros de su tripulación a los puertos de Francia para servir bajo las órdenes de oficiales franceses. El Gobierno no pudo aceptar sus propuestas, tanto por su propio decoro como por respeto a las leyes del país, y, en Congreso reunido, se declaró la guerra a Napoleón y sus aliados, que a la sazón lo eran todas las naciones de Europa, exceptuando la Inglaterra y Rusia.

Napoleón hizo todavía una propuesta para separarnos del interés de Rusia, y prometió darnos algunas provincias de dicha nación y el Reino de Noruega, que en aquel tiempo pertenecía al más fiel de los aliados de Napoleón, al rey de Dinamarca, lo que, en lugar de seducirnos, puso más en claro su mala fe.

El año de 1812, llevó Napoleón a Rusia el más numeroso ejército que se haya visto en Europa desde el tiempo de los godos, hunos y vándalos. Era escogido en todas las poblaciones, desde el Niemen hasta los Pirineos, y capitaneado por hombres cuyos talentos y valor los harán inmortales. Aliados nosotros con la Rusia, abrimos la primera campaña contra Dinamarca, nuestra vecina, pero luego los rápidos progresos de Napoleón en Rusia [1812] hicieron necesario que nos acercásemos al teatro de la guerra general, y pasamos a Alemania, donde en pocos días reconquistamos a la Pomerania. Napoleón al mismo tiempo sufrió reveses en Rusia. Su bello ejército vencedor fue víctima del clima y de la presunción de su jefe. Napoleón había esperado que, en batiendo los ejércitos rusos, conseguiría una paz pronta y ventajosa, o que,

al menos, tendría buenos cuarteles de invierno en los hermosos países del sur de Rusia, pero todo fue calculado para su destrucción. Los ejércitos rusos fueron batidos, y en su retirada destruyeron cuanto pudiera servir a sus vencedores. Al mismo tiempo huyeron a los desiertos pueblos enteros; y las hordas de cosacos, basqueros, calmuco y demás bárbaros asiáticos destruyeron todos los convoyes de víveres y municiones pertenecientes al ejército francés. Sin entrar jamás en combate formal, hicieron un daño increíble a sus enemigos, persiguiendo y asesinando a todos los extraviados o los que se apartaban del grueso del ejército.

El incendio de Moscú, causado por los mismos rusos, abrió los ojos a Napoleón y determinó la retirada. Dejó el ejército al mando del príncipe Eugenio y marchó a Francia. Apenas se separó, todos sus aliados lo traicionaron; y en este tiempo se mostró más grande que nunca, cuando, abandonado por todos, resolvió, como león herido, luchar hasta la muerte.

El año de 1813 fue abundante en grandes batallas, y diariamente tuvimos combates de bastante consideración. Sirviendo en mi cuerpo, estuve en la mayor parte de ellos y recibí cuatro heridas en cuatro diferentes encuentros. Cumplí bien con mis obligaciones, y, a la edad de dieciocho años, me dieron una compañía de doscientas plazas, hombres que al mando de Alejandro hubieran conquistado el mundo entero. Fui mencionado en varias órdenes del día y partes al Gobierno. Combatí a la vista del Rey y de los jefes de más alta graduación, quienes, conociendo mi loca adhesión a la carrera de armas, me agasajaban y animaban mucho; pero nunca me ascendieron, ni tampoco me dieron alguno de los premios que abundaban para mis compañeros de armas.⁸

Siguió la guerra el año 13 en Alemania, el 14 en Francia y el 15 en Noruega. Ninguna fatiga, ninguna indiferencia para conmigo, pudo disminuir mi entusiasmo por la carrera, y no omití ninguna ocasión para estudiar mi profesión en el fondo y practicarla lo mejor posible. Recibí, como antes, algunos elogios de mis superiores, y me lisonjeaba la mención honorable que tal cual vez se hacía de mí al Gobierno. Pero siendo yo demasiado vivo y habiéndome constituido como observador y acusador de toda clase de errores y abusos de parte de mis superiores, y el crítico más intolerante contra todas las faltas cometidas contra ordenanzas, reglamentos y preceptos de la disciplina, se afirmaba más y más la idea de que yo era un revolucionario nato e incorregible. A esto contribuyó, no poco, la conocida rectitud de mi padre, su franco proceder en materias políticas y la atrevida acción de aprisionar al Rey en medio de

⁸ N. del A.: por lo que toca a los ascensos, no podía ni debía esperar más, pues a la edad de diecinueve años ya era Capitán, lo cual en Europa es gran avance respecto a tan poca edad.

sus más adictas tropas.⁹ La opinión que se formaban de mí se extendió desde mis jefes más inmediatos hasta el alto Gobierno, pero como fui estricto en mi conducta militar y privada, nada pudieron enrostrarme, y la amistad que me profesaban mis camaradas, subalternos y soldados hizo que mis jefes me guardaran acato y consideraciones. Volví de la guerra con el grado de Capitán y con la esperanza de obtener pronto otro mayor.

El año 16 fui recomendado por mi Jefe de Brigada para el grado de Jefe de Batallón, el cual no obtuve, por presentarse otros competidores de mayores servicios y más edad que yo. Para consolarme pedí licencia por dos años, y con otro compañero recorrí la mitad de Europa, a pie la mayor parte, hasta quedarme en la Academia de Ingenieros de Metz (Francia), y a fines del año 17 volví a Suecia; fui promovido al grado de Capitán del Estado Mayor General, y pasaba la mitad del año en los campamentos y en trabajar el mapa general de la Suecia¹⁰ y, la otra parte, en dar lecciones de táctica a los jóvenes alumnos de la Academia Militar.

Así pasé mi vida sin ninguna interrupción hasta el año de 1821, que publiqué un curso general de las Ciencias Militares y principié otro escrito-periódico, cuyo principal objeto era estimular a los jóvenes militares al estudio, dar noticias y extractos de la literatura contemporánea y, ante todo, proporcionarles un conocimiento completo y crítico de la historia militar de la patria, la cual había sido desfigurada por varios autores; pero se me escaparon aserciones y apreciaciones un poco fuertes, que hirieron hasta al joven Príncipe, que había tenido mucha parte en algunas reformas que se hicieron en el Ejército, y que a mí me parecieron inconducentes y perjudiciales.¹¹ Pasé la mayor parte del tiempo cerca del Príncipe y a su servicio muy inmediato. Me trató siempre con mucha bondad; sin embargo, no dejé de conocer que nada le gustaba mi decidida y nunca disimulada oposición a las novedades que quería introducir. Algunas veces me lo hizo sentir, pero el Jefe del Estado Mayor General era mi constante defensor, y debo a este venerable General, actualmente Embajador en Londres, el haberme salvado de muchas molestias. Se me confiaron

⁹ N. del A.: para describir el carácter de mi padre, se puede aplicar lo que decía Voltaire con respecto a Guillermo el Taciturno: "Hay espíritus soberbios y profundos, de una intrepidez tranquila y tenaz, que se irritan por las dificultades".

¹⁰ N. de las E.: no es de extrañar, entonces, que De Greiff haya diseñado el mapa del Nordeste antioqueño, el cual hace parte de los documentos reunidos para la solicitud de terrenos baldíos en Yolombó. <https://bit.ly/46OM2q6>

¹¹ N. del A.: el Príncipe Real tenía bastante talento, ilustración y habilidad, pero como la caballería era su arma favorita, quiso hacerla superior a todas. Al mismo tiempo, propuso cambios de uniforme y nuevos armamentos, superfluos a mi entender. Escribí, impugnando estas reformas, en un periódico que yo redactaba, probando que la infantería era la fuerza decisiva de un ejército y que la caballería, dependiendo de sí sola, se estimaba por la celeridad de sus movimientos y para dar un golpe imprevisto y de sorpresa en un caso dado. Agregué que la ligereza de los caballos era la mejor arma de la caballería, y esta expresión y mis reflexiones sobre la invención de vestidos contrarios a nuestro clima, a nuestras costumbres y a nuestra nacionalidad lo exasperaron muchísimo.



varias comisiones importantes, y me tenían constantemente en un trabajo apurado, lo que me gustaba, lisonjeándome de verme ocupado más que los demás empleados.

El año 23 quiso el General C. cometer una injusticia escandalosa contra dos oficiales ya viejos, los cuales de soldados rasos habían gastado una vida honrosa para alcanzar el grado de Capitán, el cual merecían por sus largos y distinguidos servicios. En el momento me propuse imponerle de su mal proceder, y no habiendo podido conseguirlo en secreto, me dirigí contra él en la presencia de toda su oficialidad, y tuvo que desistir de su empresa. Poco tiempo después, los estudiantes de una Universidad me pidieron al Gobierno en Suecia para instruirlos en el manejo de las armas, el cual es obligatorio en Suecia para todo ciudadano al cumplir los veinte años. El citado General hizo saber, calumniosamente, al Rey que yo mismo había solicitado de los estudiantes este honor; y yo, al saberlo, le dirigí una carta desafiándolo y acusándolo como el mayor infame. Esta fue la gran crisis de mi vida: mi carta fue dirigida por dicho jefe al Estado Mayor General, y yo, acusado por el mayor delito que pueda haber en una asociación militar, el cual merece pena capital. La falsedad de su exposición en la causa de los estudiantes fue mi salvación, y apelando yo al Congreso por medio del Justicia-Mayor, tuvieron que plegar y hubo una transacción, solicitada con mucho empeño por parte del Gobierno; pero siempre quedé con la nota de indómito e insubordinado, y desde aquel tiempo se fortificó más mi amor a la independencia de los caprichos y atrevimientos de los grandes. Me hice muy popular en el Ejército, pero con respecto al Gobierno quedé en el mismo estado, sino peor que antes.

Parece increíble que un soldado de tan baja graduación como la mía pudiese haber excitado algún recelo, pero así sucedió. El alto empleo de mi padre, su conocida resolución e independencia y el crecido número de sus amigos, lo hicieron importante en un país tan libre como es la Suecia. En cuanto a mí, conocieron muy bien que debía estar resentido por la injusticia cometida conmigo, premiando a otros oficiales de menos méritos, deteniéndome en una esclavitud permanente, sin ninguna recompensa particular; pero fui completamente indiferente a tales agravios a mi persona.¹² Lo único que he conservado de mi carácter natural es la

¹² N. del A.: en el año 1813, me mandaron a sostener la retirada de algunas divisiones del ejército en Landoff, con una compañía que mandaba, y yo lo verifiqué contra fuerzas incomparablemente superiores. Fui herido, perdí más de la mitad de mi tropa en una defensa desesperada de más de cuatro horas y salvé de esta manera un parque considerable para un ejército de más de 20.000 hombres. Me mencionaron con el mayor elogio en el parte que se dio al Rey. Mis tres oficiales subalternos fueron condecorados y premiados, y no hubo nada para mí, que tenía todo el mérito. En el asalto de Dessau, fui el primero que entró por un fuerte incendio y derribando la puerta de la ciudad a hachazos. Me nombraron honoríficamente en el parte, pero nada más. Lo mismo sucedió en los asaltos de Luibec y Juliers, y en las batallas del Grosberón y de Danersitz, donde fui herido de nuevo, sin dejar de combatir hasta el término de la guerra. Siete meses estuve sin descanso en las avanzadas del Ejército y teniendo, algunas veces, bajo mi mando a quinientos o seiscientos hombres. Después de hecha la paz, me llevó el Jefe del

total indiferencia con que miro lo que me concierne individualmente. Pasé mi vida bien agradablemente durante el desempeño de las comisiones que me confió el Gobierno, y en los intermedios, que empleaba en estar en compañía de la familia de mi actual esposa, hasta el año de 1825, cuando fui propuesto otra vez para jefe de un excelente batallón de línea. Tenía las mayores esperanzas de conseguir ese puesto y aguardaba ese momento para casarme y establecerme fijamente cerca del domicilio de mi futuro suegro. Los oficiales del cuerpo, mis antiguos compañeros de armas, pidieron mi nombramiento, y todos los jefes, con excepción de uno, estuvieron de acuerdo en que se me nombrase, y esa única excepción bastó para frustrar mi elección, so pretexto de haber un competidor de iguales condiciones; y dieron el empleo a otro que tenía la misma antigüedad que yo o quizá algo más, pero cuyos servicios no eran comparables a los míos, ni aun aritméticamente hablando. Desafíos, quejas al Congreso, etc., fueron mis primeras inspiraciones; pero, por desgracia, recibí el mismo día una carta del antiguo Jefe del Estado Mayor General, entonces ya Embajador en Inglaterra, en la cual me proponía que viniera a América por dos años como ingeniero en la sociedad de minas de B. A. Goldsmith y Cía. con \$3.000 de sueldo anual y gastos de viaje de venida y regreso. Me determiné a aceptar en el momento; y mi esposa, que presentía como yo los muchos lances desagradables a que me exponía quedándome en Suecia, se decidió a venirse conmigo y me ayudó a decidir a mi padre y a mi suegro, que de ninguna manera querían consentir en tal viaje. Mis compañeros de armas hicieron esfuerzos por detenerme, pero como no fue posible hacerme cambiar de resolución, me comprometieron a que no pidiera licencia absoluta, como pensaba. Fui a la Capital y pedí al Rey personalmente mi licencia sin condición ninguna; me la concedió por el tiempo que quisiera y dejándome el goce de mis sueldos íntegros, los que se me cubrieron fielmente hasta que solicité mi licencia absoluta, con derecho de volver a entrar al servicio con la misma antigüedad cuando quisiera, lo cual también se me concedió.

Tuve una entrevista privada con el Príncipe, el cual no dudaba de que mi viaje fuera el fruto de un justo resentimiento; y, por lo mismo, pintome mi empresa como una calaverada y me prometió una pronta reparación de mi fortuna, con la única condición de que fuera un poco más moderado. Titubeé por algunos momentos, pero ya había dicho que me expatriaba. Hice publicar en la Gaceta del Gobierno que pensaba dejar el país dentro de cuatro meses para que, si alguno tenía queja contra mí o impedimento que oponer, lo manifestara en tiempo.

Estado Mayor a la presencia del Rey, y le instó para que me premiara mis servicios, lo que se habría verificado, sino hubiera yo –por parecerme ya muy tarde, para que ninguno sospechase que yo mismo solicitaba distinciones– declarado que no aceptaba nada de eso, lo que se consideró como terquedad y los molestó grandemente conmigo.

Había gozado siempre de buenos sueldos, tenía muy pocos gastos y había reunido una librería escogida en las ciencias que tenían alguna combinación con el arte militar. La vendí y con estos y otros recursos costé mi viaje y compré una porción de efectos para la casa de Goldsmith, los cuales fueron embargados más tarde por el Gobierno de Colombia. Goldsmith me ofreció dinero antes de mi salida, el cual no quise admitir, más por no demostrar ninguna necesidad que por otra causa. Me hicieron propuestas para compañías de comercio y no las admití, por no ser esta profesión conforme con mi genio y porque consideraba mi viaje como un paseo, del cual pensaba regresar a mi país con más experiencia que dinero. Al haber aceptado tales ofrecimientos hubiera hecho un caudal, y nunca me hubiera encontrado en las angustias circunstancias en que me hallo.

Empleé el tiempo que permanecí en Suecia en arreglar mis negocios, hacer una revista a las minas y preparar mi viaje. Un mes antes de embarcarme me casé. Tomé el camino por Dinamarca y Alemania, y en Hamburgo comencé una travesía dilatada y peligrosa para ir a San Tomás, de donde vine a Santa Marta a principios de 1826. Llegué a Medellín cuatro días antes que el aviso de la muerte de Goldsmith y la bancarrota de la casa.¹³

En Medellín me reuní con mi hermana María, después de una separación de varios años, y vine a conocer a mi cuñado y a otros compatriotas, tan extraños para mí como los mismos colombianos.

Consideraciones particulares me detuvieron los primeros años, y, visto que fueron vanas mis reclamaciones a la casa de Goldsmith, resolví quedarme en este país; el motivo fue una falsa ambición; y por no confesar que habían tenido razón mis parientes en oponerse a mi viaje, he tenido la consideración de no aceptar los repetidos y generosos ofrecimientos que me han hecho, y he supuesto hallarme

¹³ N. del T.: al respecto, Luis de Greiff Bravo (1955) anotó: "B. A. Goldsmith, banquero londinense, se suicidó a consecuencia de las pérdidas sufridas en sus operaciones de crédito y de explotación de minas" (p. 20). Y remite a un pasaje que Estanislao Gómez Barrientos recuperó para biografiar a Mariano Ospina Rodríguez –parientes todos–, a quien Estanislao le atribuyó el pasaje mismo: "La casa de Goldsmith, que hizo a Colombia el empréstito de treinta millones de pesos, y que en consecuencia de él quebró lastimosamente, había proyectado grandes empresas mineras en las provincias de Antioquia, Popayán, Chocó y Mariquita [...]. El personal contratado permaneció reunido y ocioso por algún tiempo, aguardando órdenes; al fin, una parte regresó a Europa y la otra se dispersó por el país" (p. 30). De Greiff Bravo también remite al primer acápite numerado de las "Apuntaciones históricas y geográficas sobre la antigua provincia de Antioquia" (1852), hacia el final del cual Carlos Segismundo comenta en detalle las causas del fracaso de la sociedad Anglo-Colombiana y la Goldsmith y Cía, "víctimas del más imprudente charlatanismo": carencias éticas tanto entre los del Nuevo Continente como entre los del Viejo y capitalismo aventurero, que no uno fundado en el conocimiento de las ciencias respectivas y de las difíciles geografía e infraestructura vial donde aquellas se ejercerían, además de que ambas sociedades consideraban las especulaciones mineras "como secundarias en relación a sus gigantescas transacciones de empréstitos", o "juego en la bolsa", "con las nacientes repúblicas" (pp. 63-65).

en la abundancia y bienestar para disminuirles el disgusto que sienten con nuestra ausencia.

Mi genio y todo ha cambiado en tal grado que yo mismo no me conozco, y a esto han contribuido poderosamente los grandes disgustos que sufrí a mi llegada por parte de un pariente mío y el considerarme culpable de haber arrancado inconsideradamente a mi esposa del seno de su familia, de la opulencia y de tantos placeres que antes abundaban para ella. Me he entregado por obligación a ocupaciones enteramente extrañas a mi carácter, pues me creo más apto para las cosas científicas que para el mecanismo trivial de nuestros trabajos; pero, por fortuna, tengo la ventaja de poder consagrarme, resignado, a cualquier ocupación, luego que la considero como un deber.

En mi patria no he dejado pariente ninguno por mi lado, pero sí una multitud de verdaderos amigos y una mediana fortuna para poder pasar la vida cuando deje el servicio militar. Mis hijos gozan de una pensión de \$ 250 anuales hasta cumplir veintiún años, por donación hecha a nuestra familia por los Representantes de la Nación en el Congreso del año de 1810. Mi esposa tiene un gran número de parientes, y mi suegro es bastante rico, aunque profesa una generosidad y desinterés poco común en los hombres de su estado (Obispo de Lund).

No dejo de reflexionar muchas veces sobre mi suerte, y después de haber peleado con ella toda mi vida, me creía superior a cualquier cambio, con la sola condición de ser independiente hasta el grado que pudiera obtenerse; me he engañado demasiado. Salí de mi país por resentimientos que no eran bien fundados; dejé una carrera que por mi afición a ella, más pronto o más tarde, habría colmado mis deseos; me consideraba humillado cuando no lo estaba, y cambié una medianía honrosa por el acaso, rehusando todos los recursos que yo mismo no pudiera proponerme. Mi único objetivo fue demostrar que no necesitaba de nadie, y la suerte me ha hecho dependiente exclusivo de cuanto me rodea.

Sin embargo, me siento capaz de sufrir todo lo que ocurra, con la mayor resignación, siempre que no sea en perjuicio de mi esposa y de mis hijos. He olvidado todas las demás consideraciones en favor de ellos, y la mayor prueba es que actualmente he aceptado los ofrecimientos que tantas veces me han hecho mis amigos de Suecia para no tocar lo que no parece mío, y lo cual en todas las circunstancias puede asegurar la subsistencia de mi familia.

El plan que tengo formado para el porvenir no puede faltar sino por contratiempos los más inesperados. La pequeña negociación de ... me pondrá en estado de liquidar las obligaciones que aquí tengo y de establecer los minerales en el estado en que

deban ponerse. Estableciendo al mismo tiempo una comunicación permanente de estos minerales para con mi patria, habrá modo de soportar la expatriación, contando con que el crecido valor de ellos recompense en mis hijos las necesidades que he soportado. La constante comunicación con mi país no los privará ni de la educación que les deseo ni de las ventajosas relaciones que allá tienen, quedando avecinados de una vez en ambos países y todo con la felicidad de abrazar el género de vida que más les convenga y de manera que puedan ayudarse los unos a los otros. Sobre mucho menos se han fundado las fortunas de muchas familias, y rara vez el fundador ha logrado gozar el fruto de sus tareas.

Fuente: Gómez Barrientos, E. (1898). *El Montañés*, (6), pp. 239-252. Esta edición original transcribe la autobiografía de Carlos Segismundo de Greiff y la acompaña, aún en el número séptimo, de otras informaciones biográficas y varios documentos epistolares.

Ricardo López Carrasquilla

(Anorí, 1841-Medellín, 1926)¹

EL CORAZÓN HUMANO [1868]

*Manantial inagotable y fuente caudalosa de pasiones,
de deseos, de bienes y de males.
El maestro de la elocuencia es el corazón.*

Urcullu

Para que tenga el hombre vida, para que pueda sentir, amar, desear y pensar, es necesario e indispensable que tenga un corazón. Y en efecto, todos tenemos uno: pero la mayor parte solo sabe que lo tiene porque lo siente palpar.

¿Será este únicamente una pieza del cuerpo humano? ¿Será simplemente un órgano destinado a darnos un testimonio de vida, así como la péndola de un reloj atestigua el curso del tiempo?

No: que al decir *corazón* pronunciamos una palabra cuyo sentido es tan complicado, tan grande, tan problemático, que no hay aun en el siglo que atravesamos quién pueda darle completa solución.

Según lo manifiesta Urcullu: “Platón, Aristóteles, Cicerón, Homero, Virgilio, el Taso, el Metastasio, Camoens, Cervantes y algunos otros de los antiguos y modernos enseñan mucho de lo que *conciérne* al corazón humano, a los caracteres de los hombres”.

Pero obsérvese que es solamente de lo que *conciérne* a él que nos dan lecciones los filósofos.

Inútiles han sido las investigaciones hechas hasta hoy; y puede asegurarse que, si hay algún enigma indescifrable, si hay algo que pueda llevar el nombre de misterio, es el corazón del hombre.

¹ N. de las E.: la obra de Ricardo López Carrasquilla aparece en las revistas: *Miscelánea: Revista Literaria y Científica de Medellín* (1856-1857), *El oasis* (1868-1873), *Miscelánea: órgano del Liceo Antioqueño* (1886-1894) y en *Antioquia Literaria* (1878) de Juan José Molina.

Intérprete del alma que es inexplicable y divina puesto que es un soplo de Dios, el corazón está relacionado con ella, participa de su divinidad y traduce a los labios sus más íntimos sentimientos y afectos.

¿Habría quién pueda comprender y explicar el corazón? ¿Habría quién pueda pintarlo, tal como es, “con toda su grandeza y todas sus miserias”?

Son tantos los fenómenos que se operan en el corazón que apenas es posible presentar una teoría, puramente especulativa con respecto a él.

Hay conjeturas más o menos elevadas, más o menos aproximadas, pero nada más.

Hay corazones grandes y corazones pequeños, corazones fuertes y corazones débiles, corazones sensibles y corazones de mármol, corazones ardientes y corazones fríos. En fin: los hay de tantas clases que sería empresa larga querer enumerarlos.

Pero todas estas son solamente las calidades de que puede estar revestido el corazón: son sus galas y sus defectos, son explicaciones inherentes, más nunca su definición.

Urna preciosa donde están depositados todos nuestros sentimientos; foco de donde dimanan ideas sublimes cuyo eco se repercute muchas veces en todo el continente y se esparce en torrentes de luz que iluminan la tierra en cada uno de los puntos donde se van a reflejar; fuente de piedad, de ternura, de caridad, de amor y muchas veces de envidia, de odio de avaricia, de maldad, de corrupción...

¿Y por qué razón es el corazón el punto de reunión de todas las afecciones del hombre? ¿Por qué razón es él el origen de todas nuestras pasiones, de todos nuestros afectos y deseos? ¿Por qué razón es él el primero que nos da el grito de “Alerta” cuando vamos extraviados en nuestro camino? ¿Por qué ha de ser allí donde primero se vienen a albergar el placer, el temor, la esperanza, el amor, el terror, la alegría, la satisfacción y el remordimiento? ¿Por qué nos anuncia muchas veces la desgracia pronta a caer sobre nosotros y que no la ven nuestros ojos, no la adivinan nuestros sentidos y él solo la puede vaticinar?

Misterios son estos de los cuales el hombre no puede darse cuenta; cosas que ve y no comprende, que le pasan sin saber cómo, y que maravillosamente se las hace sentir y ver el corazón.

—Todo lo que nos arrebató y deleita, todo aquello que nos hace experimentar fuertes emociones, todo lo que nos embriaga y entretiene, sería de ninguna significación si no bullera en nuestro pecho un corazón. El cielo, el sol, la fuente, el mar, la cascada, el volcán, la brisa, el campo, el ave, la flor, la naturaleza, en fin, no nos inspirarían, esa alegría inasible, no nos daría ese vigor con que a veces nos hace remontar a regiones desconocidas llenos de entusiasmo y admiración; el rayo calcinador que de sus radiantes ojos despidió sobre nosotros una mujer, no haría ningún efecto porque se estrellaría contra una estatua fría como el hielo de los páramos; el acento dulce y conmovedor de una madre, de una hermana, de una esposa; las súplicas del mendigo haraposo y hambriento; el ¡ay! del moribundo que se tuerce en la última agonía, que se estremece en el último paroxismo, nos encontrarían indiferentes: nada nos conmovió, porque no puede haber compasión ni ternura donde no hay corazón—.

¿Habrá algo más noble que un corazón noble?

¿Habrá algo más susceptible, más delicado que el corazón?

¡No le toques! Porque al menor descuido, al más leve contacto se romperá y pondrá fin a la existencia dejando de palpitar.

¿Habrá algo más fuerte que el corazón?

En los mayores peligros, cuando la fe desmaya, cuando la esperanza nos abandona, el corazón nos anima y nos infunde valor.

¿Y será posible —repito— comprender y explicar una cosa que tiene tantas variaciones?

¿Habrá quién pueda abrir y registrar los innumerables pliegues que tiene el corazón?

Eso sería quererse igualar a Dios que es el único a quien están visibles sus más hondos secretos, sus más leves sentimientos.

Hay más: ¿quién le da poder, autoridad y energía a la palabra? El corazón.

Si no se tiene un corazón sensible, no es fácil conmover y deleitar; si este no es fuerte, no se puede subyugar, atraer, ni persuadir.

Luego el corazón es un rey cuya voluntad se cumple cuando los labios —sus subalternos— la imponen como ley.

Por eso con razón se ha dicho: “El maestro de la elocuencia es el corazón”.

Anorí, 1868.

Fuente: López Carrasquilla, R. (1869). *El Oasis: Periódico Literario*, 02(09), p. 320.

A Medellín, desde el alto de Medina

Bajo ese manto que de aquí diviso
extendido cual gasa vaporosa
está sentada rica, majestuosa,
la soberbia ciudad de Medellín.
¡Ella! La misma a quién Gregorio un día
un canto dirigió de Santa Elena;
¡Canto que aún en mis oídos suena!
¡Canto que irá del mundo hasta el confín!
Solo se ve salir de entre la niebla
blanca cinta que ondula en la llanura,
del Nordeste se pierde en la espesura
sin dejar percibir su extremidad
blancas madejas ruedan por las faldas
y a unirse van con el galón hermoso:
es el Porce que avanza rumoroso
iba a unir al Nechí su raudal;

Y va a decir el orgulloso Atlántico
que va de Antioquia su país nativo
como lo es de Mejía de Berrío,
de Giraldo, de Zea y muchos más;
y le dirá que es rey, que su corona
es Medellín, de cuyas bellas flores
se llevan los suavísimos olores
para darle un momento de solaz...

¡Mensajero feliz! Yo te diviso
en el hermoso Valle serpeando
y si pudiera llegaría volando
a escuchar tu apacible murmurar,
antes que el sol se oculte en occidente.
Yo, hermoso, río llegaré a tu orilla
y veré luego la preciosa villa
que es todo lo que puedo ambicionar...

¡Oh! ¡Todo! Sí que enamorada y tierna
allá me aguarda la mujer que adoro,
ángel querido, único tesoro,
la reina de mi amante corazón!

¡Oh! ¡No permita el cielo que se trunque
esa dicha inefable que me espera!
sea ella mi dulce compañera
y quedará saciada mi ambición.

Yo, desgraciado peregrino, un día
llegué allí cual errante mariposa
y entre mil flores encontré una rosa
fresca, lozana, de fragante olor:
Yo no tuve otro riego que ofrecerla
que el abundante llanto de mis ojos
y ella en lugar de presentarme abrojos
brindóme el puro néctar de su amor.

Hoy esa flor desde el jardín egregio
mi corazón perfuma con su esencia;
yo le traigo la flor de mi existencia,
flor nacida en la hierba soledad.
Más ella quiere que la flor silvestre
trasplantada al Edén viva a su lado:
únalas pues el vínculo sagrado
y marchen juntas a la eternidad.

Y tú, ciudad cuya extensión hoy miro
jirones de nieve circundada,
de allá del trono dónde estás sentada,
al través de la bruma, oye mi voz;
oye mi voz, emperatriz del valle,
y no me mires con adusto ceño
cuando después de realizar mi ensueño
vuelva a mirarte y a decirte adiós.

Junio 4 de 1868.

Fuente: López Carrasquilla, R. (1868). *El Oasis: Periódico Literario*, 01(25), p. 200.

Al señor Dr. Gregorio Gutiérrez González

¿No habéis visto, señor, la tierna planta
que en medio de los bosques se levanta
al lado de la ceiba y del nogal?

¿No la veis cómo con afán se empina?
Es que a la hermosa y corpulenta encina
la frente quiero con ardor besar.

¿No habéis visto también en los jardines
entre lirios y rosas y jazmines
el botón de la dalia despuntar?

¿No habéis visto su afán desde que asoma?
Es que quiere impregnarse con su aroma,
es que quiere sus gracias imitar.

¿No habéis mirado el tímido arroyuelo
cuando Febo, risueño, desde el cielo
se refleja en su límpido cristal?

¿No lo veis como avanza murmurando
y a su paso mil aguas rejuntando
va a introducirse en medio de la mar?

¿No habéis visto en la calma de la noche
del firmamento el argentado broche
qué se esconde entre copos de algodón;
y más atrás al tímido lucero
que tras el astro corre tan ligero
cual tras la gloria corre la ambición?

¿No habéis visto la nieve allá en el río
coronada de luz y de rocío
levantarse con pompa y majestad;
y elevarse empujada por el viento
y llegar al inmenso firmamento
do se inflama la negra tempestad?

Es una ley, señor, ley inmutable:
¡Hay una escala grande, incalculable,
obelisco gigante, colosal!
donde anhela trepar todo lo criado
el elemento, el ser, lo inanimado,
el torpe bruto, el hombre racional.
Pero son divergentes sus caminos
como son diferentes los destinos
que pueden a la cima conducir;
y hay para cada ser un punto dado,

y entre millares un afortunado
podrá solo al pináculo subir.

Vos cogisteis la lira del poeta
y tomando la forma de un atleta
nadie osó vuestro paso detener;
y en castillo de fuego convertido
habéis doquier mil luces esparcido
y del maizal hicisteis un Edén.

Como el lucero tras la luna marcha,
cual la planta nutrida por la escarcha
con el árbol se quiere nivelar;
como la flor envidia a sus mayores,
cual la nieve formada de vapores,
como corre el arroyo hacia la mar;

así yo siento emulación ardiente
qué me agita: ¡Más hórrida pendiente,
negros escollos hallo por doquier!
¡Y es para mí la gloria una quimera!
¡Y es limitada por demás mi esfera!
¡Y es, ay, la aspiración mi padecer!

Más como en bella flor chupa la abeja
la dulce miel que entre su nido deja
encerrada en suavísimo panal;
beber quiero en el cáliz de tus flores
y quemarme en los vivos resplandores
que despide tu genio colosal.

De la luna la luz que vivifica
¿No es la misma que el sol le comunica,
y no alumbra del mundo la extensión?
Pues así yo que soy cuerpo apagado
de vos, señor, en frente colocado
sienta acaso encender mi corazón.

Anorí, 1868.

Fuente: López Carrasquilla, R. (1869). *El Oasis: Periódico Literario*, 02(09), p. 320.

La historia de la literatura por José María Vergara y Vergara

¡Es ejercer un arte solamente
pulsar la lira que se halló templada,
recoger la que fue pulverizada
y templar y cantar, es sorprendente!

No es hazaña mostrar bella, imponente,
pirámide de mármol fabricada;
mostrarla de cenizas levantada
es la gloria del hombre inteligente.
De Bolívar el nombre esclarecido
y de Caldas y Mutis el talento
no morarán ya más en el olvido;

que sus cenizas fueron el cimiento
con que el *cantú* de América, atrevido,
consolidó su eterno monumento.

Anorí, 1869.

Fuente: López Carrasquilla, R. (1869). *El Oasis: Periódico Literario*, 02(34), p. 272.

Epigramas

Cierto viejo santurrón
rezaba un Ave María
y en seguida repetía:
“¡Dios mío, perdón, perdón!”
Y al mirar una muchacha
que se acercaba, decía:
“Yo te doy en este día
Alma vida y corazón”

Conozco un Bartolomé
y es tan caprichoso el hombre
que si le dicen su nombre
incompleto, es un lebrel;
“Cómo le va, don Bartolo”
Le dije yo, y su respuesta
fue: “mé” cuando se le ofrezca
mocito, ¿lo entiende usted?

Fuente: López Carrasquilla, R. (1868). *El Oasis: Periódico Literario*, 01(46), p. 368.

Quiere anochecer

A Epifanio

Cubre los campos sombras inmensas
cuando a lo lejos el rubio sol
se va ocultando, se va ocultando
tras nubes densas de oro y crespón.

Ya en los oteros y en las colinas
y en las montañas la última luz
se va cambiando, se va cambiando
de alegre en triste, con lentitud.

Buscan las aves su nido amado,
su choza humilde busca el pastor;
se van durmiendo, se van durmiendo
seres y seres en profusión.

Viene la noche con sus misterios,
se alza la luna con su esplendor.
¿Quién no repite con el poeta
de la mañana: “cosas de dios”?

Abril de 1878.

Fuente: Molina, J. J. (1878). *Antioquia Literaria. Colección de las mejores producciones de escritores antioqueños desde 1812 hasta hoy, publicadas e inéditas, con reseñas biográficas.* Imprenta del Estado, p. 116.

RICARDO LÓPEZ CARRASQUILLA

Se desempeñó como periodista en Medellín. Según Rogelio Echavarría en *Quién es quién en la poesía colombiana* (1998), entre sus mejores composiciones destacan: “Romance al eucaliptos de Santa Rosa” y “El arroyo de Santa Elena”. En la Colección Patrimonial de la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz de la Universidad de Antioquia se encuentran obras suyas publicadas en: *El Oasis*: “La verdad” (1868), “A mi amigo, señor don Castor María Jaramillo” (1873), “Una excursión” (1868), “A Rosaura (Poesía)” (1869), “A mi primogénito” (1869), “A... (Último canto)” (1869), “Ay (Ensayo literario)” (1869), “Versificar (Poesía)” (1869), “A mi amigo J. M. K.” (1868), “Teresa” (1868), “Al tiempo de partir” (1869), “Mente cordis” (1869). También, en *La Miscelánea*: “La vuelta al suelo natal” (1905), “El padre Víctor Escobar” (1907), “Copla” (1887), “El” (1898), “Grandeza” (1896), “Cuadros históricos” (1886), “A la memoria del joven Luis A. Tirado” (1886), “A la memoria del eximio general Manuel Briceño” (1886). Sus primeras publicaciones se registran a partir de los años 60 del siglo XIX. Entre sus obras se cuenta con poesía y prosa. Mantuvo correspondencia con Carlos E. Restrepo.

Cipriano Tobón C.

(1850? - ¿?)

APUNTES HISTÓRICOS SOBRE LA PRIMERA EXPLORACIÓN DEL FERROCARRIL DE ANTIOQUIA [1925]¹

Un compañero de Cisneros

Apuntes sobre las primeras exploraciones para trazar el Ferrocarril de Antioquia

En los años de 1874 y 75, época para mí de locuras propias de la juventud, vivía alimentado por esperanzas y con la ambición del recorrer. Acordamos viaje a la Costa, en ese tiempo muy difícil, el señor don Eusebio Piedrahita y yo. Tomamos esa resolución en la tienda del señor Juan Pablo Díaz, llamada “El Faro”, situada en el cruce de las calles de Colombia y Carabobo, donde hoy se levanta el hermoso Edificio Duque.

¹ N. de las E.: las indagaciones en archivos regionales y nacionales permitieron ubicar diferentes publicaciones de este texto. Una edición de 1925, sin publicador identificado, más otros documentos anexos, la encontramos en la Sala Patrimonial de la Biblioteca Luis Echavarría Villegas de la Universidad Eafit. Por la dedicatoria manuscrita en la portada sabemos que “Juanse” obsequia esta publicación a Benigno Gutiérrez. Para la compilación, se transcribe esa versión: *Apuntes históricos sobre la primera exploración del Ferrocarril de Antioquia* (1925) de Cipriano Tobón C. Es el único texto completo de los “apuntes” de Cipriano. Algunos fragmentos se encuentran en otras ediciones, bajo el criterio marcado por el interés de los editores. Gabriel Latorre Jaramillo publica: “Ferrocarril de Antioquia. Fragmento de un diario sobre las primeras exploraciones para el trazado”, en *Francisco Javier Cisneros y el Ferrocarril de Antioquia* (1924), editorial Helio, 80 p., en un homenaje a Cisneros. Por su parte, Benigno A. Gutiérrez, en *Gente Maicera, mosaico de Antioquia la grande* (1950), Editorial Bedout, pp. 288-295, lo incorpora en el índice (Voces de gesta: Apéndice) como “Diario del F. C. de Antioquia” y en el contenido del texto como “Ferrocarril de Antioquia”. Por las marcaciones que aparecen en la edición de Tobón de 1925, se interpreta que Gutiérrez solo incluye este texto desde la página 5, en donde Tobón comienza a narrar su encuentro con Cisneros. Esta segmentación incluye hasta la página 20 y allí se observa una nueva marcación en grafito, que deja por fuera el subtítulo “Exploración” y una nota autobiográfica del mismo Cipriano donde advierte: “Como no soy sino un humilde obrero, que a duras penas advertí a medio leer y a escribir, y porque desde chico he tenido que ganarme el pan a fuerza de trabajo, no se extrañen los disparates de estos apuntes que desde aquel tiempo escribí con cariño para mi familia, y que solamente por exigencias de algunos amigos he permitido que se publique” (p. 20). Finalmente, desde nuestra indagación, Jorge Orlando Melo y Alonso Valencia Llano publican el texto: “Ferrocarril y tabaco. Buscando el avance económico: *El ferrocarril vence a la selva, Cipriano Tobón*”, en *Reportaje de la historia de Colombia* (1989), Editorial Planeta, pp. 52-60.

El texto original donde se perfila un viaje hacia el norte del país sin objetivo propuesto de Cipriano, con inicio en Medellín en dirección al Nus, narra por jornadas la aventura de este, quien voluntariamente y al azar se decide a acompañar a Cisneros en la exploración de estos territorios del Oriente y Nordeste de Antioquia, hasta el encuentro con el río Nus. Su experiencia, junto con la de los demás exploradores, la narra entre la fecha de la primera y la segunda jornada, desde el 27 de abril de 1875, hasta culminarla el 7 de septiembre de 1875, en Barbosa, a donde llegó con algunos sobrevivientes.

El 21 de abril de 1875 salí acompañado de don Eusebio, en el único carro que había entonces y que viajaba entre Medellín y Barbosa, y que pertenecía a don Modesto Molina. Partimos a las 6 de la mañana y llegamos a Barbosa a las 5½ de la tarde, y allí pagamos al señor Luis María Londoño 14 reales, cada uno, por el carro en que hicimos el viaje. Reunimos los fondos que nos quedaron, y completamos la suma de seis pesos y cuarenta centavos. En la casa donde nos hospedamos nos cobraron por la comida de esa tarde y por las camas, 9 reales.

Al día siguiente me dijo don Eusebio que solicitara una bestia alquilada hasta Santo Domingo, la cual conseguí por 12 reales, que pagué al recibirla. El galápagos que se empleó era demasiado pequeño, como de los usados para paseo, y, por añadidura, sin alfombra.

Llegamos sin tropiezos a Santo Domingo y nos hospedamos en casa de don Jesús Rendón. Permanecimos allí el 22 y el 23 mientras se conseguía una bestia, que al fin nos proporcionó don Antonio Estrada, por la suma de diez pesos de a ocho décimos, para la jornada que pensábamos hacer hasta “Cantumbas”, a donde no alcanzamos, y tuvimos necesidad de quedarnos en el “Alto de los Carates”, en casa de don Valerio Hernández. “Cantumbas” era la boca del monte para las *Colonias Penales*.

En la posada de “Los Carates” nos encontramos con los señores Magín Gómez y Antonio Beltrán, y pagamos por los cuatro y también por el potreraje de la mula.

El 25 marchamos los cuatro, y llegamos a medio día a “Cantumbas”, de donde debía devolver la mula a don Antonio Estrada, que vivía en Nus, con los 10 pesos del alquiler. En el tambo de que hablamos vivía la señora hermana de don Jesús Rendón. Como ya se habían agotado los fondos don Eusebio suplicó a la señora que a la primera oportunidad enviara la mula a don Antonino, quien pagaría el valor del mandado. Continuamos la marcha, y buscamos hospitalidad en el tambo de “Las Nieves”. Ese día únicamente habíamos tomado el desayuno en casa de don Valerio.

Yo, que no llevaba *medio*, pero sí escopeta, había matado un *diostedé*, que sirvió para la comida de los cuatro; pero después de tenerlo al fuego seis horas, tuvimos que machacarlo para poderlo comer.

El 26 llegamos a Patiburrú, donde fue la primera Colonia Penal; allí alcanzamos a Pablo Balcázar, hermano del doctor Benito; anduvimos con él hasta la primera encrucijada, donde se despidió de nosotros diciéndonos que seguía para Alejandría a recibir unos terrenos que le iba a regalar su hermano Benito. Nosotros seguimos hasta el tambo de “San Victorino”, donde vivía don Napoleón de Greiff con la señora y una niña como de diez años, que después fue la esposa de don Jacinto Adarve (ambos finados).

Don Napoleón se levantaba a las cinco de la mañana, cogía su escopeta y un almocafre y se iba al amagamiento llamado “Monos”, donde pasaba el día lavando oro, por supuesto mal de provisiones, porque se hallaba sumamente pobre. Cada quince días salía a Yolombó a cambiar el oro que había logrado, para llevar algunas provisiones a su familia.

La noche que pasamos allí fue mala, pues no encontramos absolutamente qué comer.

El 27 llegamos a “Las Colonias”. Allí había varios ranchos en donde habitaban algunas gentes. Yo me dirigí a “La Reclusión” en solicitud de Gabriel García, mi amigo íntimo en épocas anteriores. Él era Capitán de la Reclusión donde estaban penados 36 hombres y 80 mujeres.

A Gómez, a Beltrán y a mí nos mandó seguir, y ordenó que nos sirvieran comida. Don Eusebio se quedó atrás.

Di a conocer al señor García mis intenciones de seguir a la Costa, y él me insinuó la idea, que al momento puse en práctica, de hablar con el señor Cisneros, que estaba listo para entrar en una exploración que debía salir al río Magdalena. Busqué a don Eusebio para avisarle lo que pensaba, y lo encontré en la oficina de los ingenieros hablando con don Rafael María Merchán y don José A. Céspedes, y convine con él en que nos encontraríamos a los seis u ocho días en el Puerto, para seguir nuestro viaje. En verdad sentí pena al separarme del compañero. A don Gabriel di los agradecimientos por su buen comportamiento con mis compañeros y conmigo.

Bajamos una legua hasta el Tambo de San Cayetano, abertura de don Ezequiel Vélez, hijo de don Guillermo. Allí estaba el señor Cisneros con sus compañeros. Eran las tres de la tarde más o menos. Le manifesté que deseaba acompañarle en su exploración. Él guardó silencio por un momento y luego me dijo: “Solo le hago presente que vamos a entrar en una montaña de que no tenemos seguridad de salir; podemos perdernos o que nos mate una fiera; demoramos la salida hasta mañana para que ustedes piensen”. En seguida ordenó a su hija Flora nos preparara algo. Después de haber comido, entramos en conversación sobre quiénes éramos, cómo llamábamos y qué hacíamos en esos puntos. Los muchachos le dijeron que pensaban seguir a Bogotá y que sus profesiones eran: talabartero, Beltrán, y Gómez, impresor; pero que habían resuelto regresar a Medellín porque carecían de recursos para continuar el viaje. Entonces les dijo: “Ustedes resuelvan; si quieren volver a Barbosa, allí está el señor Zea para entrar a una exploración por el Porce; yo les doy una boleta para que él los ocupe, si los necesita”. Al día siguiente, después de tomar desayuno, les dijo: “¿Qué han resuelto?”. “Pues, señor, volvernos”. Y dirigiéndose a mí: “¿Y usted, Tobón?”. “He pensado seguir con usted”.

Éramos ocho compañeros: el señor Cisneros, Pío Bermúdez y su mujer, Flora Castaño, ambos de Yolombó, de cincuenta y cinco a sesenta años de edad y veteranos monteadores. Los otros cinco eran Julián Parra, Aparicio Morales, de Medellín; Jenaro Álvarez y Rudesindo Arteaga, que así como los dos anteriores eran reclusos de Las Colonias, y que el señor García, como capitán, había entregado al señor Cisneros, pues tenían orden para suministrarle los que necesitara para sus trabajos.² El señor Cisneros me dijo: “Tobón, a usted le entrego la brújula para que vaya con más cuidado”. Tomamos provisiones para diez días, más o menos.

El 27 de abril de 1875 entramos a la montería de La Malena. Era Domingo de Ramos. Este primer día anduvimos cuatro millas por el amagamiento donde principian los nacimientos de La Malena. El segundo día avanzamos tres millas porque la cañada iba estrechándose y el amagamiento presentaba saltos y abismos peligrosos.

El tercer día fue más corta la jornada, por razón de que los saltos y los chorros se iban prolongando. Este día llegamos a un punto donde fue necesario bajar uno a uno, amarrados de la cintura con una piola, y por laderas sumamente pendientes. El primero que emprendió la bajada o descenso fue Julián Parra, que cargaba a la espalda un costal con parte de las provisiones. Una vez atado a un extremo de la piola, yo, que estaba más libre, di vuelta a esta en un palo y a medida que aflojaba la cuerda él apoyaba los pies en las grietas de la peña.

Había bajado dos metros cuando dijo: “Aquí hay una culebra; súbanme”. Incliné el cuerpo para cerciorarme mejor y alcancé a ver parte de las vueltas en que ella se hallaba doblada en un descanso de la peña. Entonces le dije: “Permítame un momento”. Di segunda vuelta a la cuerda para mayor seguridad y evitar así una caída del compañero al abismo. Faltarían unos tres metros para caer al descanso del chorro. El señor Cisneros, que estaba más atrás, dijo: “Tome mi revólver, déselo para que dispare al bicho”. Pero como Julián estaba un poco más abajo y con ambas manos cogía la piola, no podía recibirlo. Entonces cogí la piola con la izquierda y zafé mi escopeta del hombro, y con la mano que me quedaba libre preparé y disparé a la parte del animal que alcanzaba a ver. La culebra se retorció y cayó al descanso del chorro, dentro del agua. Entonces aflojé la cuerda para que Julián acabara su descenso. El segundo que bajó por el mismo sistema fue el señor Cisneros; y yo,

² N. de las E.: Benigno A. Gutiérrez (Sonsón, 1889-Medellín, 1957), en su libro *Gente Maicera...* (1950) anexa una nota al pie que dice: “Por otro nombre, Patiburrú, sitio culebroso como el diablo, montaña malsana y virgen, cerca del Puerto Berrío actual, que inventó el eximio gobernador de tal apellido para que allí los presos trabajaran y purgaran sus penas por contrabando a las rentas de tabaco y aguardiente” (p. 289). Por lo que sabemos, Gutiérrez relaciona las prisiones de Las Colonias penales de Patiburrú con la desaparecida Colonia Penal Agrícola de Antadó, ubicada a siete horas de la vereda Santa Ana del municipio de Ituango, en la región donde nace el río San Jorge, creada en el año de 1922 por el presidente Pedro Nel Ospina en su gobierno conservador (1922-1926).

que era el último, monté la cuerda por sobre el palo y cogiendo dos extremos bajé. Esta operación duró como dos horas; luego, todos abajo, curioseamos la culebra, que tendría cinco pies de largo, color cenizo, manchas a cuadros por encima, algo negras. Por último, ninguno supo qué clase de culebra era: solo señó Pío dijo que era *mapaná yorí*... Continuamos la marcha y avanzamos cuatro o seis cuadras por una vega un poco estrecha, cuajada de una mata que llaman bijao o vitagua. Allí dijo el señor Cisneros que debíamos quedarnos; serían las cuatro de la tarde. Pronto hicimos un rancho empajado con hojas de bijao, que eran las más abundantes. Cerca del anochecer oímos unos pujidos a poca distancia y el señor Cisneros dijo: “¿Qué bicho será ese que puja?”. Señó Pío contestó que eran paujies. El señor Cisneros me dijo: “Tobón, preste acá la tercerola”. Yo se la entregué, y él se fue internando cautelosamente; y a poca distancia disparó, y volvió a poca con la compañera del paují, tan grande, poco más o menos, como una pisca, de un saraviado menudo y muy bonito. La recibió Aparicio y se hizo cargo de ella para limpiarla y comérnosla al día siguiente. Entre tanto, señá Flora tenía el fogón listo y estaba preparando el café para el señor Cisneros y avivando la cena.

Cuarta jornada

Al día siguiente continuamos la marcha y empezamos a encontrar algunas partes lagunosas y muy cerradas de bejuqueros tunosos. El señor Cisneros cogió el cuchillo para ayudar a señó Pío y avanzó algunos metros; al entrar a una parte muy cerrada de vitagua, dio con un avispero de unas avispas amarillas y rayadas, muy grandes. Cada avispero se compone de seis u ocho. Lo pincharon, una en el cuello y otra en una mano. Retrocedí y pidió la caja con medicamentos; sacó un frasco de álcali y se aplicó en las partes afectadas, pero no fue suficiente. Ordenó se colgara la hamaca. Sería la una de la tarde. Pronto le subió la fiebre y allí permanecemos hasta el día siguiente.

Quinta jornada

En este día avanzamos muy poco porque uno de los compañeros, Julián Parra, fue atacado de un fuerte vómito. El señor Cisneros estuvo hasta las tres de la mañana al pie del enfermo, aplicándole medicinas, hasta que calmó el vómito. Tomó su hamaca para reposar un poco y nosotros continuamos en pie porque nos hallábamos sobre una laguna donde era imposible acostarnos.

Sexta jornada

Este día sucedió igual cosa, es decir, avanzábamos muy poco porque las ciénagas no daban paso en la dirección que llevábamos; para lograrlo teníamos que retirarnos de la vía de la quebrada y cambiar de rumbo.

Séptima jornada

Este día avanzamos un poco más favorable; dimos con un trayecto como de una milla, siempre con ciénaga, pero no profunda, cubierta de palmas de tagua y que se prestaba mejor para andarlo.

Octava jornada

Este día avanzamos muy poco porque encontramos caños muy profundos y teníamos necesidad de derribar árboles o palmichos para hacer puentes. En algunos caños entramos con el agua al cuello, y el paso tenía por lo menos de 15 a 30 metros de ancho. Al salir a la orilla opuesta, llegábamos con las piernas cubiertas de sanguijuelas, cosa de extraernos la poca sangre que teníamos, en diez minutos, y, sin embargo, todos pasábamos. El señor Cisneros entraba con ropa y una vez que los ocho compañeros estábamos en el otro lado, se quitaba ropa y polainas para escurrirlas; las medias apenas las escurría y así se las volvía a poner para seguir la marcha. Él nos decía que se andaba mejor sin ropa, pero que él le tenía asco a los bichos como sanguijuelas y rayas que abundan en esos caños.

Novena jornada

Este día anduvimos muy poco. Avanzamos diez cuadras, más o menos, por pantanos hediondos y calurosos que impedían al señor Cisneros sacar los pies con botas y polainas. Estábamos sentados en un voluminoso basurero que se había formado en una palizada y que era el lugar más seco. Haría un cuarto de hora que estábamos descansando y el señor Cisneros, con la mano puesta sobre la frente, poco nos hablaba; apartó la mano y notamos en la cara una extraña palidez y que estaba bañado en un copioso sudor. Siñó Pío le preguntó si se sentía mal. Contestó: “Sí, cuelgue la hamaca inmediatamente”. Siñó Pío la colgó de palmicho a palmicho; luego le quitó las polainas y le ayudó a subir; en seguida dijo el señor Cisneros que le buscaran un frasco con álcali y que en medio pocillo de agua le pusieran siete gotas; se las tomó y se quedó quieto.

En vista de que no continuábamos la marcha, siñá Flora hizo fuego, puso la sartén para cocer un poco de arroz que quedaba, y este, con tajada de plátano casi podrido, fue nuestro almuerzo. Siñó Pío preguntó al señor Cisneros: “¿Toma una cucharada de arroz o de café?”. “No, repítame la dosis de álcali y preparen modo de pasar la noche, hasta ver cómo sigo; estoy fuertemente atacado al hígado”. Los cuatro peones, Parra, Morales, Arteaga y Álvarez, cortaron ocho palmichos; los dividieron en trozos de tres varas de largo o menos; los arrimaron, formaron un tendido para quedar algo separados del pantano; se formó un rancho de vara en tierra, que se empajó con la misma hoja de palmicho. Eran las cuatro de la tarde. El señor Cisneros, siempre mal; fiebre a altos grados; ese día por la mañana se había tomado unos tragos de café. Siñá Flora le preparó una agua con cogollos de caña-agria que ella conocía; le puso azúcar refinada, de que todavía había unas pastas; al fin logró hacerle tomar unos tragos;

como a las diez de la noche le atacó vómito, que le duró como una hora; entonces dijo que le dieran una toma de la bebida que había tomado, pero que le agregaran las gotas de álcali; tomó la bebida y pasó el resto de la noche más calmado. Al día siguiente, a eso de las ocho o nueve de la mañana, dijo: “Vamos a ver si podemos avanzar algo, pues creo que no estamos bien de provisiones y podemos sufrir”.

Décima jornada

Este día anduvimos poco, pues salimos tarde y el señor Cisneros iba muy fatigado. Llegamos a un punto menos lagunoso como a las tres de la tarde. El señor Cisneros dijo: “Siñó Pío, cuelgue la hamaca”. Preparamos un rancho lo mejor posible para pasar la noche; el señor Cisneros tomó unas cucharadas de arroz con agua de azúcar y nosotros, algo. Colgamos el farol en la punta de la vara del rancho y nos fuimos quedando en silencio; dormir era imposible, pues la nube de plaga era intolerable: con aquel agujonazo a cada momento y aquel zumbido, nadie podía dormir; esto era desde las tres o cuatro de la tarde hasta las diez u once de la noche; llevábamos cuatro o cinco noches de no dormir absolutamente nada. Luego se desató una tormenta de las que yo no había conocido a pesar de haber estado donde las saben hacer, como en el puerto de Murindó. El huracán era horrible; tuvimos que sacar al señor Cisneros de la hamaca, que estaba cubierta con el encauchado, porque los torrentes de agua corrían por las cuerdas y lo empapaban de tal manera que no era posible resistir, hasta que terminara la tempestad, que duró por lo menos cuatro horas. Después de estar todos bajo el rancho en cuclillas, fue calmando el tremendo temporal. Como a la media hora empezábamos a sentir que el agua iba subiendo por sobre los pies y tuvimos necesidad de salirnos del rancho porque era muy bajo y no podíamos pararnos; serían las cuatro de la mañana; nos era imposible cambiar de sitio, porque el farol antes nos encandilaba. Todo era ya un gran charco que nos subía hasta la rodilla. El señor Cisneros dijo: “Debemos permanecer aquí porque si nos movemos podemos dar con un caño profundo, y es peor; creo que el agua no sube más, pero tampoco bajará tan pronto”. Eran las cinco y media de la mañana y, sin embargo, no se veía bien.

Undécima jornada

Este día avanzamos como hasta la una de la tarde, sin haber tomado ningún alimento: en primer lugar, porque no se había podido hacer fuego y, en segundo, principalmente, porque las provisiones se habían agotado. El señor Cisneros, sentado a la orilla de la quebrada, pensativo y fumando cigarrillo, es interrumpido por siñó Pío, que le dice: “Mi opinión es que tenemos que volvernos; mientras más avancemos, más profundas serán las ciénagas, y no saldremos al río”. El señor Cisneros contestó: “Atrás, ni un paso; hay que *echar pa'lante*, porque si no salimos de aquí a mañana, tenemos que entrar en un sorteo, inclusive... —y se señaló—, para que se salven los que queden. A ver, siñá Flora, ¿cómo estamos de provisiones?”.

“Tenemos —contestó ella— media pucha de arroz y un poquito de café”. Él dijo: “Ponga usted la sartén y prepare el arroz”. Siñá Flora hizo fuego sobre unos palos muy mojados, con dificultades que logró vencer, y puso la sartén con el arroz. Todos permanecíamos en silencio, exánimes de fatiga. El señor Cisneros me dijo que le prestara la brújula y, luego que la vio, sobre el palo en donde estaba sentado nos dijo que debíamos tener el río al frente, pero que no sabiéndose la distancia había que continuar por la quebrada, que era la única que podía llevarnos hasta él.

Saqué del guarniel un anzuelo, que nunca me ha faltado, lo mismo que mi escopeta, porque la caza y la pesca han sido siempre mis diversiones acostumbradas, no encontramos allí qué poner de carnada, hasta que al fin di con una punta de plátano podrido, único resto de las provisiones, que coloqué en el anzuelo; la quebrada estaba sumamente sucia y hacía una represa frente de donde estábamos; me acerqué y fui dejando correr el cáñamo o cairo, y a pocos minutos sentí correr la cuerda, y que algo estaba cogido; tuve que pasar frente al señor Cisneros, que estaba sentado en el tronco haciendo apuntes en su cartera; fui templando, y era un pescado largo, como de doce pulgadas, y unas cinco de ancho, regularmente grueso. El señor Cisneros, que era el más inmediato, dijo: “Tenemos el almuerzo; pero tenemos que echar para adelante a buscar la comida”. Este pescado se agregó al arroz; comimos todos, y hasta el señor Cisneros, que estaba muy fatigado; también tomamos un poco de café. Eran las cinco de la tarde; habíamos arreglado el rancho para pasar la noche; estábamos más bien contentos porque habíamos matado algo de agonía, pero siempre con el sobresalto que para el día siguiente nos estaba anunciado.

Luego que dejamos todo arreglado, colgamos la hamaca junto a la puerta del rancho y encendimos el farol para evitar que se acercara alguna fiera, pues no faltaban ruidos sospechosos. Como a las ocho, más o menos, nos pusimos a hablar de la marcha del siguiente día y Julián propuso al señor Cisneros que por la mañana se adelantaran él y Aparicio, escoteros, para andar más aprisa y ver si encontraban salida al río, y que volverían a nuestro encuentro pronto. El señor Cisneros contestó: “Sabes que tengo orden del Gobierno de no dejar separar a ninguno de ustedes de mi vista; pensaré y por la mañana te aviso”.

Duodécima jornada

Después de haber recogido todos los enseres que cargábamos, dijo el señor Cisneros a Julián: “He resuelto que te adelantes con Aparicio, siguiendo siempre la vía de la quebrada; y si dentro de seis horas no han encontrado salida, se devuelven a encontrarnos; nosotros seguiremos la pica de ustedes para no perdernos antes de llegar la noche”. Pronto desaparecieron de nuestra vista, pues iban escoteros; solo llevaba cada uno su machete; los que íbamos atrás llevábamos los corotos de ellos. Avanzamos hasta las tres de la tarde, siempre por la huella que dejaban, aunque en

algunas partes teníamos que calcular, porque era agua y no quedaba rastro visible. El señor Cisneros dispuso que nos quedáramos en ese punto, por estar más baja la ciénaga. La noche llegó, y los muchachos no aparecieron; bien entendido que desde el día anterior, que tomamos la media pucha de arroz, no habíamos vuelto a tomar nada absolutamente, porque no lo teníamos y porque las provisiones fueron calculadas para ocho o diez días, y llevábamos trece, la mayor parte de ellos luchando con la ciénaga. Allí pasamos la última noche, resueltos a morir de hambre más que de otra cosa.

Última jornada

El señor Cisneros dijo: “Vamos a ver si avanzamos algo más y si encontramos a los muchachos”. Arteaga, que venía desde hacía cuatro o cinco días con fiebres, estaba cadavérico y, sintiéndose muy mal, dijo: “Señor Cisneros, pueden irse; yo me siento morir: ya saben en dónde quedo”. Cisneros contestó: “No podemos dejarlo; yo le llevo el morral y los demás lo llevan de la mano, porque o salimos todos o morimos todos”. Seguimos la pica que habían dejado los muchachos; avanzamos algún trayecto por ciénagas y pantanos, muy despacio porque Arteaga estaba muy mal; Álvarez y siñó Pío lo llevaban del brazo. El señor Cisneros llevaba los corotos de Julián, Aparicio y Arteaga; y yo, atrás con siñá Flora de la mano, que también iba cargando una talega con trastos de cocina.

Como a las dos de la tarde suspendimos la marcha para descansar un poco; pero nadie hablaba ni una sola palabra.

Apocodestar allí oímos golpes como los que quedansobrelascanoas, y Cisneros dijo: “Somos de vida; parece que oigo golpes de barca”. Después de algunos minutos se repitieron los golpes, y entonces el señor Cisneros disparó su revólver; a poco oímos hablando. Allí habíamos suspendido la marcha porque una represa de la quebrada nos detuvo.

La canoa llegó, y en ella, Julián, Aparicio, ño Pedro León y su compañero de canaleta. Traían un taburete, una olla con sancocho con plátanos y gallina, una botella larga de brandy Golondrina, que era el que más se introducía en ese tiempo.

El señor Cisneros dispuso que entráramos todos a la canoa y que nadie tocara el sancocho porque podía morir inmediatamente; destapó la botella y a todos nos dio un trago mezclado con agua, y después él también hizo lo mismo. Emprendimos la marcha a las tres y media de la tarde, muy despacio, porque la canoa llevaba a diez personas y había puntos con muchas palizadas. Al fin salimos al río, oscureciendo. Ño Pedro León ofreció su rancho al señor Cisneros y le dijo que si él lo disponía nos quedábamos en él y al día siguiente bajábamos al puerto. Él contestó: “Bote usted la canoa al río, que dentro de una hora estaremos en el puerto”. A él llegamos a las ocho, más o menos, y allí encontramos a Díaz, Marquetti y Pérez, y también a Pedro

Ochoa y a Marcelo González, que en ese tiempo entraban a negociar con cacharros; además estaban allí Primitivo Acebedo, Vicente Balcázar, hijo de Silvestre, y el negro Tranquilino, cocinero de los ingenieros.

El señor Cisneros dijo al cocinero que nos diera únicamente un pocillo de café, sin azúcar, de rato en rato, hasta nueva orden, porque estábamos pasados de hambre y teníamos que comer poco y sin sal. Así pasamos la noche, bien o mal, y al día siguiente se nos dio una pequeña cantidad de alimento, continuando así por tres días.

El señor Cisneros ordenó que se prepararan Díaz y Marquetti para entrar a La Malena, por el punto que ya estaba señalado, a medir y nivelar lo más recto posible; que él seguía a Medellín y regresaría pronto, para dar otras disposiciones. Luego, dirigiéndose a mí, me preguntó: “¿Usted los piensa acompañar?”. Contesté: “Sí”. “Entonces ganará usted quince pesos de a ocho décimos, mensualmente, que le pagaré de mi bolsillo, porque nos ha acompañado en esta expedición de La Malena, porque los obreros que necesito para esta clase de trabajos me los da el Gobierno, de los reclusos de Las Colonias”.

Al día siguiente bajó el vapor “Tairona” y marcharon para el Carare Pedro Ochoa y Marcelo González.

Los que estábamos preparados para entrar a La Malena a la medida y nivelación de lo que hoy se llama “La recta de La Malena” éramos: encargado principal de la medida, señor Díaz; Marquetti, para la nivelación; y, como compañeros, don Mario Latorre, Vicente Balcázar, José Vanegas, Manuel Hilario y Dolores Becerra; estos últimos, marido y mujer, eran de Cáceres.

El 15 de mayo subió el vapor Bismarck y en él subimos hasta el punto señalado para empezar la medida y nivelación, dejando en Puerto Berrío viejo al señor Pérez, a Tranquilino y a Primitivo Acebedo.

El 16 empezamos el trabajo, tomó la cadena el señor Díaz y me dijo: “Tome la cadena y estire el brazo para que quede cogiendo el agua”. Una vez extendida, *donde marcó los primeros cien pies se clavó una estaca con el número uno*, por don Mario Latorre; así, sucesivamente, fuimos entrando hasta retirarnos nueve millas del río. En este trayecto gastamos tres meses. Las provisiones las entraba en canoa Pedro León, por La Malena.

Luego salimos al río y bajamos en canoa a Puerto Berrío viejo; este trayecto es más o menos de tres millas. Allí permanecemos dos días y luego partimos para Las Colonias por el camino de herradura hecho por Carlos de Greiff y el doctor Benito

Balcázar. Los señores Pérez, Marquetti, Primitivo y yo llegamos al segundo día a Las Colonias. Allí nos encontramos con el señor Cisneros, que ya había regresado de Medellín.

Reunidos en la oficina de los señores Cisneros, Merchán, Céspedes, Marquetti, Pérez y Loasis, estando yo presente, dijo el señor Cisneros a Merchán: “Hágame el favor de anotar en el libro todos los que nos han acompañado en las exploraciones de La Malena y demás; todos tendrán derecho a reclamar colocación en la línea, según sus facultades, cualquier día”. Luego dijo: “Ahora se hará la exploración del Nus; Loasis, Marquetti y Pérez medirán y nivelarán. ¿Usted los acompaña, Tobón?”.

—Estoy algo mal de salud —contesté—, pero sí los acompaño.

Al día siguiente salimos de Las Colonias para San Laureano, situado un poco arriba de Patiburrú, a la abertura de don Jorge Bravo, donde vivían en ese tiempo el señor Francisco Villa con su familia y el señor Juan de Dios Sañudo, el cual aún vive y es quizás el único sobreviviente de los de aquella época y que puede testificar sobre algo de mi labor de entonces.

Por este punto entramos a buscar el Nus. Descendimos por una quebrada que se llamaba la Manada; salimos a un punto llamado el Totumo, siguiendo la banda izquierda del río, bastante abajo, hasta un punto llamado Tarralíes.

Hacia unos ocho días que estábamos pasando muchos trabajos en nuestra exploración, por lo peñascoso y pendiente de la ladera. Un día en que descansábamos en un paraje llamado Los Tibes y en que aguardábamos las provisiones, que eran entradas por un señor Piedrahíta, de Santo Domingo, cada ocho días, aunque había ocasiones en que se demoraba en llegar a donde estábamos por los inconvenientes y precipicios que encontraba y por lo cual nosotros sufríamos muchas hambres; estando en ese punto, como digo, y ya aburridos de descansar, nos dijo Loasis: “Vamos a trabajar un rato para desaburrirnos un poco”. Todos contestamos que bueno, pero se me ocurrió decir: “Cuando más nos picará una culebra por irnos a trabajar en día de fiesta, y, sobre todo, de Corpus”. Todos se echaron a reír. Emprendimos la marcha: los dos trochadores, adelante; Pérez, a continuación, con una punta de la cadena, y Loasis, atrás, con la otra. Dicha cadena tenía cien pies de largo. En seguida iba yo con el nivelista, y luego Marquetti con Primitivo, que era quien cargaba el teodolito; habíamos avanzado unas cuantas cuadras con mucho trabajo, por la pendiente y el peligro de caer al río; de repente dio Marquetti un traspies y cayó sobre el costado izquierdo, entrándole una estaca por él y quedando colgado de ella, lo que le valió para no caer al río, que allí eran inmensos chorros. Yo, que iba un poco adelante, oí que Primitivo gritó: “Corran, que se aporreó el señor Marquetti”. Llamé la atención

a Loasis y volvimos a donde estaba tendido, en la pendiente de una peña y sostenido por la estaca que se le había entrado por el costado, como antes dije; entre los tres lo desenganchamos y, en compañía de Pérez y los dos peones delanteros, que llegaron en ese momento, lo alzamos en brazos y lo llevamos al rancho como a las dos de la tarde. Marquetti estaba pálido y no hablaba. Loasis mandó a los dos peones trocheros que fueran inmediatamente a Sardinas a conseguir alcanfor y un litro de aguardiente. Ellos emprendieron la marcha, pasando el río por sobre grandes piedras, que brincaron, casi milagrosamente, con palanca; trochando al cálculo, atravesaron en la noche la cuchilla, alumbrándose con una linterna; al fin llegaron a Sardinas, consiguieron el aguardiente y el alcanfor y volvieron a donde nosotros, a eso de las dos de la tarde del día siguiente. Marquetti estaba malo y había pasado la noche con bastante fiebre. Loasis le hizo tomar bastante cantidad de aguardiente mezclado con agua, luego le puso un pañuelo empapado en aguardiente alcanforado. Allí permanecemos cuatro días; en el último dijo Loasis: “Yo me quedo con Primitivo cuidando a Marquetti y ustedes van adelantando la pica y midiendo”. El mismo día dijo Marquetti a uno de los peones, llamado Luis, santarrosano, como de treinta y cinco años, de constitución fuerte, aindiado y boquineto: “¿Tú te atreves a sacarme a Las Colonias?”. “—Sí, señor”. “Prepárate, pues, para por la mañana”. Eran las cinco de la tarde; Luis improvisó una silleta, esa noche la arregló bien y al día siguiente marchó con Marquetti a las espaldas y un machete en la mano; salió del Nus a las seis de la mañana, trochando al cálculo en dirección al camino de Las Colonias, y nos dijo que había salido a él como a las cuatro de la tarde, a un punto o tambo llamado San Samuel, tres leguas arriba de Las Colonias, y que continuó su camino, y a las ocho de la noche llegó a la casa que servía de oficina y donde estaban Merchán y Céspedes. Al día siguiente volvió al Nus, donde nosotros continuábamos la pica hasta el punto llamado Tarralies.

Llevábamos 26 días, río abajo, por la banda izquierda del Nus. Como me sentía bastante mal, pues hacía más de dos días que no me faltaba fiebre, resolví decirle a Loasis que me hallaba incapaz de seguir acompañándolos y que pensaba hacer un esfuerzo para salir a Las Colonias. Él me contestó: “Tobón, siento mucho la separación de usted; bastante nos ha acompañado y bastante falta que nos hace... pero es preciso que tome algunos medicamentos; voy a hacerle el vale de lo que se le debe para que se lo presente al señor Merchán”. Primitivo Acebedo, que se hallaba presente, manifestó que me acompañaría hasta Las Colonias y luego regresaría. Loasis nos dijo que aguardáramos las provisiones, que debían llegar al día siguiente, para que no sufriéramos hambre en el viaje. Las aguardamos, pero como no llegaron oportunamente, emprendimos la marcha; nos dirigimos a los Tibes en busca de la pica por donde había salido Marquetti. Luis, el que lo condujo a Las Colonias, nos dijo: “Suban ustedes por la trocha hasta el rancho que allá dejamos; al frente y a la derecha está la pica por donde entré con el señor Marquetti y, no perdiendo esta, salen en el día al camino y llegan a Las Colonias”. Emprendimos marcha a eso de

las ocho y poco antes de las nueve estábamos en los Tibes; entramos por la pica que nos indicó Luis; no llevábamos más provisiones que dos yucas asadas; yo me sentía muy mal; hacía rato que habíamos perdido la pica porque el monte estaba muy claro y, probablemente, Luis había picado las ramas a mucha distancia unas de otras; lo cierto fue que nos sorprendió la noche y se desató una tempestad violenta; era tal la oscuridad que nos consolaba el brillo de los relámpagos. Primitivo se acobardó mucho, y nada menos yo, que me sentía con bastante fiebre. Le dije: “Estémonos quietos porque es peor que nos muerda una culebra”. Él daba gritos y renegaba y también decía: “Más nos valiera estar en la manga de los Muñoces comiendo grillos”.

El aguacero calmó un poco, pero él siempre gritaba; de repente oímos una voz cerca de nosotros; Primitivo siguió gritando y nos fuimos yendo, cogidos de la mano, en busca de las voces, hasta que llegamos a una barranca al borde del camino, donde dijo el que estaba al pie: “¿Quiénes son ustedes?”. Contestamos: “Primitivo Acebedo y Cipriano Tobón, que venimos del Nus y no hemos podido salir”. Entonces dijo: “Bajen un poco por el borde de la barranca para que salgan al camino”. Una vez en él nos reconocimos: Eran Francisco Villa, antiguo compañero del doctor Balcázar, Julián Álvarez y don Carlos de Greiff. Seguimos algunas cuerdas en su compañía hasta un punto abajo del tambo de San Benigno, y allí nos despedimos. Poco más o menos a las ocho de la noche llegamos al tambo de San Victorino, donde vivía don Napoleón de Greiff, como ya lo habíamos dicho. Allí lo pasamos muy mal porque esa familia no tenía nada que ofrecernos. Al día siguiente llegamos a Las Colonias, que estaban a cuatro leguas de allí; me dirigí a la oficina del señor Merchán a presentar el vale que Loasis me había dado, el cual fue cubierto inmediatamente y valió sesenta y ocho pesos de ocho décimos.

Allí estaba Marquetti, que seguía mejor de la herida; de allí mandó a un peón al Nus, para que le enviaran la estaca en que se había herido, la cual tenía una pulgada de grueso y le entró pulgada y media; Loasis la había conservado cuidadosamente para enviársela a Marquetti. Luego pasé donde Gabriel, el capataz de la reclusión, y allí permanecí ocho días en cama.

Cumplía su pena Julián Parra, y me dijo: “Don Cipriano, estoy de marcha para Medellín; si usted quiere, me comprometo a sacarlo; si no, se muere en la noche”. Al día siguiente marchamos, Julián a pie y yo a caballo; donde me daba fiebre bajaba de la bestia hasta que podía continuar. A los seis días llegamos a Barbosa; el 7 de septiembre de 1875, a Medellín.

Para terminar estos apuntes, voy a contar un incidente que nos refirió el señor Cisneros: pocos días antes de nuestra exploración en La Malena entró uno de los ingenieros a hacer una exploración al río Alicante, con cuatro compañeros y con

orden de regresar a Puerto Berrío viejo a los seis u ocho días; como transcurrieron ocho y los exploradores no salían, resolvieron enviar a tres peones en su busca, los cuales entraron por la pica de los primeros hasta llegar a orillas del Alicante; pero como esta se les acabó en la orilla del río, resolvieron pasarlo, y al otro lado volvieron a encontrarla y siguieron por ella hasta el río de Regla o San Bartolomé; visto que la pica no seguía, resolvieron volverse porque llevaban cinco días andados y la provisión se les agotaba; al fin salieron al puerto, pero sin noticia alguna de los desaparecidos. El hecho fue que se perdieron todos cinco. El señor Cisneros decía que, probablemente, se habían quedado alguna noche a orillas del río, y que una creciente de este los había arrastrado, para después ser devorados por los caimanes.

Exploración

En el año de 1874, en el río Alicante, con vía al Puerto de Regla o San Bartolo, entraron cinco compañeros, para salir a los cuatro a seis días, pero no volvieron a salir. El hecho fue que desaparecieron para siempre.

Como no soy sino un humilde obrero, y que a duras penas advertí a medio leer y a escribir, y porque desde chico he tenido que ganarme el pan a fuerza de trabajo, no se extrañen los disparates de estos apuntes que desde aquel tiempo escribí con cariño para mi familia, y que solamente por exigencias de algunos amigos he permitido que se publique.

Fuente: Tobón C., C. (1925). Apuntes históricos sobre la primera exploración del Ferrocarril de Antioquia (s.e.).

CIPRIANO TOBÓN C.

Para las fechas de nacimiento y muerte no se encontraron datos precisos. Los documentos que acompañan el texto original de Cipriano (1925) adjuntan un apartado bajo el título "Ecos de la prensa". Estos textos son transcripciones de prensa que contienen el sentir de varias voces del momento para que el Estado reconozca una pensión al único sobreviviente de quienes acompañaron a Cisneros en la primera exploración para la construcción del Ferrocarril. Allí, un autor anónimo menciona, en un artículo de julio de 1926, aparecido en el *Correo de Colombia*, que para entonces Tobón cumple 75 años. Por eso nos atrevemos a proponer, a manera de interrogación, una fecha de su nacimiento. Gabriel Latorre en *Francisco Javier Cisneros y el ferrocarril de Antioquia* (1924) dice que el autor nació en Medellín, pero no alude a la fecha de nacimiento. Además, en el libro original aparece con el segundo apellido: Cipriano Tobón C. y no Echeverri, como se registra en otras fuentes. Para más información acerca de la exploración y posterior construcción del Ferrocarril se recomienda la lectura de Francisco Javier Cisneros (1880), *Memorias sobre la construcción de un Ferro-carril, de Puerto Berrío a Barbosa (Estado de Antioquia)*, publicado por la Imprenta y Librería de N. Ponce de León, en Nueva York. Un ejemplar de este texto se encuentra en la Sala Patrimonial de la Universidad Eafit.

Francisco de Paula Rendón, caricatura de Ricardo Rendón.
Nota. Álbum de Caricaturas de los Victoria (1915).
Fotografía de Elizabeth Cañas Rodríguez.



Francisco de Paula Rendón (Santo Domingo, 1855-1917)

EL PALACIO DE LA FELICIDAD¹

Cuando no se le encuentra en la calle real, se le encuentra al volver la esquina de la plaza, o al frente de la iglesia, y, pásmense ustedes, hay lugares donde se le ve, como si dijéramos, agazapado al lado del humilde campanario.

Le engalanan vistosos colores, y para que no quede duda de lo que es, tiene sobre el dintel de las puertas —no se le concibe de una sola—, en caracteres gordos, tan claros como el ABC de la cartilla, el renglón de las siete letras, que dice el pueblo.

Rezan las leyendas que las grandes ciudades tuvieron por comienzo un templo; que al amparo del templo se levantaron las chozas, y que esas chozas llegaron a ser palacios no vistos hoy en día. En esta tierra hay lugares donde primero fue el estanco que la iglesia, y

¹ N. de las E.: para ampliar información sobre *El palacio de la felicidad*, ver: "Francisco de Paula Rendón editado por *Alpha*" (Cañas Rodríguez, 2020), en donde se hace una valoración de esta revista como expresión de un ejercicio de la historia intelectual del momento, por el carácter inédito de sus temáticas y estéticas. Así, esta obtiene un carácter internacional por los autores y obras publicadas, además de acoger el desarrollo gráfico de la época: "La divulgación de posturas ideológicas variadas concuerda con el propósito planteado por quienes fundaron *Alpha* (en su mayoría liberales) de ser más que un medio educativo. La publicación, gracias a esta amplia colaboración de escritores, se dedicó entonces a divulgar las propuestas literarias producidas en la época y, a la vez, a dar continuidad a la desaparecida revista *Lectura y Arte*" (pp. 179-191). En este panorama intelectual de la revista es donde Francisco Rendón publica sus obras.

aún hay caseríos con estanco y sin iglesia, caseríos que por obra de las energías del pueblo antioqueño pueden alcanzar a emporios que le hagan chorrear la baba a la historia.

El estanco es el *rendez-vous* de grandes y chicos; de insignificantes y notables; del señor alcalde, la primera autoridad política, y del sepulturero, la primera autoridad cementeril; del hermano del señor cura, tan amigo del confort —el hermano del señor cura—, y del sacerdote de la justicia; del sacristán, y del concejo del municipio. El estanco es forzosa estancia entre las horas de comer y las comidas; salón para aprender el trato de gentes y para hacerse a relaciones; recurso para llevar al amigo que nos llega, y recurso del que llega sin relaciones de ninguna clase; asiento de la crónica local y de la que no lo es... todo eso y más es el estanco. De haberle conocido el laureado poeta, le hubiera apellidado *la casa de todos*.

En día de semana el pueblo está solo: ni un alma cruza la plaza; escarban las gallinas y dormitan los perros tirados por ahí a la bartola; el sol —un sol abrasador— obliga a cerrar todas las puertas; las del estanco, siempre de par en par, como diciendo: “Yo soy alegría, yo soy la vida”.

Un mostrador de madera, pintado, como las puertas, de color vistoso, divide el recinto. Por el borde delantero del mostrador suele andarse un barandaje de macana que pone miedo con sus púas. Los anaqueles atestados de cuanto licor creó Dios: los hay de la tierra y de allende el mar; la mar en botellas blancas, verdes, amarillas como el ámbar, azules como el cielo, negras como la obscuridad. Ahora las rotulatas: desde la dorada del ron que llama Viejo o Matusalén, que huele aún a la leche que mamó de la madre, hasta la del Oporto, que ostenta el torreado escudo lusitano, para que no quede duda, y las de racimos de uvas del Moscatel y del Málaga. Dicen las malas lenguas —pase el chisme— que, por arte de las rotulatas esas, salen de un mismo barril todos los vinos habidos y por haber, desde el de consagrar, tan fortificante, hasta el del Rhin, con todo y nostalgias de heladas brumas y arruinados castillos, y el Malvasía, fábrica de manos ascetas, que, como al padre de los dioses, brisas marinas acariciaron con el soplo de sus alas allá en las faldas del sacro Ida; y pare usted de contar.

Pero sea de ello lo que fuere, las tales rotulatas lucen y atraen como atrae la pupila del boa constrictor a su víctima fatal. Es mórbida la garganta de la botella del champaña, de adolescente tísica la de la cerveza, de niña magra la de los cuartos de vino tinto.

De pies, en fila o a guisa de arcos, en todo el esplendor de su desnudez; las más, blancas, cándidas, vaporosas, parecen niñas de primera comunión las botellas del vino blanco; hembras desvergonzadas las de la cerveza Zapa. Fingen, allá, irisadas constelaciones; aquí, arboles de tarde que se acuesta, los carros de las que yacen arrebujadas hasta la

cabeza, en envoltura lila, amarillo claro o rosa pompadour, y de las que deslumbran con la cubierta metálica de las tapas; los corchos desnudos resaltan con sus ataduras de alambre, y más arriba remedan avisperos los carros de botellas vacías con sus picos destapados.

Vela el polvo con velo sutil al champaña que asoma la dorada cabeza en atisba de la ancha copa; la espera hace buenos tiempos, como al Redentor los justos en el seno de Abraham, para romper la férrea ligadura y subir en olorosas perlas; y el aguardiente, supremo rey que, desde su trono, la enorme tina pintarrajada de bolo o de verdacho con fuertes anillos de hierro, mira como el pueblo soberano, por encima del hombro, al brandy de los caballeros, al ron de Jamaica, elevado por sus méritos, al Bourdeaux Sprit áulico, a la Guapa, que en vano brega por esconder su origen burgués, y hasta al *whiskey* de extracción plebeya. Palaciegos de ese príncipe, barriles y damajuanas le rodean sumisos; guardan antesala en pie, sobre el mostrador, las medidas de litro, botella, media botella y cuarto; ríndele pleito homenaje los vasos y las copas de vidrio de Caldas; en línea, encasquetado el gorro de estopa y sus tablas de pordioseros sobre el pecho, hacen la guardia de honor los garrafones de ron de la costa.

Muy emperojado el uno con el galano rótulo que birló al Agua de Florida, y mostrando el otro muy satisfecho el retrato de la cabelluda beldad que birló al de Barry, a fuer de príncipes de la sangre, se entrometen en todo el tricófero de las pollas cursis y ese alcohol perfumado atractivo de las peluquerías de pacotilla.

La “hermana agua”, en tinaja de coral o en damajuana haraposa, si no en cueros, espera humilde trastos que fregar y labios que refrescar; y en alcahuete rincón, en amor y compañía de un embudo de lata viejo y sucio, se emborracha con desperdicios la botella de los monos... ¡y qué...!

El aguardiente que se filtra por las canillas cae gota a gota, blanco cual cabellos de sabio, en el fondo del vaso, que, como un yogui, se está allí impasible días y noches, oyendo aquel gotear lento, tenaz, sempiterno; las pailas, las ollas, los peroles de los contrabandistas cogidos en el garlito, se refugian tiritando en los rincones, hurtándole el cuerpo a ese juez a quien la justicia arrancó el corazón. Recuerdan con terror el día en que fueron arrebatados de las manos de sus dueños. Ni el echar de sapos y culebras, “ni la sonrisa de su dulce boca, ni el llanto de sus ojos consiguieron llegar a su alma dura”.

Con las orejas en acecho y los picos estirados, y de hocicos en el suelo, las grandes medidas y los embudones de cobre esperan impacientes la salida del soberano, para apararle espumoso y dejarle caer en blanco chorro al seno de la damajuana que le recibe cantando amorosa.

Del cielo raso que los vapores viraguraron pende la lámpara de petróleo, limpia y brillante, porque el estanquero la frota a diario con la más vieja toalla. Duermen las moscas en la cuerda del quinqué y en redes de papel picado que remedan colgantes torrecillas de Eiffel; ellas chupan el néctar en canillas y tapas, revolotean zumbando y mueren —felices de morir así— en el fondo de las copas y de las botellas vacías, como Byron, como Poe, como Verlaine...

Vistosos cartelones pregonan desde las puertas las fiestas de los pueblos vecinos.

Y la ley de las cuatro palabras, la suprema ley, severa, inflexible: “No fío. Sin excepción”, que se cumple como se cumple toda ley humana, donde la pueda conocer el humano linaje.

Celoso del bien de su pueblo, aquel soberano se encastilla en sus dominios como el emperador de la China; ¡con *kolas* a él, con hachís, con opios!

Solo al gran sacerdote le están selladas con siete sellos las puertas de *los paraísos artificiales*. ¡Tomarse el estanquero un trago!

Que clame gracia al Cielo, como San Antonio, para resistir a las tentaciones, a las ofertas, a la tenacidad del generoso. No es sacerdote católico, y tiene de hacer voto de pobreza. Fuera de su sueldo, nada, ni simples niquisocios; lo prohíbe la regla; deben ser mansos como las ovejas, obedientes como los soldados de Loyola y humildes como los franciscanos de leyenda.

Entre los del gremio, los hay de toda clase, condición y estado. No tienen más carácter de semejanza que la pobreza que les obligó a entrar a servir al estanco. ¡Ah!, sí, otras semejanzas, la pulcritud en el aseo y el trato de gentes, cualidades tan necesarias al oficio. Por lo demás, los encuentra usted solteros y casados, mozos y viejos, inteligentes y de cortos alcances...

El de San Isidro es lo que se llama una buena persona. Regular en todo, lo único que no tiene regular es la separación de las piernas al caminar; semejan un compás y le dan la apariencia de andar al través. Otra irregularidad del estanquero de San Isidro: que es más simpático de lo regular; su amarilla y fina dentadura la conoce todo el que le conoce; sabe escuchar con paciencia, lo que encanta a mineros, y entiende todos los asuntos que se le tratan. Para escuchar, inclina la cabeza y baja los brazos, que mantiene siempre pendientes de las bocamangas del chaleco, y los cruza sobre el pecho. Viste saco y chaleco negro, pantalones claros; lleva corbata negra, raída y un tanto grasienta; las perneras, que las lavadas encogieron sin piedad, apenas cubren parte de las blancas medias, donde las pulgas saltan, aman y duermen. El chaleco

y los pantalones no se pueden ver: el uno, por la boca del estómago; los otros, por las caderas, y la camisa en bomba, a modo de muralla. ¡Ah!, la brega de aquel estanquero con esos pantalones: si los baja, se queda desnudo arriba; si los sube, se queda desnudo abajo. Cuando no calza los botines amarillos de fuertes herraduras, calza los negros, que no han conocido más betún que el del bautismo; jamás le han visto con sombrero, y usa pelo cortado al rape. Fuma constantemente; oye a diario la misa de seis; ayuna cada día como un trapense, que bien ayuna el que mal come. Todo el mundo le llama en diminutivo: “don Carmelito” por aquí, “don Carmelito” por allí, “Carmelito” por todas partes.

Por la mañana suele haber en los estancos vacío pleno; y digo vacío pleno porque estanquero y moscas son parte de él integrante. De tarde en cuando interrumpe la calma algún arriero. Pide el arriero un trago con el “mi don” de ritual, lo apura en un periquete, paga tirando la moneda sobre el mostrador y sale trotando en alcance de la recua, limpiándose el pico con la paruma o la camiseta.

Alternan con los arrieros los viajeros a caballo; patean las cabalgaduras el duro empedrado, como queriendo echar de encima al caballero, o tiran, tascando el freno, por entrar al recinto que les es familiar. Sacan ellos las botellas del bolsillo de los zamarrros. El estanquero, afanoso por complacer, va y viene con la botella, con el corcho, con el vaso de agua, o con la copa levantada, así como el ángel confortador de la Oración del Huerto, en los pasos de Semana Santa.

El estanquero barre después de los indispensables asperges; lava copas y vasos en la loceada ponchera; los sacude o los seca con la toalla que lleva al hombro y, una vez “hecha la policía”, revisa cuentas y hace asientos en los libros con toda pulcritud y cuidado; que las cuentas de los estanqueros deben ser tan claras, minuciosas y precisas como las que lleva el Contador del Cielo de nuestras culpas y pecados. ¡Ay de ellos si llega el visitador y no anda eso a codal y escuadra, y el dinero en caja sin medio más ni medio menos! Si no tiene cuentas que arreglar, lee el periódico que le prestó el vecino o el novelón de Pérez Escrich que le prestó una amiga. Cuando no lee, ayuda a criar los hijos, que la madre le mandó con la engañifa sacramental: “Vayan díganle a su papá que me mande un poquito de tenete allá”, y cuando no hay chicos, se recuesta en un taburete a espantar las moscas que le circundan como si él fuese golosina, a atusarse el bigote y a sobarse la cara como un gatico.

Primero falta el sol que dejar de ir al estanco un hombre haraposo, arrastrado y en desgüeño barba y cabellos, como Cristo en la calle de la amargura. Pide un trago con voz gangosa y nasal.

—Case —contesta sonriendo el estanquero.

—De monos —suplica el otro.

Y temblando como un azogado, lleva la copa de sobras a los labios; corre la inmundicia por la revuelta barba y allí se está hasta que el aire la seca. Lucha por levantar los pesados párpados, mirando a todos lados con mirada estúpida y bestial. No se sienta, se tira en el primer cajón que topa; rueda por allá el mugriento sombrero y no lo recoge, y esforzándose por dominar la cabeza que cae inerte a todos lados como desnucada, masculla maldiciones a Dios, a su suerte, a los hombres. “El hombre feliz”, me dijo un amigo, “no tiene ni camisa, ni vergüenza, que es la camisa del alma”.

A eso de las nueve empieza a comparecer la verdadera clientela: la clientela de maestros, sastres, carpinteros, zapateros, albañiles; el maestro zutano, el maestro mengano, el maestro perencejo y el maestro de escuela, a quien se le disimula el almuerzador —él también es de carne y hueso—. Siguen comerciantes y desocupados. El estanquero no descansa un segundo; con habilidad pasmosa toma las copas, las lleva a la canilla, abre veloz con la diestra; el anís inunda espumoso con ruido de surtidor; la espuma rebosa; da una vuelta a la llave, que no ha soltado, para cerrar; torna a abrir, porque aún no ha vaciado la onza y media de reglamento, y tiene de hacer eso una vez y otra, y muchas veces para atender a este, a aquel, al muchacho, a la sirvienta; “que me venda un trago”, “dos”, “un cuarto en este vaso”, “en este frasco”; “que me preste la copita, que ahora se la traigo”.

La una criada refunfuña porque no enciman; la otra ñute por la flor o el piropo; la otra sale dando un revoloteo y haciendo torcido de ojos; el un muchacho lame la boca del frasco, el otro se chupa el dedo con que lo tapa.

Dos peones de morral en bandolera, que regresan a su casa de lejanas minas, piden “media”, la toman en sendos vasos, y se quedan tan frescos.

Quién, al beber, levanta la cabeza, derrama el trago en la abierta boca, aprieta los párpados y, tiritando, coloca la copa donde primero puede; quién la mira con gesto de verdadero asco, sopla adelantando con inercia los labios y, estremeciéndose nervioso, ajusta los brazos al tronco; quién, oliendo el trago, arrisca las narices, lo apura y escupe echando un k...; unos acarician la copa con la mirada y, levantándola engolosinados, se complacen en contemplar las burbujas, que se juntan como para no morir, y la sorben a traguitos, con los ojos medio cerrados; otros, después de beber, se inclinan, como haciendo una cortesía, ajustan la lengua al paladar, la separan abriendo los brazos y produciendo sonoro saboreo; algunos escupen después del trago, como si hubiesen apurado tósigo mortal; cuáles se resignan

al sacrificio levantando los hombros, enarcando las cejas y surcando la frente de arrugas concéntricas; cuál maldice del vicio; cuál reniega como un arriero; cuál se ríe de los aspavientos de sus colegas.

Aquí se pide agua; allá dicen: “el primero, sin agua; el segundo, con agua, y el tercero, como agua”; allí ríen de un cuento verde; acullá instan con amenazas de fuerza... y en la puerta, como alma en pena, el gorrero, el que solo bebe cuando le ofrecen, el que no extraña que le desairen, él, que no ha desairado a nadie.

Ahora entra uno, pide, bebe como si estuviera solo, se limpia el bigote y sale arreglando un cigarrillo; este, con la copa en la mano, al nivel de la boca, mira a los presentes, diciendo muy cortés:

—¿Gustan acompañarme, señores?

—Que le aproveche.

—Gracias.

—Acabamos de tomar.

Otro tira billetes sobre el mostrador y manda:

—Sirva tragos para cuantos bultos vea —tornan las gracias y las excusas.

—Yo no tomo solo.

—Usté, don Juancho.

—Usté, Peruchito, acompañe al viejo.

—¿De cuándo acá tan desganados?

—Usted, doctor, con una copita de vino, de cerveza, de lo que quiera; es con gusto —exclama el generoso, llevándose la mano al corazón.

Total, que no faltan dos o tres de esos que saben que la fortuna es calva...

El goterero ve el cielo abierto, y no en balde.

Allí se bebe a costillas propias o ajenas; bebe el gorrista destapado, el que finge no serlo, el que quiere y el que no quiere: yo bebo, tú bebes, él bebe; solo el estanquero no bebe... y el *hombre feliz* tampoco. Allí está tirado, proclamándose Prometeo y dios a un mismo tiempo, y a medida que se bebe, llamean las mejillas; enrojecen las narices; las pupilas fulguran; los sombreros se van a las coronas... y el dar filo a las lenguas, y el charloteo, y el hablar a la rebatiña, y el tartamudear... El tímido bota la timidez; el discreto desembucha secretos; el hipócrita, picardías; el generoso se torna en cicatero; el caballero, en canalla; el prudente, en imprudente; el cobarde, en rajabroqueles; el manso se sulfura; el sin ventura halla la felicidad;

el triste, la alegría; el callado habla hasta por los codos, y el alma de cántaro... empeora... Allí de proyectos, de negocios, de política, de crónica escandalosa; allí de chistes, de chascarrillos, de literatura, de amor... Y el cigarrillo, mezclando sus perfumados humos con los vulgares del tabaco de la tierra, y el olor de las tinajas, y el tufo de los bebedores.

Un niño, caballero en su palo, grita desde la puerta, jadeante por la carrera:

—¡Papá, que vaya a comer!

—¿A comer? No seas majadero.

Pero el niño no oye porque, sin esperar respuesta, vuelve las riendas del fogoso corcel y se aleja a saltos y corcovos.

—Si son las once —exclama uno mirando el reloj—. Me va a calentar la mujer.

—¡Y la mía! Allá estará que echa chispas.

—Qué más chispa que la tuya.

—Las once en punto, en el reloj de la catedral.

—¿En cuál catedral?

—En la de Medellín; yo tengo el mío por el de allá.

Una niña, llevando de la mano a su hermanito, se cuele como Dios le ayuda, a pasos quedos, y, abrazándose a las piernas del papá, le dice *sotto voce* y tapándose la cara con el pañolón:

—Papá, que a mi mamá que vaya, que se enfría el almuerzo.

Algunos se preparan a salir:

—Sin el último, no.

—Hombres, nos rascamos...

—Otro no quiere decir nada.

—El mío, chiquito.

—Yo no bebo más, aunque me maten.

—El mío, también.

—El mío, con gotas.

—Ese está muy grande, mérmele.

—Merme aquí, que a mí me gustan acuerpaos.

—Trago grande o nada.

A poco, vacío, soledad, copas en desorden, cabos aplastados; el suelo, rociado de escupas como de flores pisoteadas...

Y la digestión... y el perro... y aquella sed...

En el medio día solo interrumpen la tranquilidad del estanco tal cual viajero, tal cual estanquillero; y a las cuatro de la tarde la misma clientela, las mismas escenas, y el sol por el mismo caminito, en busca de su lecho de vistosos edredones.

Es domingo. ¿Quién se queda sin misa en este pueblo del hogar cristiano? De los campos, de las minas, de todas partes acude el vecindario. Para ese día de plegarias en la iglesia y de negocios en la plaza, el estanquero tiene un ayudante.

Es el ayudante de San Isidro un hombre parecido a muchos hombres, de “pie en el suelo”. Limpios aquellos pies como unas platas, pantalones de dril obscurito —“encubridor”, dice él—, muy aplanchados. Admírense: sin nudo en las rodillas. Es que al pobre no le han dado un instante para sentarse. En mangas de camisa; blanca esa camisa como un palomo blanco; la brillante pechera almidonada con ida de mano en el azul, se levanta en bomba; el sombrero de fieltro café, siempre en la cabeza, y la toalla en el hombro; fisonomía impasible, pero en el estanco, delante del estanquero; que fuera de allí tiene el ayudante, para toda polla, mirada sugestiva, dulce sonrisa y una flor o un gracejo. Le llaman el Ñato, y le llaman así por tener más narices de las necesarias.

Ni el patrón ni nadie va en zaga, que se pinta solo en lo del manejo de copas y canillas, en lo de actividad y movimiento.

El recinto interior del estanco está vedado los domingos a todo el mundo. Pisando la puerta del mostrador, sobre un cajón de pino, cual santo en su peana, se levanta firme el barril del ayudante.

La buena hija, llevando de la mano a su madre —una anciana temblorosa, que ha recorrido a pie esa mañana una legua, o más, en busca de la misa—, entra al estanco. Le es preciso a la viejecita una pulsadita de vino. Por los fruncidos labios de la infeliz cae a gotas el de consagrar, salido del barril milagroso, y la buena hija experimenta la satisfacción de haber propinado a su madre diez años de vida. Destinó a ello el precio de los huevos que le pusieron las gallinas en la semana.

El montañés, en luna de miel, con todos los trapos de cristianar encima, avanza seguido de su compañera —una provocativa manzana con ojeras—, sombrero blanco y blanco pañuelo alrededor de la garganta. Entra ella, paso ante paso. Le presenta él la copa del dulce Moscatel; ella quiere que él la pruebe primero; él, que ella; ella la acerca a los labios de él; él, a los encendidos de ella; ella, por rehuir, la derrama. Inunda el pegajoso

líquido la redonda barba y rueda como lágrimas por el pañolón; ella, limpiándose, lanza miradas de fingido enojo; él sonríe incrédulo; ella refunfuña, amenazadora; él sonríe incrédulo; ella le empuja con tenues codazos; él sonríe incrédulo.

Van apareciendo los estanquilleros de los campos, llevando en jíqueras, o en nítidos paños, garrafones, frascos, botellas. Los hombres sacan la paga de los carrieles; las mujeres, del seno; ellos revuelven y sacuden el carriel; ellas desatan y atan nudos de uno y otro pañuelo; ellos beben el sobrante cuando la vacía no hace la medida y ellas lo vacian en el frasquito que llevaron, previsivas.

No falta la vieja que, sin dársele un comino, levanta las faldas y se da su friega en aquellas pantorrillas blandengues, semillero de pecados en otros tiempos.

A medio día en filo, todo calla al *tán* de la campana. Un solo, la voz poderosa del párroco, entona el *Angelus Domini*. El “Sin pecado concebida”, del mercado, se pierde en los aires como huracán que se aleja y con el “de los siglos, de los siglos. Amén” torna el ruido de la plaza, ruido que se oye en el estanco como la caída de una cascada. Aquí el trajín sube de punto. Brazos de mozos, de viejos y un tal cual redondo y desnudo se tienden por sobre las agudas púas agitando los billetes, a modo de pañuelos que dicen adiós. Aturde aquel vocear.

—Un trago, señor.

—Vea, señor, a mí.

—Aquí dos, que dejé la tasajera sola.

—A pure.

—Devuélvame.

—Despácheme, que hace años estoy esperando.

—¡Ay, Dios! ¿Por qué tan desdeñosa?

—No me arrempujen.

—Déjenme salir.

—Busquen quién los cargue.

—Reciba o me voy sin pagarle.

—Un poquito de agua.

—Aquella mujer me mata; si me mirara, dejaba el vicio.

—Mi don, un vaso de agua, pa pasar este maldito.

—Vaya a la porra.

—Bebés o te lo echo, escogé.

—Es por plata, ligerito.

—Ya me sabe a infierno.

—Vayan al k...

—Pa todos hay. No apuren...

Aquellas canillas no cesan en su espumoso chorrear; el estanquero en chaleco, en camisa el ayudante, van, vienen, sudan la gota gorda, sirven copas, lavan copas, escurren copas en la botella de los monos.

Los cajones rebosan de sucios billetes.

— “¡El sudor de mi pueblo!” —truenan desde el púlpito el sacerdote en cada plática.

Dos jayanes, de esos que “llevan el hierro en la mano...”, que entraron amigos y bebieron juntos, sin saberse ni el cómo ni el porqué, gritan, amenazan, se dan de mojicones, de navajazos; la sangre corre escandalosa, como mujer histérica. El estanco queda vacío. Estanquero, ayudante, juez, guarda, gritan, empujan. El mercado se revuelve aterrado... Alcalde, gendarmes... Un rincón en la cárcel.

El orden se restablece.

La muchedumbre se agita en el estanco como mar embravecida. Ya no es el ruido del mercado el que se oye; es el ruido del estanco el que se oye en el mercado.

Bebe el que está en ayunas para fortalecerse; bebe el que ha ganado en sus ventas, de alegría; el que ha perdido, para consuelo; el que alcanzó el sí de la dulcinea, para celebrarlo; el de los nones, para olvidar; el despechado, por despecho; el vicioso, por el vicio; el minero, porque vendió bien el oro; este, porque le birlaron el empleo; el otro, porque lo birló; beben unos, porque hace frío; otros, porque llueve; y porque hace calor, y para sanar el dolor de barriga. Bebe el que tiene que irse, porque se va; el que tiene que quedarse, porque se queda; este, por acompañar a aquel; aquel, por acompañar a este; beben los amigos que se encuentran y los que se despiden; los que tienen disgustos domésticos y los que tienen ofensas que vengar; bebe el viejo octogenario y el mozo apenas salido de la infancia; bebe el que está triste y el que está alegre...

“A ocaso baja el día rodando en oleadas”; los que gozan de la suprema felicidad; los que han alcanzado el Nirvana allá tirados en las calles, en los caminos, arrojados a puntapiés de las aceras.

Los que no llegaron a tanto, allá van por los cuatro vientos, desparpajados, a caballo, a pie, gritando alegres, tañendo las vihuelas, cantando, enarbolando los sombreros, blandiéndolos en el aire, refrenando el correr de las caballerías con estirada de piernas y *repechos* horizontales; allá van a tiento y zigzagueando, escalando las montañas, sumergiéndose en las gargantas. No es don Quijote; son ellos los titanes del trabajo, los del hogar cristiano que van en busca de sus humos; allá van felices,

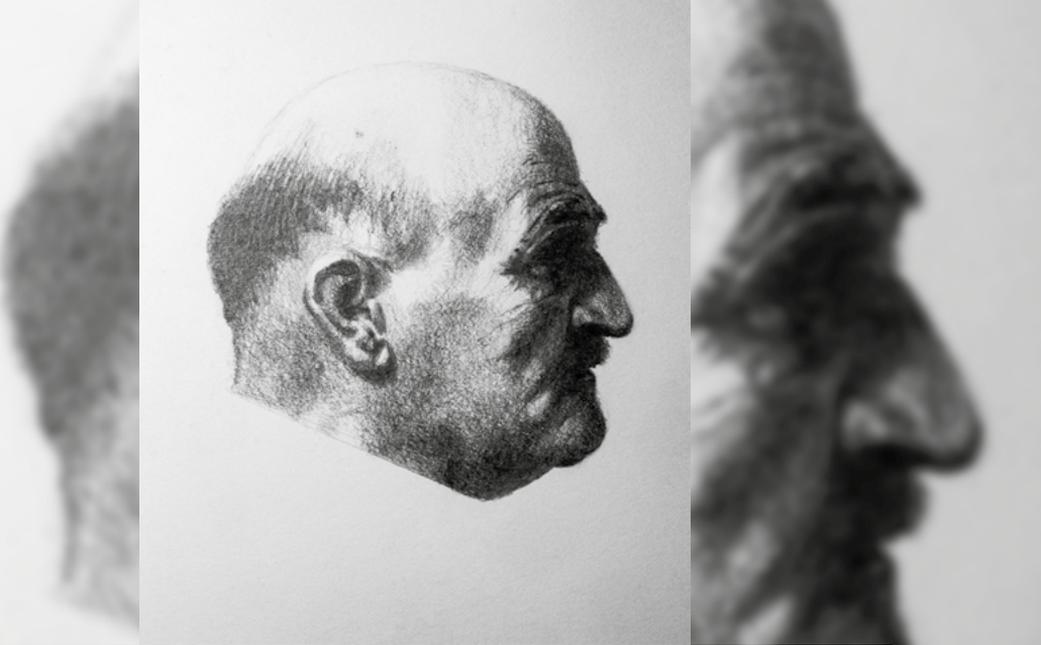
porque son el pueblo sobrio, el pueblo franco, el pueblo sincero; felices, porque son el pueblo que reconoce sus derechos y sus deberes; el pueblo honrado, el pueblo caballeroso; felices, porque son el pueblo de las grandes empresas, el pueblo de las grandes energías... ¡la raza del porvenir...!

Fuente: Rendón, F. de P. (1906). *Alpha*, 1(3), pp. 93-104.

FRANCISCO DE PAULA RENDÓN

Abogado, comerciante, escritor, notario, diputado a la Asamblea y representante a la Cámara; colaborador de las revistas *La Miscelánea*, *Alpha*, *Lectura* y *Arte*. Otras de sus obras: *Inocencia*, *Necrología*, *Sol*, *Pecados y castigos*. Dora Helena Tamayo Ortiz y Restrepo Hernán Botero (2005) indican: “Rendón, consumado artífice de los aspectos típicos del costumbrismo, desde sus más tempranos aspectos [...] da fe de una inquietud estética nueva en su medio; al pintar y criticar las costumbres locales no agota la materia literaria y poética, en tanto no solo describe y critica las costumbres lugareñas, sino que las inscribe en un marco de fina emotividad. De esta manera se explica que personajes que una lectura superficial puede encontrar intrascendentes manifiesten, en su lenguaje y actuación, un trasfondo de sentimientos y motivaciones ciertamente dolorosos, y que vistos, en contra punto con el medio al que pertenecen, lleguen, en la mayoría de los casos, a soluciones trágicas” (p. xxxv).

Tomás Carrasquilla.
Fotografía de: Liliana Patricia Correa Rodríguez
Nota. Carboncillo 23x29 cm. José Antonio Suárez.
Colección de historia. Museo universitario.



Tomás Carrasquilla (Santo Domingo, 1858-Medellín, 1940)¹

EL GUARZO [1877]²

¡Y tan formalito que lo cree misiá Mercedes...!
Palabras de Manuel en el delirio

¡Ah, malditos gozones...!
Rafael Álvarez

Manolito Isaza, el niño grande de don Delio, es lo más cuarto que hay. Manolito tiene la color de la melcocha, los dientes de azúcar, y echa miel por todos los poros, por lo cual se le arriman muchos pegotes y lo persiguen avispas y abejorros. Diole Dios un geniecillo de ángel: cuando no se sonríe es porque se está riendo y cuando no se está riendo es porque se carcajea. Mas nunca se pone serio ni se enfurruasca. Así risa va y sonrisa viene, se come a todo el mundo —aunque sean las avispas— ¡y se queda tan fresco...! Es mocito que a todo le hace y con todos tiene que ver. Con el gran Antonio Uribe es literato y estadista; usurero israelita con Estrada Misas; dentista con Rafaelito Álvarez; místico con Julio Isaza. Para el negro Salas es compañero de uña;

¹ N. de las E.: el investigador y estudioso de la obra de Tomás Carrasquilla, Jorge Alberto Naranjo, dice que la presente obra es una de las primeras producciones del autor cuando era estudiante de la recién constituida Universidad de Antioquia (1871).

² N. de las E.: se reproduce esta información de la edición de la Editorial Bedout: "a título de documento curioso, que evocará gratos recuerdos en más de una familia del alto Nare, se inserta este sencillo relato, escrito por Carrasquilla cuando no había llegado a los veinte años y tras el cual se adivina su futura garra de escritor. El Guarzo es el apodo cariñoso con que tradicionalmente, en esta tierra, se designa El Retiro, población de campos ubérrimos, apacible y nobilísima, situada al sur de Medellín" (1958 [1877], p. 671).

acucioso administrador para su hermana Ester; el mejor patrón para Paulino Lince; y el encanto de los encantos para don Rafael Ruiz. Al hablar se le triplica la dentadura, susurra como hoja de maíz y modula y vocaliza y hace unos gallitos al acabar que aquello es una gallina con pipita. Entusiasta admirador del progreso humano y de los grandes descubrimientos, se deja arrebatar de la elocuencia cuando habla de Edison; sobre todo el teléfono lo trastorna. Es sastre rousseliano; viste al Narciso de don Luis B., y, ¡cosa inaudita!, ¡ha podido realizar los ideales del Chato Vásquez!

Roussel, su maestro, es para Manuel algo así como una divinidad, y el ilustre profesor de corte le corresponde. Tanto que ya es fama que lo está esperando en Saint Nazaire, con las cosas buenas, y que ha mandado como promesa al Señor Caído de Girardota un sastrecito de oro, a fin de que le conceda cuarenta y cinco años más de vida para poder celebrar las bodas de oro de su discípulo muy amado.

Manuel, en fin, es cosa del otro mundo; pero como en este tampoco hay nada perfecto, resulta que el muchacho también tiene allá su cosita: y es que —a pesar de lo bien acordado de su discurso y pláticas— de presto y a lo mejor del cuento, se queda beleño, beleño, entra en delirio, y sale con unas, tan fuera de tiesto y razón, que ni para los sustos de la gente. Que lo diga doña Ester.

Pues a Manolito se le ocurrió, con achaque de visitar a su madre, hacer paseo al Retiro, por la vigésima o trigésima vez, y, al efecto, convidó a José Luciano, su cuñado, a Rafaelito, el idolatro de don Francisco Antonio; y a un señor cursilón de por allá de una parroquia, muy amigo de zamparse en casa de los blancos, y muy metelagómez, al decir de doña Ana.

José Luciano, fue allá en sus verdes años, arrogante y bizarro coronel y uno de los héroes de Rengifo; el más querido de José Domingo; el más respetado por Pachó Correa; el más temido por el obispo Montoya, por las monjas y por el padre Uribe. Su nombre se pronunciaba con las convulsiones del terror, y las señoras beatas se desmayaban al verlo, porque Luciano era, ¡el Señor nos asista!, el más atroz, el más desaforado de los estripa-curas de su época y uno de los fundadores de La Mano Negra. ¡Y verlo hoy! Si aquello es la misma marsedumbre, una criatura llena de un santo temor de mi Dios y de otro no menos santo a los caminos pedregosos y encachumbados. Se acuesta a las 7; reza sus cositas; toma sus jícaras de chocolate con los curitas; usa carriel de nutria como los magnates de Cocorná y los Vahos; gasta silla chocontana y estribera chapetona; se desmonta en los malos pasos y en los buenos también; y es, en suma, un señor gordo y patriarcal, que hasta parece conservero.

Rafaelito Álvarez, ¡esto sí es cosa grande! Es decir... no es grande, porque tan solamente tiene grande el bigote; pero lo decíamos al tanto de que por dentro

encierra más marrullas y malicias que tío Conejo. Y el muy hipocritón parece que no quebrara un plato.

Delgadito de cintura, ojitraste; la carrera sacada en la mitad con mucho fundamento; muy acicalado y compuesto; vestido de azul marino y con prendedor de perrito; de voz serena y dulzarrona y un aire muy reposado y urbano, es Rafael el tipo para embobar a cualquiera. Las viejas dicen: “Ah, querido y formal que es este niño de Mercedes”, y las muchachas: “¡Tan moderado y simpático que es!”.

¡Sí! ¡Fíese de las agüitas mansas!

Pues como íbamos diciendo: Manuel invitó a estos señores. Ayúdoles a arreglar el viaje, topole macho al uno y fue a traer el caballo del otro a media noche; y el sábado, oscuro oscuro, salieron de la villa, él, Rafaelito y el señor cursi. Iba este, caballero en el mulo arrendado de los Londoños, el cual le iba rebullendo el mondongo de lo lindo, por lo cual Rafaelito hubo de proponerle cambio de bestia. El señor ese —que, valga la verdad, es de lo más complaciente— no lo dejó acabar para desmontarse; y al instante hizo el cambio, solo por darle gusto, se entiende, resignándose a seguir en el caballo de Rafaelito, que de puro talentoso se ha quedado calvo, calvo como el señor que lo iba a montar.

Como Rafaelito sí hacía andar el mulo, pronto estuvieron en Doña-maría. Entraron a la finca de Luciano para juntárseles. Halláronlo en camisa interior —de esas docerrialeras de millarecito en el gollete— recibiendo los aires matinales y mostrando aquella nuca de toro, aquellos lomos de elefante y aquel vientre de Chilico. Muy amable salió a recibir a los compañeros, y no bien se hubieron desmontado, oyeron en la cocina un prelude delicioso de molinillo en la chocolatera. Todos tomaron sendas jícaras, menos Rafael, porque él, ¡cuándo había de tomar cacao...!

El soberbio moro de Luciano fue enjaezado con la silla de orejón, digna de figurar en un museo arqueológico. El señor complaciente quiso entonces darle a Manuel el gusto de montar su caballejo, color de natilla; pero Manuel, tan complaciente también, alegó no sé qué de mataduras y alunamientos. Pusieron en marcha, y al momentico en la plaza de Envigado. Luciano y el calvo mataron allí el gusano, y como quisieran llevar provisiones para el camino, dioles don Cruz Ochoa un brillante informe sobre lo bien abastecido de comestibles que es el camino para El Retiro. De nuevo emprenden la marcha calle arriba. Rafael, zarandeado por el mulo, parecía un muñequito de las Berruecos; Luciano, una mole de carne; el otro, cara de sacristán o fraile; Manolito sí era un grabado de sastrería.

Voltean la última esquina, se meten por angosto callejón, bajan y tornan a subir por unos andurriales, que más son quebradas que camino: brotan unas a lado y lado, otras, ya formadas, bajan de las faldas y se cruzan y se juntan y se enredan

formando rúbricas y culebras, ayudadas por el terreno, que ora es un barrancón, ora un tajo perpendicular, ya un pedrero, ya un rastrojo o un canalón hecho costillares. ¡Válganos Dios con los caminos! Al fin, después de enredar un gran trecho, la senda se determina y muestra el genio que tiene. Los viajeros alzan los ojos, contemplan las breñas y riscos que tienen que atravesar para trasmontar la cordillera, y los ojos se bajan desalentados. Allá se ve la casa de La Miel, a donde fue a templar perdido el hijo de don Delio —porque la miel llama a la miel, como la plata llama a la plata—; más abajo está la casa de la sobrina del difunto Marceliano, triste, desolada como la candidatura aquella. Luciano tiene razón: en realidad, de verdad no hay tal camino. Eso es un pedrero, un arroyo de guijarros, un matadero... cualquier cosa, menos camino; allí se anda con el credo en la boca, se piensa en los novísimos. A Luciano un frío le pasa y otro le viene; indaga, solicita por las tan abastecidas ventas y... nada; en las pocas casitas que hay en esos edenes pregunta si se vende de lo blanco y un “no, señor” desabrido se oye. Maldice de don Cruz Ochoa y sus informes; maldice del Gobierno católico que tales caminos consiente; maldice de la patria de su suegra.

Dos señores guarceños se unen a los viajeros, y se habla de El Alto de San Luis como de puerto de felicidad. Al empinarse la senda se retuerce, se agría, se encrespa más y más, hasta volverse un cachumbo. El fraile pide que le tomen el pulso, pues cree que se le ha ido al topar con una recua cerca de un precipicio y, el pobre, ¡canta para espantar el miedo! El coronel, tamañito en aquella enormidad de caballo, se frunce, se achiquita. En tanto, Rafael vocaliza todo lo que ha cogido en las óperas y Manuel canta “Los tominejos”, “Los azuleros”, el “porque al partir...”, ópera, zarzuela, todo en un mismo tono. Los muy mal intencionados ríen de los tenores y las hambres de los otros.

Como todo llega, llegó el alto y llegó San Luis y llegó una casita de paja donde hubo desmontazón, frescura para los gaznates caldeados; calor y abrigo para los estómagos; vaporcillos alegres para los cerebros embotados. Un aura de felicidad se respiró, volviendo a los labios las sonrisas, a las lenguas, las palabras bravas; se olvidaron los novísimos.

Brindose por Noé, el primero que le topó la gracia al jugo de la vid; hablose con entusiasmo por parte de Luciano; con unción por parte del otro, de la grandeza, de la trascendencia de aquel milagro de las bodas de Caná. La lumbrera de don Delio venía hecho un Bedoya porque determinó apiparse de leche, que es la cosa que tiempla más feo.

El camino, ya de cristianos; la naturaleza, alegre, festiva, con las galas de un hermoso día; el paisaje, risueño de variadísimos detalles; el ambiente oxigenado de las montañas; los olores campesinos, todo parecía ayudar a los viajeros, que, desde el Alto de San Luis —de San Luis bendito—, siguieron felicísimos, sacando de los

zamarros de Luciano una cosa que Rafael no se atrevía a mirar siquiera, una cosa allá... de las tres emes: Misteriosa... Mágica... Milagrosa.

¡Bendiga Dios la caña de azúcar y a ese que se alza en Giraldo en parasolados copos!
¡Bendiga la resaca y a la noble industria que levantó Pepe Sierra! ¡Loor al bienhechor de Antioquia!

Diéronse los viajeros a la admiración. Y a fe que hay que admirar por allí. Aquellas cordilleras azules, perfiladas en el cielo; esos prados verdes, afelpados, cual tapiz de peluche; los bueyes, tan somnolientos, tan perezosos, y que, como las águilas de Núñez, eran más de doscientos; las graciosas barrancas, asilo de enjalmas y aparejos; los cercos de heredades y lotes, de tupido arbolado; la Quebrada del Salado, de mansa corriente y claras aguas, que convida al baño; la casa de la finca del señor Hoyos, medio escondida allá, tras de los árboles...

Unos niños les salieron al camino a los viajeros, con la fausta nueva de que se entrarán a Los Retiros, a la casa de don Mengano Vallejo, donde se les esperaba a almorzar, con paseo, parranda y todo.

¡Qué encanto aquél!

Hiciéronlo así al punto, y antes de llegar a la casa, junto a una quebradita, apeose Luciano, sacó del carriel de nutria el alto cuello y la negra corbata, que lucía un chicharrón de oro, y ayudado por Rafael se emperejiló bien; tercióse el poncho, que no se pone porque le queda estrecho, y se engalló en el mulo. Rafaelito sacó de entre la copa del sombrero un jazmín del cabo que traía desde Doña-maría y se lo puso; sacó también el perro —que había guardado por temor de perderlo— y se lo puso. Se entiesó en el galápago, miró al mulito con desvío y lanzó a su caballito calvo una mirada de angurria. Manuel principió a registrar todas las risas y sonrisas de su repertorio, y al otro pobre puebleño le fue entrando una tupa...

La niña grande de don Delio y la mediana, escoltadas por cuatro cachacos, flor y nata de El Retiro, salieron, manga abajo, a recibir a los señores. Entre la escolta, llamaba, desde luego, la atención una figurilla encantadora: un varoncito al parecer como de veintitrés años; pálido y escrofuloso de tez; ojos de pajarito enamorado; el bigotillo espolvoreado hacia arriba, destacándose en las mejillas como dos cuernecitos; la capul primorosamente acicalada, con tres rosquitas a un lado y tres al otro; de andar menudo y reposado, si bien ligero y juguetón; de estatura mediana, delgado —con la delgadez de los poetas— acinturado como una dama, pronto siempre a cimbrarse, a inclinarse, a quebrarse si fuere menester, porque este mocito parece llevar, regados por todo el cuerpo, los diablillos de la elegancia,

de la cortesía, del buen tono; su voz, de cadencias bogotanas, es una cavatina de Bellini; su risa, el arrullar de un palomo currutaco. ¡Y cuando lee las poesías de Peza...! ¡Oh! Entonces se sublima, se transfigura, enarca las cejas, ensancha las narices, levanta las anémicas arterias, retuerce el bigote, acciona agitado, cual si el genio del bardo mexicano lo poseyese. Su traje era la forma de la elegancia: saco de entretiempos, de color indefinible, con florecilla amarilla en la solapa; chaleco de dril blanco con inglesa; el cuello de la camisa tendido, dejando apenas entrever la negra, imperceptible corbata; los pantalones azules, con listones a la diagonal; y —por un capricho de alteza— los botines remendados, resortiflojos. Cuando apareció en la manga llevaba puesta con indecible coquetería una gran pava. Tal es Paco Jaramillo.

Al lado de este patetarro, recién llegado de las orillas del Funza, era bien poca cosa la figura de Pachó Correa, representante del gracejo y del chisteguarzunos, y la de Leopoldo Ángel, que representa la amabilidad lisa y llana sin quintas esencias ni alambiques.

A poco del tope con esta gente salió doña Ana, de peinado grecorromano y traje blanco. Gran vergüenza por parte del forastero, pues Manolito echó presentación con todos los aliños y aditamentos del caso.

Los viajeros llegaron a la casa.

En la ventana, en la puerta, en el corredor, adelante, a un lado, por todas partes estaba el bello sexo. Tal cual macho andaba por ahí volantón, perdido en aquel maremágnum de faldas.

Siempre se ha hablado de El Retiro como de la tierra de las bellezas, de las flores y de la sal. Para probar tal aserto, bastaría contemplar el mujerío allí presente. ¡Qué jardín! Toda la beldad, todo el salero del Guarzo estaba allí. ¡Y cosa rara! La primavera en la mujer de esa tierra privilegiada es eterna, como la primavera de los trópicos... No precisamente porque la lozanía y la frescura juveniles duren allá en El Retiro más que en parte alguna, no: es por esa juventud moral, por ese brío, por ese como candor, casi infantil, por eso que se revela en mohínes, en risitas, en carreritas y retozos, en secretitos, en monadas, de pollitas de doce años. De esa muchachez del alma, más bella que la del cuerpo, hay mucho por esos lados del Guarzo. El rudo batallar entre el tiempo y la mujer tenía en aquel paseo asunto para más de cuatro epopeyas. ¡Y qué hermosas! Fieras con faldas; jamoncillas ternísimas con pechugas de pavo; algunas con su cuartillo de bermellón en cada carrillo, su medio real de *poudre de riz* por la carita, y las pecas asomando por aquí, la pata de gallina por allá; y todas de pelea, harto más repispadas que las ocho o diez que habrá físicamente mozas.

Pastoreaban este redil de bellas, las tres señoras Mejía de J., anfitrionas, y la id de I., obsequiada; cortejábanla hasta seis cachacos, fuera de los venidos.

El modisto Félix, ese hombre que es la delicia de las elegantes parisienses, hubiera encontrado mucho allí en que inspirarse. Qué soñadoras son en el vestir algunas retireñas. ¿Quién podrá creer que los tres boleros de doña Anita Uribe puedan combinarse con la chaqueta amarilla de las napolitanas? Pues allí había eso y el amarillo era furioso y también había sombreros con curubitas de lana azules y blancas, con escarapelas cogidas con pistolas, y batas ceñidas a estilo druídico, y otras cosas. Completamente desacordes en lo demás. uniformaron el calzado: todas —con tres excepciones— llevaban alpargatas marinillas, atadas por el talón, a lo china bogotana, y con esa forma papujada de empanada que, con mucho caminar, toma la calza esa.

El bureo hubo de desconcertarse un tanto con la llegada de los forasteros, pero Pacho Correa, el hombre de la situación, lo estableció otra vez; las niñas se acomodaron llenando la salita; Nena, con sonrisa que deja ver los dientes norteamericanos, toma el acordeón de forma octágona y, dale que le darás, ventea torrentes... de armonía. —Valga la palabra—. Dos niñas van a acompañarla en el canto, pero no queriendo ninguna estar de segunda, entonan todas en primo “Con esa peineta color de rosa...”, canción que entusiasma al auditorio. Manuel toma puesto entre las bellas y, a pesar de su abundancia de clientes, de risas y palabras de merengue, ¡en cuáles se vio para dar abasto a tanta niña! Más aplacado, Rafael logró hacerse a la pava de Paulina, se la puso, a lo matachín, y fue a sentarse muy satisfecho, junto a las sirenas, a cantar también.

Se habló de baile. El pánico cundió por los hermosos rostros; algunas se salieron azoradas; entre las cuatro viejas hubo conciliábulo; la mulata imagen del padre Rodríguez surgió en la mente de todas, amenazante, fulmínica, armada de excomunión. Con todo, las niñas de doña Ana —no obstante cierta penitencia impuesta a la madre— salieron a bailar, y dos o tres apóstatas de El Retiro las imitaron. Correa, al ver al señor cursi, por allá en un rincón, muy tristecito, determinó ir a sacarlo para que bailara una pieza con una su prima Manuela —título de parentesco que él pronunciaba con cierto retintín—, pero la prima Manuela dijo que no, y no, y no tuvo más que volver a su puesto el señor aquel, que se le salían las lágrimas de puro lo triste que se puso: lo que más le dolía era pensar que la prima Manuela lo había zambiado por viejo. Cuando apenitas es de la edad de Luis Moreno, ¡veinte y seis no cumplidos!

Fuese por miedo al cura, o por la cosa de la penitencia o por deficiencia del acordeón, el baile no pudo pelear. Pues entonces, ¡juegos de prendas, pues! Y Correa, radiante de satisfacción, toma la batuta y arma El correo. Qué sustos al cambiar de

puestos. ¡Qué chillidos los de las niñas cuando les iban a echar mano! Jaramillito perdió al momento. Pues que un favor y un disfavor. ¡Aquí de los salones bogotanos! Se pone en pie, la siniestra mano en la cintura, levanta la diestra, acciona y principia: “Pues la señorita Filomena es muy amable, pero no gusta del baile”. Pasa a Paulina: “La señorita tiene todas las cualidades... ¿no?... pero es un tanto desdeñosa” ... “Ah, caracho”, prorrumpe con aire de profundo asco. “Esto es vulgar. ¡Cámbienmela!”.

No hubo cambio: lo indultaron. Vino después aquello de “Qué me da usted para un ramo”, pues una rosa; pues un jazmín... lirios, claveles —y aquí fueron saliendo todas las flores—. Así siguieron con otras novedades de este jaez; pero, eso sí, ¡todo con mucha gracia! ¡Válgame Dios, que a la gente le dolía el estómago de reírse!

Dos de las anfitrionas, que trasteaban por allá, entraron a la sala con aire misterioso: el criado, las sirvientas y unos niños entraron dos mesas; una ráfaga de poesía bucólica pasó por todos los estómagos; todos se miran y, como si hubiese un convenio, todos se dispersan. Pronto las dos mesas añadidas formaron una muy larga; y dos manteles blanquísimos, un sí es no es almidonados, la cubrieron agitándose con el viento que por la puerta se colaba. Tal se agitaban, flojas y blancas, las tripas en el famoso vientre de Luciano; pues era ya la una y media... ¡y el pobre estaba con el desayunito...!

Sonaron los cubiertos, se distribuyeron los puestos; las tarimas y los taburetes cercaron la mesa; y el criado trayendo los platos de azafranada sopa, que trascendía, apareció en la escena. En la mesa no cabía ni el quinto del hombrerío. Luciano, con la más hipócrita de las urbanidades, invita a las niñas y las señoras para que tomen asiento. ¡Estaba sublime! Carreño lo hubiera besado. Pero el sacrificio no se consumó porque doña Micaela y doña Pastora dijeron a dúo: “¡No, don Luciano! Siéntense ustedes los caballeros. Nos hacen un favor, porque el servicio se facilita. Las muchachas comen ahí en el corredor. Que se sienten Anita, Paulina, la Nena... y las más que quepan”.

¡Cosa grande era la Nena según los fueros!

Como se ordenó, así se hizo. Doña Ana ocupó la cabecera, quedándole por un lado, respectivamente, doña Pastora, doña Micaela, Manuel, la niña mediana y la Nena; y, por el otro, doña Mercedes, Luciano, el señor desairado por la prima Manuela, Paulina y, enseguidita, Rafael; en el otro extremo se acomodaron los otros varones, las Vallejos y otras. Quedó aquello de bote en bote. Las cucharas suenan con solemne melodía; los más artistas callan, trabajándole a aquella sopa. ¡Qué sopa! Revilla, tan amante de lo trascendental, la hubiera hallado cuasi divina; tras la sopa vinieron unas entradas muy macizas y de mucha trascendencia también. Todos se pusieron

tristes; se hebetaron de comer, menos el puebleño, que fue de la pura tristeza que no pasó bocado, y eso que debió aprovechar ya que Dios lo llevó adonde había comida.

Terminado el almuerzo volvieron los juegos de prendas, dando principio por El Vuelo: “¡Que vuelen los perros...! ¡Que vuelen los sapos...! ¡Que vuelen los coristas...!”. ¡Luciano estuvo la cosa más querida él! Pachó Correo vendió santos. Pero, ¡ah, muchacho ese...! ¡Pues no tuvo cara de poner una de las niñas de San Antõñito! ¡Y lo patente y linda que quedó!

Después sacó la prima Manuela un canastro de cosas y fue repartiendo a cada uno de a dos duraznos y de a naranja; a los más principales y a doña Ana les dieron chirimoya.

Hubo, a esas, una cosa a manera de serenata: unos hombres llegaron con guitarras y se pusieron a cantar por la ventana; pero nadie se dio por notificado de aquello. Si fue sorpresa preparada por los galanes, ni Nena, ni nadie se sorprendió; si fue obsequio de los diurnos serenateros... nada que se les agradeció.

Del salón se trasladó el bureo a la manga. Las señoras formaron un delicioso grupo de comadres, junto a un ventanillo; los rapaces y rapazas vinieron a hacer, en el llanito entreverados, asidos por las manos, una gran rueda que girando, girando, se volvía elipse, cuadrilátero, triángulo, reventándose a lo mejor, y en medio de la cual, vendado y armado de largo palo, está el penado, quien tanteando con el palo, aquí y allá, ataja a alguno de la rueda, manda parar esta y entabla con el atajado un diálogo a silbido limpio. Si adivina quién es, se libra de la pena y viene el otro a sufrir... si no, ¡que ande la rueda!

En los anales del buen gusto, entre las muchas cosas que se han inventado para solaz y encanto de la gente contenta, no se registra, no se ha visto nada comparable al chiflido. Pachó Correa, que lo introdujo, que lo aclimató allí, merece bien de la patria. ¡Y tanto como lo merece...! Pues se le va a erigir una estatua de ungüento anodino que diga al pie:

AL CHIFLADO PACHO CORREA
EL GUARZO AGRADECIDO

Hora y media —¡noventa minutos mortales!— duró el chiflido; pero Dios fue servido de que a las anfitrionas se les ocurriera tocar retirada.

Acordeón, poesías de Peza; paraguas, trastos, todo se recogió en un momento; la colmena femenil dispersose en busca de pavas, chales y pañolones; la gente sale en grupos. ¡Qué golpe de vista presentaba aquel bando de ensombreradas beldades!

Luciano, que es tan maleante y ladino, dijo que eran, mismamente, las coristas de la ópera, cuando salen de gitanas en “Carmen”.

¡No hay tal Carmen! Eso era una bucólica, un idilio objetivo, una escena de Garcilaso de la Vega. Nada más poético, más pastoril que aquello: ellas, garridísimas zagalas; ellos, pastorcitos virgilianos. Una de ellas, hecha una Filis, lleva a su lado a su Alcino, al más enamorado que haya guardado cabras. Manuel, convertido en Tirreno, requebraba a Laura, que hacía de Flérida; y así cada zagal con su zagala. ¡Hasta Luciano tuvo la suya! Solamente el señor desganado aquel —aunque quedaba crecido remanente de pastorcitas y zagalonas— no topó encabe, y tuvo que pastorear con las cuatro rabadanas viejas.

Pasadas las mangas, y entrado que hubieron los pastores al camino real, hubo larga posa, en unos barrancos, volvió el acordeón a sonar y Nena a cantar “la peineta color de rosa”. Siguió otra vez la marcha, y en Llano-grande... vuelta a la posa. Pues lo que fue en esta vez, ¡sí se quedó metido el padre Rodríguez!, pues no hubo más be ni más ba, sino que bailaron, bien bailado, en pleno llano. Doña Pastora, por disimular el miedo, gritaba: “¡Que se junde Llano-grande... que se junde!”. Rafael, que se sentía muy bien, quiso probar las delicias de Terpsícore y sacó pareja. “¡Más te valiera estar duermis!”. No bien hubo dado media vuelta con su pastorcita, cuando Llano-grande, camino, montes, cordilleras, Retiro, planeta... todo le giró, en tremebundo vértigo, y el mundo se le fue y vinieron ansias y congojas. Se le creyó hombre perdido. No, señor: ni Rafael se perdió, ni Llano-grande se jundió.

Como quien acaba de hacer “gulumpán de la arena”, y haciendo de tripas corazón, pudo el muchacho ponerse en marcha con la gente, y fue tan heroicamente complaciente que, habiéndole instado unas señoras para que cantara, dio su voz al viento, con el “porque al partir...”. Manuel, con su tonadita inmutable de toda la su vida, y el otro señor, que es un Gayerre, le acompañaron, y dijeron los oyentes que nunca en tierra de El Retiro se oyó cosa igual.

Luciano, acometido de teatral inspiración, iba declamando las “Querellas del vate ciego”, que ni los Tunches en la “Flor de un día”. Paulina estaba encantada. Doña Micaela, representanta del saber guarzuno, no perdía sílaba; Luciano III se quedaba lelo, de ver lo que sabe su papacito.

La blonda Laura le hablaba a Manuel de un fenómeno físico-psicológico en ella muy frecuente y que consiste en emperrarse a llorar moco y baba cada vez que la galantean y la echan flores. Manuel, para ver de explicar tan peregrina cosa, apelaba a hipótesis harto poéticas, como esta, por ejemplo: “Que siendo el llanto el rocío del corazón, es natural que ese rocío salte a los ojos, para venir a regar las flores de

la galantería; que este riego es el más bello riego de las flores esas; que tratándose de unas lágrimas tan puras, de unos ojos tan preciosos como los de Laura...”. ¡Qué opinan del pastorcito!

Entre estas linduras y aquellos recitados y cánticos, fuéronse acercando a la población, bordeando la linda quebrada que, con su continuo murmurar, parece competir con los viejos solterones. Era ya bien entrada la noche cuando arrimaron al lugar. Aquí la dispersión de las gentes, los discursos de despedida. La sesión de adioses, en el portón de las Jaramillos, fue linda: Luciano y Manuel, otros tantos Castelares en la tribuna; doña Micaela, otra que tal, la Pardo Bazán en El Ateneo. Rafael y el cursilón —que de puro despeados no estaban para arengas— salieron con unas “Buenas noches” muy ramplonas y sin dar mano, ni nada... Manuel se ofreció a llevar a la Nena a la casa y los demás se regaron por todo El Retiro.

Como dos ánimas solas se vieron Rafael y el otro en esas calles, este llevando casi en peso al enfermo, a quien se le recrudecieron los quebrantos al pisar empedrado retireño. Solos fueron a dar a la casa, donde fueron recibidos por la señora madre de doña Ana. Rafael, a pesar de su moribundez, le presentó al forastero. Cuando llegó la otra gente, ya la noble señora y el presentado eran viejos amigos.

Entre estas necedades es una nota destemplada decir algo en serio. Acaso sea hasta una profanación. Si así fuere, perdón. Mas al hablar de Polita (así la llaman sus nietos), el alma se embellece, se perfuma, con el recuerdo de esta anciana y el sentimiento se desborda. Polita es la hermosura, la poesía de la vejez, el bello ideal de la abuela; su cabello cano es como una reliquia; en su rostro, de una beldad, de una frescura inverosímiles a su edad, se trasluce la bondad del alma. Todo en ella es benevolencia y discreción; su naturalidad, su sencillez —esa sencillez que hace tan amable el trato de los viejos y que es la verdadera cultura— inspira al par del más profundo respeto, una confianza casi familiar. Verla abrazada de sus nietos y bisnietos, tuteándose con ellos, entenece. Ella es el centro, el calor, la santa alegría de ese hogar venturoso.

Fuente: Carrasquilla, T. (1958 [1877]). *Obras completas*. Editorial Bedout, Tomo I, pp. 671-677.

TOMÁS CARRASQUILLA

Es uno de los autores antioqueños más reconocidos a nivel hispanoamericano. Visitó Bogotá en dos ocasiones: en 1895 para publicar su primera novela, y en 1914 para ocupar un empleo en el Ministerio de Obras Públicas. De 1919 en adelante vivió las tertulias bohemias de Medellín, pero hacia 1928 enfermó de parálisis en las piernas y luego, en sus últimos años, de cataratas. En 1906 se opuso a

la estética del Modernismo, porque a su juicio desdeñaba extranjerizante lo que hubiese de local y lugareño en literatura. Su ideal, en cambio, era la “obra nacional con información moderna: artistas de la casa y para la casa”. A su amor por el terruño juntó la pasión por la sencillez y la autenticidad del arte. Prefirió lo “cotidiano y vulgar” a los argumentos complejos. Los personajes infantiles tienen gran importancia en sus novelas y cuentos. Fundiendo lo popular y lo culto, en su manera de relatar son destacables la vivacidad y el sentido del humor. Su realismo no se acerca a un costumbrismo trivial, sino a las novelas artísticas del 1900. Los incontables personajes hablan el lenguaje regional del pueblo antioqueño, recreado con gracia y vigor, artísticamente, en su propio estilo (Gullón, 1993, p. 289).

Isabel Carrasquilla

(Santo Domingo, 1862-Medellín, 1941)

CALZONES¹

En la casa de campo de don Melchor, propietario acaudalado, se celebra la fiesta de los Santos Reyes con una cena.

Cuncia, la mayordoma, y Carmela, su cuñada y sirvienta de la casa, ponen toda su ciencia en el arreglo de la mesa. Aquella, morena, regordota, buena moza todavía; esta, alta, delgada, cabellos ondulados y ojos negros y tristes, que quieren salirsele de la cara; un punto negro, en la mejilla, como un chirle de tinto, le pone un tantico de veneno a ese rostro, moreno y paliducho, de boca roja y dientes parejos. Visten ambas sus trajes más vistosos, y los defienden con delantales muy aplanchados. Cuncia luce balaca roja de gran moño, y su cuñada, un clavel detrás de la oreja, rojo también. Oigámoslas:

—Apurá, Carmela, pa que arreglemos ligero. En esto llega la gente y tenemos qu'estar desocupadas por si aquel viene temprano y resuelve llevarnos al baile.

—Ojalá; pero mi hermano es tan corsario que cuand'uno tiene más gana di una cosa es qu'el lo deja colgao, más cuando está con tragos.

—Asin'es; y dend'esta mañana ya vino principiao. Poné vos los trinchetes ondi han de ser. La rellena sí no hay que frila sino al tiempo pa que la topen caliente.

—¿Y vos qué decís de la función del Pesebre, el 24? Hast'hay pa los niños habelo hecho bien. Mismamente como si el Niño Dios hubiera acabado de nacer. Es qu'en esta casa son tan sabidos. Ve qu'esa niña qu'hizo de Virgen, mismamente la Imaculada.

—Y el niño Jabio, que fue mi padre San José, con su varita florida. Pero ni gracia, cuando ese niño es de lo más precioso qui hay, con esa carita tan achapada y esos dientes de quesito. Yo m'embobo con él, pero no me gusta vigialo, porque Chepe es tan fregao que apenas digo qui alguno es bonito, echa a decime cosas y hasta

¹ N. de las E.: mecanuscrito facilitado por Dora Lucía Mejía Arango y Paloma Pérez Sastre. El cuadernillo de Calzones está en formato carta, numerado del 1 al 11. La tinta del escrito está en color negro y no se encuentra ninguna ilustración. En la parte superior de la portada aparece una marcación con letra L en mayúscula, acompañada de un paréntesis, el primero en dirección opuesta. En el siguiente renglón, aparece la numeración uno, centrada y acompañada de guiones: -1-. Después, centrado, aparece el título de la obra, subrayado y en mayúsculas sostenidas; cada letra separada por un espacio y punto al final. Aproximadamente dos espacios más abajo, aparece la palabra cuento con punto final.

me calienta. ¡Quicooo...! ¡Quicooo...! Óndi andaré ese almártaga. Apuesto qui está tirando triquitraques. ¡Quicooo...!

—¡Señoraaa...!

Aparece el rapaz; la cara picarona sombreada por las mechas, el vestido un solo remiendo, las piernas al aire, chorreadas y carrumiosas.

—Andá asomate a la portada a ver si viene tu taita.

—Pero qué se va a ver, mama, con lu oscuro qu'está.

—Andá, que siempre lo sentía llegar. O bajá onde ño Cancio a ver si está pu allá y le decís que se venga qu'está y yo lu estamos esperando.

—Mama, si se van p'al baile, me llevan pa yo quedame un ratico viendo el pesebre. Si viera las casitas tan lindas y los animalitos que tiene. Hasta patos nadando y gallinas y un burro orejón, y los santos grandotes, que los hizo ño Machuca. Lo más lindo de todo son los Reyes Magos, con cajitas como di oro y quizqu'un camello asina com'un caballo pescuecilargo.

—Salí ligero a lo que te mandé y dejate d'inguardias. Ya sabés que te tenés que quedar cuidando el rancho y los buchones. Go si no, me las pagás.

—Sí —sale gimoteando— toíto lo bueno pa ellas y pa uno nada. Por la pica me he di hacer el dormido cuando se vayan, y en después mi alevanto y me vengo p'acá cuando estén cenando. La niña grande siempre me da —aspira con fuerza—. ¡Tan bueno que güele!

—Pacha que dijo que venía a ayudanos y a quedase a serviles la cena, pa que nos pudiéramos ir despencionadas —dice Carmela, impaciente—. ¿Qué será la demora?

—All'estará untándose el colorete la filática con lo repelente que si ha puesto dende qu'está onde los recién llegados de l'extranjería. No la ves que ya nu habla que se l'entienda, todo se le va en visajes y zalamerías.

—Eso he reparao, pero ojalá venga ahora pa podenos ir. Y qué tal que Chepa no venga o se le meta que no hemos d'ir, cuando yo quedé con Manuel qu'iba sin falta; y si nos demoramos aquí sí aparece. Es muy capaz de venise, aunqu'estén aquí los señores, sin dásele un chocho: ni an de la policía le da miedo. Ya ves cómo se va a meter al baile.

—Ve, ole, vos dejate d'esas tomancias con Calzones, tu taita es muy fregao y ya verás cómo la pone si seguís queriéndolo. Es muy capaz de denunciarlo y hasta di ayúdalo a coger. Ya sabés la condición que puso pa dejate venir; que Chepe li había de responder que no te dejaba hablar con él.

—Él no lu ha de saber de tan lejos, y Chepe no sabe qu'el es el alférez del baile. Cuando lo sepa, ya nu hay remedio y yo mi hago de las nuevas.

—Debés olvidarlo. Eso no te trae cuenta. Cualquier día lo cogen y lo meten otra vez a la cárcel y vos te quedás colgada.

—La Virgen nu ha de dejar que lo cojan. Yo l'estoy haciendo la novena pa qu'esto no suceda. Él mi ha propuesto que nos casemos escondido bien de mañana. Cualquier cura nos casa. Él sabe que no pueden negar sacramento.

—Así será, pero siempre tenés qu'estar de güida de la policía y con temor de qu'el día menos pensao lo matan. ¿No crée qui hay mucho lambón que lu atisba pa denunciado?

—Yo toíto lo veo y por eso vivo con susto. Cualquier triquitraque que suena me parece que fue un tiro que ya lo mató. Pero qui hago si no lo puedo olvidar. Se me metió en el corazón dende que lo conocí. Es qu'es tan cuadrao, tan... ¡bonito! Y ese modo de reíse tan bueno y es tan agraciao y tan tumboso.

—No se le puede negar, pero siempre es dañino, qu'es lo que más le choca a mi suegro.

—Sí, pero no le quita sino a los ricos pa dale a los pobres. Él dice qu'es comunista y que los bienes hay que repartirlos por iguales que por eso les da a los pobres lo que les coge a los ricos. Ya ves que nu es sanguinario ni irrespetuoso. A muchas señoras principales, como a misiá Julita, que lu ayudaron en la cárcel las ha visitao pa dales las gracias y a ninguna li ha dao miedo d'él porque saben cómu es d'educao.

—Pes si Chepe güele que pued'ir esta noche, ni bamba que nos lleve.

—Mama —entra diciendo Quico—, mi papa está onde ño Cancio con otros... Ai tienen botellas y están bebiendo trago, él ta ya borracho. La que llega entual es mana Rufa, que me preguntó si mi papa ya había llegao.

—¡Cuándo había de faltar miércoles en mit'é semana! Esta ya güelió trago, con lo que le gusta a la borrachona. Y también por topase con Chepe, que no le pierde pie ni patada.

—Mama, es que vusté es muy mal pensada. Siempre ta cavilosiano y mandando a uno a vijialo y a ver con quién habla.

—Quitá, vos, di aquí, metido, y andá a ver si la niña se durmió, y si no, metele el tetero con l'aguadulce que si lo dejé en el taburete. Salí volando.

Nuevos refunduños de Quico, que sale rascándose la pelambreira.

—¡Maldita sea! Como si uno juera la mama...

La “mana Rufa”, vecina del rancho mayordomil, viene muy campante y se entra al comedor. Está muy engalanada: la cabeza con un pañuelo de colorines, que tiene anudado atrás y que le enmarca esa cara, coloradota y fresca, de montañero tierrafría. Muy zalamera saluda:

—Buenas noches, Cuncita y Carmelita. ¿Tan muy atariadas?

—¡Más bien! —contesta Cuncia, muy displicente.

—Dentre, mana Rufa, siéntese —dice Carmela, muy insinuante—, aquí arreglando la cena pa que los señores incuentren todo listo cuando lleguen.

—P'ónde se jueron, que yo los vide pasar a toítos, dende don Melchor. ¿Misiá Josefita y los niños todos?

—Ellos iban izque a un juego de pelota que yo no sé cómo lo llaman y nos dijeron que venían anochecido con todos los convidaos, que les dejáramos la cena arreglada pa que nos pudiéramos ir, y como Pacha quedó de venir...

—Entonces están pa llegar. Yo pensando en eso me vine pa ayudales, pero veo que todo está muy arreglao. ¿Y vustedes no van al baile de los Paniaguas?²

—Eso pensamos, si se puede —contesta Carmela—. Estamos muy convidaos.

—Pes muy rumboso izque v'estar. Han pasao con mucho potaje y mucho trago, y dicen que Manuel Calzones dio mucha plata p'al gasto.

Cuncia, muy enfurruñada, se deja decir:

—Vusté siempre irá go hará que la conviden, porque vusté en güeliendo trago y onde haigan hombres...

—Vusté sí qu'es satírica, mana Cuncia. ¿Ónde mi ha visto bebiendo trago? Uno qui otro me bebo pu ai y ya me van a sindicar de borracha, es que vusté se ha güelto muy celosa y ha dao en celar a mano Chepe con yo, sin dale motivo.

—¡Vusté no! No viviera atistándolo y engandujándose pa qu'él la vea. Como si yo fuera boba...

—¡Piss...! ¡Pa eso sobra! Como si n'hubiera hombres en el mundo y güenos mozos. Continás mano Chepe, qu'está ya tan patoniao... Es qui usté ve visiones, mana Cuncia. Cuando Quico si asoma pu el rancho le digo: ya te mandó tu mama pa que mi atisbés. Andá decile que se despencione.

—Asina y todo, ¡ya se lo quisiera...! Y no venga a negar que vino ahora por velo y que güelió qui hoy había aquí trago...

—Tanté, ¡por velo! Ni en que fuera el niño Jabio. Y trago sobra quién le dé a uno y quién convide.

Chepe, el mayordomo de la finca, cincuentón, enjuto, curtido y sano; es digno émulo de su consorte, la señá Cuncia. Viene caminando en zig-zag, por las repetidas libaciones en casa de su compadre Cancio. Trae, terciada al hombro, una jíquera con dos botellas, que descarga aparatosamente sobre la mesa; y a la cintura, la larga peinilla con vaina de ramales.

—¡Aquí está es'agua bendita pa que nos santigüemos la barriga!

A mana Rufa se le van los ojos detrás de las botellas; y pal motea entusiasmada y da golpes sobre la mesa.

² N. de las E.: los Paniaguas pueden tener relación con los herederos de los músicos que constituyeron la Banda Paniagua en el corregimiento de San Cristóbal en el siglo XIX. Su presencia era infaltable en las diversas ceremonias y festividades de la ciudad de Medellín y cultivaron una familia de músicos de alto reconocimiento tanto por su papel en la academia, como por la experiencia de más de 150 años de tradición musical.

—¡Arriba, mano Chepe! ¡Eche p'al Morro qui aquí estoy yo! ¡Viva! ¡Que viva el compadre rumboso...!

Cuncia, hecha una hidra:

—No faltaba más que vinieras a flotiar con tu contrabando y a emborrachar a las valonas de la calle.

—Callá la boca, negra. Y no digás que'es contrabando. Mis dos morlacos que me costó en el estanco. Y pa bebénolas enteritas. Vos la primera te tenés que meter tus güenos guacharacazos, go no me llamo Chepe. Más con lo güena moza que ti habís puesto.

—¡Quitá di aquí, zalamero! No te conociera yo tus perradas. ¡Vení a tapame la boca con tu trago...!

—Echá, Carmela, las copas, pa osequiar a mana Rufa, ya que dio la casualidad que nos topamos.

—¡Casualidá! Si no se topan se escriben.

Carmela llena las copas muy atenta, por no enojar al hermano, que se voltea la suya de un trago y, con ella vacía, dice:

—¡No siás cavilosa, negra! Yo t'he de curar d'ese mal, con cuero de novillo qu'es un remedio de primera. Y no li aleventés testimonio a mana Rufa, qu'ella no gusta sino de los caremuñecas.

—¿Conque estás muy al tanto...?

—Tomá, bebete este trago, go te lu echo pu el pescuezo.

Ella, muy aplacada, bebe, hasta escurrirse la copa; lo mismo mana Rufa, que se toma ansiosa la que Chepe le ofrece.

—Tené vos —dirigiéndose a Carmela— y atendeme lo que voy a decir; pu hay anda Calzones buscándote las güeltas. Yo te vide l'otra tarde conversando con él, en el portillo di abajo, y si te güelvo a ver con él, te jarto a cocas como le dije al Viejo.

—¿Cuándo me vites? ¡No siás caviloso! Preguntale a Cuncia si es verdá, y ve: no te jalés mucho pa que nos podamos ir temprano p'onde los Paniaguas.

—¿Qu'es el empeño d'isen temprano? Cuando vengan los blancos y haigan cenao, nos vamos.

—María Santa —dice su mujer—. Di aquí a eso estás vos más borracho qu'el aguardiente, contrimás menudiándolo aquí con mana Rufa. Ve onde va la primera limeta.

—Pes borracho y todo me he d'ir, pa bailar mis puntas con las muchachas y hasta con vos.

Ensayo de bailar, todo patiabierto y subiéndose los pantalones, que se le vienen al suelo. Llena de nuevo las copas y repiten todos.

Al fin aparece Pacha, la deseada, la filática, como dijera Cuncia. Es menuda, ni fea ni bonita; es de esas mujeres que siendo jóvenes aparecen viejas. Viene vestida a estilo de las sirvientas de casa rica: traje negro, gorra de gola, delantal y puños blancos. Llega montada en tacones Luis XI.

—Buenas noches, Cuncita, Carmiña, la señora Rufina y don José María.

—Muy buenas, Pachita —dice Chepe con vos aguardientosa y muy atento—. Camine a brindar con nosotros.

Cuncia no sale del pasmo y mira a Pacha sorprendida de la vestimenta y del saludo; lo mismo los otros. Cuncia pregunta:

—Y eso, ¿qué contiene?

—Es que yo no acostumbro llamar a las personas con apodos. Esu es de mala educación y muy pasao. Yo les advierto que mi nombre p'adelante es Fanny.

Carmela se entusiasma con la novedad.

—Sí, ole, ¡muy bonito! ¿Y por qué te lo cambiates?

—Las niñas de casa se cambiaron en París los nombres, porque es'es el uso allá. La señorita Bertilda se puso Bety, y la señorita Martina se puso Maud, y yo, entonces, me puse Fanny.

—¡Qué cuento e Fanny ni San Fana! A yo dende mediana mi han dicho Cuncia y no se mi ha quitao la gana de comer; y eso de quitase el nombre de cristiana pa ponese nombre de perra y de gata hasta pecao es.

—Dejen la jeringa y bebámonos un trago a la salud de Pachita.

Sirven de nuevo y todos toman. Pacha hace muchos remilgos, huele la copa y prueba con la punta de la lengua.

—Yo no sé tomar aguardiente, pero por dale gusto al señor, me tomo la copita, aunque güele tan feo.

Carmela no acaba de admirar a la recién bautizada. Si ella aprendiera a hablar así y pudiera vestirse tan elegante. Se le acerca y le mira la cabeza.

—Mostrame, ole esa toca que tenés que ni cresta. ¿Eso también l'usan las señoritas?

—Es'es la moda de París pa las que sirven la mesa, que son muy elegantes.

—¿Y todas están de luto?

—No sia boba, niña; es qu'en las casas de tono las meseras visten de negro, con delantar blanco con franjas y letines.

—¡Ah!, ¡como yo no había oído decir...!

—Otro trago, mano Chepe —pide mana Rufa—, antes que se cuele la gente.

—Vusté sí, no la llena ni una tina —dice Cuncia, que a pesar de la protesta bebe con ellos.

La elegante maestra registra con mirada inquisidora la mesa, y los manjares, servidos en bandejas y en platos.

—Veo que está todo muy arreglado; pero como yo soy la que voy a servir, me gusta componela a la moda. Los cubiertos no se ponen así, si no así; las servilletas se ponen en cartucho dentro de las copas, bien elegantes. También las flores están mal puestas. Ya no si usan en florero, si no haciendo un sendero, así, en el centro.

Las otras miran, admiradas, siguiendo la lección de esta maestra tan sabia.

—También me tienen que decir cuál es el plato frío que van a servir con el té, pus no lo veo aquí.

—¿Plato frío? —dice Cuncia, sorprendida—. Aquí no les gusta la comida fría. La rellena la dejamos pa l'último, pa que la topen caliente.

—¡Ah! ¿Es que también hay morcilla? Pues eso tampoco si usa ya. En las mesas de tono no se sirven esas comidas tan vulgares. Se sirve el té con cosas elegantes. Y como las señoritas viven a régimen, para conservar la línea no comen esas comidas tan mantecosas.

—Pues aquí, gracias a Dios, naide tiene romadizo pa tomar lameor, ni tan tísicas como en su casa. Aquí les gusta más la rellena y la carne de marrano y el chicharrón, que toos esos untos que ponen onde no tienen qué comer, pa engañar el hambre...

—Pues vea, Cuncita, y no se noje. Esas comidas no las ponen sino onde los puelleños, como son aquí. En las casas elegantes se sirven sorbetes, helados, ensaladas con *petite puay*, bayonesa, lechugas y una torta grande que llaman ponqué. La natilla y los boñuelos siquiera son plato nacional, como dice la señorita Maud.

—Todu eso es música. No hay nacional más que el hino, que les hace cantar a los desipulos, en l'escuela del Sitio, el maestro Casimiro.

—Ahora que lo mientan, verdá, ole Fanny, ¿izque te sacó unos versos muy bonitos?

—¡Muy bonitos! La señorita Betty, que los leyó, me dijo que eran igualitos a los que escriben ahora. Ellos son algo trabajositos pa leer, ¡pero muy bonitos!

—¿Y vos sí lo querés así, tan viejorro y tan pelao?

—Él me pretende desde que llegamos a temperar. Vive pasándome y no me parece tan feo ni tan viejo, pero a mí no me gusta novio puelleño. Me gustan son los titinos.

Cuncia, muy intrigada:

—¿Y esa qué laya di hombres son, pues?

—Pues son muy bonitos —dice Fanny—, se engalanan mucho; caminan tangoniaíto; se untan chapas y se pintan los labios y las ojeras como las señoritas; hablan muy delgaito y se peinan con gomina. Son desdeñosos con las mujeres. Por eso será que me gustan tanto, porque no andan empalagando a una.

Mana Rufa, que no le ha perdido a Fanny ni una palabra, aparta la copa, que se lleva a los labios, y dice:

—Esos son precisamente los que a yo no me gustan.

—Esos son unos... ¡sinvergüenzas!... —dice el mayordomo, con su voz aguardentosa.

Chepe, sin poderse tener, no puede casi hablar; se deja caer sobre la mesa, la cabeza en el borde, ronca.

—Ahora sí, ¡adiós baile! Ya lo tumbó la perra —dice su mujer, que también está *chapola*—. Alevantate y andati acostar, antes que vengan los señores, pa que no te topen guindao de la mesa, com'un perico ligero. Andá, acostate, pero no en la cama, que yo no ti aguanto, esta noche, la jedentina a chiquero...

A pesar de su estado, Chepe hace un esfuerzo y levanta la cabeza, porque le ha dado la peleadora:

—¡En mi cama m'he di acostar, negra celosa! Y no me voy sin reventale la jeta a la novia de Calzones, porque, ¡carajo!, eso de querer ese bandido. Hoy mismo lo denuncio, si es que no lo cojo, y se lu entrego a la policía.

—¡Vos! ... ¿Coger a Calzones? Cuando no podés ni an con los tuyos. ¡Ja!, ¡ja!... Ai te los veo caídos. Estu es si ya no los tenés mojaos... Si vos sos una gallina y un flotante, contrimás con la mocha que pañates, ¡sinvergüenza...!

—Pes allá verás si lo cojo, manque tenga que matalo.

Quico, que se había escurrido a la casa de ño Cancio para ver de nuevo el Pesebre, llega asustado y dice, bajando la voz medio tono:

—¡Carmela! Ai ta Calzones, detrás de la casa, si t'escuchando. Me preguntó por vos.

Las cuatro mujeres, que han agotado, en compañía de Chepe, las dos "limotas", tienen la grandota. A Cuncia le ha aumentado la peliadora. Mana Rufa tiene la cara como un ají. A Fanny, *la parisien*, se le han estropeado los puños y la toca. Carmela, la

triste Carmela, desengañada con la no ida al baile y con las amenazas de su hermano, ha cogido la llorona. Al oír a Quico se restriega los ojos y los mocos, para llevarse las manos a la cabeza, que con el susto se le ha despejado un tantico.

—Decile que ya voy p'allá. ¡María Santa! ¡La que se v'armar!

Pasado un segundo se oye en los corredores el chirrión de los zapatos nuevos. Asoma el famoso ladrón y truhán y se entra hasta el comedor, como Pedro por su casa. Viene, muy galán, de *bocadillo*: pantalón blanco de paño y saco azul de paño también; camisa chillona y el borsalina, de anchas alas, caído sobre la oreja; y al cuello, pañuelo a cuadros a guisa de corbata. Por lo demás, acredita el buen gusto de Carmela.

—¡Buenas noches!

—Muy güenas, Manuel —dice Cuncia, toda mieles—. Dentre y siéntese en este tabrete.

Se han quedado todos silenciosos, pasmados por el miedo. Chepe quisiera meterse debajo de la mesa, ya que no era posible evaporarse. La jala decrece por momentos. Carmela no articula. El jayán mira a todos, comprende el miedo y el embarazo.

—¿Es qu'he caído mal? Ai estaban muy contentos. De ajuera oí que brindaban. ¿Es que me tienen miedo o qué?

—Nosotros, miedo —dice Cuncia, temblorosa—. Si siempre habemos sido tan amigos. ¿Vusté no ha dentrado aquí como a su casa?

—Como a su casa —dice Chepe, con voz opaca.

—Sí, pero como ahora los topo como asustados... Por ai veo a uno que tal vez no se acuerda comu es Calzones.

—Yo... Manuelito... sé que usted es una persona muy buena con los pobres, y yo soy pobre.

—Yo vengo aquí por esta —señala a Carmela—, que me prometió encontrarse conmigo esta noche. Pero si aquí tan cambiaos o hay algún enemigo o amigo traicionero, ¡que salga pa que vea!

Chepe, tembloroso, se arranca a decir:

—¡Traicionarlo nosotros, con lo que o queremos...!

—Pues al que quiera entenderse con Calzones, que salga pa partirle el corazón —dice sacando un cuchillo y lo clava en la mesa cercanaa—. Porque así como soy de buen amigo soy de vengativo con el traicionero. Y denunciemen y échemen la

policía encima. ¡Carajo! A todos me los meriendo, ¡y no se m'escapa ni el señor Gobernador que venga a cogeme!

—No se caliente, Manuel, qui aquí nu hay quien lleve solo. Estas nu han de decir nada; y vusté bien sabe que nosotros somos sus amigos.

—Es que me han dicho que el taita d'esta Carmela izque recomendó quién me denunciara y que había uno aquí que se comprometió a cogeme. Por eso digo que salga qu'aquí estoy yo. Y si no sirve este cachiblanco —señala un cuchillo—, aquí está este pa metela seis frutazos en el cuerpo al traicionero, y pa afrontame con la policía y con el que se me venga encima...

Empuña el revólver. Chepe tiembla y no le quita el ojo.

—Aquí somos amigos y no vamos a denunciar a los buenos mozos —dice la filática— ni a los novios de la casa.

—Li agradezco, señorita, las buenas mozas son bien intencionadas.

—Ve, Manuel —articula al fin Carmela—, mejor es que te vas, ya que no hemos d'ir al baile antes que lleguen los señores.

—¿Cómo que no vas? ¿Y qué cuentas que vengan? ¿Te parece que les tengo miedo? Esa nu es gente di haceme coger en su casa y aunque fuera. Pero si me quieren denunciar, que me denuncien pa que sepan lo qu'es Calzones en un candelero. ¿Y qu'es el cuento que no vas al baile? A eso fue que vine, a llevarte si quieres o no.

—Pues... ¡Yo no sé qui hacer!

—Hacé lo que yo quiera y te mande, no hay di otra. Caminá, ir saliendo. Y al que si oponga me lo brinco, con este. ¡Carajo!

La saca arrastrada de un brazo. Carmela hace poca resistencia. No deja de apuntarle a Chepe con el revólver. Este está paralizado de terror.

—¡Y lo dejás que se lleve la muchacha, sinvergüenza! Qué cuentas le vas a dar a tu taita, después que cañastes tanto...

Chepe se recobra del susto. Mueve los hombros repetidas veces.

—¡Yo qué carajos...! Allá se las haiga... Pa qué se largó... ¡que se friegue si le da la gana...!

Fin.

Fuente: colaboración de Dora Lucía Mejía Arango y Paloma Pérez Sastre.

UN PREMIO. DIÁLOGO ESCOLAR

Dedicado a la señorita Bernarda Arredondo V.

En el corredor del patio del Colegio, un grupo de educandas, uniformadas en número de diez a doce, departen amigablemente a la hora del recreo. Las hay de todas las edades, desde dieciséis años hasta pequeñas de siete. Están unas die pie; otras, sentadas en bancas y hasta en el suelo. Hay una mesa con libros, cuadernos, tinteros y una campanilla. El papel de la maestra le corresponde hacerlo a una de las educandas más grandes.

Está vestida, no de uniforme, sino de negro o de tela oscura. Al empezar el diálogo una de las pequeñas tira en alto una pelota de caucho que cae y rebota.

ROSA: —Vea, Anita; váyase a tirar la pelota al patio, que puede aporrear alguna o derramar un tintero y la Señorita la regaña.

Berta, una de las mayores: —¡Ay! Qué susto y qué ganas tengo de saber cuál se ganó el premio en el Concurso. La Señorita dijo que hoy se sabría.

MARGARITA: —¿Por qué tienes tanto empeño? ¿Es que te lo vas a ganar?

BERTA: —No, yo no creo que me gane el premio, pero siempre me gusta saber...

JULIA: —Tu pensamiento es muy bonito, lo mismo el de Rosa. Creo que uno de los dos va a ser el ganancioso. A mí me encanta eso que dices Rosa de que “la madre es una rosa sin espinas”. El mío sí es muy malo, y eso que yo se lo mostré a mi mamá y ella me le arregló una cosita...

BERTA: —¿Y cómo es el tuyo?, que yo no lo leí. El que sí leí fue el de Sola, y es muy bonito.

SOLA: —¿Y cuándo lo leíste, si yo no se lo mostré a ninguna?

BERTA: —¡Eh, niña! Recuerda que estabas escribiendo en el pupitre y yo me asomé por detrás y escondiste el papel en el cajón, y cuando te fuiste lo abrí y lo leí.

JULIA: —¿Y cómo era? ¡Dilo, dilo!

BERTA: —Yo no me acuerdo, pero era muy bonito.

MARGARITA: —Léenoslo, Sola, no seas egoísta, así como nosotras te hemos mostrado los de nosotros y te hemos pedido el voto...

SOLA: —¡Eh! Yo no me acuerdo, y eso es una bobada. Yo no quería mandar nada, pero como la Señorita dijo que era obligación...

JULIA, les cuchichea a las vecinas: —¡Quién la oye! ¡Como si no fuera tan creída! ¡Ai está pensando que se va a ganar el premio!

BERTA: —¡Pues yo tengo un susto! Y eso que ahora no va a haber fiesta, como otras veces, para dar los premios. Qué susto tener que salir al escenario.

ROSA: —¡Sí que estás prevenida! Parece que supieras que te lo van a dar... Yo como sé que no he de ganar nada... aunque no cambio mi pensamiento ni aun por el tan

bonito y misterioso de Sola; y no se me da nada si tuviera que salir. Era muy capaz de salir al escenario, y hasta de echar un discurso, si yo fuera de la junta.

BERTA: —¿Y qué decías?

ROSA: —Pues, decía... Señoras y señores: El premio del pensamiento de la madre... se lo ganó la señorita Rosa Cuartas —se señala el pecho—, por su pensamiento que dice: La Madre es una rosa sin espinas que perfuma el jardín de la vida. Se le adjudicará como premio... un automóvil marca Ford o un radio... marca...

JULIA: —¡Ah! ¡Eso sí! Bien puedes ir consiguiendo el garaje o la mesa para poner el radio —risas—.

ROSA: —¡Ah, pereza que le salgan a uno con un libro de cuentos de Pinocho o con otro de ejemplos y sermones! Si fuera siquiera un costurero o un estuche de uñas —nuevas risas—.

MARGARITA, dirigiéndose a la pequeña: —¿Y usted, Anita, no mandó su pensamiento?

ANITA: —Yo sí, me lo escribió abuelita.

MARGARITA: —Sí, mamá me dijo que estaba muy bonito y que me iba a ganar el premio.

Silencio general. Aparece la Maestra. Trae dos paquetes. Se acerca a la mesa y agita la campanilla. Llegan otras escolares, que se agrupan en torno a la maestra.

MAESTRA, muestra una carta: —Señoritas: acabo de recibir la comunicación de las señoras que forman la Junta del Jurado Calificador, para los escrutinios sobre los pensamientos de la madre. Me participan que al Colegio le correspondieron dos menciones honoríficas con sendos premios. La primera la ganó la señorita Soledad Puerta, por su pensamiento que dice: “La Madre es la estrella que nos guía, el faro que nos ilumina por los escollos del mar” —todas oyen admiradas y miran a Sola, que esconde la carta entre las manos—. Y la segunda mención correspondió a la niña Anita Zea por su bonito e ingenuo pensamiento, que es este: “Yo quieto tanto a mi mamá que nunca la voy a hacer llorar”.

TODAS: —¡Bravo, Sola! Muy merecido. ¡Que viva! ¡Que viva Anita! —la Maestra desempaca el libro. Se dirige a Sola—.

MAESTRA: —Aquí está su premio, Sola; es un libro precioso, que usted debe leer y conservar con mucho cuidado. Se titula Corazón, de Edmundo D’Amicis. Es una verdadera joya de la literatura universal.

SOLA, recibe el libro emocionada: —Gracias, Señorita —aplausos—.

ROSA, cuchichea: —¿No les dije que era libro? Siquiera no salieron con Pinocho.

MAESTRA, saca de la caja una muñeca y se dirige a Anita: —Aquí tiene su premio, Anita, que es muy merecido porque su pensamiento es muy bonito y querido...

Le entrega la muñeca, que la niña recibe enajenada.

BERTA: —¡Qué belleza, Anita!

JULIA: —Muéstreme...

MARGARITA: —Vea cómo cierra los ojos y se queda dormida. Apriétela y verá cómo dice mamá.

MAESTRA: —¡Cuídela mucho, que está muy bonita! —La maestra agita de nuevo la campanilla. Se restablece el silencio—. Ahora vamos a analizar el pensamiento de Sola. Ella se valió de símiles...

MARGARITA: —¿Qué es símil, Señorita?

MAESTRA: —Símil, quiere decir: semejante, parecido. ¡No ve! Solo compara a la madre con una estrella, que, a semejanza de la de Belén, irradia luz y nos guía y nos ilumina con la luz de sus consejos, y de su experiencia; y es, a la vez, faro que nos alumbramos para no perecer en los escollos del mar, que es la vida. Ya sabemos lo que es estrella; ahora, ¿cuál puede definir lo que es faro?

BERTA, levanta el dedo y se pone de pie: —Faro es un farol muy grande, como especie de torre, que alumbramos a los navegantes.

MAESTRA: —Muy bien dicho; pero no es un farol cualquiera, como estos eléctricos que alumbran nuestras plazas y calles: es una torre altísima horadada por dentro, por donde sube una escalera que llega hasta el foco o núcleo, y que tiene su empleado que lo cuida y lo maneja. Anteriormente eran estas lámparas unos grandes mecheros de gas o de petróleo; hoy son enormes y potentes focos eléctricos, que se encienden automáticamente. Generalmente están situados los faros muy cerca de las costas o sobre los escollos. Alegra el espíritu, cuando se navega, alcanzar a ver el faro, pues ya hay esperanza de llegar con vida, porque el mar siempre inspira temor. Se siente melancolía, aparte del miedo; será porque se medita en lo profundo del mar y en la fragilidad de la nave.

SOLA: —¿Y usted, Señorita, conoce faros?

MAESTRA: —¡Cómo no! Conozco faros de la ciudad de Colón, que es de los más potentes. Este se ve desde muy lejos, la noche anterior al día de la llegada, pues el barco no atraca sino a las nueve de la mañana, pero desde que se ve se tiene la certeza de la costa cercana.

SOLA: —Verdad que usted estuvo en Panamá, en los asuetos de hace dos años... No recordaba.

MAESTRA: —Sí, me fui con dos maestras amigas y estuvimos muy contentas. Hicimos un viaje muy interesante.

JULIA: —Cuénteme, Señorita, de lo que vio...

MAESTRA, sonriendo: —Ya saben lo que es faro; ahora voy a explicarles lo que son boyas, que también hay muchísimas por las costas. Estas sirven para alumbrar los sitios más peligrosos. Son unas lámparas flotantes que las encienden, creo que también por medio de electricidad; y, sin duda, están unidas y sujetas por cables.

ROSA: —Yo las conocí en Cartagena, que hay muchas que alumbran la bahía. De día son como loritas paradas en un palito, y de noche son como lámparas que se mueven —risas—.

MAESTRA: —¡Conque loritas! Buena comparación. Efectivamente, hay muchas boyas, que alumbran y guían los buques, porque la bahía de Cartagena es un verdadero laberinto. Este laberinto está formado por murallas de piedra, cubiertas por las aguas y construidas por los españoles, así como las fortalezas de San Fernando y Bocachica, como les dije, para defender la ciudad de los ataques de los piratas, que irrumpían con sus barcos de tiempo en tiempo y asaltaban y saqueaban la ciudad.

JULIA: —¿Y mataban la gente para robar?

MAESTRA: —¡Cómo no! Entraban a sangre y fuego y no perdonaban vida y todo se lo robaban.

SOLA: —¡Qué horror!

MAESTRA: —Donde hay muchísimas boyas es en Panamá. Hay a todo lo largo del Canal una línea de boyas que alumbran de noche el paso de los buques...

ROSA: —¡Eso será entonces como una procesión del Santo Sepulcro!... —ríen—.

MAESTRA: —¡Muy cierto! Parece una procesión; y que el buque fuera las andas...

BERTA: —Señorita, ¿y ustedes conocieron el Canal?

MAESTRA: —¡Por supuesto! Ese era uno de los objetos de nuestro viaje; conocer esa obra de ingeniería, quizá la más notable del mundo.

MARGARITA: —¡Ah, bueno, Señorita, para usted, que conoce tanto!

MAESTRA: —Ustedes también pueden conocer algún día. Ya ven nosotras, pobres maestras, cómo, economizando, siempre pudimos ir. Más ahora, con lo fácil que se ha puesto el viaje haciéndolo en avión.

BERTA: —¿Y ustedes por qué no se fueron en avión, Señorita?

MAESTRA: —Por miedosas... y también por conocer mejor y estudiar todo. Panamá es muy interesante. Yo lo veía con tanto cariño, porque me parecía que era todavía en Colombia donde estaba. Yo no me he podido conformar con que Colombia hubiera perdido ese territorio tan bello y tan valioso por el asunto del Canal.

SOLA: —¿Cómo fue, Señorita, que Colombia se dejó quitar a Panamá pudiendo haber hecho ella su Canal?

MAESTRA: —Pues... quizás fue descuido o indolencia de nuestro Gobierno. Cuentan los panameños, no sé hasta donde sea esto cierto, que de aquí los tenían olvidados; que parecía que no fueran colombianos; que cualquier memorial o petición que mandaban a Bogotá, no lo contestaban o lo contestaban tarde. Esto los mantenía muy ofendidos. ¿Y qué sucedió? Que los Estados Unidos, que estaban a caza de ocasión y que tenían puesta la mira en el Canal, pues fomentaron esta discordia. Halagaron a los panameños con promesas, que yo dudo les hayan cumplido; les dieron dinero, los armaron y les ayudaron para que se proclamaran independientes. Y ellos como buenos protectores se quedaron con el Canal. El Gobierno de Colombia tuvo que pasar por todo, aunque el pueblo colombiano protestó y alguna otra nación. Esto dio origen a muchas otras polémicas y comentarios. Se habló de venta... y de muchas otras cosas, pero digamos con el poeta: “doblemos esta doliente hoja”...

ROSA: —¡Pero qué descaro! ¿Y Colombia por qué pasó por eso y se dejó quitar lo que era suyo? ¿Por qué no les hizo la guerra?

MAESTRA: —¡Qué guerra iba a hacer la pobre Colombia! ¡No tenía dinero, ni elementos de guerra, ni buques, ni nada! Sucedió lo que sucede siempre y dicen vulgarmente: “El peje grande se come al chiquito”.

SOLA: —¿Y no le dio parte a Colombia en el Canal?

MAESTRA: —Le concedió ciertos derechos para el paso de los buques colombianos y le dio veinticinco millones de dólares como indemnización; ¿pero qué son veinticinco millones comparados con la cantidad de millones que produce el Canal a los Estados Unidos?

MARGARITA: —Bueno, Señorita, ¿y por qué Colombia no hizo ella su Canal, antes que se lo quitaran?

MAESTRA: —Hasta en eso estuvo de malas Colombia. Hizo un arreglo a contrato para la apertura del Canal, con una firma francesa, gerenciada por *monsieur* Lesseps, el mismo que rompió el istmo de Suez; pero esto fracasó y culminó en un escándalo mundial que hizo época porque allí se hundieron muchas fortunas. Yo conocí en Cristóbal la brecha que los ingenieros franceses comenzaron a romper como principio del Canal. Es muy cerca de la ciudad. Como les digo, Colombia es muy de malas: por falta de dinero no ha podido explotar sus riquezas naturales, que son muchísimas; las bananeras, las minas más ricas y los yacimientos de petróleo ha tenido que cederlos a compañías extranjeras, que son las que se aprovechan de todo.

BERTA: —Muy triste es eso, Señorita. Yo, como colombiana, y que quiero tanto a mi tierra, también siento dolor por esto.

MAESTRA: —Hablando nos hemos apartado del asunto principal, que era estudiar lo que son los faros y las boyas, aunque creo que ustedes ya han entendido.

SOLA: —Nos hablaba, usted, de que en el Canal había muchas boyas...

MAESTRA: —Para alumbrar los largos trayectos que median entre las esclusas. Hay, además, muchos postes con farolas eléctricas sobre los andenes.

BERTA: —¿Cómo son las esclusas, Señorita?

MAESTRA: —Voy a tratar de explicarles: El Canal es una ancha y profunda brecha que une los dos océanos y que principia en Cristóbal y termina cerca de Panamá. Para abrir esta brecha aprovecharon en parte los cauces de los ríos Chagres y Culebras, que derraman sus aguas en sentido contrario. El primero, hacia el Atlántico y el segundo, hacia el Pacífico. Se admiran los cortes tan difíciles que tuvieron que ejecutar y el dragado tan costoso para darle cauce a las aguas. El corte de Culebras es el más importante por ser el más alto. Para empujar los buques en este largo trayecto construyeron tres esclusas: una cerca a Cristóbal, que se llama de Gatún, sin duda, por la cercanía del lago, del mismo nombre; otra cerca de Panamá, llamada Miraflores; y otra en la mitad, que se llama Pedro Miguel.

SOLA: —¿Y es muy largo el Canal, Señorita?

MAESTRA: —Tiene de dos a tres leguas; no sé con exactitud, pero tiene de largo el ancho del istmo en su parte más angosta. La medida exacta de esta distancia la pueden tomar ustedes mismas sobre el mapa.

JULIA: —Díganos, pues, ¿cómo son las esclusas?...

MAESTRA: —Las esclusas, tan mentadas, son unos enormes tanques o, mejor dicho, grandes tupias, con muros altísimos como los de una catedral. Son tres: una más grande al centro y una menor a cada lado. Son dobles, de manera que vienen a ser seis, en realidad. Esto para el caso de que dos buques que naveguen en sentido contrario puedan pasar. Encima de estos altos muros hay anchos andenes y en el centro se levanta una torre alta. Estos andenes son los que tienen grandes faroles sostenidos en columnas y que de lejos se ven preciosos.

BERTA: —¿Y los barcos van entrando solos, Señorita, o cómo los pasan?

MAESTRA: —Al acercarse el barco se abren con lentitud las grandes y pesadas compuertas que cierran la primera esclusa. El barco, entrando allí, es atado con cables, de los cuatro extremos, a cuatro locomotoras que van rodando despacio sobre los rieles que tienen los muros, cabestrándolo, sin que se tuerza ni se roce, hasta la esclusa central, que le abre también sus compuertas. En esta se ve que el barco se va levantando lentamente y cuando ya está a suficiente altura pasa a la tercera esclusa y luego al Canal libre. Entonces sueltan las esclusas y se ve la cantidad tan grande de agua con que las han llenado. Todo este mecanismo tan complicado y perfecto se mueve por electricidad. Pero ustedes nada ven allí porque todos los cables y los aparatos eléctricos están ocultos debajo de los andenes.

SOLA: —¡Qué maravilla!

MAESTRA: —Los ingenieros y los entendidos en estos asuntos deben admirar mucho este complicado mecanismo, lo mismo que esta obra que parece de gigantes.

ROSA: —¡Así les costaría de plata a los tales gringos!... —risas—.

MAESTRA: —En la torre central de las esclusas hay en la pared un cuadro estadístico en que anotan los nombres de los barcos que han pasado en el mes, su tonelaje y lo que pagan por él. Y son cantidades fabulosas.

JULIA: —Y qué dice, Señorita: ¡todo esto le hubiera tocado a Colombia!...

MAESTRA: —Hay también a lo largo del mismo salón una mesa donde está representado en miniatura todo el Canal, con sus esclusas, sus compuertas y sus torres de vidrio, como especie de termómetro por donde sube una columna de agua graduada para saber la altura de las aguas de las esclusas. Esto, siendo así, es el eje que mueve todos los mecanismos del Canal. Con solo apretar un botón eléctrico se van abriendo las verdaderas compuertas.

ROSA: —Esto parece cosa de brujería. ¿Verdad, Señorita?

MAESTRA: —Así es. El ingeniero electricista, por galantería, hace que las señoras muevan los botones.

MARGARITA: —¿A usted, Señorita, le tocó mover alguno?

MAESTRA: —¡Cómo no! Yo le di entrada a un barco muy grande de la marina americana que venía de Valparaíso y que se llamaba el Santa-María.

ROSA: —Qué pesar, Señorita, que esa maravilla no fuera colombiana...

MAESTRA: —Así es, pero no envidiemos lo que Dios dispuso que no fuera para nosotros. Aquí en Colombia, en nuestro territorio, que no es ya Panamá, también tenemos obras de ingeniería, no tan productivas, pero sí notabilísimas, construidas por ingenieros extranjeros y colombianos. Allí están las murallas, las bóvedas y los castillos fuertes de Cartagena, que son obras que han respetado los siglos. Con esto solo tiene Colombia para enorgullecerse. Fueron construidas, como dije antes, por los españoles, nuestros antepasados, y le costaron a la corona de España, nuestra madre, muchísimos millones. Tanto que el Rey Felipe II, cuentan las crónicas, se asomaba a los balcones de su palacio a mirar si desde allí las alcanzaba a ver.

JULIA: —¿Y sí las veía tan de lejos?...

MAESTRA: —¡Claro que no las podía ver! Pero era por decir que debían ser muy altas y fuertes cuando tantos millones se habían gastado en ellas.

ROSA: —¡Qué ponderador! Parece más bien el cuento de algún antioqueño que de algún rey —risas—.

BERTA: —¿En esas bóvedas era adonde encerraban a los prisioneros? ¿Y verdad, Señorita, que los quemaban?

MAESTRA: —Quemaban a los prisioneros acusados ante la Inquisición. Este terrible tribunal funcionó allí. Hoy todavía existen restos de lo que fue la Casa de la Inquisición y las prisiones, lo mismo que de las bóvedas, habitadas hoy por gentes pobres, y que eran las prisiones de Estado; y existen intactos los castillos fuertes de San Felipe, San Fernando y Bocachica, de que ya hablamos, y que defendían la entrada de la bahía. También subsisten restos del Convento de la Popa, que era, a la vez, fortaleza, tan bello e interesante, pero casi destruido, pues, sin duda, su misma situación no ha permitido que se conservase como los otros, pues está edificado sobre una altísima roca, cortada a pico. Solo la capilla está restaurada y dedicada a la Virgen de la Candelaria. Allí cerca vive el vigía, que con su anteojo escruta el mar y da aviso por teléfono de la llegada de los buques.

MARGARITA: —Qué dicha conocer tanta maravilla.

MAESTRA: —Y lo son, en verdad; lo mismo que los muelles de Buenaventura y de Puerto Colombia, y las Bocas de Ceniza, allí cercanas. Ustedes saben que el río Magdalena no era navegable hasta su desembocadura, pues al caer al mar se partía en varios canales, formando una delta, que ustedes ya saben lo que es. Y ninguno de estos canales tenía suficiente fondo los buques poder navegar.

BERTA: —¿Y ahora sí se puede navegar y entrar más allá, Señorita?

MAESTRA: —Sí, porque han cegado todos los canales y han dejado un solo cauce, que han ahondado y limpiado por medio de dragas para que el río tenga suficiente fondo.

JULIA: —¿Y cómo hicieron para tapar las bocas?

MAESTRA: —Construyeron fuertes y altas murallas de piedra, que, con los tajamares que se prolongan hasta tres kilómetros mar adentro, encajonaron las aguas. Estas murallas y los tajamares, con las arenas que el río arrastra y la sal del mar, se van consolidando y endureciendo como si estuvieran pegados con la más fuerte argamasa.

JULIA: —Bueno, Señorita, ¿y ahora entran los buques hasta Barranquilla?

MAESTRA: —Sí, ya han subido algunos, y pronto se establecerá la navegación. Esta obra le ha costado a la Nación muchos millones, pero han sido bien empleados.

BERTA: —¿Esta obra la hicieron los ingenieros de aquí o fueron extranjeros?

MAESTRA: —Extranjeros, pero los ingenieros colombianos hicieron los estudios preliminares, lo mismo para el Túnel de la Quiebra en Antioquia, que es de los más largos, puede compararse con los de Suiza. Así mismo, hicieron los estudios para la represa y la canalización eléctrica desde el Salto de Guadalupe hasta Medellín, intervinieron en el funicular de Bogotá a Monserrate y en todos los ferrocarriles y carreteras que tiene la Nación. Construyeron, así mismo, el cable de Gamarra a Ocaña y el de Mariquita a Manizales, así como también el acueducto de Piedras Blancas, que lleva las aguas a Medellín, y es una obra de ingeniería muy notable. Y, en fin, han tomado parte en infinidad de obras de distintas clases. Es que el país cuenta con un grupo de ingenieros, graduados aquí y en el exterior, muy bien preparados y competentes.

BERTA: —¡Qué honor para Colombia!

MAESTRA: —Pero dejemos esta conversación, que ya va larga y es hora de clase; ¡a formar bien ordenadas! Adelante Sola y Anita —agita de nuevo la campanilla. Sola lleva su libro apretado contra el pecho y Anita va con su muñeca en brazos. Salen en perfecta formación—.

Fin.

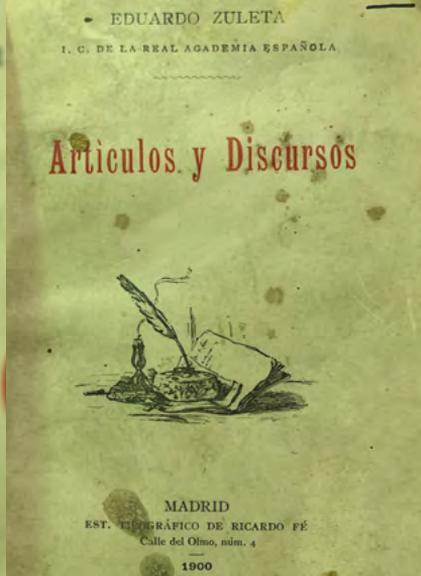
Fuente: colaboración inédita de Dora Lucía Mejía Arango y Paloma Pérez Sastre para esta edición.

ISABEL CARRASQUILLA DE ARANGO

Nacida en Santo Domingo el 8 octubre de 1865, fue bautizada el 15 del mismo mes con los nombres de María Jesús Isabel. Sus padres fueron Rafael Carrasquilla Isaza y Ecilda Naranjo Moreno. Su infancia y juventud fueron en su tierra natal, ella y su hermano Tomás visitaban con frecuencia a la familia Naranjo que vivía en Concepción, allí conoció a su pariente Claudino que sería luego su esposo. El abuelo de Isabel, Juan Bautista Naranjo Carvajal, era hermano medio del padre de Claudino porque la abuela de este, Micaela Carvajal Córdova, en su primer matrimonio con Ramón Naranjo procreó a Juan Bautista Naranjo Carvajal y en su segundo matrimonio, con Javier Ignacio Arango, fue la madre de José María Arango Carvajal, padre de Claudino. Claudino Arango Jaramillo nació en Concepción el 8 de junio de 1858; hijo de José María Arango Carvajal y Mariana Jaramillo, inicialmente trabajó con su padre y, más tarde, con su hermano Carlos abrió en Santo Domingo una sucursal del negocio

“José María Arango Carvajal e hijos” dedicado al comercio y negocios de minería. Allí reencontró a su pariente Isabel, con quien formalizó relaciones en junio de 1881 y contrajeron matrimonio en Santo Domingo el 10 de agosto de 1882, ella de 17 años y él de 24. De los once hijos del matrimonio Arango Carrasquilla, cuatro murieron muy niños, dos de ellos víctimas de difteria. Con excepción de Eduardo, su último hijo, todos nacieron en Santo Domingo, ya que en 1901 la familia se trasladó a vivir a Medellín a una casa de propiedad de la tía Mercedes Naranjo y de Tomás Carrasquilla. Solo dos de sus hijos permanecieron solteros: Gabriel y Eduardo; los otros cinco, Rafael, Elena, Constanza, Jorge y María formaron sus hogares en Medellín con una amplia descendencia de 17 nietos y 85 bisnietos.

Tomás Carrasquilla era el hermano mayor de Isabel; su otro hermano, Mauricio, falleció muy niño. Con Tomás siempre tuvo mamá Isabel una estrecha y afectuosa relación, compartían el gusto por la lectura, el teatro y la buena conversación. Contaban los nietos que Isabel era alta y bonita, de muy buena figura, elegante y de hablar pausado; fumadora y amiga del tresillo, juego de baraja española que la familia acostumbraba en las noches y tardes de vacaciones. En abril de 1929, Isabel y Claudino iniciaron un viaje con la intención de acompañar a su hijo Jorge y a su esposa a un chequeo médico. Partieron de Puerto Berrío por el río Magdalena y luego por el Caribe. Después de una accidentada estadía en Nueva York, salieron en trasatlántico rumbo a Europa con su sobrina Sofía Arango, largo viaje para regresar a casa en diciembre del mismo año. Esta travesía originó la escritura, de puño y letra de Isabel, de las *Impresiones de viaje* en 1938. Algunas crónicas de este viaje fueron publicadas en la revista *Letras y Encajes* en los años 1938 y 1939, y se editaron luego en 2011, dentro de la Colección Bicentenario, en la Editorial Eafit. En 1932, Isabel escribió con su prima Hortensia Ceballos de Moreno, bajo los seudónimos de Equis y Zeta, las obras de teatro *Filis y Sarito* y *Pepa Escandón*, basadas en *Frutos de mi tierra*, con autorización de su autor y publicadas, ese mismo año, por Editorial Bedout. Luego, su comedia *Una llanta rota* obtuvo la única mención de honor en los Juegos Florales de 1933; esta pieza fue presentada en el Teatro Bolívar en septiembre de 1935 a beneficio de la Casa de la Misericordia, con actuación de Celestino Riera, Clarisa Márquez de Riera, Amalia Gil, entre otros. Isabel fue siempre apoyo y estímulo para Tomás y, posiblemente, una fuente de inspiración. La muerte de Tomás, ocurrida el 19 de diciembre de 1940, fue una pena inmensa, difícil de asimilar; ella sufría diabetes y su salud empezó a menguar. Isabel falleció de manera inesperada en la noche del 5 de enero de 1941 en su finca de recreo. Su esposo falleció ocho años más tarde, el 27 de enero de 1949, (Colaboración de María Cristina Arango de Tobón, Medellín, octubre 19 de 2022).



Eduardo Zuleta Gaviria (Remedios, 1864-Bogotá, 1937)

EL MEDIO AMBIENTE [1894]

Un amigo mío, de carácter recto y serio, pero demasiado benévolo a veces, quiso explicarme la razón de ciertas debilidades que yo le criticaba, diciéndome:

Cuando yo oí por primera vez aquello de “Franklin aprisionando el rayo y el hilo misterioso del inmortal Morse”, estaba con fiebres palúdicas y temperando en La Palma. Allí también oí el “Luz, más Luz”, de Goethe, en boca de D. Federico Pérez, comerciante que tenía sobre el mostrador en letras grandes esto: “Más vale perder dinero que ganar deshonra. Víctor Hugo”; de suerte que cuando vine a Medellín ya traía yo en la cabeza unas tres frasecitas preparadas para dar golpe, como diría J. Manuel de la Puerta y M., fotógrafo, Cacerí.

También sabía yo quién había sido el tigre de Berruecos. Cuentan que D. Honorato de Andrade, partidario acérrimo de la candidatura del general Obando, subió un día a la tribuna popular en la plaza de La Palma y no encontró más elogio que hacer a su candidato que decir esto: “Viva el insigne tigre de Berruecos”. El pobre creía que aquello era como decir el “León de Apure” o cosa parecida.

Yo había vivido un tiempo en Remedios y otro en La Palma antes de venir a esta capital: del primero había tomado el aire indiferente a las riñas y al desorden y el valor de atravesar un tumulto en medio del puñal y el garrote sin estremecerme. Yendo un día para la casa de mi abuela vi atravesarle el corazón a un hombre, con un cuchillo grande y brillante. Lo vi doblarse y caer boca abajo, mientras el otro sacudía la sangre que se le había entrado por entre el puño de la camisa. Apenas tendría

cuatro años cuando vi pasar por enfrente de mi casa al famoso asesino llamado *Sapa*, una fierita humana que mataba por ver “hacer gestos”, y que encerrado una vez en la cárcel de Remedios con una de sus víctimas, durmió con ella y se cobijó con la mitad del bayetón en que estaba envuelto el muerto. Desde muy pequeño tuve ocasión de observar la bestia que habita bajo la piel del bípedo humano, y quizá por esa temprana enseñanza a mí no me sorprende nada. Lo que he visto de mi infancia acá y aun en medio de civilizaciones cristianas, me ha convencido de que la humanidad es capaz de todo, absolutamente de todo, y creo más: que desde Adán hasta nuestros días, la humanidad no ha cambiado sino de procedimientos para hacer su papel de fiera. La crucifixión de Cristo, por ejemplo, me parece a mí la cosa más natural, aunque no hubiera estado profetizada. No hay nada noble y grande en el mundo, que no haya costado gran trabajo hacer prevalecer. Todas las grandes ideas, todas las grandes empresas se han impuesto contra la mayoría del vulgo que las rechaza siempre, es decir, que el vulgo es siempre lo brutal y lo torpe porque es lo más humano. Hay muchos hombres que opinan lo mismo que estoy yo diciendo, y en varios de los que el mundo llama grandes autores, he leído cosas semejantes a estas; pero a mí también se me habían ocurrido antes de leer las obras de ellos, de suerte que si las dijeron primero que yo, ha sido única y exclusivamente, debido a la mayor edad de ellos y a las más grandes facultades para la publicación que ellos han tenido. El pensamiento humano coincide en todas las latitudes, en los cerebros cultivados. La observación que ha hecho alguien de que hay admiradores que se confunden con el admirado, según el entusiasmo que muestran en su admiración, es para mí una muestra muy viva de la vanidad. Los que se apasionan mucho por ciertos autores, no hacen sino apasionarse por sí mismos, por regla general. *C'est tout*.

Por haber vivido en Remedios en medio de las más formidables tempestades, me enseñé igualmente a ver grandes árboles derribados por el viento y techos echados a la calle, en cuyos restos buscaba nidos de golondrina. Generalmente no había tales nidos, sino casas de alacranes grandes, como todos los de tierra caliente. Recuerdo haber dado una vez con un alacrán esponjado, casi grasoso, de vientre cobrizo, medio transparente de movimientos torpes, como de gente confiada que nada teme; y de una manera instintiva e inexplicable me supuse que estaba en los dolores de un parto próximo. ¡Oh, sí!: sin esconderse, sin huir y abandonado a las fuerzas protectoras e invisibles de la maternidad, aquel animal fue echando a la calle un sinnúmero de animalitos. Unos se quedaban cerca a la madre, otros retirándose un poquito se enroscaban bajo las soleras, otros parecían muertos, fastidiados quizá con la luz que los hería de golpe. Abandoné el sitio y con alegría infantil corrí a contar a mis hermanos aquella curiosidad de la vida animal. Era el primer parto que me tocaba asistir en el mundo.

Los huracanes, los temblores, los incendios, muy comunes en Remedios, la vista continua de culebras, el tigre, el león, los derrumbes de los socavones, todas las

fuerzas locas de la naturaleza tropical, imprimieron en mi espíritu una indiferencia rara por el estruendo salvaje. Por eso mismo, considero muy brutal el estrépito y los grandes entusiasmos. Los hombres que se matan a cañón y a rifle son unos cobardes que necesitan aturdirse para morir. ¿Dónde hay nada más hermoso, por ejemplo, que el combate de Junín? Eso sí es morir indiferentemente. ¡Ver llegar la lanza, sentirla romper las fibras musculares y despedazar los tejidos, llevándose por delante los nervios y los vasos, y sin embargo ir hacia ella y buscarla! ¿Y el sable? Brillante, afilado, leal y visible y que puede llevarse una cabeza de un golpe, sin hacer ruido, sin la farolería de la pólvora, sin el desaseo del rifle. Cuando el hombre asume su carácter de fiera, debería ser siquiera serio como lo fue en Junín.

Cierto aire melancólico, y una cierta tristeza dulce y gratísima que me domina a veces, creo que dependen igualmente de los recuerdos de aquel medio ambiente. Cuando el sol ha caído; cuando el viento húmedo y enervante comienza a soplar en Remedios; cuando los negros sienten surgir la nota de las voluptuosidades africanas de sus antepasados, buscan la hembra y en plena calle, al aire libre, bailan y cantan al compás de la gaita indígena. El baile tiene mucho de primitivo. Sencillo y de movimientos expresivos, sin las complicaciones ni disimulos del baile moderno. Salta el negro Gregorio Palomino a la arena a poner el baile. Alto y fornido, de camisa blanca, almidonada con azul de Prusia, con pliegues menuditos, cinturón ancho, pantalón de dril blanco, la cara alegre, el pelo apretado en manojitos rebeldes a la expansión, dientes limpios, parejos y blancos como la tagua. Rosaura Colmero es la pareja. Tiene la dejadez voluptuosa de la calentana, la cara simpática, la cabeza empedrada de peinetas de carey engastadas en oro del río Mata, el cabello brillante y untado de cebo de Cuba. Traje amplio, redondo, de fondo blanco y hojas cafés por dibujo, enaguas estrepiotas y una pañoleta cogida con gancho de oro, medio cubre aquel pecho lleno, palpitante y negro. Lleva una libra de velas de esperma encendidas en la mano derecha, la izquierda en la cintura. Dos vueltas y van saliendo las otras parejas y formando un círculo alrededor de los músicos y cantores. Comienza el *perillero*:

El canto es dejativo y hermoso y rompe ño Emigdio Roldán:
"Aquí me siento a cantar,
hasta el arba de mañana;
yo canto con Agustín,
Encarnación con Damiana".

De cuando en cuando se sale una pareja del círculo a refrescarse, a comer algo, y sobre todo, a conversar con el novio o con el amante. La sangre del negro es ardiente y salvaje. De lejos alcánzanse a ver círculos luminosos, movibles, y aéreos. De cerca se siente allí el olor acre y concentrado de la humanidad en calor, mezclado a los olores del sebo de Cuba.

¿De dónde viene ese canto triste y melancólico? Quizá la célula indígena al mezclarse a la sangre africana, ha llevado a esta la tristeza del cacique perseguido, del indio que previo con dolor infinito la desaparición definitiva de su raza, ante la invasión de los Heredias y Robledos. Tal vez la nostalgia de la célula africana, trasplantada del Congo a la América, nostalgia que sin duda ha venido perpetuándose a través de las generaciones y del cruzamiento. Los rasgos voluptuosos y de pereza deliciosa recuerdan los ardientes placeres y los desfallecimientos consecutivos del africano puro.

Al volver a Remedios, después de muchos años de ausencia, y cuando ya iban desapareciendo los tipos que caracterizaban el antiguo pueblo bajo de mi tierra, hicieron un *perillero* para obsequiarme. ¡Pobres gentes! Bien sabían ellos que este cosmopolita habría de agradecerles ese obsequio, que me traía a la memoria recuerdos de una vida selvática, pero leal y sincera. Ya eran pocos, se alcanzaba a ver que una nueva invasión de mestizos del centro terminaría con esas reliquias. Ellos lo presentían, cuando el viejo Roldán dio la orden golpeando en el currulao y comenzó así: *¡Branco!*

“Yo soy Emirio Roldán
y en eso no hay que rurar;
Remerios ya no es Remerios,
Remerio es enfermería...”

En La Palma mi espíritu recibió otra dirección. Allí la vida es superficial y decadente y hay caracteres diletantes, débiles y delicados. El hombre es alternativamente pulpero, cómico y literato. Si pregunta usted dónde vive D. Estanislao Marín, le contestarán: Diré a usted como Espronceda en el *Estudiante de Salamanca*, y le encajan cuatro o cinco estrofas del vate demagogo. El carácter es suave y relamido y la conversación produce el efecto de lo excesivamente dulce, de la miel de abejas. Todos hacen versos, bailan y cantan, pasean y fuman cigarrillos. La naturaleza es apacible y serena. Gente benévola y culta. Es un lugar donde un muchacho de quince años puede enamorarse. Las mujeres son blancas y suaves, y en noches de luna pasean con los mozos de la ciudad por las anchas y rectas calles de *Villanueva*. Un bárbaro quedaría seducido y dominado por esos seres simpáticos y seductores.

Una muchacha alta, de grandes ojos azules, en cuyo fondo no podían verse ardores humanos, sino dulzuras inefables y tranquilidades espirituales, de cabellos rubios y finos, de piel rosada y fresca, ligeramente vellosa, de garganta llena, de mano larga, de senos en tentativa de pirámides sin excesos, lánguida y cariñosa, me inspiró un día una pasión desconocida y enigmática. Y hoy mismo, después de *tantas lágrimas vertidas*, no puedo traer a la memoria el recuerdo de aquel ser delicado, sin sentir una vida nueva en mi organismo. Nunca descubrí en ella ni un ímpetu humano, ni un arrebato salvaje, ni un gesto indigno; y cuando pasaba horas enteras a sulado, sentía un quietismo impecable

y místico. Al través de esas carnes rosadas y tiernas, de esos tejidos delicados, de esa sangre ligeramente tibia, veía todas las claridades de una alma perfectísima y noble.

Mi permanencia en La Palma y estos amores inconclusos debilitaron mi carácter. Siempre que se me exige un favor, aunque crea que no debo concederlo, basta que me venga el recuerdo de *ella* y entonces claudico.

¡Qué hilo más raro y misterioso el de la vida!

Medellín, 1894.

Fuente: Zuleta Gaviria, E. (1900). El medio ambiente. En *Artículos y Discursos* (pp. 13-20). Tipografía de Ricardo Fe.

ELOGIO DE DON JOSÉ MANUEL RESTREPO EN LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA [1919]

Señores académicos:

Sorpresa grande fue para mí, por lo inesperada e inmerecida, la nota en que esta docta Corporación me comunica que me ha elegido para llevar la palabra en elogio del historiador Restrepo en esta sesión solemne.

Aficionado apenas a estudios históricos y elevado a la presidencia de la Academia de Historia de Medellín, por benevolencia de mis colegas, he creído de mi deber aceptar con el debido agradecimiento la designación que ha tenido a bien hacerme la Academia Nacional de Historia, por el vivo entusiasmo que en mi espíritu han producido la vida y las obras de don José Manuel Restrepo.

La primera vez que leí la *Historia de Colombia* por don José Manuel me quedé pasmado. Me quitó muchas ilusiones. Mi corazón de adolescente sufrió entonces como sufre este pobre corazón humano con el primer desengaño.

Volví a leerla después de lecturas asiduas de historia de otros pueblos. He vuelto a quedar pasmado, pero pasmado de admiración por don José Manuel Restrepo. Él me ha explicado todo lo que pasa y lo que ha pasado aquí. Es un libro de maravillosas enseñanzas que rectifica el criterio del patriota ingenuo o de comparsa. No comprendo cómo este verdadero prócer pudo alcanzar tanta imparcialidad en ese tiempo sobre hombres que fueron sus amigos y compañeros. Es una labor admirable en donde se revela un espíritu superior y humanamente justo. Toda esa obra está respaldada con documentos auténticos y más de una vez lo probó así el

historiador. Y si tuviera un estilo más atractivo y hubiera penetrado más con el escarpelo de la crítica, se hubiera adelantado muchos años al mismo Hipólito Taine. ¿Cómo pudo aquel hombre en la época en que vivió y en medio de ocupaciones que embargaban la mayor parte de su tiempo disponible —revolucionario, ministro, diputado— recoger aquel número de datos dispersos, compararlos y seleccionarlos? ¿Cómo pudo alcanzar esa serenidad, esa sobriedad de concepto, en aquel período de hipérboles y de luchas surgidas entre los mismos caudillos que, sin envainar la espada todavía, se disputaban ya el mando de la República?

Me figuro el dolor, la tristeza infinita con que aquel anciano venerable, patriota auténtico de ejemplar rectitud, escribió las últimas líneas de su obra. Una nueva guerra civil comenzaba después, en la cual los próceres vencedores iban a fusilar a los próceres vencidos.

Restrepo ha dejado la base de la futura, de la explicativa historia que enseñe, a los que vengan después de nosotros, la verdadera causa de las convulsiones políticas que impidieron el progreso y la sabia administración pública, cuando, acumulados los datos, inéditos aún, y lejos ya de la pasión y del odio o del entusiasmo primitivo del sectario, surja el historiador que estudiando como un naturalista el alma de los próceres dirigentes no se turbe en su estudio, “ni con las fórmulas que los consagren, ni con las pompas que los rodeen”.

Pero ¿en dónde nació y en dónde se educó ese hombre singular que, en medio de las tempestades políticas más intensas de nuestra vida nacional, quedó viviendo en la Historia como astro sin eclipses y alumbrando con su ejemplo a las generaciones que le han seguido después de su muerte?

Hay en el territorio colombiano un pedazo de tierra abrupta, casi intransitable, con riscos y cascadas que de estos se desprenden como blancas cintas irisadas por un sol tropical. Los altos peñascos, las cimas inaccesibles, las hondonadas pavorosas, los estrechos valles en donde las colinas se apartan inconformes por no dejar de vivir en apretado abrazo; la selva oscura y gigante matizada a trechos por copos florecidos de guayacanes frondosos, la fauna todavía no descrita y sospechada apenas por el rastro de las fieras en el húmedo suelo; por el sinnúmero de serpientes que se arrastran, por los pájaros que cantan en los árboles, por los insectos que inoculan venenos de actividad tremenda. A esa tierra llegaron un día los célebres conquistadores que buscaban el oro de los indígenas, que mezclaron su sangre con quimbayas y peques; y luego llegaron los negros, los trasplantados, los pobres esclavos arrebatados de su patria, en donde daban el aceite los árboles, y las frutas, la carne de que vivían. Vinieron todos a trabajar las minas de oro apenas desfloradas en las pequeñas mesetas de la cordillera con la dura macana que el indio manejaba. Vinieron los colonos de las provincias vascongadas, en su mayor número; de Asturias y Galicia los otros y

de Andalucía los menos. Los vascongados encontraron en esta nueva tierra algo muy semejante a la patria que dejaban atrás en su aspecto geográfico y dieron el sello a las costumbres que habían de perdurar a través de los siglos. El castellano o el vivo y retozón andaluz que por equivocación llegaba allí o se amoldaba a los usos corrientes o regresaba a lugares de naturaleza más alegre y hospitalaria. La lucha con los elementos era terrible. El medio abrumaba al holgazán; y el frío de los páramos y el calor de las cuencas por donde pasan los ríos caudalosos y la esterilidad del suelo y el subir y bajar a pie por la inclemente cordillera y la sobriedad y la oración, cuando el crepúsculo iba bajando de lo alto de los cielos y el esfuerzo diario y tenaz y el sol que tostaba los rostros y tonificaba los músculos, todo eso fue formando un pueblo fuerte, serio, adusto, rígido y piadoso: el pueblo antioqueño. De los andaluces dispersos que allí quedaron les viene a muchos el uso de la hipérbole, de esa hipérbole llevada hasta decir que los perros del señor X son tan bravos que hay que ponerles el nombre cuando están dormidos; del vasco, el amor a la libertad y el individualismo.

Quienquiera que haya viajado por las provincias vascongadas habrá hecho la observación de cómo allá todos tienen su casa y su cortijo, su vaca y su huerta; y cómo hablan del árbol de Guernica como de una tradición sagrada; cómo en los testamentos no faltan las cláusulas del consejo a los hijos y de los legados para la caridad y el culto, y cómo se encogen de hombros como el antioqueño ante una pregunta que no pueden o no quieren contestar. La afición a la política de cierta región de Antioquia viene de origen gallego y su lenguaje mismo se caracteriza por aquel cambio de las terminaciones en *o* por *u*. El asturiano y el vasco tienen muchas semejanzas: ambos enérgicos, mineros, cristianos a macha martillo y hombres sin disimulos y ajenas a toda clase de eufemismos y de frases opacas. El asturiano es robusto, indómito y regionalista como el vasco y habla de la sangrienta y espantosa batalla del monte Medulio y del gran Pelayo, con orgullo de raza.

Hay en el hermoso aunque angosto valle de Medellín un lugar en que las colinas se apartan. Ahí se encuentran Envigado, en donde Vélez de Rivero cultivó caña de azúcar, y la histórica Sabaneta de los Restrepos, lugares famosos en los anales de Antioquia por los hombres notables que de allí salieron. Rincón de verdura perenne, regado por aguas como las de la Ayurá misteriosa y fecunda y de cerros coronados por altos y robustos robles. Aún se encuentran allí vástagos de los antiguos colonos de pie descalzo, de color blanco y de carácter franco, inclinados sobre la madre tierra en busca del honrado sustento. Allí nació don José Manuel Restrepo en época de pocas letras y de rudo trabajo. En su hogar paterno, de hidalgos y nobles colonos, aprendió lo que significan el esfuerzo propio, la sencillez de las costumbres, el amor a Dios y a la verdad. Era la edad apacible de los tenientes del rey y de los alcaldes ordinarios, de los ricos mineros y de los agricultores primitivos. Era como el recuerdo de aquella Asturias en la que sus antepasados supieron lo que era “caminar

en la santa inocencia del corazón entre arboledas umbrías, bañarse en los arroyos cristalinos y hollar con los pies una alfombra siempre verde”.

Esos vascos y asturianos de Antioquia, mezclados y propagados en familias numerosas, vivían, al parecer, felices, sin más luces que las de una tradición lejana y sin más esparcimiento que los de la jura de un nuevo rey o las fiestas religiosas; solo los enriquecidos, que eran pocos, apenas si se divertían en las primeras horas de la noche, rezado ya el rosario, en jugar a la ropilla o en bailes de sencillez decorosa en los que la mejor combinación de pasos y figuras era la contradanza española. Ni dejaban de solazarse los esclavos en los pueblos mineros, en donde trabajaban a la par con sus amos, que siempre los trataron bien y con quienes siguieron viviendo después de la libertad, por la que abogaron desde los primeros años de la Independencia don José Félix y don José Manuel. En las tierras calientes y mineras, ellos cantaban los aires melancólicos y de infinita tristeza al son de la gaita; bailaban la cumbia, ese baile sensual y primitivo, y del que el tango argentino no es sino una pequeña variante de más complicado ritmo.

Aquellas mujeres limpias y sanas de la colonia, de movimientos sueltos, de vientos fecundos, sin ligas ni ataduras incómodas, oxigenadas por la montaña, y aludiendo siempre a que eran hijas del español Romero o nietas del capitán Juan de Toro, eran santas mujeres honestas y piadosas que adoctrinaban a los hijos para la diaria labor y para la fe, al mismo tiempo que ayudaban a los maridos a acrecentar y a conservar la hacienda habida a costa de sacrificios ingentes.

Incomunicados los antioqueños con el resto de la nación, vivían como apretados en fraternal abrazo a la tierra y a la casa solariega.

De aquí el lenguaje seco, casi monosilábico y dogmático, la interjección repetida y el áspero acento del montañés de entonces, que solo al cabo de muchos años comenzó a suavizar la lira de Gutiérrez González. Por eso el estilo de don José Manuel carece de las galas de la imaginación y queda severo y frío como los escarpados riscos por donde pasan las águilas en vuelo silencioso y sereno.

Y de ese medio vino a la capital don José Manuel Restrepo a estudiar latinidad, filosofía y derecho; y aquí, entre costumbres distintas a las de su provincia, no cambió el carácter heredado y aprendido. Acabados los estudios, volvió a su tierra como había salido de ella. Allá comenzó su vida de revolucionario; allá escribió su estudio sobre la provincia; allá comenzó a escribir la historia de la Revolución; allá fue el secretario y el consejero de don Juan del Corral y allá gobernó en épocas difíciles con serenidad y acierto, y de allá fue enviado a los primeros congresos de la República. Cuando los hombres del Gobierno, cuando los dirigentes de la política lo

conocieron de cerca, le dieron los ministerios importantes y le hicieron toda clase de distinciones. Cuando en su historia habla de Bolívar o de Santander, sus jefes amigos, parece como si estuviera rindiendo una declaración jurada ante el público. Su paso por los ministerios dejó el recuerdo de la laboriosidad incansable y de la honradez y en su vida privada hay memoria todavía de su austeridad y de su espíritu piadoso. Era un hombre de aptitudes múltiples. Hombre de Gobierno, historiador insigne, naturalista y geógrafo. La agricultura le debe un servicio inmenso, y es raro que haya sido don José Manuel quien introdujera a Colombia el pasto de pará, y que sean dos antioqueños también, Juan María Gómez y Rafael Uribe Uribe, los introductores al país de la guinea, el uno, y del capín gordura, el otro.

Y perdonad este rasgo de regionalismo. Me viene de la sangre y de la convicción, porque lo heredo del vasco y porque creo que todo regionalismo sano, de amor a la patria chica y de acatamiento y respeto a tradiciones de antepasados, es noble y sirve de estímulo para el progresivo desarrollo y cultura de la región. Regionalismo estrecho disgregador y que desconoce los méritos de otras provincias, ¡no! Eso es de gente ensimismada y pequeña y mal puede existir en los que tienen inscritos en el libro de la patria grande los nombres de Francisco Antonio Zea, Félix de Restrepo, Juan del Corral, Liborio Mejía, Girardot, Córdoba, Aranzazu y Alejandro Vélez, José M. Salazar, Juan María Gómez y José Manuel Restrepo.

Las provincias de Colombia tienen todas un sello propio y apreciable: en unas, la cultura y la gracia; en otras, el valor; en aquellas, la seriedad y el trabajo; en estas, el talento, en todas el patriotismo y la hospitalidad. Notas distintas, graves unas, agudas otras, pero todas forman el conjunto armonioso que es la patria grande. Explicaos así por qué el Cauca dio un Camilo Torres y un Caldas; Cundinamarca, un Nariño; Bolívar, un Torices, un Fernández Madrid; Santander, un García Rovira y al vicepresidente que organizó la victoria; el Magdalena, a Padilla; Boyacá, a José Ignacio Márquez; el Tolima, a Caycedo Flórez, y Antioquia, al historiador Restrepo.

Cuando quiera que un hijo de provincia salva los linderos de la tierra por el empuje de su inteligencia y por la fuerza de sus virtudes, la patria grande le abre los brazos con amor y lo consagra entre los escogidos. La República, en estos días de recuerdos gloriosos, y la Academia Nacional de Historia consagran entre estos a José Manuel Restrepo y colocan en sus sienes el laurel que adornó la cabeza severa de Tácito.

Fuente: Zuleta Gaviria, E. (1919). Elogio de don José Manuel Restrepo en la Academia Nacional de Historia. *Repertorio histórico de la Academia Antioqueña de Historia*, 2(18), pp. 751-757.

LOS POBLADORES DE REMEDIOS [1924]

Don Francisco Beltrán de Caicedo.

Este conquistador vino a Bogotá con el presidente Venero de Leiva y casó con doña María Pardo Dasmariñas, hermana de don Francisco Velásquez. Fue fundador de Remedios y señor de cuadrillas de minas de oro y encomendero en la misma ciudad. En la quinta de Bolívar de Bogotá están los retratos de este conquistador y de su esposa, que era una mujer hermosísima. Era esta de familia muy principal en España, lo mismo que su marido.

Fue la esposa de don Francisco la que dejó el recuerdo en Remedios, de que asoleaba el oro en cueros y de que tenía más de trescientos esclavos que la llevaban en silla de manos a temperar a tierra fría. Es muy probable, si se tiene en cuenta que las españolas que vinieron con los conquistadores se sometían, al lado de sus maridos, a grandes penalidades, como la célebre Bobadilla, la esposa de Pedrarias, que vino con este al Darién a vivir en ranchos infelices.

Pudo referirse también esta leyenda a doña Ana María Pardo, esposa de don Luis del Ángel de Morales, señor de cuadrillas de minas de oro, hombre muy rico y vecino de Remedios en el siglo XVII.

El hecho fue que don Francisco Beltrán de Caicedo, que vivió después en Santa Fe, fue un hombre riquísimo, lo mismo que sus hijos don Francisco y don Fernando. Este último heredó de su padre la Encomienda de Remedios y murió en esa ciudad. La riqueza de don Francisco, lo mismo que la de su hijo don Fernando, fue adquirida, sin duda, en esa población, que con Cáceres, Zaragoza y el Chocó figuraban en esos tiempos, y todavía hoy, como grandes centros de aluviones riquísimos en oro.

Fue don Fernando hombre muy distinguido por su espíritu caritativo; desempeñó en Remedios empleos muy honoríficos y en su testamento dejó la disposición para una capilla en Santa Fe.

Un rasgo especial en los Caicedo fue el de contribuir con su dinero a fundaciones de iglesias, conventos y colegios y, todavía hoy, descendientes de ellos acaban de hacer en la población de El Guamo grandes donaciones a la iglesia de esa ciudad.

Don Francisco Beltrán de Caicedo, hijo, tuvo una hija llamada doña Jerónima, que casó con don Juan Vélez de Salamanca, Marqués de Quintana de las Torres, que fue gobernador de Antioquia dos veces.

Sobrino de doña María Pardo Dasmariñas fue don Antonio Pardo, que, como ya hemos visto, fue a vivir a Remedios con su familia en 1606 y en donde tuvo otros hijos.

Todavía en 1637 don Francisco Beltrán de Caicedo, hijo, tenía a orillas del río Bagre, en territorios de Remedios, cuadrilla de esclavos en el laboreo de minas: y hemos leído en los archivos nacionales un denuncia de este contra don Francisco Maldonado Ordóñez, porque les destruyó unas sementeras en tierras de su propiedad. Contestó este denuncia, por ausencia de su padre el presbítero don Francisco Maldonado Figueroa de Remedios; pero el gobierno de Santa Fe ordenó a las autoridades de aquella población que viniera a la capital del Virreinato “en línea recta”, así dice la resolución, a contestar el denuncia bajo la pena de quinientos pesos de buen oro. El expediente termina aquí y no se sabe el resultado final del pleito.

Dice don Francisco Beltrán en el denuncia que el administrador de sus propiedades en Remedios era su primo don Juan de Caicedo y como no pudimos encontrar el dato relativo a este parentesco, ocurrimos a uno de los descendientes del conquistador, el señor general don Bernardo Caicedo, quien nos informó que dicho administrador era hijo de don Juan Beltrán de Caicedo. Gobernador de Santa Marta, hermano del primer Francisco Beltrán de Caicedo. Don Francisco Velásquez, padre de don Antón Pardo, quien era hermano de don Rodrigo Pardo, factor y veedor en el Nuevo Reino.¹

Rodrigo se llamó un hijo de este, lo mismo que otro de don Antón. Don Rodrigo, el factor, casado con Margarita de Porres, tuvo una hija llamada también Margarita Porres que casó con Juan León del Castillo, encomendero de la ciudad de Remedios.

Don Francisco Velásquez y su hermano don Rodrigo eran *mirlos finos*, como dicen los franceses. Este último llegó hasta merecer cédula real, fechada en Valencia el 21 de diciembre de 1603, en la que se le reconoce como fundador de Remedios y de Victoria y como empleado que aumentó la Real hacienda por el oro que recogió, perteneciente a la Corona en Zaragoza, Cáceres, el Chocó, etc., y se le deja renta también por esta real cédula a su viuda doña Margarita de Porres y a sus hijos.

Don Francisco Velásquez casó dos veces con mujeres muy ricas. La Real Audiencia de Santa Fe dio oficialmente un informe muy elogioso sobre este sujeto y luego dio cuenta confidencial al Monarca, en carta de 10 de julio de 1576, de que el secretario Velásquez, perseguidor de presidentes y oidores, tenía el estómago más ancho que el mar; que debía más de diez mil pesos, gastaba cuatro mil por año y tenía a todos sus

¹ N. del T.: de acuerdo con la exposición del autor, este individuo sería Antonio, sobrino de María Pardo Dasmariñas, mencionado algunas líneas atrás; a falta del original, conservamos ambos nombres, Antón y Antonio.

parientes disfrutando de muy buenas Encomiendas, pues su yerno Juan de Olmos tenía tres pueblos de indios; otro yerno, mercader, era encomendero de La Palma y escribano en Cartagena; una hermana, esposa de Beltrán de Caicedo, Encomendero de Cuesca, con un hijo que lo era en Remedios; un sobrino de su mujer, encomendero en Santa Fe; una hermana, en Tocaima; otro cuñado, en Mariquita y otro, en Vélez, con primo escribano y encomendero; otro cuñado, encomendero en Santa Agueda; otro sobrino de su mujer, en Ciénaga, “sin otros deudos y parientes”; y conceptuaba la Audiencia que con todas esas vinculaciones, análogas a las que tenía el Relator Lope de Rioja, era imposible hacer justicia en el Nuevo Reino (este dato sobre don Francisco lo adquirió don Ernesto Restrepo Tirado en el Archivo de Indias y lo cita don Raimundo Rivas en su libro *Fundadores de Bogotá*).

Un orador español dijo algún día que el nepotismo era un sentimiento cristiano; pero penetrando un poco más en la historia de la humanidad, se advierte que el nepotismo ha existido en todos los tiempos y en todas las razas y que tiene su origen en el mismo corazón humano. De aquí que don Francisco Velásquez podía haber dicho lo que dijo un político colombiano acusado de nepótico: “Si uno no ve por su familia, ¿quién ve?”.

Bogotá, noviembre de 1924.

Fuente: Zuleta Gaviria, E. (1924). Los pobladores de Remedios. *Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia*, 6(11), pp. 494-496.

EDUARDO ZULETA GAVIRIA

Médico de la Universidad de Antioquia. Doctorado en Bogotá. Se especializó en Columbia University. Rector de la Universidad de Antioquia y de la Escuela de Minas. Secretario de la Legación de Colombia en España, Francia, Bélgica. Diputado a la Asamblea y representante a la Cámara, miembro de la Academia de Historia de Medellín y Bogotá y de la Academia Colombiana de la Lengua y correspondiente de la Academia Española de la Lengua, a propuesta de los intelectuales Benito Pérez Galdós, José María Pereda y Marcelino Menéndez y Pelayo (Instituto de Integración Cultural, 1986, p. 630).

Manuel Uribe Velásquez

(Amalfi, 1867-Bogotá, 1893)¹

En la tumba de un aprendiz de clarinete

A Rafael Pombo

No mienten los mortuorios cronicones,
ni tampoco el gemir del plañidero,
que bien muerto aquí estás, clarinetero,
con tu boca, tus dedos y pulmones.

No saben lo que han hecho esos pisonos
que cubrieron la tierra de tu agujero:
dejar dormir al universo entero,
sobre todo a los pobres orejones.

Duerme por siembre sueño tan profundo,
que no logre alternarlo un sonsonete
imitador del tuyo, sin segundo.

Mas si es verdad como lo dice Astete,
que habrás de renacer al fin del mundo,
¡Cuidado con sacar tu clarinete!

Fuente: Berrío, J. A. (ed.). (2021). *Amalfi 1940. Libro del Centenario 1. Literatura*. Coop-Impresos, p. 220.

¹ N. de las E.: en *Memoria cultural del Nordeste antioqueño*, Nicolás Naranjo Boza (2020) presenta el estudio "El poema 'Barbara Jaramillo', del humorista liberal Manuel Uribe Velásquez" (pp. 63-86). Entre otros asuntos, el texto desarrolla apuntes biográficos del autor, su periodo de formación académica en la capital y el dominio de la ironía para ridiculizar a la Regeneración y a Rafael Núñez. Así, Naranjo encuentra en Uribe Velásquez rasgos del romanticismo español y su asimilación de la literatura clásica.

Centenario del descubrimiento de América (Décima)

Buscando un paso seguro
para las indias de oriente
parte Colón persistente,
es decir, cabeciduro,
al no hallarlo, del apuro
se sale dicho Colón
con pegar un resbalón
desde Bering para abajo,
y nos descubre, carajo,
por pura equivocación.

Fuente: Berrío, J. A. (ed.). (2021). *Amalfi 1940. Libro del Centenario 1. Literatura*. Coop-Impresos, p. 221.

A Núñez

Núñez murió y de contado
Tocó a las puertas del cielo:
—¿Quién es? —preguntó asustado
San Pedro, que había pasado
toda la noche en desvelo.
—¡Yo soy Núñez! —y el portero
dijo con voz varonil:
—Si es Núñez el del Cabrero,
¡que guarden todo el dinero
y escondan las once mil!

Fuente: Echavarría, R. (1999). *Poesía irreverente y burlesca*. Editorial Planeta, p. 109.

A Elvira

Cálmase todo en la variante vida
al andar de los tiempos voladores;
los pesares del hombre y los dolores
calman y vuelven la salud perdida.

Al murmurar de fuente entristecida
calma al dormir el agua entre las flores;
del sol ardiente calman los fulgores,
al caer de la tarde enlutecida.

Calma la fiebre si el frescor del viento
la frente besa del mortal que expira
en apartado y lúgubre aposento.

Del vengativo error calma la ira...
más este inmenso amor que por ti siento
calmar no puedo, idolatrada Elvira.

Fuente: Berrío, J. A. (ed.). (2021). A Elvira. En *Amalfi 1940. Libro del Centenario 1. Literatura* (p. 221). Coop-Impresos.

MANUEL URIBE VELÁSQUEZ

Abogado, fiscal en el Circuito de Marinilla, Antioquia, periodista. Dirigió en Bogotá un semanario jocoso: *Sancho Panza*, en conjunto con Juan de Dios Uribe. Su obra se halla dispersa en periódicos de la época. Fue admirable cultor del género festivo. Su *Obra poética* se publicó en la Editorial Cosmos de Bogotá, en 1967, por Pablo Cárdenas Pérez y Eduardo Fernández Botero, entre otros, para conmemorar su centenario de nacimiento. Entre sus obras poéticas se encuentra: “La gallina blanca”, “El sin embargo”, “Bárbara Jaramillo”, “La serenata”, “Contra los usureros y los tartufos”, “Diálogo entre Sampedro”, “Rafael Núñez”, “El Sancho Panza”, “Las fábulas”, “Los poemas bufos”, entre otras (Escobar Uribe, (s.f.), p. 480).

Hortensia Ceballos de Moreno

(Santo Domingo, 1871- Medellín, 1937)¹

D. FRANCISCO DE P. RENDÓN

Al leer a *Inocencia* de Rendón se recuerda sin querer a Pereda, y por lo menos respira uno aires de campo y de una tierra real y efectiva, sintiéndose muy lejos de los artificios bulevarderos y de las tierras de ninguna parte, meramente fantásticas. Aquello sabe a tierra, sabe a lugar, sabe a tiempos y sabe a humanidad.

Miguel de Unamuno

Pacho Rendón, así lo llamábamos familiarmente, nació en Santo Domingo, en el año de 1954. Fueron sus padres don Jesús Rendón y doña Matilde Trujillo. Estudió en la Universidad de Antioquia, pero toda su vida fue de estudio.

Pacho era querido y admirado por todos. Y, ¿cómo no quererlo y admirarlo, si era el amigo invariable, el consejero acertado en todas las dificultades y el hermano en las alegrías y en los pesares? “Mi paño de lágrimas” decían de él los tristes y los enfermos. Dualidad extraña, si se tiene en cuenta que un sino amargo lo perseguía. De ahí que alguien dijera que su destino era tragar sus propias lágrimas para enjugar las ajenas. Se empeñaba en hacer reconocer méritos en cualquier hijo de vecino, por lo cual sus amigos le decían, chanceándose, que sacaba seres de la nada.

Tenía un carácter irónico y graciosísimo. Para corregir al que cometía alguna falta social, lo hacía de tal modo, que el delincuente no conservaba ningún rencor. Ni sentía ningún bochorno, y a todos les contaba lo que Pacho le había dicho. Viejos, jóvenes y niños, todos buscaban el calor de su amistad, y para todos tenía un puestecito en su corazón adolorido. Tenía el don espiritual para percibir lo bello, lo característico y lo ridículo. Era de sentimientos muy religiosos y exageradamente conservador.

En Santo Domingo, a propósito de cualquier suceso, todos escribían. De ahí se formó como una escuela.

¹ N. de las E.: este es el prólogo a la novela *Inocencia* del autor antioqueño, en la edición de Minerva de 1934. Para ampliar información acerca del trabajo creativo de esta escritora véase: Pérez Sastre (2012, pp. 291-307).

Principió a publicar mucho después de Carrasquilla. Cuando se publicó *Inocencia*² dijeron varios que le había ayudado al primero a escribir *Frutos de mi tierra* (1896), luego vino la viceversa. Que Carrasquilla le ayudaba a Rendón. Todo esto son suposiciones sin fundamento, debido a que ambos han escrito novelas y cuadros campesinos, pero su modalidad literaria y los asuntos que trata son casi opuestos.

Además de *Inocencia* publicó *Sol, Lenguas y corazones* y *El palacio de la felicidad*, crónica muy celebrada. Según decía estaba escribiendo una novela y pensaba publicarla en España. No se sabe si fue que no la terminó o que el manuscrito se perdió. Entre sus papeles solo se encontró un fragmento que publicó, después de su muerte, la revista *Colombia*. Murió repentinamente el 28 de noviembre de 1917.

La obra literaria de Francisco de Paula Rendón ha merecido cálidos elogios, tanto de la crítica nacional como de la extranjera. Lo dicho es apenas una simple reseña biográfica, escrita al calor del recuerdo y de la amistad. Ya apreciará el lector, por sí mismo, hasta dónde llegaba Rendón en su profundo conocimiento del corazón humano y hasta dónde amaba la tierra donde le tocó nacer.

Fuente: Ceballos de Moreno, H. (1934). D. Francisco de P. Rendón. En Rendón, F. de P., *Inocencia. Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana. s. II* (pp. v–viii). Editorial Minerva S. A.

HORTENSIA CEBALLOS DE MORENO

En Santo Domingo, Antioquia, nació María Rita Hortencia Ceballos Naranjo el 22 de mayo de 1871. Hija de Luciano Ceballos Ceballos y María Dolores Naranjo Moreno. En su tierra natal, Hortensia contrajo matrimonio con Marco Antonio Moreno en 1896, previa dispensa eclesial por ser primos; sus hijos fueron Ángela, Marta, Rodrigo, Isabel, Hernando, Libia y Magdalena. En el trabajo de grado de Lope de J. Gil Gil, para optar el título de historiador en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional seccional Medellín, titulado *La novela como fuente para la historia: las hijas de Gracia y El Embrujo del Micrófono, de Magda Moreno y la Historia de Medellín*, realizado en noviembre de 1994, encontramos escasos datos de Hortensia, mamá de Magda Moreno. Se lee en la tesis que su esposo fue alcohólico y, por lo tanto, fue Colis Moreno (Francisco Luis), su cuñado, quien más se ocupó de ella y de sus hijos. Ella y dos de sus hijas padecieron la tuberculosis, y una hija y un hijo tuvieron graves problemas psíquicos; su hijo Hernando, destacado ingeniero, tuvo una sola hija, Vivianne. Magdalena, más conocida como Magda, fue una escritora que además originó programas radiales de gran audiencia. Hortensia era prima hermana de Tomás e Isabel Carrasquilla Naranjo; María Dolores, mamá de Hortensia, era hermana de Ecilda la mamá de los Carrasquilla Naranjo; de ahí su cercanía y estrecha relación de muchos años. Rodrigo y Magda, hijos de Hortensia, fueron incluso amanuenses de Tomás Carrasquilla. En 1935, Hortensia escribió el prólogo para la novela *Inocencia*, de

² N. de las E.: el primer registro que se encuentra del cuento es de 1904, publicado por la Librería Restrepo en Medellín. Luego aparece en la *Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana* de la Editorial Minerva de Bogotá.

su coterráneo Francisco de Paula Rendón, para la colección *Biblioteca Aldeana*, publicada por editorial Minerva de Bogotá en 1935. Utilizó el seudónimo Zeta para escribir con su prima Isabel Carrasquilla Naranjo las obras de teatro *Filis y Sarito* y *Pepa Escandón*, basadas en *Frutos de mi tierra*. En fecha no precisada escribió el cuento *Las llagas de Cristo*, publicado en el periódico *El Colombiano* de Medellín. Hortensia, según dice en el registro municipal de su fallecimiento, murió el 9 de julio de 1937 en Medellín. (Colaboración de María Cristina Arango de Tobón, octubre 23 de 2022).

Camilo Arturo Escobar Cambas

(Rionegro, 1873-Medellín, 1906)

La mariposa

Nace gusano; y del gusano inmundo
sacudo al fin la veste envilecida.
Y, echa ya un sol con alas, de la vida
se arroja al mar azul, ancho y profundo.

Ora besa el jazmín que, sitibundo
pide al cielo rocío; o, en seguida
sobre un saús del camposanto anida
cuál mensaje, tal vez, de un moribundo.

Pétalos son sus alas voluptuosas
donde el iris difunde, soberano,
la sangre de las lilas y las rosas;

más, ¿qué deja en las flores? Polvo vano,
como el hombre en la hondura de las fosas
y su origen exótico: un gusano.

Fuente: Escobar Cambas, C. A. (1922). *Sábado. Revista Semanal*, 2(41), p. 484.

La última copa

¡Brandy, mozo, grité! ¡De mi existencia
tan solo el brandy calmará el hastío,
ingrata, mujer cruel! Tu indiferencia
ha hospedado la noche en mi conciencia...
¡Es tan oscuro el pensamiento mío!

Mas cuando alcé la copa sentí un ruido
como el de un ave que prepara el vuelo;
temblé todo, y dejela conmovido...
Era que una oración, un gemido,
iba del labio de mi madre al cielo.

Desde entonces el brandy me da espanto;
e impávido con alma enardecida,
soportó el acicate del quebranto
por no comprar con mi placer el llanto
de aquella viejecita tan querida.

Y aunque a la ingrata mi quietud no cuadre
luchó contra las brumas del hastío.
¿Qué importa que la pena me taladré?
¡Solo quiero tener viva a mi madre
en la hostia santa del recuerdo mío!

Fuente: Escobar Cambas, C. A. (1922). *Sábado. Revista Semanal*, 2(41), p. 485.

CAMILO ARTURO ESCOBAR CAMBAS

Según los editores del *Panorama de la poesía amalfitana* (1988, p. 25), nació en Rionegro, se radicó en Amalfi y murió en Medellín: "Fue amigo de Julio Flores y perteneció a la Gruta Simbólica. Colaboró en periódicos y revistas de la época. En el *Cancionero Antioqueño* de Porfirio Barba-Jacob editó: 'Borrascas', 'Adulterio del alma', 'Imposibles', una de sus más bellas creaciones".

Aurelio Peláez

(Anorí, 1879-1918)¹

VALLE INCLÁN Y SU OBRA

Medellín, 14 de febrero de 1918

Señores Xavier de Lys y Luis Bernal

S. O.

Estimados amigos míos:

Hallábame leyendo *Flor de Santidad*, libro de que es autor el divino Valle Inclán, y que el inteligente Alfonso Mora me enviara de regalo, dándole de este modo doble mérito para mí, cuando recibí la carta que ustedes se sirvieron dirigirme, en solicitud de un artículo mío, inédito, destinado a la revista literaria *Voces*, de Barranquilla. Aunque no tengo el gusto de conocer dicha revista, bástame la presentación que ustedes me hacen de ella, prohibiéndola con toda seriedad, para decidirme a que me lleve de calle mi natural timidez y el miedo que me causa el meterme en líos literarios; y me disponga, otro sí, con el arrojo un poco agresivo del tímido que al fin se resuelve a todo, a escribir enseguida algunos conceptos —mejor diré: impresiones— sobre el ilustre Valle Inclán, celebrísimo autor de tanto libro bello y armonioso.

Una de las figuras más inquietantes, y, para mí, más interesantes, de la España contemporánea es la del ilustre señor “de las barbas de chivo”, atrevido y raro pastor de corderos exóticos que pasen entre, a la vez, lirios y mandrágoras. Sabe él de purezas, de blancuras, de castidades, de todo, en fin, lo que simboliza el lirio; mas también sabe de las virtudes mágicas, ocultas, que existen en el zumo de la yerba maldita.

Es verdad que no tengo yo el talento fino, sutil y comprensivo que se es menester para juzgarlo; pero me aventuraré, sin embargo, guiado únicamente por mi deseo

¹ N. de las E.: para esta edición se transcriben obras publicadas en la *opera prima* de la revista *Voces* (Barranquilla), antes de la muerte del autor que ocurre en diciembre de 1918. Obras del autor aparecen en revistas como: *Revista el verso* (Medellín), *Sábado. Revista semanal*, (Medellín) y *Alpha* (Medellín). Los poemas seleccionados se encuentran también en la antología *Poemas de Antioquia* (1962, pp. 179-182), publicada por la Editorial Bedout, de otro anoriseño Francisco Villa López. Igualmente, se reproducen en el *Homenaje a Aureliano y Aurelio Peláez*, con motivo de la conmemoración de la desaparición de estos poetas de Anorí.

de acertar —celebrando al autor en mi mal romance castellano— y de arrojar una pica, aun cuando no la clave, en el Flandes de las deducciones literarias. Primero, el estilo, antes que otra cosa su estilo *sui generis*, sin retóricas al uso, sin gramáticas pesadas, sin lo que Zorrilla solía llamar mojigangas oficiales. El período valleinclanescos, al contrario, es eufónico, elegante y sencillo, limpio de adjetivación especiosa, y repulido y fino, aunque con figura cortesana, como una arma moderna e insidiosa que se ocultara entre sutiles mallas de seda.

En sus vibrantes cláusulas, pacientemente cinceladas con arte exquisito, benedictino, que procuran la sensación inefable de una música más presentida que oída, se difunde un romanticismo a la moderna, intenso, noble y grave, que se halla muy lejos del romanticismo de capa y espada, delirante y fantástico, de los Zorrillas en la poesía y de los Echegaray dramaturgos. Su profundo romanticismo, sin que pierda por eso su entraña netamente española y castiza, espiga en los campos fecundos del naturalismo francés. ¡Qué estilo prócer aquel, impregnado en el aroma de las leyendas y que recuerda la edad primera de la lengua, en su honda virtualidad arcaica, con sus graciosos balbucesos a lo romancero del Cid y su manera ingenua y sabrosa a lo Gonzalo de Berceo! Darío dijo que el divino autor del Marqués de Bradomín, “engarzaba en su estilo perlas para grandes señores”; y, a la verdad, el aristócrata orfebre guarda en el joyel de su mentalidad las más ricas en precio y las más variadas en matices: las perlas negras, como floraciones de abismo; las que recogen en sus facetas múltiples toda la policromía de la luz marina, en concreción artística, como compendia el verso, de todo el mundo espiritual; ¡y las blancas, que hacen pensar en frágiles copos de espuma, en eucarísticos vellones de nieve, en manos liliales, manos abaciales que espadan el lino y forman las hostias donde está el Señor...! Creo yo que él mismo ha pescado sus perlas en la profundidad de su propio mar o, al menos, es difícil averiguar en qué mar las ha pescado, pues su potente originalidad, como escritor, es de las más reconocidas; no tiene parentescos espirituales, que le desdoren, con ninguno de los noveladores contemporáneos, pues, en pasadas épocas, apenas sería dable encontrarle sus esnóbicos y extraños nexos con aquel Marqués de Sade, que sabía el pecado de los efebos, que inventó el amor sádico y que fue una verdadera flor de decadencia; no describe a la manera pura y exclusivamente cerebral de ciertos intelectualizados, agnósticos, como los moteja Unamuno... Verdad que, a través de la mayor complejidad moderna, escala la cima de la más nítida sencillez clásica, aunque sin permitir que en esta se entrevea la fatiga del largo proceso intelectual; a veces se retuerce, se disloca, se alambica y se quintaesencia, hasta producir aquellos engarces diáfanos y diamantinos que son la desesperación de la Academia; y, finalmente, deja en sus prosas como cauda luminosa, la huella de su alma suprasensible —bella alma española, batalladora, que tiene de san Ignacio de Loyola y de Hernán Cortés—, alma hecha al calor de raciales aventuras, templadas como el hierro toledano con que se forjaron las armaduras

de los tercios invencibles, la nervatura férrea de los infanzones de Castilla y Aragón, la fibra recia de los clásicos fidalgos que encarnó el genio de Cervantes en aquel loco sublime que emprendió la desafortada aventura de los batanes. ¡Qué estilo! ¡Y qué alma! El divino Valle Inclán parécese un demonio del arte, hermoso y soberbio como el luzbel de la historia católica. Él se ha complacido en derrocar santas imágenes y en sonreírse luego, mefistofélicamente, ante los hondos nichos vacíos. Parécese este Marqués un faquir terrible, confeso de religiones sin nombre, que tienen antiquísimos rituales sombríos. Este Marqués parécese un viejo brujo, vestido galantemente a la moderna; y que está en secretos amoríos con la luna. Culto y bizantino hipócrita, alza la nueva forma ante los fieles prosternados, con unción seráfica; y, bajo su casulla de clérigo suelto, se ríe burlonamente de los fieles; súper egoísta, discípulo del pálido Zaratustra, incapaz de molestarse por nada ni nadie, es, al mismo tiempo, dentro de su arte excelso, capaz de llorar melancólica y románticamente, con voluptuosidad de sensitivo, ante la zapatilla de una novia querida que abandonó... Novelador de la cultura cosmopolita, ha gustado todos los platos y catado todos los vinos; artista moderno, vibra con honda fruición nerviosa a los más encontrados vientos; alma bruja, alma viajera, en la noche sombría y en la inquietud de alta mar, se lanza con íntimo anhelo de aventura por los rumbos extraordinarios de su rosa náutica. Quizás su bella alma se encuentre más allá del bien y del mal, practicando algunas raras virtudes y haciendo hermosos pecados del Arte. ¿Los siete pecados capitales, a que aludió Darío en su célebre soneto, son siete hermosos donceles que hacen alegre la tristeza de vivir? No: el pecado es siempre feo, aunque el Arte puede andar, impunemente, sobre el fango, sin contaminarse; es armiño. A Valle Inclán, como escritor, entiéndase, le gustan los soldados trágicos, barbados y rijosos, que se roban a las tímidas y ariscas doncellas, a raíz de una jornada sangrienta y gloriosa; ama las copas de *bon vino*, que uno de sus personajes llama beatíficamente “sangre de Cristo”; hace en *Romance de lobos*, que sus héroes roben, discutan y riñan en lugares santos; poetiza la vida del hampa; convive con bandidos, ladrones y truhanes; iguala en el amor a pastoras y a marquesas. En una de sus admirables *Sonatas*, Bradomín, su héroe-tipo, enamora terriblemente a la prima, sacrifica en el altar de Venus pensando en el ambiguo símbolo de Adonis y sueña, en fin, jén dedicar su vejez libidinosa al pecado máximo que deshonoró los liceos romanos! Valle Inclán, escritor, repito, ante una muchacha bonita, ¡siente que sus pies, hendidos, se empinan como los del macho cabrío! Es Pan. Valle Inclán, escritor, ante un mancebo gallardo, suspira...

Valle Inclán tiene a todo las frases que reclaman el bronce. Describiendo un paisaje tropical, observa: “La Naturaleza estaba caliente como una negra potente y deseosa”. Con español orgulloso, dícele a la Niña Chole: “En España nos dividimos en dos grandes bandos: el uno, yo, y el otro, todos los demás”. Declara: “El orgullo ha sido siempre mi mayor virtud”.

Casi todas las mujeres son tan crueles como ardientes: igualmente las pastoras y las princesas. Cuando rememora alguna, así hubiera sido peor que Mesalina, no puede menos que musitar, reviviendo el eco dormido de los antiguos quereres: “Dios la haya perdonado. La pobre era una santa”.

Como se ve, su hipocresía es cruel y voluptuosa, pero, sobre todo, artística. De su boca risueña, irónicamente bigotuda, no se caen las palabras: “el santo escapulario”, “una santa oración”, “recemos, recemos”; no sin que todo ello termine en besuqueo, en acariciar, con mano distraída y paternal, “las palomas de sus senos”, en desnudarla, lleno de fervor, y en dormir en sus brazos pensando en las penas eternas... De aquella boca no se borra, ni aún en los trances más graves, la sonrisa, una linda sonrisa de fauno joven, amigo de la vida, satisfecho de sí mismo e irónico ante todo...

En segundo lugar, su psicología, la psicología de su obra. ¿Qué se propone en sus novelas? Nada serio, al parecer. Al menos así lo declara él mismo cuando dice, por boca de su gran personaje: ¡Viva la bagatela! Sus artísticas novelas no tienen argumento, tema, ni propósito final. Jamás trabaja en ellas por el desenlace. No le preocupa resolver ningún problema social, ni siquiera plantearlo, ni se propone nunca desarrollar la acción dentro de cierto orden lógico, con la concatenación rigurosa de causa a efecto, que, en la mayoría de los noveladores, hace que el lector un poco avisado prevea de antemano el desenlace trascendente y moral. Nada de eso. Su arte de novelar no se circunscribe a inflexibles pragmáticas, por la razón de que es arte libre, libérrimo, no sujeto a escuelas, a fórmulas y a pautas sistemáticas. No trata de ponerle puertas al campo, ni de sondear la profundidad inmensurable del corazón femenino, ni de simbolizar en las acciones del héroe-tipo la aspiración idealista de una humanidad nueva. Sus hombres, atrevidos y fuertes, dueños de cierto carácter marcial y aventurero, no saben en la vida sino una cosa: conquistar; y sus mujeres, educadas en pleno romanticismo, no saben sino dos: rezar y declararse vencidas. Gozan ellos en la lucha, con bárbara arrogancia, desprecian los gajes del triunfo y suelen morir en una francachela, riéndose, como Bradomín. Ellas, por lo regular, viven y se educan en la soledad, o en el egoísmo elegante de las grandes clases sociales, algunas veces destinadas al claustro. Luego se enamoran, precisamente como en las novelas, se cubren de lágrimas y hacen poética su derrota. ¿Es el ambiente de sus libros típico, objetivo y real? Evidentemente, no. Es el de sus obras un ambiente que debiera llamarse psicológico, paisajes y cosas más del reino del alma que de la Naturaleza. ¿Hacen bien sus libros? Cada lector responda, pues lo que es a mí, me producen el efecto excitante del vino fuerte, agridulce, que se guarda en cubas añejas y que me notifica grandemente. ¿Qué consecuencia definitiva podría decirse de su lectura? ¿La de haber sorprendido a una gran mentalidad multiforme y enérgica, dedicada a juegos, malabares de pensamiento, y al rito férvido, cuasi

supersticioso, ante los altares de la forma? ¿Es un enorme poeta? ¡Quién lo dirá! ¿Es un artista? Es, a mi humilde juicio, ¡el mago de la frase castellana!

Cuando el ilustre novelista muera, no habrán de faltar admiradores que, haciendo a un lado el gusto barroco por las estatuas, señalen su gloriosa sepultura con la sencillez de una piedra blanca, en la que campearán el escudo de armas del Marqués, un jeroglífico que represente el espíritu incógnito del escritor y un letrero helénico que cante:

A todas las almas ávidas, inquietas y torturadas; a todos los enamorados del pensamiento que es verdad y de la forma que se hace poesía, ¡salud! Demorad acá un momento y, como ardiente oblación, en recuerdo del ilustre, del divino Valle Inclán, “una copa de *bon vino...*”.

Fuente: Peláez, A. (1918). *Voces*, 3(19-20), pp. 294-301.

Los versos del domingo

¡El alma de estos versos del domingo resuena
como las grandes urbes... cosmopolitas plazas
que dan la impresión honda de la humana colmena,
Babel indescifrable de lenguas y de razas...!

Hay en ellas fragancia de las fragantes ropas;
luz de claras pupilas; fulgores de diamantes;
y una alma toda en fiesta, el alma de las copas
que apuran entre cantos de amor los estudiantes...

¡Versos dominicales, con un son de campanas
alegres que repican llamando al pueblo a misa,
y cierto fervor místico de *sursum* y de *hosanas*
que vuelan e la onda liturgia de la brisa...!

Son aves que han llenado de nidos la floresta
ante los ojos rubios del alma sonreída: ...
son los versos alegres, bellos versos de fiesta
en que el amor se burla del tedio de la vida...

Mas, cuando llora el “ángelus” en los lejanos bronce,
y el día muere, exangüe, sobre prados bucólicos,

el alma rima a solas... rima a solas y entonces
los versos del domingo son los más melancólicos

Fuente: Peláez, A. (1918). *Voces*, 4(30), pp. 81-82.

¡Niño Amor, Salve!²

¡Amor en mi Tebaida de solitario asceta
puso en mi diestra mano la palma del martirio;
me dio la fe de verso —tesoro del poeta—
y deshojó en mi alma la ingenuidad de un niño...!

La voluntad no quiso que fueras tú el llamado:
¡la pobre estaba ebria de gloria y de quimeras;
y el corazón, entonces, blandió triunfal cayado,
y fue por el desierto gritando que tú eras...!

¡Oh Niño, tú conoces mis penas singulares:
orgullo de mi torre soberbia de marfil,
desolación oculta cual si te de mis mares
y ensueños de mi pálida góndola de abril!

² N. de las E.: existen varias versiones de este poema, como en la antología *Poemas de Antioquia* (1962a, pp. 179-180) de Francisco Villa López (1889-1978), bajo el título: "Amor...", y en *Homenaje a Aureliano y Aurelio Peláez*, (s.f.), de Aurelio Agudelo Castrillón (1898-1982), con el título "Amor...", folleto sin paginación. Ambas publicaciones tienen la misma versión. Sin embargo, presentan diferencia en la disposición estrófica de la 6, como si se tratara de dos estrofas. Por tanto, elegimos la versión publicada en la revista *Voces*, con el título: "Niño Amor, Salve!", por cuanto fue divulgada en vida del poeta el 30 de julio de 1918, quien muere el 9 de diciembre del mismo año. Del folleto conmemorativo rescatamos la siguiente cita de la biografía de Aurelio Peláez Cardona escrita por Jesús Ignacio Casas Z., la cual nos sugiere una razón del cambio en la versión de los anoriseños Villa López y Agudelo Castrillón: "Amor...! Oh niño. Cuando a mi tumba llegues, en donde esté dormido, espanta con tus alas las moscas del olvido". Eso dijo el Poeta según me lo informó mi hermano Eduardo Casas, su grato discípulo". Otras diferencias encontradas: En el verso 1 de la estrofa 1: /¡Amor en mi Tebaida de solitario asceta/(Voces) /AMOR el solitario, amor, el triste asceta,/; en el verso 2 de la estrofa 1: /puso en mi diestra mano la palma del martirio/ (Voces) /puso en mi diestra débil la palma del martirio,/; en el verso 4 de la estrofa 1: y deshojó en mi alma la ingenuidad de un niño...! (Voces) / y deshojó en mi psiquis la castidad de un lirio;/ en el verso 2 de la estrofa 3: /orgullo de mi torre soberbia de marfil/, (Voces) /orgullo de mi torre de mármol y marfil; en el verso 3 de la estrofa 3: /desolación oculta cual si te de mis mares/ desolación oculta cual sirte de mis mares/. También, en la versión de *Voces*, la estrofa 4 se intercala con la estrofa 5. Además, en el verso 1 de la estrofa 4 se encuentra: /En los antiguos códices y en los infolios sabios/ (Voces) /En los códices viejos y en los infolios sabios;/ y en el verso 4 de la estrofa 6: /¡Amor no me abandones sobre mi tumba llora/ (Voces) /¡No me abandones, Niño; sobre mi tumba llora;/ en el verso final de la estrofa 6: /y barre con tus alas el polvo del olvido...!/(Voces) /y espanta con tus alas las moscas del Olvido!/. Igualmente, en *Oro y tinta, intelectuales de Anorí* (1970), de Aurelio Agudelo Castrillón (1898-1982), aparece el mismo poema en las páginas 26 y 27.

En los antiguos códices y en los infolios sabios
hallé las cuatro estrellas de tu dorado nombre...
¡Salve, rosa en el alma!... ¡Salve, flauta en los labios...!
¡Salve, saeta hundida en el pecho del hombre...!

¡Amor, cuando a mis altas soledades te asomas
sobre la roca viva pisando corazones,
huyen de ti muy lejos, ariscas mis palomas,
y te saludan ebrios de sangre mis leones...!
¡Amor, en mí naciste triunfal como una aurora!
¡Gozar, sufrir me has hecho, pequeño dios querido!
Cuando tu sol se ponga, ya yo me habré dormido...
¡Amor no me abandones, sobre mi tumba llora
y barre con tus alas el polvo del olvido...!

Fuente: Peláez, A. (1918). *Voces*, 4(30), pp. 81-82.

AURELIO PELÁEZ

Él mismo escribió al cumplir la edad de 20 años: "Nací en Anorí, aldea situada al Nordeste de Antioquia, distante de ríos navegables, caminos de hierro y centros de cultura. En los recuerdos de mi niñez hayo confundidos a Hugo y Hegel... Mi ensueño de adolescente no fue la niña amada, ni la riqueza, sino la gloria. A pesar de haber nacido para levantar mucha polvareda en mi carretera, el ensueño huyó de mis manos profanas... la naturaleza me merece un filial respeto y un culto" (Peláez, A. y Peláez, A., s.f., s.p.). Además, "se hace maestro de escuela en su tierra aldeana, desde donde viaja llamado profesor del Gimnasio Moderno. De regreso de la capital, a fin de año de labores, la muerte violenta le sorprende en un paraje llamado 'El roble', antes de llegar a Anorí" (Villa López, 1962, p. 179).

Eduardo A. Palacio Cardona

(Amalfi, 1888-Medellín, 1938)

Oro y sangre

Para Panida

En tu faz luminosa; en tus cintillos
y en el aljófár de tu pedrería
el sol rojizo del muriente día
con ígneas luces reflejó sus brillos.

Se hicieron resplandores tus anillos
y la pulsera que en tu brazo ardía;
el oro de tu cuello te ceñía
con intensos fulgores amarillos

Y la escultura de tu cuerpo era,
envuelta en luces, una primavera
de sangre y oro bajo el sol muriente,

y las curvas triunfales de tus líneas
vibraban ondulantes y carmíneas
entre la pirotecnia del poniente.

Fuente: Palacio Cardona, E. A. (1915). Oro y sangre. *Panida*, 2(8), p. 126.

Matinal

La mañana es azul. Tras los cristales
del horizonte apuntan las primeras
pinceladas del sol. Sobre las eras
hay una eucaristía de rosales.

Desiñendo sus místicos cendales
se coronan de luz las cordilleras,
y el concierto de brisas mañaneras

inicia una canción en los trigales.
La mañana derrama en el paisaje
su caricia de sol; hay vibraciones
en las reconditeces del follaje.

El campo exhibe esplendorosas galas,
se oyen suaves y límpidas canciones,
dulces suspiros y temblor de alas.

Fuente: Escobar Sanín, R. e Ibarbo Sepúlveda, A. (1988). *Panorama de la poesía amalfitana*. La Pluma de Oro Ediciones, p. 32.

Se apaga tu voz...

Ya se apaga tu voz... En los juncales
el viento oracionó, y entre los linos
de las brumas hundían los caminos
sus rojas y lejanas espirales.

El agua de los frescos manantiales
hilaba su canción bajo los pinos,
y una ronda de aromas campesinos
lentamente ascendió de los rosales.

Y mientras te abstraías en el cielo,
con una suavidad de terciopelo
se apagaba tu voz en los retiros

Sigilosos y umbríos de tu huerto,
cuando de ritmos se pobló el desierto
con el vuelo fugaz de tus suspiros.

Fuente: Escobar Sanín, R. e Ibarbo Sepúlveda, A. (1988). *Panorama de la poesía amalfitana*. La Pluma de Oro Ediciones, p. 33.

A la hora de Nona

Mientras que tú agonizas en la altura
del Gólgota, Señor, yo aquí en la cumbre
de mi dolor, exhausto, ya sin lumbre,
apuro como Tú, hiel y amargura.
Mientras se envuelven en sombras de pavora,
de tus ojos la triste mansedumbre,
en mi espíritu inmensa pesadumbre
abren las alas de la desventura.

Mientras mueres, Señor, en el calvario,
yo voy con mi dolor de solitario
por entre las espinas de la suerte,
viendo cómo se escapan por mi herida,
gota a gota, mi sangre con mi vida
hacia las negras playas de la muerte.

Fuente: Escobar Sanín, R. e Ibarbo Sepúlveda, A. (1988). *Panorama de la poesía amalfitana*. La Pluma de Oro Ediciones, p. 22.

Bajo tu cielo

Mis versos, como tú, son ingenuos.

Mi alma de romero peregrino
Fue a llamar a tu puerta... Silenciosas
Rodaron a tus pies todas las rosas
que recogí al pasar por el camino.

Todas las esperanzas que habían muerto
en las desolaciones del olvido,
corrieron a buscar el florecido
oasis cariñoso de tu huerto.

De mi alma vibrante, suavemente
volaron mis anhelos fugitivos,
y al llegar a tu lecho, pensativos,
acariciaron con amor tu frente.

.....

Pensé en tus labios cálidos, en esos
labios sonoros donde las sonrisas
dejan, con el concierto de las brisas,
el musicante arrullo de los besos.

Pensé en tus ojos —flores doloridas—
Donde la luz, tranquila, se desmaya,
Y a dónde van, como a lejana playa,
las desoladas olas de mi vida.

Pensé en tus manos —manos consagradas—
manos cultivadoras de caricias,
en donde ofrendo todas las primicias,
de mis rosas de amor glorificadas.

Pensé en la luz de tus pupilas hondas
y en la seda sutil de tus pestañas,
donde prende, de lejos, las montañas
las tenues media-tintas de las frondas.

Pensé en tu amor... En cálidos paisajes...
En musgos bajo el Sol... En tibios nidos...
Y en los hondos suspiros recogidos
en la amorosa paz de los follajes.

1912

Fuente: Escobar Sanín, R. e Ibarbo Sepúlveda, A. (1988). Bajo tu cielo. En *Panorama de la poesía amalftana*, (p. 34). La Pluma de Oro Ediciones.

EDUARDO A. PALACIO CARDONA

Abogado. Fue secretario del Centro Jurídico de la Universidad de Antioquia. El aporte literario que sirve de epígrafe a esta compilación es de este autor.

Joaquín G. Ramírez

(Santa Rosa de Osos, 1889-1945)

SAN LORENZO DE YOLOMBÓ [1927]

Capítulo V. Las montañas antioqueñas

Varias campañas, procedentes de los distintos focos de población, hicieron el descubrimiento total de Antioquia en la primera mitad del siglo XVI. En los diez años siguientes, conquistadores establecidos ya en el territorio completaron el sometimiento de la sección, utilizando los caminos abiertos por los predecesores, y fundaron prósperas colonias en los lugares donde el oro era incentivo de población y un centro activo de progreso y de comercio. Y, así, vino a suceder que, antes de cincuenta años de vida, Antioquia fuera una provincia importante del Nuevo Reino de Granada, con Gobierno propio, ciudades confortables y asiento de pobladores sobrios, trabajadores y pacíficos, que la encauzaron por vías de civilización y cultura.

Para mejor orientación y comprensión de este trabajo, nos permitiremos bosquejar estas expediciones, seguros de que todo esfuerzo en pro de la Patria Chica es digno de memoria, así como al hablar de las virtudes personales, los méritos y la posición de un individuo se mira siempre atrás, a los progenitores, a esos abuelos felices cuya sangre tuvo un tan bello renuevo de actividades. Antioquia ha sabido probar con hechos, que son el mejor exponente, que no fueron baldíos los esfuerzos titánicos para darle vida, y compensa su actuación de paz y de trabajo los sacrificios de los conquistadores y las vidas anónimas enterradas en los bosques milenarios, como tributo a la labor ímproba de crear.

Las primeras expediciones que descubrieron a Antioquia salieron de Cartagena, ciudad que lleva la honra de haber iniciado la conquista de esta rica sección de la República, y sus tropas la atravesaron toda, de norte a sur, en un solo himno de empuje y rebeldía contra la lujuria y agresiva urdimbre de obstáculos naturales. Tocó al gobernador dirigir la primera campaña. En busca del Mar del Sur, recientemente descubierto por Balboa, y más que todo con el fin de explorar el interior, de cuya riqueza era pregonera la alta fama, salió de Cartagena una lujosa expedición de doscientos infantes y cincuenta caballeros, y trasmontando la cordillera llegó a las sabanas, vasta extensión de llanuras por donde corre el Sinú perezoso y dormido. Señora de aquellos dominios feraces —futuro emporio de riquezas— era la Cacica de Finzenú, quien recibió amigablemente a los expedicionarios y los colmó de ambiciones; hospitalidad regia y digna que, desgraciadamente para la causa

civilizadora, pagaron bien mal los soldados de Heredia con el saqueo del pueblo y los ultrajes de todo género inferidos a los pacíficos habitantes.

El cementerio general de la comarca estaba formado por túmulos de tierra, a manera de pequeños montículos, y habiendo sido informados por el guía de que contenían oro, se dieron a la tarea de explotarlos, lo que, en efecto, les produjo abundantes riquezas. Empero, los indios, cansados de malos tratamientos, indujeron a Heredia a internarse más al sur, a la región de Zenufana, cuna del oro, que obtenían los naturales a cambio de mantas y productos agrícolas. Diferida, pues, la excavación de los sepulcros para el regreso de la nueva campaña, emprendieron los soldados, mal contentos y murmuradores, la nueva aventura. Por una ruta fragosa y en un país frío, donde los temporales son frecuentes, anduvieron varias semanas, acosados por el hambre y las incomodidades, hasta invadir las hoyas del Nechí y sus afluentes, y llegaron en su expedición hasta las Lomas de San Bartolomé, donde hallaron nuevas habitaciones indígenas.¹ Soñaban los aventureros con un Dorado ideal, donde el oro se recogía como la arena del lecho de los ríos, y por eso la visión de Antioquia, enmarañada y áspera, fue un fracaso para su codicia. Enfermos, hambreados y con no escasa mengua de unidades de tropa, regresaron al Sinú, cuyos tesoros habían traspuesto los indios, y poco después entraban en Cartagena, “tan flacos y amarillos que parecía que los habían sacado de los sepulcros de que no cesaban de hablar”. “Juicio impenetrable de Dios, que todos los que violaron estos sepulcros, que no por ser de idólatras dejan de ser sagrados, murieron pobríssimos y en hospitales, y ninguna de las fortunas que se hicieron pasaron a segundo poseedor”, dice Fray Pedro Simón en sus *Noticias históricas*.

He aquí el verdadero descubrimiento de Antioquia, hecho ocurrido en el año de 1534, segundo de la fundación de Cartagena.

En 1537 concedió don Pedro de Heredia permiso a Francisco César para una nueva expedición en solicitud del codiciado Tesoro de Dabaybe, cuya fábula fue una venganza de la Madre Tierra contra los violadores y asesinos de sus rústicos hogares. Francisco César ha pasado a la historia como un nombre ilustre y simpático, con más virtudes que vicios, más magnánimo que cruel, y tiénese, por un error de que adolecen todos los textos de Historia Patria, como el verdadero descubridor de la tierra, ya que “la suerte, en compensación de los sufrimientos sobrellevados con tanta dignidad y grandeza de ánimo, le tenía reservado ser el descubridor de la aurífera tierra antioqueña”, como lo insinúan los historiadores nacionales Henao y Arrubla. Muy injustamente, en verdad, cargaron los Heredias de oprobios y cadenas

¹ N. del A.: esta opinión la hemos hallado en la *Historia* del Padre Fernández de Piedrahita.

al denodado César, y este, bondadoso y cristiano, supo, cuando la desgracia visitó a sus perseguidores, perdonar las ofensas y colmarlos de atenciones y cuidados.

César salió de Cartagena por la vía de San Sebastián, con una expedición compuesta de cien hombres y algunos caballos, y trasmontando la cordillera del Abibe llegaron a un limpio valle, denominado en lengua indígena Guaca. Era jefe de la comarca el Cacique Nutibara, quien recibió hostilmente a los conquistadores, trabándose un reñido combate del que salieron triunfantes las armas españolas. El resultado general de la campaña, si bien no fue del todo favorable por la pérdida de soldados en la difícil travesía de la sierra y en los cenagosos terrenos que rodean el golfo de Urabá —lo que hace de ella una atrevida expedición, con visos de leyenda—, no dejó de tener su recompensa en botín y glorias militares, o como ingenuamente se expresa el cronista Castellanos:

Y sácole a tierra de más lumbre,
Mejores influencias y templanzas:
Por ella suben hasta cierta cumbre,
Divisan rasos campos con labranzas,
Es tierra del Guaca que se derrama
Por rico mineral a cada lado.

El valle de Guaca, situado al occidente del departamento, y más allá del ramal andino, viene a construir, en el día, el distrito de Dabeiba.² Al comparar el estado de servidumbre y superstición en que se hallan los escasos naturales de esa región con la relativa civilización y con el maravilloso brío de los antiguos moradores, a quienes la conquista dispersó en los montes, no puede menos que lamentarse hondamente la crueldad de la época y la ambición y codicia de los conquistadores.

De vuelta Francisco César a Cartagena, encontró allí a Pedro Badillo, Juez de Residencia enviado contra los Heredias, a quienes redujo a prisión, confiscó sus bienes y, dueño de vidas y haciendas y constituido Gobernador de la Plaza, se dio a cometer toda clase de tropelías contra los naturales. Temeroso del furor de la Corte, resolvió hacer algo digno de la época, que cohonestara sus infamias, y con cuatrocientos soldados, otros tantos caballos y negros e indios de servidumbre emprendió nueva campaña sobre Antioquia, con ánimo de atravesarla y llegar hasta el Perú. Llevó como segundo a César.

Esta expedición siguió la ruta anterior, pero muy otra fue su suerte. Diríase que, en ocasiones únicas, la Naturaleza cobra las deudas contraídas por los monstruos salidos de su seno, sometiendo sus acciones, aun las que podrían figurar en el

² N. del A.: nos ha confirmado en esta opinión el Doctor Gustavo White U., perfecto conocedor de la región.

escalafón de la gloria o en los anales del heroísmo, al más completo olvido. De la campaña de Badillo nada dice la Historia, ni hay una sola cosa digna de mención. Se colmaron los padecimientos y calamidades con la muerte del valiente y magnánimo César, y enfermos y abatidos arribaron a Cali, donde la prisión y el extrañamiento aguardaron al jefe.

Con esta campaña quedó conquistado el oeste de Antioquia y abierta la vía del mar Caribe al Valle del Cauca.

Capítulo VIII. La población aborígen

La vasta y numerosa población diseminada en el Nuevo Continente estaba representada en Antioquia por tres grandes ramas, procedentes —según los investigadores más autorizados— del indio caribe, habitador nato de la zona ardiente de las costas. Estas diversas especificaciones conservaban, al través de los siglos en que el éxodo gigante de aquella raza guerrera debió verificarse, idéntico tipo y muestras semejantes de parecido, aunque diferenciadas por naturales huellas de ambiente, clima y costumbres. Estaban separados por fronteras naturales de ríos y cordilleras y se denominaban Tahamíes, Nutabes y Catíos.

En esta exposición, que nada puede tener de original, toda vez que lo nuevo es casi imposible hoy en prehistoria colombiana, seguimos las eruditas investigaciones del Doctor Manuel Uribe Ángel, uno de los pocos sabios que con paciencia benedictina se preocuparon de estudiar las costumbres, religión, lenguaje de los indios pobladores de Antioquia. Siguiéndolo, pues, diremos que los tahamíes ocupaban los lugares medianeros al Porce y al Magdalena, es decir, la parte oriental de Antioquia, debiendo advertirse, para mayor claridad, que esta nación tenía un apéndice hacia el sur, entre el Cauca y la Cordillera Central. Fueron dominios de los indios tahamíes, y en ellos dejaron sus nombres originales, los lugares en donde se hallan los distritos de Yolombó, Peñol, Cocorná, Pácora, etc., etc. Eran suaves y mansos de carácter, de naturaleza poco guerrera, más dispuestos a entrar en la vida social, propios para la servidumbre, aventajados en los ejercicios gimnásticos, corredores sueltos y veloces y luchadores insignes, pero menguados en sus facultades morales y carecían casi de energía individual. Ya vimos que las expediciones conquistadoras que cruzaron su territorio fueron las de Heredia, Pedroso y Martínez de Ospina. Los nutabes habitaban la parte central del departamento, entre los ríos Cauca y Porce, y eran bravos y esforzados en la pelea, ágiles, esbeltos y formidables para la lucha. Tejían telas de algodón que les servían para su vestido y para el intercambio comercial con sus vecinos. Fueron los únicos naturales a quienes el conquistador halló cubiertos de ropa. Tal vez no es aventurado afirmar que eran también los más civilizados. Ocupaban, entre nosotros, los distritos que forman la banda derecha del río Medellín y los de Titiribí, Ebéjico, Heliconia, Anorí, Cáceres, Santa Rosa de Osos, etc., etc.

Al través de su territorio se desarrolló la mayor parte de la campaña del Mariscal Robledo, y fue teatro de las luchas armadas sobre disputas de jurisdicción entre Belalcázar y Heredia.

La nación catía habitaba los desiertos anegados cercanos al golfo de Urabá, y las vertientes de uno y otro lado de los Andes hasta el río Cauca, y las selvas del Chocó, es decir, toda la parte occidental de Antioquia; eran feroces y dotados únicamente de los instintos brutales que se derivan del influjo de la carnalidad. Las pasiones hijas de un estado social adelantado les eran totalmente desconocidas. Vivían en los bosques, más comúnmente sobre zarzos de madera que construían en la copa de los árboles gigantes, y se sustentaban con el producto de la caza y de la pesca. Eran, en suma, tribus nómadas, sin pueblos ni casas, antropófagos y valientes, diseminadas a lo largo de un territorio ardiente, de vegetación agresiva y lujuriosa. En sus dominios se encuentran hoy los distritos de Buriticá, Dabeiba, Ituango, etc., y ellos fueron teatro del magno empuje de las expediciones de César y Badillo. Sus campos, todos, fueron devastados por la codicia de los conquistadores, quienes, desde los lugares donde reinaba el Cacique Nutibara, soñaban estar cerca del quimérico y fantástico Tesoro de Dabaybe.

Reseñado a grandes rasgos el estado de los aborígenes americanos al tiempo de la conquista, tócanos ahora estudiar las causas que influyeron para que esa vasta fábrica de civilización precolombina continúe siendo un misterio indescifrable para la Ciencia Histórica, y las circunstancias que concurrieron para dar en tierra con una raza que, al decir de eruditos, era numerosa y llegó a cierto grado de cultura que pasma y admira. Porque es fama que los indios fueron hábiles ingenieros, delicados orfebres —trabajaron el oro sin emplear los modernos sistemas de aligación y soldadura—, astrónomos, pintores, escultores y arquitectos. Nada queda de esa admirable cultura, paralela de Grecia y Roma, nada de sus monumentos, y de sus contados monolitos grabados con jeroglíficos solo se alcanza a ver, entre la estulta indiferencia del presente, uno que otro, perdido y abandonado en medio de la selva.

“Los nuevos descubrimientos”, dice Cantú, “no daban idea a la Europa más que de la riqueza metálica; todos creyeron hallar en abundancia en el Nuevo Mundo el oro y las piedras con que Marco Polo, los viajeros y las novelas árabes habían despertado la avaricia en los alcázares de los príncipes orientales: los pocos ensayos que se habían hecho estaban exagerados por la imaginación o calculados con una esperanza insaciable; el mismo gobierno pedía oro para los gastos de la expedición o para llenar sus propias arcas. En vano repetía Colón que era preciso tener paciencia, presentando como ejemplo a Portugal, que había tenido que esperar bastante tiempo para sacar provecho de la Guinea: se quería el fruto antes de madurarse, y para cogerlo se cortaba la planta”.

Y este fue el primer paso de la esclavitud india, llaga que todavía destila sangre, enrojeciendo de baldón a los gobiernos civilizados que le permitieron. Del Consejo Real de Indias, que dirigía en Madrid el arcediano Juan Rodríguez de Fonseca —hombre colérico y vengativo— emanaban órdenes y decretos tiránicos contra los habitantes de las Indias Occidentales, y de allí resultó que la obra más asombrosa de los siglos vino a convertirse —según la autorizada frase del ya citado Cantú— en un azote para la humildad. Empeñada la guerra entre las dos castas, natural y lógico era que venciera el más aguerrido, y de allí nació la esclavitud. Transportados a España multitud de indígenas, los más murieron en la travesía, debido a los malos tratamientos, y los restantes se vieron obligados a soportar para siempre las cadenas y a trabajar para aquellos extranjeros que se habían apoderado de sus lares fecundos y hermosos, cambiando en desolación y tristeza su natural alegría.

Sometidos los naturales a penosos trabajos, mal alimentados y constantemente castigados, como si se tratara de animales, fueron entrando en un período de abatimiento que les hizo desear la muerte. Se cuenta en la Historia que ocurrió repetidas veces el caso de que, tras un largo esfuerzo y sintiéndose el indio morir de cansancio y de hambre, al ser castigado cruelmente por su amo para que continuara, se volviera a él y le dijese: “Matadme aquí, quiero morir”. Todas las crueldades imaginables se cometieron. La Historia está llena de ejemplos que horrorizan. Un español, no teniendo qué dar a sus perros, cogió el hijo de una esclava y lo partió en pedazos para sus canes. Otro, a quien se le había caído alguna prenda en un sumidero o pantano, y no la hallara pronto, arranca a un niño del pecho de su madre, y lo sumerge en el lodo para que al día siguiente le sirva de indicador del lugar adonde debe volver a buscar lo perdido. Incendios, robos, mutilaciones, tormentos; todo, en fin, cuanto pueda inventar la más refinada maldad —martirios de los cristianos en el Circo, sacrificios y ritos del Oriente, fiestas de Senegal, etc.— se practicó por franceses, ingleses, portugueses y españoles, a fin de destruir la raza aborígen, pobladora de un vasto continente.

Ni la natural conmiseración, instintiva en el ser racional, ni las predicaciones de los religiosos defensores de los indios, ni las bulas emanadas de la Silla Pontificia, ni Cédulas Reales, ni el Arte mismo, lograron atajar la tempestad de maldades que se extendió por la América; y ni el propio interés personal de la ganancia, a la vista del aminoramiento pavoroso de la raza india, alcanzó a vencer la crueldad conquistadora. Diez años de conquista fueron suficientes para extinguir casi por completo al indígena. Los últimos ejemplares abandonaron los lugares poblados, y con el abismo de crueldades impreso en el alma, se sepultaron en las espesuras de los bosques milenarios, donde duermen el sueño de la más negra ignorancia y, plenos de cobardía y apocamiento, están vegetando en la tristeza y en la oscuridad de los irracionales.

Y para llenar los claros que la crueldad abrió en los indios, o para atenuar el rigor de la barbarie, se introdujo a los negros del África, se instituyó el comercio de carne humana, y esta sí que es una página atroz y dolorida que pone crispaturas en el alma, y que nosotros volvemos silenciosamente, tristemente.

He aquí la razón de por qué somos un pueblo enfermo de tristeza y melancolía, que sueña con añoranzas y vive del ideal que fue.

Capítulo X. San Lorenzo de Yolombó, población colonial

Dice el ilustre Doctor Manuel Uribe Ángel, al principio de su estudio sobre Yolombó, en el *Compendio histórico del Estado de Antioquia*: “Inútiles han sido nuestros esfuerzos para averiguar con firmeza el siglo, año, mes y día de la fundación de Yolombó; pero tenemos motivos para afirmar que es una de las poblaciones más antiguas del Estado”. Esto, en boca de un investigador tan paciente y erudito como lo fue el modesto sabio, pone ciertamente desalientos en el ánimo de los que, como nosotros, hemos emprendido una labor tan ardua y pesada. Y si a esto se agrega la opinión de la Academia Nacional de Historia, Corporación la más sabia en la materia, no ya desalientos, sino obstáculos insalvables son los que se oponen al trabajo.

Ello es desgraciadamente cierto, y ningún aporte podemos llevar nosotros a la obra común de los historiadores patrios. En lo que se relaciona con la verdadera fundación del pueblo, la que le dio nombre oficial reconocido, y sus primeros pasos de vida autónoma, nada se sabe, nada se puede decir que sea verdad. Alrededor de este acontecimiento se cierne la oscuridad de lo ignorado, y leyendas inciertas, de sospechoso mérito, hacen que sea más ardua y difícil la ruta que deba seguir un historiador que no pretenda darla de efectista y exagerado. Lo dicho por nosotros hasta ahora, respecto de su descubrimiento y conquista, aunque no aparece en los textos actuales de enseñanza, tiene al menos el mérito del hallazgo al través de largos y pesados estudios. Los archivos, única guía que debe tomarse en estos laberintos de investigación histórica, son —merced a la ignorancia, la incuria y la maldad de los dirigentes habidos en el pueblo— pedazos informes de legados, sin nomenclatura ni orden, mutilados y casi-podridos, de mérito muy relativo, y nada dicen sobre esa época, la precisa de su fundación.

Consta al menos, de esos documentos, que Yolombó tiene una existencia oficial y eclesiástica reconocida desde mediados del siglo XVIII, pues ya en 1680 era cura de la Parroquia de San Lorenzo de Yolombó el Doctor Mateo Castrillón, cuya forma pudimos identificar en varios documentos ilegibles por la acción del tiempo. Concuerdan todos en decir que tuvo visible importancia en la época colonial, y que fue asiento y lugar de nobles y linajudas familias españolas, de sonoros y exóticos apellidos, que se establecieron aquí, en vez de hacerlo en la ciudad de los Remedios, por las ventajas

del clima. Esos apellidos, originarios de Yolombó, se exhiben en muchos lugares de la República, con el lujo de ilustre alcurnia, por los descendientes de aquellos hidalgos habitantes de hace más de doscientos años. Los archivos de la muy ilustre ciudad de Santiago de Arma de Rionegro, a cuya jurisdicción se dice pertenecía en sus primeros días Yolombó, nos han suministrado datos sobre los habitantes del pueblo en aquella época. Tales fueron: don Juan Antonio de Layos, doña Martina de Castellanos, don Franco Antonio Moyano, don Sinforoso de Piedrahita —hijo del Alférez Real don Pedro de Piedrahita y Saavedra—, don Pedro Caballero —de quien hablaremos más adelante—, don Pedro Castro y don Bernardo González —estos dos nobles hidalgos pasaron más tarde a la ciudad de Antioquia, y fundaron allí numerosas familias—. Atraídos por la ponderada riqueza de las minas de esta región, llegaron después muchísimos hidalgos, cuya lista, si fuéramos a copiarla, se haría interminable, siendo entre todos el más notable don Joseph de Romero, quien casó con doña Manuela de Puerta, tuvieron muchos hijos, todos más o menos importantes. Tres hijas casaron así: doña Josefa con don Manuel Jaramillo, doña Ramona con don Salvador Jaramillo y doña Joaquina con don Joaquín de Londoño.

He aquí una muestra de los ilustres y sonoros nombres que se encuentran en nuestros archivos: Xaviera de la Serna, Amalia Micaela de Vibero, Nicolás Ramírez de Baya Sorda y Larrazábal, Francisco Solano Duque de Estrada, Francisco Arize y Nieto, Pablo de Lescano, Xpthoval del Pino, etc., etc.

Sus minas, como dijimos antes, eran ponderosas por la riqueza del precioso metal; durante muchos años vinieron a un estado precario, y de algunos años para acá han vuelto a recuperar la fama antigua. En la época colonial debía la población su celebridad y conocimiento a la enorme cantidad de riqueza acumulada por los primeros habitantes, de quienes se decía que gastaban un lujo extraordinario, casi exótico en las primitivas condiciones de la parroquia. Y es tradición llegada a este tiempo que el oro acumulado en sus casas lo asoleaban a la puerta de la calle en cueros de res, como frutos o granos de la tierra. Puede que esta tradición tenga más de fábula que de verdad; pero es lo cierto que da una idea aproximada de la importancia de la población. Es fama también que muchas de esas riquezas se hallan enterradas, parte por las costumbres de nuestros antepasados, parte por el temor de las invasiones realistas del tiempo de la Pacificación. De ahí viene, precisamente, la fama de los entierros, que tantos desvelos y trabajos han costado a los habitantes actuales en su tonto afán de buscarlos.

San Lorenzo de Yolombó: Así titulada la población, y en tal forma está concebido el encabezamiento de todos sus documentos, tanto oficiales como parroquiales. Un día —no se sabe cuándo— se eliminó el nombre del Santo al distrito, pero la Iglesia lo ha seguido usando, comoquiera que es ella la que mejor aviene con la tradición y con

la belleza del pasado. Y es lástima, en verdad, que se haya concluido en un nombre laico, que si tiene sonoridad de origen indígena, viene como mutilado y seco en la hora presente. Su jurisdicción civil se extendía hasta el sitio de San Martín de Cancán —también de oscuro e ignorado origen, a no ser el que nosotros suponemos; que pobladores de Remedios y Yolombó, para facilitarse el cuidado y laboreo de sus minas, establecieron allí una población y que, poco avenidos con la carencia de funciones religiosas, a que eran tan aficionados por sincero espíritu de fe, edificaron una iglesia y lograron conseguir se les nombrara cura. Entre los apellidos ilustres que todavía se conservan, originarios de este Sitio, nos quedan: Moreno, Zeballos, Olano, etc., etc.—. Sus providencias eran allí religiosamente cumplidas, y el Alcalde, Capitán a Guerra o Justicia Mayor de Yolombó elegía a los subalternos en aquel partido, según hemos tenido lugar de verlo en los viejos archivos.

Y aquí vuelve a presentárenos el interrogante angustioso de la crítica a abrumarnos de preguntas:

¿Quién, a la partida del Capitán de Ospina, tuvo el buen acierto de consagrar el nuevo pueblo bajo la égida del Santo Mártir Lorenzo? ¿Qué virrey, presidente de audiencia o gobernador lo incorporó con este nombre en el organismo político?

He aquí lo que todos nos preguntan, y lo que nadie ha sabido decirnos.

Los dos siglos de vida colonial debieron pasar para este pueblo en la misma monotonía ambiente y austera que lo fue para todos en Colombia. Nos suponemos una época gris, quieta y sencilla, exenta en absoluto de grandes motivos imaginativos, lejos del bullir furibundo de las cosas, a un lado del progreso y la civilización. Ni comodidades personales, ni exigencias de ningún género. Vida vegetativa, en fin, no con el carácter que suelen darle apasionados y fanáticos de “negra y oscura noche de ignorancias”, sino de tranquila quietud monasterial, propicia a la gestación de grandes ideas, informes e imprecisas, que un día debían tener su momento feliz de alumbramiento. Calles y habitaciones construidas sin plan arquitectónico, como quien busca en todo la holgura y las facilidades. Costumbres rutinarias en todo, desde la manera de adquirir los medios de subsistencia hasta la reglamentación metódica de las horas de comida y descanso. Paz de las cosas intocadas, que no han sufrido el contacto de los cerebros inconformes, quietud solemne y piadosa, tranquila vegetación de los espíritus y de los cuerpos en la cómoda familiaridad doméstica. Tal debió de ser la parroquia de San Lorenzo de Yolombó.

Para las familias era tal vez menos escasa de motivos agradables la vida de la Colonia. Y nos atrevemos a creerlo así, toda vez que en ningún tiempo se ha cultivado con tan cuidadoso esmero el trato social, y nunca la dulzura del hogar ha tenido tan

delicioso encanto como en esa época. Para el hidalgo estaba resumida en su casa toda la felicidad que podría apetecer, comoquiera que en la calle nada había digno de atraer la atención. Con todos los prejuicios sociales y aristócratas de la Península, ricos y afortunados entreteníanse, en las veladas del hogar, en rememorar las escenas de la patria lejana y en contar a sus hijos las glorias de los valientes capitanes que esmaltan el cielo de su historia. Cuidaban con esmero especial del lustre y limpieza de sus blasones y apellidos, sin permitir el más ligero ensuciamiento de las tradiciones heráldicas, y enseñaban con ingenua satisfacción a propios y a extraños las genealogía y ejecutorias de su raza. Un análisis muy minucioso precedía siempre a la adquisición de nuevas relaciones, y estas eran admitidas cuando se probaba bien la immaculada limpieza de un nombre ilustre o, cuando menos, honrado. La tertulia y las devociones piadosas absorbían todo el tiempo. Y en los tiempos de las fiestas del Patrono o en el cumpleaños del lejano y amado Monarca, brillaba el lujo extraordinario de sus zapatos de raso, con hebillas de oro, en las damas; y los hombres cargaban sobre sus obesas personas el grueso y fino paño de San Fernando, en vestido de etiqueta, y colocaban en sus pechos todas las condecoraciones adquiridas por la familia. Después y durante muchos días, el comentario sobre las fiestas, el agasajo al señor cura, y reanudaban su vida quieta y conventual.

A veces, sin embargo, un escándalo cualquiera, el que daba carácter de espantoso y atroz a lo excepcional, venía a turbar la bonachona vida de rezos y bostezos de los abuelos. Y la faz de la parroquia cambiaba por unos cuantos días, agitada por la curiosidad insana y malévola, por el comentario acerbo sobre un acto sencillo y común para la vida moderna. Que un esclavo, acosado por el hambre y la fatiga, se insubordinó en las minas y dio muerte al despiadado capataz. Que una esclava de casa rica abandonó el refugio obligado de la servidumbre y, con la nostalgia de palmeras y libertad, juntó su vida a la de otro esclavo, joven y galán, para ir a buscar en la amplitud de los campos un abrigo para su amor, sin tener el castigo sin misericordia ni piedad del amo, cuyo látigo tomaría la debida revancha en sus espaldas. Que en la alta noche, cuando todo dormía, un hidalgo acechaba a su enemigo, embozado en su capa y espada al cinto, para darle muerte, como venganza de faltas cometidas a su honor. Que los comuneros del Socorro se levantaron en armas contra el gobierno de Su Majestad y amenazan dar en tierra con el orden existente. Los sucesos de la Revolución francesa, que conmovieron hondamente el pacato y obediente espíritu de los abuelos. Las invasiones piratas a las costas del Caribe. Todas estas cosas eran suficientes para hacer más largo y pesado el inevitable chismorreo de la Parroquia y para poner un paréntesis en su vida gris.

El señor cura párroco y el Justicia Mayor o Capitán Aguerre eran las figuras más notables del pueblo, y en ellos crecían los vecinos con la fe ingenua, como depositarios, el uno de la Divina Verdad, y el otro, de la autoridad del Rey. Por otra parte, eran tal

vez de los pocos que sabían leer y escribir y contar en aquellos dichosos tiempos. El vecindario entero los temía, respetaba y atendía como a seres que se hallaban muy por encima de todos. En el ejercicio de sus delicadas funciones alternaban el alcalde y el cura; y así no era extraño que el primero decretara obligatoria la asistencia a misa y la recepción de los sacramentos en tiempo oportuno, el descubrirse y rezar cuando las campanas tocaban el Ángelus y el acompañar el Santo Viático, bajo apremios legales muy fuertes; como no era raro ni se consideraba usurpación de dominio el que el segundo celara el orden público, saliera de ronda, vigilara el cumplimiento de los deberes de ciudadanía e hiciera castigar a los vagos y mal entretenidos que habitaban el lugar y daban escándalo en él.

Deliciosos tiempos aquellos, hay que confesarlo, en que todo era sencillez de corazón, fe ingenua y sin vacilaciones respecto a todo lo establecido y conformidad completa con la vida habitual. Felices debieron de ser nuestros antepasados en un ambiente tan propicio a sus inclinaciones y gustos, exentos de las convulsiones de la vida moderna, complicada y llena de obligaciones creadas sin libros ni escuelas, todos analfabetos, y viendo cómo se iba la existencia en la paz conventual de sus casonas. Pero en el horizonte había —como dice en bella frase Rodó— una inquietud presagiosa de grandes cosas...

Para completar mejor este rápido bosquejo de la vida colonial de nuestro pueblo, y para mostrar hasta dónde pudieron llegar su antigüedad e importancia, insertamos en un nuevo capítulo algunos documentos, copiados del original —con su literatura y ortografía propias— del Archivo del pueblo. Ellos dan también una vaga idea de la gente que lo habitaba.

Fuente: Ramírez, J. G. (1927a). Apuntes históricos sobre San Lorenzo de Yolombó. Primera entrega. *Repertorio Histórico Apuntes de la Academia Antioqueña de Historia*, 9(7-9), pp. 142-158. / Ramírez, J. G. (1927b). históricos sobre San Lorenzo de Yolombó. Segunda entrega. *Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia*, 9(7-9), pp. 159-199.

JOAQUÍN G. RAMÍREZ

Según Alfonso Barreneche, Ramírez “es autor de *San Lorenzo de Yolombó. Apuntes Históricos*, y *Geográficos*, y de numerosos escritos literarios, históricos y periodísticos de orientación política, pedagógica, económica y cultural. Ramírez fue, además, profesor de secundaria y de universidad, lector, traductor y filólogo, un intelectual muy apreciado y valorado. Por su don de consejo ocupó importantes cargos en el campo gubernamental y educativo, así como la dirección del diario *La Defensa*. Fue amigo de los intelectuales de la época y perteneciente a importantes centros literarios. Como miembro de la Academia Antioqueña de Historia dio a su amigo Tomás Carrasquilla abundante información para la novela *La Marquesa de Yolombó*” (Girón López, 2010).



F. VILLA LOPEZ
(V. de Lussich)
Autor de "EL LIBRO DE
GABRIEL JAIME"

Francisco Villa López

[V. de Lussich; Kiko Villa]

(Anorí, 1889-Medellín, 1978)

OFELIA [1918]

Fragmento¹

No es la mujer célebre de Shakespeare, la amada loca, del Príncipe de Dinamarca. Es, humildemente, una mujer, niña llena de luz, de fragancia de misterio, que ayer, en brazos del padre y de la madre, ha llegado al primer año de vivir, alegre como una gota de sol que estremece y dora un eterno antojo de ensueño...

Suelta la niña alas de su vida dentro del hogar, y es como una mariposa de oro. Ella está en aquellos brazos igual que una flor —¡clavel blanco, jazmines!— en su propio tallo; igual que un pájaro en su jaula divina; igual que un perfume en la urna espiritual.

¡Sonríe la niña —¡Ofelia!— y la boca es camino de luz por donde salta su niño corazón! ¡Abre los ojos profundos a mirar y allá viene un tesoro de silencio, con preámbulos de alma, que la sabiduría orgullosa del padre, y de la madre la entraña sagrada, descifran hondamente! Échales ella los brazos; y con sus manos de seda ha de cubrirles los ojos, sellarles las bocas; y si los labios de la niña pronuncian un nombre —¡los dos nombres!— se hace un limpio claro de vida cuya eficacia amengua el cansancio de un hombre renovando sus horas, y una mujer torna a los vaivenes de la propia cuna lejana...

Pero aquel espíritu entonces, y este corazón, únense a meditar la honda meditación que es el extremo de sus inquietudes. Y si la altura de complacencias, lleva a sonreír, al par

¹ N. de las E.: fragmento tomado de la revista Voces, 3(19-20), pp. 38-39. En la búsqueda y gestión de autorizaciones no se encontraron familiares o causahabientes de Francisco Villa López. Por la importancia de este escritor en la literatura antioqueña y sus ecos en la literatura colombiana, con la asesoría de la Oficina Jurídica de la Universidad de Antioquia, teniendo en cuenta los fines investigativos y educativos de la presente compilación, se hace esta nota de buena voluntad para la transcripción de la obra seleccionada.

nace con poderoso atrevimiento el fruto de una pena... Atento cada oído al golpe de los tres corazones, abre más los pensamientos al espacio incognoscible... Ahí brotan alas y alientos en tumulto para alzar el vuelo que agita la teoría vaga de mil cosas futuras.

Dice el padre:

—¡Nena... toma un beso! Hoy es fiesta contigo. ¿Mañana? ¡En este paso de los mundos voy de prisa y no me alcanzas! ¿Por qué viniste? ¡Qué encargo te obligó a mi lado, en mi ser, dentro de mi vida! ¡Amor trajiste y belleza a crearme un supremo tesoro! Mírame. Soy el egoísta de sus dones; el insaciable ambicioso de tus presentes... ¡Dónde guardarlos a la Buena Ventura donde Dios único los celase conmigo! ¡Cómo hundirlos aquí dentro donde a la espía muerte no le estuviesen revelados!

[...]

Dice la madre:

—¡Ah! Pero a esa espía yo le dijera: ¡Buena mujer... perdón... pero vete! Déjanos en paz que los tres somos niños, claveles que apenas va a dar a luz el tiesto del jardín... Buena señora, por Dios enviada, id a decir a Dios que rehusamos vuestro pastoreo madrugador... Volad, Dueña, si así lo habéis menester, a la tarde, cuando años en numerosa fila hayan pasado... No volváis secos pasos, Señora hacia nosotros... ¿No veis que ya estamos llorando mientras ríe Ofelia?

Ofelia es una niña que el otro día no más llegó al primer año de vivir. Ella está en brazos del padre y de la madre, como un pájaro; como un perfume en la urna espiritual...

V. de Lussich es un prosista rebelde, delicado y sugestivo. En el arte de hacer cuentos, que es el escollo de tantas plumas, de Lussich obtendrá seguros triunfos.

Fuente: Villa López, F. (1918). Ofelia. *Voces*, 3(19-20), pp. 38-39.

FRANCISCO VILLA LÓPEZ [V. DE LUSSICH; KIKO VILLA]

Editor de la antología *Poemas de Antioquia. Antioquia y sus poetas* (1962a). Director de la revista *Arte* (septiembre de 1913-agosto de 1914), junto con Salvador Merino, José J. Hoyos y Daniel Mesa, fotógrafo, donde participaron también Humberto Chaves y Luis E. Vieco como ilustradores. Director de *Lectura Breve* (1923), en la misma época de *Sábado* (1912), que publicó teatro, poesía, cuentos y novelas de diversos escritores nacionales. Aparecen obras suyas en *El Bateo*, *Voces*, *Panida*, *Progreso* y *El Espectador*. Varias notas críticas de autores se encuentran en trabajos antológicos de su autoría y en revistas literarias de la época. También es autor de los libros: *El libro de Gabriel Jaime* (1921), Imprenta Editorial; *Álbum de Medellín* (1932), Editorial Bedout; *Este era un rey: cuentos* (1975), Editorial Lealon; *Juicios y comentarios sobre Tomas Carrasquilla* (1958), Editorial Bedout.

Augusto Duque Bernal

(Santo Domingo, 1896-Medellín, 1935)

La balanza de la resignación

Último y bello poema de Augusto Duque Bernal

Nadie que por uno sufra
ni tener por quién sufrir;
a veces llorar, llorar
y otras veces sonreír.

Ambicionar con locura
lo que no se ha de tener;
bello es confiar y confiar
en lo que no puede ser.

Saber dónde la alborada
nos alcanzó a sorprender,
pero ignorar, ignorar
dónde hemos de anochecer.

Ir por todos los caminos
de la dicha o el dolor
para encontrar, encontrar
un desengaño de amor.

Saber la bolsa vacía
y a la vida no temer;
el agua ansiar, ansiar
y no tener qué beber.

El desfile de los años
contemplar sin inquietud:
sin dolor pensar, pensar
que se va la juventud.

No saber odiar a nadie
ni a nadie dar nuestro amor;
y dominar, dominar
la alegría y el dolor.

Huir de aquello que pueda
nuestra voluntad rendir...
Prudente es saber, saber
a qué hora se ha de huir.

No sentir nunca la herida
de la envidia o el rencor,
más siempre tener, tener
de los actos el valor.

Y esperar... Que cualquier día
el viaje hemos de emprender,
el viaje feliz, feliz
del que no hemos de volver.

Fuente: Duque Bernal, A. (septiembre 28 de 1935). La balanza de la resignación. En *El Bateo*, p. 5.

Motivos rurales

(Instantes nocturnos)

Como un harapo de opulencia antigua
entre la urdimbre del ramaje asoma
tímidamente su presencia ambigua
la olvidada casita de la loma.

Hay silencio y hay luna... en el sendero
no se advierte siquiera un caminante...
Apenas el monólogo distante
se escucha de algún pájaro señero...

Sueña el paisaje un sueño solitario;
se insinúa un brillante comentario
de plata en el confín de la pradera...
Más allá del reposo del plantío

avanza perezosamente el río
su tardía y monótona carrera...

Fuente: Duque Bernal, A. (marzo 11 de 1922). *Sábado. Revista Semanal*, 2(37), p. 437.

El maestro de escuela

I

El maestro de escuela es un pobre sujeto
que disfruta en el pueblo de alguna estimación,
sin que por ello deje de ser siempre el objeto
de toda apasionada y cruel murmuración...

Usa levita verde reñida con la moda
y ancianos pantalones en la peor situación...
A conservar el puesto su existencia acomoda,
cuéstele, si es preciso, cualquier humillación.

A todos guarda miedo. Si el alcalde o el cura
le llaman de improviso, el pobre se figura
de todos los motivos el motivo peor...

Pero lo más amargo de su amarga existencia
es sin duda ninguna la temible presencia
en el salón de clases, del señor inspector...

II

Jamás ojea un libro... En sus conversaciones
se adivina un escaso mendigo intelectual;
aún para pequeñas y tribales acciones
procura el visto bueno del amo mayoral...

Ayuda diariamente la misa el señor cura
y lo tiene al corriente de cuanto hay en la grey:
ninguna iniciativa sin su venia aventura
pasivo y temeroso con sumisión de buey...
Gracias a todas estas contemporizaciones,
a su sometimiento y a sus humillaciones
ha conservado el puesto y lo ha de conservar;

porque él todo lo ignora: los progresos del día,
las modernas corrientes de la pedagogía
y la inquietud eterna del evolucionar...

Fuente: Duque Bernal, A. (febrero 25 de 1922). *Sábado. Revista Semanal*, 2(35), p. 415.

In Memoriam

Era buena la anciana... en sus ojos había,
como en los del rabino, una piadosa lumbre...
Su mirada de pena y cansancio tenía
siempre una resignada y triste pesadumbre...

Era buena la anciana... se pasaba las horas
en su sillón anciano de mimbre octogenario
repasando las cuentas de su viejo rosario
que retenían sus manos blancas y tembladoras...

Hoy para siempre muerta su recuerdo adorado
insinúa en las horas del hogar desolado
un constante renuevo de pena irresignada...

Y nadie se acostumbra a la vida sin ella;
en todo se adivina de su marcha la huella,
y todos al nombrarla bajamos la mirada...

Fuente: Duque Bernal, A. (junio 24 de 1922). *Sábado. Revista Semanal*, 2(51), p. 623.

AUGUSTO DUQUE BERNAL

Publicó en las revistas *Sábado*, *Cyrano*, *Claridad*, *Derecho Colombiano* y dirigió *El Bateo*. Es autor del libro *Mundo interior* (1929), Tipografía Industrial.

Magda Moreno

(Santo Domingo, 1901-Medellín, 1964)

SÍNTESIS BIOGRÁFICA Y ANECDÓTICA DE DON FCO. DE PAULA RENDÓN

Don Francisco de Paula Rendón nació en Santo Domingo (Antioquia) el 11 de mayo de 1855. Fue el segundo de los 11 hijos habidos en el hogar de don Jesús María Rendón y doña Ana Tilde Trujillo —comúnmente conocida con el nombre de Matilde—, quienes provenían de viejas familias españolas procedentes de los reinos de Aragón y de Castilla, de Sevilla y de Jerez de la Frontera.

Pacho —como le llamaban familiarmente amigos y parientes— vino al mundo en una vieja casona de dos pisos, situada en la “gotera” misma de la Iglesia parroquial —ambiente tétrico y conventual— donde revoloteaban los murciélagos y se oían en la noche los graznidos de las lechuzas, desapacibles. Quizá esto contribuyó a exaltar sus temores infantiles, que contagió después a Carrasquilla, quien nos da prueba contundente de ellos en “Entrañas de niño” y resultó más aprendido que el maestro.

Hijos de dos familias que vivían en continuo trato, contemporáneos y vecinos, Francisco de Paula Rendón y Tomás Carrasquilla —los dos futuros ases de la novela vernácula colombiana— cimentaron desde niños una amistad firme y tuvieron no pocas afinidades en gustos y tendencias. De pequeños transitaban juntos por atajos y sementeras; frecuentaron todas las tertulias cocineras del lugar y concurren a cuantos bautizos, primeras comuniones, bodas, bailes y velorios que en él se verificaron. En la misma fecha fueron matriculados en la Universidad de Antioquia, y tuvieron un mismo acudiente: el doctor Enrique Ramírez, padre de Noel y Augusto Ramírez Moreno, este último perteneciente al grupo de los “leopardos”. Por la misma época regresaron al pueblo al declararse la guerra del 76.

Rendón y Carrasquilla fueron los principales impulsores de la cultura en la región. Sus primeras crónicas —esas deliciosas narraciones cargadas de nombres propios, colorido y realismo, que marcaron tal vez su estilo personalísimo— tuvieron origen en los convites que se celebraron en la paz casi religiosa de las tardes aldeanas, con el fin de banquiar un barranco para construir el hospital. Correspondía cada tarde a uno de los asistentes leer en voz alta la reseña que había hecho de la reunión anterior. Así fue como ambos escritores hicieron los primeros bosquejos de sus coterráneos, que les salían moral y físicamente pintiparados.

Por documento quirografario de octubre de 1893 —que firmaron los señores Francisco de Paula Rendón, Tomás Carrasquilla, Ricardo Olano, Justiniano Macía, Leandro Giraldo, Pbro. Ángel María Gómez, Claudino Arango, José Dolores Monsalve, Enrique Ramírez, Antonio Mauro Giraldo, Carlos Cadavid, José Dolores Bernal, Carlos Arango, Lázaro Jaramillo, José Vicente Restrepo y otros— se pusieron las bases para la biblioteca de El tercer piso, que llegó a ser famosa por el número y la calidad de sus obras.

A fines del siglo, Rendón y Carrasquilla fueron invitados a engrosar aquella tertulia literaria de Medellín, de la cual formaron parte los expresidentes de Colombia Pedro Nel Ospina y Carlos E. Restrepo. Esta institución exigía de sus socios trabajos para la publicidad. Así editó Rendón su primer trabajo literario *Una carta*, que firmó con el pseudónimo de F. del Paular, y Carrasquilla su primer cuento “Simón el mago”.

En 1900 se separaron Rendón y Carrasquilla, pero la correspondencia siguió cordial y confidente, alimentando ese cariño fraternal. Fue entonces cuando Pacho se constituyó en el jefe cívico e intelectual del pueblo. A su derredor giraba la pequeña sociedad con sus cuitas y sus alegrías.

Dotado por Dios con el don de consejo, magnánimo y profundo conocedor de la naturaleza humana, amigo de blancos y negros, era el árbitro a quien se sometían todos: Pacho solucionaba los conflictos; dirigía los festejos de todo orden, intervenía en la decoración de las casas; el arreglo de Monumento, el Calvario y los pasos de Semana Santa. Escogía y ayudaba a interpretar los emblemas de los altares de Corpus y organizaba las veladas. “Haz lo que indique Pacho” escribían los padres ausentes a sus hijas próximas a contraer matrimonios seguros de que, al llegar al pueblo, su vanidad quedaría satisfecha con el orden y disposición de la fiesta, la *toilette* de la novia, el arreglo de la casa y la escogencia de los invitados. El mismo Carrasquilla le escribió desde Bogotá —adonde había ido con el fin de editar *Frutos de mi tierra* en 1895—, respecto a cierta atención que pensaba hacer a su librero, Roa: “...esto no quita que le esté muy agradecido a este señor, por todo lo fino y oportuno que ha estado conmigo, y por el interés que toma en que mi obrilla salga bien y sea bien acogida. ¡Por este lado bien agarrado y obligado me tiene! ¿Qué manifestación le hago a mi partida? Aconséjame tú, que tan oportuno sueles ser”.

Fue Diputado a la Asamblea de Antioquia y Representante al Congreso de la República.

Su anecdotario es uno de los más ricos; en materia de agudeza sus ocurrencias son famosas: cuando vino a Medellín a fin de tomar cuenta del producido de *Inocencia* —obra que comentó elogiosamente Unamuno—, su librero, el notable hombre

público doctor Carlos E. Restrepo, sudó, como decimos, “la gota gorda”, para decirle que solo \$20.00 se habían realizado por concepto de venta. Rendón, que comprendió los apuros de Carlosé, le dio este genial viraje al objeto de su visita:

—¿Cuánto vale esta silla, Carlosé?

—Veinte pesos... —contestó emocionado el expresidente.

—Ah, entonces, quiere decir que la cambiamos por esta “Inocencia” mía...

La señorita Adelfa Arango Jaramillo, que recibió esta confidencia de los labios mismos de Rendón, puede dar fe de la veracidad de esta anécdota.

Histórico es el caso narrado en “Las hijas de gracia” —obra en la cual me permití hacer de Francisco de P. Rendón una de las más notorias figuras— que a la letra dice:

[...] Días antes corrió una aventura que le mantuvo en ayunas durante largas horas: sin más preparativos que un pocillo de café, tomado antes de amanecer —pues no era cosa de aparecerse ahíto en aquella tierra de promisión— dio al fin con el labrantío de ño Manuel, uno de sus clientes, que le pintara “pajaritos de oro” en el trapiche y en la cementera, en el establo y en el corral.

La acogida que se le dispensa es fiel anuncio del trato que recibirá. Reticencia y apatía por todas partes... Él se insinúa de mil modos, pero antes arranca monosílabos a los dueños de la casa. Lo único que le dicen concreto, mirando a las nubes, es que ya van a llover hasta piedras. Por la ventana alcanza a ver —como en suplicio de Tántalo— expuestos en el poyo de la cocina, los vasos desbordantes de cremosa leche; los quesitos acabados de cuajar; las cuyabras altas de panes de chόcolo. Agota el léxico en alabanza a la espesura de las postreras, a la suavidad que aparentan los quesitos, al brillo de las panochas, pero, ni agua se le ofrece. Mediado el día y viendo perdida la cosa, opta por marcharse. Los propietarios van a encaminarlo hasta la puerta de golpe, en donde se deshacen en cumplidos:

—Ya sabe don Erasmo, que tiene que volver. Aquí lo queremos mucho. Usted sabe que esta casa es suya. Vuelva, vuelva don Erasmo.

—Cómo no, Manuelito. Ustedes reciben muy mal, pero despiden muy bien.

Rico y sibarita, Rendón transformó el anchuroso salón que le servía de dormitorio y recibo en sobria sala de arte: por las paredes campeaban los artísticos óleos franceses —que le trajera en uno de sus viajes a Europa don Ricardo Olano—; sobre las consolas ricas porcelanas; del techo colgaba una lámpara antigua —bacarat y cobre—, y en la mesa se distribuían al rededor del aplique de Sevres pisapapeles exóticos, tinteros de

cristal cortado y plumas con cabos toledanos. También el comedor y la sala sufrieron la metamorfosis de la moda, no en la construcción —que continuó anticuada— sino en los elementos de que fueron dotados. Así sus recepciones estaban a la altura de las que ofrecían por aquel entonces sus amigos en Medellín y Bogotá.

Rendón fue notario del pueblo desde 1887. Su despacho, ubicado en uno de los cuartos bajos del exterior de la casa familiar, sirvió para instalar a la vez una venta de “Sal de Yarumito” que almacenaba en capachos debajo de los anaqueles destinados a los infolios. Ambas actividades las desempeñó hasta su muerte. La notaría era el lugar adonde confluían más asiduamente amigos y forasteros. Gran parte de su obra fue escrita allí durante las horas libres; aunque muchas de estas estuvieron dedicadas a platicar en las casas de su intimidad. Quizá sin esta afición —a la cual fue tan fiel como Carrasquilla— su producción hubiera sido mucho más vasta. Pero el conversar constituía en él un hábito inveterado. Su parla, agradablemente salpicada de maliciosa sutileza, alcanzaba tal gracia y sugestión, a pesar de su tono pastoso, que los risueños interlocutores perdían a su lado la noción de las horas. Había aprendido el arte, frecuentando en unión de Carrasquilla primero las famosas cocinas de doña Rudesinda Moreno y sus parientas Rendones, y luego las animadas tertulias familiares y amistosas. A ellas se refiere el inmortal autor de *Padre Casafús* en carta que le dirige desde Bogotá en 1895: “...A ratos me acomete la nostalgia aquella que me acometió en Antioquia. (Santa Fe), y pienso lo delicioso que será cuando me vuelva a ver contigo en la cocina de las Rendones, ayéndole las neurosis a Domitila, o en la tertulia de tu madre, riñendo con Josefa...”. De este trato intenso y familiar con amigos y domésticos nacieron indudablemente Jacinta Pasos, ña Joba, Frutos, Cantalicia, mano Pedro, Dimitas Arias y tantos otros caracteres auténticos e inolvidables a quienes —para pasmo y solaz de sus lectores— hicieron “vagar y divagar” por las páginas de sus novelas, todos consecuencia lógica de su profundo conocimiento del modo de vivir, obrar y decir de sus coterráneos.

El éxodo que diezmo la población principios del siglo no desanimó a Rendón para proseguir la obra cultural que iniciara con Carrasquilla. Todos los años, por octubre, emprendía el ensayo de una comedia entre el elemento joven del pueblo para la velada de las fiestas patronales, que allí tienen efecto el 3 de diciembre día de Santa Bárbara. Fue sostenedor de varios Juegos Florales, a los cuales concurría gente de todas las poblaciones vecinas, en especial de la línea del ferrocarril, incluso Puerto Berrío, casi poblada por dominicanos. Inició y capitaneó una tertulia literaria semanal, que se efectuaba en el colegio que dirigía la señorita Laura Naranjo Aguilar, discípula y compañera de la gran institutora antioqueña doña María Ignacia Arango de Llano. Colaboraban con él en esos actos don Leandro Giraldo, don Benicio Ceballos, mi madre y otros entusiastas del pueblo.

Su principal empeño fue mejorar el patrón de vida de sus paisanos: a Enrique Bernal Moreno, cuando era todavía un mocoso, le llamó una vez a la notaría para decirle:

—“Usted, Moreno y pobre, se chifla en Santo Domingo. Váyase para Bogotá, Medellín o cualquiera otra ciudad, pero no se quede aquí”. Enrique siguió su consejo, y hoy es uno de los hombres más ricos de Barranquilla. De un amigo campesino, don Antonio Cano, en quien descubrió excepcionales dotes, hizo un artista de la jardinería y el paisaje. Cada golpe de fortuna en ellos y cada éxito le llenaban de contento. Si hubiese alcanzado a ver los volúmenes históricos y jurídicos de Joaquín Estrada Monsalve y Miguel Moreno Jaramillo: las exportaciones de café de Adolfo Aristizábal; las industrias y las munificencias de estos dominicanos que viven como príncipes; y visto a las hijas de sus hijos coronadas como las más bellas de Antioquia; si hubiese oído cómo un personaje que visitó a Manzanares exclamó espontáneamente: “Soberbia posesión, pero de todo lo más hermoso es su dueña”; si hubiese conocido a Manzanares con sus jardines de maravilla, su palacete inglés y sus establos despampanantes; a Kochimilco con su lago de ensueño y su mansión, requerida para albergar Cardenales; los Sorrentos y las Mallorcas; las Loyolas y las Casablanca; los San Jorges y las Córdoba; las Margaritas y los Palo-Verdes: las Vera-Cruces y las Aldeas, los fortunones en fin de Morenos y Olanos, Piedrahítas y Restrepos, Arangos y Aristizábales, GiralDOS y Duques, seguramente habría mandado preparar la infusión de apio, simbólica panacea que recomienda para curar la ahitera que da la satisfacción.

Rendón comenzó a escribir en 1890. Fue su primera obra “Cronicón de corpus christi”, escrita únicamente para sus amistades, según datos de don Justiniano Macía, ese otro paladín de la cultura patria, que acaba de morir en Bogotá después de haber cumplido una de las más hermosas y meritorias existencias, y cuya biografía me propongo escribir con datos que él mismo me suministró. Relata el citado cronicón la tremolina de un arreglo de altares en la parroquia. Suponemos como segunda producción *Yolombó*, que escribió en colaboración con Carrasquilla, según lo afirmaba el mismo Macía quien participó en el viaje que originó el texto, y que narra una visita del obispo Herrera Restrepo a la citada población antioqueña. Viene luego *Inocencia*, comentada por Unamuno en cálidas frases así: “Al leer a *Inocencia* de Rendón se recuerda sin querer a Pereda y por menos respira uno aires de campo y de una tierra real y efectiva, sintiéndose muy lejos de los artificios boulevarderos y de las tierras de ninguna parte, meramente fantásticas. Aquello sabe a tierra, sabe a lugar, sabe a tiempo y sabe a humanidad”.

Prologó esta novela el expresidente de Colombia, doctor Carlos E. Restrepo. Fue editada en Medellín en 1904. No nos atreveríamos a recomendar esta obra para la juventud, pero sus personajes, su ambiente y sus hechos se imponen en la imaginación

del lector a cuatro dimensiones. Es el vigoroso cromo de un campo antioqueño. En 1907 aparece en la misma revista *Alpha* “Lenguas y corazones”, fiel descripción de un traslado de pueblo a capital de provincia. En 1909 da a la publicidad “Sol”, la más conmovedora, poética y sentida de sus novelas, considerada como una pequeña obra maestra de la literatura universal. Por último, en 1917, anticipa un capítulo de *El redentor*, su más extensa novela, cuyos originales desaparecieron misteriosamente. Don Benicio Ceballos, ilustre escritor dominicano, asegura que vio y oyó leer a Rendón varios capítulos del original poco antes de su muerte. Afirma don Benigno A. Gutiérrez, quien realizó hace poco una excelente compilación de las obras del novelista que nos ocupa, que alguien que está “vivito y coleando” tiene en su poder los papeles de *El Redentor*. ¿Qué pretende? ¿Por qué no hace entrega discreta de ellos a los sobrinos del maestro Moreno Rendón, de residentes en el corregimiento de Belén vecino de Medellín?

Lo demás que escribió Rendón fue crónicas caseras llenas de gracia y colorido, hechas más para divertir a sus amigos que para ver la luz pública. Son entre otras: “La polla”, “Las regañaron”; “Tute de reyes”, “Medio pollito” y “Las uñas”, esta última en poder del doctor Jaime Bernal Moreno, quien protagonizó el hecho a los diez días de nacido.

Rendón fue un delicado poeta y un pintor agilísimo que supo matizar con grises y ocres geniales las tardes novembrinas, a la par que regó oros, verdes y azules milagrosos por montes y collados en convites y rocerías. Fue un purista y un clásico de la lengua. Su mensaje está dotado de absoluta fidelidad al medio.

Francisco de Paula Rendón era cardíaco, y un mal día, el 17 de noviembre de 1917, cayó como fulminado en la propia acera de su casa, cuando se encaminaba a dar la aprobación al traje de Santa Bárbara, cuyo martirologio iba a ser escenificado ese 3 de diciembre, víspera de la fiesta patronal.

Francisco de P. Rendón fue un cristiano integérrimo, un amigo excelente y un ciudadano ejemplar. Su fidelidad hizo que nunca hubiese pensado en abandonar a sus amigos provincianos, ni el paisaje rural, ni el ambiente tranquilo de la parroquia. En sus escritos están patentes los dichos y las obras de sus paisanos, las tortuosas calles, la torre de la Iglesia y la raquíca vegetación de su región.

Descanse en Dios.

Medellín, abril 29 de 1955

Fuente: Moreno, M. (1955). Síntesis biográfica y anecdótica de don Fco. de Paula Rendón. *La Ciudad*, (84), pp. 22-26.

MAGDA MORENO

Se desempeñó como periodista. Entre sus publicaciones se destacan: “Tiranía de la moda” (1949), en *Letras y Encajes*; “Claroscuro” (1951), en *Letras y Encajes*; “Después del centenario” (1955), en *La ciudad*; “Anecdotario del maestro Carrasquilla en la intimidad” (1998-1999), en *Lingüística y Literatura*. También es autora de las novelas: *El embrujo del micrófono* (1948), Editorial Bedout; *Hijas de gracia: novela de costumbres* (1951), Editorial Bedout; *Dos novelistas y un pueblo*, (1960), Editorial Bedout. Aparece en la *Antología de escritoras antioqueñas (1919-1950)*.

Alejandro Duque Villegas

(Medellín, 1909-Amalfi, 1942)¹

EL ELOGIO DE LA RUANA²

I

Si el magistral estudio sobre la mula deja a todos plenamente satisfechos por la nitidez del estilo y la justicia que entraña, igual cosa le debe acontecer a la benemérita ruana, encarnación de una personalidad de facetas múltiples, venerada y acatada por lo que ella vale y representa para la humanidad.

¡La ruana!, bandera sin color determinado que simboliza bajas y grandes pasiones, y que va conquistando nuevos adeptos hasta el extremo de que su tema invada el mundo, tal la marcha vertiginosa que lleva superando a Hitler.

Antioqueña de origen, la ruana es el mismo bayetón de nuestros antepasados de épocas prehistóricas, un tanto reformada, para que su uso se generalizara y le sirviera a todos aquellos que tienen la suerte de poseer una compañera de esta índole, es decir, de una conciencia servicial y pasiva.

En el cuello de cualquiera de nosotros, se adapta a la forma caprichosa que a bien tengamos imprimirle, y se yergue altanera cuando ve amenazada la existencia de su dueño: con rápido ademán, ella, la ruana, favorece los movimiento defensivos que su dueño prepara febrilmente, y una vez desatada la tormenta, recibe incluso heridas, que en parte favorece a su amigo, sin perjuicio de la posible intervención de otras ruanas, si la batalla se prolonga indefinidamente, pues esta es una de las

¹ N. de las E.: es creador, editor y compilador del libro *Amalfi 1940. Libro del centenario*, producido por José Albeiro Berrío (ed.) en 2021. Con esta edición, el municipio resarce el sueño frustrado de Duque Villegas, quien durante varios años trabajó en la realización de este volumen, que no logró ver publicado en vida. Según Albeiro Berrío: "El nombre que Duque Villegas tenía destinado para darle a este libro era 'Aluviones espirituales o libro del centenario'. Su carácter no era solo literario, sino que abordaba algunos asuntos históricos acerca de los inicios de este municipio como mitos, leyendas, artículos y escritos de diversos temas de la época" (p. 8). La edición testimonia el cuidado para que el legado cultural preservado no se pierda en el olvido. Las notas y las explicaciones del editor, el trabajo con los manuscritos y los documentos anexos permiten reconocer los esfuerzos infructuosos de Duque Villegas para publicar su obra conmemorativa, testimonio de la actividad literaria de su municipio. Esta memoria *espiritual*, que registra una época de creación, corre prácticamente paralela a la vida del compilador.

² N. de las E.: en la edición de la fuente aparece: "Publicado en el semanario antioqueño *El Bateo*, agosto 7 de 1940".

virtudes de esta prenda de vestir que se hace obligatoria por las múltiples virtudes que la adornan y que trataremos de analizar someramente.

II

Una vez terminados los preparativos de marcha, aparece en el umbral de la cabaña, un campesino fornido y musculoso, que hace visible su ancho sombrero y su atávica ruana.

Aparentemente lleva —pues el tejido insuperable de aquella impide ver— una preciosa carga, que bien puede ser, una talega de oro que desapercibida pasa para todas las miradas, aún aquellas más perspicaces. Le sigue su mujer y va camino del pueblo lejano.

Un vientecillo frío empieza a correr y a acariciar el rostro de los silenciosos viajeros, que, con solo mirar el horizonte, saben ya de antemano, casi con exactitud, el tiempo que demora la lluvia. La mujer se muestra un tanto inquieta, pero al ver la confianza del esposo, que, como un conquistador prosigue su marcha, dialogando con sus pensamientos, tranquila se muestra, a pesar de que una mancha blanquecina va extendiendo su manto y amenaza cubrir a los viajeros: cabalgando en una nube negra, la energía del cosmos, de sur a norte, en forma de tempestad ruge siniestra.

En su bella inconsciencia, el llanto de un niño se deja oír. El campesino detiene la marcha y la mujer se acerca.

Cautelosamente levanta la ruana y aparece el rostro del primogénito casi congestionado de rabia. La madre entonces acerca el alimento a la boca del niño, y súbitamente deja de llorar. Viene luego el sueño de la inocencia que la madre despide con una mirada profunda, y la marcha prosigue como si nada hubiera pasado ese día. En el acto del bautismo la ruana está presente, y el retorno al hogar se lleva a cabo de forma variable. Ese día un nuevo adepto conquistó la ruana para siempre en forma generosa y noble.

III

En la ciudad se comenta con entusiasmo creciente la llegada del estadista. El pueblo alborozado se precipita por calles y plazas, vivando al gobernante que ha sabido defender sus derechos. Pero el personaje tan esperado no se ve en parte alguna, y en todas partes está presente. El verdadero exponente democrático de un país, es aquel que estudia su pueblo, descendiendo hasta él para conocer sus miserias, luchas, grandezas y aspiraciones de la masa olvidada e irredenta.

El eximio gobernante ahí está presente rodeado del pueblo que lo aclama y desea verle, para solicitarle que desate en la tribuna su elocuencia, y testimoniarle su gratitud por los servicios prestados a la democracia.

A cada paso interrogan y creen ver aparecer con lúcido frac, como otras veces, al repúblico, acompañado de personalidades más o menos meritorias, según el grado de servilismo de cada época, y quienes rara vez deslumbran por su talento.

En tanto, el repúblico contempla esa fila interminable de adulones, que se mueven como hormigas en la barrera opuesta, y que se unen al entusiasmo del pueblo. ¡A este lo guía el instinto y la sinceridad; a aquellos egoístas cálculos guiados por la hipocresía!

¡Gracias a la ruana, el presidente es un ser extraordinario que conoció la verdad!

IV

La ruana y siempre la ruana: la vemos al servicio de apuesto mozo que sale a conquistar el cariño de su amante, acompañado de la guitarra que despierta encontrados sentimientos, tristes o alegres, bajo un cielo estrellado, según el estado del alma que el artista experimente.

V

Compañera inseparable de lo que representa una pasión abominable que se debiera abolir definitivamente, la ruana, es elemento esencial al tahúr, al bohemio y... Ella conoce muy a fondo el corazón de ciertos hombres; ella sabe de la codicia y de miradas siniestras. En su centro la pasión se moviliza con presteza, proporcionado el dolor de la cuantiosa pérdida o la alegría que produce la misma, pasando de unas manos a otras y despertando toda clase de instintos brutales que eliminan la sensibilidad en el hombre.

VI

¿Allá en la selva despiadada, en noches tenebrosas, trágicas, teniendo por manto el espacio, portándose como una verdadera y fiel amante, no me sirvió de abrigo, escudando mi cuerpo de inmundos y venenosos reptiles?

VII

Y pensar en tantas otras cosas que no se dicen y que atestiguan el prestigio bien cimentado de la ruana, venero de emociones, centro de bajas pasiones y grandes virtudes, que ama y defiende la niñez oculta momentáneamente al genio para esclarecerla verdad, y se muestra como el más puro exponente de una raza conquistadora y grande hasta en sus propios vicios.

¡Por todo lo expuesto, la ruana es un símbolo!

Fuente: Berrío, J. A. (ed.). (2021). *Amalfi 1940. Libro del centenario 1. Literatura*. Coop-Impresos, pp. 254-256.

ALEJANDRO DUQUE VILLEGAS

Hijo adoptivo de Amalfi. Dice José Albeiro Berrío (2021) que a los 10 años llegó a Amalfi y se quedó allí para siempre. Se desempeñó como director del periódico amalfitano *El zurriago*, junto con Julio Fernández Botero. Su producción literaria varía entre poesía, columnas periodísticas, textos informativos e históricos y crónicas. Fue colaborador de *El Heraldo* y *El Colombiano*.

Emilio Rico

(Amalfi, 1905?-Ibagué, 1990)

Romance de los guerrilleros [Fragmentos]¹

Por los llanos de Orocué
viene Eliseo Velásquez
con tres mil descamisados,
libres lo mismo que el aire.
Fusiles que otros portaban
con su único equipaje;
los raparon de otra noche
entre el incendio y la sangre,
al asaltar Puerto López,
y en él, a los policiales.
La noche, que lo sabía,
les prestó celestinaje.
Como gusanos caían
entre el fango los cadáveres;
el fagonazo escribía
una epopeya salvaje
y era la bala un camino
de muerte hacia los cobardes.
Dios guiñaba sus estrellas
al ver que el hombre aún es grande;
(que la grandeza principia
en no someterse a nadie);
¡¡¡Al regresar, los llaneros
cantaban himnos raizales!!!

¹ N. de las E.: fragmentos tomados de la antología de Ramiro Lagos (1976, pp.134-137), *Poesía liberada y deliberada*. En la búsqueda y gestión de autorizaciones no se encontraron familiares o causahabientes de Emilio Rico. Por la importancia de este escritor en la literatura colombiana, en cuanto a la representación de la violencia partidista en su poesía, con la asesoría de la Oficina de Jurídica de la Universidad de Antioquia, teniendo en cuenta los fines investigativos y educativos de la presente compilación, se hace esta nota de buena voluntad para la transcripción de la obra seleccionada.

Por los llanos de Arauquita
viene Eliseo Velásquez;
el ojo en la lejanía
igual que un alción en viaje;
el oído tras el eco
como si buscase a alguien.
Sobre la voz, el mandato,
sobre el mandato, la sangre,
que cuando busca el héroe manda,
nadie más habrá de replicarle.
Lo marcial está en el paso,
en lo sencillo, lo grande;
su fuerza en el ideal,
su futuro en los combates
y su ilusión: ver en triunfo
las banderas liberales;
las banderas desgarradas
por manos de miserables,
banderas que de tan altas
serán siempre inmacillables,
que al lodo pueden caer
sin que el estiércol las manche,
como en la noche del vicio
fulge, impoluto, el diamante.

Por los llanos de Moreno
viene Eliseo Velásquez.
Su altivez, sobre el caballo,
sobre el caballo, la tarde,
sobre la tarde, la noche,
sobre la noche, el ataque.
Son tres mil descamisados
que marchan tras de Velásquez;
van en guerrillas dispersas
pero van hacia el combate,
con la misma precisión
que da la herida a la sangre.
No saben cómo se llaman,
nadie pregunta por nadie;
¡si triunfa su anonimato
es porque en ellos hay alguien!

Uno dejó la vereda
donde moró con su madre,
porque hombres de mala entraña
fueron a su honor robarle;
otro, porque hubo a sus hijos
ovillados en la calle:
lo miraban tras la pena,
mas no podían mirarle,
que iban sus ojos prendidos
a espadas y yataganes.
¡Niegos ciegos! Os dolía,
más que los ojos, ¡el hambre!!
Otro encontró que su esposa
ya no podría acariciarle,
porque sus manos estaban
—cercén de venganza— aparte.
Uno habló de un mutilado
—el mutilado es su padre—:
setenta años en la frente
y en su actitud el coraje
y el orgullo de ser libre
—luz y fe— bajo la carne...
¡¡Y en el corazón, la espina
de que se irá sin vengarse!!
Abuelo: vete tranquilo,
¡¡que aún quedan liberales!!
Aquel que blasfema tiene
una presencia de infante
a quien por fuerza el juguete
hubieron de arrebatarse.
Tenía una novia en el pueblo,
el domingo iba a casarse
y al grito de ¡viva Cristo!
la violaron los gendarmes.
¡Señor! No era pecadora,
No tendrás que perdonarle;
era apenas una virgen
¡¡con su destino de madre!!

[...]

¡Codo a codo con los indios,
soldados y capitanes!
Todos van semidesnudos,
que aquí todos son iguales:
Patria aborigen que lucha
Patria nueva que se bate,
Patria distinta de aquella
que, en manos de criminales,
es una sombra de Patria
¡¡en una fiesta de cafres!!!

[...]

Por llanos de San Martín
viene Eliseo Velásquez;
sus tres mil descamisados,
libres lo mismo que el aire,
saben que son en Colombia
millones de liberales.
¡¡Con vosotros, guerrilleros,
firmes, capitán Velásquez!!²

Fuente: Lagos, R. (ed.) (1976). *Poesía liberada y deliberada de Colombia*. Ediciones Tercer Mundo, pp. 134-137.

EMILIO RICO

Vivió y creó gran parte de su obra en Tolima. Se desempeñó como profesor de literatura, secretario general de la gobernación y director de Extensión Cultural Departamental. Fue colaborador del *Boletín Cultural y Bibliográfico* del Banco de la República, de los suplementos literarios de *El Tiempo* y *El Espectador*. Autor de los libros: *Madrugada en la sangre* (1943), Imprenta Departamental; *Meridiano de fuego y otros poemas* (1961); *Antología de Emilio Rico* (1989), Carlos Pardo (ed.); además se incluye en *Panorama de la poesía amalfitana* (1988). Según Rogelio Echavarría (1998), en *Quién es quién en la poesía colombiana* (1998), Emilio Rico fue “declarado ciudadano tolimense por el Concejo Municipal de Ibagué por haber vivido mucho tiempo en esa capital y porque allí produjo toda su obra poética [...]”. Estuvo refugiado en Bogotá por la violencia. También cumplió una etapa en el servicio exterior, en España, donde ganó un concurso con su poema *Chula madrileña* (1976, pp. 424-425). Aparece en la *Antología de poesía antioqueña* (1962) de Óscar Hernández Monsalve (prólogo y selección), Editora Popular Panamericana. Algunos de sus poemas son: “Canción del hombre que regresa”; “Romance de los fusileros”; “Éxodo”; “Ahora y en la espera”; “Canto por los héroes de mayo”; “En el baño”; “Soneto del

² N. de las E.: según el poeta y antologista Ramiro Lagos (1976, p. 134): “Antes de que el poeta colombiano Emilio Rico publicara su poema guerrillero sobre Eliseo Velásquez, la gran poetisa venezolana Ana Mercedes Pérez ya había difundido al viento libre de América su ‘Romance a Cheito Velásquez’, en el cual se exaltan con resonancias épicas los perfiles del héroe guerrillero de los Llanos colombianos”.

fracaso vital”; “En la torre del homenaje”; “Elegía del abuelo”; “Poema del hijo frustrado”; “No réquiem para Pablo”; “Poema de los interrogantes”; “Canción de la nueva esperanza”; “Página de créditos”.



Reportaje con el poeta Emilio Rico en la serie *Señal memoria: Colombia literaria*, grabación realizada el 11 de enero de 1959. Fonoteca Nacional de la Biblioteca Nacional de Colombia. Escuche en: <https://bit.ly/3SUqCod>

Efraím Antonio Galeano

(Amalfi, 1921-2006)¹

Colibrí

Crucifijo estelar, zafir del viento.
Diminuta guitarra de las flores.
Vibrante arpegio, adoración de albores.
Átomo verdemar del firmamento.

Estético jirón en movimiento.
Ensoñación de incógnitos sabores
que al embriagarse en néctares y olores
la natura se nutre de tu aliento.

Edénico y meloso peregrino.
Rubisol cadencioso del camino.
Diamantino rumor sobre la flora.

Luz esmeralda que sueña el oleaje.
Temblor de rosa que pensó el paisaje
en la alborada que engendró la aurora.

¹ N. de las E.: su nombre circula en los medios de prensa como "Efraín", pero en instituciones culturales de la región lo reconocen como Efraím. Rodrigo Ibarbo menciona que: "Además de sus bellos poemas, incursionó en la narrativa, por ello se hizo merecedor al Primer puesto con su narración *Sequía*, en el Concurso Regional de Cuento, promovido por la Asociación de Exalumnos (Asoexema). En 1997, la Alcaldía Municipal de Amalfi publicó su libro *Al final de la espera*". En el *Plan Municipal de Cultura de Amalfi 2010-2019* encontramos: "Efraím es cofundador del centro Nocturno José Antonio Galán de este municipio, de los extintos Centro literario Los Búhos (1969) y del Centro Cultural del Nordeste Los Búhos, continuación del anterior. También es cofundador de la Sociedad Amigos del Pobre, hoy sociedad San Vicente de Paúl (1969). Efraím es autor junto con Alberto Ibarbo de la leyenda La Entumida y de la letra de la canción indígena *Mutambé*, musicalizada por Alberto Trujillo Vélez, canción alusiva al cacique Tahamí del mismo nombre" (Consejo Municipal de Cultura de Amalfi, 2010, p. 116).

Éxtasis

Es tanta mi soledad
que mi alma llueve silencios,
soy vacío que viaja
en nubes sin regreso,
trino que agoniza de espera,
futuro sin alas y sin vientre.

Estoy de soledad
como la noche del adiós definitivo,
soy frío del olvido
que el tiempo transformó.

Voy cargado de tinieblas
como si el sol agonizara en mí...
estoy tan solo
que emerjo soledades.

Canto a Galán

Para decir Charalá digo Sotto il Monte,
Caracas, Concepción o Cumaná;
digo Juan XXIII para gritar Galán
y aprisiona mi eco Antonia Santos y Beltrán.

Un sabor a Gólgota me abrasa las palabras
cuando pronuncio los nombres
de Antonio Galán, Lorenzo Alcatruz,
Isidro Molina y Manuela Beltrán.

Remonto la inspiración a los Olivos
y al puente del Carmen en noche septembrina.
Es grito mi inspiración en Caguanete
y trepida mi lira en las selvas de Bolivia.

Mártires comuneros:
como el sol a la tierra
la luz de vuestros ideales
es savia de oprimidos.

Como eco de trueno
que no ha interrumpido
el transcurso de los siglos,
crece vuestra voz en los confines de la patria.

Vuestro grito justiciero
es antorcha de esperanza
que tremola por doquier
y ruge hasta la majestad del cielo...

¡Oh, patriótico Galán!
¡Oh, prócer de la gloria!
¡Oh, insigne capitán!

Nervio sublime de una raza
que padeció bajo yugos inefables,
llevando a las espaldas la nostalgia
de un sueño en surco de trigales.

Amaste la libertad de los humildes
como en la inmensidad de las alturas,
no engendró sombras de sangre tu heroísmo
que agiganta en el tiempo tu estatura.
Como lumbrera de independencia
y símbolo de los que sufren,
se ensancha tu inmensidad
al purificar tu gloria.

Doscientos años después,
desde tus cenizas, sopla en aura sutil
el esplendor de tus méritos
por el sendereo de los siglos.

Morir en pedazos
por los que padecen inclemencias
es vivir eternamente...
es gloria altiva que en la tierra
vive y se eleva hasta Dios latentemente.

Cuando digo virrey,
pienso en Pilato

y advierto a Judas reencarnado
en Azuero, Plata y en Berbeo.

... Y la sal en tus despojos fructificó
para los que omitieron tu historia...
para los que quisieron opacar tu luz
menospreciando tu memoria.

Lo insólito de tus heroicas hazañas
las pregonamos los desposeídos
y será el himno inmortal
del ejército de los menos
hasta que llegue un día...
un día...
un día redentor y justiciero.

El día de la segunda independencia
de una Colombia sin fronteras,
donde la paz no sea grito
de cotizados fusiles.

Olvido

Si las campanas anuncian mi partida
cuando mi estrella se haya dirimido,
di que en el mundo de los vivos
no hallé paz y necesito olvido,
porque en la sórdida copa del suplicio
libé la dosis amarga del hastío.

Cuando los arreboles divaguen
sobre el ocaso de mi existir ya trunco,
di si lees lo íntimo que escribo,
que son mis estrofas trozos de alma
que dejo en versos del dolor que expía.

Di que el silencio azul, mi confidente,
atesoró en su sorda mudez mi pensamiento,
que el viento sureste de la niña forma
me condujo a vivir bajo la arena,

que soñar y morir fue mi destino
al no hallar dicha en la mentira humana.

Cántale a la vida

Cántale siempre a la vida
porque la vida es amor,
así te amarren las penas
o te atormente el dolor.

Alégrate de existir
porque eres un tris de sol,
porque eres voz en el viento
y en lo infinito arrebol.

Porque eres luz de futuro
vibrante sobre la tierra,
porque eres un don de Dios
abandona ya la guerra.

Cántale siempre a la vida
porque es ansia de libertad,
porque la vida es derecho...
derecho de humanidad.

Hilario

Quizá un día dirán:
Hilario ha muerto.
Era su alma de misterios llena,
grito sin eco, quejumbre incomprendida.

Con su dolor a costas emigró sediento...
voló errante al cosmos infinito
una tarde de silencios vagos.
Una tarde de ausencias presentidas.

Se fue una tarde de lamentos fatigados.
Una tarde de notas diluidas.

Una tarde de arrugas ensanchadas.

Y una noche de pálidos crepúsculos,
de tinieblas y brumas derramadas,
fue sombra leve que atrapó la nada.

Fuente: colaboración inédita de Rodrigo Ibarbo y familiares del poeta.

Tierra y sol

Suda el obrero nostalgia,
el estudiante ilusión,
de espera muere el labriego
masticando tierra y sol.

Hechos harapos los niños
añoran libros y sal,
beben mentiras por leche
y por drogas el pesar.

Clama el hombre en la oficina
amasando el capital,
que luego se va hacia el Norte
para nunca regresar

¿Dónde está la verdad,
la paz, justicia y amor,
que pregonan los señores
que gobiernan el terrón?

Fuente: colaboración de Rodrigo Ibarbo y familiares del poeta.

Escobar Sanín, R. e Ibarbo Sepúlveda, A. (1988). *Panorama de la poesía amalfitana*. La Pluma de Oro Ediciones, p. 83.

Ocaso

Si fuera tu alma
y tú lo quisieras,
cuando la mañana

reviente de auras,
los dos canturreando
sinfonías eternas,
partiremos cual brisas
en noches de soles...
sin ancla, sin orza, sin puerto
sin luz..
sin tiempo de espera
al garete en el mar.

Y un día lejano...
lejano... lejano...
serás cual la cisne
que libertaron tus sueños;
soñarás entre selvas
de algas marinas;
vivirás
sobre alas de espumas
cantando oleajes
de perlas colores.

Y cuando de arreboles
se preñen tus bucles
y sangre de adioses la playa,
quizá una gaviota
escrutando horizontes
—cual brújula errante—,
señale la tarde
de ocasos sublimes,
de imposibles amores,
de astros opuestos,
de naves sin rumbos...
la tarde de espumas...
la espuma que iza
ausencias y olvidos.

Fuente: colaboración de Rodrigo Ibarbo y familiares del poeta.
Escobar Sanín, R. e Ibarbo Sepúlveda, A. (1988). *Panorama de la poesía amalfitana*. La Pluma de Oro Ediciones, pp. 80-81.

O

A través de ti
cruza la humanidad
como una lágrima.

No te digo mujer,
te grito corazón,
te llamo alma...
no te digo poeta,
te nombro himno,
amor o rebeldía.

En la transparencia sutil,
tras tus vitrales,
quisiera trenzarme
a tus sueños
y soñar...
a que éramos oído,
tiempo de espera,
leche, desnudez
o trigo;
telar, surco, espiga,
color azul
o pan;
galaxia, agua, humo,
tugurio, trapero
o farmacia;
noche, guerra,
cisnes, búhos, o palomas,
o más: libros, justicia y democracia.

O en noches de olvido,
desde el silencio sublime,
contar lo que fuimos:
dos largos caminos
en uno sin fin...
o dos espumas latentes
o dos luciérnagas errantes
o dos notas cansadas
en el cosmos perdidas.

O lontano...
dos luces peregrinas
sin influjo en la mar;
o jugar a que éramos
metamorfosis de pasos,
paréntesis de arcilla,
torre de sueños,
domingo sin sal,
noche descalza,
tarde de harapos
o mañanas amargas,
ocaso sin nombre,
orzas naufragas
o Camilo Torres, Luther King,
el Che o Viet—nam,
dolor y nada.

Fuente: colaboración de Rodrigo Ibarbo y familiares del poeta.

Escobar Sanín, R. e Ibarbo Sepúlveda, A. (1988). *Panorama de la poesía amalfitana*. La Pluma de Oro Ediciones, pp. 81-82.

EFRAÍM ANTONIO GALEANO

Según Rodrigo Ibarbo Sepúlveda, el poeta “es de origen campesino y Hombre cívico de su municipio, como le gustaba que lo recordaran. Nació en Amalfi el 15 de enero de 1921. Fue llamado por su colega y amigo Alberto Ibarbo ‘El labrador poeta’. Llevó una vida de enorme pobreza y constante penuria. Murió en la miseria el 8 de septiembre de 2006 en una pieza que le regalara un forastero de nombre Julio Escobar, cuando se enteró de su valía y de la indiferencia del pueblo amalfitano”. Como personaje cívico creó los símbolos de Amalfi: el escudo, el himno y la bandera. También, ejecutó obras cívicas como: la primera acción comunal de su terruño; fue fundador del Día del Campesino en Amalfi, constructor de viviendas en el sector de Otrabanda, con apoyo de la Acción Comunal y fundador de la Sociedad Amigos del Pobre. Y para acabar la macabra discriminación de cadáveres en Amalfi, refundó un cementerio comunitario junto con su amigo el Pbro. Gildardo Rodríguez, donde ricos y pobres, católicos, no practicantes y suicidas tuvieran su espacio. De esta forma acabó con el lugar donde sepultaban como un animal a todo aquel que no frecuentara las misas, como es el recordado caso de Máximo Chica. No obstante, fue perseguido y aislado por racismo estructural, que lo condenaba ferozmente a la pobreza. Apoyado por administraciones municipales se publicó una obra del poeta y se levantó un monumento que preside los andenes de la parte oeste del parque Carlos Segismundo de Greiff (colaboración de Rodrigo Ibarbo Sepúlveda, Amalfi, 19 de octubre de 2022).

Roberto Escobar Sanín

(Amalfi, 1929-Medellín, 2006)¹

Tríptico colibrí

Orfebre musical. Sutil arpista.
Vibrátil seductor que en los alcores
desnuda la fragancia de las flores
con grácil emoción de un estilista.

Es giróvago azul, acuarelista,
que en rítmico temblor, fulgidas alas
rubrica la belleza de sus galas
como un virtuoso, refinado artista.

Intérprete bohemio del paisaje,
ostenta en la bandera de su traje
una gema de rara fantasía.

Al columpiar su sombra en el espacio
semeja una sortija de topacio
paralizado en la mitad del día.

Poeta del jardín. Columpio de alas.

¹ N. de las E.: en la antología *Panorama de la poesía amalfitana* (1988), publicada con motivo del sesquicentenario de la fundación del municipio, Roberto Escobar Sanín y Alberto Ibarbo Sepúlveda presentan autores de este municipio nacidos desde mitad del siglo XIX, hasta más allá de 1950. Aunque algunos autores contemplados hacia el final del libro no presentan obra, con la edición se logra una muestra amplia de poemas que indica una tradición de escritores y escritoras de poesía en Amalfi, cuyas obras se insertan en tradiciones poéticas del país como la poesía romántica, burlesca y social. En la introducción, Roberto Sanín Escobar comenta: "Un criterio objetivo imparcial nos llevó a consignar nombres, que a nuestro juicio cada cual es parte, en mayor o menor grado, de la expresión poética amalfitana. [...] Confirmamos que en la poesía también se observa el proceso internacional de nuestra cultura, ya que la poética amalfitana es una poética de influencias y que por ende posee su personalidad definida" (p. 1). Para culminar, la antología incluye información de poetas mujeres como Edilma Mesa Toro (1940), Piedad Bonnett (1951), Sara Llano Yepes (1965), Ángela Escobar González (1968), además de otros escritores como Alfonso Saldarriaga y Luis Henao, que cierran la lista del trabajo. El panorama recopilado, con sus estilos y temáticas, muestra una evolución del alcance regional de esta poesía.

Taquígrafo del viento. Musicólogo.
Mirífico galán. Genial astrólogo
que gobierna la brisa por escalas.

Siente grata fruición como hedonista,
al sitial el vergel en pleno vuelo.
Aterriza en la cúpula del cielo,
Ebrio con el lebril de su conquista.

Se le abraza al clavel de la cintura
y después de embriagarse toma altura,
con requiebros de amor al firmamento.

Y, llegado al pináculo del viaje,
es un zafiro que arrojó el paisaje,
en las manos insólitas de viento.

Rútila flor, joyel de terciopelo.
Hélice de la luz que impulsa al día,
Penígero se bebe la ambrosía
y, súbito se fuga por el cielo.

Cronómetro de dios, con niñas alas
escandiéndole el pálpito a la brisa.

Cicerone de sol que huye de prisa
pisando la oriflama de sus alas.
Al detener su rumbo de repente
refleja su esplendor en la corriente
al sortílego embrujo del paisaje.

Brújula sideral que porta ufana
el alma del bencilo y la mañana
como fino paréntesis de viaje.

Fuente: Escobar Sanín, R. e Ibarbo Sepúlveda, A. (1988). *Panorama de la poesía amalfitana*. La Pluma de Oro Ediciones, pp. 63-64.

Lágrimas de aurora

Con rumbo a la ciudad los campesinos
abandonaron predios, sus parcelas;
atrás dejaron muertos y candelas
esperando un ataque en los caminos.

Es una procesión de hermanos parias
que huyen del cabañal por la violencia;
porque gentes malévolas, nefarias,
exterminan la flor de la existencia.

Siente miedo también el ranerío
y cadáveres flotan en el río
que con pesar y conmovido llora.

La tempestad recorre las praderas;
el terror orfaniza cordilleras,
amanece con lágrimas la aurora.

Fuente: Escobar Sanín, R. (s.f.). *Espiral de tiempo: sonetario*. Colección poesía Edgar Escobar Editor, p. 63.

Barro elemental

Soy barro elemental, fugaz escoria
convertible en un légamo de tierra.
Mi ser espiritual a Dios se aferra
cual se aferra un recuerdo a la memoria.

Soy llama evasional y transitoria
que alumbra poco tiempo y se destierra;
porque pierde la lid, terrible guerra,
borra su rastro sin dejar historia.

Recorro el orbe sin ningún sosiego
como camina por la calle un ciego,
trino del ruiseñor sin vuelo fijo.

Y en el postrer momento de mi viaje
ruedo como un batel sin equipaje,
imploro la bondad del Crucifijo.

Fuente: Escobar Sanín, R. (s.f.). *Espiral de tiempo: sonetario*. Colección poesía Edgar Escobar Editor, p. 12.

ROBERTO ESCOBAR SANÍN

Poeta, escritor y músico. Periodista, historiador y sociólogo, experto en sociología rural y educación para el desarrollo de la comunidad. Autor de los libros: *El arpa en llamas, Árboles de cenizas, Relámpagos y brumas, Breviario de espumas, Espiral de tiempo, Postales de la poesía antioqueña, Colombia poética, Antología de la poesía amalfitana, Monografía de Amalfi*. Miembro de la Sociedad de Autores y Compositores de Colombia, Sayco. Fundador de la revista *Bitácora*, editada por el Instituto Latinoamericano de Literatura.

José María Barrientos Arango

(Amalfi, 1934)

Hijo por adopción de Segovia

LA BAREQUERA

Lunes. Una neblina tenue se extiende por las calles y cubre los techos de zinc y paja del poblado. El Sol, dormilón y perezoso, aún no ha empezado a calentar la tierra. Calle abajo —y la calle es empedrada— se ve la figura menuda de una mujer que camina presurosa; va descalza, pues nunca le han gustado los zapatos; en la cabeza lleva la clásica batea con las herramientas y ropas de trabajo. En la loma se encuentra con una vecina que le pregunta:

—¿P'onde va tan madrugada, comadre?

—A ver si me saco una libra hoy —le responde socarronamente.

—Sáquesela pa' que partamos.

—Mi Dios l' oiga, comadrita.

Y se aleja, pensando: “Más tiene Dios que darnos que nosotros que pedirle”.

Cuando llega al lugar escogido desde la semana anterior, ya el día se muestra en todo su esplendor. Coloca la batea entre dos piedras y empieza a cambiarse de ropas: Falda y blusa llenas de remiendos, con olor a tierra y a rastrojo, una cabuya para amarrarse en la cintura y un trapo para la cabeza. Luego saca las rústicas herramientas: el almocafre, encabado en madera fina y resistente, el machete y la pequeña barra; los tabacos y el yesquero, metidos en una bolsita de tela, los prende de la cabuya que ciñe su cintura; la ollita con el almuerzo la cuelga de una horqueta, lejos del alcance de las hormigas. Con su batea, sus herramientas y fumándose un tabaco, se dirige al corte.

Allí, con el machete hace la limpia: Malezas, bejucos y chamizas son cortados y arrojados lejos; con la barra mueve la tierra llena de pedruscos, con el almocafre la arrastra y llena con ella la batea, que sostiene con los pies. Al tratar de levantarla, oye entre las hojas secas un ruido que ella conoce muy bien. Sin perder tiempo, corta una vara larga y flexible y golpea repetidamente hasta quebrantar la cabeza de la intrusa: una culebrita muy venenosa llamada “patoquilla”. (Creen estas buenas gentes que las culebras no pueden matarse con el filo del machete porque la parte en

que queda la cabeza salta sobre la persona y se agarra de la piel en tal forma que solo puede despegarse con una arepa caliente).

En su cintura enjuta, otrora ágil para el baile y seductora para el amor, apoya la batea y se dirige a la quebrada donde comienza a lavar. Se inclina y con rítmicos movimientos va sacando lo inservible: piedras, palos, lodo. No siente el efecto de los rayos solares. Solo le importa su faena y por eso mira con avidez el fondo de la batea, el anhelado fondo.

Al fin, unos minúsculos granos amarillos brillan junto a la jagua que los acompañan. La barequera exclama llena de alegría:

—¡El oro! ¡El orito! ¡Bendito siá Dios!

Y con mucho cuidado lo echa en la totuma que le sirve de recipiente. Así pasa las horas en este continuo ir y venir: Del corte a la quebrada, de la quebrada al corte. De vez en cuando enciende un tabaco y sigue trabajando. Hacia el mediodía, levanta la cabeza y haciendo visera con la mano, dice:

—Ya stá' ltico el mono. Es hora d' ialmorzar. (El único reloj de los campesinos y los barequeros es el sol). Solo emplea unos pocos minutos porque, según ella, "es mejor paso que dure que no madure". Y continúa hasta que el sol le anuncia que la noche se acerca.

Recoge las herramientas, las lava junto con la batea, se lava ella, oculta el corte con unas ramas —para que no vayan a descubrirlo—, se pone su ropa limpia y emprende el regreso.

Es la hora en que los grillos y las ranas comienzan su monótona sinfonía. La hora en que el cuerpo, fatigado, busca el reposo y el alma, vuelta sobre sí misma, se dedica a meditar...

Mientras camina, la barequera se pregunta:

— "¿Estará muy honda esa maldita veta?"

—Y ella misma se responde:

— "Yo creo que no. La tengo que coger, la tengo que coger...".

Casi sin darse cuenta, llega al pueblo. Al pasar junto a la casa de su comadre, ésta la detiene:

—Eh Ave María comadrita, como que la 'staba cogiendo la noche, ¿no?

—Así parece, comadrita.

- Bueno, ¿y cómo le jué hoy?
- Pues regularcito.
- ¿Sí sacó algo?
- Puai cualquier medio.
- Aloye, y eso sí promete?
- Yo creo que sí porque la pint' está bonita.

Y las dos comadres se despiden.

“Sí —dice la barequera continuando su interrumpido monólogo—, está bonita la pinta. Aí tiene qui' haber oro, mucho oro”. Y seguidamente, como desconfiando de lo que acaba de decir:

—“Virgencita del Perpeto Socorro, ayúdame con una limosnita pa' ver si les dejualgo a mis hijos y a mis ñetos.”

Llega a su casa cuando ya la noche ha cerrado por completo.

Esto se repite diariamente: sale con el alba y regresa al anochecer. Solamente el sábado su regreso es más temprano porque tiene que “arreglar” el oro para venderlo el domingo.

Este arreglo consiste en lo siguiente: mediante una rápida lavada separa el oro de la jagua; muele ésta en una piedra cóncava, vuelve a lavarla y si hay algunas “pelusas” las junta con el resto. Luego le echa azogue al oro, esta amalgama la pone al fuego en un pequeño crisol —cuando es poco, emplea una cuchara— y, por último, hace una bolita que envuelve en un trapo limpio el cual guarda en esa alcancía natural donde solo ella puede introducir la mano.

El domingo, después de Misa Mayor, va donde el cambista —especie de ladrón amparado por la ley— y le entrega el envoltorio. Mientras él manipula a su antojo las pesas y el balancín, ella, con timidez, le pregunta:

- ¿A cómo paga hoy el castellano?
- A seis cuarenta —le responde sin levantar la cabeza.
- ¿A seis cuarenta! ¿y por qué tan bajito?
- Esta semana bajó el precio del oro porque hay desequilibrio en la balanza de pagos, el dólar subió mucho y...

Ella, que no sabe sino los sencillos términos de su más sencilla aún economía doméstica, lo interrumpe:

—¿Cuánto pesó mi orito?

El otro, mirando y remirando el fiel de la balanza, responde:

—Cinco riales y medio —y luego, para halagarla:

—Bueno, le pago los seis.

—Pero mi don... —le dice ella en tono de súplica.

—No mi señora, eso está muy sucio. Si quiere así o si no, véndalo en otra parte —y se cruza de brazos.

La mujer, después de hacer cuentas en sus dedos maltratados, lo mira con resignación y le dice:

—Bueno pues, deme lo que sea.

El don, personaje importante de la población, sonríe creyendo que ha hecho un magnífico negocio. Del cajón saca dinero y le entrega un billete de dos pesos, una moneda de veinte centavos y dos de a diez.

La mujer le da diez centavos al nieto, pequeñín que la acompaña. Cuando se dispone a salir del establecimiento, se encuentra con el cura, que recoge la limosna y le da la moneda de veinte.

Ya fuera, dice al nieto:

—¿Ves mijito? Casi no sacamos ni pa' los tabacos.

Y siguen calle arriba, por entre la compacta multitud: el chico, dando saltos de contento por el tesoro que lleva en el bolsillo y ella, pensando en el tesoro oculto que tiene allá en el corte.

Fuente: Barrientos Arango, J. (2001a). La barequera. En *Segovia. Estampas, impresiones y recuerdos* (pp. 201-210). Universidad Cooperativa de Colombia.

¡EL ORO ES DE NOSOTROS!

I

El sol canicular de julio cae verticalmente. En el firmamento, de un azul intenso, no se ve ni una sola nubecilla. De vez en cuando, un ave cruza velozmente y se pierde en lontananza. Cuatro, seis, diez cometas de diferentes formas y colores se mecen perezosas mientras manos delicadas sostienen las cuerdas. Las chicharras con su elegiaco chillar, acentúan más la monotonía de esa hora cenital.

Abajo, en la cañada, una mujer, inclinada sobre la batea que mueve acompasadamente, no se da cuenta de la presencia de tres jinetes que acaban de

llegar. Al resoplido de uno de los caballos, levanta la cabeza, se enjuga el sudor con el dorso de la mano y se queda mirándolos fijamente. Sí, son ellos, los mismos de siempre, los que no la dejan tener vida a ella ni a los demás que derivan el sustento de ese agotador y, a veces, poco retribuidor trabajo del barequeo. Los mira uno a uno. Ahí están: el guardabosques, con el machete suspendido de la cabeza de la silla; el gringo y el abogado de la empresa, con sendos revólveres al cinto.

Habla el guardabosques —quien también hace el oficio de guardaespaldas—:

—Vieja cabecidura, ¿no sabés questá prohibido barequiar porqu'esto es de la empresa? ¿No te das cuenta que l' estás robando el oro?

Los otros dos ríen ante esta apología digna de un lacayo.

Pero la mujer, poniendo las manos en la cintura en ademán desafiante, responde:

—¿Robando qué? Vean a este negro lambón dizque sacando la cara por esos gringos infelices, muertos dihambre, que vienen aquí a quitarnos lo que nos pertenece. No, señores, la tierra es de nosotros, el oro es de nosotros y d'iaquí no me muevo manque me maten.

—Pues si no salís por las buenas, saldrés por las malas —replica el guardabosques, disponiéndose a bajar del caballo, machete en mano, pero el abogado lo detiene.

La barequera, rápidamente, busca el suyo, que tiene guardado entre la maleza, y blandiéndolo se dirige a quien la amenazó:

—Vení sacame si sos tan macho, negro asqueroso. Intentá tocame pa' bajate esa perra cabeza d'iun machetazo.

Entonces interviene el abogado:

—Señora, si usted no deja de barequiar nos veremos en la penosa obligación de echar a los familiares suyos que trabajan en la empresa.

Al escuchar tan terminantes palabras, la anciana deja caer el machete y en cuestión de segundos pasan por su imaginación escenas terribles: el desempleo, la angustia, la desesperación, el hambre, la desnudez, la miseria.

Lentamente comienza a recoger sus enseres, en tanto que los otros, guiñándose los ojos y sonrientes, se alejan al galope con dirección al pueblo.

II

Cuando llega a su casa, triste y abatida, una de sus hijas le sale al encuentro y le dice:

- Pero mamá por Dios, ¿volvió a peliar otra vez con esa gente?
- ¿Y ustedes por qué saben?, —pregunta levantando la voz.
- Pues porque aquí vino un policía con una citación pa' l'Alcaldía.
- ¡Ah hijuepuchas! ¿Con que me aventaron?

Y sale precipitadamente medio arreglándose la despeinada cabellera.

No mira ni saluda a nadie. Llega a la plaza. En un abrir y cerrar de ojos sube los peldaños que conducen al segundo piso del flamante Palacio Municipal y abriendo la puerta del despacho, pregunta:

- ¿Me necesitaban? Aquí estoy.
- ¿Otra vez por aquí, señora?, — dice el secretario, mirándola por encima de las gafas.

Luego agrega:

- Se trata de una denuncia por insultos y amenazas a los señores... (lee los nombres). Además, la sorprendieron barequiando.
- Y no solo amenazas; machete les pudihaber dao todo el que se tragaran esos desgraciaos —y lanza una escupa, grande como una moneda de cincuenta.

Tercia el Alcalde:

- Pero señora, usted sabe que esas tierras pertenecen a la compañía y, por lo tanto, no se puede trabajar en ellas.
- ¿Síiiii? ¡Aquí todo pertenece a la compañía: las minas, los obreros, el municipio, tod'uel mundo! No, señor Alcalde, esto es de nosotros, la tierra es de nosotros, el oro es de nosotros; los arrimaos son ellos; que se vayan esos pecosos infelices, ladrones... —y sigue la retahíla de improperios, la cual es interrumpida por el secretario, quien le dice sarcásticamente:
- Bueno, échese una firmita. No es sino una conminación con multa de cien pesos por si vuelve a barequiar o a molestar a esos señores.
- ¡Ajá! Yo no sé'screbir. Y, además, ¿por qué no los multan a ellos pa' que no nos molesten a nosotros?

Esta última pregunta se quedó sin respuesta.

—Pues entonces que le firmen a ruego — repone el secretario.

Y llama a un policía para que firme por ella.

Terminada la diligencia, la anciana, dando un portazo, sale rezongando:

—¡Ah gringos mal nacidos! ¿Cuándo llegará el día que los echemos di aquí?

Mientras atraviesa la plaza, el alcalde se queda observándola y luego dice al secretario:

—Lo malo es que la vieja tiene razón, pero los gringos mandan y hay que obedecerles o si no, se nos tuerce la cuchara.

Fuente: Barrientos Arango, J. (2001b). El oro es de nosotros. En *Segovia. Estampas, impresiones y recuerdos* (pp. 207-210). Universidad Cooperativa de Colombia.

LA BRUJA

José Domingo era un minero genuino. Sus antepasados, de ascendencia negra e indígena, habían trabajado en las minas del Chocó, Marmato y Segovia. Por las venas del Negro, como cariñosamente le decían, corrían mezcladas estas dos sangres; en su cuerpo y en su alma se conjugaban las virtudes y los vicios, las cualidades y los defectos de ambas razas: de buena estatura, tez morena acanelada, fornido, laborioso, honrado y a veces melancólico, retraído e inclinado en grado sumo al licor y a la vida licenciosa. Era como uno de tantos mineros que durante el día trabajan en los profundos y oscuros socavones y la noche la pasan en las cantinas y prostíbulos.

Una noche, después de la orgía y la parranda, llegó a la casa y se fue a su cuarto; su madre entró como de costumbre a darle las buenas noches y a conversar con él, pero como no estaba dispuesto para recibir mimos y menos tiernas reprensiones, con un estruendoso grito, que más parecía un rugido, despidió a la atribulada anciana quien salió de la habitación enjugándose las lágrimas con la punta del delantal y musitando una oración.

José, enceguecido por la ira y estimulado por el alcohol, se echó en la cama a rumiar sus penas, a recordar lo acontecido en esa noche tenebrosa. Interrumpido a menudo por el hipo que produce el licor en demasía comenzó su soliloquio:

“Sí... es cierto, hoy bebí demasiado... no podía aguantar más... y a ella le pegué con todas mis fuerzas, quería matarla, pero me la quitaron... Otra vez sí lo haré... Tendré

que hacerlo, estoy consumido por los celos. Esa mujer quiere burlarse de mí, quiere jugar conmigo, pero está equivocada... De mí no se burla ninguna. Juró vengarse y eso me enfureció más... De mí no se burla ninguna... ninguna... ninguna...". Estas últimas palabras las dijo en un tono más bajo y, murmurando incoherencias, se quedó dormido.

Despertó a las cinco de la mañana; sin hablarle a su madre y sin esperar el desayuno, salió precipitadamente para el trabajo. Al llegar allá, cambió sus ropas por los típicos atuendos del minero: calzón y "paruma" a medio-muslo, camisón de manga corta, la cabeza cubierta con el casco protector y la lámpara en la parte delantera y en los pies las "quimbas".

La velocidad vertiginosa del coche o "marrana" que conduce a los obreros a sus trabajos respectivos le removió los vapores alcohólicos; pasó toda la jornada en medio de la más angustiada borrachera; por la tarde, después de la labor, entró como de costumbre a su cantina favorita; por todas partes buscó a su querida, pero no la encontró; preguntó por ella y nadie supo informarle sobre su paradero. Tarde en la noche llegó a la casa, apenas sí comió y luego se encerró en el cuarto. Debido al cansancio y al licor pronto se durmió.

Serían las doce cuando lo despertó un ruido en el techo semejante al producido por una sábana cuando se sacude; este ruido fue seguido por una estrepitosa y aguda risotada. Sin alarmarse mucho creyó José que eso era fruto de su febril imaginación; por lo tanto, iba a continuar durmiendo cuando sintió que algo se asentaba en su pecho y se lo oprimía fuertemente. Iba a gritar y no podía; tampoco era capaz de incorporarse. A las cuatro de la mañana "la cosa" lo dejó libre; oyó de nuevo el ruido en el techo y la estridente carcajada. Después, todo en silencio. Cuando se levantó, nada le comunicó a su madre y salió para el trabajo. Allí comenzaron de nuevo los oprobios: herramientas escondidas, bichos repugnantes en los alimentos y mil escarnios más. Así transcurrieron dos, tres meses. José Domingo, taciturno y apesadumbrado, se entregó más a la bebida, comía muy poco, daba menos rendimiento en el trabajo y su cuerpo iba consumiéndose paulatinamente.

La desesperada anciana relató la triste situación de su hijo a los más destacados verbateros del lugar, pero todo fue en vano, pues ellos nada podían hacer porque se trataba de una bruja muy poderosa. Más inútiles fueron sus súplicas al cura para que exorcizara la casa puesto que José era incrédulo y no podía ver ni pintados a esos "malditos gallinazos", como despectivamente los llamaba.

Así las cosas, una mañana lo encontraron muerto en el piso de su alcoba. Estaba frío, amoratado y con los ojos más brotados que de costumbre. Indudablemente, la bruja lo había visitado por última vez y consumado su venganza.

Al poco tiempo se supo que cierto yerbatero de un pueblo cercano la encontró y la amarró en un sótano hasta que murió, después de haber confesado sus fechorías.

Fuente: Barrientos Arango, J. (2001). La bruja. En *Segovia. Estampas, impresiones y recuerdos* (pp. 211-213). Universidad Cooperativa de Colombia.

JOSÉ MARÍA BARRIENTOS ARANGO

Profesor titular y emérito de la Universidad de Antioquia. Jefe fundador del Departamento de Español y Literatura, Instituto de Estudios Generales (1965). Vicedecano y Decano de la Facultad de Educación, Universidad de Antioquia (1971-1975 respectivamente). Decano de la Facultad de Ciencias y Humanidades (1977-1980). Director de Bienestar Universitario, Universidad de Antioquia (1983). Jefe del Departamento de Publicaciones (1984-1985). Director Seccional de la Universidad Cooperativa de Colombia (1986). Rector del Instituto Conrado González Mejía (Medellín-1987). Director sección de Bachillerato del Instituto Jorge Robledo (Medellín-1988). Director del Posgrado en Literatura Latinoamericana, Universidad de Medellín (1991-1993). Magister en Español de la Universidad de California, (1966-1967). Especialista en Metodología de la Enseñanza del Español y en Dialectología Hispanoamericana del Instituto Caro y Cuervo (Bogotá, 1960-1961). Autor de diversas obras académicas.

Evelio Ospina

(Amalfi, 1935 - Medellín, 2020)

El viaje funerario

Para qué criticar a los suicidas
que han cambiado el placer por la aventura
si han pagado el engaño con sus vidas
y han hallado al final la sepultura.

Cuántas veces soñaron con lo hermoso
y quizás añoraron lo divino
mas el mundo tornose borrascoso
y nublose para ellos el camino.

Y siguieron a oscuras por la senda
sin alivio, sin goce y sin anhelo
hasta el instante de rasgar la venda
y transportarse en brazos del consuelo.

¡De cuántos más en turno está su vida
en pos de espera de fatal momento
que deje al mundo el lamentable cuento
del negro idilio y de fatal partida!

Cuando escuchéis en la torre en el campanario
como fúnebre señal de despedida;
diréis entonces, se quitó la vida:
otro amigo leal del vecindario.

Y seguiremos haciendo el novenario,
Para implorar a Dios por los viajeros,
que solo fueron del mundo pasajeros
y ayer les vimos su viaje funerario.

Me hablaron tus montañas

Crucé por tus montañas Antioquia nordesteña
en las ruedas de un carro mi aventura atreví
el agua de tu Porce muy furiosa corría.
Y entre el vaivén de hechizos al fin llegué a Anorí.

¡Palpé la poesía, en ella me sentí!
Con versos al derroche en un ir y venir;
Me hablaron de Porfirio, de Chile y de Neruda
y una linda ancianita oraba por Zafir.

Y sigo el recorrido por valles y colinas
con linda luz radiante del sol en la mañana;
aspirando aire fresco de esta Antioquia adorada
presiento estar pisando la tierra amalfitana.

¡Oh tierra de poetas, de grandes soñadores!...
De continuas nostalgias que cubre el antifaz;
tus hijos no te olvidan estás en sus entrañas
y prefiero la muerte y un *requiescat in pace*.

Me alejo y sigo el rumbo con brisa mañanera
rememorando penas y glorias que sentí,
al fin a la distancia solo hay cañaverales
insignia del ingenio, riqueza en Vegachí.

¡Oré en su cementerio!... Sus tumbas me contaron
secretos que en alma por siempre sepulté,
salí en silencio mudo volviendo la mirada
al rostro de las vidas que triste encontré.

¡Ay de mi Juliana!

Nos dábamos cita
en noches de luna,
en el verde prado
junto a la laguna
al son del arrollo
de grillos y ranas,

y mientras mis labios
sus labios besaban
mis manos perversas
en ellas buscaban
el licor bendito
que las hembras guardan
entre sus entrañas

Y ella entre mis brazos
y yo entre los de ella,
presentí el augurio
de una mala estrella,
y entre la hojarasca
se sintieron pasos
y el gemir de un hombre
que triste lloraba
y entre llanto y furia
una fiera humana
su arma descargaba

No hubo discusión
ni pregunta alguna
solo ahí quedaba
muerta mi Juliana
en el verde prado
junto a la laguna.

Fuente: colaboración inédita de los herederos del autor.

EVELIO OSPINA

Creador de poesía en trova, copla y retahílas. Autor de dramas con los que participó en eventos regionales y nacionales. Recibió distinciones de carácter municipal, departamental y nacional en el campo del teatro, la poesía, la declamación y la labor ciudadana. Entre sus poemas se encuentran: “Mi retorno a Yolombó”, “Los politiqueros”, “¡Ay de mi Juliana!”, “Tierra acogedora”, “Los numeritos”, “Luz de Colombia”, “El valle de mis recuerdos”, dedicado a Cali. Escribió dramas como: “Pa’busté también hay” e “Hijos por accidente”. Fundó el grupo de poetas La Tertulia. Recibió notas de reconocimiento en periódicos del Nordeste y de Medellín por su labor en diversos campos de la cultura, como creador del periódico *Yolombó en Marcha* y el impulso de la banda marcial para el Colegio Eduardo Aguilar de Yolombó. Por otro lado, hizo parte del Concejo de Cultura del Municipio de Yolombó, de la Sociedad de Mejoras Públicas, de la Corporación de Teatro y Cultura Orlando Cadavid Gallego y del programa “Voces para soñar despierto” que se transmitió por la emisora Yolombó Estéreo. En 2007 publicó su primer libro de poemas, *Me hablaron tus montañas*.

Darío Ruiz Gómez

(Anorí, 1936)

CRÍMENES MUNICIPALES

El edificio ha perdido su antigua prestancia. Hoy, la calle es un callejón invadido de escandalosos vendedores de relojes de contrabando, de electrodoméstico asiáticos, de bisutería. Gentes ordinarias que han ocupado desafiantemente las aceras e impiden la vista de las vitrinas de los almacenes. Papeles, restos de tablillas y de cartones y el bullicio de sus altavoces, de sus pregones. Hace cuarenta años el edificio había surgido en esa esquina como la afirmación rotunda de una nueva época con su fachada de mármol, de piedra, con una sorprendente caja de cristal separada del edificio y donde se exhibían telas y trajes de moda, y la equilibrada altura, la bella solidez de su forma llamaba a los ciudadanos a prepararse, como se decía profusamente entonces, “a entrar en la era del progreso”. Ahí al lado, en un minúsculo local hacia la calle en donde se vendían y se siguen vendiendo estilográficas, lapiceros, fue el crimen de la señora extranjera.

El cuerpo de la señora quedó extendido sobre la acera y el asesino, consumado el crimen, se quedó quieto, paralizado, sin siquiera atreverse a hacer un gesto de temor cuando dos policías lo detuvieron. La gente ya se había arremolinado alrededor del cadáver de la hermosa y elegante señora. Las gentes comenzaron a gritarle al asesino, a pedir justicia. Era un hombre blanco, de aspecto bondadoso, vestido con un traje de paño de color beige y de aspecto aristocrático. El esposo, se supo inmediatamente, era un destacado industrial de la ciudad y ella una joven norteamericana. Las gentes gritaban, pero el hombre permanecía quieto, arrogante: el niño que observó la escena, al revivirla ahora, solo ve a los policías mal vestidos, burdos, las grandes cachuchas de lona y las gentes de aspecto sencillo, modesto, como un coro sin voz.

El boulevard se extendía hacia el oriente de la población, frondosos, augustos árboles, y en la esquina de la calle principal, una *main street* en realidad, el perfil europeo de un edificio que era un gran cine, teatro y hotel. Lo curioso es que veinte años después se encontraría con esta misma estampa urbana, pero en una población del Golfo de México, el boulevard, el cine, la *main street* con sus confiterías, almacenes de moda y el desfile de personajes provincianos exhibiéndose, escribiéndose, muchachos y muchachas en grupos. Aquí la huella de la *main street* había sido borrada por la

invasión de los vendedores de bisutería, de comidas, por la suciedad de estas gentes. Uno de los árboles emblemáticos había sido cortado y el deterioro de las aceras lo asombró porque sintió que, verdaderamente, había llegado a otra ciudad.

Cuando terminó su carrera de Derecho e ingresó al edificio para trabajar en una oficina de abogados, vivió plenamente las bondades del progreso. El amplio ascensor, la joven ascensorista de un bello rostro de medallón pueblerino con la cual apenas si llegó a intercambiar algunas palabras. Pero observaba el asedio a que la sometían ciertos comerciantes, oficinistas, algunos abogados. Su ingenua belleza se había convertido en un botín a conseguir para aquellos vulgares personajes ante cuyo asedio ella permanecía serena. Por esta firmeza de carácter, él la llegó a admirar y rogaba porque no llegara el día en que uno de esos personajes mostrara en su rostro que había coronado su asedio y la había hecho suya.

A lo largo de su carrera había conocido el caso de muchachas ingenuas que deslumbradas por el automóvil de un pretendiente se habían entregado a él creyendo que de ese modo habían accedido a una nueva vida social, lejos del barrio. La hipocresía social las arrojaba a lo peor. Al llegar a su casa lloraba conmovido pensando en la suerte de las muchachas virtuosas, lloraba por los modestos padres de la muchacha que jamás volverían a verla. Durante los dos días que la muchacha dejó de conducir el ascensor él pensó, como todo el mundo, que había salido a tomar unas vacaciones. Su estupor ocurrió al llegar al cuarto día de su ausencia y encontrar en el *hall* del edificio un corrillo de gentes y un grupo de policías que hablaban alteradamente. Cuando llegó a su oficina, un empleado le contó la verdad sobre lo que había sucedido: el cuerpo de la muchacha había aparecido descuartizado, pedazos de cuerpo habían sido arrojados en el hueco del ascensor y en la terraza del edificio. El olor de la carne en descomposición llevó a que se descubriera el salvaje asesinato de la muchacha. La cabeza cortada, rebanados brazos y piernas y destrozado con furia el pecho. ¿Cómo pudo alguien ensañarse de ese modo con aquella modesta muchacha? Enseguida comenzaron a plantearse toda clase de conjeturas al respecto, en cada oficina y en cada lugar de la ciudad, conmocionados por este crimen.

¿A qué horas la asesinaron y por qué nadie escuchó sus gritos? O ¿fue que previamente la adormecieron y luego de abusar de ella habían procedido a descuartizarla? Pero a la vez, ¿quién podía tener tanta falta de imaginación para pensar que el olor a carne descompuesta no sería detectado al paso de los días? ¿Cómo pudieron recoger y disimular la sangre que brotaba cuando la sierra cercenaba aquel delicado y virtuoso cuerpo? Al bajar a un café cercano a tomarse un refresco en la mañana, y cuando chismes y nuevas conjeturas circulaban de mesa en mesa, llegó alguien con la noticia que acababa de dar la radio: el asesino había sido el celador del edificio, un hombre

flaco, casi mudo, de aspecto aindiado. Ya la policía lo había acusado del crimen y había procedido a su detención.

Con los días que pasaban él no aceptó aquella inculpación sobre el celador. Era un hombre sin estatura y sobre todo sin la musculatura necesaria para haber cometido el crimen. Ni el odio más acumulado le hubiera dado la fuerza suficiente para hacerlo, ¿en qué mesa llevó a cabo tan funesta operación si su cuartucho apenas le daba espacio para guardar algunas cosas?, ¿cómo pudo limpiar rápidamente la sangre de la muchacha? Logró verlo de nuevo un día en que la policía lo llevó al edificio a verificar algún dato de su confesión: era un ser que quería desaparecer, la mirada huidiza, las pocas palabras. Demasiado flaco para hacerlo, volvió a decirse.

Necesariamente comenzó a detallar la tipología humana que hacía uso de las oficinas. Los observaba en el ascensor buscando en miradas y gestos un indicio sobre aquel crimen brutal. Pero la mayoría era gente prestante y no los personajes capaces de cometer un crimen de tal envergadura, lo cual lo dejaba más atónito, y llegó un momento en que no supo qué camino tomar, ¿por qué se quedó la muchacha dentro del edificio?, ¿dónde y cómo se dejó sorprender del asesino, alguien de su entera confianza, en todo caso, para haber accedido a quedarse después del horario de trabajo? “Yo como discípulo de Lombroso —decía un condiscípulo suyo en aquella vetusta Facultad de Derecho— afirmo que en estas sub-razas no se ha alcanzado la calidad jurídica y psicológica de individuo propia de una sociedad histórica como la europea o de una democracia como la norteamericana. Aquí la mala comida, las malas aguas, o sea, la crónica desnutrición, mantienen a estas gentes viviendo en cuevas del Paleolítico. Por eso son criminales natos, porque no son sujetos morales”. Pero aquellas pesadas conversaciones en macilentos cafetines no arrojaban ninguna claridad al respecto y la versión que del derecho penal daban entonces los profesores era tan limitada jurídicamente como lo era aquel ambiente provinciano en que parecían agonizar cada tarde, en que bostezaba la aldea.

El aristócrata que después de disparar contra su esposa le había, imperturbablemente, entregado el arma homicida a un policía moreno, de baja estatura, dientipodrido, le señaló algo a tener en cuenta para siempre: el crimen en una sociedad desarrollada obedece a razones muy complejas y no es el acto primario, brutal, de una raza inferior minada por las enfermedades gastrointestinales —amibas, parásitos, crímenes inmediatos propios de gente sin imaginación—. El lujo, el vivir el arrollador mundo de la era industrial, de los negocios nacionales e internacionales, produce una mentalidad más refinada, un sujeto que obedece a razones estéticas, y no a traumas religiosos, y por eso llega al crimen respondiendo a perversas exigencias íntimas, ilustrando lo que suponen la codicia y la envidia a ese nivel de nueva sociedad histórica. Claro que está también el hampa organizada, el bajo mundo de

las grandes ciudades. Aquí, la justicia, tal como llegó a comprobarlo muchas veces, opera exactamente bajo dos parámetros. Los abogados penalistas dedicados a litigar y que habían sido sus profesores eran unos difusos personajes pertenecientes a un estrato social casi popular. El mayor honor de parte de uno de ellos fue haberlo invitado a una cantina cerca a los juzgados en donde el penalista se dedicaba a beber compulsivamente hasta convertirse en un borracho vulgar. Aquel vetusto café, aquel traganíquel ruidoso, las viejas y gordas meseras, le causaron un total desagrado. A la primera oportunidad, ya cuando el penalista había comenzado a babearse, salió y se fue a su casa.

Pero ¿cómo se resolvió, por parte de la justicia, el caso del aristócrata asesino confeso de su honorable esposa? Le dieron la casa por cárcel con el beneplácito unánime de su grupo social, pero igualmente de las gentes populares y de la clase media, a quienes hubiera escandalizado el hecho de que tan excelso *gentleman* hubiera ido a parar a la infesta cárcel municipal entre ladrones y asesinos que hubieran abusado de él. Al escuchar en el juicio al abogado defensor del elegante asesino vino a descubrir la presencia en la profesión de otro tipo de abogado penalista, catedrático de la universidad católica, de la universidad privada, hombres de comprobada probidad, pulcros y elegantes, con la sobriedad propia de su catolicismo, dueños de bufetes situados en los mejores edificios, en este edificio en sus más exclusivas oficinas, una extraña y cerrada aristocracia cuya vida privada era llevada con suma discreción.

Este descubrimiento lo llevó a lamentar que no hubiera tenido como profesor a un catedrático de estos alcances, dueño de una hermenéutica radicalmente diferente a la empleada por aquellos penalistas dedicados a defender a los criminales de las clases populares. Desgracias propias de las universidades públicas, se dijo. Pero, acceder a este círculo cerrado de profesionales, de autores de sesudos tratados sobre Dios, el Derecho Natural y el destino de las sociedades, era imposible. Fue la comprobación de esta diferencia abismal la que lo llevó a la decisión de marcharse a la capital. Desde el momento en que abrió los ojos ante tamaña situación, este lugar entre altas montañas llegó a ser para él el colmo de la cerrazón mental, o sea, del provincianismo. Y, se dijo, uno no puede gastar su juventud y su talento entre algo que profundamente nos desagrada, este medio obtuso, estos ricos con justicia propia.

Todo regreso comporta muchos aspectos, en su caso, dos primordiales: naturalmente el deseo de confrontar recuerdos, o sea, de cotejar ante la realidad presente las imágenes atesoradas durante la juventud y convertidas, inadvertidamente, en postales edulcoradas de una ciudad de provincia y de sus formas de vida igualmente edulcoradas por la falsa añoranza, sobredimensionadas casi siempre en el efusivo y blando cariño de los afectos familiares. Y el hecho de que edificios, calles, parques guarden aún —el deterioro de cualquier ciudad latinoamericana es alucinante—

en su presente huellas visibles de lo que fue cierto brillo del ayer, lo cual termina por convertirse para quien regresa en una pregunta melancólica acerca de lo que pudo ser y no fue, acerca del perdido destino de un amigo cercano, de un familiar a quien se abandonó ya en el borde del caos urbano. El edificio muestra este desgaste y esto es más evidente en el ascensor con el piso deslustrado, con los botones sucios. El ascensorista es un viejo jubilado que parece no estar atento a nada. En las antiguas oficinas pueden verse ahora casas de cambio de moneda extranjera, agencias de empleos temporales, negocios, en fin, de baja estofa. Se detuvo y se quedó mirando el sitio de la calle donde estuvo el asesino de la bella dama. Le pareció momentáneamente verlo con su figura de industrial de los años 50, como si el proceso de deterioro del lugar también lo hubiera deteriorado para siempre en su figura. Pero tampoco logró ubicar en el *hall* el cubículo en el cual el supuesto asesino de la ascensorista guardaba sus implementos. Sintió que las preguntas propias del perplejo estudiante de Derecho que había sido en ese entonces regresaban para tratar de establecer la diferencia entre el Derecho que se aplicaba a los asesinos de barrio bajo, a la madre popular que había tenido que asesinar a su marido quien cada día, borracho, la ultrajaba, y el Derecho que cobijaba en la población a quienes estaban situados en la cota de la respetabilidad gracias a su poder económico.

Cuando terminaba quinto grado de bachillerato hubo un crimen que conmovió a la ciudad y en el cual —como lo llegó a señalar el chisme callejero— estuvo involucrado el hijo de una prestante familia de empresarios: un joven campesino llegó a la población a pedir trabajo y fue a solicitarlo a una conocida factoría textil. El industrial lo atendió y mediante hábiles argumentos logró convencerlo de que lo acompañara a dar un paseo por los alrededores. El personaje subió al joven a su automóvil y lo llevó hasta una zona despoblada, habitada por una profusa maleza, allí intentó abusar del menor que se negaba y en el forcejeo el industrial lo golpeó con una piedra hasta causarle la muerte. Lo insólito fue que rápidamente apareció en el periódico la foto de un zapatero que había confesado ser el asesino. La imaginación popular tuvo una lúcida explicación al respecto. Se dijo que la acaudalada familia del depravado había buscado rápidamente a un hombre pobre y le había pagado una buena suma de dinero para que se declarara culpable del crimen, con la promesa de que rápidamente saldría libre. Pero la condena fue terrible: 24 años de cárcel.

¿Por qué no recordar las bellas telas que exhibía la vitrina? Coleta, organdíes, estampados que lucían las muchachas que vestidas a la norteamericana desfilaban por estos lugares, abarrotaban las heladerías, los cines. El asesino verdadero —se dijo— ha muerto ya hace muchos años y lo hizo en medio del desconsuelo de su familia, con la presencia de las altas autoridades civiles y eclesiásticas. El zapatero debió morir en el peor infierno en vida, lejos de su familia, atropellado por guardias y rufianes.

Si el señalado como el asesino de la ascensorista estaba vivo seguiría ahora en la nueva cárcel. Durante el juicio no moduló palabra alguna, no se conmovió su rostro de dios indígena por el fallo del juez. Más que un asesino parecía el conspirador de la causa política de su raza ofendida y humillada. Se desplazó, entonces, hasta la nueva cárcel. Le ayudó en sus pesquisas su facha de extranjero. Al revisar las fichas de los más viejos condenados fue fácil encontrarlo pues la foto era la misma que aparecía en los periódicos durante el tiempo de su juicio y su condena.

El patio de la cárcel apareció repleto pues los presos a esa hora disfrutaban de una hora para estirar las piernas, para comprar un pan, una gaseosa y saludarse. Hombres de todas las edades y de todas las razas que hablaban en voz alta con voces confusas, alteradas. Como cruzó el patio rodeado de dos guardas apenas si repararon en él.

Era un viejo flaco, afeminado. La sala de ebanistería era espaciosa y contaba con la maquinaria más moderna. El viejo —ya en la indefinible edad característica de los hombres de su raza— reparaba una silla en medio de la calma del lugar. Él debió sentarse a su lado, observar sus manos jugando con el mimbre hasta que el viejo reparó por fin en él. Entonces le preguntó si su apellido tenía que ver con el de una familia que vivía en Miami y que le había encomendado que buscara a un familiar injustamente condenado por un crimen que no cometió. Parecía un anciano sioux, la mirada perdida del marihuano, el ritmo desacompañado de la cabeza y de pronto un brillo apagado en los ojos, un relámpago que estalló entre su mente y le mostró lo que había venido a conocer: escuchó nítidamente el sonido de las puertas del ascensor al cerrarse. Vio al celador, pero a la vez la figura gorda y alterada del abogado cuyas oficinas ocupaban prácticamente todo el noveno piso, un prepotente que solo saludaba a quien le daba la gana y en voz alta comentaba el éxito de sus grandes defensas en los tribunales, los cuantiosos emolumentos que estos triunfos jurídicos suponían y que se reflejaban en los grandes escritorios de caoba, las bibliotecas con textos jurídicos, la gran cantidad de secretarías y ayudantes, los llamativos floreros.

Entonces vio las manazas al abrazar el cuerpo de la muchacha que llena de pánico se había dado cuenta que las puertas de la oficina estaban cerradas y que nadie había en el edificio. Los ojos del preso más antiguo de la cárcel revivieron la escena: el cuerpo de la muchacha tirado sobre el tapete, ya inmóvil, a su lado el pesado cenicero de mármol con que la había golpeado. El golpe seco no produjo herida exterior, el cenicero envuelto en una toalla solo produjo en la mejilla izquierda un gran moretón, la muchacha había quedado boca arriba, los brazos desgonzados y la bata deshilachada, aun cuando apenas se veían los muslos. El corpulento abogado esperó a que el celador del edificio tocara la puerta de la oficina. El hombre enjuto y de mirada sombría no dijo nada al ver el cadáver de la muchacha, la observó con el desparpajo con que un policía mira un cadáver todos los días. El corpulento

abogado le hizo una seña para que se encargara del cadáver: la sierra cortaba rápida y certeramente la madera, con habilidad de virtuoso estaba haciendo el calado de una cenefa, rosas y grandes hojas entrelazadas en un diseño personal, en el suelo se amontonaba un montoncito de aserrín, de virutas, caían los trozos de madera que la afilada sierra cortaba. De pronto, el anciano lo miró fijamente y aceleró el movimiento de los brazos inclinando la sierra, impulsándola aceleradamente tal como si serruchara un brazo, una pierna, la cabeza.

Medellín, 2007.

Fuente: colaboración inédita del autor para esta edición.

INTRODUCCIÓN. *PROCESO DE LA CULTURA EN ANTIOQUIA [1984]*

*Les sociétés son tout faites de symboles,
de projections imaginaires, de rêves et d'anticipation que
de réalités immédiatement perceptibles.*

Georges Balandier

Incidir en el término *cultura antioqueña* puede presentarse —y de hecho se presenta— a una serie de malos entendidos: lo regional, por ejemplo, en el sentido que le otorgó un concepto político decimonónico, reduciéndolo al recuento limitado de unas fechas, de unos nombres familiares, de unas efemérides locales o de unas supuestas costumbres convertidas, a la larga, en folclor para turistas.

Lo que interesa, sin embargo, consiste en devolverle al término su significado dinámico, ante todo porque al vivir como vivimos dentro de los parámetros de un concepto jurídico-político desueto, es decir, aún la ya sobrepasada y falsa oposición entre *la capital* y *la provincia* —idea típica del siglo XIX—, haciéndonos ver que solamente lo capitalino es lo bueno, la alta cultura, lo universal o la única expectativa válida, mientras lo provinciano queda anematizado bajo los rótulos de lo conservador, lo parroquiano, lo que carece de dimensión universal, etc.

Agréguese a esto esa serie de prejuicios culturales que el colonialismo ha creado entre nuestra llamada inteligencia, y se verá que la sola mención del término constituye ya una especie de lastre mortal. Y es aquí, entonces, donde es necesario empezar a desmontar esos conceptos mistificadores que han permanecido vigentes entre nosotros, sin duda por la ausencia de conflictos históricos definitivos, ya que a pesar de ciertos hechos —piénsese en las guerras civiles, en la llamada Violencia— que aparentemente han deteriorado las instituciones tradicionales estas permanecen, sino vigentes, en el pleno sentido de la palabra, sí al menos de cuerpo presente, tal como lo demuestra la vigente oposición entre *país culto* y *país inculto*, entre *Cultura* y *cultura*.

Un país, pues, en el cual, por un lado, a la tradición colonial, con todo lo que esta supuso como conquista y afirmación de dominio, se agrega la llamada ideología republicana, el civilismo, y posteriormente todo aquello que una tecnología imperialista supone como manipulación ideológica. Es decir, aquello que todavía retóricamente se suele denominar como nuestro *humanismo*, nuestra *historia*. Lo contrario a ese otro país carente, en apariencia, de historia real y cuyos vagos términos espirituales tratan aún de definir los informes de antropología, los estudios de artesanía y de folclor, formas supuestamente *primitivas* sobre los cuales jamás recae el título de *Cultura* y que, miradas de un modo paternalista, continúan, sin embargo, en medio de su beligerancia siendo un *impasse* a resolver, la negada pluralidad política, cultural.

Lo provinciano comporta, pues, en este caso, una situación histórica social concreta, un fenómeno específico adscrito a una situación regional cuyos bordes pueden escapar a un estudio en la medida en que ningún fenómeno social y cultural puede ser completamente verificable, pero cuyo sentido nuclear es lo que importa, si puede ser captado y analizado en su alcance más profundo. Hablamos, por tanto, no de procesos muy específicos, al estilo Cataluña o Aragón, tan certeramente analizados por Pierre Vilar y Lucien Febvre, sino del valor que lo regional adquiere a través de una serie de matices diferenciales producidos por una economía, por una geografía, por conflictos sociales internos que carecerían de significado al tomarse lo *nacional* en ese sentido abstracto que ha tenido hasta ahora.

En la medida en que surgen estas diferencias, que se concretan unos desarrollos particulares, también se va quitando sentido a un tipo de generalización histórica cultural como el antes enunciado, no solo la vaguedad de conceptos como nación, patria, sino también la gratuidad con que en un momento determinado se realiza una división política a través de los llamados Departamentos, Municipios, etc.; divisiones trazadas a mano sin que para nada contarán estas diferencias profundas planteadas por una geografía, por unas costumbres y unos recuerdos creados alrededor de una historia común, cuyo estudio y análisis es lo único que puede recuperar en términos objetivos lo que hasta ahora buenamente se ha calificado como *historia nacional*.

Lo regional da sentido a un mapa que hasta ahora fue abstracto y a la vez nos introduce en la idea de proceso, de conflicto, hasta alcanzar muchas veces, tal como lo señala Pierre Clastres, la beligerancia del pequeño grupo que lucha por mantener su identidad contra los grandes poderes. Tal como hoy sucede alrededor de las llamadas transnacionales, la saturación de los *mass media* proponiendo de nuevo una *cultura internacional* donde al desaparecer las diferencias, los recuerdos particulares, se ejerce un poderoso y sutil medio de opresión y esclavitud.

En este sentido, el término *cultura antioqueña* puede adquirir una dinámica que lo aleja de las falsas nostalgias, de los pasadismos, de esa imagen quieta, deformada del pasado que suele utilizar la ideología dominante. Al situarse en el contexto general de nuestra historia busca, además, corroborar o desechar los términos tradicionales en que se ha medido esta historia; y desde la perspectiva de quienes hicieron posible un proceso, el que se los nombre bajo sus propias palabras, el que se los mire a través de sus propias perspectivas vitales. Ahí, además, como raíz y origen, como práctica concreta de la vida, adquiere la provincia esa dimensión moral que le confería Pavese; y hoy, contra “el poder central”, adquiere también el efecto saludable de una beligerancia cultural y política donde no es ya el regionalismo el que habla sino esas raíces de la memoria que luchan para no dejarse borrar, para no plegarse ante un olvido por decreto oficial.

Hablamos, pues, de dos instancias con que se plantea el problema: a) el sentido de región como experiencia social, histórica, cultural concreta; y b) el problema de formas culturales habitualmente consideradas como inferiores y por eso mismo marginadas de la llamada historia de la cultura.

Para aclarar esto último es importante la óptica que incorpora la antropología cultural, el aporte que desde Mauss a Lévy Strauss, pasando por Clastres, se ha hecho, poniendo de presente el verdadero rostro de las llamadas culturas primitivas, de los grupos llamados marginales, y que en Colombia ha contado con el extraordinario aporte de Reichel-Dolmatoff. Porque uno de los errores y vacíos de nuestros llamados intérpretes culturales —los contadores de tumbas, los recogedores de vasijas— ha sido el de considerar que en Colombia, al contrario de México y Perú, no existieron *grandes civilizaciones*, en la medida en que no hay rastros de monumentos colosales, grandes ciudadelas, templos, etc. Ya que se mide, entonces, la grandeza de una cultura por la altura y magnificencia de los monumentos, olvidando el hecho de que toda cultura gira alrededor de unos objetivos muy precisos e igualmente se plantea hacia unas metas tales cuyo sentido varía según el tipo de sociedad, la forma de organización política, etc. O sea que necesariamente no toda cultura gira alrededor de una preocupación de tipo arquitectónico o urbanístico, tal como se pone de presente en el caso de los quimbayas: una pequeña vasija —trasunto de una magistral concepción formal, de un alarde técnico— es en sí más monumental que la apagada monumentalidad de ciertos edificios egipcios o aztecas.

Y esto es lo que Reichel-Dolmatoff pone de presente al estudiar la llamada cultura selvática, una forma al parecer rudimentaria de economía, de arquitectura, pero cuya grandeza solo podremos comprender al penetrar en su poética, es decir, en su teogonía, en su definición de una relación con las cosas, en su explicación del mundo y de la vida. Bastaría, pues, esa simple consideración sobre los valores formales de la cerámica y la orfebrería quimbayas para darnos cuenta del extraordinario desarrollo

estético que dicha sociedad alcanzó en su momento (vasijas, pectorales) respecto de una sabiduría estética que solamente en pocos períodos ha logrado alcanzar el arte universal. Otra cosa es que estas solamente existan entre nosotros como anécdotas y que no hayan sido incorporadas al suelo cultural que nos define.

Pero esta consideración objetiva, piénsese en Leiris y Balandier con su aporte al arte africano, desentrañando su alcance y cómo esta actitud, desgraciadamente, ha estado ausente de nosotros, e incluso se ha pretendido estudiar estas manifestaciones formales bajo la óptica del arte griego, por ejemplo, o lo contrario, yéndose al otro extremo: la óptica de lo “americanista”, reduciendo el problema a una retórica patrioter. De todos modos, este prejuicio, este inmenso vacío, ya sea por incapacidad o abulia, sigue existiendo, creando un *impasse* secular a la hora de enfrentar el proceso de la cultura colombiana porque lo indígena se queda anclado en esos clichés en que, a la postre, lo que se sigue negando es lo fundamental: un saber como respuesta a un medio, a una circunstancia, etc. Por ejemplo, me remito a Jorge Orlando Melo, quien al referirse a las organizaciones indígenas utiliza, paradójicamente, los términos coloniales *señorío*, *capitanía*, negando a una cultura los términos en que íntimamente se plantea, se nombra a sí misma.

Caso también del fetichismo creado alrededor de la llamada Colonia y sus manifestaciones culturales, casi siempre sin valor alguno, que deja en el vacío el interrogante plástico que plantean aún estas diferentes estatuarias, cerámicas, orfebrerías. Fuera de Juan Friede y sus tanteos explicativos sobre nuestras sociedades precolombinas, poco es lo que se ha planteado alrededor de estos interrogantes, limitándose a hacer el vacío por incapacidad, pero siempre eludiendo el esfuerzo que implica incorporar de lleno ese ámbito, ya sea como premisa o como posible propuesta formal.

Pocos casos fuera de la Atlántida, diríamos, conoce la historia en que una civilización desaparezca sin dejar huella o memoria de algo. Máxime cuando como hoy conocemos lo que significa como subversión permanente la presencia de una minoría oprimida y sus diferentes estrategias de sobrevivencia. De este tipo de estrategia, la antropología nos ha brindado muchos ejemplos en un país como México, en donde las comunidades indígenas se valieron, por ejemplo, del arte colonial para seguir utilizando sus propios íconos. En *Movimientos religiosos de libertad en el África negra*, de la Editorial Seix Barral, Vittorio Lanternari (1968) puso de presente el valor de estas estrategias en los grupos oprimidos contra los valores *civilizados* impuestos, esa al fin y al cabo manera de mantener una continuidad, de enriquecerse del presente, incluso de lo que se pretende imponer, sin perder nunca la libertad, la capacidad creativa: ¿cómo certificar la desaparición de unos códigos?

El término mestizaje, que aún se utiliza entre nosotros, se hace un término demasiado limitado en la medida que niega el proceso creado con la fusión inevitable de los diferentes grupos étnicos. Porque si la mortalidad de la población indígena fue en

verdad muy elevada debido a las matanzas, epidemias, lo cierto del caso es que es sobre las formas de un saber indígena que comienza a adquirir sentido ese otro saber para el cual los frutos, las montañas, la geografía, eran completamente desconocidos. En adaptarse, entonces, a ese saber consistió por parte de los españoles el proceso histórico de los primeros decenios de la Conquista, inclusive por una simple necesidad de subsistencia.

Esto es lo que un cronista como Cieza de León pone de presente al describir su encuentro con estas culturas de Antioquia: las grandes sementeras, las fábricas de mantas, la artesanía, hasta la existencia de hermosísimos jardines. Condiciones, podemos decir, que tantas veces se olvidan en el momento de replantear estas etapas históricas, ya que la vida indígena se remite mentalmente a formas primitivas, a una economía simple, etc. ¿El *obstáculo de la pereza* que nos recuerda Bachelard?

Porque el hecho de que Antioquia no figure en el mapa arqueológico es buena prueba de la desfiguración a que los tradicionales conceptos culturales conducen cuando se los sigue utilizando a través de la mirada colonialista: ¿qué decir, por ejemplo, acerca del poporo de oro —verdadera obra maestra de cualquier época— encontrada cerca a Yarumal?, ¿qué decir del nivel estético de la cerámica de Dabeiba y Mutatá?, ¿cómo asegurar que Antioquia no existió teniendo en cuenta la red de caminos que la comunicaban con Centroamérica?, ¿cómo ignorarlo conociendo sobre el intenso comercio que se daba en esta zona del país?

Lo paradójico es que los historiadores que hablan aún de la Conquista como la llegada de la luz a estas oscuras regiones, de soslayo casi admitan la existencia de grandes núcleos de población indígena, de grandes poblados, de complejos sistemas de riego como en los zenúes, de un modo de producción de mantas, cerámicas, así como de un gran intercambio de productos agrícolas, oro, etc. Es el caso del algodón, como bien lo señala Víctor Manuel Patiño: producto nativo cuyo tratamiento, beneficio, producción estuvo aún después de la Conquista en manos de la población indígena. ¿De dónde, entonces, esa falsa visión que presenta al conquistador ricamente vestido mientras el indígena aparecía desnudo?, ¿no fue lo contrario?, ¿no estuvo el conquistador persiguiendo los depósitos de mantas para poder vestirse?¹

¹ N. del A.: "En el alto Riosucio, que como se sabe pertenece a la Cuenca del Atrato, había provincias algodonerías especializadas: Chinunchú, hermano y súbdito del Nutibara, le tributaba a este mantas de algodón, al pie de la sierra de Abreba (Abibe) en el alto Riosucio se cultivaban algodones y se hacía ropa fina" (Aguado citado por Patiño, Víctor Manuel (1980). *Plantas útiles de Colombia*. Editorial Colcultura, p. 252).

La importancia del territorio antioqueño, especialmente de la parte norteña habitada por catíos, nutabes y tahamíes, como áreas y beneficio del algodón, aunque conocida por los primeros expedicionarios españoles a partir de 1536, se reveló en todo su valor con motivo de las campañas de Gaspar de Rodas y Andrés de Valdivia. En la de este último en Guarcama, encontraron grandes algodones irrigados y el uso de telas de algodón blancas y de colores.

El problema, sin embargo, necesita ser enjuiciado, tal como hemos dicho, sin caer en *americanismos*, en esa supuesta exaltación del indígena contra lo español que, en países como México o Perú, condujo a caricaturas culturales lamentables. Lo importante es poner en claro lo que existía ya a la llegada de los españoles: una serie de vías a lo largo y ancho del territorio por medio de las cuales se comunicaban con el norte y con el sur, tal como lo pone en evidencia la cabeza maya encontrada en un río de Urabá. Por estas vías y no solamente *abriendo trocha* penetró el conquistador, quien encontró unas sociedades basadas en una economía ya muy compleja en cuanto a la producción se refiere. Para sobrevivir debieron adaptarse a un renglón alimenticio, el maíz, las variedades de papa, así como la gran variedad de frutales, lo que se convirtió en la base de la alimentación, ya que el tipo de cereal traído de España, por las malas condiciones de la tierra, era de pésima calidad. A comienzos del siglo xx desaparecen casi en su totalidad los cultivos de cebada y trigo en el territorio antioqueño ante la preferencia de la población por el maíz. También, un producto cultural como la chicha, va a jugar un papel importante en este choque de culturas: hasta hoy, inclusive, las tierras colombianas no parecen aptas para el cultivo de la vid, para el proceso del vino. Imaginar a centenares de españoles de marcado origen popular vivir durante meses sin el aliciente de un licor sería algo demasiado simplista, algo que la solemne *historia tradicional* ha escatimado por lógica al considerar estas actitudes de vida como algo vulgar. Pero en la medida en que se restituye la crónica de la vida en esta relación con la costumbre inmediata, comenzará a tener sentido una historia y empezarán a aclararse hechos, a descubrirse continuidades que explicarán la conducta del presente.

El comercio de mantas, que se extiende a todo el período de la Colonia a través de la mita, pone de presente la existencia de un tipo de economía en la cual los grandes talleres de tejidos señalan la presencia de una economía muy compleja en la que todo tipo de estrategia de subsistencia había sido ya completamente superado.

Lo indígena va, pues, a prolongarse a través de un saber cuyos intangibles términos serán absorbidos por el conquistador y posteriormente por el colono: lo encontraremos en los ritmos de la música, en las técnicas de construcción, en las toponimias, ya que el sincretismo que se produce tempranamente tiene una causa muy definida: el rápido empobrecimiento de la sociedad dominante.

Y en este sentido, específicamente en Antioquia, la sociedad colonial va a tener dos planteamientos: un tipo de asentamiento urbano como el de Santa Fe de Antioquia, en el cual van a estar presentes todos los esquemas culturales y políticos que caracterizan a una cultura de dominación, esto es, un trazado urbano, un tipo de arquitectura con una simbología característica: valoración del monumento, beligerancia de los signos impuestos, etc.; y otro, el ejido en Rionegro, que mostrará

un proceso diferente a través de una metamorfosis gradual de esos elementos: la presencia de materiales de construcción autóctonos irá generando poco a poco unos sistemas de construcción nuevos, tal como lo muestra el tratamiento que se da a los techos y envigados. El tipo de asentamiento minero fugaz, como el de Remedios o Zaragoza, jamás logró desarrollarse por la inclemencia del clima o los sucesivos agotamientos de las minas ante dificultades de tipo técnico y porque lo que allí prevaleció no fue el esquema impuesto sino la respuesta de un nuevo conglomerado humano cuyas manifestaciones desconocemos en la medida en que aún no hacen parte de lo que llamamos *historia*.

¿Qué sucedió durante los siglos XVII y XVIII en que el empobrecimiento es total y Antioquia desaparece prácticamente del mapa político y social? Creo que es aquí donde reside la clave de este proceso regional, ya que al desaparecer el peso violento de la cultura y de las instituciones metropolitanas se inicia una metamorfosis —típica de toda cultura de frontera— cuyo alcance va a describir de modo magistral Tomás Carrasquilla en *La Marquesa de Yolombó*, proceso de unas instituciones que necesitan adaptarse a una realidad, proceso de unas costumbres que erigidas en símbolo de dominio de clase van a ser absorbidas lentamente por esta otra forma de vida ante la necesaria convivencia con esas otras formas culturales despreciadas en un comienzo, pero que desde su propia circunstancia acaban por imponer la pauta de su saber: una planta medicinal, la resonancia de una música, la expectativa de una relación sexual planteada bajo los términos de una transgresión, etc. Pero, sobre todo, ese terreno donde todo verdadero proceso alcanza una concreción: el lenguaje.

¿Por qué no existen en Antioquia las llamadas capillas doctrineras, las capillas pozas? De soslayo —como lo señala Álvaro Tirado— logran encontrarse cifras de población que nos hablan de cerca de 300.000 indígenas, ¿pero cuántos negros llegaron a establecerse de manera que ya en el siglo eran mayoría sobre la población indígena?

Uribe Ángel señala la existencia en la actual Heliconia de un grupo numeroso de población indígena dedicado a la explotación de la sal, ¿por qué entonces solo se da el año de 1831 como fecha de fundación? La búsqueda de una identidad encuentra en este dato discriminatorio algo muy preciso: poblador, habitante, lo era únicamente el español, y se considera tan solo como población a aquellos lugares en donde han comenzado a tener vigencia los símbolos religiosos y políticos de la metrópoli española.

¿No es esta la característica de la ideología de la época? Recordemos que durante casi un siglo, la Iglesia discute el hecho de si el indígena tiene o no alma, y esa misma pregunta se hace sobre el negro. Restrepo Eusse señala cómo en los siglos XVII y XVIII solamente llegaron a Antioquia quince mujeres españolas: ¿qué sucedió

entonces? La Sacramento de *La Marquesa...* nos habla, por primera vez en nuestra historia, a través de un rostro específico, cómo el personaje al cual la Iglesia no le ha concedido alma, esta se la ha concedido la genialidad del escritor. Y es en la sabiduría de este personaje, en sus palabras, en donde está presente la verdadera historia que una ideología trata de negar, esa que prolonga y hace duradero el lenguaje vivo. Porque el lenguaje, al aceptar la vida, al ser mediatizado por la resonancia de las cosas, al dar paso a los sueños propios, está instaurando un nuevo espacio, un nuevo orden de significados: desde Anzá hasta Sabanalarga esto se hace evidente cuando, lentamente, el mismo orden arquitectónico se va plegando ante el embate de esta metamorfosis en la que aquellos dos términos de lo “culto” y lo “popular” desaparecen para convertirse en una nueva instancia verbal: la vieja palabra castellana pierde su resonancia metropolitana y acepta esta nueva relación semántica, los viejos romances pasan a ser la palabra de bogas y arrieros, así como las canciones infantiles convierten al Rey y a la Reina en figuras caseras.

Por eso es preciso señalar no solo la dinámica característica de todo proceso social, sino el sentido mutuo de apropiación que llega a existir entre dos términos culturales antagónicos. Y por eso hablamos de una metamorfosis, ya que el resultado es un producto completamente nuevo, del negro cuya memoria cultural es africana, del ancestro indígena y de la cultura española sometida a este proceso de adaptación, al poder de una naturaleza avasallante.

Al inscribirse en el lenguaje estas sensaciones, al vivir en las palabras estas resonancias, ya se ha creado un verdadero suelo cultural en el cual un hombre llega a reconocerse a sí mismo y a reconocer un compañero. De este modo, se habla de grupos étnicos, de pueblos identificados en un proceso común, y esto es, en el caso de Antioquia —antes que gratuitas consideraciones de *raza*—, lo importante a señalar.

Fuente: Gómez Ruiz, D. (1987). Introducción. En *Proceso de la cultura en Antioquia*. Colección Autores Antioqueños, pp. 15-28.

DARÍO RUIZ GÓMEZ

Profesor de la Universidad Nacional de Colombia (Sede Medellín). Se ha destacado como crítico de arte, poeta, cuentista y novelista. Algunas obras suyas son: *Para que no se olvide su nombre: cuento* (1966), Universidad de Antioquia; *Puertas, ventanas y portones* (1971), Holasa; *La ternura que tengo para vos* (1974), Monte Ávila Editores; *Señales en el suelo de la casa* (1974), CC de Pasto; *Hojas en el patio* (1977), Instituto Colombiano de Cultura; *Geografía* (1977), Elsa; *De la razón a la soledad* (1977), Universidad Nacional.

Luisa Isabel Aguilar

(Yolombó, 1941)

HORTENSIA

Su nombre de flor siempre le molestó, porque la hortensia le parecía bonita por su volumen, pero fea por su color.

Había nacido signada. No por el signo, pues era Tauro, y Tauro era un signo estupendo de la excelencia, bajo el cual solo nacían genios en cualquier campo de la actividad humana, como Marx, por ejemplo. Y para qué mencionar otro. Había nacido signada con el nombre que don William, su padre, le puso.

A Hortensia nunca le gustó y un día le dijo a don William: Papá, a mí no me gusta mi nombre, ¿me lo puedo cambiar? Su papá se quedó mirándola, toda gordita como era, redondita, muy parecida a una hortensia y, además, estaba vestida, para colmo de su desgracia, con un vestido de color hortensia.

—¡Uh! ¿Cambiar? ¿Y qué nombre se piensa poner mijita? A ver, ¿cuál otro le cuadraría?

—Por ejemplo, a mí me gusta mucho Patricia, o María Teresa.

—No, corazón, ¿no se ha dado cuenta que su nombre tiene que empezar por hache? Claro que se lo puede cambiar muy fácil. Vamos a la notaría y ya.

—¿Entonces Helena?

—¿Helena? Usted fue que se volvió loca, mijita. Helena nos va a recordar a todo el pueblo el día de la toma para los guerrilleros, esos bandidos que les dicen elenos. Aunque no se escriben con hache se pronuncian lo mismo. No mijita, nombre de guerrilla, no.

—Entonces Herminia.

Hortensia se puso a llorar pues ya veía su causa perdida para siempre.

—¿Herminia? ¿Pero acaso no se acuerda que Herminia Villegas nos traicionó? Que se puso a contarle a todo el mundo que dizque en la época de la muerte de Gaitán estaba en la ruta de su hermano Chuco. No mijita, olvídense, por Herminia, no. A ver ¿cuál otro?

—Hermelina, pues.

—¿Hermelina? Hermelina se llama la hermana de Vira o sea que ya hay una con ese nombre, para qué vamos a quedar igual.

Hortensia se puso a llorar en su impotencia pues no le quedaba ni un solo nombre para su propuesta y tuvo que quedarse con el nombre que su padre y su madre le habían escogido y que la signara hasta la muerte. Se resignó a llevar su nombre, pero tuvo que acopiar coraje para soportar su vida de infortunio y de calamidades permanentes.

* * *

Cuando su mamá murió, ella apenas había cumplido once meses y no se acordaba de nada, y todos le contaban su propia tragedia que ella nunca sintió como tal, pues el reemplazo de su madre fue su tía abuela, una mujer muy fuerte que decía siempre:

Yo soy Dolores Carrasquilla Vásquez Naudín Ponce de León y por lo tanto tengo sangre de español.

Doloritas había nacido en el siglo anterior, año 1868, y se sentía feliz, no solo de ser la madre de Hortensia, sino también de Bernardo, el hijo mayor de don William. Los dos fueron siempre más que sus hijos, pues siempre se jactó de ser una mujer blanca. En la guerra de los mil días, de 32 años, tuvo la oportunidad de perder su virginidad con algún soldado, pero no había uno solo que le gustara o que fuera tan audaz para conquistarla con ternura.

Hortensia no tenía, pues, ninguna tataraputa de madre de reemplazo. Tenía más bien a una mujer que era, más que un putas, una putas, derechita, corajuda como ella, y pecosita con abolengo, con pedigrí y pergaminos de lujo y apellidos rancios. Como si fuera la misma Marquesa de Yolombó.

Hortensia vivió y creció en San Lorenzo de Yolombó sin muchos problemas, en la casa de mamá Luisa, su abuelita, con Doloritas y con Bernardo, su hermano mayor, quien ya había cumplido 11 años al morir su madre y fue también, como su papá, un hombre a carta cabal, muy bien plantado. Se graduó de abogado muy joven. Jorge Eliécer Gaitán, el caudillo, como Ministro de Educación de López Pumarejo, le firmó su diploma.

Hortensia se casó a los 19 años. Su novio se llamaba igual que su padre, William, y era hijo de don William Muralla, un señor bastante admirado, y su matrimonio prometía ser uno de los mejores del pueblo. Y lo fue en realidad, hasta la muerte de William Muralla, asesinado a los seis años de aquel matrimonio tan feliz. A William lo mató un infeliz a la salida de La hermosa de la manera más cobarde,

ladina y taimada, y en definitiva lo mató paviao. Hortensia, ese día de la muerte de su William, con dos meses de embarazo, recibió la noticia como se recibe cualquier otra mala.

Ensiló la yegua Gasolina y se fue a buscar a su marido. Lo encontró cadáver con 86 perdigones regados en los brazos, pecho y rostro. Primero encontró a Carablanca, el caballo de William, que se llamaba así por el tango de Ignacio Corsini y que pastaba a diez metros del cadáver de su amo. Hortensia, muy tranquila, le tomó el freno y dejó que la guiara donde estaba su marido muerto.

Era su cuarto embarazo y su cuarto hijo. Cuando nació, a los siete meses de la muerte de William, un 4 de abril, ella estaba muy feliz y se aferró a su hijo. Lo llamó Carlos por Carlos Marx, quien era de Tauro como ella.

Le dijeron siempre Caliche, nombre de roca calcinada, tal vez así reutilizan el apellido Muralla en su nombre y tienen que decirle Carlos Muralla. Caliche fue siempre el amor más tierno de Hortensia y en él desplegó todo el que no le pudo dar a William después de su muerte.

Un día, cuando ya había cumplido cuatro años, el cuatro de mayo, Caliche jugaba detrás de una tractomula. Hortensia oyó el chirrido. Salió y recogió a su hijo en papilla, de una manera más acostumbrada ya por su vida de tragedia.

* * *

Hortensia se dedicó a beber. Y bebió tanto que los tenderos vivían con el surtido para esperar su llegada a pedir una botellita de Ron Medellín. Pero todo el trago que bebió en su vida no pudo ni siquiera jugar las penas que tuvo hasta la muerte de Caliche, ni las que tuvo después.

Cuando la mayor de sus hijos tuvo catorce años, llegó un día y le dijo que estaba embarazada. Hortensia, con toda la tranquilidad, le preguntó que qué iba a hacer, y Lucero le dijo que ella siempre, desde que tenía trece, quería tener una hija y que no iba a desperdiciar la oportunidad.

—Pero sin casarse, no mijita, se casa porque se casa. Y Lucero se casó.

Nació la niña y se llamó Lina. Y Lina se convirtió en la adoración de Hortensia, como para reemplazar todo el amor del mundo que se le quedó para darle a Caliche.

El día que murió Hortensia, a los 42 años, se levantó muy temprano a buscar su botella de ron para los tragos que siempre hacía a las seis o siete de la mañana. No

pudo encontrar la botella por parte alguna. Su hijo Claudino, el menor, había creído que si metía la botella en el tanque del agua Hortensia nunca la iba a encontrar, como en efecto sucedió.

El médico certificó que Hortensia murió por falta del ron que Claudino le escondía con la intención de hacerle un favor a su madre. Ignoraba la posibilidad de una muerte triste, la muerte temprana de una mujer con posibilidades de grandeza.

Bogotá, 1989.

Fuente: colaboración inédita de la autora para esta edición.

EL INALCANZABLE PAÍS DE ORO MACIZO

Para don Gonzaga estas tierras por conquistar y domeñar eran un país exótico y dorado, inalcanzable y perseguido. Eran las tierras de la salvación y del oro macizo.

Cuando llegó a las estribaciones del macizo, donde debía descansar con su tropa adolorida por el trasiego, encontró los primeros indicios de la presencia del metal que creyó más hermoso que el sol, más brillante que todos los astros y aún más bello que la misma sabiduría. No pudo andar más, debido a la felicidad que lo consumía hasta dejarlo exhausto en el sopor del ensueño dorado, como si fuera un dulce animalito, ya calmado después de entregar sus energías al retozo de la noche de amor.

Durmió tres horas que le parecieron veinte por la frescura de sus párpados ardientes, alargados con los sueños felices del atardecer de oro. Había dormido despacio, en un lento y profundo recorrer de la ruta de su vida de aventuras y de indómito. Dio al despertar la orden impostergable: “A arañar la tierra y sacar el sol”. Los hombres empezaron a cavar sin clemencia y don Gonzaga no tuvo tampoco piedad de sus manos de caballo trashumante.

De pronto, cayó una flecha en el hoyo donde el más avezado de sus cabecillas cavaba. Era una flecha blanca, pintada con el zumo de una planta exótica de estas tierras impredecibles y tambaleantes. El cabecilla tomó la flecha y la enterró en el montoncito cercano a su hueco. A la segunda flecha, don Gonzaga, asustado, mandó parar la operación y se agazapó con su gente detrás de un matorral, a la espera de la tercera flecha blanca. Apareció la indiada alegre a tapar los huecos uno por uno y a recuperar sus flechas perdidas. No hubo combate, porque el oro para don Gonzaga era lo más importante. Decidió más bien hacer seguimiento a los indios. Llamó al cabecilla principal: “Vigila todos sus movimientos hacia el oro”.

El cabecilla se fue con tres hombres entrenados en seguimiento de aborígenes. Con mucha cautela vieron desfilar la indiada hasta el río del oro, en donde empezaron a sacar arena con las manos y a cantar con voz de jilgueros adormilados.

De tanto esperar alguna señal que los condujera al oro, los tres hombres del cabecilla se habían dormido. Después de tres horas de labor arqueológica de los indios, la arena blanca comenzó a brillar como oro puro y despertó a los tres pisteros de un solo abrir de ojos, quienes sin ningún despiste habían soñado lo que ocurría a la orilla del río. El cabecilla, aturdido con el oro, alcanzó a increpar a su gente, pero lo hizo con una debilidad de varón inconsecuente y sin que ellos se dieran cuenta de la razón de su enojo.

Don Gonzaga recibió la noticia con desconfianza, dudó de la certeza, con una duda metódica de filósofo medieval, pero se dirigió sin prisa a ver su maravilloso dorado. Tuvo que detenerse ante los hombres del cabecilla, quienes seguían alelados ante el brillo del oro. Parecían lechuzas estrafalarias con sus ojos hipnotizados y mudos, casi sordos, cuando don Gonzaga lanzó: “A por el oroóóó”. Los tres hombres recibieron el grito como la espuela de un jinete embravecido y se lanzaron contra los indios en denuesto alucinatorio. Don Gonzaga los siguió con los demás hombres.

La batalla fue un delirio, pero un delirio efectivo. Los pocos indios que sobrevivieron tuvieron que huir para no recibir más golpes de gracia invasora. Don Gonzaga, muy contento porque apenas tuvo dos bajas en su tropa, ordenó tirar al río a todos los hombres sin vida y se dio a la labor de envolver el oro en las mochilas dispuestas para el efecto. Pero ocurrió algo extraño que solo fue percibido por los invasores un poco después.

Cuando cada hombre muerto era lanzado al río, principiaba a renacer como si el agua fuera de resurrección evangélica. Cada hombre, con toda su alegría recuperada, nadaba hasta la orilla contraria varios metros abajo de la veta del oro, menos los dos hombres de don Gonzaga. Estos fueron carne de alimento de los peces del río, después del aturdimiento producido por la especie de peces aguerridos ante la carne nueva y blanca, cuando habían comenzado a resucitar.

Don Gonzaga estaba tan encantado con su oro enmochilado, que no sintió de inmediato las flechas blancas que les llegaban con la brisa del río, que él bautizó San Lázaro. Entonces se dio cuenta de que todos sus hombres yacían sobre la arena blanca con sendas flechas blancas en el corazón. Fingió caer herido por la última flecha que los indios lanzaron. Se durmió luego en un sopor insoportable. Tres horas después despertó sin fatiga y pudo tirar al agua a cada uno de sus hombres, de los cuales la mitad pudo resucitar del todo al evadir a los peces invasorícidas y aturdidores.

Pero el oro había desaparecido durante su sueño irresistible. Entonces exclamó, en una amargura de conquistador arrepentido: “Este país de oro macizo es inalcanzable”.

Bogotá, 1990.

Fuente: colaboración inédita de la autora para esta edición.

QUICHE

Le puse Quiche porque parecía un canto quiché del siglo xx cuando cantaba y bailaba. Le había visto en festivales, con los manantiales de paz de sus mensajes musicales. Rubia y negra, una mulata abierta y enorme, profunda y bruja, bruja de las buenas, por supuesto.

En el último festival en que la oí cantar y la vi bailar, me llegaron sus ondas de bruja de una manera rectilínea y profunda. Las brujas nos comunicamos siempre así. En uno de sus conciertos me atreví a abordarla después de su salida en escena y la felicité por su actuación. Su acompañante en el camerino, un hombre blanco, enorme y de inteligencia desbordante, la besaba con gran ternura. Le pregunté si ella era negra y me dijo: yo la veo blanca. Ella aclaró: mi madre es negra. Poco saben los hombres de brujas y de la raza de las mujeres.

En el coctel de despedida del festival estaba con un vestido dorado y negro con arreboles y danzas en la falda. Se quedó perpleja ante mi mirada de hadita, cuando le dije: ¡Qué susto! Entonces pidió un papel y un lapicero y escribió: “No te asustes, si te marginas no encontrarás la felicidad, te necesito: Quiche”.

Quedó escrito: No puedo alejarme del enjambre de brujas mulatas, zambas y mestizas que convocamos los aquelarres del amor, los festivales de ternura y las panaceas de paz en la comuna universal de las galaxias. He aprendido algo más sobre la vida y sobre el sol en las noches y medianoches. Gracias, Quiche.

Bogotá, 1990.

Fuente: colaboración inédita de la autora para esta edición.

Ocho

Cabrones del gazapo
se metieron en las babas
cabrones de la noche en mordedura
para qué nacieron sin sus madres
en ciernes detritus de cenizas.

Zorrillas como las brujas más amargas
sin aquelarres ni conjuros
sin mueca de dolor
con un helado en cada mano
para mojar la metralleta.

Malgastan escenarios
construyen adefesios
aterrizan en el coro del pantano.

Conjuro sus maldades en mi verso:
cabrones condenados
malos blacamanes
martilleo sus sepulcros
con puntillas de mis llantos
de mis muertos y sus lumbres.

Fuente: Aguilar, L. (1995). *Resurrección en Quásar. Poemario 1989-1990*. Luchas E.A.T., p. 18.

Veintinueve

Te encontré entre los abrojos
apenas eras un pedrusco
te tomé entre mis ardores
parecías un arcángel pálido.

Te llevé a mi mobiliario
desenvolví mis apariencias
sin enigmas
sin presagios.

Creció tu pedrería
con mis ansias:
en la frente
me puse las turquesas
diamantes en mi risa
granates en la piel
mi cintura quedó ceñida
de cristales ahumados.

Empecé a caminar
con sandalias cuarzo rosa
para los futuros a tu lado,
amor, no prescindas de mi arrullo.

Ven a Quásar
seremos deidad.

Fuente: Aguilar, L. (1995). *Resurrección en Quásar. Poemario 1989-1990*. Luchas E.A.T., p. 39.

Sesenta y cuatro

No encuentro el corazón
que de cuarzo y alegría
vivifique mi tristeza,
hallo solo al dios de corazones
rojo o negro de las cartas más marcadas.

La deidad bicéfala de mi corazón
está agazapada en mis entrañas
prisionera de congojas y nostalgias
aletargada de la amarga primavera
sin deshielos y sin un reverdecer
espera los destellos
que insensatos arrancaron
de la senda de alegrías.

Hoy mi pecho halla los augurios
para devolver al corazón
sus rebaños y manojos

de emociones grandes y prolijas
para alcanzar con su Dios
las galaxias de la vida
y retornar al camino
a las alegrías
de los luceros del amor eterno.

Fuente: Aguilar, L. (1995). *Resurrección en Quásar. Poemario 1989-1990*. Luchas E.A.T., p. 76.

Plaza de la Veracruz

Compro en la noche un amor
como la callejera de revés.

Mi dinero no claudica
oferente subo el precio
de la ternura ajena.

Pido las clemencias
hago premoniciones.

Nadie me escucha
ni una sola persona
quiere mirarme
como si la magia no existiera
como si Cupido hubiera huido
de todos los atardeceres.
Sigo sola, persigo al otro
todavía balbuciente,
retardo de mujer
precocidad de niña.

Regreso del infierno.

El amor no es una baratija.
La soledad es mi guarida.

Fuente: Aguilar, L. (2005). *El brío de la mariposa. Poemas*. Ediciones Luchas E.A.T., p. 114.

Mujer-Vacío

Es la solitaria y
la mendiga.

Atraviesa la plaza entre la muchedumbre.

Quisiera hallar respuestas en el cielo,
al vacío de sus vaguedades
al silencio que dejó el amor.

Pobre mujer de ojos de lechuza,
tiene el alma como las esponjas.

Pobre mujer en flor de edad.
Ni siquiera un vaticinio rompe sus esperas.

Es un vacío que nadie llenará.

Fuente: Aguilar, L. I. (2005). *El brío de la mariposa. Poemas*. Ediciones Luchas E.A.T., p. 115.

Masacre

Siento el pavor
de sus manos deshabitadas
de sus pieles extinguidas
para siempre

veo por los ojos de sus hijos
a los monstruos

recojo
el eco de sus últimas palabras

y trato de hablarle
a los hombres
con su voz.

Fuente: Aguilar, L. I. (2005). *El brío de la mariposa. Poemas*. Ediciones Luchas E.A.T., p. 125.

LUISA ISABEL AGUILAR

Poeta, escritora y gestora cultural. Es economista de la Universidad del Valle; también estudió en el Instituto de Ciencias Sociales de Moscú y en la Universidad Nacional de Bogotá. Profesora de economía, investigadora social y promotora cultural de diversos eventos de poesía. Como funcionaria pública ocupó los cargos de jefa de la Oficina de Planeación del Ministerio de Cultura y de Directora de Intendencias y Comisarías del Ministerio del Interior. Ha publicado los libros: *Resurrección en Quásar. Poemario 1989-1990* (1995); *El brío de la mariposa* (2005) y *Cerca de las musaendas* (2011). Asimismo, poemas, cuentos y crónicas aparecen publicados en libros colectivos, en revistas y periódicos. Algunos poemas han sido traducidos al alemán, al ruso y al inglés. Ha realizado lecturas de sus obras en Ecuador, Alemania, Nicaragua y en varias ciudades de Colombia. Participó en el Festival Internacional de Poesía de Medellín en 2009. Desde 1995 asiste al Encuentro de Poetas Colombianas en Roldanillo, Valle.

Alberto Ibarbo Sepúlveda

(Amalfi, 1942-Amalfi, 2022)

Cantemos la patria

Yo quiero las palabras simples:
hombre,
verdad,
sencillamente,
con un sentido fraternal que llene
los rincones oscuros de la tierra
donde la muerte construye embarcaciones
y la infancia sin drogas agoniza
soñando golosinas y domingos.

Cantemos una patria sin fronteras,
sin flores de plomo en los caminos,
ni rosas de sangre en las espaldas.

Llenemos de naranjas nuestra nave
y cantemos luceros en los puertos
donde esperan las madres y las novias
con un sesto de besos en el alma
o miran el azul definitivo
con cuchillos de sal en las pupilas.

Llenemos la tierra de raíces
para que se llenen de frutos nuestras manos,
sembremos amor humildemente
como se siembran espigas en el campo,
y un día de canciones fraternales
gritaremos que las mesas se curaron
con sonrisas de pan
las cicatrices.

Agonía de la tarde

Gratas colinas
que van desde mi párpado
al recuerdo;
senos verdes
donde bebo
la leche de mi asombro.

La campiña me respira
y la respiro,
hondo pulmón de arado,
corazón de savia
donde la tierra calla en raíz
para gritar en fruto.

Desde lo alto del verano
los pájaros picotean con su trino
las almendras del silencio,
y allá donde la noche empieza,
esclava circular
de un mismo vuelo,
la puerta de golpe ya se esfuma
en la memoria de su propio giro.

Y es que la sombra
va borrando
las últimas espigas de la luz,
mientras la tarde
rumia lenta su agonía
en el ojo manso de los bueyes.

Todo, todo,
se hunde en la penumbra...

Sólo una estrella
me salva del naufragio.

Amor pagano

Mirándose al espejo la núbil curvatura
que comba en sus dos senos delirios de mujer,
sintió que dúctil duende con manos de premura
huía deleitoso llevándose el brasier.

Romántica y altiva, felina su estructura,
hipnótica en el beso, incendio en el querer,
miró por la ventana la luz de la llanura
llegando hasta su sexo en lenguas de placer.

Marchamos hacia el lecho, la voz entrecortada...
la noche de su pelo cayó sobre la almohada
y en múltiples ojeras huyó el atardecer.

Al reino de la dicha su mano me condujo...
y halló mi fe pagana, en gloria de su embrujo,
silencios que se cantan y gritos en la piel.

Confesiones de un viejo

“Mira en mi rostro
la rúbrica del tiempo,
lenguaje de cosas esfumadas
adheridas a la piel de mi recuerdo;
mi cabeza está nevando
soledades
dolorosamente antiguas;
ya en mis ojos
—espejos en trance de agonía—
Una lágrima seca está llorando
Mis hondos funerales.

Escucha mi voz
de pálidos metales,
borrosa y lenta
como un rostro lejano
que la memoria no precisa.

Guiones de silencio
eslabonan mis palabras,
puntos suspensivos
que calla mi cansancio,
pequeños sepelios
perdonando
mi próximo latido.

En mis manos,
oscuros calendarios
mueren cada noche,
como si un viento ineluctable me dictara
sus códigos de sombra,
y en mis labios,
donde el amor dejó sus lápidas de olvido,
se arruga la edad de los caminos
que un día
me llevaron hacia el beso...

Pero aún vivo y tengo miedo
de mañana no ver la primavera,
el niño que sonrío,
la luz que se desnuda...
temor de no escuchar
la brisa diciendo sus arpegios,
el trino hilvanando madrugadas,
el evangelio del agua cuando cae".

Sus pretéritas pupilas
se clavaron en mí
como dos penas...

el viejo se alejó con paso tardo
como si cada pie rememorara un viaje...
y me quedé mirándolo...
mirándolo...
temiendo ser yo quien se alejaba.

El ocaso del tigre

Por la tétrica selva donde el viento rumora
y pisando el silencio de la inédita playa,
pasa el tigre expectante y la luz se desmaya
en la piel del felino que la lumbre decora.

Se desnuda la sombra y en la brisa que calla
hay un dejo de zarpas acechando la hora;
un relámpago cruza y el follaje se dora
en bengalas que alternan como en una batalla.

Se despierta el bosque y se escucha un rugido
palpitando en el eco que se aleja aterido
despertando montañas que a lo lejos expiran.

Ha caído en la trampa que le armó un campesino
y en un vértigo triste como en un remolino
se le apagan los ojos y las garras se estiran.

El tigre de Amalfi

Por la fértil vereda con fulgor de horizontes
donde el águila vuela con el sol en las alas,
va subiendo la lumbre su rosario de escalas
y se ven las montañas cual gigantes bisontes.

Un elástico tigre emperador de tus montes,
sigiloso y altivo con la zarpa en acecho,
vigilante se esconde y en la piel del barbecho
va tatuando la tarde su dolor de sinsontes.

Desde un tronco ya viejo que la cumbre vigila
devorando el paisaje con la inquieta pupila
electriza penumbras de la noche que empieza.

Gladiador de tus montes con salvaje sadismo,
un torete desgarrador y en sus ojos de abismo
complacido se mira y satisfecho bosteza.

Imágenes del miedo

Llaves de terror
clausuran las palabras.

Heridas como poros
invaden los instantes,
labios que muerden
su silencio
y espejos sorprendidos
donde el crimen
maquilla funerales.

Ya la vida es epitafio
en cada ojo,
oscuro calendario
donde la muerte fija
sus fechas imprevistas
para colgar del miedo
relojes iracundos,
pupilas indagantes
y gritos masacrados
que doblan su follaje
sobre la voz que cae,
mientras el párpado
obligado
sepulta las imágenes.

Manos conjugadas

A mi esposa

Me gusta mucho tu voz
de líquida guitarra
y tu silencio de vasija
cuando callas;
me gustan
tus grandes ojos claros,
tu cuerpo de luna permanente
y tu boca vegetal
en mis trincheras.

Me gustas,
amor,
porque llegaste
cuando yo era un río pavoroso
tragando puentes
y enterrando peces,
cuando era un grito
que buscaba el eco
y un camino descalzo
llorando en sus recodos
los pasos que no fueron.

Me gustan mucho
tus manos conjugadas
tejiendo la ropa
y el cariño

y sembrando amapolas
como heridas
sobre el pecho fraternal
de nuestro patio.

Me gustan mucho tus manos
porque le dan sabor
al pan de mi cansancio,
porque en tus dedos fluviales
tengo aldeas
con ríos azules en el alma
y estrellas que vuelan
por mi pelo
y diez caminos que me llevan
a tu vientre.

cuando quiero sembrar mi corazón
y mis banderas.

Septiembre de 1981

Maternidad

En su mirar de diáfana dulzura
un prelude infantil amanecía,
y el tallo de su vida presentía
otra sonrisa pequeña y pura.

A veces por la piel de su ternura
un llanto en esarpines le subía,
y en su silencio maternal se oía
tejerse un nido de sublime albura.

Después de rosa la tiñó el tormento...
y sollozando se durmió un lamento
al fiel arrullo que en su amor crecía.

Y al tocarse las ánforas del pecho,
sintió que Dios también junto a su lecho
en un parto de estrellas florecía.

Mientras crece tu ausencia

Octubre
te dirá
mis lágrimas.

Muchedumbre

La noche aúlla
en los lebreles.

La soledad
con su muchedumbre de silencios
me penetra.

¿Quién, como yo,
ha gozado
de tanta compañía?

Noche campestre

Húmedos
mensajes
de las ranas a la luna.

En un teclado verde
los grillos pulsan
monocorde rima.

Volátiles cocuyos
destejen la penumbra,
mientras la noche avanza
con su chal de estrellas.

Palomas de silencio

Era callado
y taciturno
como un túnel.

Su nombre nada importa.

De pronto,
cuando hablaba,
su voz era de caminos inéditos
y cancelados veranos,
me contaba de las flores
que jamás perfumaron junto al día,
de prostitutas
con el alma buena
y ladrones
con el alma honrada,
—estas son cosas
que no entiende el egoísta—
y así,
filosofando,
miraba con descuido las palomas,
las cafeterías en azul de colegialas
y al pasar el lechero

en la mañana,
su sed descalza lo seguía
como si una recua de niños enfermizos
atracara en su silencio.
Algo extraño circundaba
la vida de ese hombre.

Muchas veces
en la esquina de su angustia
fumaba el cigarrillo
de su espera,
en tanto que en su casa
sus hijos esperaban el pan
mientras su esposa
lloraba
remiendos en la ropa.

Yo lo vi caminar sobre la muerte
de unos zapatos
que agonizaron de pisadas,
y lo vi trasegar por la semana
buscando pan sin pan
hasta llegar de manos vacías
al parque del domingo,
y allí,
en la última banca de su desempleo,
lo sorprendió un lunes
con palomas de silencio sobre el hombro
y rosas de ceniza en la mirada.

Enero de 1978

Pregúntale al mar

En la fugacidad
de la arena,
escribí tu nombre...

Pregúntale al mar
por el olvido.

Rostros

Estoy hecho de distancias
dolorosamente mías,
de inútiles esperas,
de citas masacradas.
No sé si soy el rostro del dolor
o el dolor de cada rostro.

La loca de mis calles

Loca, muy loca,
va la loca...
parco el andar,
la voz cansada
y ojos imprecisos
en la súplica.
Poblada de piojos la cabeza;
color insomnio las ojeras;
incoherente la palabra.
Así va de su cambuche
a la basura
donde un concilio de moscas
se dispersa
y un retazo de pan
premia su mano
restándole estatura a su fatiga.
Castiga insultos
con látigos de ira;
hiere el silencio con sus gritos
y apedrea la noche
en las estrellas
que tiemblan en los charcos.
Luego busca la piel
de los espejos

para mirar su lengua de improprios;
lo añejo de su rostro,
los harapos de su angustia.
Y regresa de noche a su cambuche
con el hambre repetida,

la sed desahuciada
y esa oscura carcajada
con que ahorca
los pájaros del alba.

Regreso

Camino
despacio
mi recuerdo.
Vuelvo de niño
a los corredores de la casa vieja
y veo a mi madre
con manos de faena
cocinando el pan,
arreglando las matas y la ropa
o pensativa

como si le dolieran las distancias.
La tarde arruga en los tejados
el silencio de la hora,
mientras los pájaros
alegres
picotean
la pulpa del verano.
Retazos de olvido
dejan las arañas
en la vejez de las tapias,
y a un lado del viejo limonero
la pesebrera

donde mi papá dejaba sus caballos
piafando los instantes.
Alguien me llama...
y corro hacia la silla
donde mi abuela mecía
su edad y sus caprichos,
y empezaba a leerme,
con voz emocionada,
el alma de Porfirio.

Quebradas de mi pueblo

Desde las altas cumbres
de luz humedecidas,
allí donde el rocío
diluye sus cristales,
cantando libertades,
baja el agua.
Con su monólogo de piedras
diciendo otras edades,
negando distancias
y lunas naufragadas,
en el eterno fluir
de sus ondinas,
baja el agua.
Pero al llegar el invierno
con sus látigos,
golpea la roca sorprendida,
inunda silencios y llanuras
y ahorca geografías imprevistas
con sus manos en légamo
apretadas.
Mas si el verano
nos abre sus ventanas,
es paz que se remansa;
piel escrita
en sílabas de viento...
así va vitalizando surcos
y derramando vida
en cada grifo
cuando llega su líquida sonata
a los hogares.

Oscuridades

Cuando la oscuridad era bosquejo
de imágenes abstractas;
cuando las aguas agrupaban
ambiguas muchedumbres,
su tiempo sin memoria,
sus vértigos de arena.

Cuando un presentimiento de corales
cruzó el silencio de la sal viajera
y el eco, sin ser aún,
buscaba el grito.

Cuando el barro era preludio
de sílaba y espíritu,
el hombre, quizás, era un proyecto
palpitando en nebuloso caos,
al borde del instante...
metáfora inconclusa
o párpado de luz
abriéndose
al interrogante de su ser.

Este poema

Vestida de penumbras
siempre llego
pisando montañas
y ciudades,
donando miedos,
alargando instantes
y poblando de rosas negras
mis altares.

Pequeñas lunas
en tu sangre escribo,
viejos retratos en tu sueño cuelgo,
relojes muertos en tu afán sepulto.

Y caes en mi sexo
de rizada sombra
como un río en llamas
y te apago,
como náufrago
y te salvo,
como surco
y te germino.
Así me escribió la noche
este poema.

Fuente: colaboración inédita del autor, de su hermano Rodrigo y de los herederos de los derechos patrimoniales para esta edición.

ALBERTO IBARBO SEPÚLVEDA

Casado con María Eugenia Gil Zapata, con quien tuvo tres hijos: Julián Fernando, Andrea Marcela y Alejandra. Antes del matrimonio tuvo dos hijas: Beatriz Elena y Diana Patricia. Por la muerte de su madre, Graciela, asumió la crianza y formación de sus hermanos menores en apoyo de su padre Francisco Luis que administraba su finca, razón por la cual apenas estudió hasta segundo de bachillerato. Es autor de los poemarios *Relojes sin tiempo*, *Presencias de mi silencio*, *Los rostros de la noche* y *Ecos de la memoria*, que no alcanzó a publicar.

Rodrigo H. Ibarbo S.

(Amalfi)

BAJO EL TORNADO EN UNA NOCHE DE VERANO

A pesar de haber sido dichoso en familia, ese señor de pronto se vio al garete, titubeando entre las sombras porque sorpresivamente había sido expulsado de su casa una noche fatal de noviembre. Recuerdo que era lunes 26, caía torrencialmente un segundo diluvio universal. El fluido eléctrico se cortó en el preciso instante que un rayo seguido de un trueno espantoso hizo temblar la tierra. Y en seguida otro. Y después otro. Y otro. Y otro más. Los rayos se sucedían uno tras otro tan seguidos que parecía más una producción en serie maquinada por un leviatán desconocido apoderado del cielo, que concentraba todas sus fuerzas sobre la deleznable humanidad de ese infeliz, forzado a la intemperie por su esposa contrariada quizás por cualquier fruslería, como algunas veces suele suceder. Los arroyos corrían procelosos sobre la vía arrasando todo a su paso. Solo la intermitente frecuencia de los relámpagos que relumbraban hasta los confines de la tempestad disipaba las espesas tinieblas, haciendo visible el azaroso paisaje. Un búho silencioso permanecía especulativo escampándose en el dintel de la ventana de una casa de enfrente. Los demás animales, azorados y perseguidos por el miedo, huían agitados de sus cobijos anegados sin saber a dónde ir. Un frío punzante como alfileres calaba hasta los huesos. “Esto es insoportable, ¡bendito sea mi dios!”, exclamaba este paria hastiado de todo e imploraba también enajenado: “Soy un hombre bueno, ¿Qué habré hecho tan malo, dios mío, para que me castigues de este modo? Sé bondadoso, padre mío, ¿Por qué no me acabas de una vez? ¿Por qué este suplicio insoportable? ¿Así es como me proteges de todo mal y peligro con tu misericordia infinita? ¡Ay, no vale la pena vivir; que se acabe la vida ya, es lo que quiero!”. Casi desmayaba incapaz de resistir la insólita provocación.

Su esposa y sus hijos descansaban tranquilos, indolentes, en sus camas, resguardados de la tormenta, mientras el pobre mortal, aterido, titiritaba afuera y, sin control, castañeteaba tembloroso sus dientes. Recién infligida su pena, oía en su abatimiento los gritos alegres y las chiquilladas impasibles de sus niños que jugaban desapercibidos adentro, en su hogar. Tirado en el andén de su casa, apenas protegido bajo el alero achatado por la adversidad, el proscrito, cual usurero desesperado, trataba de aprovechar hasta el más mínimo canto de sus frazadas con las que antes fuera botado a la calle por la que hasta hacía algunas horas era su familia. Aniquilado, dejó caer

sus dos cobijas empapadas sobre la acera inundada y elevando los puños al cielo gritó agobiado por la angustia: “¡Vida maldita!”, esperando que su esposa escuchara su plañir y se conmoviera de su desgracia, siquiera por una noche más... Pero el intento fue inútil. La decisión inapelable de su mujer y los truenos ensordecedores impedían escuchar sus conmovedores lamentos. Pero la indiferencia era el alma de la adversidad y la adversidad era la certeza de la vida, por lo menos, en este caso no había discusión...

El abrigo insuficiente con que él contaba para protegerse del cataclismo escurría copiosamente, al tiempo que se esforzaba en vano en descansar, desmoralizado y abandonado, ahí en el andén, e igual que el frío tenaz como el turbión, la abulia de su familia despiadada arruinaba su ser indefenso reducido ahora por la intemperie eternizada por las circunstancias. Repentinamente el mundo, sin saberse cómo ni por qué, se transformó en una vorágine de horror que lo sitiaba; el drama que se le vino encima y las bajas pasiones lo fustigaron como mecanismo propio de resistencia, avivándolo a la lucha desigual contra lo imposible, lidiando con toda entereza para sobrevivir a la tragedia sin claudicar en su bravura, sin vacilar en su decisión. A pesar de su desahucio, comprendía que flaquear un segundo en esas circunstancias podría ser fatal para su destino. Definitivamente —al menos para él—, había llegado el fin del mundo. Era un titán atribulado, presa de los designios divinos, sin escapatoria alguna. ¡Estaba perdido! ¡Hasta dios se había escabullido durante la borrasca! Sin embargo, la porfía era su última baraja para definir el juego. No obstante, de lo que sí estaba seguro es que ese castigo brutal era inmerecido porque sus faltas eran nimias y no había proporción entre la ofensa y la expiación.

Nunca hubo otra noche tan implacable en la vida de un hombre. Hasta la humanidad huyó despavorida de la malaventura o, por lo menos, se había quedado guareciéndose quién sabe dónde, porque incluso la suya se deshizo en delirios pulsados frenéticamente por el odio y la venganza; pero lo más denigrante era la inhumanidad que albergaba su casa mientras él padecía, pobrecito, la crueldad del tiempo y el desafecto de los suyos, ahí tirado en el quicio de la puerta de su vivienda, esperando que, por mera compasión, lo hospedaran siquiera por esa noche horrible para desocuparles al día siguiente al rayar la mañana. En la calle no había un alma y su inmutable mujer, tirada en su cama, sin asomo de remordimiento alguno, por el contrario, con honda satisfacción, se disponía a dormir: “Ese malvado no merece otra oportunidad...”, rezó con morboso alivio en inaudible murmurio. Sin esperar más, se echó la bendición, le encomendó a dios el cuidado de su esposo para que no le pasase nada y se quedó dormida...

Hacía de telón de fondo de ese proscenio tenebroso un cerro descomunal, agreste. Un despeñadero vertical como un muro poblado de enormes árboles que se sacudían

violentamente, amenazando de forma aterradora venirse abajo con montaña y todo, sepultando todo el sector. El viento con sus voces fugaces era un monstruo hambriento que rugía dispersando la lluvia, en medio de un suspenso abrumador, sobre todo, cuando la intermitencia de los relámpagos desnudaba la cortina gris que se precipitaba sacudiendo el soberbio paisaje y averiando, asimismo, al hombre en su impotencia, haciendo de su arrogancia un piojo patas arriba, en medio de la borrasca...

Luego, ya antes del amanecer, el ciclón destruyó los techos de la casa, sorprendiendo a la familia que apenas dormitaba bajo su cobijo, dejándola expuesta, presa de la perplejidad y aumentando aún más el drama de aquel hombre abatido hasta los tuétanos, cuyo final inminente hacía más crudo el sufrimiento por causa de los gritos de angustia y confusión de su mujer y sus hijos, aleccionándole con ello que, por mucho que el ser humano padezca, siempre habrá extremos inasibles en los designios de la vida, lo que le hizo comprender, en ese instante, que eran preferibles los padecimientos suyos que ver su familia debatiéndose destrozada en el mismo escenario de su drama irreplicable.

Su esposa, escapando, salió en seguida de la vivienda destruida, clamando histérica su auxilio: "por lo que más quieras, mi amor, ¡ayúdame que me muero!". Arrepentida por lo que había hecho con su esposo, insistió en su protección: "hazlo por nuestros niños que se van a ahogar, ¿sí? Dime que sí..." Así, llorando desconsolada, volvió a ese hombre agotado a más no poder, que apenas si insistía en vencer la peor tragedia de su vida. Justo cuando se percató de que su familia, ya despojada de todo abrigo, padecía por aquel fenómeno inusual, impotente frente a esta situación irredimible, sus fuerzas flaquearon, su llanto no pudo más, los nervios crispados lo vencieron... y el pobre hombre se desplomó desmayado al pie del arroyo que bajaba precipitadamente por la cuneta, dejando a la deriva a los suyos... Sólo así, cuando ya no tuvo conciencia de sí, pudo aligerar sus penas y aliviar las de su familia. Perder el conocimiento fue la única salida airosa en la fortuita hazaña que parecía la última experiencia de su vida.

Con el albor del día, ya sin opciones de salvarse, su cuerpo ahí tirado a la vera del arroyo corriendo precipitadamente cuesta abajo, sucumbió en el delirio de su angustia, sabiéndose protagonista inmaterial en ese paisaje triste, desolado y frío, como si de golpe hubiese padecido la peor noche polar sobre una capa de hielo cuyo horizonte se besaba tímidamente con el firmamento deslucido allá a lo lejos. Era su alma vencida revelando la derrota...

Pero en medio de esa racha, los duendes líquidos avenidos súbitamente de la tempestad, obsequiosos lo auxiliaron esa noche abominada del lunes 26 de noviembre. En su auxilio, digo, los duendes lo incitaron a volver en sí, lo que

efectivamente sucedió despertándolo abrumado y temeroso en su cama, fastidiado al detectar que su lengua estaba seca, áspera y rugosa, tal vez por haber tenido la boca abierta por un buen rato, gritando el mutismo de su inexpugnable dolor. Luego se dispuso a humectarla con saliva para superar esa dificultad que le impedía hablar, tardándose algunos segundos. Asimismo, con saliva bañaba y ejercitaba su brazo izquierdo que a la sazón también estaba entumido, moviendo la mano con la torpeza propia del calambre hasta recuperarse plenamente. Hecho esto se vio rodeado del silencio y la soledad habitual de hombre soltero a los sesenta y tantos años. Jubiloso, celebró que aquel suceso infortunado no hubiese sido cierto: “Dios es muy bueno conmigo, ¡gracias dios mío!”, se repetía abyecto ante la fragilidad del ser humano. Y superada la desventura, miró, en seguida, el reloj eléctrico de la mesita de noche, comprobando que eran las 12:28 a. m., que el fluido eléctrico estaba funcionando perfectamente, que —¡Gracias a dios!— estaba bien abrigado y, desconcertado, se levantó con una sensación agridulce a mirar, en pijama, el cielo despejado desde el patio de su casa, evidenciando que, en efecto, esa era una noche de verano explayada sobre su cabeza ya sosegada, formando el domo nocturno ataviado con límpidas y desordenadas estrellas que se veían titilar a lo lejos, arrojadas al espacio por algún jayán enloquecido y que ni el plenilunio en todo su esplendor, sin una sola nubecilla que empañara su brillo, podía opacarlas con su luz macilenta. Sin embargo, el frío intenso lo hacía temblar constantemente, pero no llovía. En ese preciso momento pensó que el desafecto es cosa tan pesada que nadie, ni el mismo diablo que lleva consigo todo el mal del universo, puede con semejante peso; es como si un déspota lo obligara a uno a transportar una catedral sobre los hombros...

Luego, meditabundo, en pantuflas se dirigió invicto a la cocina a preparar un agua aromática que bebió después bien caliente, humeante, de sorbo en sorbo, buscando sobreponerse completamente del susto para meterse de nuevo a su lecho, donde se quedó profundamente dormido burlándose de sí por las inesperadas quimeras que se devienen en patéticos episodios que casi siempre nos atrapan, tomándonos desprevenidos, para imponernos el sufrimiento, la miseria y el dolor del mundo en su crudo rigor, a pesar de estar protegidos en nuestra tibia alcoba...

Amalfi, 30 de noviembre de 2018.

Fuente: colaboración inédita del autor para esta edición.

RODRIGO H. IBARBO S.

Cursó estudios en Amalfi hasta concluir el bachillerato académico; allí ha vivido la mayor parte de su vida. Hace más de tres décadas presta sus servicios laborales en el municipio. Casado con Maryen Elena Zapata Ochoa, de quien se separó hace algunos años. De esa unión nacieron sus dos hijos: Carlos Fernán y Lina Marcela. Ha publicado algunos cuadernillos, a saber: *Los aguinaldos de Bartolito Perojo* (cuento), *¿Es el trabajo un derecho fundamental en Colombia?* y *Refusilos para invidentes*.

Matilde Oliva Pineda de Ochoa

(Anorí, 1945)

Himno de Anorí [1997]

Coro

Entonemos con júbilo ardiente
con amor, con tesón y decoro
este canto sublime y ferviente
dedicado a la tierra del oro.

I

Los colonos buscando riquezas
Desgarraron tu seno sagrado
Emprendieron magistral proeza
Desde entonces quedaste formado.
“Coronando en la cima del arte
Sobre una montaña de oro”.
¡Gloria a ti pueblo noble y pujante!
¡Gloria a ti mi preciado tesoro!

II

Dos collares enmarcan tu frente
Cual diadema de plata y marfil
Son tus ríos, cual ricos presentes
Quieren darte riqueza sin fin.
Anorí: te venero y te adoro
Con tu cielo de azul y turquí
Fuiste siempre regalo divino
Como el manto del indio Norí.

III

De la Antioquia altiva y valiente
Floreceste cual bello arbol
Para poder hacer de tus gentes
Mensajeros, guardianes de honor.
Y brotaron cristalinas fuentes

Delegados de ciencia y vigor
Escritores, poetas conscientes
Estandartes de inmenso valor.

IV

Sale el sol, suena la campana
Resuénale el canto del jilguero
Se oye el llanto del niño en la mañana
Se escucha el grito del arriero
Y cuando termina la faena
Que todos acogimos con ardor
Suena el tiple, que acaba con las penas
Y se danza esperando el esplendor.

Ser viejo

I

Ser viejo no es pecado ni deshonra.
Es la historia total de la experiencia.
Es un largo caminar al sol; sin sombra,
es el triunfo servil de la existencia.

II

El viejo es un puñado de recuerdos.
Es la magna expresión de fe y cariño.
Es amor, lealtad; cuando me acuerdo
que ya estoy viejo, pero también fui niño.

III

Viejo es el sol brillante y nos alumbra.
Viejo es el aire puro; se respira.
Vieja es la luna bella y da penumbra.
Vieja es el agua fresca y nos da vida.

IV

Viejo es el ancho mar, mas nos da calma.
Viejo es el viento que susurra y gime.
Viejo es el campanario que nos llama
a la oración ferviente que redime.

V

No le quites al viejo sus destellos
que pueden iluminarnos todavía.
No destruyas sus flores de ambrosía
que al fin y al cabo todos somos viejos.

VI

Viejo es un corazón que no palpita.
Viejo es tener un alma que no aclame.
Viejo también es Dios, porque es eterno.
Y viejo estaré yo cuando no ame.

Somos

Somos espiga del trigal maduro
que surgió del amor y la experiencia.
Somos luz que ilumina la conciencia.
Somos un pedestal firme y seguro.

Somos un cofre donde guarda el alma
bellos recuerdos del ayer perdido.
Somos historia que da paz y calma.
Somos un gran tesoro aunque escondido.

Somos el libro donde el mundo aprende
de la vida el valor, que se ha perdido.
El libro vale por lo que tiene escrito.
El viejo vale por lo que ha servido.

Somos de nuestros hijos el consuelo
en el diario vivir somos profeta.
Somos huella sagrada en este suelo.
Somos el verso que soñó el poeta.

Somos orgullo del deber cumplido
porque hemos realizado nuestro anhelo.
Solo falta que el Dios de la esperanza
nos dé la orden para volar al cielo.

Junio 20 de 2014.

Manos arrugadas

Mis manos arrugadas, mis manos muy cansadas
reflejan el trabajo, de una vida pasada.
Son arrugas nacidas, cuando el ocaso asoma
son las arrugas sabias, que el tiempo no perdona.

Arrugas que aparecen, como la suave brisa
que silva por los valles, dejando una sonrisa.
Arrugas mensajeras, que anuncian cada día
que el tiempo va de prisa, que corta es esta vida.

Oh manos arrugadas que cariñosamente
estrechan las manitas de niños inocentes.
Manos que, entrelazadas, deslizan suavemente
las perlas de un rosario para hacerlas más fuertes.

Gracias por estas manos, tan bellas y tan santas
en donde cada pliegue, una virtud se ensalza.
Gracias por ser tan buenas, ofrenda de constancia.
Gracias por estas manos, tan llenas de esperanza.

Agosto 29 de 2018.

Fuente: colaboración inédita de la autora a través de Óscar Yépez Roldán, coordinador cultural del Nordeste antioqueño, nombrado por el Instituto de Patrimonio y Cultura de Antioquia.

MATILDE OLIVA PINEDA DE OCHOA

Gestora cultural en el municipio de Anorí. Autora de múltiples obras poéticas, entre ellas el *Himno de Anorí* (1997). Entre sus poemas se encuentran: “Una flor para ti madre”, “Mujer y flor”, “El regalo de mi madre”, “Las manos de mi madre”, “Himno de los hogares comunitarios”, “Mujer cuna de la humanidad”, “La lágrima de Dios”, “Sin ti varón”, “Antología antioqueña”, “Arrierito antioqueño”, “Huella”, “De niña a mujer”, “Se marchitó el amor”, entre otros. Autora de dos canciones con música anoriseña (cumbia) y “Anorí a ti te canto” (bambuco). También ha participado en canto y en teatro con sainetes y dramatizaciones.

Jairo Ibarbo Sepúlveda

(Amalfi, 1945)

SOLO LA EDUCACIÓN CONSTRUYE AL HOMBRE

*Hedonismo no es una sabiduría,
sino una dimisión: en un extremo 'glotonería';
en el otro, 'abandono, abdicación, cobardía'.*

Octavio Paz

El tema de la educación es algo demasiado complejo e intrincado, ya que implica retomar los diferentes visos que nos ha presentado la civilización por medio de las artes, las ciencias y las humanidades y aquellos visos hacia el futuro que queremos proyectar. Esta complejidad se debe a que la educación es la construcción universal del hombre: como sujeto del conocimiento, de sus acciones y de la historia, amén de otras variantes que configuran la vida humana. Con ello, el complejo educativo desborda cualquier tratado, así como logra despedazar cualquier filosofía que quiera enfocarla desde un ángulo privado: sea psicología, sea psicoanálisis, sea política, etc.

Veremos, *grosso modo*, que estos enfoques son parcializados; pero de ellos el que más detiene el progreso social, ético y político es el enfoque psicologista, ya que se radica en situaciones demasiado particulares, subjetivas, e incluso a veces esotéricas y deterministas, desconociendo que la imagen del hombre también se proyecta desde otros ángulos. Ninguna teoría puede arrogarse la verdad última sobre la educación. De ahí que su filosofía tenga que tener un movimiento pendular: criticar-dudar; dudar-criticar, siempre y cuando el péndulo, el hombre, esté movido por la fuerza de la esperanza. La educación busca construir la imagen más plausible de lo que es el ser humano: su pensamiento, su libertad, su sociabilidad y todo aquello que construye lo que se ha solido denominar ser humano. Los fines de la educación: la construcción de la libertad y de la dignidad humana, hoy son el punto de partida de ella, como si los hombres fuesen equipados por la naturaleza de bienes tan trascendentales. Estos son construcción de la educación, no tanto así de la capacitación que es lo que abunda hoy por hoy en nuestros centros educacionales.

Esta complejidad del mundo educativo constituye su punto crítico, y que en la programación pedagógica actual se encuentra totalmente olvidado, razón por la cual en la educación se permiten concepciones y opiniones apriorísticas sobre la naturaleza y el valor de la misma, llegando a convertir en muchas ocasiones a la educación en la

recicladora de todas las opiniones y de todo lo sobrante que haya en el diletantismo social. Esto lo notamos en la época actual cuando la educación se ha convertido, no en la contrastadora o valoradora de teorías pedagógicas, sino en la vitrina del esnobismo intelectual, en exhibicionista de ideologías amorfas y poco autorizadas que se van configurando como “la última moda en pedagogía”. Las variaciones continuas, sin criticar, valorar o experimentar la tesis en curso, es una muestra de ello. Y esto ha originado doctrinas sobre educación de todos los pelambres: unas sostienen que el proceso educativo deforma la estructura natural del niño y otras, que solo ella es la base de liberación; una doctrina dice que la autonomía es un don natural y otras sostienen que es una construcción humana; unas dicen que la creatividad es algo arbitrario e infuso y otras, que solo es el producto del trabajo intelectual y de la agonía existencial; unas dicen que nuestros sentimientos nos son impuestos por nuestro padre eterno, el inconsciente, y otras afirman que estas son expresiones del desarrollo, de la madurez y de los valores que constituyen la personalidad; unas doctrinas sostienen que los principios éticos son órganos represores de los aparatos ideológicos, y otras dicen que solo ellos permiten que el hombre le dé el sentido trascendental a su existencia. Todo esto ha permitido que en la educación se aniden aves muy diversas: desde aquellas que niegan la existencia y el poder del pensamiento y la voluntad, hasta aquellas que determinan al hombre por la incidencia de estas dos características. Pero acá queda claro que solo las de la primera banda nada tienen que hacer en educación, pues de plano niegan lo que tienen que cultivar y formar. Trabajar en educación es aún tener esperanzas en el hombre.

Sea cual sea la posición que fijemos ante la educación, sí debemos estar seguros de que no podemos desligarla del proceso y desarrollo de la cultura y de la civilización. Es decir, el hombre necesita ser educado porque es el único animal conocido que tiene que construir su mundo, su realidad, la que ha de encontrarse más en los productos de su pensamiento que en los sucesos de la naturaleza. Es que el hombre, como objeto de la educación, es un habitante predilecto del Mundo Tres de Popper, aunque algunas raras doctrinas hayan querido extraditarlo para el Mundo Dos. Es por ello que el sujeto de la educación es un sujeto traspasado por la historia, es una sinopsis de las culturas, es un producto del arte de pensar. Y esto es lo que permite presentarlo, como decía Ortega y Gasset, cual animal que no tiene naturaleza sino historia. Con ello se cierra la puerta de entrada al oscuro mundo que busca solucionar, tratar o superponer que para educar al hombre del siglo xx sea indispensable saber si el australopiteco odiaba o no odiaba a su padre; o si los descarríos de la civilización se deben a que Adán no tuviera ombligo, muestra corporal de su carencia de complejo de Edipo.

Para trabajar en educación tenemos que tomar, no una doctrina específica, sino una decisión: educamos solo aquello que puede pensar y que tiene la necesidad de hacer

elecciones en su vida, solo aquel ser que tiene una categoría ética que llamamos voluntad. Este ser es el hombre. A esto tenemos que agregarle que en todos sus aspectos educacionales el ser humano es evolutivo. Esto exige y hace posible la educación, contrario a lo que sostiene el determinismo psíquico —escatologías de los nuevos “mamas”—. Solo si es posible renovar al hombre, se hace funcional la educación. Sostener que es inmodificable, fatal, y hacer filosofía sobre educación o trabajar en ella es autocontradictorio; es hacer psico-ficción rampante.

Discurrir, investigar o proponer sobre educación solo es factible desde una imagen previa del hombre, y en educación esta imagen tiene que permitir pensar, valorar y actuar éticamente. Es aquí donde concordamos con Victoria Camps cuando dice que uno de los fines centrales de la educación es la “formación del carácter” —pensamiento y voluntad—, que para los griegos significaba “ética” y para los psico-educadores del siglo xx significa *psi* o significa *feelings*, lo que ha permitido:

Que ya no exista ni verdad ni mentira, estereotipo ni invención, belleza ni fealdad, sino una paleta infinita de placeres, diferentes e iguales. La democracia, que implicaba el acceso de todos a la cultura, se define ahora por el derecho de cada cual a la cultura de su elección —a denominar cultura su pulsión del momento— (Finkielkraut, 1987, p. 121).

Cuando tenemos una imagen determinista del hombre cortamos su proceso evolutivo. De ahí que una doctrina que asegura que los procesos educativos deforman al niño sea una doctrina inoperante en la educación porque es retrógrada respecto a los retos de la historia. Además, dicha teoría carece de argumentos que avalen plenamente: nunca nos han llevado a la escuela un alumno previo a tal deformación, ajeno a la cultura. Esta tesis desconoce que el hombre es un producto de la historia y que el hombre natural solo es un sueño ambicioso y frustrado.

Si debemos darnos cuenta que la educación es una función de la sociedad como un todo, siendo la escuela solo uno de sus agentes, entonces cabe preguntar: ¿por qué solo ella es la educadora? —¿por qué solo ella es alienante?—. Los mismos que sostienen tan horrenda tesis debieran caer en cuenta que sufre más alienación el hombre con la transferencia del complejo de Edipo que aceptando el precepto que prohíbe matar.

Ninguna escuela ha recibido niño alguno limpio de toda mancha cultural, limpio de orientaciones maternas, ajeno a las imágenes que le siembran en el hogar, libre de opresiones, ajeno a emociones frustradas, y es por eso que no es admisible recriminarle a ella que deforme su inmaculada natura. Si fuese lo contrario, sería necesario retornar al buen salvaje de Rousseau, perdiendo con este los divanes de su extravagante clientela. Por suerte, ello es imposible y hace que la educación siga

su curso y que nos permita recomendarles que “deberían volver a vivir en su estado salvaje en los bosques, tiñéndose con pastel y alimentándose de escaramujos y bayas” (Russell, 2001, p. 34) y no estar disfrutando de los beneficios de una civilización que tanto repelen.

La educación es un problema social. Es la conservación crítica de una tradición; es la búsqueda de un conocimiento, de un valor. Es por ello que educar un hombre sea diferente a hacerle un psicodiagnóstico sobre su infancia. Educar es simplemente comprometerlo con una civilización: para que la viva, la critique, la proyecte. Pero la confusa *egoencia* es un problema que no compete a la educación, es particular. Si la educación puede iluminarlo, bien; pero si la educación no lo hace, ese no es su papel. Hay tantos problemas individuales cuantos individuos existen. De ahí que no haya leyes universales para su tratamiento, lo que les resta *objetividad* cuando se proyectan en consideraciones políticas, éticas y epistemológicas. De ahí que cuando se quiere fundamentar —¿será posible?— la filosofía de la educación en el psicoanálisis o en el pansiquismo, se tenga que recurrir a un lenguaje de plastilina: lenguaje lábil y maleable y a veces de oscuro e de indecoroso manejo. Es un lenguaje cuyas analogías no se controlan por la semántica sino por la visión subjetivista del expositor que define el término de acuerdo a sus intereses y jugarretas. Y, como bien lo ha advertido Popper, el problema no es de definición de términos. La educación es un auténtico problema: la construcción cultural del hombre. Construir el sujeto cognoscente es el problema central de la “enseñanza” y formar el sujeto ético y social es el de la “educación”. El tejido de ambas es la creación del hombre como generador de cosmologías.

LA EDUCACIÓN ES SÓLO CONSTRUCCIÓN DE VALORES

Como entre la civilización y los valores hay una alimentación recíproca, no podemos hallarlos como sujetos de la naturaleza, sino como construcciones del hombre en su desarrollo histórico. De ahí que la educación tenga entre sus fines la crítica, modelación y revaluación de todos estos valores sin con ello tender a destruir la cultura y la civilización porque así estaría destruyendo al hombre.

Además, en la época contemporánea existe una corriente que confunde a “la educación” con “la capacitación” o con “la profesionalización”. Este es un error muy grave, ya que albergar conocimientos o desarrollos técnicos, no es una condición para decir que quien los ostente sea un ser educado. Tener el uso tecnológico o algún conocimiento científico puede darse en una persona que no tenga ninguna educación, ningún valor humano sobre su condición como determinante de fines de los conocimientos que tiene. La carencia de esto último puede llevar a la humanidad no solo a una crisis o a su desmejoramiento, sino a ponerla en riesgo de su propia dignidad o aun de su extinción.

Encadenar al hombre a visiones psicometafísicas es ejercer un despotismo descarado que entumece lo que más nos realza: pensar, ser y amar. Y él también determina toda discusión, toda educación. Contiene, por lo tanto, el mismo despotismo quien magnifica al estado (Fichte) como quien magnifica el inconsciente (Freud). Ambos justifican los despotismos sociales, pedagógicos, las ideologías cerradas, las imágenes olafadas del hombre. Ningún despotismo educa, aunque tenga mucha anestesia. Sustituir la férula de los antiguos por los complejos de culpa de los modernos ningún servicio le ha prestado a la educación.

La educación debe tomar a la persona humana en sus dos aspectos centrales: individualidad y civilidad, y de su interacción hacer el hombre de la civilización del futuro.

Para la construcción de valores tenemos que partir de la construcción del individuo, según Russell (2004):

Personalmente considero que el hombre que concibe en su mente, concentradas y destellantes, las profundidades del espacio, la evolución del sol y los planetas, las edades geológicas de la tierra y la breve historia de la humanidad, está realizando un acto *distintivamente* humano y uno que aporta más al rico espectáculo de la naturaleza. Yo no renunciaría a esta idea ni aún en el caso de que se demostrara, como parece sugerir la física moderna, que las profundidades del espacio “y el oscuro pasado y el abismo del tiempo” fueran coeficientes de ecuaciones matemáticas, porque en tal caso el hombre sería aún más notable como inventor de los cielos estrellados y las edades de la antigüedad cósmica: *lo que habría perdido en conocimiento lo habría ganado en imaginación* (p. 8).¹

En la cita anterior vemos cuán precioso es el individuo como construcción de la educación y constructor de ella, pues, como bien lo dice Russell, este ha de reflejar con su mente, cual las Mónadas de Leibniz, las inmensidades del universo. Yo siempre he preferido un individuo valiente como Ulises, viajero como Dante, burlador como Molière, pensador como Kant, a un individuo acobardado y reducido por el peso de sus pecados o por los tormentos de su morbosos inconsciente. Y aunque estas dos clases de individuos son construcciones humanas, solo con los primeros podemos hacer un futuro más promisorio y construir un ciudadano más correcto y progresista. Este exige una individualidad con curiosidad intelectual, con amor liberador, con gran espíritu crítico y con pasiones intensas por beberse el infinito con su constante pensar. Confundir esta individualidad última con la individualidad psi es lo que ha hecho que se confunda autonomía con libertinaje,

¹ N. del A.: las cursivas son mías.



opinión con conocimiento, ideología con filosofía, imagen con individualidad. Es por ello que mi visión del individuo es opuesta a la cómoda visión de la educación actual donde la individualidad es ególatra: yo soy la medida del universo y tú no. Mi juventud es mi etiqueta de presentación y la razón de todos mis honores. Es una realidad muy pobre que puede cubrirse cómodamente con un sombrero. Y es ello lo que nos permite preguntarnos por la tan cantada autonomía: ¿autonomía respecto a qué?, ¿será autónomo aquel que se mueve en la sociedad con un sainete impulsado por la propaganda y el comercio, por la imagen y la representación?, ¿será nuestra autonomía renegar de un pasado que desconocemos y del que aún no nos desprendemos?, ¿y, con qué y cómo nos desprendemos?, ¿será autonomía vivir de pura locha sin producir ni intelectual, ni social ni económicamente algo que permita determinarnos como individuos, no desde el punto de vista del curandero, sino desde el punto de vista del orden social? Todo esto nos indica que sin lo ético la autonomía no tiene sentido. Y esta carencia de lo ético ha llevado a padres y educadores a no saber fijar posición digna y respetable ante la juventud, sino de abdicación, ya que han aprendido de los psicofarsantes que las normas dizque dañan la individualidad del niño y del joven; pero por esta misma enseñanza no han alcanzado a preguntarse por qué la carencia de la norma ha destruido el orden social. Es precisamente por la incidencia de este individualismo psicotópico en la educación, por lo que la sociedad le cuestiona a esta sus fines y sus funciones.

La carencia de unificación entre el individuo y el ciudadano ha dado origen a la descomposición social que padecemos. A la educación la han llevado a buscar etiologías, a determinar situaciones patológicas, causas de desviaciones emocionales, a averiguar individualmente el origen de las pasiones, a averiguar en estas como se perpetúa o se asesina la imagen del padre. Ha buscado cómo el pasado ha generado la violencia y, justificándola con su raigambre en el inconsciente, con la represión, la resistencia o la transferencia le han quitado al sujeto toda responsabilidad en su actuar y con ello generado un conjunto de leyes laxas, justificacioncitas de su propia violación, sin rasgo de juridicidad ni de soberanía.

Ante el delito, a medida que la ley ha cogido rango psicológico, ha perdido fuerza civil y valor ético. El inconsciente ha justificado todos los actos y, lo más degradante, es que ha dado origen a una ley que al justificar este inconsciente ha permitido magistrados que negocian delitos y perdonan atrocidades.

Cuando en 1917 Whitehead decía que en la educación solo hay una materia: “la vida”, hacía referencia a la vida dentro de la civilidad, dentro del compromiso, dentro del respeto, dentro de la responsabilidad, de modo que las personas lleguen a darse cuenta que hay ciertos actos, como matar, que llenan de vergüenza moral —no culpabilidad psi,

pues se viola es un principio ético—. Ello generaría que la norma llevara al individuo a la autodisciplina, al compromiso social, a la elegancia moral y a la objetividad en los juicios.

Hoy por hoy no es adecuado darle al educando la naturaleza en bruto y las aventuras de Robinson Crusoe, como hizo Rousseau con Emilio. Tenemos que darle el contrato social y enseñarle el compromiso con las normas, aún con las más elementales y personales, como las normas de higiene, de orden, de horario, de respeto, de no-agresión, de civilidad, etc. Dejarlo crecer sin normas es como querer retornarlo con el tiempo a condiciones tribales que más tarde generarán su desadaptación social y desorden comunitario. Como supone Russell (2004), el buen salvaje saldría a cazar con hambre y no a una hora fija.

Sin disciplina no se construye al individuo. Se fabrica un parásito, y no una juventud que piense y proyecte. Se fabrica un hombrecito que no se avergüenza del delito ni se enorgullece de no cometerlo; antes, por el contrario, lo toma como una muestra infame de su fatuo poder. Se forma así una sociedad indiferente y violenta, sin dignidad ni respeto. Ese es el origen de la situación actual donde tenemos una justicia sin rostro y unos delincuentes sin máscara. Ello nos fuerza, por tanto, a preguntarle a los psico-educadores: ¿formamos individuos que cumplan con los preceptos éticos de la sociedad o individuos que sepan negociar sus delitos?

Debido a que la norma es el carril por el cual se pasa del individuo al ciudadano, es tema central de la educación enseñar al alumno su construcción, su crítica, su importancia, alcances y limitaciones. Cuando esto se hace, el alumno escapa a la relativización de los valores que impone la educación psi. Así la norma hace que el individuo se proyecte como complemento en el ciudadano cuando crea condiciones de civilidad: responsabilidades, austeridad, honestidad, solidaridad, altura ética, razón política, condición económica, etc. Sin fomentar estos valores, la educación es simplemente un oficio inútil y farsante. Sin normas, como lo dice Victoria Camps (1994, p. 92), tenemos que apelar a la tolerancia: “Tolero tus creencias absurdas y tus actos sin sentido”.

Tolerancia esta que se evita cuando la ley se enmarca en el sentido pleno del derecho. Pero cuando este es cerrado en sus preceptos o despótico en sus aplicaciones, entonces viene la tolerancia en el sentido de Locke y de Voltaire, gracias a la cual debemos aceptar una ideología distinta a la nuestra si contiene valores altruistas para con la sociedad. No tener esta última crítica sería tan abominable como padecer pacientemente un sufrimiento que nos manda un Dios desconocido o padecer las culpas de un inconsciente despótico.

La contemplación entre los intereses del individuo y los del ciudadano constituye el tejido de nuestra civilidad y desarrollo. Cuando la norma se toma racionalizada nos

hace comprender que la libertad individual termina donde comienza la de los demás. Es así como interpreto el precepto kantiano del hombre como fin en sí mismo: todo hombre es un fin en sí mismo, si para él lo es el resto de la humanidad y si la razón de ser le da los atributos para ello. Esto lo esquivo la sociedad nuestra:

Si puedo pagar no me hace falta pensar: ya habrá otros que tomen a su cargo, por mi nombre tan odiosa tarea... es, pues difícil para cada hombre en particular lograr salir de esa incapacidad, convertida en segunda naturaleza. Le ha cobrado afición y se siente realmente incapaz de servirse de su propia razón, porque nunca se le permitió intentar la aventura (Kant, 1941, p. 6).

De ahí que el precepto kantiano sea base de la dignidad y la grandeza de ser hombres. Él genera el conocer, el ser y la dignidad, y estos son los fines centrales de la educación. Ni el hábito, ni la raza, ni la riqueza constituyen así al hombre. La educación lo lleva a su total desnudez, a presentarse con el único valor de su ser: “a quitarse la librea”, ya del rey, ya del mago, ya del doctrinario o del fanático. Solo la educación puede hacernos libres.

BIBLIOGRAFÍA DEL ARTÍCULO

- Camps, V. (1994). *Los valores de la educación*. Anaya.
- Finkielkraut, A. (1987). *La derrota del pensamiento*. Anagrama.
- Kant, I. (1941). *Filosofía de la historia*. Fondo de Cultura Económica.
- Russell, B. (2001). *Misticismo y lógica*. Edhasa.
- Russell, B. (2004). *La educación y el orden social*. Edhasa.

Fuente: colaboración inédita del autor para esta edición.

JAIRO IBARBO SEPÚLVEDA

Es el segundo de los hermanos, nacido el 3 de septiembre de 1945, graduado de normalista en 1963. Es matemático autodidacta. Ha participado en seminarios de filosofía de la ciencia, matemáticas y educación. Conferencista de la Universidad Nacional de Colombia, la Biblioteca Pública Piloto y la Universidad de Antioquia en Medellín, donde ha enseñado epistemología de las matemáticas. Jubilado del Colegio Colombo-Francés. Vive actualmente en Medellín. Autor del libro *Incertidumbre y objetividad en el conocimiento*, del cuaderno *De la Moral a la ética* y coautor de *Grandes pensadores y matemáticos*.

Dasso Saldívar

(San Julián, 1951)

LOS SOLES DE AMALFI

*A mi sobrina
Patricia,
que reverdeció estos soles
con su regalo de vida.*

*Para
Reina,
que los hace nacer cada día.*

*Dejad caer lo que está maduro
y al viento hacer canciones de lo que ha sido.*
Aurelio Arturo

*Pero con tanto olvido cómo hacer una rosa,
con tantas partidas cómo lograr un retorno.*
Jules Supervielle

Canto I

Anatolia terminó el tazón de café junto al granero rodeada de sus gatos abisinios, salió al patio a deleitarse con la cúpula limpia del cielo y se aderezó la trenza larga y canosa frente al espejo de la mañana. Mientras el nuevo día se extendía en su pecho y sus ojos se deslizaban juguetones sobre el verdor de las Vegas, cumplió con el rito de lavarse las manos, la cara y el cuello con agua de azahar serenada, les echó el maíz a las gallinas y puso a secar la higuera en los encerados.

Las lluvias habían callado al amanecer y el sol del nuevo día se descolgó de pronto sobre la tierra exhausta. La mañana avanzó absorta entre el silencio húmedo que cubría las lomas de San Julián y restos del alba se demoraban en los montes y en las cañadas, hasta que el sol terminó de abrirse sobre la cresta de la cordillera de Amalfi y el rumor del río subió ocupando el cañón palmo a palmo; entonces los sinsontes y las cucaracheras, los petirrojos y los garrapateros empezaron la celebración del día.

Movida por un impulso que dormía en su alma, Anatolia se paseó despreocupada por los alrededores de la casa, saboreando el canto de los pájaros y las fragancias

revueltas de diciembre, y media hora después se sintió perdida en una selva de recuerdos. Los primeros ladridos de Lebrél la devolvieron de golpe a la mañana, en un nuevo despertar, y cayó en la cuenta de que era hora de bajar al pozo a traer el agua para el desayuno. El perro se adelantó y olisqueó los alrededores sin dar la voz de alarma, buena señal de que los duendes no habían cometido ninguna fechoría digna de consideración, pero, al ver el pozo mermado mucho más de la cuenta, Anatolia comprendió que el aumento de las ánimas era ya un hecho preocupante.

Al volver a casa con el cántaro de agua, encontró al delegado en el patio con un rollo de papeles bajo el brazo. Lebrél lo recibió como una presencia hostil, enseñándole los dientes con suaves gruñidos, y Anatolia apenas le contestó el saludo, tal vez porque se distrajo examinándole la cinta azul y roja del sombrero de fieltro, las botas de goma cubiertas de barro y la bandolera de raso verde deslucida por el sol y la lluvia. A ella le pareció una criatura pintoresca acosada por la claridad de diciembre.

¿qué quiere de una pobre vieja, señor?

nada, señora, nada de nada, respondió el hombre, removiéndose desde adentro, como si acabara de recuperar la respiración.

¿y qué son esos papeles y esa cinta en el pecho?, el delegado se sintió intimidado con el tono de la pregunta.

bueno, simplemente he venido a pegar un cartelito en su casa, si usted me lo permite, señora, claro está.

Anatolia le enseñó las paredes de bahareque carcomidas por el viento y los comejenes y el techo de cinc mohoso y gárrulo.

como ve, señor, en mi casa sólo pega el viento; espero que con la mediación de San Isidro algún día podamos comprarnos un terrenito allá abajo, donde está la tierra buena y el verde es tan verde que mata la tristeza

El delegado siguió con la vista la dirección del índice de Anatolia.

mire, señor: en aquel recodo, ¿lo ve?; allá el viento deja dormir en paz y el sonido del río arrulla el sueño.

El hombre midió de un vistazo la extensión de las Vegas del doctor Vieira, apreció el verdor de los potreros junto al río, se demoró unos segundos en la exuberancia de los barbechos y siguió el curso del río Guadalupe hasta su desembocadura en el río Porce.

precisamente, señora, se trata de eso, dijo afirmando con la cabeza.

Anatolia cruzó los brazos y miró al delegado ladeando la cabeza.

¿entonces, señor, me está usted diciendo que por fin van a quitar ese condenado viento que no deja dormir en paz?

no, señora, lo que le quiero decir es mucho mejor: ¡que por aquí va a pasar la reforma agraria!

¿la reforma agraria?; no le entiendo, señor, Anatolia enarcó las cejas, esbozando un gesto de interrogada sorpresa.

El delegado dejó escapar una tosecita seca a través del puño entreabierto.

sí, señora; es que el gobierno ha decidido darle tierra a todos los que la necesitan, como..., bueno, como usted

El hombre descargó el rollo de papeles sobre el granero y extrajo un cartel de colores halagüños.

Perdone, señor, le interrumpió Anatolia, usted como que ha venido a hablarme de política, y sepa que yo no entiendo nada de eso

claro que no, señora; se trata simplemente del último gran esfuerzo de nuestro gobierno: ¡mire!, el hombre le enseñó el cartel desplegándolo a dos manos; es como el alba, pero en verde

Anatolia se sintió sinceramente fascinada, bajó la guardia y pensó en su hijo y en su nieto. Las gallinas habían consumido el maíz y picoteaban en el patio en medio de un cacareo alegre y desordenado.

bueno, dijo, péguelo por ahí, pero no respondo si se lo lleva el viento

Anatolia dejó de mirar al delegado y se concentró en el cartel, hasta que la despedida del hombre la sacó del embeleso.

¡eh, señor, espere un momento!, le gritó mientras intentaba darle alcance en el astillero, pero el hombre no se detuvo; ¡pues que le vaya bien, señor, y que tenga buen sol!

El delegado continuó espoleando la mula sin mirar atrás. El gallo colorado convocó a las gallinas y lanzó un canto de afirmación de sus dominios. Anatolia vio alejarse al delegado por el camino real a través de los potreros de Benjamín Sánchez. Pensó que se merecía un buen tazón de café y lamentó haberlo pasado por alto. Pero más lamentó no haberle sugerido que les enseñara el cartel a sus vecinos de San Julián

antes de que les hablara de la reforma agraria. De todas maneras, se lo dijo a voz en cuello con el viento en contra:

lo que usted debe hacer, señor delegado, cuando llegue a la casa de Majito y a la de Pipe Trujillo y a la de Suso Cegueto y a la de Alfonso Chiquito y a la de Jesús Pacoro, es saludarlos con el cartel abierto a dos manos, ¿me oyó?

El hombre continuó el descenso, con el rollo de carteles atado a la grupa de la bestia, y Anatolia redobló su voz gastada por la edad:

y debería hacer lo mismo cuando pase por las casas de Berto Londoño y Aurora Peos y Salvador Sepúlveda y Juan Rendón y Miguel Berrío y Martín Zapata, ¿me oyó?; ¡salúdelos con el cartel bien abierto, señor!

Lo que Anatolia no sabía era que el delegado había fingido no escucharla antes de llegar al pozo por la premura del tiempo, pues apenas disponía de ese viernes para anunciar la buena nueva y pegar el cartel en las casas que ella le había enumerado.

El sol de Amalfi empezaba a encender el día y el viento era apenas una caricia en el rostro de Anatolia. Entonces se dio media vuelta y siguió contemplando el cartel en una de las paredes laterales de la casa, sin interesarse por el lema publicitario repartido entre los márgenes superior e inferior, y no porque las letras estuvieran difuminadas en los tonos y en el relieve del paisaje, sino por su costumbre de leer primero en las cosas y en las personas antes que en las letras. Cuando terminó de saborear y de celebrar el paisaje de ensueño, pensó que a su nieto le iban a gustar mucho las imágenes a color. Fue a despertarlo con alborozo y lo sentó en el granero para despejarle primero la mirada con agua fresca de arcoíris. El niño miró el cartel restregándose todavía los ojos con el dorso de las manos, y comprendió enseguida la felicidad desbordada de su abuela.

y ¿dónde está el mar, amita?, preguntó con una mezcla de alegría y desconsuelo.

no hay mar, mijito, pero tenemos un río; no olvidés que todos los ríos llevan al mar

Anatolia bajó al pozo por otro cántaro de agua, repitiendo el mismo acto hasta llenar las múcuras de las ánimas. Se sorprendió de que a los setenta años tuviera la misma vitalidad y el mismo entusiasmo que a los treinta. El nieto se olvidó de todo, hasta de la leche que subía de los establos de Benjamín Sánchez y de las gallinas ponedoras que seguía a las huertas y a los rastrojos cada mañana, de modo que la abuela tuvo que obligarlo a entrar en casa para que no cogiera una insolación.

Esa noche, después de tomarse la infusión de heliotropo y lágrimas de Job, de echarle petróleo a la lámpara de San Isidro y de comprobar que estuvieran llenas las siete múcuras de las ánimas, Anatolia durmió de forma relajada y continua, como si el viento hubiera dejado de asediar la casa. Pero a la mañana siguiente no encontró el cartel, y pensó que se trataba de una nueva fechoría de los duendes.

seguro que fueron esos diantres, mijito, le dijo al nieto.

no, amita, no fueron ellos, fue el viento; yo lo sentí rabiarse hasta que cantó el gallo, aseguró Talo.

lo mismo da, mijito; lo cierto es que nos hemos quedado sin cartel

Anatolia dejó vagar la mirada en el horizonte. Una nube rezagada, como una inmensa mota de algodón, intentaba borrar el sol sobre la cordillera de Amalfi.

estate preparado, mijito, porque, si no llueve esta tarde, tendremos que subir a Guanteros a pedirle otro cartel al delegado; seguro que a él le sobran en la delegación

Talo se sintió feliz. Había oído decir que de la vitrola de Zenito salían canciones llenas de requiebros amorosos y músicas embriagadoras que sacudían el alma, y que las mujeres que visitaban las cantinas de Pacho Álvarez y Nepo Berrío enseñaban las piernas hasta los muslos e insinuaban sus pechos abundantes rociados de perfume, que nada tenían que ver con las tetillas risueñas e inocentes de su prima Margarita.

¡ajaá!, murmuró Anatolia cuando leyó en los ojos del nieto sus verdaderas intenciones; ¡música y mujeres!

Sabía que el amor podía ser un desorden feliz, pero que mezclado con la música podía ser también una pócima peligrosa para un niño de ocho años.

así que escucharás las canciones de la vitrola, mijito, si eso es lo que vos querés, pero no verás a las sinvergüenzas ésas, le dijo mientras se desenredaba al tacto la punta de la trenza con el peine de cuerno.

Anatolia siguió pensando en el delegado. Sentía pena por él, tal vez por la desatención del café o porque adivinó en su rostro el estigma de quien está acostumbrado a que le cierren la puerta en las narices. Un hombre como él merecía más atención y una buena taza de café, Claro que sí, volvió a lamentarse, mientras pastoreaba sus ojos en el alba verde del cartel.

En esas cavilaciones estaba, cuando apareció su hijo con el joto del mercado el sábado al mediodía. El sol colgaba de lo más alto del firmamento, haciendo crepitar la higuera en el patio, y la sombra de las cosas y de las personas se había encogido hasta desaparecer debajo de sus pies. El viento cálido que ascendía del cañón peinaba los potreros de yaraguá florecida, y los sinsontes y las cucarachas, los petirrojos y los garrapateros ya no cantaban en abigarrada multitud, sino en forma individual y pausada. Sólo los gavilanes parecían estar en todas partes, lanzando sus cantinelas desde el cielo y echándolas a rodar por las laderas de San Julián, mientras las palomas y las tórtolas zurrumberas se agazapaban entre los aleros de las casas y el follaje de los bosques y de los cafetales. De pronto, a esa hora del cenit en que el sol suspende hasta los pensamientos más dulces, una bandada de pericos irrumpió como un relámpago verde, celebrando la llegada del verano, el momento en que Heliodoro se ponía la franela, colgaba la hamaca en el corredor junto al granero y les daba descanso a sus fatigados huesos de arriero. Luego fijaba los ojos en las tierras de Amalfi, dejándolos vagar sin destino por los lados de la Cancana, el Filo y el Tablón, la quebrada de Coloradas, Puente Acacias y la Gata, donde se abrazan los ríos Porce y Guadalupe.

El sosiego de Heliodoro le hizo sospechar a Anatolia que su hijo no había visto aún el cartel y que tal vez ni siquiera había oído hablar de la reforma agraria. Entonces, mientras el hijo dormitaba con la mirada perdida en el horizonte, ella subió de prisa a Guanteros en busca del delegado, sin esperar siquiera al nieto, que seguía acechando las gallinas ponedoras y recogiendo moras y ochuvas en los potreros vecinos. Anatolia encontró al delegado y a su ayudante contando y apilando los carteles sobrantes en un extremo del mostrador, y se alegró al ver que todavía les quedaba una buena cantidad. Así que no se inquietó cuando escuchó al delegado decirle su ayudante:

¡qué vaina, secretario, a este paso no vamos a tener carteles ni para una semana!

Lo que Anatolia no supo es que ella no era la primera que se había acercado a pedir el cartel de reposición.

El representante del ministerio de agricultura había llegado a la vereda el martes anterior, y se instaló ese mismo día en el local de la tienda en ruinas de Luis Martínez. Entre las prisas del alba y el canto de los gallos, apareció acarreado en tres mulas los corotos personales y la minuciosa parafernalia de su misión. Lo acompañaban un secretario y una cocinera particular, que era su amante escondida. Lo primero que hizo fue colocar un letrero en el dintel de la puerta que lo decía todo en letras verdes y robustas: Delegado del gobierno para asuntos de la reforma agraria. Luego fijó en la diagonal de la puerta el símbolo que él mismo lucía en el pecho: una cinta de raso verde

con marbetes dorados. Esa misma tarde reunió a los hombres y mujeres de Guanteros y les explicó en qué consistía el proyecto alba verde y cuáles eran los objetivos de sumisión.

Guanteros había sido en sus orígenes una fonda a la vera del camino real que culebrea en el lomo de la cordillera entre Guadalupe y Anorí. Luego alguien puso una cantina enfrente, otro levantó una tienda al lado, el siguiente puso otra cantina más allá y el que llegó de último montó una carnicería. Algunos años después, Guanteros tuvo el tamaño y la configuración que habría de tener siempre: catorce casas de tapia, barro y cañabrava, y techos de teja y cinc, levantadas en una meseta tan exigua, que los solares de las casas se descolgaban hacia los cañones de San Juan y de San Julián. Allí comían y bebían los viajeros que iban para Malabrigo, Chamuscados y Anorí, los que venían para Guadalupe, El Salto y Carolina, o repostaban los arrieros que subían el café de San Julián, la panela de San Juan, la leche y los quesitos de San Basilio y las guadas de Guadual. Todos, residentes y transeúntes, dependían del agua del pozo que cuidaba Anatolia. Por eso el delegado se alegró de veras cuando la vio entrar en su despacho, y le seleccionó el mejor cartel antes de que ella se lo pidiera.

El hecho de que el funcionario se hubiera adelantado a su solicitud, ruborizó un poco a Anatolia. Ella le dio las gracias con una sonrisa apresurada y se despidió. Pero la curiosidad pudo más que el rubor. Entonces volvió sobre sus pasos, se abrió camino entre los presentes y, tomando al delegado por un brazo, le preguntó en tono confidencial:

dígame una cosa, señor delegado: y eso de repartir la tierra ¿cómo lo van a hacer?

El delegado se pasó la mano por el cuello sudoroso, tomó aliento y les regaló una mirada de tranquilidad a los propietarios del lugar.

aún no tengo instrucciones precisas, señora, contestó en voz alta, rompiendo la confidencialidad de la pregunta, pero, en cualquier caso, estoy seguro de que nuestro gobierno sabrá encontrar una solución salomónica que satisfaga por igual a expropiados y a beneficiados.

Misael Agudelo y Toño Ospina dieron dos pasos al frente, se cruzaron las miradas y disimularon su preocupación con leves sonrisas.

cuando habla de solución salomónica, ¿quiere decir, señor delegado, que el gobierno pagará a precio justo las tierras expropiadas?, preguntó Misael Agudelo, acodándose en el mostrador, a lo que Toño Ospina agregó, acariciando el carriel con una mano nerviosa:

porque de lo contrario, señor delegado, usted no ha venido a resolver un problema, sino a crear otro mayor.

ya ven: la tierra es la tierra; quien la posee la defiende y quien no la tiene la pretende, sentenció Zenito abanicándose con el sombrero al compás de las palabras.

mi misión, señores, es informar, no polemizar, y eso es todo lo que tengo que decirles por el momento, concluyó el delegado.

El secretario fue la última persona de quien se despidió Anatolia, y quiso aprovechar el momento para que le diera información más concreta y detallada.

lo siento, señora, yo no sé nada más de lo que usted misma acaba de oírle al delegado; pero no se preocupe que en cuanto tengamos nueva información yo se la daré personalmente.

La amabilidad y la dulzura de la voz del secretario le calmaron la desazón. Cuando llegó a su casa, habiendo descendido doscientas cincuenta yardas por el camino real de San Julián, encontró a Heliodoro dormido en la hamaca y al nieto sentado en el granero comiendo ochuvas y moras y pensando en el mar. Talo se alegró por el cartel, pero le recriminó a la abuela que no lo hubiera llevado a conocer Guanteros.

¡chito!

Con el dedo índice en los labios, ella se acercó a quitarle los cadillos de la camisa y le preguntó con un susurro:

a ver, mijito, ¿cuántos nidos encontraste hoy?

dos, amita; dos con cuatro huevos cada uno, le contestó él con una mirada de reclamo.

La abuela lo abrigó con la infinita ternura de sus ojos, y se sintió mal por haberlo defraudado con una promesa incumplida.

no te preocupés, mijito, que ya iremos a Guanteros; no olvidés que en el próximo curso te voy a matricular en la escuela; ahora lo primero es enseñarte a ponerle la trampa a los duendes, y le pidió que bajara a vigilar el pozo, mientras ella pegaba el cartel en la pared del corredor.

Talo se rebeló:

pero usted dice que los duendes no salen por el día, que sólo lo hacen por la noche y a veces por la tarde, ¿sí o no?

claro que sí, mijito, pero no te lo pido por la chusma verde, sino por los muchachos, por esos atorrantes de Congolo y Chucho y Tobías, que se mean en el pozo

Tan pronto como fijó el cartel con cuatro estoperoles, Anatolia se acercó de puntillas a la hamaca y le dijo a Heliodoro, de regreso a la vigilia:

¡levantate, mijo, y mirá qué belleza!

Heliodoro contempló el cartel sin aspavientos, con inercia familiar y cierto fastidio.

¿es que usted no sabía, mamá, que están por todas partes?; son como hongos; yo mismo los he tenido que traer de Guadalupe a Guanteros y a Morropelón, y también a Guadual y a Malabrigo

¿y por qué no me dijiste nada, mijo?

porque me parece que esta vez no son muchos los que se van a tragar el cuento de los carteles, mamá; la mayoría de la gente de por aquí cree que es una nueva patraña del gobierno del frente patriótico de salvación

no digás eso, mijo; la mentira es siempre cosa fea, y en un cartel tan bonito tiene que haber algo de verdad

Entonces Anatolia volvió a llenar sus ojos con las figuras vivas del cartel, dejándolos divagar por el paisaje único de colores y horizontes generosos. En el cerro verde del fondo, coronado de nubes fugaces, presenció la salida del sol más brillante que había visto en su vida. Entre el pie del cerro y la pradera escuchó el rumor del río edénico tan pletórico de aguas, que pensó en su numerosa población de sabaletas, bagres y jetudos. Pero lo que más halagó sus ojos fue ver en primer plano a la feliz pareja que contemplaba, entre sus hijos correteando, un maizal frondoso cuyas espigas doradas hacía susurrar un viento lúdico y ondeante. La vaca de ubres abundantes, que pastaba más allá con su ternerito retozón, le dejó el reposo de su lentitud rumiante, y la mujer que volvía a mirar sonriente a su marido en el patio de la casa arbolada, mientras éste contemplaba todo aquello que les pertenecía por primera vez, la hizo completamente feliz.

El gallo colorado saludó la decadencia del sol de la tarde con un canto único desde una de las huertas vecinas. Entonces Anatolia retiró los ojos del paraíso y giró la cabeza hacia Heliodoro, como movida por un resorte:

ya ves, mijo: con tanta tierra y tanto verde al alcance de las manos, una se queda medio zurumbática

Y no dudó de que todo aquello fuera el anuncio del esperado milagro de San Isidro, pero sintió la necesidad de ser sincera con su hijo y consigo misma.

ya sé que no será lo mismo sin tu padre, que nos dejó hace ya tantos soles, pero él estará feliz de que los tres podamos disfrutar de este hermoso sueño un día de éstos

Heliodoro permaneció imperturbable en la hamaca, mientras su madre volvía a pasearse por el alba verde del cartel, respirando aire nuevo bajo un cielo casi sin estrenar, hasta que el hijo alzó el sombrero que le cubría el rostro soñoliento y le replicó con un apretado acopio de argumentos:

bueno, mamá, no es para tanto; ni que fuera la primera vez que el gobierno anuncia la reforma agraria; no olvide que en lo que va de siglo, ya la han anunciado como siete veces; la única novedad es que ahora han enviado delegados a todos los pueblos y veredas del país y nos han empapelado las casas con estos carteles de color

ya ves, mijo: si hay una novedad es porque esta vez la cosa sí va en serio; no ves que antes nos ofrecían meras palabras bonitas y ahora nos ofrecen algo que se ve, que relumbra como un amanecer

claro que sí, mamá, claro que sí; es el alba verde, ¿no?, ironizó Heliodoro con dejo soñoliento.

y ¿por qué no, mijo, por qué no?; cada sol que se levanta es un sol que reverdece

Heliodoro miró a su madre por debajo del ala del sombrero, sacudió la cabeza y se durmió a fondo.

Canto II

Anatolia vivía de cuidar el pozo, de criar gallinas ponedoras y de recoger la higuera regalada de las huertas vecinas. Pero las cosas que de verdad llenaban su vida eran otras, como purificarse con la luz calostro del sol de la mañana, refrescarse con el verdor de las Vegas del doctor Viera, endulzarse con el rumor del río o disfrutar de la calma del sol de los venados en horas de la tarde. En los momentos de soledad, agradecía la compañía de los duendes de la casa y de las ánimas de buen vivir, llegando a familiarizarse con sus murmullos, sus voces desvaídas y sus silencios clamorosos. A todas les encendía velas, les ponía agua en las múcuras y les rezaba sus oraciones a la hora debida. Sin embargo, nunca buscó su encuentro personal ni siquiera en el pozo, la fuente que manaba para todos. Lo mismo que ella y otros lugareños, las ánimas y los duendes buscaban su agua por su frescura y limpieza y porque al brotar de la montaña arrastraba consigo el sueño profundo de la tierra.

Los habitantes de Guanteros le pagaban en especie la vigilancia del pozo, y Anatolia se esmeraba en mantener los duendes perniciosos a raya y evitar que los muchachos díscolos ensuciaran la fuente. Su jornada empezaba con el alba y terminaba al caer el crepúsculo. Pero la noche era larga y traicionera. A veces, cuando el desvelo le impedía pegar ojo, se ponía el chal negro, le tomaba prestada la lámpara de petróleo

a San Isidro y bajaba a vigilar los duendes que vivían en la acequia y en el fondo del pozo antes de que las ánimas se acercaran a calmar su sed insaciable. En las noches de grandes ventarrones, Anatolia bajaba alumbrándose con un frasco lleno de cocuyos, asustando a los transeúntes que la tomaban por otra ánima en pena, aunque la mayoría la veía simplemente como el hada madrina del pozo. Tenía la idea heredada de que, mientras las personas duermen, los duendes malignos se despiertan y se adueñan de la noche. A ellos les atribuía las pesadillas de los niños, el desamor de las personas, el desarreglo menstrual de las mujeres, la mengua de la luna, la ocultación de las estrellas, la dirección caprichosa de los vientos, la crecida súbita de las corrientes y el crecimiento desmesurado de la lama en las quebradas y en los humedales. Eran la pesadilla de su vida. Los describía como seres menudos, canallas y marrulleros, que vestían trajes de piel flácida aterciopelada por el cardenillo de los siglos y llevaban en sus pequeñas cabezas unos gorros rojos a tono con sus narices, labios y cachetes encarnados. Los creía tan perniciosos y atrevidos, que para ella no era imposible que hubieran asaltado el escudo nacional para hacerse con su gorro frigio, y solía referirse a ellos como esos diantres, la mala gente o la chusma verde.

Pero no siempre tuvo una relación conflictiva con los duendes. Durante su infancia y juventud estuvo muy unida a ellos por una complicidad de juegos y asechanzas, como la caza del arcoíris, que fue la mayor pesadilla de su infancia, pues al final terminaba perdida en un laberinto sin salida a plena luz del día. Claro que aquellos eran otros duendes, la suya otra época y el lugar otro bien distinto. Su infancia y juventud transcurrieron en la Gata, la parte donde se agota la cordillera del Otrolado, permitiendo el encuentro de los ríos Porce y Guadalupe. Sentada en el declive de la montaña, con el río Guadalupe a su izquierda y el río Porce a su derecha, la adolescente Anatolia solía divertirse por las tardes viendo cómo se abrazaban los ríos y escuchando el estruendo en fuga de sus aguas pardas, que se precipitaba por el cañón formado entre los pies de las cordilleras de Amalfi y de Anorí. Cuando el gran Porce desaparecía de su vista, lo seguía con la imaginación, pasando al río siguiente y al siguiente, hasta agotar el curso de los ríos encadenados que desembocaban en el mar, la inmensa comunión de las aguas, donde permanecía inmovilizada por una fascinación pavorosa. Luego regresaba hacia atrás, saltando de río en río, hasta que su madre la llamaba Anatolia, Anatolia, y ella se encontraba sentada de nuevo en el verde sillón de la montaña. La tarde de su vigésimo cumpleaños, fue un joven ruboroso y espigado quien invocó su nombre al término de su última aventura fluvial. Pedro Nel la miró con ojos dulces y envolventes, y le ofreció una canasta llena de piñuelas. Ella, con la sonrisa aún encantada, le dijo que le bastaba un puñado, y él le replicó con una declaración de amor:

son todas para vos, pues todo lo que yo tengo ha de ser tuyo también, Anatolia, todo, hasta mis sueños

A las cinco semanas se casaron en secreto en la iglesia de Anorí. Viajaron en la mula de Pedro Nel durante un día y una noche por el camino real paralelo al río Porce. Luego reptaron por la cordillera, hasta alcanzar Anorí. Ese mismo domingo contrajeron matrimonio en la misa de ocho y bajaron al río para emprender el camino de regreso. Después de haber pasado la noche de bodas a la luz de la luna y al son de la música de las aguas incesantes, del chirrido insomne de los grillos y del canto lúgubre de las lechuzas, regresaron a la Gata y les confesaron su aventura a los padres de ella.

es cierto, señores, que me escapé con mi novia, pero también es cierto que ahora regreso con mi esposa, les dijo Pedro Nel a sus suegros.

lo mismo da, hijos, si es que de verdad se quieren, bendijeron ellos aquel matrimonio a hurtadillas.

A partir de ese día, vivieron en un rancho de paja y bahareque de dos aguas cerca de la mina de la Bramadora, donde él continuó hurgando en la montaña en busca de las huidizas pepitas de oro, pero la fiebre amarilla no tardó en obligarlo a dejar la minería y a refugiarse en las Vegas. Pedro Nel cultivó al destajo y al jornal el frijol y el maíz, la yuca y el plátano, el cacao y el anón, hasta que diez años después sucumbió a las secuelas de la endemia y a algo más devastador: el doctor Vieira se hizo con los terrenos de las Vegas, los más fértiles junto al río, y los dedicó a la ganadería. Así empezó, alimentada por los vientos de la violencia desatada por los partidos azul y colorado, la expansión de Juntas, la mayor concentración de tierras de la región, y mientras el ganado del doctor Vieira engordaba y crecía por millares, los agricultores y pequeños propietarios se volvieron flacos y macilentos, y tuvieron que refugiarse en los dominios del viento, donde empezaron a arar en la nostalgia.

Anatolia y su hijo adolescente encontraron acomodo en San Julián, en los cafetales de Salvador Sepúlveda. Salvita los acogió como a su propia familia, pues el difunto Pedro Nel había sido su amigo y compañero de fatigas y aventuras en El Tigre y Helechales. Les proporcionó una parcela de cafetal y la comida a cambio de la mitad de la cosecha. Anatolia hubiera sido feliz por el resto de su vida, paseándose entre los cafetales florecidos de mayo y cosechando sus almibarados granos rojos durante los meses de octubre y noviembre, pero el hijo, al cumplir la mayoría de edad, se fue una mañana con los arrieros a recorrer los caminos reales de la provincia. Para estar en contacto con él, Anatolia se mudó a la vereda de Guanteros, donde declinaba el sol cada tarde y solían repostar los arrieros que iban y venían entre Guadalupe y Anorí. Cuando se volvieron a encontrar, Heliodoro se había hecho ayudante de arriería, y dos años después se hizo arriero independiente con una recua de mulas a su cargo.

Fue la casualidad la que quiso que Anatolia quedara al cuidado del pozo. Una tarde de abril los hombres y mujeres de la aldea se habían reunido en asamblea para tratar de resolver un nuevo inconveniente, y era que el pozo había empezado a amanecer cubierto de una espesa lama verde, como largos cabellos de ángel. El hecho en sí no era extraño, lo extraño era que, aunque el pozo se hubiera limpiado la tarde anterior, amanecía cubierto de esa lama que crecía sin cesar durante el día, hasta achicarlo por completo.

no hay la menor duda: ¡son ellos, son ellos!, exclamó Anatolia sobresaltada.

La asamblea quedó sumida en un silencio expectante, y Magola le pidió que se explicara.

¿y quiénes son ellos?

pues los duendes de la lama, precisó Anatolia.

¿por qué lo dice usted, Anatolia?, le preguntó la matriarca de Guanteros.

porque los conozco desde que era niña, y son los peores; pueden achicar hasta una quebrada entera si se les mete en la mollera, pero yo sé cómo acabar con esos diantres

Había otros duendes que merodeaban por el pozo, como los duendes carniceros, que cada viernes ensuciaban el agua de sangre, o los duendes de la acequia, que llenaban el pozo de gusanos. Pero la verdad es que no había otros duendes tan perniciosos como los de la lama, ya que tenían un apetito insaciable y podían cosechar tanta lama cuanto agua tuviera una quebrada.

Así, de pronto, Anatolia empezó a ocuparse del pozo, aunque nadie supiera cuánto debía ganar por el servicio prestado a la comunidad de Guanteros, en parte porque no se sabía cuánto se le debía pagar por cuidar el pozo, y en parte porque ya hacía tiempo que Anatolia vivía en buena medida de la solidaridad de los guantereños, pues Heliodoro se había perdido por los vericuetos de la arriería. La asamblea de acción comunal le construyó una casa de bahareque y cinc cerca del pozo, en los mismos potreros de Benjamín Sánchez, con una vista regalada sobre la cordillera de Amalfi, el Otrolado, los ríos Porce y Guadalupe y las Vegas del doctor Vieira, y pusieron todo el esmero en retribuirle en especie su trabajo. Cada sábado recibía un mercado suficiente de dos libras de carne de la carnicería de Toño Ospina, una libra de hígado de la carnicería de Pacho Álvarez, dos pares de panela y dos pastas de jabón de tierra, con encima de buñuelos y almojábanas, de la tienda de Misael Agudelo, un kilo de arroz y otro de papas de la tienda de Gerardo Líncer,

media docena de huevos y hojaldras de la casa de Magola, morcilla de la casa de Chila y yucas y plátanos de la casa de Tista Gómez y Rosa Parra. Los únicos que no participaban de la colecta pública eran Joaquín Zorra, porque tenía su propia fuente de agua impoluta y secreta, Toño Zancas, porque se decía que estaba loco, y Julio Mocho y Rosana Chiva, porque vivían apartados y enfrentados a la comunidad. El café, que Anatolia saboreaba frente a la luz calostrada de la mañana y frente al sol de los venados de la tarde, siguió siendo un regalo amistoso de Salvador Sepúlveda, y el maíz para la mazamorra y las gallinas, y los frijoles de la cena no le faltaron de otras manos generosas de San Julián.

Cuando Heliodoro apareció, su madre llevaba varios años cuidando el pozo. Había logrado poner a raya a los duendes de la lama, a los de la acequia y a otros que asolaban los alrededores, aunque sin llegar a derrotarlos por completo. Pero ella era una anciana ocupada y feliz, muy querida y respetada por la comunidades de Guanteros y San Julián, que se despertaba antes del alba, se tomaba su tazón de café junto al granero mientras acariciaba sus gatos abisinios, y luego esperaba la primera mirada del sol a las seis en punto sobre la cordillera de Amalfí, para luego deslizar sus ojos sobre el verdor de las Vegas y endulzar sus oídos con el sonido disperso del río, que subía llenando el cañón con su vozarrón de viejo y cansado violonchelo. Los únicos inconvenientes de su soledad ocupada, aparte de las canalladas de los duendes, eran el deambular sin rumbo de las ánimas en pena, las visitas imprevistas de las brujas y la persistencia nocturna del viento de la cordillera. Aunque algunas noches oía pasar por el camino real el espanto de Juntas y el estruendo aparatoso de la Barbacoa, o el llanto lúgubre del Llorón y el caminar retumbante de la Patasola, Anatolia solía comentar que, a su edad, gracias a Dios, ya estaba más que curada de espantos.

La mayor alegría de Anatolia en aquel tiempo no fue el retorno del hijo, sino la llegada del nieto. Helidoro lo trajo en brazos con tres años recién cumplidos, y lo primero que dijo fue que quería ver el mar. La abuela lo subió al granero, le enseñó el río Guadalupe y se puso una mano en la oreja a modo de amplificador:

escucha, mi niño, escucha...; ese sonido que sube y sube hasta nosootros, ¿lo ooyes?, también baja y baja hasta llegar al maaar

Anatolia lo puso en brazos de su padre, buscando la perspectiva para comparar los dos rostros

¡pero si es igualito a vos cuando eras niño y vivíamos en las Vegas, mijo!; sólo que este niño tiene los ojos más soñadores que vos

La abuela hizo un cuenco con las manos y lo encajó en el rostro del nieto, como queriendo retener para sí un puñado de su ser. Desde ese momento fue el centro de sus alegrías y de sus desvelos.

¿quién es la madre?

Heliodoro guardó silencio, y ella supo que nunca se lo diría.

lo mismo me da, hijo; por ahora me basta con saber que esta criaturita de ojos tan curiosos es mi nieto.

Madrid, 2002-2012.

Fuente: colaboración del autor. Saldívar, D. (2014). *Los soles de Amalfi* (pp. 15-38). Navona Editorial.

DASSO SALDÍVAR

En entrevista con el autor, Luis Carlos Rodríguez Álvarez (2019-2020) comenta que “su reciente novela *Los soles de Amalfi* (2014), no solo se constituye en su personal viaje a sus semillas y a sus raíces, sino en una sinigual pintura, plena de luz, calor, nostalgia y amor, casi un poema”. En la entrevista se habla de su infancia campesina, de su adolescencia en Medellín y sus inicios en la literatura, de su paso por el Liceo Antioqueño, de sus estancias en Salsipuedes, de su viaje al Viejo Continente y de su dedicación definitiva a la vocación de escritor. Comenta el autor en la misma entrevista: “San Julián en *Los soles de Amalfi* es un lugar real y de ficción, pues es la transposición imaginaria y poética de mi localidad natal, del lugar de mis primeras y esenciales experiencias de vida, donde, volviendo a Caeiro, *la espantosa realidad de las cosas era mi descubrimiento de cada día*” (Entrevista personal, Madrid, febrero de 2019-Medellín, septiembre de 2020). Bachiller del Liceo Antioqueño y exalumno del pregrado en Derecho de la Universidad de Antioquia. Autor de *El viaje a la semilla* (1997), la primera biografía escrita sobre Gabriel García Márquez. Darío Antonio Sepúlveda Ochoa, como versa su nombre de pila, es poeta, novelista, ensayista y comentarista literario. Desde hace más de 45 años vive en España, donde con su trabajo intelectual ha hecho una carrera de reconocimiento internacional. En 1981 fue merecedor en España del premio Jauja por su cuento *Anatolia*.

Luz Stella Arango Zuleta

(Medellín)

Hija adoptiva de Yolombó

Tal vez... si fueras

Tal vez... tal vez si fueras canción amor, o si fueras cantar de los cantares, ni los mirlos, ni las cigarras, podrían con sus voces matinales darle a mi corazón un canto nuevo, ni sembrar de notas magistrales cada espacio que llenen con su vuelo, cada monte, cada cerro, cada valle.

Y si fueras viento de las montañas, de los ríos, de los lagos y lagunas contigo retozarían las estrellas, impetuosa jugaría la luna y un millón de azules mariposas tratarían con sus alas de abedules, de llevarse la fragancia de las rosas hasta el vientre inmaculado de las nubes y los estambres de las rosas quedarían dispuestos para darse sin pudor porque ellas en sus alas llevarían el polen limpio y probo del amor.

Tal vez... tal vez si fueras emoción, ni los pechos virginales convergerían en un mismo suspiro, ni en la misma inspiración, ni los ojos afiebrados de desvelos lograrían por su bien hallar consuelo ni en el verso, ni en el canto, ni siquiera en la oración.

Tal vez si fueras poema de los amaneceres, irías al alba infatigable y ufana ávidas las manos de placeres a tu encuentro clandestino con tu Dios y a Él dedicarías tus cuartetos, tus locas ambiciones de poeta, tu llanto, tu verso, tu estrofa, tu canción.

Y... si acaso, si acaso fueras alegría, mendigos y desgraciados oírían con tus oídos los ecos enamorados de la vida, verían con tus ojos abismados el despertar de las auroras, olerían tus fragancias, reirían con tu boca y gustarían como tú, cada una de tus horas.

O... si fueras simplemente una voz en la lejanía, los recuerdos serían sólo historias de holocaustos olvidados

o de princesas dormidas en sus ninfas, o de musas que bailan en la sombra cuando apenas aflora un nuevo día.

Si tal vez... si tal vez fueses tristeza buscaría meterme entre tu llanto, ocultaría mis derrotas en tu angustia, hundiría mi cabeza en tu regazo para luego, mirarme en los cristales redondos e infinitos de tus ojos mansos y luego de llorar me quedaría dulcemente dormido entre tus brazos.

Tal vez si fueras olor... ¡Olor amada mía! Yo recogería para darte las fragancias más suaves y escondidas, te llevaría el aroma de las flores, todos los néctares guardados y olvidados, llenaría para ti con ambrosías los más finos cristales nacarados, sembraría de mieles, de trigales y de risas y de locas pasiones ya pasadas, el camino que conduce hasta tu clímax y que llega hasta el fondo de tu entraña y recogería para darte la primavera con adornos púrpuras y escarlatas. Como un suspiro rozaría tus caderas, me colaría por debajo de tu bata y haría con tu nombre un reino nuevo con pálidas doncellas soñadoras, un castillo para tus párpados sedeños donde fueses mi esclava y mi señora.

Y si fueras montaña que se yergue ante mis ojos como una fortaleza, yo en tus rocas sería una serpiente donde artero metería mi cabeza y sería tus árboles, tu tierra y tus fuentes, tus ruidos, tus millones de animales tus lloviznas sofocantes en las noches y en las mañanas tus soles matinales. Y sería tus troncos, tus ramajes, tus misteriosos cantos nocturnales. Si tú fueras montaña yo sería tus caminos, tus arbustos, tus raíces y unidos para siempre amada mía, eternamente seríamos felices.

Y si mi lengua asaltada por pérfidos deseos, pudiera someterse a la locura y al desgarrar de tu carne poseída para vivir una muerte vulgar y risueña, entonces, quisiera sumergirme en la avidez de tu sucia y bella tiranía para sentir que me llevas a la muerte y a una gloria para mí desconocida cuando puedo, por fin tener la suerte, de lograr sentirte un poco mía a una muerte lenta que no duele y que inclemente se apodera de mis fibras, a una gloria despiadada que me hiere porque es entre mis manos flor de un día; muerte dulce que me das entre tus brazos, gloria inalcanzable que por tus labios se desliza cuando logras arrancarme, con tu boca, al morirme de placer una sonrisa. ¡Oh, maligna obsesión que me pervierte y que me obliga a desearte, sin medida!

Y si fueras ternura, mi querida, puro sentimiento, nada más las aves llevarían en sus picos tu nombre por los montes, cielo y mar, los niños serían querubines con miradas inmensas de cristal,

con sonrisas transparentes e infinitas adornadas con un aire celestial
los cardos olerían a jazmines, el mundo se poblaría de azahar,
arroyuelos regarían los jardines si tú... fueses ternura ¡Nada más!
Y... si fueras y si fueras por ventura manantial, manantial de agua tranquila,
entonces en tus lípidos cristales los hombres infelices sumirían
sus almas y sus cuerpos sin consuelo y contigo los pobres tratarían
de curar en tus aguas magistrales una a una sus póstumias heridas,
y de alzar desde el fondo de su angustia los desechos de sus flores ya marchitas,
de luchar nuevamente sus batallas, de sanar en tus fuentes cristalinas
las heridas que ha dejado en cada uno, las desgracias de sus vidas malparidas.
Y yo me sentaría en tus orillas, si fueras manantial de agua tranquila,
lavaría contigo mis fracasos, en tus aguas mis plantas hundiría,
limpiaría con tu arena mis enconos, en el espejo de tu charco me vería,
y desnudo ante ti en cuerpo y alma, sin pudor, sin recato, sin medida,
despojado de todas mis miserias en tu claro manantial, me bañaría.

Si fueras pradera, montaña o valle, poema, voz lejana, olor, alegría o viento,
te haría mil caricias apenas insinuadas con el pensamiento.
Y si fueras secreto, yo para guardarte sería silencio... sólo silencio.
Y si fueras emoción, ternura o dolor, te recorrería con versos lentos,
muy lentos y te cantarían morbosos,
Si fueras canción, iría sin prisa por tus puntos cardinales
me mudaría a vivir en tu sonrisa y a hurtadillas tomaría para mí,
todas tus bondades e impiedades.

Tal vez si fueras...si fueras sólo cuerpo...o si solo fueras alma,
o si fueras la sangre de mis venas o en mis labios tú fueras la palabra,
yo sería tu esclavo y tu mecenas y sería tu anhelo y tu desgana,
tu devoción, tu Dios, tu fe, tu rezo, tu oración en la noche y la mañana
y seríamos los dos un universo, una sola emoción, una esperanza
y yo me prendería a tu sonrisa, a tus llantos y glorias olvidadas
y me quedaría en tus labios hecho beso y sujeto a la luz de tu mirada.

Exaltación

Y me es grato quejarme bajo el yugo de tu lengua
que me irrumpe, que me asalta, me acomete y me penetra.
Locuaz, maliciosa, diestra en su faena, me escruta voraz tu impaciente lengua.
Daga infatigable, flexible y segura, sumida en mi fondo hasta la empuñadura.

Se anega en mi sangre, se mete en mis venas, me traslada al centro del cielo y la tierra
gloriosa porción en mi boca inmersa impúdica y santa, violenta y serena.

Tu lengua... tu lengua vivaz, ambiciosa y plena,
mordaz e inclemente, endiablada y buena, me arroja, me moja, me invade, me lleva
al clímax perpetuo de mi carne obscena. Serpiente audaz, tu lengua posesa
que como un reptil a mi cenit llega, me arremete toda insana y perversa
y se arrastra luego por mi piel de hoguera.

Dulcísima, amable, cautelosa y tierna llega a mi garganta tu lengua proterva
me bebe, me gusta, me ensaya, me prueba, me lame, me cata, me sorbe y me besa.
Daga infatigable tu lengua siniestra que me da el averno y el cielo me muestra;
que se hunde inicua con saña y fiereza hasta donde el hilo de mi vida empieza.

Tu lengua vulgar, acertada y necia, torpe y obediente, imprudente y fiera,
inculta y amable, diligente y recia, sabia e ignorante, satírica y recta.
Morboso lagarto tu lengua de hombre, maniático huésped de mi piel salobre,
me humilla, me honra, me agranda, me mengua; diligente y hábil, malévola lengua.

Volcán que restaña, tu lengua profana y que es muy divina para ser humana.
Satánica daga tu lengua maligna ¡Demasiado humana para ser divina!
Deshonesta, amable, succulenta, bella muero si la siento y muero sin ella;
me lleva, me trae, me vence sin tregua, músculo adorable... ¡Tu exquisita lengua!

Lo que daría

¿Sabes lo que daría esta noche por tenerte?
Daría todos los sueños que soñé antes de verte,
las estrellas inquietantes de mi vida adolescente,
las noches de plenilunio que dormí sin conocerte;
daría todas las risas de mis años inocentes.
Esta noche... yo daría solamente por tenerte
el horizonte infinito de mis ojos impacientes
la elocuencia de mis labios y la risa de mis dientes
mis caminos recorridos, mi pasado, mi presente,
daría lo que pidieras esta noche por tenerte.

Ella es

Tan dulce la santa, tan noble la buena, tan puro el contacto de sus manos tiernas.
Posee de todos los sabios la ciencia y está toda llena de amor y paciencia.
Conoce la clave exacta y perfecta para cortar rosas sin que sangren éstas,
es como una fuente de extraña pureza que cura a su paso las heridas hechas.
Camina silente como una pavesa, la espalda encorvada porque lleva a cuestas
el peso agobiante, que hace inclemente, que purgue por otros y purgue por ella.
Ella la piadosa, ella la incansable, la de ojos tranquilos y arrugas de seda,
ella ¡Dios del cielo! es mi santa madre la que vive y muere por mi dicha o pena,
la que me dio asilo en su vientre nuevo y se fue encogiendo porque yo creciera,
me hizo heredera de todos sus gestos y de la bondad de su alma buena.
A ella le debo todos mis latidos y toda la sangre que corre en mis venas
y le adeudo a ella mis cinco sentidos, mis amaneceres y mis primaveras.
Intento con versos encontrar la magia que logre expresarle en forma perfecta
que la amo tanto, que no sé qué haría sin su sombra breve plasmada en mi puerta
y no hallo la forma que busca mi anhelo para confesarle que muero sin ella,
que quisiera un día, regalarle el cielo y para halagarla, volverme poeta.

Gestación

Se está gestando la vida,
siento filtrarse en el aire olor a fruta mordida,
ya huele a tallo tronchado y huele a flor desprendida,
porque en un lugar del mundo, se está gestando la vida.

Se ha mezclado en el ambiente, olor a prado mojado,
a hierba recién cortada, a palo recién talado;
huele a cópula naciente, a ayuntamiento, a herida,
porque en un lugar del mundo, se está gestando la vida.

En el aire se ha filtrado olor a degollamiento,
a caléndula empapada de placer y sufrimiento,
a vástago que ha penetrado recinto sin estrenar

y por eso en el ambiente se comienza a respirar
olor a orgasmo, a clímax, a fruta recién mordida,
porque en un lugar del mundo, se está gestando la vida.

Palomo de seda

A ese que pasa altivo cual, si no me conociera,
lo he tenido entre mis brazos como un palomo de seda,
lo he visto languidecer entre suspiro y suspiro
y así he llegado a sentirlo infinitamente mío.

Ese hombre que presume de no haberme conocido,
muchas veces a mi lado como un niño se ha dormido,
yo lo he visto sustraerse de su capa de dureza
y le he visto sonreír, muchas veces con tristeza.
Aunque parezca insensible, riguroso y despiadado,
su piel se estremece toda si me percibe a su lado
y sus ojos se humedecen de pasión al contemplarme
y me ama intensamente como nadie sabe amarme.

Ese hombre que me mira con distante indiferencia,
se desploma frente a mí y me besa sin clemencia,
me pertenece completo al asomo de la noche
y se entrega a mis antojos bondadoso y en derroche.

Él sabe que soy su dueña, aunque jamás lo proclame
y aunque niegue que se quema al contacto de mi carne,
tiene claro que el arrojito de su cuerpo vehemente,
¡sólo yo puedo tenerlo, sólo yo, exclusivamente!

Él no es el despiadado que pretende aparentar,
se protege del dolor con su capa de frialdad;
porque a solas y en mis brazos, ese hombre se desnuda,
se despoja de su ropa y del hielo en que se escuda.

A buscarte

Mis ojos se fueron a buscarte y volvieron colmados de matices, de color
camaleónico verdoso de selvas plomizas y aguas grises
regresaron mis ojos con las nubes de mil cielos cargados de tormentas, con mil
árboles, mil riscos, mil peñascos, con mil ocre colinas y mesetas, retornaron mis
ojos sin tu imagen, sin tu piel, sin tu olor, sin tu presencia.

Mi voz también se fue a buscarte y tornó abandonada de tu acento, regresó con voces de otras partes, con sonrisas extrañas, con lamentos, volvió con dicciones desteñidas, con geniales vocablos extranjeros, con superfluas palabras excesivas, con incógnitas canciones de otros pueblos; retornó mi voz sin tu elocuencia, sin tu frase de amor, sin tu... ¡Te quiero!... Oferente mi lengua fue a buscarte como víbora henchida de deseo sumergióse en gargantas insaciables y probó del almíbar de otros besos. Inmoral e inicua te buscó mi lengua en salivas nuevas y besos añejos, procuró encontrarte entre las caricias de pieles extrañas y cuerpos ajenos y mi pobre lengua regresó a mi boca con el mismo amargo sabor a recuerdo.

Se fueron mis oídos a buscarte entre el aire inclemente del desierto te indagaron mis oídos en los parques y entre el eco que al pasar disipa el viento y fue en vano que trataran de encontrarte en el ruido de las urbes y en los templos, en el trino perpetuo de las aves y entre el fiero estampido de los truenos, mis oídos regresaron sin tu nombre repetido dulcemente en mi silencio.

Saltaron mis senos a buscarte del pináculo bizarro de mi pecho husmeando tu rastro sin hallarlo en cien manos saciadas de deseo, en las sábanas mojadas de placeres y en las torpes caricias de otros dedos y mis senos se aflojaron en mil noches de infructuosas lisonjas trasnochadas y volvieron a mi pecho como broches desgastados donde ya no pende nada.

Volaron mis manos a buscarte como pájaros audaces frente al vuelo en un ávido aleteo se alejaron en pos de tu sombra y te perdieron temblorosas mis manos te rastrearon con un claro temblor entre sus dedos te inquirieron entre espinas y entre cardos, entre blancas cortinas y entre velos y fue inútil, mis manos no te hallaron y tornaron a mí con desconsuelo.

Entonces mis pies envié a buscarte por inhóspitos caminos de destierro recorriendo en su afán por encontrarte autopistas, calzadas y senderos; y ni ojos, ni pies, ni voz, ni manos, ni oídos, ni súplicas, ni rezos viajando por los cinco continentes por la luna y por ambos hemisferios, lograron la fortuna de encontrarte y traerte a mis brazos de regreso.

Mis ojos se fueron a buscarte mis oídos, mis manos y mis senos, mi lengua te indagó por todas partes y mi voz imploró por tu regreso. Es por eso que al sentir que han fracasado en su búsqueda mis sueños y mis besos y que en vano fue que te rastrearan mis pasos, mi voz y mi deseo, entorno mis pupilas para hallarte escondido en los rincones de mi cuerpo.

Nacerás de mí

Realidad naciente que crece en mi entraña, pedazo de carne y del alma mía,
respiro pequeño que empieza a gestarse, sangre renuevas todas mis heridas.
Pedazo de Dios que habita en mi alma, oráculo dulce, sorbo de ambrosía,
predicción sagrada que empieza a llenarme, néctar exquisito que me da la vida.
Sol que ya te filtras por mis ventanales, oruga que empiezas, crisálida viva,
larva que comienzas a andar por mis venas; ya te estoy sintiendo totalmente mía.
Nacerás de mí, como de la tierra brota una corriente de agua cristalina
y serán tus ojos como dos estrellas que guíen mis pasos cuan luces divinas.
¡Hijo que comienzas a ver por mis ojos, empiezo a sentir tu piel en la mía,
ya siento que corre mi sangre en tus venas y siento tu vida nacer de mi vida!

Fuente: colaboración inédita de la autora para esta edición.

LUZ STELLA ARANGO ZULETA

Nació en Medellín. Desde la década del 90 vive en Yolombó, en donde dirige desde hace 24 años la emisora “Yolombó Estéreo”. Fundó la Corporación Cultural Bárbara Caballero. Estudió Actuación y Dramaturgia en la Universidad de Antioquia. Durante cuatro años integró la Compañía de Dramas y Comedias del actor y director español Manuel de Olivares. Realizó funciones de secretaria en el Club Amigos del Tango de la ciudad de Medellín durante cinco años y fue bailarina profesional. En 1997 se graduó como Técnica Profesional en Procedimientos Judiciales, en el Politécnico Marco Fidel Suárez. En 1992, el Consulado General de la República de Argentina publicó su libro de poemas: *Certidumbres*. Ha participado en varios encuentros de poetas dentro y fuera de su municipio, destacándose por el contenido de su obra poética. En marzo del año 2022 obtuvo el segundo puesto en el Certamen Internacional de Poesía Erótica, titulado: “Confidencias Rosadas”, organizado por Gold Editorial (Creando Historia, Municipio de Chía, Cundinamarca). Participó en el Octavo Encuentro de Mujeres Poetas de Antioquia —Voz de Mujer-Verbo Primordial—. Es miembro activo de la Corporación Mujeres Poetas de Antioquia y varias de sus obras han sido publicadas en las memorias de sus encuentros anuales.

Otoniel Cataño Correa

(La Floresta, Yolombó, 1979)

El hueso mágico

Escuchando a mis papás hablar de mi tío Teodo
decían que tenía plata, un hueso se lo concedía todo.
Tenía mujeres, carros y una tremenda barriga,
tenía fincas, aviones y plata pa' tirar pa' arriba.
Entonces me emocioné y puse mi empeño en eso,
me encaminé en la tarea de conseguir mi propio hueso.

Escuché que ellos hablaron de un ritual oscuro y fuerte
y me dediqué juicioso a conseguir los ingredientes.
Necesitaba tres cruces, una olla, un candelero,
una linterna de seis tacos, dos compinches y un gato negro.
Convencer los dos compinches eso me llevó un rato,
con la linterna y la olla, sólo me hacía falta el gato.

En la cuadra había uno que sapotiaba en las cocinas,
más negro que el mismo diablo, su dueña doña Blasina.
Me acuerdo que a punta de salchichón a un costal lo metimos
y en busca de ese hueso a un monte oscuro nos fuimos.
Había que armar el fogón para cocinar al gato
y a las doce de la noche se produciría el encanto.

Las cruces debían clavarse cada una a diez metros
distancia que uno debía correr cuando encontrara ese hueso.
El gato debías meter cuando el agua estuviera hirviendo
y a esperar que se cocine hasta que quede en los mismos huesos.

Estando las cruces listas a la olla metí el gato
y se escucharon gemidos llenos de horror y de espanto,
ahí mismito se encerró una tempestad llena de rayos
y ventiscas, parecía que el mismo putas viniera pidiendo pista
y uno de los compinches del miedo salió corriendo
tiró la linterna al fogón donde el gato estaba hirviendo.

Y el otro compinche gritaba, corriendo en el bosque oscuro
porque decía que sentía que le arenaban el culo.
En total oscuridad gemidos de horror se oían,
mientras de aquella cañada no encontrábamos salida.

Eterno se hizo el momento para salir de aquel monte.
Caminamos por horas y no encontrábamos por dónde,
al final llegamos a un claro, agitados los corazones,
cortados de matorrales y miaos nuestros calzones.

Nos fuimos a nuestras casas llenos de espanto y ladillas,
no podíamos dormir pues teníamos pesadillas.
Y así, pasando el tiempo, recordando aquella joya,
no aguantaba a mi mamá preguntando por la olla.

Ya casi me había olvidado de aquella historia cochina
cuando veo aparecer a la señora Blasina.
Se me enfrió hasta la conciencia y me hizo pasar un mal rato,
preguntó por mis papás para cobrarles el gato.
Pa' que no me delatara, yo sabía que era negociadora,
le ofrecí un bulto de café que tenía en la secadora.

Arruinado me quedé por buscar cosas ocultas,
sin hueso, sin café, más llevado del putas.
Para mi mayor sorpresa, y para quedar asustado,
en mi casa los fríjoles amanecían sapotiados
y en el barrio el comentario de que un gato maullaba
con una linterna de seis tacos a mis vecinos asustaba.

De esta historia ya hace años y olvidarla no he podido
porque el bendito gato cada noche me maúlla al oído.

Fuente: colaboración inédita del autor para esta edición.

OTONIEL CATAÑO CORREA

Hijo de Luis Enrique Cataño Gómez y Martha Libia Correa, el decimosexto lugar en un grupo de diecinueve hermanos. Terminó sus estudios de bachillerato en el Colegio Ídem Eduardo Aguilar, de Yolombó, en el año 1996. Vivió durante más de cinco años en otras ciudades del país y regresó de nuevo al corregimiento en el año 2003. Allí, junto a sus hermanos, ingresó a trabajar en los socavones de las minas de veta. Posteriormente fue elegido concejal del municipio de Yolombó y fue líder del sector minero de la subregión. Los pasatiempos de este hombre, casado y padre de dos hijos, son la música y la literatura. Se describe como guitarrista, poeta y loco empírico.

Leonardo Amaya

(Segovia, 1977)

PISTA EN EL DORMITORIO [FRAGMENTO]

Capítulo I

Era domingo, y eso me gustaba. Porque ello significaba poder liberarme de la impecable camisa y el pantalón de dril, obligados durante toda la semana, para permanecer en casa vistiendo ropa vieja. Tener la posibilidad de trabajar en mi taller de bricolaje, limpiar el césped o podar mis plantas en vez de ir a la oficina; escuchar mis baladistas preferidos en vez oír quejas y denuncias; o ir de pesca en vez de asistir a consejos de seguridad. Eran estas mis expectativas para aquel domingo brillante y tibio; pero se desvanecieron cuando vi que mi amigo Luis Cano, estudiante de criminalística y secretario del fiscal del circuito, apareció en su vetusta motocicleta. Me acababa de bañar y envuelto en la bata salí al corredor a contemplar el nuevo día cuyo sol, en el inicio de su jornada, filtraba sus rayos glamorosos por entre las ramas de los árboles a manera de láminas; a escuchar la agradable sinfonía que ofrecían los trinos de azulejos, petirrojos, ciriríes y mirlos que comenzaban a rondar el cebadero y a aspirar el fresco aire matinal impregnado de aromas vegetales. Era como siempre el mejor momento del día, hasta que observé al secretario de la fiscalía aparecer en su chirriante vehículo. Lo primero que pensé al ver su semblante ansioso y la ligereza en sus movimientos fue que algo grave había ocurrido, y no me equivoqué. El buen Luca pocas veces me traía buenas noticias. Me fui hasta la verja seguido de Furano, mi perro: un pastor alemán de cincuenta centímetros de alzada que al ver a Luis se le abalanzó con ladridos desaforados y arrugando el hocico, que trataba de sacar por los intersticios del enrejado, para alcanzarlo.

—¿Qué ha pasado Luis? —Le pregunté cuando se detuvo ante la agresividad de mi can. Su semblante estaba alterado; como si una impresión demasiado fuerte le hubiera afectado.

—Asesinaron a un hombre en un edificio de apartamentos de la calle Córdoba.

—Dijo dándome una mirada de consternación.

—¿De quién se trata? —Pregunté inquietado.

—Aún no sé cómo se llamaba; pero me han dicho que era oriundo de Maceo y que administraba un bar. Al parecer sucedió hace poco, esta madrugada. Lo apuñalaron en múltiples ocasiones. ¡Es algo horrendo! ¡Una verdadera carnicería!

—Espérame un momento, no me tardo. —Le dije y entré en la casa para vestirme. Estaba decaído. Lo que había comenzado como un magnífico domingo se había convertido, tras una cruda noticia, en un día aciago; y mi ánimo, que unos minutos antes estaba sosegado ahora se enfrentaba a la cruda perspectiva de muchos días tratando de resolver un crimen.

Capítulo II

Cuando llegamos al lugar un cúmulo de curiosos estaba ya a las afueras del edificio, indagando, ponderando y sin duda alguna especulando sobre quién, cómo y por qué habían asesinado al muchacho.

Luis aparcó. Bajamos de la moto y los policías, que habían formado una barrera a la entrada del lugar para impedir el acceso, nos abrieron paso. Ingresamos ascendiendo por unas escalas de baldosas color terracota que aún estaban iluminadas por una bombilla de luz blanca. En los pasillos el ambiente era opresivo y desagradable: cálido y saturado de vapores carbónicos. A aquel lugar le faltaba ventilación, o un buen sistema de extracción de gases. Cuando pensé en mi jardín y en el aire fresco y limpio que en él había respirado poco antes, deduje lo asfixiante que sería vivir allí.

Los inquilinos permanecían en el umbral de sus apartamentos, observando con curiosidad el movimiento policial, preguntando qué había pasado o protestando porque no los dejaban transitar.

Doblamos varias veces en distintas direcciones por aquellos estrechos pasadizos hasta que —en una esquina del edificio al final de un corredor oscuro donde había huellas de sangre de un calzado liso que se dirigían hacia afuera, las que Luis nos encomendaba a todos no pisar— divisé, junto a una puerta que tenía atravesada en forma de equis las cintas de la cadena de custodia, a Carlos Leguízamo, el Fiscal, quien pese a ser domingo y encontrarse como siempre bajo los efectos de una resaca activa, se había presentado a cumplir con su deber. Lo acompañaban Gabriel Linares, un teniente de policía entonces comandante del Distrito, un agente y un hombre obeso y blanco de cabello cano, entrado en la ancianidad, quien a su vez estaba acompañado de un joven alto y fornido que por el parecido físico y la forma en que lo abrazaba deduje que era su hijo. Cuando nos detuvimos frente a ellos percibí un olor ferroso y acre que emanaba de la habitación: el inconfundible olor de la sangre.

—¿Quién era la víctima? —Le pregunté a Leguízamo cuando nos acercamos.

—Se llamaba Óscar Sepúlveda. Era oriundo de Maceo y trabajaba para el señor.

—Me contestó señalando al anciano cuyos ojos habían enrojecido a causa del llanto. Lo miré gravemente y me dirigí a él.

—Mi nombre es Héctor Suescún y soy el inspector de policía. ¿Puede decirme quién es usted?

—Aníbal Ossa. —Contestó enjugándose el llanto con un pañuelo blanco.

—¿Qué trabajo hacía para usted el muchacho?

—Me administraba un negocio.

—¿Qué clase de negocio? —Volví a interrogar.

El me miró con recelo y contestó:

—Una cantina... con mujeres. —Dijo con un dejo de vergüenza.

—O sea que se refiere a un burdel.

—Sí. Era un buen muchacho, muy trabajador y honesto; pero demasiado confiado. Siempre le hablé del riesgo de traerse la plata para acá y nunca me hizo caso.

—¿Quién le ha dicho que lo mataron por robarlo?

—Bueno, ¿por qué otra cosa podría ser? El no reñía con nadie. —Añadió llorando nuevamente.

—Vámonos papá. —Le dijo el fornido joven que lo acompañaba.

—Salgamos de aquí.

—Es conveniente que le haga caso. —Le aconsejé cuando vi que se rehusaba. —Aquí ya nada pueden hacer, vamos a proceder con el levantamiento y el trabajo forense. Váyase y trate de reponerse.

—Sí, papá, es lo mejor. —Dijo el joven tomándolo del brazo y apremiándolo a salir. Al parecer no le gustaba estar allí. Le rodeó los hombros y el viejo se dejó llevar, silente y cabizbajo, por el pasillo.

—¿Cómo está eso ahí adentro? —les pregunté.

—¡Horrendo! —Respondió secamente el teniente.

—De lo peor que he visto. —Añadió el Fiscal. —Quien lo haya hecho se excedió en su crueldad. Y no es que el hecho de asesinar no sea por sí solo un acto de crueldad; pero esta manera de hacerlo sobrepasa toda concepción de sevicia.

Aquel día vi por primera vez al Fiscal Leguízamo compungido, y más que eso, aterrado. Era evidente que aquel crimen le había hecho mella a su carácter insensible y frío.

—Voy a entrar. —Dije agachándome y pasando por debajo de las cintas que se atravesaban en la puerta. Cuando estuve dentro me di cuenta de que no exageraban en sus comentarios. Mi primera impresión ante aquel horrendo espectáculo fue tan fuerte que un escalofrío me invadió súbitamente todo el cuerpo. Bajé la vista y me la cubrí con una mano, tratando de prepararme para lo que debía observar. Levanté la vista de nuevo y abrí los ojos. La escena era tan cruda que ningún matadero podría ilustrar ni siquiera cercanamente un cuadro tan cruento.

En el suelo, junto a una cama de madera, en una postura desbaratada y sin más ropa encima que un pantaloncillo bóxer cuyo color era imposible definir por estar completamente ensangrentado, yacía el cuerpo exangüe de un hombre trigueño que habían apuñalado numerosas veces desde el cuello hasta la cintura, incluso en los brazos, cuyas heridas desgarradas y profundas, demostraban claramente que se había defendido inerme de su brutal asesino. El desorden del lugar indicaba una lucha ardua y la gran cantidad de perforaciones en el cuerpo que fue prolongada. La víctima se había defendido hasta su último soplo de vida.

Había sangre en las paredes, donde quedaron las huellas alargadas de una mano; sobre la cama; en la pantalla de un televisor que descansaba sobre una mesa tubular; en el piso, donde había improntas de pies descalzos y de una suela lisa, similar a las halladas en el corredor; y, por último, un charco espeso y oscuro donde prácticamente flotaba el cuerpo. Noté que la gaveta superior de un nochero lleno de salpicaduras había sido halada y hurgada, que un pequeño armario tenía una puerta abierta y habían caído una sábana y varias prendas, y que, frente a mí, en la única y vasta ventana de vidrio, los pesados cortinajes color marrón estaban corridos casi hasta la mitad.

Aquella macabra visión me llenó de estupor, de miedo. Me quedé estático, dominado por un leve temblor. Sólo pude reaccionar cuando sentí a Luca a mi lado, quien ya tenía la cámara fotográfica colgada al cuello.

—¿Qué opina inspector? —Me preguntó desconcertado.

—¡Una barbaridad! Nunca había visto algo ni siquiera parecido.

—Yo tampoco.

—Tendrás que ir acostumbrándote. Esto es el pan de cada día de todo criminalista.

Leguízamo y el teniente entraron y se nos unieron.

—Un agente me informa que acaba de llegar una muchacha. Dice ser la novia. Está desesperada y pide que la dejen entrar. —Dijo Linares.

—Que traten de tranquilizarla y le impidan el acceso —dije enfáticamente—. No podemos permitirle ver esto. Tal vez no resista. —Añadí.

El teniente hizo un gesto negativo a un policía que esperaba en la puerta y este se alejó.

—¿Quién encontró el cuerpo? —Pregunté al teniente.

—La señora de enfrente. —Dijo señalando la ventana—. Salió a regar las plantas del balcón y lo vio a través del cristal. Nos avisaron y llamé al fiscal. Llegamos y nos vimos obligados a forzar la puerta pues pensamos que podía estar vivo. Claro que

usamos unos guantes que nos facilitó el joven —dijo señalando a Luis— para alterar lo menos posible la evidencia.

—Yo les recomendé especialmente no tocar el pomo de la puerta —intervino Luis—. Es muy probable que haya huellas del asesino. Cuando abrimos entré yo solo y lo ausculté, estaba muerto. Fue entonces cuando salí y me fui por usted recomendando que nadie entrara hasta que llegáramos.

—¡Bueno, bueno! —Le interrumpió el fiscal—. Para relatar pormenores habrá mucho tiempo, así que comienza con tu trabajo.

Luis rodeó la habitación y comenzó a tomar fotografías desde diferentes ángulos. Yo me fui a examinar la puerta. Como él había dicho, había sangre en el pomo interno y el externo y también en el cerrojo. Me aparté de allí y continué mi inspección en el cuarto de baño cuya cortina estaba recogida. Había un sanitario azul, como las baldosas de piso y paredes, una ducha, un pequeño gabinete con implementos de aseo y un cesto lleno de papel higiénico. Todo parecía estar limpio. La luz del baño estaba apagada al igual que la de la habitación. Fui a la ventana para mirar a la calle y descubrí manchas de sangre en una de las cortinas, lo que me indicó que en medio de la lucha la víctima la había corrido, tal vez con la esperanza de pedir ayuda. Luis terminó con las fotografías. Me acerqué al nochero y miré el contenido de la gaveta que tenía la manija ensangrentada: Un par de preservativos, una billetera de cuero negro, un teléfono móvil de alta gama, un reloj Rado original, un cepillo para cabello, papeles y algunas monedas. Las otras dos gavetas estaban dentro y con las manijas limpias, así que deduje que el asesino debió encontrar lo que buscaba en la superior, si es que en verdad buscaba algo.

—¿Qué opina Suescún? —Me preguntó Leguízamo.

—Que tenemos un asesino muy cruel y con mucha sangre fría. —Respondí secamente.

—¿Cuál es su primera impresión?

Me sorprendió aquella pregunta viniendo de él. Al parecer el éxito de mi anterior investigación hizo que me ganara su credibilidad.

—Es un típico caso de asesinato en cuarto cerrado. Parece un robo que salió mal perpetrado por alguien que la víctima conocía. Al menos eso nos ilustra la escena del crimen; pero las escenas del crimen pueden ser alteradas; por tanto, no son del todo fehacientes.

—¡Qué barbaridad! —Exclamó—. Es la primera vez que me veo ante un crimen tan horrendo.

—Yo también señor fiscal. Algo le pasa al mundo. —Dije mientras me ocupaba de Luis, quien se dedicaba a registrar en una grabadora que tenía pegada a los labios datos referentes a la escena y al cuerpo. En las pocas palabras que logré captar oí que describía detalladamente el lugar, la posición del cuerpo, su temperatura y rigidez.

—¿Has terminado? —le preguntó el fiscal cuando vio que dejó de grabar.
 —Sí. Ya podemos levantarlo. —Dijo poniéndose los guantes. Yo me fui hasta el armario y saqué una sábana blanca. Luca cubrió con ella el cuerpo y el teniente dio una orden al policía que esperaba en la puerta. Al poco rato tres agentes más ingresaron con una camilla. Colocaron en ella el cuerpo y lo levantaron.
 —Necesitamos buscar huellas y otras evidencias, pero eso será más tarde. Quiero presenciar la autopsia —dijo Luis.
 —Está bien. —Aceptó el fiscal—. Teniente, —dijo a Linares— necesito que deje a alguien aquí para que nadie entre.
 —No hay problema. —Accedió—. Uno por uno salimos de aquel cuarto y seguimos por los pasillos a los cuatro agentes que llevaban la camilla como si fuera un ataúd, mientras otros dos iban adelante impidiendo el acceso de posibles curiosos. A la salida uno de ellos tuvo que contener a una joven morena, alta y bien formada que con el rostro impregnado de lágrimas se abalanzó sobre el cuerpo gritando fuertemente:
 —¡Óscar! ¡Óscar! ¿Por qué Dios mío? ¡Déjenmelo ver! —Gritaba frenéticamente.

Aquello me conmovió, tanto que tuve que fruncir el entrecejo y hacer una expresión dura para evitar que mis ojos se pusieran acuosos. El cadáver fue introducido en el laboratorio rodante. Luis abordó su antiquísima moto y siguió el vehículo.

—Voy a tomarme un trago, ¿me acompaña? —Me invitó Leguízamo.
 —Creo que sí. —Acepté. Aunque no había comido ni bebido nada alimenticio me pareció buena idea pues tenía escalofríos, estaba trémulo y nervioso. Aquella macabra escena me había causado una fuerte alteración emocional.

Nos fuimos al kiosco municipal ubicado en el parque principal, uno de los lugares más emblemáticos y tradicionales del pueblo. Él pidió un aguardiente y yo un ron doble que me tomé de un solo trago.

Contrario a lo que pensé no me hizo ningún bien. Los espasmos continuaron y noté que comenzaba a subirme fiebre. Me despedí de Leguízamo rechazando su ofrecimiento a tomarme otro y fui a buscar un taxi que me llevara a casa.

Fuente: Amaya, L. (2018). *Pista en el dormitorio*. Editorial Adarve, pp. 11-20.

LEONARDO AMAYA

Incursionó en el ámbito literario con su novela policíaca *Ocaso al amanecer* (2003), a la cual le siguió *Pista en el dormitorio* (2018). En su producción literaria se cuenta con varias novelas, cuentos, crónicas y una amplia elaboración poética. Es fundador y miembro activo del Colectivo de Escritores Segovianos (COLESE), una institución que promueve la lectoescritura entre sus miembros.

Rafael Mejía Echeverri

(Medellín, 1988)

LA NACIONAL

Yo la escuché. Ya hace muchos años la escuché. Es que pasa es (sic) tarde en la noche... Pero la corneta se distingue... A algunos nos decían que la volqueta del primo nos iba a llevar si salíamos muy tarde... Cuando eso yo estaba pequeña, pero ya cuando trabajaba en el hospital, acá en El Retiro, la escuchamos varias personas, como a la medianoche, paténtica...

(Testimonio de Fanny Agudelo, abril 2021).

Pasada la una de la tarde del 9 de abril de 1948, en las radios del país, se escuchó el eco del estallido social causado por los tres disparos que arrebataron la vida del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán. Los parlantes reproducían el Himno Nacional entre los acelerados y nerviosos comentarios de los locutores. La cotidianidad en campos, fábricas, escuelas, plantaciones y plazas de todos los pueblos se rompió. La vorágine de violencia que comenzó ese día se tragó a muchos colombianos y transformó la vida de todos.

En los años venideros la violencia política se volvió lugar común; en los días y en las noches, en los discursos de la prensa y en las arengas de la radio, en las calles y en los hogares, en las liturgias y en los pasquines. La sangre y la muerte corrieron libres por las mentes y por los cuerpos, por el agua y por la tierra engendrando mil horrores y sobre ellos cientos de historias.

De voz en voz las narraciones se multiplicaron, recorriendo largas distancias físicas y temporales. Los aluviones de atrocidades que nos sepultan hace años dejaron esos relatos enterrados tan hondo que parecen leyendas... De las profundidades de una inmensa memoria emergió esta historia, como fósil rescatado de la masa de olvido, vestigio de los cuentos de miedo repetidos a los niños y reflejo del más crudo terror de los adultos.

En los municipios del Nordeste antioqueño, al igual que en las demás regiones del país, la violencia se había radicalizado, los empleos públicos, los centros educativos, las municipalidades, los barrios, las veredas y las familias se dividieron según el rojo o el azul de las aficiones políticas. De los colores del partido dependía incluso

el horario de la misa dominical; era un acuerdo tácito: los liberales iban a la casa de Dios a las 5:00 de la mañana y los conservadores a las 9:00.

El primo llegó al pueblo dos años después de ese vertiginoso abril. Trabajaba en Vías Nacionales transportando en su volqueta blanca —La Nacional, le decían— todo tipo de materiales. Tras años recorriendo las carreteras del país, había perdido su acento original, su hablar estaba salpicado de entonaciones, dejos y dichos de diferentes regiones, lo que hacía imposible suponer con exactitud de dónde procedía. Desde su llegada al pueblo, el primo asistía —muy bien presentado— todos los domingos a la misa de nueve y en semana conducía la volqueta hasta muy entrada la noche.

Las vías y los caminos vecinales del país eran escenarios constantes de “planchadas” martirizantes y “rastrilladas” lacerantes. Términos cotidianos con los que se describían, de manera casual, acciones brutales. La violencia había creado para sí misma un lenguaje descriptivo, agresivo y plagado de eufemismos. Como “manzanillos” y “godos” eran señalados los políticos y sus seguidores; a los grupos más violentos se les conocía como “la chusma” y “los pájaros”. En el pueblo y sus alrededores los aplanchadores perseguían liberales y a planazos de machete les infligían golpizas o los amarraban de los caballos para rastrillar con ellos el barro de los campos y el empedrado de las calles.

La carretera principal de la región venía desde Medellín y llegaba hasta dos pueblos más adelante, donde la mercancía transportada cruzaba el río por un puente colgante para ser embalada de nuevo y continuar su trayecto hasta el puerto. La Nacional transitaba por esa vía todos los días. Luego de dejar su última carga de la jornada frente al cementerio, la volqueta parqueaba en la calle principal del barrio El Retiro y daba un fuerte cornetazo.

El primo era un hombre solitario, pero los domingos, después de la misa, podía vérselo deambular por el parque o beber café acompañado de algunos reconocidos aplanchadores. En la carretera conversaba amistosamente con los policías de los puestos de control, encargados de examinar las cargas de los vehículos y animales que pasaban. Sobre los detenidos en los retenes no recaía mayor sospecha o presunción de delito; eran liberales y todos ellos también conocieron al primo.

La cárcel del pueblo vecino era pequeña, construida para retener delincuentes de todo tipo; por esos días atendía exclusivamente a los campesinos liberales, y en las noches quedaba vacía de nuevo. La Nacional esperaba a los presos en la parte de atrás de la construcción y tan pronto como asomaba la penumbra todos eran embutidos en el amplio volco. El viaje en la volqueta no era muy largo, y aunque muchos de esos hombres no conocían el camino, sabían que el Papayo era la parada final.

El Papayo quedaba al costado de la vía, en una curva cercana al pueblo vecino. Algunos metros adentro de la maleza, en un espacio pelado con una hermosa vista al monte, la tierra estaba manchada de sangre y el aire no limpiaba el olor mortecino. Los cortes de franela y de corbata eran los métodos más aplicados a aquellos pasados al papayo. Las cabezas sucias de polvo eran recogidas una a una, minutos más tarde rodaban en el volco de La Nacional, junto a los cuerpos ajados y maltrechos, cuyas lenguas moradas salían de las gargantas rasgadas. Los cuerpos y sus partes eran descargados algunas veces frente al cementerio.

En ocasiones, La Nacional regresaba sin un solo cuerpo. Entonces los detenidos quedaban confundidos con la masa de escombros que la volqueta arrojaba en la profunda pendiente del cañón. Los golpes de la caída y los escombros de construcción que les llovían después se encargaban de la tarea normalmente realizada por los machetes. El primo terminaba su trabajo casi a media noche. En medio de la oscuridad parqueaba y tocaba la corneta antes de apagar el motor de su vehículo.

Fueron tantos los viajes del primo cargado con la chusma como noches en las que la corneta de la volqueta blanca resonó por las calles del barrio El Retiro. Los vecinos ya sabían que aquel sonido anunciaba el fin de otra jornada mortal. Una tarde, La Nacional fue encontrada en mitad de la carretera. A lo lejos se distinguía la silueta del primo, su cuerpo se sostenía de pie, la parte superior desaparecía bajo el volco ensangrentado. La cabeza y el pecho fueron aplastadas por la parte trasera del vehículo, que como guillotina había caído implacable sobre él. Esa noche los presos durmieron en la cárcel, pero frente al viejo hospital se escuchó, como siempre, el fuerte cornetazo de la volqueta del primo. Aquellos curiosos que se asomaron no vieron nada.

Fuente: colaboración inédita del autor para esta edición.

RAFAEL MEJÍA ECHEVERRI

Historiador de la Universidad de Antioquia. En el 2015 ingresó a la maestría en Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Desde su infancia visitaba a su abuelo en los campos de Yolombó, municipio por el cual desarrolló un sentimiento de pertenencia y cariño. Entre 2018 y 2021, Rafael Mejía se desempeñó como gestor cultural y director de la Casa de la Cultura del municipio de Yolombó. Impulsó proyectos culturales, entre ellos, la Biblioteca Rural Itinerante Francisco Alonso Gómez del corregimiento de La Floresta y *Relatos Errantes*, una serie literaria de diez capítulos donde participaron escritores, narradores, bibliotecarios y productores audiovisuales de todos los municipios de la subregión Nordeste, disponible para consulta en el catálogo *Koha* de la Red de Bibliotecas Públicas de Antioquia.

Marcela Güiral

(La Floresta, Yolombó, 1984)

LAS HIERBAS DEL CAMINO [FRAGMENTO]

Martha Correa [Yolombó, Antioquia, 1941]

Expulsar la placenta

Se ponen a cocinar copos de guayabo, hierba mora y altamisa. Se hace un baño vaginal a la parturienta con el hervido.

Martha, con nueve meses de embarazo, fue al monte por leña. De lo contrario no hubiera tenido con qué cocinar para Enrique, su esposo, ella y sus siete hijos. Hizo un joto mediano y se fue hasta la casa con él en el hombro; allí tomó un hacha, rajó algunos leños y encendió el fogón. Con los embarazos anteriores había tenido las mismas costumbres, no paraba de trabajar. Esto le había causado una hernia en el intestino porque, además de cargar leña, también llevaba en la cabeza baldes de lata con agua y poncheras de ropa para lavar en el río. Los médicos le habían dicho que el bebé se asentaba con el peso de la cabeza y causaba la hernia y le dieron la indicación de no volver a llevar cargas pesadas, menos si estaba a punto de dar a luz. Pero, ¿qué podía hacer si Enrique no podía ayudarle en las labores domésticas?

Después de atender la casa, los niños y la cocina, se sentó frente a la máquina de coser. Tenía un pedido interminable de costuras. El cansancio se le arremolinó en la espalda y le subió hasta el cuello. Abrió la ventana y el viento de agosto entró a la habitación. Mija, por Dios, le pareció oír a Rosa Vanegas, la vecina que días atrás había visto por la misma ventana, no se siente a coser así porque ese muchachito le va a nacer por detrás, va a tener problemas en el parto. Tiene que sentarse recostada a la pared y la mesa adelante. Esa vez sonrió, no le dijo nada, se sentó frente a la máquina recordando la recomendación. Pasó la mano por el cuello y ahora fue una ráfaga de dolor la que se le trepó por la espalda.

Justo esa noche le empezaron los dolores. Rápidamente alistó tijera, vela, encendedor, alcohol e hilo y se fue para su habitación; y aunque había organizado la cama se dio cuenta de que este parto, el octavo, no lo atendería allí, aunque sí con la compañía de

Dios y la Virgen. Esta vez no sería con ayuda de Carmen, su mamá, la partera del pueblo. Se hizo de rodillas, apoyó una mano en la cama, la otra en el vientre. La frente se le llenó de sudor. Sintió que el niño se había encajado en algún sitio y pensó en el presagio de Rosa. ¿Nacería por detrás? Hizo mentalmente una oración y pujó, pero el niño se resistió; siguió rezando, presionó el vientre, pujando con las fuerzas ya extinguidas hasta que asomó la cabeza del niño. Martha ahogó un grito cuando lo vio. Estaba morado, casi ahorcado, casi muerto. Tenía el cordón umbilical envuelto en el cuello. Lo desenredó y lo cogió de los pies, con la cabeza hacia abajo, le dio una palmada en la nalga, en la espalda y el niño reaccionó. Ella respiró aliviada y lo abrazó contra su pecho.

—Ay, mi amor —lo besó en la frente—. Mi Rigoberto.

Cuando recobró la calma jaló el cordón umbilical, tomó las tijeras, las lavó con alcohol, prendió una vela y la pasó lentamente para que el corte no fuera a causar una infección. Tomó el cordón, lo cortó con las tijeras y lo amarró con el hilo también desinfectado con alcohol. Después puso el niño sobre la cama y estuvo atenta a las contracciones leves que indicaban que faltaba el segundo parto, como le decía a la salida de la placenta. Empezó a masajearse la parte inferior del abdomen para ayudar a que el útero se contrajera y la expulsara. Sabía que no podía descuidarse con eso. Recordó, mientras pujaba de vez en cuando, que una vez su mamá había asistido el parto de Marina Cataño, familiar de Enrique, y que no había logrado que saliera la placenta. Entonces le amarró el cordón de la pierna y la envió para el hospital de Yalí para que le hicieran un curetaje uterino, pero al parecer habían quedado residuos. Lo supo porque Enrique una tarde llegó con gesto descompuesto y le dijo: “Oíste, vos que sabés tantas cosas, ¿esta mujer está podrida? Se le arrima uno y huele a mortecina”. Entonces Martha puso a cocinar copos de guayabo, hierba mora y altamisa y se fue para donde Marina. Allí tendió en el piso un plástico, unos trapos, la hizo sentar en un taburete con las piernas abiertas, le introdujo el tubo en la vagina y empezó a verter el hervido de las hierbas medicinales. Inmediatamente fueron saliendo pedazos de carne negra. Después le dio de beber agua de cebada con canela y leche. Si no se le hubiera hecho algo a Marina, estaba segura Martha, se habría muerto por la infección. Así es que ella no se descuidaría con la placenta de Rigoberto. Apenas comprobó que estaba afuera, con las fuerzas que le quedaban, abrió un hueco en el piso de tierra, al lado de su cama, y enterró la placenta y el cordón de su octavo hijo.

A los tres días del nacimiento de Rigoberto, madrugó a las tres de la mañana para despachar a Enrique para que se fuera al cañaduzal. Le hizo un desayuno de calentado de frijoles, arroz y carne frita. Antes del mediodía, después de dejar los destinos hechos en la casa, se fue a llevarle el almuerzo río abajo porque no le gustaba que comiera frío. Subió a la quebrada a lavar ropa, con el agua a la cintura, hasta las seis

de la tarde; así, acalorada de la caminata. Todo lo hacía sin renegar, sin rabias. Estaba feliz con su casa que se llenaba de niños y con Enrique Cataño su esposo, a quien amaba profundamente desde pequeña.

Se habían conocido de niños. La familia de él era muy pobre, entonces el pequeño se iba temprano hasta la finca de Carmen, la mamá de Martha, y ella le daba comida. Enrique se quedaba el resto del día junto a Martha, jugando; cuidando que no se cayera ni se raspara las rodillas en el piso de tierra.

Él la cuidaba.

Antes la cuidaba.

Desobediencia

Con las flores del floripondio o borrachero se hacen infusiones, es también conocido como aliento del diablo porque bloquea la voluntad en tan solo unos minutos, hace que la persona que la consume se vuelva vulnerable y obediente. Hay que tener cuidado con esta planta, como tiene alto contenido en escopolamina, en grandes cantidades, produce alucinaciones, locura y hasta la muerte.

Martha se sentó frente a la máquina de coser pero no se concentró. ¿Por qué Enrique estaba cada vez más agresivo? Antes de que las diablitas aparecieran en su vida, en la casa no había pleitos. Si los hijos se ponían a pelear él les decía: “A respetarse que entre hermanos no se pelea”. Ni Enrique ni Martha aceptaban las discordias. Luego pasó de huraño a malgeniado y después a violento. Hacía poco había llegado con el machete en la mano y amenazando que los iba a picar. El ambiente en la casa se enrareció. Martha y los niños empezaron a vivir con miedo, a temerle. Las discusiones de los dos aumentaron tanto que Enrique dejó de dormir en la misma cama con su esposa. ¿Tendría razón la gente del pueblo?, pensó Martha y presionó el pedal de la máquina. No sabía si el ruido lo hacía el aparato o su propio corazón. Las lágrimas cayeron sobre la tela de la camisa que estaba remendando y no pudo contener la congoja. Se detuvo cuando la costura le quedó torcida. ¿Las diablitas le daban bebedizos? Era la única explicación para entender por qué se había vuelto mal esposo, mal papá. A lo mejor le daban cada día las infusiones de borrachero en pequeñas cantidades como para no matarlo. Lo que necesitaban ellas de Enrique era su obediencia. Que las invitara a fiestas, les comprara ropa bonita, les llenara las neveras de comida, todo sin hacer ningún reparo. Se secó las lágrimas cuando lo vio desfilarse con sus últimas cosas. No se despidió de ella ni de los hijos. Se fue a vivir a El Chispero.

No le volvió a hablar a Martha y a ella le daba miedo encontrárselo en el camino.

Diecinueve hijos tuvieron a pesar de las dificultades. Y si él no se va hubieran ajustado las dos docenas. Ahora siete hijos menores de edad quedaron sin papá. Aicardo, Rogelio Antonio, Flor Villalba, Otoniel, Jovanny, Osvaldo y Edison. El más pequeño tenía apenas dos meses.

Cuando iban a decirle que no había mercado, respondía: “De dónde, no ven este hijueputa coco vacío”. Les señalaba el recipiente donde guardaba la plata y les gritaba: “Me tienen en la reolla, me echaron a la ruina; no tengo con qué surtir”. No era cierto, la cosecha de café le daba buenas ganancias y la cantina también. Sin embargo, no daba ni media libra de arroz para los hijos que estaban en la casa. Entonces Otoniel, Yovany y Osvaldo le robaban café de las camillas y se iban por la cañada para que no los descubrieran y lo vendían a un tendero en la plaza. Regresaban a la casa, por la misma cañada, con unos costales pequeños de melaza con un poco de aceite y arroz.

Martha se enteró de que Enrique estaba planeando irse a vivir con la diabla del helecho a Yolombó. Para eso necesitaba el dinero, para empezar una nueva vida lejos de sus hijos.

Afortunadamente Martín y Aristides, los hijos mayores que aún vivían en la casa, empezaron a trabajar en las minas de oro y le ayudaban con los gastos. Ni siquiera en los casos de penuria Martha quiso tener un billete bautizado como el de Humberto Murillo, el esposo de su cuñada. Se decía que no trabajaba y que tenía ese billete para comprar el diario. Se contaba que Humberto había ido al bautizo de un niño desconocido y que mientras el cura decía el nombre que llevaría el pequeño, Humberto decía también en su mente: “Pa mi billete, pa mi billete”. De esta manera la criatura quedaba sin nombre y el papel con truco. Así Humberto iba a la tienda, pedía lo que alcanzaba con su billete bautizado y cuando salía lo llamaba por el nombre que le había robado al niño y este volvía al bolsillo de su pantalón.

—Arriesgó a que ese niño se fuera al infierno para él no tener que trabajar —dijo Martha cuando se enteró—. Eso es un pecado muy grande. Yo prefiero aguantar hambre en lugar de condenar a algún niño al fuego eterno. Es mejor no tentar las malas energías.

Esas historias no eran raras en el pueblo. Se decía que los mineros veían duendes que les anunciaban dónde había una veta o si iba a ocurrir un derrumbe. Se contaba que sobre los techos de las fincas de panela, donde vivían los trabajadores, aterrizaban en las noches bolas de fuego que en realidad eran brujas que los paralizaban mientras dormían. Ellas aprovechaban para besarles el cuello, los labios; más de uno se despertaba sin pantalones. Tampoco era raro ver que a algún

niño le empezaran a salir gusanos de los ojos y años después quedara ciego o muriera víctima de alguna venganza familiar. Una región plagada de historias. Por eso la recomendación que siempre se daba era no aceptar bebida o comida. En caso de hacerlo recibirlo con la mano izquierda, llevar puesto algo de oro o tener siempre en la muñeca un collar de lágrimas de semillas de chocho para librarlos del mal de ojo. No beber ni comer nada en un lugar distinto a su propia casa aunque en la de Martha no alcanzara para todos.

SINFÍN [FRAGMENTO]

Carmen Correa [Yalí, Antioquia, 1921-2001]**1**

Torturada por la obsesión de la muerte, Carmen cerró puertas y ventanas y se tendió dos horas con los ojos abiertos en la penumbra sofocante de su habitación. Era la primera semana de junio y el calor parecía menos soportable por el pito de las chicharras, que cuando cantaban suave le recordaban los tiempos en que los enamorados siseaban a las jovencitas, escondidos detrás de los árboles. Así, acostada y pensativa, la sorprendió un alboroto de muchas voces. Entonces se levantó, abrió la puerta y vio un tumulto de niños atiborrados en el patio; algunos se cargaban los unos a los otros para espiar por una ventana. La anciana sonrió. Pensó que estaban allí para comprar gaseosa, papitas fritas o algún bombón, pero era obvio que no, que la noticia se había extendido por el pueblo.

—¿Sí ven? —dijo el niño que, al parecer, lideraba a los demás curiosos—. Está llamando a la muerte.

—Yo no veo nada —dijo otro.

—Vean, ahí, en esa pieza.

Carmen miró de reojo hacia donde señalaba el niño con el dedo índice. En la habitación donde ella pasaba las noches, estaba recostado sobre la pared un ataúd rudimentario, que más que un féretro parecía una batea donde se les picaba comida a los caballos. Era sencillo, sin ornamentos, como había sido su vida. Lo había comprado esa semana en Yalí con los ahorros de varios meses de trabajo.

—Sí, es verdad —exclamaron casi a coro—. ¡Qué miedo!

Carmen no dijo nada y se quedó viéndolos recostada en el marco de la puerta. En ese momento cantó un sinfín en lo alto del curazao fucsia que estaba a la entrada de la casa. Ella levantó la mirada para ver si descubría al ave entre las ramas floridas, pero no la vio. Su canto ubicuo, como si estuviera presente en muchas partes, resultaba enigmático, especialmente porque era difícil de identificar el lugar de procedencia.

El pájaro volvió a cantar. Carmen se persignó. Los niños, que también lo oyeron, se quedaron paralizados mientras miraban de nuevo el féretro sostenido a la pared. “Se fue, se fue, se fue”, traducía para ellos el canto.

—Es verdad, se va a morir pronto —murmuró un niño y salieron en desbandada.

En el pueblo se creía que esta avecilla, a la que también se conoce como trespiés, era un ave de mal agüero, y que su canto anunciaba que alguien estaba a punto de morir. Carmen sonrió con la escena sin apartar la mirada del curazao, intentando descubrir al ave que casi siempre estaba en situación de ocultamiento, tratando de mimetizarse con los troncos de los árboles. Cuando bajó los ojos, los niños habían desaparecido del patio. Entró, miró el que sería su lecho final, lo acarició y lo forró con plástico para que el polvo y la humedad no lo dañaran. Desde entonces, no permitió que nadie más lo viera y dio la orden a sus familiares de descubrirlo cuando llegara la hora de sepultarla. Después guardó la caja mortuoria debajo de su cama.

Esa noche comió sopa de arroz con riñón frito y una taza de aguapanela. Oró, pero tardó en dormirse. Un ataque repentino de tos la atacó. Imaginó que había sido por la cantidad de humo que ese día había escupido su fogón de leña.

—¿Ves, Niña? —le dijo a la cerda que la miraba con atención, como queriéndole explicar la razón por la que había comprado un ataúd—, cuando las patas se hinchan, la sepultura relincha.

Herminia, su mamá, había muerto de 98, y a esa edad ya había perdido la cordura. Varias veces la encontró sentada en el sanitario, tomando su propio excremento con las manos, explicando que con ese pantano taparía los huecos de las paredes de tapia para que el frío no se colara en las noches de invierno; Victoriana, su abuela, había muerto de 110 años, sin cordura también, y peleaba con sus bisnietos por juguetes que ella creía suyos. Carmen no quería vivir tanto ni llegar a una vejez llena de achaques ni al cuidado de nadie. A pesar de sus 69, sentía su ánimo menguado, se daba cuenta de que le costaba madrugar y que el trajín de la cocina la dejaba exhausta. Lo que menos quería era depender de alguien.

—La gente no sabe que hay que preparar la vida —se refería a sus tiempos como partera—, pero también la muerte —la cerda soltó un gruñido y se echó en el piso de tierra.

Fue hasta los chiqueros que tenía detrás de la casa, al lado del baño. Allí criaba marranos, que después vendía en el matadero del pueblo. Pero en ese momento solo estaba Niña, su consentida. La tenía desde pequeña y se había convertido en su

confidente y compañera. Para donde salía Carmen iba la marranita como si fuera un perro. Después de encerrar a Niña en el chiquero, se acostó otra vez y tampoco pudo dormir. La puerta de zinc del baño chirriaba y tuvo que levantarse varias veces para atarla con un alambre para que se quedara quieta. Se preparó una taza de aguapanela con limoncillo para combatir la tos, así como se la había preparado varias veces a sus hijos cuando estaban pequeños y a Eladio cuando tenían gripa.

No sabía por qué últimamente el recuerdo de él la golpeaba con insistencia.

2

Carmen siguió a su mamá, por los deshechos y cañaduzales. Después de dos horas de caminata llegaron a una casa iluminada por lámparas de petróleo. Un hombre las acompañó a una habitación donde había una mujer acostada en el lecho de trabajo que no se hallaba del dolor, se revolcaba entre las sábanas. Era primeriza y no sabía qué hacer. Frecuentemente se escuchaban historias de mujeres campesinas que morían porque daban a luz en sus casas, solas. Muchas creían que los niños salían por la boca; otras, que si le jalaban el cordón umbilical al pequeño se iba a salir el intestino o no vigilaban la salida de su placenta. Morían por desgarres, desangres o terribles infecciones. A veces los decesos eran de madres e hijos.

Carmen y Herminia la miraron, se miraron y supieron qué hacer. Carmen ya no se consideraba una aprendiz de partera; desde los trece años acompañaba a su mamá, quien a su vez había aprendido de su progenitora, a atender decenas de nacimientos. Ahora, con quince años, tenía claro que siendo auxiliar, era la encargada de proveer ropas, utensilios y elementos; entretener, sobar y si era necesario sostener a la mujer para que se colocara en la posición más cómoda y conveniente. La responsable del parto era Rosa Herminia Correa, matrona de la región.

Lo primero era preparar el cuarto. Había que refrescarlo si era verano o calentarlo en tiempos de invierno. Como era temporada de lluvias, Carmen tapó las ventanas para que no se asomara ningún viento que pudiera provocar un resfriado o se filtraran las narices de los curiosos. Después se fue a la cocina y puso varias ollas en los braseros, en ellas vertió agua para preparar baños, compresas y bebidas.

Cuando regresó a la habitación con una infusión de cilantro con cebolla, vio que su mamá se había sentado al borde de la cama y le había tomado la mano a la mujer que no paraba de quejarse. Carmen le extendió la taza humeante y la mujer la rechazó de inmediato.

—Tómesela, mijita —dijo Herminia con voz suave pero firme—, que eso la va a ayudar, sirve para dilatar. Yo sé que usted está penando mucho, y es porque no se ha quedado quieta y eso es muy malo —con esa frase Carmen supo qué más poner en las ollas, así que corrió y puso a cocinar ramas de tatamaco, también conocido como palosanto, una planta con propiedades sedantes y antisépticas.

Apenas regresó, la mujer ya se había tomado la bebida y respiraba un poco más tranquila. La partera tomó el agua tibia que desprendía un aroma intenso, penetrante y con un toque ligeramente cítrico; humedeció un trapo y frotó el vientre de la materna con movimientos suaves, que luego fue tornando más fuertes y rápidos, como si estuviera batiendo chocolate.

—¿Usted sabe por qué le duele esa pierna? —preguntó Herminia y la mujer se sorprendió de su adivinación—. Porque el niño está encajado, aquí tiene la cabecita, mire, aquí la tiene —siguió masajeando con fuerza.

Cuando el bebé estaba difícil de salir, su mamá le hacía una señal con los ojos, entonces Carmen le fajaba la barriga y la sobaba con aceite de cocina. En otras ocasiones le pasaban una cobija por detrás de la espalda y la movían rápidamente desde las axilas hasta la cintura una y otra vez, como lustrando zapatos. La vez que su mamá le contó que otras comadronas les ponían la correa sudada del marido para que el niño obedeciera y saliera, la jovencita soltó una carcajada estruendosa. Muchas complicaciones les tocó a las dos, como que el bebé estuviera en una mala posición, que viniera de pies. Esas veces el parto se postergaba y la parturienta languidecía exhausta debido a los esfuerzos. A pesar de los vericuetos, nunca se les murió una parturienta ni un bebé.

—Hagamos fuerza las tres —dijo Herminia—, porque si nos descuidamos este niño se muere.

Carmen nunca olvidaría que apenas su mamá dijo eso, la mujer abrió mucho los ojos, tomó aire y soltó un grito que más bien pareció un bramido. El muchachito nació de una.

La madre primeriza quedó sudando y sangrando. Su aliento no le alcanzó para averiguar si era niña o niño. Carmen le dio una bebida de espiga de maíz para cortar la hemorragia mientras que Herminia verificaba la salida de la placenta que, apenas estaba afuera, se la entregaba a Carmen para que la enterrara. Su mamá le había dicho que tenía que ser en tierra seca, para que la señora no cogiera frío ni quedara estomagona. Mientras Herminia aseaba a la mujer, Carmen se ocupó del recién nacido, le cortó el cordón umbilical, lo limpió y lo abrigó.

En muchas ocasiones su mamá se devolvía para la casa y Carmen se quedaba asistiendo en la dieta, pues se decía que la mujer debía quedarse tres días acostada comiendo gallinas y verduras. Las parteras tenían autoridad para recetar quietud y un determinado régimen alimentario. Carmelita, como le decían de cariño, se quedaba una semana y las familias la despedían entristecidos porque extrañarían sus manjares, sus cuidados. Su mamá la había instruido en la partería y en la buena cocina.

Esta vez no se quedó. Deshizo los pasos al lado de Herminia por entre los matorrales. Le gustaba caminar al lado de su mamá porque cada tanto se detenía y le mostraba alguna planta entre la maleza.

—La arracacha es caliente —le decía—. Bañe a la parturienta tres días antes de dar a luz. Sirve para dilatar. La altamisa acelera el parto; dele a la mujer un té tres días antes. Si tuvo un desgarre, para que cicatrice, hágale un lavado con una mezcla de llantén, matico y canelo.

Carmen caminaba y descubría los tallos, las hojas, las flores que ella le iba narrando. A veces tomaba hijos de las plantas para sembrar en su propia huerta.

—Si pones el marrubio blanco a cocinar en agua sirve para expulsar la placenta. Y ten cuidado con la ruda porque es abortiva.

3

Carmen se levantó a las 3:30 de la mañana. Prendió el fogón de leña y puso una sartén con aceite. Echó a freír un trozo de chicharrón porque el día anterior había comido asadura y puso en una parrilla una arepa de maíz. Mientras tanto, machacó la almendra del cacao, le mezcló maíz tostado ya molido, le echó clavos de olor y canela. Después de desayunar, de tomarse a sorbos el chocolate con espuma, buscó la botella de vino de naranja que hacía tiempo había preparado para una ocasión especial. Era jugo de naranja con azúcar, puesto dentro de un frasco de vidrio, con un trapo amarrado en la boca de la botella y enterrado durante un año en el patio de su casa.

Antes del amanecer salió con su nieto Otoniel y Niña para el Inviol, a dos horas de camino. Allí tenía sembrado café. Arrancaron los granos maduros y los echaron en unos costales para luego venderlos en la plaza del pueblo. Mientras tanto, la cerda los seguía o escarbaba la tierra en búsqueda de algún manjar de insectos. Terminada la jornada se sentaron bajo un guanábano y almorzaron. Carmen había empacado frijoles con huevo frito, arroz y tajadas de maduro. Esa tarde Otoniel descubrió las mieles del vino de naranja. Se tomó uno y dos sorbos, tres y cuatro.

—Este es un regalo para vos, Otoniel —dijo Carmen, agradecida con el niño por su ayuda constante.

En ese momento cantó un sinfín.

—¿Quién se irá a morir? —preguntó en voz alta la anciana.

Otoniel levantó los hombros, ya mareado por el licor, y la marranita tampoco contestó, como no lo hacía cuando ella le contaba sus alegrías y dolencias. Carmen buscó al sinfín entre los arbustos, posado en perchas o en las ramas secas superiores de los árboles. Quería descubrir al pájaro solitario, que siempre tendía a mimetizarse como si fuera una rama. Sabía que era más pequeño que un garrapatero, pero marrón y manchadito. Una vez que logró verlo con detalle, supo que era especial. Tenía una cola larga de tonos café y una cresta rojiza y negra que se levantaba cada vez que cantaba. Un ave realmente bonita a pesar de volar con un mensaje fúnebre entre el pico. Lo seguía buscando, a pesar de que siempre que cantaba moría alguien del pueblo, pero ella no. Los muertos, la mayoría, eran las víctimas de los grupos armados que se disputaban la zona.

—Se morirá el carnicero y la esposa del carnicero —alegó y bebió del vino de naranja—. Se morirá el cantinero, los hijos y nietos del cantinero. Se morirán los mineros y las prostitutas, las calles y los ríos. El pueblo entero. Y yo sigo esperando...

Otoniel bebió otro trago y escuchó las últimas frases de su abuela, como si también estuvieran metidas en el frasco de vidrio.

—Todo parece indicar que la muerte se olvidó de mí.

El sinfín se quedó mudo.

Luego de dejar a Otoniel en su casa para que pasara el malestar de su primera borrachera, se fue hasta su casa con paso lento y cansino. Sacó el ataúd por la parte de atrás de la cocina, donde no lo viera la gente y lo dejó ahí para que recibiera los últimos rayos del sol. Lo acarició y pensó en el pájaro que había estado en el cafetal. ¿Se estaba acercando su hora?

Antes de acostarse arrastró el ataúd y lo metió debajo de su cama. Salió otra vez, guardó a las gallinas en el corral alambrado y a Niña en la porqueriza; cerró la casa y se preparó una bebida de hierbas. Luego encendió una vela y se acostó a orar.

A medianoche, a pesar del cansancio, seguía despierta. Concilió el sueño pero despertó alarmada un momento después porque le costaba alcanzar el aire. Se sintió flotando en círculos concéntricos dentro de un remolino de humo. Alguien habló. Carmen respondió desde su cama.

—¿Carmelita? —preguntó la voz de un hombre.

Lo vio a través del humo de los recuerdos. Estaba de pie, fumando, recostado en la puerta de la cocina. Tenía traje de cachaco y su sombrero.

Él tenía un armario lleno de sacos y sombreros que ella le organizaba con pulcritud. Traía de Medellín tabaco y unos cigarrillos de una etiqueta extraña que en las tiendas del pueblo no se conseguían. Siempre tan elegante, a ella le parecía tan elegante.

—¿Qué quiere, Eladio? —dijo la anciana entre la penumbra del sueño.

—Me tengo que ir —dijo él con la voz quebrada por el llanto.

Esa frase la sacudió.

—¿Te vas?

Cuando logró abrir los ojos se descubrió sola en la casa.

Ella y su ataúd.

4

Rosa Herminia Correa era viuda y tenía tres hijos a cargo. Trabajaba como cocinera en fincas del municipio de Yalí y su fama de buena sazón se extendió de montaña a montaña. Francisco Eladio supo de ella, la buscó y la llevó a La Floresta, un corregimiento de Yolombó, donde él administraba dos minas ubicadas en una finca de la vereda Quebraditas, pues necesitaba que sus empleados tuvieran la mejor comida para compensar las largas jornadas que pasaban en los socavones. Herminia aceptó el ofrecimiento y cuando ya llevaba varios meses en este pueblo Carmen decidió visitarla.

La jovencita estaba sentada en un taburete en el corredor de la casona cuando vio que se acercaba un hombre en una mula, en la que, supo ella después, no faltaban los dos litros de ron en las alforjas. Llevaba un vestido caqui y sombrero. Siempre iba al mediodía donde Herminia a tomar aguapanela con limón. El hombre desmontó y quedó deslumbrado con la jovencita de ojos rasgados y piel como la panela.

Carmen tenía diecinueve años cuando conoció al ingeniero civil que había llegado desde Medellín para ser el pionero de la minería ancestral en la región. Él tenía 37, y aunque estaba envejecido por el oficio en las minas a ella le pareció muy apuesto. Se decía que era inteligente y adinerado, querendón y alegre. Esa vez no se dijeron nada, solo se miraron, pero en la noche se encontraron en un asentamiento donde los mineros jugaban cartas y tomaban aguardiente.

—Vea, Carmelita, yo soy casado, pero la señora no pudo regalarme hijos —le dijo sin vacilaciones—. Necesito una mujer que me regale hijos. ¿Usted me los va a dar?

Con la condición de que a la señora yo no la voy a abandonar. Ella no tiene a nadie, entonces yo voy a visitarla cada mes.

Carmen, deslumbrada por aquel hombre trigueño, alto, buen mozo, alegre y parrandero que sabía abrir las entrañas de la tierra, aceptó. Consiguió la compañía y el amor, no bendecido por párroco alguno, de Francisco Eladio Rave Ángel. No tardaron en mudarse a una finca en Quebraditas donde Carmen se convirtió en la matrona. Pronto llegó a sus vidas la primera de las hijas, Martha, con los ojos rasgados y del color del café tostado, como los de su papá. Después llegaron los demás. A los 28 años de edad, Carmen ya era madre de nueve hijos: Martha, Edilberto, Miriam, Lucila, Francisco Eladio, Darío, Juan Nepomuceno, Carmen Helena y Ángel.

En las tardes, cuando el sol se ocultaba detrás de las montañas, Carmen se sentaba en el corredor con Francisco a mirar a los niños jugar en el patio. ¿Quería hijos? Ahí los tenía. Era una familia bonita, aunque no faltaban las discusiones. A Carmen le molestaba que bebiera y llegara tarde, pero, sobre todo, que viajara a la ciudad para visitar a su esposa. Inicialmente iba y venía a Medellín cada mes, pero cuando empezaron a nacer los niños se radicó en La Floresta. Estaba enamorado de sus pequeños. Casi siempre les traía ropa, zapatos, pero Carmen tiraba todo a un rincón porque eran sobras de Medellín que él iba a recoger allá.

—Pero mirá que todo es nuevo —le decía Eladio—. Tienen etiquetas.

Ella casi nunca soportaba lo que le traía de la ciudad. Nada disfrutaba, nada se ponía ni dejaba que los niños usaran. Había un odio casi visceral hacia esos objetos, como si sospechara que aquella mujer los hubiera elegido por él.

—No te enojés, Carmelita, que yo te advertí que no dejaría de visitarla.

Ella se cruzaba de brazos y se quedaba entristecida, mirando hacia las montañas ya sin luz.

5

Carmen prendió el fogón de leña e hizo otra vez los mejores manjares del pueblo. Empezó con la gelatina negra. Cocinó un rato la pata de res. A este caldo lleno de colágeno le mezcló panela, leche, canela y vainilla, luego lo batió vigorosamente y lo dejó cuajar. Después hizo la gelatina blanca. Siguió con los pandequesos de yuca, pandequesos de maíz, las juanas y la mazamorra.

Una cigarra instaló su pito en el patio. El sol maduró. Pero ella no lo vio agonizar detrás del curazao fucsia. Se quedó viendo a una gallina gorda y *pintaracha* que, tumbada de costado, escarbaba con una sola pata para encontrar algún gusano. Se sentó en una banca de madera y probó la mazamorra con un bocadillo de guayaba. De un momento otro un sofoco la invadió, intentó tomar aire, pero sintió un sonido agudo y chillón en su pecho, como si se le hubieran bloqueado las vías respiratorias. Quiso restarle importancia y se distrajo mirando a un gallo que se irguió soberbio y le dio vueltas a la gallina *pintaracha* con un cloqueo de reclamo. La gallina se levantó con desgano, lo recibió, dobló las patas y lo sostuvo sobre las alas; luego sacudió el plumaje del que salió agua y se volvió a echar, pero no en la tierra, sino sobre una maceta de novios.

—Vean a esta rilosa, me está dañando las matas —gritó la anciana y la espantó. La gallina se alejó cacareando.

Abandonó la cocina cuando le dio un ataque de tos. Se mandó las dos manos al pecho.

—Es el cambio de clima —se dijo—. Todo será distinto cuando pare de llover.

La noticia del ataúd se había divulgado con tanta rapidez, que cuando se asomó a la calle encontró a medio vecindario rondando cerca de la casa, queriendo ver el cajón fúnebre, como si no fuera un objeto de madera, sino un familiar que no veían hacía muchos años o un animal de circo. El padre Schiona, un cura que tenía fama de malgeniado, aunque alarmado por la desproporción de la noticia, no se apareció por la casa que custodiaba un ataúd sin muerto. ¡Qué iba a reprenderle, si entre bromas se decía que ella, con ese carácter tan recio, era capaz de excomulgar al mismísimo sacerdote!

A esa hora ya habían acudido curiosos menos frívolos que los del día anterior a preguntar por la morcilla o la chunchurria que nunca compraban, y habían hecho toda clase de conjeturas sobre el porvenir de la partera del pueblo. Los más temerosos dijeron que estaba llamando a la muerte, que era pecado. Otros, de espíritus más ásperos, supusieron lo contrario, que la estaba alejando.

¡Qué iba a saber ella que los últimos tendrían razón!

Fuente: Güiral, M. (2022). *Las mensajeras del ruiseñor* [Sanadoras, parteras y yerbateras]. Tragaluz Editores.

Dolor de oído

Las fuertes explosiones en la mina del pueblo eran inaguantables. Los habitantes, cansados de los intensos dolores de oído y de vivir sobresaltados, decidieron salir a protestar: quemaron llantas, sacaron pancartas, cacerolas...

El incidente apareció en los noticieros nacionales y el Gobierno tuvo que acudir al lugar para escuchar las peticiones: exigían la clausura del lugar.

Durante largas horas, con calculadora en mano, el Ministro de Minas con su equipo de trabajo, analizó la situación. No, dijeron, ¡no podían cerrarla! ¡Las pérdidas serían millonarias! Entonces tomaron una sabia decisión: con una sencilla operación, a cada habitante del pueblo, se le extirparía los tímpanos.

Fríjoles

Todos los días lucho contra el cansancio para estar despierto cuando mi papá llega del trabajo. Aunque hablamos poco me basta con mirarlo cuando se quita la chaqueta, los zapatos y saca de su mochila la fiambarrera para lavarla, mientras yo pongo los fríjoles en el fogón. Se sienta y, en silencio, se queda viendo la nevera donde está la última foto familiar. Estamos los cinco: mamá, mis dos hermanitos, él y yo. Cuando siento que papá me va a decir algo el pito de la olla a presión invade la cocina. El pito nos salva de llorar.

Que ni la muerte los separe

—¿Qué le compraste a esa mujer? —Preguntó mi abuela una mañana que me sorprendió.

—¿Cuál mujer?

—La bruja esa, la anciana que vive cerca al cementerio. ¿Le pediste algo?

—Nada, sólo la saludé —mentí.

—¡Con eso no se juega, muchacha! —Dijo desconfiada—. ¡Con eso no se juega!

Ahora entiendo lo que me quería advertir la abuela. A la bruja le había pedido una pócima invencible para que mi esposo nunca me abandonara por alguna de esas prostitutas jóvenes que llegaban cada fin de semana al pueblo; pero días después de darle el bebedizo, murió sepultado bajo la mina de oro donde trabajaba. Desde entonces me sigue a todas partes: me habla, me abraza, duerme conmigo...

Desesperada busqué a la anciana en busca del antídoto, pero no lo recordó. Tenía mal de Alzheimer.

Caricia robada

María Elvia tiene 63 años. Vive sola en una pieza que arrienda en Manrique. Es callada, sigilosa y muchas veces pasa desapercibida. Viaja en bus todos los días a la casa de sus patrones donde pela papas, yucas, zanahorias y desgrana mazorcas. Tiene las piernas cundidas de vena várice, le duele la espalda, la cabeza, pero más la soledad. De regreso a su casa se aprovecha del tumulto y de los apretones obligados en el bus y acurruca su cabeza en el hombro de otro pasajero. Siempre lo elige somnoliento, pero sobre todo joven, como su único hijo; asesinado y arrojado al río Magdalena hace años.

Fuente: colaboración inédita de la autora para esta edición.

MARCELA GÜIRAL

Es bibliotecóloga graduada de la Universidad de Antioquia, magíster en Educación Superior en Salud por la misma universidad, y máster en Promoción de Lectura y Literatura Infantil de la Universidad de Castilla-La Mancha, España. Actualmente es docente en la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia. Ha sido ganadora del premio nacional El Barco de Vapor con la novela *Se resfriaron los sapos* (2015); de la Beca para la Creación Artística y Cultural, Alcaldía de Medellín (2012), con el libro de cuentos *¡Mira lo que trajo el mar!*; de la Beca para la Creación Artística y Cultural en Literatura Infantil, Alcaldía de Medellín (2018), con la novela *A mediodía llovían pájaros*, y ganadora del Estímulo a la Creación en Periodismo Narrativo (2021) con *Las mensajeras del ruiseñor*.

Katerine Álvarez López

(Amalfi, 1992)

Oportunidad

Como Narciso en la fuente
una mujer posa su cuerpo desnudo
ante el bufón espejo de la habitación.
Contempla enajenada
un nuevo concepto de belleza
y palpa despaciosa
la costura fresca en uno de sus pechos.
Sonríe triunfante, mientras
revisa con sus dedos
los dientes marcados
que le dejó la muerte.

Amalfi, julio 20 de 2014.

Fuente: Álvarez, K. [Musa Erató]. (2016a). *Entre tintas y líneas* (p. 17). Todográficas.

Nací mujer

He nacido del vientre
de una humilde cordillera
entre cobijas terrosas
y sábanas de riachuelo,
me han arrullado las aves
me han cantado las flores,
he crecido entre los bosques
y he pisado el firmamento.
Nací rebelde en las aguas
cuando desbocan su cauce,
en el fuego iluminando
la oscuridad de los miedos.
He sido el grito de vida

que jamás queda en silencio.
He nacido en lo profundo
del cielo y de la marea,
brillando como lucero
o siendo faro de invierno.
He vivido con la luna,
con el sol en la montaña
como árbol de raíces
que por siglos han plantado.
He bailado en tempestades
con el retumbo del trueno.
He dormido entre las rocas
y he bajado a los abismos.
He volado emancipada
de la sumisión y el miedo.
Nací Mujer, libre de las cadenas
de la esclavitud del dogma
y la opresión de la guerra.
Nací libre y propietaria
de la razón, de mi cuerpo,
de las letras y la música,
del poema y del recuerdo.

Amalfi, julio 31 de 2015.

Fuente: Álvarez, K. [Musa Erató]. (2016b). *Entre tintas y líneas*. Todográficas, p. 19.

Encuentro

Dos sombras nocturnas perdidas,
dos almas solitarias que acunan
la luna en sus ojos,
un rompecabezas incompleto.
Fragmentadas, desgarradas,
marchitas por la acidez del tiempo,
ambas con la herida abierta
sangrante ante el miedo y el dolor,
torturadas por la oscura muerte,
atrapadas en el recuerdo mustio.
Se buscaron siempre sin saberlo,

tenían la ficha que encaja en el pecho.

Cara a cara se encontraron,
desvendadas e imperfectas.

Eran almas iguales,
con las mismas alas
bajo el mismo cielo.

Listas estaban para vivir,
para volar juntas
y nacer de nuevo.

Amalfi, octubre 5 de 2019.

Sangrante herida

Ha puesto su cabeza
en el cojín del cielo,
dormida entre los capullos
de las flores coloridas,
dulce voz despide
su antiguo nacimiento
y entre sueño de nubes
se pierde su infancia.

Una transformación,
un dolor inevitable
del que ninguna escapa,
malestar despavorido.
Una punzada atraviesa
su corazón ileso
y sangrante la herida
por sus piernas nuevas,
deja el rastro manchado,
la prueba manifiesta
de que estará herida
cada mes por dentro.

Amalfi, febrero 28 de 2020.

Voy a nacer mujer

A punto de ahogarme
en este fondo oscuro,
con el aliento de romper
la soga que me ahorca,
tengo una angustia en el pecho;
voy a nacer Mujer.
Miedo. Miedo sucio
de mi condición,
de sentir la burla
que menosprecia.
Miedo. Miedo frío
de morir en vida,
de saberme hembra
sin poderlo ser.
Tengo una angustia en el pecho;
voy a nacer Mujer
y mi madre llora
porque seré niña.
Miedo. Miedo ciego
de la misma historia,
de ser en la casa
una víctima más.

Amalfi, junio 25 de 2020.

Cortesana

Experta en el escenario,
una actriz que danza
con lágrimas en los ojos,
callada ante el dedo
que señala su virtud,
sorda a los improperios
que enjuician sus encantos.
Cortesana del dolor,
ardiente entre las brazas
que cicatrizan el alma.
Preparada para la corte

entre luces y lentejuelas,
como sábana blanca,
como el agua pura que brota
de la fuente virgen.
Preparada para la corte,
para vender su aliento
y despojar su manto.

Amalfi, mayo 20 de 2021.

Aún soy mujer

Me han abandonado
los detalles bellos
de la juventud,
la voz descansada y
la piel serena,
los encantos nuevos
de ser la Mujer.
Solo me acompañan
agudas espinas,
las mismas que un día
me dieron en flor.
Se han olvidado
de mi aroma dulce,
de la esencia eterna
que me hace Mujer,
los besos me huyen,
también las caricias,
porque no me miran
si aún soy Mujer.

Amalfi, Antioquia. Marzo 13 de 2020.

Fueron otros tiempos

La abuela mece el tiempo en su silla
lo lleva en las manos con aves marías,
no saborea su rostro una lágrima,

la herida respira en sus ojos mustios
en su voz exhausta y en la soledad.

De ríos de sangre hablan sus historias
de lúgubres calles desde el mediodía.
Musita los muertos, desaparecidos,
evoca sin duelo sus hijos ausentes
y aún huele el campo de donde escapó.

Refiere colores, azules y rojos
recuerda un Amalfi de perversidad
de guerras injustas, de noche sin sueño,
habla de fusiles en manos infantes
de cuerpos envueltos sin identidad.
Me describe un cielo lleno de tormentas
de lluvias amargas sin la luz del sol,
de oscuros caminos que pisan el miedo
de estrépitos ruidos que agitan la tierra
derribando muros en el corazón.

Yo escucho su historia entre mil sollozos
le rindo tributos con cada caricia,
le muestro con cantos, con dulces poemas
con risas y encantos una nueva escena;
un Amalfi entero de benignidad.

Fueron otros tiempos, abuela querida
que recordaremos como cicatriz.
Miremos ahora el vivo presente,
la imagen genuina de este Paraíso
de este Valle ausente de toda maldad.

Juntas escribamos una nueva historia
a este terruño que nos vio crecer,
pintemos las flores que ayer grises fueron,
entonemos versos, alegres, sin duelo
y nace en Amalfi, de nuevo otra vez.

Fuente: colaboración de la autora.

KATERINE ÁLVAREZ LÓPEZ

Licenciada en Humanidades y Lengua Castellana; especialista en Gerencia Educativa. Actriz de teatro, presentadora de televisión, dramaturga y poeta. Mujer apasionada por el arte y la literatura, amante de las letras hechas verso. Katerine se ha convertido en la mujer escritora más joven de Amalfi, ha publicado su poemario *Entre tintas y líneas* (2016) y trabaja en su próximo libro de poesía ilustrada titulado “Mujeres con olor a poesía”.

REFERENCIAS

- Aguilar, L. I. (1995a). Ocho. En *Resurrección en Quásar. Poemario 1989-1990* (p. 18). Luchas E.A.T.
- Aguilar, L. I. (1995b). Veintinueve. En *Resurrección en Quásar. Poemario 1989-1990* (p. 39). Luchas E.A.T.
- Aguilar, L. I. (1995c). Sesenta y cuatro. En *Resurrección en Quásar. Poemario 1989-1990* (p. 76). Luchas E.A.T.
- Aguilar, L. I. (2005a). Palza de la Veracruz. En *El brío de la mariposa. Poemas* (p. 114). Luchas E.A.T.
- Aguilar, L. I. (2005b). Mujer-Vacío. En *El brío de la mariposa. Poemas* (p. 115). Luchas E.A.T.
- Aguilar, L. I. (2005c). Masacre. En *El brío de la mariposa. Poemas* (p. 125). Luchas E.A.T.
- Aguilar, L. I. (s.f.). El inalcanzable país del oro macizo. Mecanuscrito.
- Aguilar, L. I. (s.f.). Hortensia. Mecanuscrito.
- Aguilar, L. I. (s.f.). Quiche. Mecanuscrito.
- Álvarez, K. [Musa Erató]. (2016a). Oportunidad. En *Entre tintas y líneas* (p. 17). Todográficas.
- Álvarez, K. [Musa Erató]. (s.f.). Aún soy mujer. Mecanuscrito.
- Álvarez, K. [Musa Erató]. (s.f.). Cortesana. Mecanuscrito.
- Álvarez, K. [Musa Erató]. (s.f.). Encuentro. Mecanuscrito.
- Álvarez, K. [Musa Erató]. (s.f.). Fueron otros tiempos. Mecanuscrito.
- Álvarez, K. [Musa Erató]. (2016b). Nací mujer. En *Entre tintas y líneas* (p. 19). Todográficas.
- Álvarez, K. [Musa Erató]. (s.f.). Sangrante herida. Mecanuscrito.
- Álvarez, K. [Musa Erató]. (s.f.). Voy a hacer mujer. Mecanuscrito.
- Amaya, L. (2018). Capítulos I y II. En *Pista en el dormitorio* (pp. 11-20). Editorial Adarve.
- Arango Zuleta, L. S. (2023). A buscarte. Mecanuscrito.
- Arango Zuleta, L. S. (2023). Ella es. Mecanuscrito.
- Arango Zuleta, L. S. (2023). Exaltación. Mecanuscrito.
- Arango Zuleta, L. S. (2023). Gestación. Mecanuscrito.
- Arango Zuleta, L. S. (2023). Lo que daría. Mecanuscrito.
- Arango Zuleta, L. S. (2023). Nacerás de mí. Mecanuscrito.
- Arango Zuleta, L. S. (2023). Palomo de seda. Mecanuscrito.
- Arango Zuleta, L. S. (2023). Tal vez... si fueras. Mecanuscrito.
- Barrientos Arango, J. (2001a). La barequera. En *Segovia. Estampas, impresiones y recuerdos* (pp. 201-205). Universidad Cooperativa de Colombia.
- Barrientos Arango, J. (2001b). El oro es de nosotros. En *Segovia. Estampas, impresiones y recuerdos* (pp. 201-205). Universidad Cooperativa de Colombia.
- Barrientos Arango, J. (2001c). La bruja. En *Segovia. Estampas, impresiones y recuerdos* (pp. 201-205). Universidad Cooperativa de Colombia.
- Berrio, J. A. (Ed.). (2021). *Amalfi 1940. Libro del Centenario 1. Literatura*. Coop-Impresos.
- Cañas Rodríguez, E. (2020). Francisco de Paula Rendón editado por Alpha. *Memoria cultural del Nordeste antioqueño*. Fondo Editorial FOCO, Facultad de Comunicaciones y Filología, Universidad de Antioquia.
- Carrasquilla, T. (1958 [1877]). *Obras completas, Tomo I*. Editorial Bedout.
- Carrasquilla, I. (1933). Calzones. Mecanuscrito inédito.
- Carrasquilla, I. (1933). Un premio. Diálogo escolar. Mecanuscrito inédito.
- Cataño Correa, O. (2021). El hueso mágico. Mecanuscrito.
- Ceballos de Moreno, H. (1934). D. Francisco de P. Rendón. Inocencia. *Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana. Tomo 13*. (pp. v-viii). Editorial Minerva S. A.

- Consejo Municipal de Cultura de Amalfi. (2010). *Plan Municipal de Cultura de Amalfi 2010-2019*. <https://repositoriocdim.esap.edu.co/bitstream/handle/123456789/21190/253073.pdf?sequence=3&isAllowed=y>
- De Greiff Bravo, L. (Comp.). (1955). *Documentos biográficos relativos a Carlos S. de Greiff y sus hijos*. Editorial Bedout.
- De Toro y Zapata, J. (1862 [1642]). Carta sobre la sublevación portuguesa en Cartagena. En *Memorial histórico español*, Tomo XVI (pp. 469-474). Imprenta Nacional.
- Duque Bernal, A. (febrero 25 de 1922). El maestro de escuela. *Sábado: Revista Semanal*, 02(35), 415.
- Duque Bernal, A. (marzo 11 de 1922). Motivos rurales: instantes nocturnos. *Sábado: Revista Semanal*, 2(37), 437.
- Duque Bernal, A. (junio 24 de 1922). In memoriam. *Sábado: Revista Semanal*, 02(51), 623.
- Duque Bernal, A. (septiembre 28 de 1935). La balanza de la resignación. En *El Bateo* (p. 5).
- Duque Villegas, A. (2021). El elogio de la ruana. En J. A. Berrío (Ed.), *Amalfi 1940. Libro del centenario 1. Literatura* (pp. 254-256). Coop-Impresos.
- Echavarría, R. (1998). *Quién es quién en la poesía colombiana*. Ministerio de Cultura de Colombia.
- Echavarría, R. (1999). *Poesía irreverente y burlesca*. Editorial Planeta.
- Escobar Cambas, C. A. (1922a). La mariposa. *Sábado. Revista Semanal*, 2(41), 484.
- Escobar Cambas, C. A. (1922b). La última copa. *Sábado. Revista Semanal*, 2(41), 485.
- Escobar Sanín, R. e Ibarbo Sepúlveda, A. (1988). *Panorama de la poesía amalfitana*. La Pluma de Oro Ediciones.
- Escobar Sanín, R. (s.f.). Barro elemental. En *Espiral de tiempo: sonetario* (p. 12). Colección poesía Edgar Escobar Editor.
- Escobar Sanín, R. (s.f.). Lágrimas de aurora. En *Espiral de tiempo: sonetario* (p. 63). Colección poesía Edgar Escobar Editor.
- Escobar Uribe, A. (s.f.). *Nuevo parnaso colombiano*. Ediciones Mundo.
- Galeano, E. A. (1988a). Tierra y sol. En R. Escobar Sanín y A. Ibarbo Sepúlveda (Eds.), *Panorama de la poesía amalfitana* (p. 83). La Pluma de Oro Ediciones.
- Galeano, E. A. (1988b). Ocaso. En R. Escobar Sanín y A. Ibarbo Sepúlveda (Eds.), *Panorama de la poesía amalfitana* (pp. 80-81). La Pluma de Oro Ediciones.
- Galeano, E. A. (1988c). O. En R. Escobar Sanín y A. Ibarbo Sepúlveda (Eds.), *Panorama de la poesía amalfitana* (pp. 81-82). La Pluma de Oro Ediciones.
- Galeano, E. A. (s.f.). Cántale a la vida. Mecanuscrito.
- Galeano, E. A. (s.f.). Canto a Galán. Mecanuscrito.
- Galeano, E. A. (s.f.). Colibrí. Mecanuscrito.
- Galeano, E. A. (s.f.). Éxtasis. Mecanuscrito.
- Galeano, E. A. (s.f.). Hilario. Mecanuscrito.
- Galeano, E. A. (s.f.). Olvido. Mecanuscrito.
- Girón López, M. S. (2010). *Memoria literaria del Municipio de San Lorenzo de Yolombó: 450 años de fundación SILC-Yolombó*. Universidad de Antioquia. (Multimedia).
- Girón López, M. S. (Coord.). (2020). *Memoria cultural del Nordeste antioqueño*. Fondo Editorial FOCO, Facultad de Comunicaciones y Filología, Universidad de Antioquia.
- Gobernación de Antioquia. (2022). Nordeste. <https://antioquia.gov.co/Nordeste>
- Gómez Barrientos, E. (1898). Carlos Segismundo de Greiff. *El Montañés*, (6), 239-252.
- Gómez Barrientos, E. (1924). D. Carlos Segismundo de Greiff. *Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia*, 6(11), 450-454.
- Gómez Ruiz, D. (1987). Introducción. En *Proceso de la cultura en Antioquia* (pp. 15-28). Colección Autores Antioqueños.
- Gómez Ruiz, D. (2007). *Crímenes municipales*. Mecanuscrito.

- Güiral, M. (2022a). Las hierbas del camino [Fragmento]. *Las mensajeras del ruiseñor. [Sanadoras, parteras y yerbateras]*. Tragaluz Editores, 7-44.
- Güiral, M. (2022b). Sinfín [Fragmento]. *Las mensajeras del ruiseñor. [Sanadoras, parteras y yerbateras]*. Tragaluz Editores, 107-142.
- Güiral, M. (2023). Caricia robada. Mecanuscrito.
- Güiral, M. (2023). Dolor de oído. Mecanuscrito.
- Güiral, M. (2023). Frijoles. Mecanuscrito.
- Gullón, R. (1993). *Diccionario de literatura española e hispanoamericana*. Alianza Editorial.
- Gutiérrez, B. A. (1950). *Gente maicera, mosaico de Antioquia la grande*. Editorial Bedout.
- Ibarbo Sepúlveda, A. (2023). Agonía de la tarde. Mecanuscrito.
- Ibarbo Sepúlveda, A. (2023). Amor pagano. Mecanuscrito.
- Ibarbo Sepúlveda, R. (2023). Bajo el tornado de una noche de verano. Mecanuscrito.
- Ibarbo Sepúlveda, A. (2023). Cantemos la patria. Mecanuscrito.
- Ibarbo Sepúlveda, A. (2023). Confesiones de un viejo. Mecanuscrito.
- Ibarbo Sepúlveda, A. (2023). El ocaso del tigre. Mecanuscrito.
- Ibarbo Sepúlveda, A. (2023). El tigre de Amalfi. Mecanuscrito.
- Ibarbo Sepúlveda, A. (2023). Este poema. Mecanuscrito.
- Ibarbo Sepúlveda, A. (2023). Imágenes del miedo. Mecanuscrito.
- Ibarbo Sepúlveda, A. (2023). La loca de mis calles. Mecanuscrito.
- Ibarbo Sepúlveda, A. (2023). Manos conjugadas. Mecanuscrito.
- Ibarbo Sepúlveda, A. (2023). Maternidad. Mecanuscrito.
- Ibarbo Sepúlveda, A. (2023). Mientras crece tu ansiedad. Mecanuscrito.
- Ibarbo Sepúlveda, A. (2023). Muchedumbre. Mecanuscrito.
- Ibarbo Sepúlveda, A. (2023). Noche campestre. Mecanuscrito.
- Ibarbo Sepúlveda, A. (2023). Palomas de silencio. Mecanuscrito.
- Ibarbo Sepúlveda, A. (2023). Pregúntale al mar. Mecanuscrito.
- Ibarbo Sepúlveda, A. (2023). Regreso. Mecanuscrito.
- Ibarbo Sepúlveda, A. (2023). Rostros. Mecanuscrito.
- Ibarbo Sepúlveda, J. (2023). Solo la educación construye al hombre. Mecanuscrito.
- Ibarbo Sepúlveda, A. (2023). Oscuridades. Mecanuscrito.
- Ibarbo Sepúlveda, A. (2023). Quebradas de mi pueblo. Mecanuscrito.
- Instituto de Integración Cultural. (1986). *Escritores de Antioquia*. Ediciones Autores Antioqueños.
- Jaramillo Velásquez, R. (2007). Colonizaciones en Antioquia. En M. Hermelin. (Ed.), *Geografía de Antioquia: geografía histórica, física, humana y económica* (pp. 63-74). Universidad Eafit.
- Lagos, R. (1976). *Poesía liberada y deliberada*. Ediciones Tercer Mundo.
- Latorre Jaramillo, G. (1924). *Francisco Javier Cisneros y el Ferrocarril de Antioquia. Reseña histórica* (s.e.). https://bibliotecadigital.udea.edu.co/bitstream/10495/381/1/LatorreGabriel_2009_FerrocarrilAntioquiaResena.pdf
- López Carrasquilla, R. (1868a). A Medellín, desde el salto de Medina. *El Oasis: Periódico Literario*, 01(25), 200.
- López Carrasquilla, R. (1868b). Epigramas. *El Oasis: Periódico Literario*, 01(46), 368.
- López Carrasquilla, R. (1869a). El corazón humano. *El Oasis: Periódico Literario*, 02(09), 320.
- López Carrasquilla, R. (1869b). Al Dr. Gregorio Gutiérrez González. *El Oasis: Periódico Literario*, 02(09), 320.
- López Carrasquilla, R. (1869c). La historia de la literatura por José María Vergara y Vergara. *El Oasis: Periódico Literario*, 02(34), 272.

- Mejía Echeverri, R. (2021). La Nacional. Mecanuscrito.
- Melo, J. O. y Valencia Llano, A. (1989). Ferrocarril y tabaco. Buscando el avance económico: El ferrocarril vence a la selva - Cipriano Tobón. En *Reportaje de la historia de Colombia*. Editorial Planeta.
- Mesa, C. E. (1970). *Boletín de la Academia Colombiana*, 20(82), 157-166.
- Mesa, C. E. (1983). Una carta del P. Juan de Toro. *Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia*, 36(242), 18-22.
- Mesa, C. E. (2020). Escritores antioqueños de la colonia. *Revista Institucional UPB*, 32(111), 236-243. <https://revistas.upb.edu.co/index.php/revista-institucional/article/view/2712>
- Molina, J. J. (1878). *Antioquia literaria. Colección de las mejores producciones de escritores antioqueños desde 1812 hasta hoy, publicadas e inéditas, con reseñas biográficas*. Imprenta del Estado.
- Moreno, M. (1955). Síntesis biográfica y anecdótica de don Fco. de Paula Rendón. *La Ciudad*, (84), 22-26.
- Municipio de Amalfi. (2012). *Plan Municipal de Cultura de Amalfi 2010-2019*. "Por el Amalfi que todos queremos". <https://repositoriocdim.esap.edu.co/bitstream/handle/123456789/17430/21029-1.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Oberndorfer, L. (1991). *El Pedro Nel Gómez. Pintor, escultor y amante*. Secretaría de Educación y Cultura. Colección Especial. Talleres Gráficos de la Imprenta Departamental de Antioquia.
- Ospina, E. (s.f.). Ay de mi Juliana. Mecanuscrito.
- Ospina, E. (s.f.). El viaje funerario. Mecanuscrito.
- Ospina, E. (s.f.). Me hablaron tus montañas. Mecanuscrito.
- Palacio Cardona, E. A. (1915). Oro y sangre. *Panida*, 2(8), 126.
- Palacio Cardona, E. A. (1988a). Manantial. En R. Escobar Sanín y A. Ibarbo Sepúlveda (Eds.), *Panorama de la poesía amalfitana* (p. 32). La Pluma de Oro Ediciones.
- Palacio Cardona, E. A. (1988b). Se apaga tu voz. En R. Escobar Sanín y A. Ibarbo Sepúlveda (Eds.), *Panorama de la poesía amalfitana* (p. 33). La Pluma de Oro Ediciones.
- Palacio Cardona, E. A. (1988c). A la hora de Nona. En R. Escobar Sanín y A. Ibarbo Sepúlveda (Eds.), *Panorama de la poesía amalfitana* (p. 22). La Pluma de Oro Ediciones.
- Palacio Cardona, E. A. (1988d). Bajo tu cielo. En R. Escobar Sanín y A. Ibarbo Sepúlveda (Eds.), *Panorama de la poesía amalfitana* (p. 34). La Pluma de Oro Ediciones.
- Peláez, A. (20 de abril de 1918). Valle Inclán y su obra. *Voces*, 3(19-20), 294-301.
- Peláez, A. y Peláez, A. (s.f.). *Homenaje a Aureliano y Aurelio Peláez*. (s.e.).
- Pérez Sastre, P. (2000). *Antología de escritoras antioqueñas (1919-1950)*. Secretaría de Educación y Cultura del Departamento de Antioquia.
- Pérez Sastre, P. (2012). Contando después de muerta. *Lingüística y Literatura*, (61), 291-307. <https://doi.org/10.17533/udea.lyl.13355>
- Pineda de Ochoa, M. O. (1997). Himno de Anorí. Mecanuscrito.
- Pineda de Ochoa, M. O. (s.f.). Manos arrugadas. Mecanuscrito.
- Pineda de Ochoa, M. O. (s.f.). Ser viejo. Mecanuscrito.
- Pineda de Ochoa, M. O. (s.f.). Somos. Mecanuscrito.
- Quiroz Jiménez, L. e Hidalgo Holguín, C. A. (2020). Modernización de la provincia de Antioquia e inmigración. Carlos Segismundo de Greiff. En M. S. Girón López, *Memoria cultural del Nordeste antioqueño* (pp. 37-61). Fondo Editorial FOCO, Facultad de Comunicaciones y Filología, Universidad de Antioquia.
- Ramírez, J. G. (1927a). Apuntes históricos sobre San Lorenzo de Yolombó. Primera entrega. *Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia*, 9(7-9), 142-158.
- Ramírez, J. G. (1927b). Apuntes históricos sobre San Lorenzo de Yolombó. Segunda entrega. *Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia*, 9(7-9), 159-199.
- Rendón, F. de P. (1906). El palacio de la felicidad. *Alpha*, 1(3), 93-04.

- Rico, E. (1976). Romance de los guerrilleros. En R. Lagos (Ed.), *Poesía liberada y deliberada de Colombia* (pp. 134-137). Ediciones Tercer Mundo.
- Saldívar, D. (2014). *Los soles de Amalfi*. Navona Editorial.
- Tamayo Ortiz, D. H. y Botero Restrepo H. (Comps.). (2005). *Inicios de una literatura regional. La narrativa antioqueña de la segunda mitad del siglo XIX (1855-1899)*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Tobón C., C. (1925). *Apuntes históricos sobre la primera exploración del Ferrocarril de Antioquia*. (s.e.).
- Uribe, M. T. (1998). *Las raíces del poder regional: el caso antioqueño*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Vásquez Lopera, J. (2006). *El gran viaje atávico. Suecia y León de Greiff*. El Tambor Arlequín.
- Villa López, F. [Seudónimo: Quico Villa; V. de Lussich]. (25 de abril de 1915). Estancia. *Panida*, 1(6), 38-39.
- Villa López, F. [Seudónimo: Quico Villa; V. de Lussich]. (1918). Ofelia. *Voces*, 3(19-20), 38-39.
- Villa López, F. [Seudónimo: Quico Villa; V. de Lussich] (1921). *El libro de Gabriel Jaime*. (s.p.).
- Villa López, F. [Seudónimo: Quico Villa; V. de Lussich]. (1932). *Álbum de Medellín*. Editorial Bedout.
- Villa López, F. [Seudónimo: Quico Villa; V. de Lussich]. (1958). *Juicios y comentarios sobre Tomas Carrasquilla*. Editorial Bedout.
- Villa López, F. [Seudónimo: Quico Villa; V. de Lussich]. (1962a). *Poemas de Antioquia*. Editorial Bedout.
- Villa López, F. [Seudónimo: Quico Villa; V. de Lussich]. (1962b). Peláez, Aurelio. Amor... En *Poemas de Antioquia* (pp. 179-182). Editorial Bedout.
- Villa López, F. [Seudónimo: Quico Villa; V. de Lussich]. (1975). *Este era un rey...* Editorial Lealon.
- Zuleta Gaviria, E. (1900). El medio ambiente. *Artículos y Discursos* (pp. 13-20). Tipografía de Ricardo Fe.
- Zuleta Gaviria, E. (1919). Elogio de don José Manuel Restrepo en la Academia Nacional de Historia. *Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia*, 2(18), 751-757.
- Zuleta Gaviria, E. (1924). Los pobladores de Remedios. *Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia*, 6(11), 494-496.



Ullrich, V.

EL MAESTRO HABLA SOBRE LOS MÁRMOLES

[FRAGMENTO]¹

Quinta comunicación

“Vengo a trabajar al pie de los mármoles tratando de buscar el aspecto que el sol va a dar, cuando todos estén terminados, a estos bloques de piedra, de una riqueza que espero que sea extraordinaria.

Hago la abstracción del lugar, retiro los elementos que se han colocado para poder ejecutar el trabajo. Dejo la primera estatua prácticamente ya lista y siento cómo hace parte real, precisamente del ambiente de selva que la rodea.

Como ustedes acaban de oír, este lugar es precioso: son árboles esbeltos de altísimo follaje y sobre todo es un lugar rodeado y muy habitado por pájaros. Hay cantos del ruiseñor, del gorrión, a veces se siente cantos de loras y otras aves que vienen al lugar. Se ha sentido por la tarde también el buho. Es tan interesante el conjunto que invita a comprender más piadosamente lo que se está haciendo en esos mármoles.

Realmente se ha buscado una síntesis de la selva, una síntesis con un carácter, que no es el corriente en la pintura, un carácter que ha querido definir al trópico o al mundo primitivo, salvaje de América del Sur. No es una ilustración de una selva como lo hizo el aduanero Rousseau. No es ilustrando esa cosa, sino sacando profundas fuerzas de esa selva y llevadas al campo del hombre a través de mitos que este hombre adquirió en milenios en esta selva. Quiero decir en milenios, porque a pesar de nuestros apellidos hispánicos, nuestra raíz es americana. Nosotros somos un inmenso mestizaje que dará,

¹ N. de las E.: en la edición citada aparece: “Grabación hecha el domingo 21 de mayo de 1972. Empieza con el canto de los pájaros en el bosque del Tótem” (Oberndorfer, 1991, p. 452).

como decía Keyserling en sus “Meditaciones Suramericanas” por resultado un nuevo renacimiento en cuestiones de arte. A pesar de todo lo que se puede hacer contra ese renacimiento, vendrá. Ese renacimiento traerá todas las dificultades, pero es ineludible. Aparecerá el renacimiento del cual se pueden burlar y creer que se burlan, pero las raíces que trae son profundas. No falta sino que los pocos artistas que nacen en América resistan ese choque de carácter internacional que ha querido hacer desaparecer las nacionalidades del continente. Esa es una realidad y algún día lo confesarán quienes luchan contra la autonomía espiritual del mestizo latino-americano de Suramérica. Pero volviendo a las esculturas, realmente esto es una batalla extraordinaria, una batalla porque solamente saldrá algún día, presenciando la ejecución, el terrible y espantoso trabajo que es tallar un grupo de esculturas en estas dimensiones. El sufrimiento, a medida que va apareciendo la escultura, es inexplicable”.

Oberndorfer, L. (1991). 8. El Maestro habla sobre los mármoles. Quinta Comunicación. En *II. Pedro Nel Gómez. Pintor, escultor y amante* (pp. 453-454). Secretaría de Educación y Cultura. Colección Especial. Talleres Gráficos de la Imprenta Departamental de Antioquia.



**Impreso en los talleres de Publicaciones VID
Itagüí - Antioquia, diciembre de 2023**

Tipografía: IM FELL DW Pica PRO, Josefin Sans, Crimson Text y TT Norms
Papel: Bulky 60 g



Voces del Nordeste antioqueño. Compilación tiene el propósito de recuperar, preservar, valorar y divulgar el patrimonio cultural y literario de esta importante subregión del Departamento de Antioquia, con el ánimo de propiciar el conocimiento, disfrute, comprensión y crítica de su acervo artístico e intelectual. El libro se estructura en dos partes; en primer lugar, se presenta una valoración crítica de temas, obras literarias y musicales como una apertura contextual hacia la reflexión sobre la riqueza cultural de este territorio, muchas veces olvidado y marcado por el estigma de la violencia; en segundo lugar, se reúnen obras publicadas desde el siglo xvii hasta la actualidad, de escritoras y escritores con reconocimiento de alcance nacional e internacional. *Voces del Nordeste antioqueño. Compilación* se concreta como una posibilidad de inclusión cultural mediada por la academia, para llegar a distintos entornos o espacios de conversación como bibliotecas, casas de la cultura, colegios, tertulias y talleres literarios; así como a ambientes de investigación que conducen al conocimiento del territorio y a una apropiación y crítica de dicho patrimonio cultural y de manifestaciones actuales de creación.

